

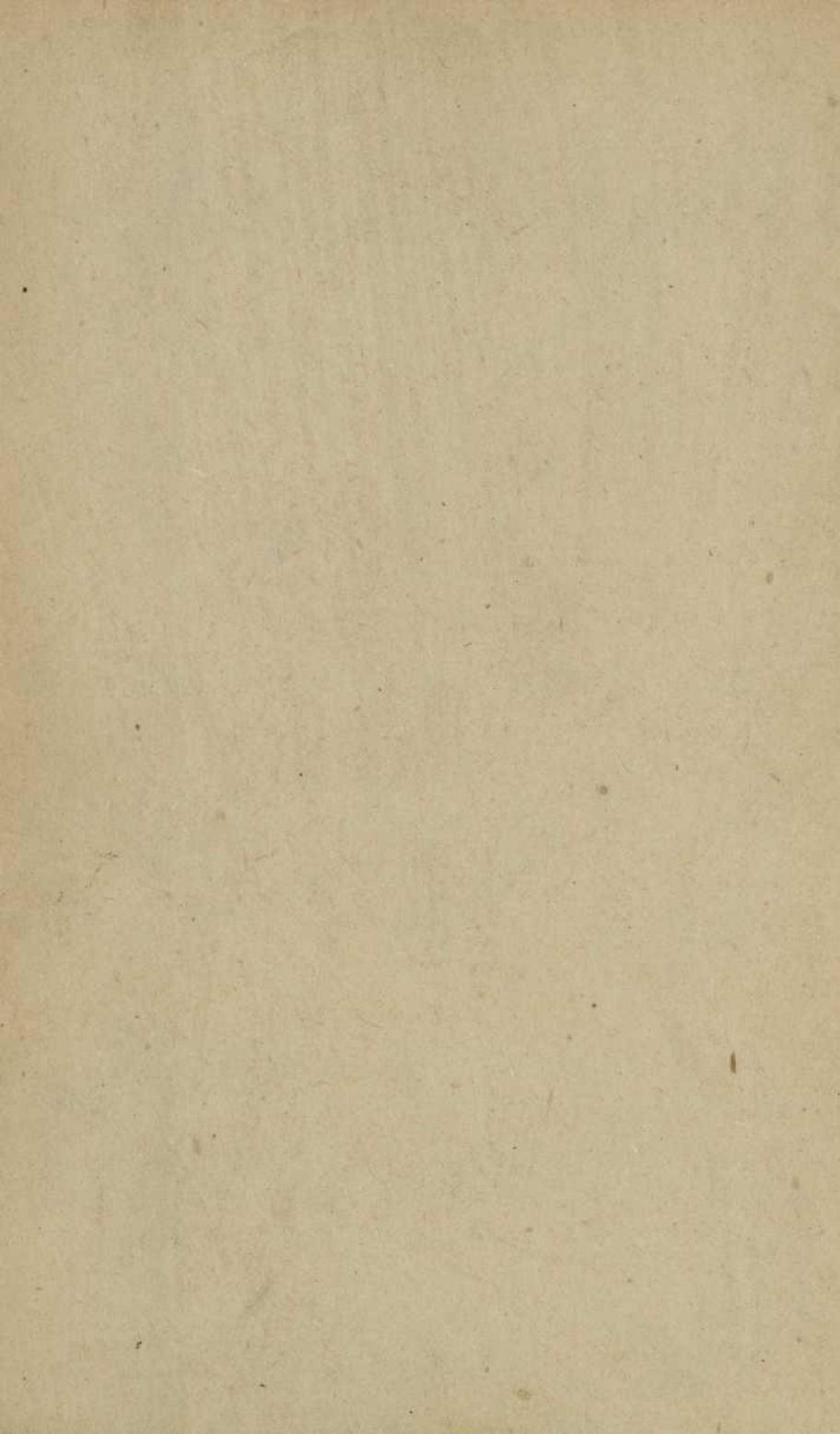


C
610

B.P. de Soria



61063721
C 610



NOVÍSIMA
GEOGRAFÍA UNIVERSAL



1870

H. 25.

Onesimo y Eliseo RECLUS

R 42.
NOVISIMA

B-1553

1881

GEOGRAFÍA UNIVERSAL

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Cinco volúmenes en 4.º de compacta lectura, con **mil** grabados de Gustavo Doré, Regnault, Vierge, etc. Mapas en colores.

TOMO III.—AFRICA



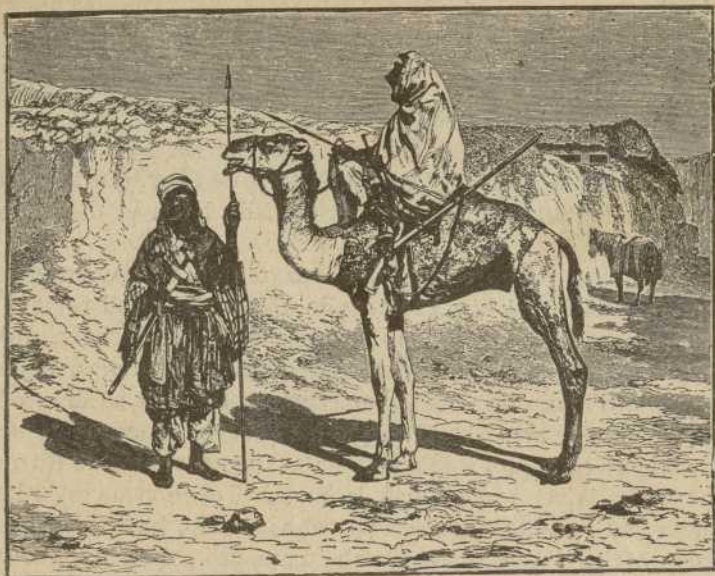
LA EDITORIAL ESPAÑOLA-AMERICANA

OFICINAS: OLMO, 4

MADRID



1062721



Touaregs. (Dibujo de Hadamard.)

AFRICA

I

Nombre. — Situación. — Extensión.

El Africa quizás toma su nombre de uno de los pueblos más reducidos que la habitan: los aouraghen ó avraghen, tribu de los touaregs y ramificación de la gran raza berebere.

Los aouraghen viven hoy día con sus otros hermanos en el desierto del Sahara, dedicados al pastoreo, á la conducción de camellos y al saqueo de las caravanas. Antes habitaban la orilla de la Syrte, entre piedra y arena, ó bajo las palmeras de los brillantes oasis, en el país de los lagos salados que confinan al Mediodía con la moderna Túnez.

Primeramente tomó este nombre todo el litoral, luego toda la comarca, más tarde la orilla que se extiende desde la Syrte á las columnas de Hércules, y por último, al Africa entera á



medida que poco á poco se descubría la vasta extensión de esta gran patria de «las caras quemadas» (1).

El Africa se une con Asia por una lengua de tierra de 110 á 120 kilómetros de anchura, el istmo de Suez, que se extiende desde los afluentes inferiores del Nilo hasta el litoral de la Arabia.

Quizá no siempre haya tenido conexión Africa con el continente asiático. Los caracteres de una antigüedad remota no se han notado en el terreno al abrir el canal de Suez. No es una vieja roca sino una extensa cinta de arenales, depósitos y aluviones fluviales ó marítimos. De esto se desprende que Africa fué una isla, si es que las tierras desaparecidas bajo el mar no la unían á las penínsulas meridionales de Europa, Iberia, Italia, Grecia y quizá la Siria. Si alguna de estas ligaduras han existido ó no, ó si por el contrario, hubo separación entre Africa y Asia, nada se sabe fijamente. No se tuvo la menor noción de Africa hasta que Grecia oyó hablar por primera vez de este país, que sus poetas llamaron Esperia, es decir, el Occidente, el Poniente. Por eso los árabes la llamaron y la llaman todavía el Maghreb.

Confina al Norte con el Mediterráneo, que baña las más cálidas y deliciosas costas europeas; al Nordeste, con el mar Rojo, haciendo frente á los pelados montes de la Arabia; al Este, con el mar de las Indias, que baña á su vez la gran isla de Madagascar; y por sus dos extremos del estrecho de Gibraltar y el cabo de Buena Esperanza, mira al Atlántico, ese Océano surcado durante trescientos cincuenta años por los negreros que transportaban los africanos á las tierras americanas.

Creyeron únicamente encontrar esclavos á quienes azotar á su antojo y, sin saberlo, marcaron un nuevo camino á la historia, creando pueblos nuevos resultado de la alianza de los negros, los blancos y los rojos. En tanto los hijos de Japhet arrastraban á la raza de Cham á través de los mares, los corsarios de la raza de Sem, ó sea los árabes, partiendo de los golfos africanos, franqueaban el Mediterráneo y desembarcaban como bandidos en las costas de Sicilia, Cerdeña, Italia, Baleares y España. Incendiaban y asolaban á su paso los pueblos, y luego ponían al Sur la proa de sus galeras, donde habían amon-

(1) Es lo que significa la palabra griega «etiopo».

tonado á los hijos é hijas de Japhet, los unos para someterlos á prisión, las otras para formar con ellas su harem

Desde el cabo Bon, donde se divisa en días claros á Sicilia, ó desde el cabo Blanco, desde el que se ve Cerdeña, hasta el cabo de Buena-Esperanza, que hace frente al Polo Austral, Africa tiene más de 8.000 kilómetros. Desde cabo Verde, que de lejos contempla á América, hasta el cabo Guardafui, que mira al Asia, tiene 7.800 kilómetros. La longitud de su costa en redondo es de 28.500 kilómetros, 3.400 menos que Europa (1), á pesar de ser ésta tres veces más pequeña. Tiene Africa una superficie de 3.000 millones de hectáreas (2), de las cuales queda una vigésima parte que conocer. Su población es de unos 200 millones.

II

Estructura maciza.—Gran altitud.

El Africa, muy maciza y de grosera configuración, es escasa en islas, penínsulas, desfiladeros, golfos que penetren tierra adentro y ríos que, al ser fácilmente navegables, resultan á modo de golfos de agua dulce, continuación de los de agua salada. Atravesada en su parte más ancha, del Atlántico al mar Rojo, por los más vastos desiertos, se halla situada en el centro del Ecuador, del cual están igualmente distantes Argel, deliciosa ciudad del Norte, y el Cabo, punto principal del extremo Sur. Por la influencia del Sahara, desierto de tal anchura y longitud que su superficie equivale á 800 departamentos franceses, así como por encontrarse en la misma línea del Ecuador y de los dos Trópicos, Africa sería el continente tórrido si no poseyera su soberbia meseta central, la mayor del mundo después de la asiática, admirable región de las densas lluvias y el sol fecundador. Las vastas mesetas, que son origen de miseria para el Asia, serán con el tiempo la riqueza de Africa. Se las supone una altura media de 580 á 660 metros, y siendo exacta esta cifra hay que reconocerlas como las más elevadas de todos los continentes.

(1) En Europa podrían contarse mucho más de 31.900 kilómetros de costas si se tuvieran en cuenta una infinidad de *fiords* y de ríos.

(2) Más exactamente 2.982.330.000 hectáreas.

III

Berbería ó Africa Menor.

Entre el Mediterráneo azul y tibio y el Sahara amarillo, rojo, seco é inflamado, y junto á las pendientes del Atlas se extiende una región calentada por un sol abrasador, la Berbería, meseta separada á su vez de otra más pequeña, llamada de Barka, por las dunas que el Desierto arrastra hasta la costa.

Esta meseta era una isla cuando el Sahara estaba convertido en mar (1), y sigue siéndolo por la situación de aislamiento en que se halla con relación á las demás tierras del continente, á las que está hoy unida.

El nombre de Berbería procede de los bereberes ó kabilas, raza que habitó la región en todo tiempo y que, combatida y rechazada por los árabes desde el siglo xi, puebla todavía la montaña y lentamente reconquista el valle. La raza berebere está extendidísima por el Africa del Norte, y si la componen un escaso número de millones de hombres, es debido á que su vida principal reside en el desierto. Su radio de acción abarca el admirable Tell, los oasis y parte del límite del Sudán. La región que ocupa es la de las rocas y arenas, pocas veces fecundizada por las lluvias. A no ser por el obstáculo que les opone el Sahara, hubieran llegado á ser una de las grandes familias de la Tierra y poblado toda el Africa, si no de pura raza berebere, por lo menos de mulatos—bereberes-negros,—lo que en parte se ha realizado, porque en el Africa transahariana hay ya innumerables negros, que más que negros son cobrizos, y que conservan los puros rasgos característicos del berebere ó del árabe. Sin llegar, por ejemplo, á Argel cinco bereberes, el uno de Marruecos, el otro del río Senegal, el tercero del Níger, el cuarto del Sahara central y el último de los montes de Túnez ó de Trípoli, ó quizá del oasis de Júpiter Ammón, á poca distancia del Nilo, es indudable que los cinco se entenderán, llegarán á unirse por estrechos lazos de amistad y recibirán hospitalidad de cual-

(1) Autorizadas opiniones geológicas sostienen á su vez que el Sahara nunca fué fondo de ningún mar.

quier berebere argelino, el cual reconocerá en ellos á hermanos de raza.

A los bereberes y á los árabes de esta Africa Menor se unen, después de sesenta años, los franceses, contribuyendo también á este cruzamiento los españoles é italianos que emigran á Argelia. Este cruce, debido más á los franceses del Mediodía que á los Norte, y en el que colaboran españoles é italianos, formará una raza nueva, vigorosa y pujante que ya se extiende considerablemente por Argelia y Túnez, y llega á tomar tal incremento, que parece estar destinada á hacerse la dueña de toda el Africa del Norte, tanto del Sur del Atlas como de la parte septentrional.

El Atlas era para los primitivos moradores como la montaña más elevada del mundo, y al decir de los poetas que la cantaron, soportaba sobre sí la bóveda celeste. Desaparecido hoy su carácter mitológico, la gran montaña del Africa Menor, colosal amalgama de frondosos bosques, sierras, desfiladeros y mesetas, no es más que una continuación en Africa de la Europa mediterránea, por su clima, su vegetación, sus habitantes y su naturaleza fecunda y alegre. Esto es hasta la última arista de su extremo Sur, pero una vez allí, todo cambia en absoluto. La alegría tórnase en tristeza; el calor llega á un grado de temperatura asfixiante; lo seco y salubre, tórnase en árido y yermo, y el delicioso Tell se convierte en el interminable Sahara. No existen en esta región más que dos estaciones que se reparten los trescientos sesenta y cinco días del año. La de más duración es aquella en que no llueve y que lleva la tórrida temperatura del desierto hasta el litoral del mar risueño. Las cumbres del Atlas no son lo suficientemente elevadas para resguardar á Berberia de los abrasadores vientos del Sur. Túnez, Argelia y el mismo Marruecos reciben de continuo la cálida bocanada del sirocco que asfixia y la plaga de langosta que todo lo devora. Quizás pudiera llegarse en parte á extinguir el insecto, ya que no á hacerlo desaparecer en absoluto; pero para librarse del sirocco sería preciso que no existiera el desierto. Otro enemigo hay tan terrible como los anteriores: la sequía. Sería fácil de combatir reuniendo las aguas que el invierno estanca en desfiladeros, gargantas, entre ciclópeos diques. Unicamente en los límites de Marruecos se alzan los picachos del Atlas, coronados de eternas nieves, cuya elevación es menor que la de los Alpes, pero superior á la de los Pirineos.

El Africa Menor ha tomado parte activa en la historia de la

humanidad. Creó á Cartago, quebrantó á Roma, y con Egipto y la vecina Sicilia fué uno de los grandes graneros de la insaciable metrópoli.

Aquellos bereberes que Cartago no consiguió nunca atraerse, tampoco pudo Roma disgregarlos y nacionalizarlos, á pesar de todos sus esfuerzos. Cristianos ya cuando los árabes invadieron el Tell, aceptaron por la fuerza la religión del Islam, pero conservaron su primitivo y cien veces arcaico idioma. La guerra de musulmanes con cristianos no tuvo soldados más valerosos y avezados á la lucha que este gran pueblo de montañeses. Eran pocos los árabes que se encontraban en las filas de los ejércitos que se llamaban árabes y que conquistaron á España. Cuando llegó la hora de perderla combatieron y defendieron el terreno palmo á palmo, reino tras reino; primero Valencia, la de los floridos jardines; después la austera y sombría Toledo; luego Jaén, que duerme en la falda de elevados montes; Córdoba, la opulenta y sapientísima, y por último, Granada, la reina de la belleza.

IV

Sahara.

Al Mediodía del Africa Menor y de la meseta de Barka, se extiende monótona, pálida ó rojiza, la inmensa mancha del desierto que va del Atlántico al mar Rojo, del Atlas al Sudán, con una superficie igual á la de dos terceras partes de Europa.

Oasis, fuentes y palmeras los encuentra el viajero en la larga peregrinación á través de las *hamadas*, *chebkas* y *aregs*. La *hamada* es la piedra dura como la roca, la tierra ardiente en la que no prende la hierba ni mata alguna. Los *chebkas* son los cauces de arroyos secos por donde jamás corre el agua. El *areg* es la duna que á impulsos del viento del desierto varía de sitio continuamente, acrecentándose con la arena y la grava. A este inmenso *hamada*, más bien que *areg*, lo denominan los árabes «El País del miedo», por el terror que les inspira el desierto, su sol abrasador, el simoun, los pozos cegados, las fuentes agotadas y los bandoleros que de continuo acechan á las caravanas. De aquí que el Sahara se atraviase siempre en grandes grupos precedidos de un guía experto y conocedor del terreno. El guía debe saber el curso de las estrellas y del sol, la si-

tuación de los picos de las montañas, las lomas, las dunas, los bajos fondos, las partes húmedas que se encuentren en su camino, los árboles y arbustos, restos de un bosque nacido al azar y locamente destruído, y le es preciso también distinguir las huellas en las movedizas arenas y conocer donde se oculta el salteador para huirle ó sorprenderle, á fin de evitar más tarde que una osamenta de hombre ó camello sea el último resto que delate el paso de su caravana.

Semejantes parajes están destinados á eterna soledad y quietud, exc. pto en determinados puntos de sus más elevadas montañas, cuya altura alcanza una cifra de 2.000 á 2.500 metros. En el Oeste y el Centro habitan los bereberes y árabes, los unos de pura raza y otros menos puros por el cruce con los negros y los touaregs, bereberes también, siempre cabalgando sobre sus meharis (1) ó sus camellos en busca de los codiciados pozos. En la parte Oriente habitan tribus negras, pero en ellas se nota claramente la influencia berebere. En la parte Norte y en todo el radio correspondiente á ella, así como en Mechéria, en Gery-villes, Ain-Sefra, Laghouat y Biskara viven los franceses y se aclimatan á los días asfixiantes y las frías noches.

V

Egipto.—Sudán.

Al Oriente del Sahara está el Egipto, yermo en el Oeste, yermo en el Este, y allende el Mar Rojo la inmensidad árida que atraviesa á parte de Asia y llega hasta los montes, desde los cuales casi puede verse el Pacífico... ¡otra inmensidad! El Nilo, con sus límpidas aguas, hermosea el valle egipcio y hace de la región que baña una de las más fértiles del mundo. El río trae su legamo del Sudán, y desde allí viene fecundando en su tránsito todo lo que toca.

El Sahara y el Sudán ó «País de los Negros» se tocan formando una línea quebrada (2) que, de San Luis del Senegal al Mar Rojo, separa en unos 5.000 kilómetros la zona de las lluvias tropicales y la zona en donde no llueve jamás. En el Su-

(1) De la misma clase del camello.

(2) Generalmente hacia los 17 grados de latitud.

dán hay grandes tribus de raza negra y de raza bronceada, por su cruce desde hace mucho tiempo con los bereberes, y por su cruce, en los tiempos actuales, con los árabes. Los hay de variadísimo aspecto por su estatura, por su rostro, por la cabellera y barba y por el color de la tez. Unos son de complexión atlética y otros de débil contextura. Los akkas ó tikkitikki del Onelle, tienen, á lo sumo, un metro y medio de estatura. En otra parte también del Sudán, á orillas del río Ogooué, habitan los llamados obongos, de baja estatura, y en el triángulo austral los saan, de la raza de los hotentotes, llamados por los holandeses del Cabo los *boschjesmannen* ú *hombres de la maleza*.

El Níger, caudaloso río, el Senegal y sus adyacentes, otra porción de riachuelos que van á desembocar en el Nilo-Blanco, y, por último, los bajos fondos del Tchad, en parte lagos y en parte lagunas, todos reciben las aguas del Sudán. En torno de estos lagos y estos ríos, ó sea en el Sudán propiamente dicho y en las estepas que bordean la parte Norte, luchan dos religiones, ó, por mejor decir, dos humanidades. Los árabes y los bereberes, de pura raza, elemento blanco-moreno, son cada vez más escasos á medida que va uno alejándose del desierto, y sólo se encuentran negros y gentes bronceadas, llamadas *peuls*. Bereberes, árabes y *peuls* y algunos otros, profesan el más serviente mahometanismo, que á todo trance quieren propagar entre sus vecinos los negros paganos. En los momentos actuales, un nuevo elemento invade esta «Etiopía»: los franceses, que desde el Sahara amenazaron al Sudán, después de entrar por el Senegal. Los franceses imperan en la parte superior del Níger y los ingleses en la parte inferior.

VI

Gran meseta.

En la parte superior del Nilo, país bastante explorado y en las tierras vírgenes del Tchad y del Níger, nace la gran meseta, la que, serpenteando y estrechándose entre el Atlántico y el mar de las Indias, acaba en punta en el litoral del cabo de Buena Esperanza.

Quizá la meseta superior de Africa sea una de las comarcas

más fértiles del universo, á pesar de habérsela considerado durante mucho tiempo como un erial. Hay en ella extensos lagos y caudalosos ríos que con frecuencia producen inundaciones, porque llueve con muchísima frecuencia y durante todas las estaciones del año. El lago Victoria-Niyanza, en donde nace el Nilo, aventaja en tamaño al lago superior. El profundo Tanganyika, que desemboca en el Congo en pequeños afluentes, tiene una longitud de 528 kilómetros lo menos. El Nyassa que equivale á un doble del Ontario canadiense, da origen á un caudaloso río que va al Zambeze. El Nilo, el Zambeze y el Congo figuran entre los principales ríos del mundo: el Nilo, por su longitud, por los recuerdos que encierra, por Egipto, por los egipcios, por sus islotes y por su historia; el Zambeze, por su prodigiosa cascada; el Congo, por la considerable masa de agua que se deshace en imponentes cataratas y bramadores rápidos, cayendo por una colosal escalera en el valle del litoral desde la meseta superior. El Nilo también tiene considerables rompientes de agua. Todos, ó casi todos los arroyos más ó menos grandes, los afluentes de más ó menos importancia, lentos en la corriente de su parte superior y media, que forman balsas, remansos y lagos en la parte alta de la meseta, recobran ímpetu y aceleran su carrera a' despeñarse por los montes que encuentran en su camino.

Conocida ya su latitud, esta extensa comarca que es tan saludable para el negro y el bronceado, lo será, indudablemente, también para el hombre de la raza blanca. Los portugueses del Congo y de Zambeze, los holandeses é ingleses de las mesetas del Cabo, los franceses del Ogooué llevados hasta Brazzaville por azares de la fortuna, allí en donde el Congo se deshace en imponentes torbellinos, pueden esperar mucho y sacar gran provecho de Africa auxiliados por los alemanes que se han asentado en la meseta que existe entre el Océano de las Indias y el Tanganyika, é igualmente por los belgas que dominan la mayor parte del país congolés entre los franceses, los ingleses, los teutones y los lusitanos.

La meseta de Africa está aún en estudio y es difícil precisar sus cimas principales. No muy distante de la costa oriental, y lindando con el Océano Indico, el sol del Ecuador rompe sus ardorosos rayos en las nevadas cimas del Kenia (5.500 metros) y del Kilima-Ndjaro, volcanes muertos ya. El Kilima-Ndjaro tiene una altura de 6.000 metros, ó por lo menos así se ha calculado, sin que haya podido medírsele con exactitud.

Salvo descubrimientos y estudios más recientes, considérasele como el gigante de Africa. Lo fértil de su suelo, regado por las aguas fluviales durante diez de los doce meses del año, da á la Abisinia el nombre de «Suiza africana,» y por sus volcánicas cumbres, sus cráteres, convertidos hace siglos en lagos, sus torrentes y sus innumerables cascadas, se considerará á la Abisinia Helvética como una de las más deliciosas y encantadoras regiones. Situada más arriba de la embocadura del mar Rojo, frente á la Arabia. presenta esta comarca un soberbio golpe de vista, ornada por sus pintorescas mesetas, que mantienen á un pueblo de rostro obscuro, pero soberbio.

VII

Negros y mulatos.—La trata de negros.

En la parte Sur del Sahara (1), y hasta la punta austral del Africa, habitan los negros. raza atlética y fecunda. No sólo los negros, sino también los mulatos ó cobrizos habitan esta región y son más hermosos que los negros y en ocasiones que los mismos blancos. Hay peuls de la raza de los bantous (2) que parecen estatuas vivientes.

De estos negros y mulatos, muchedumbre pueril, muchos nacen, viven y mueren, no habiéndose dedicado más que á la vida errante y á la caza, sin llegar á tener historia alguna.

Otros, especialmente los cobrizos, han llegado á fundar imperios tan grandes como los más importantes de la historia, todo ello á fuerza de derramar mucha sangre.

En Africa se matan todos los años 15.000 elefantes sólo para emplear el marfil de sus colmillos en la fabricación de los mangos de los cuchillos de Sheffield. En total se matan unos 51.000. Cada bola que rueda sobre la sarga verde del billar supone el sacrificio de uno de esos animales.

Existen todavía en Africa siete ú ocho millones de seres racionales sometidos á la esclavitud. arrancados de su patria por el vil cazador de hombres, árabe ó negro, que los condujo al mercado para venderlos. En toda caravana hay un número mayor de mujeres y niños que de hombres, pues tres de cada cuatro

(1) Y aun en el interior del mismo desierto.

(2) Raza á la que pertenecen también los cafres.

hombres mueren de cansancio, de calor, de úlceras y llagas, y algunos de golpes. Todos los años llegan 100.000 negros á cada uno de los mercados de las ciudades musulmanas ó paganas de la cuenca del Nilo, del Africa interior y del litoral, lo que hace un total de 300.000 negros, que al poco tiempo son otros tantos muertos. La batalla llamada «de los pueblos» (1) fué menos mortífera.

Quizá sea exagerado tal número (que va decreciendo considerablemente todos los años); pero todo hace suponer que en los tiempos de la trata de negros, aquellos infelices y maltratados séres, morían en número de 500.000 al efectuarse el tráfico.

Así ha perdido Africa cien millones de hombres, y, sin embargo, en América, adonde fueron á parar los supervivientes, hay tan sólo 25 millones de negros. ¡Tantos murieron en el tránsito!... Pero á los europeos del trópico les hacían falta brazos fuertes para el algodón, la caña de azúcar, el café y todos los trabajos duros y repugnantes y les eran precisos para tenerlos á su servicio, para emplearlos en las minas. A los musulmanes les faltaban, en cambio, mujeres, eunucos, soldados y esclavos. De aquí, los europeos robando negros para América y los árabes africanos robando blancos como corsarios. Los europeos y los hijos de América, puros ó mestizos, ya no se valen del esclavo para su trabajo y su servicio, y llevan á las colonias tropicales no sólo chinos, negros, indios, anamitas y polinesios, sino isleños canarios, portugueses de las islas de Madera, Azores y Cabo Verde, y españoles y lusitanos aclimatados á los cálidos climas.

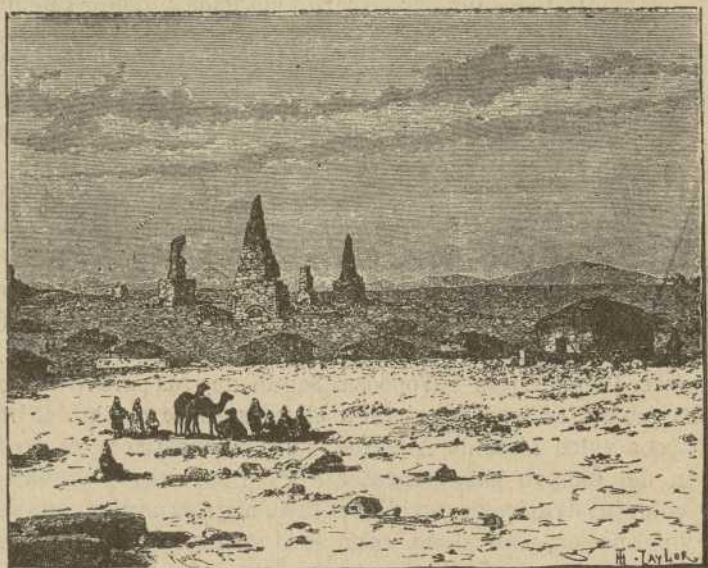
Pero los mahometanos, por su parte, continúan la persecución de la raza negra, y este manantial inagotable les proporciona mujeres para las labores de la casa, trabajadores incansables para el campo, hombres fornidos, hechos no para descansar, sino para vivir dedicados á su oficio, y valientes soldados para sus milicias.

Africa, á pesar de la opresión que ha sufrido, ha poblado la América cálida y tropical, ha renovado la sangre de los bereberes, de los árabes y de los turcos y ha extendido su raza desde Marruecos al Mar Caspio, de Constantinopla á Zanzíbar,

(1) La batalla de Leipzig en la que combatió toda Europa coaligada contra Napoleón y que duró tres días.

del Senegal á la India. La sangría fué horrorosa y le costó la vida á más de un pueblo, pero por fortuna la cicatriz está cerrada y en adelante la vida de Africa estará en Africa.

Europa se apoderará de todo ese continente: unas veces por medios pacíficos y otras por medios violentos. Ya tiene bajo su poder la Argelia y Túnez, Egipto, el Senegal, el Niger, el Congo y el triángulo austral, pero nunca podrá colonizar más que



Sahara argelino: pueblo de Touaregs cerca de ruinas de Ghadamé.
(Dibujo de Taylor.)

las tierras templadas, como el Tell en la parte Norte el Cabo en el Sur y algunas de las mesetas del centro.

De todos modos, á Francia, á Inglaterra y á Portugal, les será más fácil crear un Brasil, que no unos Estados-Unidos, un Canadá ó una Argentina. Los franceses y los lusitanos no muestran reparo alguno en mezclarse con las razas vencidas, pero los holandeses y los ingleses tienen cierta aversión á confundirse con sus subordinados de cabellera encrespada. Esto demuestra la fuerza de los unos y la debilidad de los otros.

En cuanto á los alemanes que van apoderándose de su parte de Africa, aún no han empezado la obra de regeneración con los negros ó los cobrizos sometidos á ellos, porque no han

arrostrado el peligro frente á frente. No así los italianos que, desde sus guarniciones del Mar Rojo, á pesar de recientes fracasos, acechan la Abisinia, el Choa y el país de los Gallas, tierras en extremo montañosas; no así tampoco los belgas que se han declarado protectores de los 200 millones de hectáreas que abarca el Estado del Congo.

Africa está camino de europeizarse. Va á ser explorada y explotada; se va á entrar en ella á saco, se desmembrarán sus razas, se entremezclarán sus sangres, se desvirtuarán sus primitivas ideas y desaparecerán sus dialectos y sus lenguas. Y esta obra es larga, dura y peligrosa, porque las siete décimas



Negroides abisinios. (Dibujo de Bayard.)

partes de su territorio están en la zona tórrida y sobre todo porque su mitad de Norte y Nordeste se resistirá tenazmente por ser musulmana y fanática.

El Centro y el Sur, pueblos paganos, se someterán más fácilmente.

VIII

Razas.

Así como en Europa la sangre mora corre todavía por las venas de los andaluces, de los habitantes de Murcia, de Valencia y de los Algarbes, lo mismo han dejado en Africa fenicios, romanos, vándalos, españoles, provenzales, italianos, griegos

y franceses huellas de su paso, ya como esclavos, ya como conquistadores. Por otra parte, los negros autóctonos del Sahara y los importados del Sur se han cruzado diversamente con las tribus bereberes, mientras que los conquistadores llamados árabes, viniendo del Este y mezclados con los siríacos y orientales de todas procedencias, han añadido nuevos elementos á una raza tan compleja ya. Hasta se ha llegado á dar el nombre de árabe á una gran parte de la población mauritana, que únicamente merece esta apelación por el idioma, la tradición de conquista, la fe religiosa y algunas dudosas genealogías.

En la cuenca del Nilo, la raza está igualmente muy mezclada, pero los elementos europeos sólo tuvieron una débil parte en estos cruzamientos por medio de los turcos, mientras que los semitas, árabes y otras gentes han tomado una influencia preponderante en la formación de bastantes razas del Nordeste de Africa.

En la región de los grandes lagos y de los altos afluentes occidentales del Nilo, diversos grupos de gentes, tales como los funy, los xilluk, los bari y los denka, representan las razas negras propiamente dichas. Los negros distan mucho de ofrecer en su mayoría la piel negra y luciente, los labios gruesos, las mandíbulas avanzadas, la cara aplastada, lo mismo que su nariz, de anchas aberturas, y el pelo crespo y rizado que parece lana, signos que ordinariamente se imaginan propios de todos los africanos. La nación de los monbuttu, que habita al Sur de los Ñam-Ñam, entre la cuenca del Alto Nilo y la del Congo, se distingue por su tinte casi claro, una barba bastante espesa, la nariz recta ó aguileña, y suelen encontrarse frecuentemente entre ellos individuos cuyos cabellos son de un rubio ceniciento. Acaso su régimen carnívoro, que comprende hasta la carne humana, contribuye en cierta parte á dar un color relativamente claro á estos indígenas, porque las observaciones de muchos viajeros han establecido que las poblaciones alimentadas con carne, aun las de llanuras cálidas, tienen un tinte mucho más claro que el de las poblaciones granívoras, hasta cuando éstas viven á mayor altura en las mesetas ó en las pendientes de las montañas. Los negros que más se asemejan al tipo tradicional, popularizado por el teatro, son los ribereños del Atlántico. En ninguna parte la trata ha hecho mayor estrago que entre sus tribus, y el odio del amo, es decir, del blanco hacia su esclavo, ha popularizado el tipo de la feal-

dad, en gran parte imaginaria, que se atribuye al conjunto de esos infelices.

Según los fisiologistas, la sangre de los negres es más espesa, menos roja que la de los blancos, se coagula más pronto y late más lentamente. El negro, lo mismo que el hombre de raza amarilla en Asia, tiene la sensibilidad más embotada que el europeo. Sufre menos con las operaciones quirúrgicas y no corre el mismo peligro de las fiebres traumáticas. Su vida nerviosa es menos intensa; no vibra de igual modo que el blanco. Muchas enfermedades que diezman á Europa son desconocidas, ó por lo menos poco frecuentes, en el continente africano. El cáncer, mal de piedra, difteria, caries dentaria, fiebres palúdicas y tifoideas, no son padecimientos de los negros. Pero en cambio sufren de afecciones biliosas y cutáneas; el tétanos es temible para ellos, y el menor cambio de clima los expone á las enfermedades pulmonares. Allí donde blancos y negros viven unos al lado de otros, en las plantaciones, por ejemplo, las epidemias se ceban en ellos alternativamente; la fiebre amarilla se lleva á los blancos y el cólera mata á los africanos. La nostalgia es también uno de los sufrimientos más fatales para esa raza. ¡Cuántos esclavos mueren con los ojos vueltos hacia el país donde vieron la luz!

La parte del Africa situada en el hemisferio meridional está ocupada sobre todo por los bantu, cuyas diversas tribus tienen un tipo análogo y hablan dialectos derivados del mismo origen. Los cafres de Natal y de las colonias del Cabo figuran entre los más bellos de la raza admirable de los bantu. Pero en contacto inmediato con estos soberbios africanos se encuentran otros indígenas que presentan un tipo completamente distinto y mucho menos noble: los koi-kóin ú hotentotes, de rostro amarillento y periforme, de escasa estatura y músculos poco desarrollados. Acaso estas tribus, tan diferentes de los bantu como lo son los chinos de los arios, representan una raza vencida, arrojada poco á poco por los invasores hasta la parte meridional del continente; pero una hipótesis de esta naturaleza parece mucho más justificada respecto á las colonias de pigmeos esparcidas por Africa. A este número pertenecen los san, los «hombres de las malezas», los búshmen de los ingleses en el Africa austral; los doko del Kaffa; los akka ó tikki-tikki de las orillas del Uellé y los obongo del Ogoué. Al hablar de estas colonias de enanos y sobre todo de los búshmen, algunos antropólogos han hecho notar que si el Africa es el continente de los grandes monos antropomorfos, el

gorila y el chimpancé, es también el de los hombres más semejantes al simio. En esta parte del mundo, dicen aquéllos, es donde la transición entre los dos órdenes de primates es menos considerable. Se inclina uno á ver en esos hombrecillos el débil residuo de poblaciones aborígenes á las cuales una raza más fuerte arrancó la dominación del territorio. En cuanto á los habitantes de Madagascar, sólo parcialmente tienen conexión con los africanos. La población es, en parte, de origen malayo, y lo mismo que las plantas y los animales, da testimonio de la independencia geográfica de la isla.

IX

Influencia de Africa en la civilización.

El orgullo de raza, del cual no desconfían bastante los historiadores, ha dado origen á una preocupación muy extendida: la de creer que los africanos no han tenido ningún influjo en la obra común de la civilización. El primer ejemplo que se recuerda siempre es el del antiguo rey del Dahomey celebrando la *gran costumbre* ó fiesta por un degüello en masa, y llenando un lago de sangre; ó bien se ve aparecer la imagen de las hordas armadas de los Monbuttu, que se lanzan al combate rechinando los dientes y gritando: «¡Carne! ¡Carne!» Pero estos espantosos cuadros no resumen la historia de Africa. Bien al contrario, el estudio de nuestros mismos progresos ¿no nos lleva forzosamente hacia la cuenca del Nilo, sobre territorio africano? Contemplando la larga perspectiva del pasado, mucho más allá de los tiempos heroicos de Grecia, donde nació nuestra cultura especialmente europea, caminamos de siglo en siglo hasta las edades en que se elevaron las Pirámides, hasta aquéllas en que el primer arado labró las tierras fangosas abandonadas por el Nilo.

En Egipto es donde encontramos los más antiguos documentos de la historia formal. Los derechos de los ribereños del gran río á la primacía como civilizadores estaban tan bien establecidos, que los mismos helenos veían en la tierra del Nilo la cuna común de los hombres. Sea cual sea el origen de los elementos que han formado el pueblo á que hacemos remontar nuestros primeros adelantos intelectuales, no hay duda de que su civilización es de origen africano. Ha nacido en el estrecho

y fecundo valle del Nilo, entre áridas rocas y arenas más áridas todavía. Por ese río, que viene desde las profundidades del continente, se establecieron los cambios y las mutuas influencias entre las diversas partes del Mundo antiguo. Al Oeste, las demás comarcas del Africa septentrional debían permanecer casi sin utilidad como intermediarias, sobre todo antes de la introducción del camello en el continente, ya que estaban separadas de las regiones pobladas del Sudán por la inmensa extensión del desierto.

Desde la más remota antigüedad, los africanos, aun fuera del Egipto, han tomado parte en las conquistas de la humanidad sobre la naturaleza, como criadores de ganados ó cultivadores del suelo. Débeseles, pues, buen número de especies preciosas de plantas ó de animales domésticos. Del continente africano llega á nosotros la variedad del sorgo que, bajo el nombre de *durra*, se cultiva desde las orillas del Nilo á las del mar Austral, y que rivaliza con el trigo y el arroz, por su importancia económica, como producto de alimentación. El Africa nos ha dado también otra especie de pan: el datil. Los bereberes ó los sudaneses son probablemente los primeros que han estudiado las propiedades de la palmera, que vive en sus selvas en estado espontáneo, y han aprendido á fecundizar el árbol hembra. Según Schweinfurth, la forma silvestre del banano de Etiopia, conocido por los botánicos con el nombre de *musa ensete*, debió dar nacimiento á cientos de variedades del banano de las huertas, cuyo fruto sirve como de pan en muchas comarcas de América. A estas tres especies vegetales, de esencial utilidad para el alimento del hombre, ha agregado el continente libio una cuarta, el arbusto del Kaffa (el café), cuya baya es considerada por un tercio de la humanidad como el producto por excelencia, merced á su vivificante energia y á su delicioso aroma. El mundo civilizado es deudor también á los africanos de muchos animales domésticos. Ciertas especies de perros, el gato, el cerdo y el hurón, han sido domesticados por ellos y han llegado á ser compañeros del hombre. Acaso á los negros les debemos igualmente la cabra, el cordero y el buey. El asno, servidor paciente é infatigable, es sin duda de procedencia africana. Recientemente el Africa ha proporcionado aún á los portugueses la pintada ó gallina de Guinea, que en otros tiempos le debieron griegos y romanos, pero cuya especie se había perdido en Europa, vuelta casi al estado de barbarie durante la Edad Media.

Hasta por su industria ha contribuido el Africa en cierta parte al haber común de la humanidad. Los monumentos del Egipto, sus caminos, sus trabajos de canalización, de encauzamiento, sus diques, sus ricas telas, muebles y joyas, sus madeiras y metales labrados, los mil objetos descubiertos en sus necrópolis, no son obra exclusiva de los africanos civilizados vecinos de los semitas. En los productos de la antigua industria egipcia se reconocen también con frecuencia formas que se encuentran en Nubia, en Etiopia y hasta en el Sudán. El descubrimiento más útil, el de la fusión y batido del hierro, se hizo por los nigricios. En la mayoría de las tribus africanas, los herberos constituyen aún una casta especial muy temida, como versada en las artes mágicas. En Etiopia y en el Sennar, se les acusa de transformarse durante la noche en hienas y otras bestias feroces para vagar alrededor de las aldeas y desenterrar los cadáveres.

En cuanto á religiones hay que declarar que el mahometismo domina el Africa y que este continente es el más refractario de todos al cristianismo. Los misioneros protestantes han obtenido algún éxito, sobre todo en el Africa meridional; pero, comparados con los propagadores del Islam, tienen la gran desventaja de no poderse llamar, sino místicamente, los hermanos de sus prosélitos. El *mensajero de la buena nueva* no da su hija en matrimonio al indígena, ni aun cuando éste se convierta á la fe cristiana, y no toma la suya en unión legítima. Siendo blanco, no quiere contaminarse con una mezcla de sangre negra y permanece siempre hombre de otra raza y de otra casta. En cambio, el musulman no siente estos prejuicios y se une á los indígenas con lazos de familia.



El Nilo visto desde la isla de Pallaë. (Dibujo de Taylor.)

EGIPTO

I

Antiguo y moderno Egipto.

Egipto es el nudo de todo el antiguo continente. Inmediato á Europa, une Africa y Asia por medio del istmo de Suez, y este istmo, abierto no hace mucho tiempo, pone en comunicación Occidente y Oriente.

Fué uno de los primeros pueblos del mundo antiguo por su grado de cultura. Dificilmente puede encontrarse otro semejante al registrar la historia de la humanidad. Egipto instruyó á Grecia, Grecia á Roma y ésta á los modernos pueblos, tan orgullosos de su grandeza. Por sus costumbres, sus instituciones, su grandiosa arquitectura, su magnífico río de origen aún no determinado con claridad tan regular en sus crecidas como en sus descensos, tan fecundizante y tan bienhechor para las tierras que riega, este mundo aparte, no fué ni Africa ni Asia, y mucho menos Europa.

Desaparecidos los Faraones, dejó de pertenecer al imperio de éstos y cayó en poder de los persas hasta que la gobernó aquel Aquiles macedonio, que no tuvo su Homero, y que recorrió triunfante todo el Oriente desde el Bósforo al Hifaco, hasta fatigar gloriosamente á su formidable Falange. Junto á las bocas del Nilo, fundó la ciudad que llevó su nombre «Alejandria», y que no tardó en llegar á ser la segunda ciudad del imperio romano y el primer granero del mundo.

Después de Roma y Bizancio, viene el árabe que destruye todo á su paso; llega después el otomano sin hacer nada digno de mención, y al otomano sucede el inglés, que no podrá arraigar, viendo la imposibilidad de colonizarlo, y sólo permanecerá el tiempo que le sea necesario para enriquecerse. Los fellahs árabes aumentarán considerablemente, y con conocimiento de causa se harán dueños del terreno, mientras las ciudades cubrirán la costa del Mediterráneo.

Muy extendido, ó por mejor decir, muy alargado por sus virreyes, el Egipto comprendía, no hace mucho todavía, el Egipto propiamente dicho, la Nubia, el Sudán egipcio, el Kordofán y el Darfur; en total, unos 300 millones de hectáreas habitadas por unos 19.500.000 habitantes, incluyendo en esto las tierras conquistadas y no muy aseguradas en el Sudán. Es seis veces mayor que Francia, y aún debería crecer más para llegar á cumplir su perfecto destino, ó sea enseñorearse de toda la cuenca del Nilo con sus dependencias correspondientes. Para esto le faltan ocupar sólo 102 ó 103 millones de hectáreas.

Los egipcios están sometidos aparentemente á un virrey que llaman *Kedive*, rindiendo también tributo al sultán de Constantinopla. Pero más que de nadie son súbditos de Inglaterra, la hipócrita potencia *protectora*.

II

Egipto propiamente dicho.—El Nilo, sus lagos, su delta y sus crecidas.

En todo el Egipto propiamente dicho, que abarca una extensión superior á la de dos veces Francia, los terrenos cultivables ascienden á unos 3.500.000 hectáreas, de las cuales 2.220.000 pertenecen al delta. El resto lo componen arenales y pedruscos imposibles de cultivar por falta de riego, pues tie

nen un nivel superior al del río, única corriente que fecundiza la tierra de los Faraones. Toda esta famosa comarca, el Mesr de los árabes, el Chanú de los coptos, pertenece al Nilo, del Nilo vive y al Nilo se lo debe todo, hasta el hecho de haber llegado á tener una historia en el centro de un desierto sin historia. En la parte que no pertenece al valle regado por el río, valle que tiene una longitud de 1.100 kilómetros y una anchura que oscila entre 7 y 22 kilómetros, se paraliza la vida en absoluto.

El Nilo es el segundo río del mundo por su longitud. El primero es el Misuri-Mississipi, que al decir de algunos aventaja al Nilo en extensión. Recorre, incluyendo las curvas y rodeos de la corriente, un trecho de 7.000 kilómetros, es decir, nueve veces el Sena. Pocos ríos le aventajan, tanto en sus crecidas máximas como en sus caudales mínimos, y en Africa no hay río que le iguale. El río Congo, su rival, es un rival temible, pues la región que baña está favorecidísima por las lluvias, mientras que él, aunque recorre una extensión de 281 millones de hectáreas, de éstas 111.500.000 son terrenos eriales, 74.600.000 tierras fértiles y cultivables, 53.600.000 estepas y 41.200.000 desiertos interminables. El Nilo en sus crecidas llega á tener 13.000 metros cúbicos de agua por segundo, y por término medio unos 4.750, lo que le convierte en la cuarta corriente de agua del Africa, después del Congo, el Níger y el Zambeze, y en la vigésimaséptima corriente de agua del mundo entero, igualándose al Atrato, río sud-americano cuya cuenca es cien veces menor, pero tiene en cambio el agua de constantes lluvias que le engrosan considerablemente.

Un poco hacia el Norte y muy hacia el Sur del Ecuador hay un gran lago, el Victoria-Niyanza, que es el Lemán del Nilo, y á este Lemán van á morir varios Ródanos, cuyos nacimientos nadie hasta ahora ha podido averiguar. Desde los tiempos griegos y romanos hasta la fecha, no ha habido quien dijera: «He aquí el manantial donde nace el divino río». De estos afluentes del lago, el padre de todos ellos es el Kaghera ó Tangouré. Desemboca en el lago azul, revuelto, profundo y con impetuosa corriente, dando origen al Akanyarou, bautizado ahora con el nombre de lago Alejandra, desde que ha pasado por esta parte de Africa el viajero sajón. Los descubridores, ó más bien dicho, los redescubridores de la raza sajona, tienden á proscribir los nombres nacionales que por lo general son dulces ó duramente sonoros. Lo mismo que hacían los romanos,

sustituyen al genio del lugar el genio de la casa augusta: *Genio domus Augustæ sacrum*, reemplazando los nombres verdaderos, típicos, característicos é históricos por nombres de príncipes ó princesas de su país.

Se cree que el lago Alejandra está situado á 1.325 metros, y que el Tangouré ó Nilo Alejandra tiene su nacimiento á unas mil leguas (1) sobre poco más ó menos de las bocas del río, hacia la parte Sur del Ecuador, próximo al grado 5. Más meridional es todavía la fuente en donde nace el Mvarou, situado á unos 1.500 metros sobre el nivel del mar, á los 5°,30'; pero se cree que esta corriente desemboca y muere en un lago sin fondo, no llegando, sin embargo, al Chimiyou, que se considera como el afluente mayor del Nilo (2); pero no obstante es inferior al Tangouré, lo mismo que el Katonga, uno de los mayores tributarios del Victoria-Niyanza. Como todavía no se sabe fijamente la extensión de las dos grandes cuencas de la América casi polar, el gran lago del Esclavo y el de la Grande Osa, el Niyanza, ó en inglés el Victoria, puede considerarse por ahora como la primera cuenca de agua dulce que hay en el mundo, si es que tiene los 8.820.000 hectáreas que se le atribuyen. Niyanza quiere decir lago; el lago por excelencia. Tiene otro nombre, el de Kereoué, que procede de su isla más importante, llamada Oukereoué. Los ingleses poseen la parte Norte de este extenso lago y los alemanes la parte Sur.

Es profundísimo, y la superficie de sus aguas tienen un tinte azul verdoso. Ha dado ya una profundidad de 1.700 metros. Cada explorador le señala una altura diferente: el que menos le supone 1.008 metros, el que más 1.293. El número probable es 1.200. Su ribera mide 1.500 kilómetros sin contar la infinidad de tentáculos que sobresalen; aquí una colina, más allá una montaña, prominencias por todas partes. En el lago viven las dos bestias clásicas de las aguas africanas, el hipopótamo, estrepitoso roncador, y el cocodrilo que sieste en la orilla bajo los rayos del sol. Hay en el lago innumerables islas.

Entre los imperios ó reinos, como quiera llamárseles, que se extienden en torno del Niyanza, y que no hace mucho se han repartido ingleses y alemanes, merece especial mención

(1) De cuatro kilómetros.

(2) Si llegara hasta Mvarou tendría 600 kilómetros de longitud.

el Ou-Ganda (1), delicioso país que pertenece á los ingleses. Su despótica dominación sobre cinco millones de negros absolutamente paganos y poligamos, ha reducido el número de hombres. La continua guerra, y tras la victoria, la matanza de los varones, han reducido cerca de la mitad el número de hombres de estas mesetas que antes era una Arcadia. Especialmente el Ou-Ganda tiene fértiles tierras, un clima delicioso y dos épocas de lluvia. Mejor dicho, llueve todo los meses, adornando del más verde césped toda la campiña. Se hacen dos recolecciones al año. Así los cinco millones del Oua (2) Ganda, viven únicamente en cinco millones de hectáreas. Hermosos caminos conducen á Roubaga, la capital, donde el termómetro oscila anualmente de 10 á 11 y de 34 á 35 grados, arrojando un término medio de 21 á 22 grados como cualquier ciudad del Mediterráneo meridional, no obstante estar Roubaga en la línea del Ecuador.

Los Oua-Ganda, cuyas tierras riegan las aguas del alto Nilo, son hermanos de las numerosas naciones que se alimentan de los grandes lagos de la meseta de Africa, del Congo y del Zambeze, comprendiendo también las montañas del Cabo de Buena Esperanza. Por los betchuanos, los basutos, los zulús y otros cafres del Oua-Ganda y del Oua-Nioro, vecinos de éstos por la parte Noroeste en dirección hacia el Mvoutan Nzighe, puede decirse que el Africa pertenece á la gran raza de los bantou. Esta raza está compuesta por diversos pueblos todos ellos negros ó mulatos, de tez más ó menos obscura y cuya lengua está dividida en dialectos. Se cree que el bantou es el lenguaje antiguo que ha perdido menos en cuanto á su forma, el que menos ha deshechado sus modismos, las palabras características, la raíz de éstas, y precisamente es ésta la lengua de Ou-Ganda, conocidísima desde que los misioneros mahometanos, católicos y protestantes, tratan de apoderarse de este pueblo que cada vez está más aferrado á su idolatría, pero que, no obstante, poco á poco va familiarizándose con nuestros vicios y comulgando en nuestras ideas.

Del Nianza sale el Kavira, nuestro Nilo, al que los ingleses

(1) En el idioma ó dialecto de estas regiones, que es el *bantou*, el *Ou* quiere decir país. Así, por ejemplo, Ou-Ganda, Ou-Zinza, Ou-Gana, Ou-Soga, Ou-Nioro.

(2) Este prefijo *bantou* quiere decir la agrupación de los individuos de un país, ó sea, el pueblo. Por ejemplo, Oua-Ganda, Oua-Kouri, Oua-Nioro, etc.

se han dignado bautizar con un nombre tan monárquico como el del lago, pues le llaman el Nilo Victoria. En su salida, «el Padre del Egipto» se deshace en cuatro brazos que forman la cascada de Ripón, la que se despeña á unos cuatro metros escasos de altura. Después su corriente es muy rápida, pues desde el lago alto hasta el bajo existe una pendiente de 500 metros. Luego calma la impetuosidad de su carrera, recorriendo las 50.000 hectáreas del Ghita-Nzighe (1), y de nuevo marcha pausado y tranquilo á través de las 80.000 del Kodja ó Kapeki, que tiene más de cenagal que de lago, volviendo luego á reanudar su precipitada carrera con un nombre diferente y tan inglés como poco nilótico, el de Somerset. Alborotador, bullicioso á ratos, y á ratos silencioso, se descompone en revueltas y cascadas, descansando el agua raras veces en los remansos del río, y tan pronto tiene 80 ó 100 metros de anchura como 400 ó 500. Durante 30 kilómetros camina como un torrente impetuoso entre rocas hasta llegar á Choa Moru. En este punto se reduce su anchura á 50 metros y se despeña á una altura de 35 metros, formando la cascada de Murchison. Y aquí nos encontramos con un nuevo nombre inglés, si bien no encierra tanta adulación monárquica ó tanta «lealtad», como dicen en Albión. En este accidentado punto termina su largo trayecto, y en silencio y calma llega hasta el segundo de sus recipientes, al Mvoutan-Nzighe, ó «lago de los Saltamontes», ó también lago Alberto, nuevo nombre inglés que testimonia bien á las claras la «fidelidad» británica.

El Mvoutan-Nzighe no es un Victoria Niyanza, le hace falta mucho para llegar á ser una cuenca que iguale al mar de los Oua-Ganda; pero en cambio, es doblemente hermoso. Tiene 160 kilómetros de longitud y de 10 á 48 de anchura. Sus aguas son de un color verde mar, y se desliza y despeña entre los pórpidos y graníticos peñascos en donde rompe la caída de sus altas cascadas. En su parte Sudoeste se encuentra el torrente del lago Alberto-Eduardo (otro nombre de príncipe inglés), después de haber atravesado los montes Rououenzori y Gordon-Bennett (5.500 metros).

A su salida del Mvoutan-Nzighé, donde sus aguas han dormido á 700 metros bajo el nivel del mar, el Nilo toma el nuevo nombre árabe de Bahr-el-Djebel ó «río del Monte». Corre aún durante largo trecho por los desfiladeros y pasa rozando

(1) O lago Ibrahim.

uno de los fuertes, ahora abandonado, desde los cuales trataban los egipcios de dominar la parte del Nilo superior y, sobre todo, facilitaban la trata de negros, haciendo como que se oponían á ello para halagar así á la «filantrópica» Europa. A trechos se descompone en vertientes, pero ninguna de ellas es tan grande que merezca mención. Una llanura inmensa se abre ante Gondokoro, célebre en otro tiempo cuando fué centro de exploración y de conquista y convertida hoy en ruinas. La sucedió Ládó en poderío é importancia, situada á unos 20 kilómetros y á unos 465 metros de altitud; y ésta, como aquélla, perdió su preponderancia cuando los egipcios retrocedieron hasta Egipto. A tan considerable distancia de sus fuentes da origen á diversos lagos, siendo uno de ellos ciento cincuenta veces mayor que el lago de Génova, llevando el Nilo en esta región y en épocas normales unos 550 á 560 metros cúbicos de agua por segundo.

Serpentea por la llanura entre una serie de aluviones que han cegado un extenso lago sudanés. Se extiende luego por una solitaria comarca, descomponiéndose en brazos y riachuelos sin nombre que van hacia la parte Sur. En estos parajes el río se cubre de unas tupidas hierbas que se cruzan y entrecruzan ocultando su corriente, tan sólo visible en algún que otro estrecho canal surcado por las embarcaciones. La región más frondosa y fértil la encontramos á lo largo de una gran isla de 220 kilómetros de longitud por 10 á 60 de anchura, isla formada por dos brazos del río. La parte derecha, la de Bahr-el-Zaraf, es en donde casi muere la corriente, y la parte izquierda, la de Bahr-el-Djebel, puede decirse que es la continuación del río, corriente que se une más abajo con el Bahr-el-Ghazal. Este, cubierto igualmente por tupida vegetación que forma una especie de balsa flotante sembrada de nenúfares célebres por su belleza, fecundiza unos 45 millones de hectáreas en un recorrido de 1.150 kilómetros y es tan temible en sus crecidas como tranquilo y bajo en tiempo seco, formando riachuelos en abanico que llevan sus aguas á confluir con las del Nilo.

El Mokrán-el-Bohúr, bajo y estrecho, cubierto de frondosa vegetación, es donde precisamente termina el gran «lago de los Sargazos», formado por el impulso que todos los años recibe del Bahr-el-Ghazal, cuando en su extraordinaria crecida llega á tener tan impetuosa corriente que lo anega y lo inunda todo. Después se reduce de nuevo el cauce, siguiendo la corriente general.

El Bhar-el-Ghazal es el último afluente de la parte izquierda del Nilo. Del Mokrán-el-Bohúr al Mediterráneo hay 3.900 kilómetros, es decir, el largo del Ródano y del Danubio unidos.

El Nilo vuelve á juntarse en su parte derecha con el Bhar-el-Zaraf, y se acrece después con un río poco conocido, cuya longitud se calcula en 1.100 kilómetros. Este río es el Lobat, en cuyas aguas se crían unas plantas lechosas que se ven en una larga extensión y aclaran el obscuro fondo de la corriente. Desde que se confunden sus aguas, el Nilo deja de ser cenagoso y obscuro, convirtiéndose en límpido y claro, y desde este punto toma el nombre de Bahr-el-Abiab ó «Río Blanco». Después de haber bañado los pueblos de Chiluks y Denkas, dedicados al pastoreo, llega al pico de Kartum, abarcando una anchura de 400 metros(1), uniéndose al Bahr-el-Azrak ó «río Azul», que baja de un lago no tan grande como el Nianza del Nilo, pero situado á mayor altura, el Taana de Abisinia.

El Bahr-el-Azrak, de una longitud de 1.500 kilómetros próximamente, en sus decrecidas mínimas suele llevar unos 159 metros cúbicos de aguas claras y azuladas, que tardan en confundirse con las del Bahr-el-Abiab, convirtiendo su limpidez en un blanco mate, producido por la disolución continua de la arcilla de las llanuras. En sus máximas crecidas tiene 6.104 metros de aguas rojizas y turbulentas que corren en un cauce de 500 á 1.000 metros de anchura, llevando en su seno lo más preciado del Nilo: arcillas y arenas impregnadas de óxido de hierro. Otro río abisinio, paralelo al río Azul, pero muy inferior al anterior y que no llega al Nilo, el Atbara, fecundiza con su rojo mantillo á Misraim. A los 6.104 metros cúbicos de agua que lleva en sus crecidas el Azul, se opone el Blanco con 5.005; pero á los 159 metros que lleva aquél en su corriente mínima opone éste 297. Pero tanto el Blanco como el Azul reunidos, no llevan á Kartum, cuando sus aguas están muy bajas, más que 456 metros cúbicos, y cuando están muy altas 11.109 metros, lo que no iguala á la fuerza del Ródano y otros ríos de Europa.

Le quedaba al Nilo por vencer un obstáculo y lo ha vencido formando cascadas, ó por mejor decir, vertientes de agua que caen entre graníticos peñascos. Hay seis famosas cataratas en el Nilo que, á decir verdad, poco tienen de grandiosas; pero como para los antiguos todo cuanto atañía al río era mila-

(1) Hay diversas opiniones respecto á la anchura de la confluencia de los dos Nilos, oscilando entre 378 á 433 metros.

grosso, dieron á estas cataratas una fama falsa y extraordinariamente injusta, en un continente donde corre el Zaire y borbotea el Zambeze. La primera catarata que se conoce con el nombre de la sexta, porque empiezan á contarlas desde Egipto, es la cascada Garri, y solo consiste en una corriente que se desliza entre unos bloques graníticos. La llaman «la Puerta Nubiana», porque está en la parte superior de la Nubia. La sexta, que conocen por la primera, junto á Assouan, á 100 metros de altura, la llaman «la Puerta Egipcia», y está en los límites del antiguo Egipto. La más hermosa de todas, la quinta, bajando de la parte alta del río, y la segunda subiendo del delta, llamada de Ouadi-Halfa, no es más que un turbión de agua, un dédalo de canales y arroyuelos que se escurren por las peñas. El agua no encuentra una roca suficientemente alta para formar una cascada gigantesca, y el río se deshace en riachuelos, sin estrépito en su caída, sin que hagan sus aguas ruido alguna ni zumben al precipitarse. El trópico de Cáncer pasa muy cerca de la catarata de «la Puerta Egipcia».

Restos de las antiguas cascadas y el paso de la corriente entre peñascos de granito, hacen que el Nilo aminore su marcha, lo que significa un bien para el pueblo cuyos jardines riega y aún para el mismo Nilo, porque si llevase una corriente más impetuosa y corriera sin obstáculo entre la punta de tierra de Kartum y el Egipto, su crecida sería mayor, pero más efímera y pasajera, resultando su decrecimiento en tierras de Misraim, en extremo mezquino. Una cosa parecida sucede en el Senegal y en el Níger, donde los canales formados por las rocas conservan por algún tiempo las aguas de la estación húmeda ó lluviosa durante las épocas de sequía.

En el ángulo de Abou-Hamed, y bajo la cuarta catarata, empiezan las *irrigaciones*, y á partir de ese punto, va aminorándose la corriente del río (1), mientras serpentea por entre los monumentos de arquitectura faraónica. En un recorrido de 13.440 kilómetros, una porción de canalillos distribuyen el agua de sus crecidas, sin que se le una ningún afluente, ni un mal arroyuelo, ni aún los hilillos de agua que manan de la arena y que forman las fuentes.

En este desierto egipcio, siempre el mismo, se encuentran

(1) Disminuye considerablemente por la continua pérdida de agua, sin que compense esta pérdida la unión de un afluente cualquiera; pero fuentes subterráneas disminuyen en parte ésta por dicha pérdida.

constantemente las indelebles señales que conserva el río en su parte alta, las mismas aguas, impuras ó puras, según la época, cuya extensión nunca es menor de 500 metros ni mayor de 2.200. Las mismas aves picoteando el grano de las espigas, ó acechando los pescados que el río deja en los charcos de sus crecidas; los mismos pueblos arcillosos, cuyos materiales se han resecado á fuerza de sol; los mismos marabuts (especie de pájaro); los mismos cultivos; las mismas plantaciones de arroz, cereales, indigo y algodón; los mismos prados de heno y las eternas palmeras, destacándose sobre un cielo, de donde descien- de, al decir de Teófilo Gautier, «el *spleen* luminoso». A lo largo de sus riberas, desde las orillas que lamen las ondas del río, hasta los desiertos escarpados, viven cinco millones de palme- ras, chupando sus raíces las aguas bienhechoras del Nilo y re- cibiendo el sol del Sahara.

Unicamente las rocas líbias, en la parte de Occidente, y las rocas arábicas al Oriente, cambian de aspecto y vegetación. De greda color rosado en Assuan, sigue después del mismo co- lor hasta convertirse en terreno calcáreo. Estas dos líneas mon- tañosas paralelas y vecinas no se parecen entre sí más que en su parte media. La muralla árábica es más alta; hay en ella más picos, más vertientes, más quebraduras. En el mismo Keneh hay una cortadura por donde pasó en otro tiempo el Nilo, distando unos 100 kilómetros del Mar Rojo.

Entre las dos sierras se refleja el sagrado río deslizándose entre templos, palacios derruidos, columnas, esfinges y grutas con pequeñas cuevas sepulcrales. Quinientos millones de mo- mias reposan en este valle, por donde tantas generaciones pa- saron; casi tantas como hombres vivos hay en Africa y Euro- pa. Más secas y más repugnantes que los esqueletos de nues- tros cementerios, estas momias, de grotesca risa y de apergami- nada piel, tienen muchas veces, junto á ellas, los restos de animales, especialmente de cocodrilos, y al entrar en los hipo- geos, la vista, acostumbrada al cuadro lleno de luz y vida del Egipto viviente, se asombra viendo al resplandor de las antor- chas la inmóvil caricatura del Egipto muerto, del Egipto que fué. Pasada Tebas (1), «la de las cien puertas», que tenía 50 kilóme- tros de circunferencia, y en la que se edificaron monumentos de una duración de cientos de siglos, gracias á la solidez de la cons- trucción y al clima tan constante é igual; pasadas Tentyris,

(1) O mejor dicho, «Tebas, la de los cien pórticos.»

Ptolomeida, Antinoe y Menfis, ciudades que fueron, y pasado el Cairo, la capital de hoy, y casi á la sombra de las Pirámides, el Nilo se bifurca para formar su famoso delta el primer trozo de río que llevó su nombre actual, de origen griego. Es un cenagal, al que se le calculan 175 kilómetros de longitud, 208 de anchura y 2.219.800 hectáreas de superficie.

Según afirma la historia, el río desemboca antes en el Mediterráneo por siete bocas, en donde ahora sus aguas, unas veces enturbiadas y otras verdosas, conservan su color durante breves instantes hasta confundirse con el azul del mar. Hoy no existen más que dos desembocaduras: la del Nilo de Roseta y la del Nilo de Damietta. Esta última, que tiene más de 23 kilómetros, no lleva en sus mínimas decrecidas más que unos 201 metros cúbicos, mientras la de Roseta lleva 245. En total, 446 metros cúbicos de agua que descienden á 330 cuando el año es muy seco.

En sus crecidas asciende el número de metros cúbicos á 13.400, siendo su módulo de 4.750. Ni la una boca ni la otra, depósitos de fango y légamo, admiten embarcaciones que puedan surcar sus aguas. En vez de llevar la corriente este cieno hasta el gran abismo del mar, lo amontona en aluviones en los campos que riega, y así poco á poco va cubriendo los lagos délticos; el Menzaleh, que tiene 120.000 hectáreas; el Bourlos, el lago de Aboukir, el de Edkou y el Mariout ó Mareotis de Alejandría. Ninguna de estas lagunas tienen profundidad. Están separadas del Mediterráneo por un cordón litoral que surcan diversos canalillos.

Por estas marismas el delta gana tan sólo dos metros y medio al mar todos los años, y por la misma razón el suelo del bajo egipcio sólo tiene seis metros más de altura que en tiempo de los Faraones.

Sin el riego fecundante del Nilo y sin la pasta arcillosa que le sirve de abono, no arraigaría planta alguna en la llanura de Egipto, capa de tierra vegetal de 10 á 12 metros de profundidad, que se aumenta cada año con los sedimentos arcillosos de la mesetas y los sedimentos rojizos de los montes etiópicos. De los 120.000 millones de metros cúbicos que lleva el río durante los doce meses del año, 90.000 millones los arrastra sólo en un trimestre, ó sea en el periodo álgido de su crecida, desde el 15 de Julio hasta el 15 de Octubre. Hacia el 10 de Junio empiezan á subir las aguas á la entrada de Egipto y hacia el 7 de Octubre empiezan á bajar. Generalmente en el mes de Mayo es cuando

el Nilo está más bajo. Cuando se halla alto tiene siete ú ocho metros más que en estío á su paso por el Cairo, y 16 ó 17 en Assuan, cerca de «la Puerta Egipcia».

III

Clima.

Si el país varía, según el río está alto ó bajo, el clima en cambio, siempre es el mismo: siempre sereno, sin nublados que rompan la monotonía del eterno azul del cielo, y sin que jamás estalle una tormenta.

Al ser el clima de Egipto siempre igual, gozan sus habitantes de un eterno verano, pudiendo resistir los rigores de éste mucho mejor que los pueblos de muchas regiones tropicales ó ecuatoriales. No son muy grandes los calores en Egipto, á no ser cuando sopla el temible khamsin (siroco) palabra que tiene su origen en la árabe *khamis* (cinco), porque generalmente el viento dura unos cinco días. Entonces Egipto entero es un verdadero horno y «los cocodrilos, achicharrados bajo sus caparazones, se cansan de resoplar» (1).

Llueve muy poco en Egipto. Alejandr'a, situada junto al Mediterráneo, recibe al año 200 milímetros de agua, y el Cairo 34 milímetros, cinco veces menos que en determinados puntos de la India.

Hay quien cree que el canal de Suez ha evitado en parte las sequías de Egipto; pero tal creencia es una puerilidad. ¿Qué puede influir en el equilibrio cósmico un canal de más ó menos anchura y unas cuantas lagunas rizadas por el viento del desierto?

(1) En tales términos se expresa Téófilo Gautier; pero á decir verdad, en Egipto apenas quedan cocodrilos, y no hay ya ningún hipópótamo.

IV

Los egipcios.—Mezclas infinitas árabes.—

Coptos (1).—Extranjeros.

Han pasado los tiempos en que 10 ó 15 millones de hombres (algunos creen que ascendían de 20 á 27), pululaban en el estrecho valle que riega el río, deslizándose entre una doble hilera de palacios y colosales estatuas. En la actualidad asciende el número á siete millones, que sólo habitan una extensión de terreno de tres millones de hectáreas, porque el resto del terreno es tierra sahariana.

La mayor parte del pueblo egipcio actual está compuesta de árabes; árabes por afinidad de idioma más que por su origen, pues los invasores musulmanes encontraron la parte inferior del Nilo muy poblada por los descendientes de los antiguos egipcios, confusa amalgama de razas diferentes que bebieron las aguas del sagrado río en tiempos de los Prefaraones, los Faraones, los emperadores persas, los Ptolomeos griegos y los pantócratas romanos; etíopes negros ó simplemente bronceados, árabes é himyaritas de otras épocas, rubios ó morenos que arribaron á Egipto y vinieron del Este, del Oeste ó del Norte, por el mar.

Los árabes en su invasión no destruyeron el Egipto que hablaba un idioma hermano del suyo; al contrario, lo adaptaron á su modo de hablar, y el Koran, libro de Dios, hizo exteriormente de todo «autóctono» convertido en musulmán un nieto del Profeta, pronto á ir en peregrinación á la Meca y á Medina. Las conversiones á «la ley», más frecuentes de día en día, han reducido de un modo considerable los susodichos «autóctonos» que están representados por los coptos, en número de unos 400.000 sobre poco más ó menos, cristianos fanáticos de tal naturaleza, que profesan mortal odio á los cristianos de las sectas que no pertenecen á la suya, comprendiendo en esto á la cristiandad entera. Los rasgos característicos de los coptos recuer-

(1) Nombre con que se designa á los cristianos originarios de Egipto.

dan perfectamente su origen, pues son muy parecidos á las momias amontonadas en el interior de las famosas é inmensas rocas y grutas del río.

El pueblo que se formó por la unión de los árabes invasores y de los nilóticos invadidos, ha engrosado después notablemente con varios elementos. El turco que reinó durante trescientos años en Egipto, fué absorbido por éste, entendiéndose por turco, no al ejército ni la dominación, sino la raza. Los mamelucos, negros, circasianos, caucasianos, albaneses, renegados, griegos, eslavos y latinos, después de forjar como servidores del Osmanlí los eslabonas de la esclavitud de Egipto, vieron que éste absorbía al mameluco «ario», al mameluco «turanés», al semita y al «hamita». Las negras, las bronceadas, las cobrizas, las blancas, vendidas en Caucasia por sus padres ó hermanos, y las negras ó negroidas, sacadas de su país lanza en mano, procedentes de todos los puntos sudaneses accesibles del Egipto, entraron de lleno en la vida de esta nación y en mayor número que nunca. Por último, 100.000 europeos, primero griegos, italianos después, franceses, malteses, ingleses y alemanes, fijaron su residencia en Alejandría, el Cairo y en las demás ciudades principales, situadas á lo largo del Canal de Suez, siendo un gran contingente que vino á engrosar el antiguo é impetuoso torrente de la raza.

Entre los siete millones de egipcios hay unos 250.000 que son la verdadera representación del elemento nómada, los beduinos, los únicos árabes de pura raza de toda la nación, á pesar de estar muy mezclados y confundidos.

La mayor parte del pueblo está compuesta de *fellahs*, de afable trato, buenos y resignados, sin necesidades en su manera de vivir, sobrios en el beber y en el comer, sencillos en su vestir, cifrando su única felicidad en reposar á la sombra. Llevan una vida de rudo trabajo. Dóciles y obedientes, estos infelices están continuamente dedicados a las labores del campo, bajo un sol que abrasa é invita al descanso. Cultivan, siembran, plantan, labran, y sin darse punto de reposo desaguan los canales, limpian zanjás y refuerzan los diques que el Nilo, en sus crecidas, se encarga de destruir. Y lo que ellos hacen ahora lo hicieron sus antepasados, rendidos por la fuerza del calor y acechados por la inmóvil mirada de la Esfinge.

En cuanto al aumento anual de la raza, que es de 50.000 personas, el europeo contribuye tan sólo con su inmigración. Tiene el Egipto fama, no justificada por cierto, de que los ex-

tranjeros que van á él mueren, y si por acaso subsisten, no tienen descendencia. Cuanto á los árabes, la tierra es buena para ellos, el ambiente muy sano y crecen y se multiplican por el matrimonio entre ellos y por el cruce con los negros. La raza, aunque de pequeña estatura en general, no por esto deja de ser ágil, fuerte, de naturaleza resistente, de rasgos delicados, definidos y en conjunto armónicos y bellos.

El árabe es el idioma usual. El copto, hijo legítimo del antiguo egipcio, ha desaparecido por completo. Sin embargo, en algunos conventos cristianos se habló durante algún tiempo cuando ya apenas lo entendían los fieles. El copto se hablaba aún en Egipto hacia el año 1000, y luchó con el árabe hasta 1500 ó 1600. Entre las lenguas extranjeras que hoy se hablan en Egipto predominan el francés y el italiano.

V

Ciudades antiguas y modernas.—Ruinas.

Mientras se fundan en el Egipto ciudades nuevas, las antiguas se reducen á polvo. La mayoría de los grupos considerables de población se elevan separados de las ruinas que han dejado las capitales de otras épocas; pero estos restos, más interesantes que la generalidad de las ciudades modernas, conservan la historia del pueblo egipcio. En muchos sitios, las casas de los *fellahs*, pequeñas construcciones cúbicas de ladrillo ó de tapial, cubiertas de un techo de juncos, ó una azotea de arcilla apisonada, se descubren apenas al lado de los *pilones* y los peristilos de los templos. Desde que comenzó la exploración científica del Egipto, algunos hermosos monumentos han sido desbaratados de las arenas que antes los escondían, pero otros muchos han desaparecido. Los hornos de cal han consumido, hilada por hilada, los templos contruídos con piedra calcárea. Solamente los monumentos de arenisca, que no han podido ser útiles para las modernas construcciones, fueron los más respetados y pudieron salvarse. Los pueblos cambian frecuentemente de sitio por causa de las inundaciones ó de un nuevo trazado en los canales. También suelen variar de nombre, según los propietarios que los adquieren de nuevo. En estos pueblecillos es donde se ve todavía el viejo Egipto. El país

es un *palimpsesto* (1) en el cual se ha escrito la Biblia, encima del texto de Herodoto, y el Koran sobre la Biblia. En las ciudades el Koran es el más visible; en el interior de la comarca reaparece Herodoto.

La isla Elefantina que hace frente á Asuán, en el otro lado de un brazo fluvial de 150 metros de ancho, sostenía una población célebre. Allí se encontraba Abu, la ciudad del Elefante. Acaso fué luego, en las épocas griega y romana, el depósito del marfil llevado del alto Nilo. Ahora Elefantina no tiene ya monumentos de los tiempos antiguos. Sus templos fueron demolidos en 1822 para sacar materiales de construcción. Sólo se encuentran un *mikyás* ó nilómetro restaurado y montones de cascotes de antiguas vasijas, sobre las cuales los aduaneros de la época romana trazaban toscamente sus recibos. Dos aldeas habitadas por *barabras* se elevan sobre sus escombros; pero Elefantina, la Yezira-en-Nuara ó «isla Florida» de los árabes, tiene sus admirables grupos de palmeras, y el brillo de su vegetación contrasta con las negras rocas que guardan la salida de la catarata.

La situación de la antigua ciudad de Ombos, algo más al Norte, sólo está indicada ahora por la aldea de Kom-Ombu, situada en un torno ó recodo de la orilla oriental, y por las ruinas de dos templos reunidos, consagrados á dos divinidades opuestas, Hó us, el dios de la luz, y Sebek, el genio de las tinieblas. Las aguas del Nilo, que roen la orilla derecha, se llevarán muy pronto, piedra á piedra y grano á grano, los santuarios y la duna de arena que los envuelve.

Dos gigantescos pilones ó pirámides truncadas semejantes á torres, anuncian desde lejos al viajero la aproximación á la ciudad de Edfú, la Teb de los antiguos, la Apollinópolis Magna de los griegos y romanos. Entre los templos de Egipto, el de Edfú es el mejor conservado en todas sus partes, y aunque sólo fué construido en la época de los Ptolemeos, ofrece una pureza de líneas, una armonía de proporciones que permiten compararlo á los monumentos de las grandes épocas del arte egipcio. En ningún punto las tradiciones arquitectónicas han sido mejor observadas. Gracias á las arenas del desierto, el tiempo le ha respetado. Desde la entrada del patio se ve la perspectiva de

(1) Llámase palimpsesto á los pergaminos que fueron rascados, borrándose su antigua escritura para escribir de nuevo sobre ellos. (N. del T.)

columnatas y de salas que se prolongan casi 130 metros, y en extensión tan considerable, no hay un pequeño sitio cuyo uso no expliquen perfectamente los adornos ó las inscripciones. Además, cada sala lleva su nombre: una de ellas es la biblioteca ó *casa de los libros*, y el catálogo de estos documentos está grabado sobre las paredes. El edificio entero es una inmensa biblioteca, que encierra, no sólo oraciones y acciones de gracia en honor de la santa trinidad, Harhut, Hathor y Harpojrot, representada otras veces por Osiris, Hórus é Isis, sino también escenas religiosas de todas clases, cuadros astronómicos, relaciones de campañas y representaciones de sitios ó batallas. El templo ofrece una enciclopedia de la historia y mitología egipcias. Pero el principal interés del monumento de Edfú procede de sus 27 listas geográficas del Egipto y la Nubia, enumerando todos sus *hesoph*, *nomoi* ó provincias, con sus producciones, sus ciudades y dioses tutelares.

Más abajo, el valle del Nilo se ensancha y la moderna Esneh ó Esna, la Latópolis de los griegos, conservando todavía su primitivo nombre de Sni, se prolonga por la orilla izquierda entre campos y huertos. Esneh, capital de provincia y centro industrial, donde se fabrican telas azules de algodón, chales, botijos y otras vasijas, es una de las villas comerciales del Alto Egipto. Plantaciones de caña de azúcar ocupan una parte de la llanura y se ven además algunas palmeras *dum*; pero más abajo, á lo largo del río, sólo se encuentran ya las datileras. La población de Esneh está muy mezclada. A los coptos cristianos y los fellahas musulmanes se agregan las gentes de los casis, los nubieneses y los beya de diversas tribus. Aquí fueron desterrados por Mohammed-Alí las almeas del Cairo, y en esta villa es donde son más numerosas. El antiguo templo de Sni, consagrado á Kneph, *el alma del mundo*, ha sido parcialmente desbaratado, en 1842, de los escombros y arenas que le cubrían, pero todavía se parece más á un santuario de catacumbas que á un edificio construido en plena luz.

Al entrar el Nilo en la llanura se muestran, en ambas orillas, los monumentos, enteros ó arruinados, de la aglomeración tebana, conjunto de palacios, columnatas, templos é hipogeos. En ninguna parte hay tantos edificios religiosos ni que ofrezcan un núcleo tan magnífico. Sin embargo, sólo queda ya una débil parte de lo que fué la Diópolis Magna: la «Tebas de los cien pórticos». Los cuatro grupos principales de ruinas, que subsisten todavía, ocupan un espacio de 12 kilómetros cuadra-

dos. En los tiempos en que la Pa-Amen, ó *morada de Ammón*, era el centro del comercio y del poder de Egipto, se extendía mucho más al Norte en las llanuras contiguas á la orilla derecha. Hoy, durante la crecida del Nilo, los grupos de monumentos se elevan como islotes en medio de las aguas. Lúksor, El-Uksor ó El-Aksorein, es decir, los «Dos Palacios», la aldea más populosa construida sobre el emplazamiento de la ciudad antigua sólo ocupa un montículo artificial, masa de escombros derrumbados. Pero en esta colina se halla enterrado parcialmente



Tebas: colosos de Rameseum. (Dibujo de Benoist.)

un bello templo, y se trabaja en desembarazar sus ruinas. Delante del monumento se elevaban dos obeliscos con inscripciones en honor de Ramsés II. Ya no existe más que uno, el otro fué transportado á París y colocado en su plaza de la Concordia. Alrededor del templo se ven únicamente escombros informes y campos cultivados; pero hacia el Nordeste se prolonga una avenida de dos kilómetros marcada por pedestales y, á trechos, por restos de esfinges con cuerpo de león, cabeza de mujer y teniendo entre sus patas anteriores la efigie de Amenhotep III. A esta avenida sigue una calle de otras esfinges con cabezas de carnero, y se llega al centro de los monumentos de El-Karnak, con pilones, muros esculpidos, naves de columnas, obeliscos,

esfinges y estatuas. Por todas partes se encuentran maravillas de trabajo; pero la gloria del vasto museo arquitectónico es la sala de las columnas ó *hipostila*, construida en el reinado de Setí I. Es la mayor de Egipto, la que tiene aspecto más sorprendente y cuyo recuerdo se presenta siempre á la memoria. El techo de la sala, que no tiene menos de 23 metros de altura en la nave del medio, descansa sobre 134 columnas que miden hasta 10 metros de circunferencia en la fila central. Todas están cubiertas de esculturas en hueco y de pinturas, lo mismo que las paredes, y entre los bajorelieves de la sala los hay de la mayor importancia histórica, representando las victorias de los Faraones sobre los árabes, los sirios y hititas.

En Tebas, en la parte del Rameséum, se levantaban muchos colosos. Dos solamente quedan todavía en pie: los que llegaron á ser tan famosos en la antigüedad con el nombre de Colosos de Memnón, y que representan realmente al Faraón Amenhotep II, sentado, en actitud hierática, con las manos extendidas sobre las rodillas. Ambas estatuas tienen cerca de 20 metros de altura con sus pedestales, por cierto bastante enterrados en el suelo aluvial. El coloso que los griegos y romanos venían á visitar en tropel, y que cubrieron con sus inscripciones en verso y prosa, es el del Norte, aquel cuya hendidura producía un sonido como el de una cuerda de lira que se rompe, ó que vibraba largo tiempo en suspiros armoniosos, según algunos autores, tan pronto como los rayos del sol evaporaban el rocío de la mañana. Pero desde que Séptimo Severo hizo reparar cuidadosamente, ó más bien macizar estas hendiduras de la estatua, con la esperanza de hacerla más sonora, se ha vuelto muda. En vano se trata de sorprender uno de sus sonidos en la alborada. Se tiene mejor éxito en el templo de Karnak. Allí, según dicen, los bloques de granito vibran con ondulaciones sonoras en el momento que los ilumina el sol saliente.

Algo en el interior de las tierras, y presentándose en las inundaciones entre dos masas de agua, se dibuja el perfil pintoresco de una gran población, que conserva todavía su antiguo nombre de Siaut, ligeramente modificado en Siut ó As-Siut, llamándose también Osiut, y que los españoles denominaban antes Aziote. Es la Lycópolis de los griegos ó la «ciudad de los lobos», nombrada así porque estaba consagrada al dios Anúbis, que representan con cabeza de chacal. Asiut ó Siut, capital de todo el Masr-el-Said, Kebli ó Alia, es decir, el Alto



Egipto, es una ciudad industrial y de comercio. Se fabrican en ella curiosos objetos de alfarería, negros ó blancos, y sus famosas pipas se expiden hasta fuera de Egipto. Su bazar está provisto de géneros del Darfur y de los oasis. Completa la ciudad el puerto de Hámrah con sus embarcaderos y muelles sobre el Nilo. Cerca de Asiut, en la aldea de Zauiet-ed-Déir, es donde los monjes coptos se entregaban hace poco, en virtud de un privilegio especial, al innoble oficio de mutilar á los niños, para venderlos más tarde como guardianes de los haremes. Mohammed-Alí les hizo en una sola vez el encargo de 300 eunucos. Los coptos tejen te'as de lino, que son una de las especialidades de la industria en el Alto Egipto.

De Asiut á El-Káhira ó Cairo, todas las poblaciones, unidas unas á otras por la vía férrea, se suceden sobre la orilla izquierda del río, la única que tiene una ancha zona de campiñas en cultivo. Más allá de Manfalut se abre el canal de Ibrahimíá, nueva toma de aguas del Bahr-Yusuf, estando cortados los campos en todos sentidos por canales y regueras. Esta fértil región del Egipto estaba antiguamente cubierta de ciudades considerables. Primero se encontraba á Kus, que los griegos llamaban Chusae, donde hoy está el pueblo de Kusieh, y luego, al pie de la cadena arábiga, en el sitio actual de Tell-el-Amarna, se hallaba la gran Necrópolis de Jun-Atón, en la cual todos los muertos están colocados bajo la invocación del dios semítico Atón «el Disco radiante». Al Este, sobre la orilla derecha, enfrente de la villa de Meláui-el-Arix, donde existe una colonia de españoles, procedentes de Menorca, que cultivan grandes propiedades, los palmares, que rodean á Xéij-Abadeh, están sembrados de ruinas. Son los restos de la antigua Antinoópolis, construida por Adriano, en memoria de Antinoo. Numerosos monumentos de esta ciudad romana, soberbias columnatas dóricas y corintias, existían aún á mediados del siglo xix, pero fueron demolidos para proporcionar cal y piedras á las construcciones modernas. Las rocas de la cadena arábiga están acribilladas de grutas funerarias. Al Norte de Xéij-Abadeh hay en el escarpado otras grutas, algunas de las cuales tienen cerca de cinco mil años de existencia. Estos hipogeos, llamados de Beni-Hasán por el nombre de una aldea cercana, encierran los sepulcros más interesantes de Egipto.

Minieh ó Miniet, que reemplaza á la antigua Munat y Jufu ó «Nodriz de Chéops», es una de las grandes ciudades de Egipto y capital de provincia. Nada ha conservado de sus antiguos mo-

numentos, pero un mercado considerable se celebra á la sombra de sus grandes sicomoros y su fábrica de azúcar es una de las más activas de la comarca. Cerca de Minieh, sobre un escarpado de la orilla derecha del Nilo está el famoso Déir-el-Bakárah ó «convento de la Polea», llamado así por una garrucha con cuerda que servía para bajar á los monjes coptos al paso de los viajeros, á los que seguían nadando delante de las barcas para mendigar un *bakxiá* ó limosna. Casi frente á él, donde hoy se encuentra el lugar de El-Kes, estuvo la Cynópolis de los griegos. En el interior del desierto arábigo, pero mucho más cercanos al Mar Rojo que al Nilo, subsisten otros dos conventos de la Baja Tebáida, El-Kádis Antuán y El-Kádis-Búlos, ó de San Antonio y San Pablo. El primero, poblado por unos 50 religiosos, es el más antiguo de los monasterios cristianos del Egipto y del mundo. Ambos poseen jardines umbrosos, encerrados en el mismo recinto de murallas que los conventos. Más al Sur se hallan las ruinas de otros que parece corresponden al siglo iv ó v de nuestra era.

La villa de Abú Yirryeh, cerca del Nilo, sobre la vía férrea, ha sucedido en importancia á la de Behnéseh, situada al Noroeste sobre el Bahr Yusuf, en medio de las ruinas de la antigua Pamasá, la Oxyrynchos de los griegos ó ciudad del «Pescado de hocico puntiagudo». Siguen en la misma orilla Maghaga y Fexu, la antigua Fénchis, y después Beni-Suéif, capital de provincia y ciudad comercial que posee algunas fábricas de telas. Aquí es donde se encuentran en mayor número, desde tiempo inmemorial, los hornos de desarrollo ó *incubadoras artificiales*, que fueron durante algunos siglos industria particular del Egipto. Beni-Suéif reemplaza á la antigua Ha-jnem-su, que fué también capital bajo la novena y décima dinastías, y cuyas ruinas se ven al Oeste, en derredor de la aldea de Abnás-el-Medíneh.

Cerca de la aldea de El Lahún, que ha conservado su viejo nombre egipcio de Lo-un ó «Boca del Lago», se ven los restos del dique con esclusas que retenía las aguas del Moéris, llamado en realidad Hunt, pues la palabra *meri* significaba lago. Más lejos se levanta una pirámide, hoy día colina informe, que se cree fué construída por Amenemba III. Otra pirámide, la de Auara, de unos 30 metros de altura, se eleva más allá del desfiladero de entrada, ya en la cuenca circular del Fayum, el antiguo «país del Mar». Formada por un núcleo rocoso al cual se apoyan hiladas de ladrillos, hechos con el limo del Nilo, la

pirámide sólo tiene ya, como la de Lahún, la apariencia de un montículo natural, pero está bien conservada, en comparación del palacio en el cual Lépsius creyó haber encontrado aquel Laberinto que comprendía dos pisos, con 1.500 habitaciones cada uno, y donde se perdía el que lo visitaba, por sus infinitos rodeos. De las suntuosas construcciones del Elpa-rohant ó Templo de la Boca del Lago, de cuyo nombre se supone derivado el griego de Labyrinthos, sólo quedan ya montones de escombros, muros de ladrillos, vestigios de portadas y escasos fragmentos de esculturas en piedras calcáreas ó granito. Una capa líquida de siete kilómetros de ancho, el lago Moéris, ceñida por diques, cuyos vestigios se ven en algunos puntos, separaba antes el Labyrinthus de una de las grandes ciudades del Egipto, la de Xed, Pa-sebek ó Crocodilópolis, la «ciudad de los cocodrilos». El nombre de Sebek corresponde también á un dios egipcio que representaban con cabeza de este animal. En tiempo de los Ptolemeos, esta población se conocía con el nombre de Arsinoé, y ocupaba una superficie, donde se halla la actual de Medinet-el-Fayum.

Trozos de muros, un obelisco roto y otros restos prueban que se extendía, por lo menos, en un espacio de ocho kilómetros del Sur al Norte.

La metrópoli actual, Medinet-el-Fayum, que fué la mansión de recreo de los mamelucos, es una de las más animadas y originales del Egipto, así como de las más graciosas. Sus huertos proporcionan con abundancia las frutas y las flores, entre otras las admirables rosas, que son la gloria y una de las riquezas del Fayum, utilizándolas los coptos para fabricar la verdadera esencia. Los campos circunvecinos del rico País del Mar, conquistado antes sobre Typhón, es decir, sobre el desierto, por el bienhechor Osiris, dios simbólico de las aguas del Nilo, producen mucho trigo, algodón, maíz y caña dulce, enlazando algunos ramales de ferrocarril sus fábricas de azúcar, á las vías férreas principales. Pero ha sido preciso abandonar algunos cultivos por haberse aumentado lo salino del suelo lavado de un modo insuficiente por las aguas de regadío. Cerca de la extremidad Sudoeste del Birka-el-Kerún, el «Lago de los Cuernos», ó de los Siglos, según otros, en el cual se reunen las aguas excedentes de los canales de regadío, saturadas gradualmente de sal, se ven las ruinas de un templo, llamado Kasr-Karún ó el «Alcázar de los Cuernos», que se cree ocupa el emplazamiento de la antigua Dionisias.

Después del Fayum se entra en el Bajo Egipto, llamado indistintamente por los árabes Es-Sufli, ó sea inferior.

Al pie de las laderas que sostienen las pirámides de Sakkarah, sepultura de soberanos de la VI dinastía, las desigualdades del suelo indican los restos de lo que fué la antigua Menfis. El pequeño pueblo de Bedraxín está colocado al extremo oriental de la región de las ruinas; el de Mit-Rahíneh ocupa su centro. Un bosque de palmeras se extiende sobre una gran parte del espacio habitado antes. La ciudad fundada por Ménés cubría un enorme emplazamiento, á juzgar por los restos de diques que costean el río y por los montículos de escombros que siembran la llanura. Sin haber sido destruída por los conquistadores, fué demolida después por el tiempo. La fundación de Alejandría y después el nacimiento de El-Káhira ó Cairo, en la orilla derecha del río, con ventajas geográficas semejantes á las de Menfis, hicieron inútil la existencia de esta ciudad. Sus mármoles y piedras de granito fueron transportados á Alejandría y los materiales menos preciosos sirvieron para edificar las poblaciones vecinas, fraccionándose en pequeños pueblos para los *fellahas*.

La inmensa necrópolis próxima á Menfis, con una superficie de algunas decenas de kilómetros cuadrados, ha recibido por millones las momias de hombres y animales; pero sin duda la arena, llevada por el viento de Libia, cubre todavía muchos mausoleos. El desmonte del Serápeum ha descubierto 7.000, hallándose colocados hoy los más preciosos en los museos del Louvre y de Bulak, proporcionando además una serie de inscripciones cronológicas. Las necrópolis del Sakkárah han suministrado también objetos del más preciado valor. Siguen al Norte las cuatro pirámides de Abusir, la antigua Busiris, y las dos de Zauia-el-Aryán, terminando la fila de tumbas reales por las que han recibido el nombre del pueblo de Guizeh, situado en la orilla izquierda del Nilo y dando frente al Masr-el-Kadima ó Viejo Cairo. En estos tres últimos monumentos (las famosas pirámides), está simbolizado todo el país de Egipto. Estas pirámides enormes velando sobre la verde campiña y sobre el sinuoso río, son la imagen que evoca siempre esta comarca. Verdad es, por otra parte, que sus triángulos, elevados por cima de la meseta libica, se ven desde gran distancia en el valle del Nilo y en las llanuras del delta. Se camina por muchas horas sin que las pirámides lleguen á agrandarse ó disminuir en el horizonte. Parece que acompañan al viajero, marchando á su vez por enci-

ma de los pueblos, de los árboles y los cultivos. Vistas tan de cerca, ocupan todo un lado del espacio y la mirada sigue con estupor las aristas escalonadas de las moles prodigiosas, perfilándose en la luz con sus gradas desiguales y rotas. Se parecen más á montañas cortadas para canteras que á edificios elevados por mano del hombre. En ellas se ve la transición entre los *colosos del arte y los de la Naturaleza*. Dice un proverbio árabe que «todas las cosas temen al tiempo, pero el tiempo teme á las pirámides». Sin duda estas masas de piedra no tienen más belleza que las de sus líneas geométricas, sin adornos de arquitectura; pero imponen por su tamaño, y más aún por su antigüedad, por el recuerdo de los tiempos que han pasado á sus pies, como las aguas del Nilo.

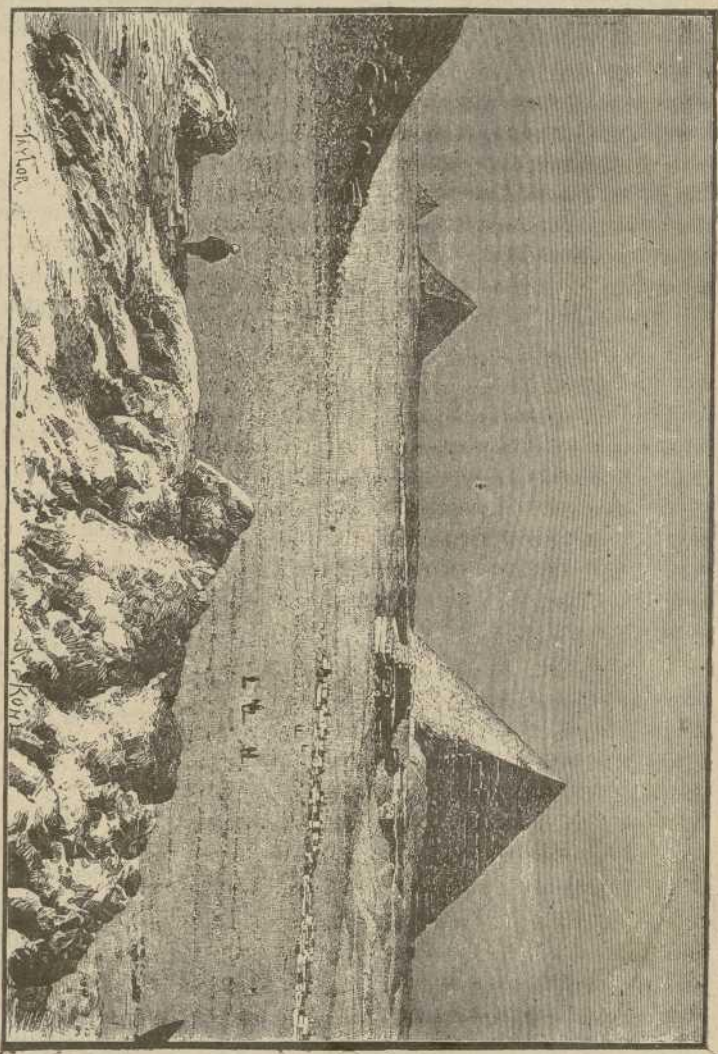
Por antiguos que sean estos monumentos de servidumbre, atestiguan la existencia de toda una grandiosa y anterior civilización de ciencia é industria. En el enorme amontonamiento de piedras, el geómetra halla medidas de una notable exactitud. Todo está calculado con proporciones exactas en esta inmensidad: la perfección de las dimensiones, que ofrecen tan poderosos edificios, ha parecido á muchos exploradores que tenía un sentido simbólico profundo, y hasta ha dado nacimiento á una especie de *religión de las Pirámides*, teniendo sus adeptos. Para ellos, por sus proporciones y medidas, las pirámides son *biblias de piedra*. Se ha calculado que la mayor de las tres pirámides, la de Chéops, llamada por los antiguos egipcios Jufu-Jut ó el «Trono glorioso de Jufu», cubre cinco hectáreas y media de terreno, y que sus cuatro caras triangulares tienen en junto ocho hectáreas y media de superficie. La cantidad de materiales que ha sido preciso transportar á alguna distancia desde el Nilo, asentar sobre los cimientos de la roca, izar hasta más de 150 metros de altura y aparejar con el mayor cuidado, no es menor de 2.505.000 metros cúbicos, cantidad de piedra suficiente para elevar un muro de dos metros de altura y medio de espesor, que atravesase Europa desde Lisboa á Varsovia. Hoy conserva unos 2.337.000 metros cúbicos, descontando las partes destruídas en la punta, el revestimiento y los cimientos y huecos interiores. Llegando su peso á 6.955.000 toneladas métricas. La basílica de San Pedro en Roma, que sólo tiene 131 metros de alta, y San Pablo de Londres con 106, desaparecerían completamente, con sus columnatas y su cúpula, en el interior del monstruoso poliedro de piedra. Herodoto dice que una inscripción de la gran pirámide evaluaba en 1.600 talentos

de plata, ó sean 10 millones de pesetas, la suma necesaria para la compra del ajo, cebollas y perejil, gastados en el alimento de los obreros. ¡Qué enormes gastos no serían precisos para los instrumentos, máquinas y el trabajo en las canteras! Sobre todo, ¡cuántas vidas humanas habrán sido sacrificadas! Según la leyenda griega, el pueblo había cobrado horror á estos monumentos de su servidumbre y su miseria y hasta evitaba pronunciar los nombres de los reyes en honor de los cuales se habían construído estas montañas de piedra.

Superiores por su volumen á todos los demás edificios, las pirámides son inferiores por su altura á algunas de las catedrales de Europa. La pirámide de Chéops, disminuída en una decena de metros por la pérdida de su revestimiento y el hundimiento de su base, tiene 137 metros de altura; la de Jafra ó Chéphren casi la iguala hoy, con algunos decímetros tan sólo de diferencia, aunque debió aproximarse á los 140 metros de altura, mientras que la de Menkaura ó Mycerínus no alcanza ni la mitad de estas dimensiones, teniendo ahora 62 metros y habiendo perdido unos cinco. Las tres pirámides pequeñas, al Sur de la de Menkaura, y otras de la meseta, simples embriones, por decirlo así, se distinguen apenas de los escombros esparcidos en la base de estas montañas artificiales de piedra. La última pirámide, hacia el Norte, es la de Abú-Roax, en la misma latitud que el centro del Cairo.

En el ángulo formado al Noroeste, entre las dos tumbas colosales de Chéops y de Chéfren, la meseta encorvada y desigual se halla excavada en todos sentidos, como una inmensa madriguera, por sepulturas y necrópolis donde duermen los súbditos de los Faraones. Al Sur y al Este hay otros restos, muros ó tumbas, y sobre el borde de la meseta rodeada de dunas, se presenta la famosa Esfinge, guardián gigantesco de las pirámides. El monstruo, que mira á la llanura con sus ojos impasibles, es ciertamente «la obra maravillosa de los dioses», como dice una antigua inscripción no comprendida antes. Está constituída principalmente por una roca de asperón, á la cual había dado la casualidad los vagos contornos de un animal acurrucado y que los arquitectos egipcios revistieron de mamostería para completar sus formas. Las cavidades considerables se rellenaron con gruesas piedras colocadas sin arte, pero la envoltura exterior se halla compuesta de pequeñas hiladas regulares, cortadas y esculpidas con cuidado para modelar hasta los músculos del animal, que representaba al dios Harmáchis, es

decir, á «Hórus en el sol saliente» ú «Hórus de los Dos horizontes». Los indígenas dan al coloso el nombre de Abú-el-Hol ó «Padre del espanto». También la llaman «León de la Noche».



Las Pirámides. (Dibujo de Barclay.)

El Káhira ó Cairo, heredero de Menfis, ocupa una situación análoga á la de la antigua capital. «Botón de diamante», que sujeta el abanico del delta, está en el vértice del triángulo de los cultivos regados por los brazos del río, y se halla, por consi-

guiente, en el sitio de convergencia natural para todos los caminos del bajo Egipto, desde Iskandería, ó Alejandría, hasta El-Arix.

El nombre de El-Káhira ó «la Victoriosa», dado en el idioma



El Cairo: una calle en la ciudad antigua. (Dibujo de Taylor.)

oficial á la capital de Egipto, no es el que se halla en boca del pueblo. La antigua apelación de la comarca entera, Masr ó Misr, á la cual se ha añadido frecuentemente el epíteto de *Madre del Mundo*, es el nombre que se emplea ordinariamente pa

ra aplicarlo á la ciudad. En el año 19 de la Hégira sólo se encontraba allí, aguas arriba de la población actual, una pequeña plaza fuerte, designada hoy con el nombre de Bábelun, la antigua Babylon. Tomada por Amru, se agrandó al Norte con el barrio de El Fostat ó «La Tienda», que llegó á ser Masr-el-Atica ó El-Kadima, es decir, el Viejo Cairo. Sitiada luego y conquistada de nuevo, se aumentó, por el lado septentrional, con un tercer barrio, el campamento militar de la Victoriosa. Allí es donde se ha construido la ciudad moderna, cuyo nombre más general es Masr-el-Káhira, y se ha transformado á la europea en el de Cairo. Al Noroeste, el gran barrio industrial de Bulak, que encierra unas 60.000 almas, costea la orilla derecha del Nilo con sus casuchas vacilantes, y está enlazado á la ciudad por una nueva avenida, que va cubriéndose de edificios. Las murallas del Cairo han sido destruidas en gran parte ó rebasadas por las edificaciones. Sólo subsisten al Este y al Sur, donde se apoyan sobre montones de escombros. Los escarpados del Yébel-el-Mokattan, cortados por otras canteras, avanzan hasta el ángulo Sudeste de la ciudad, y su promontorio extremo sostiene El-Kaláa ó la ciudadela. Desde lo alto de esta colina, flanqueada por muros de sostenimiento, se mira toda la ciudad á los pies, con sus alminares, sus cúpulas, sus edificios abigarrados, sus jardines y sus árboles. Alrededor de esta población de alegres colores, de donde suben clamores incessantes, se extiende la llanura gris y silenciosa que vigilan desde lejos las pirámides.

Toda la parte nueva que se construye entre los barrios egipcios y el Nilo, cuarteles, ministerios, palacios y fondas, ofrece un aspecto europeo. Sólo las plantas que se perciben al través de las verjas de los jardines y las grandes acacias que sombrean los costados de las anchas calles, recuerdan que se está en Egipto. Algunas avenidas anchas y rectas, formadas por casas de una arquitectura vulgar, han sido abiertas recientemente cruzando los macizos de los antiguos barrios, pero casi en todas partes ha conservado su fisonomía propia la antigua ciudad egipcia. En estas vías desiguales, tan pronto calles como callejuelas, avanzando por bruscos ángulos entre casucas orientadas cada cual á su capricho, la variedad de las perspectivas es infinita. En un sitio se ven plazas irregulares, limitadas por los muros de una mezquita con pintados arcos; en otro, las dos mitades de un palacio se reúnen por encima de la calle con arcos abovedados: á derecha é izquierda se abren las

puertas y entradas á laberintos que se convierten en callejones sin salida, ó que atraviesan patios rodeados de balcones en los que se ven tapices colgados. Columnas de mármol y pórticos esculpidos sobresalen entre las paredes de ladrillo gris ó rojizo: los *muxarabiat* ó miradores varían todos por el dibujo de sus celosías. Hasta los diferentes pisos contrastan por su arquitectura y sus salientes. En algunos sitios, todo el piso alto de la casa está colocado sobre el bajo en forma de biombo chino y se plega en numerosos ángulos á fin de que las mujeres puedan mirar á los que pasan. Vigas colocadas oblicuamente desde un lado á otro, y esteras tendidas á diversas alturas, hacen alternar abajo el fresco y el calor. A los espacios oscuros suceden de repente torrentes de una luz que ofusca y en la que gira en torbellino el polvo de la calle. Charcos de agua, montones de inmundicias ó de escombros detienen al paseante, y pequeñas cantidades de arenas volátiles se depositan en las brechas de los muros.

En estos barrios de la ciudad antigua la población ofrece singular variedad. Egipcios, árabes y negros se cruzan en las callejuelas, regatean en las tiendas ó se agrupan en torno de los narradores de cuentos; pero principalmente en el Muski ó en otras calles inmediatas al bazar, donde se verifican los cambios entre indígenas y europeos, es donde se ve la mayor diversidad de tipos y trajes. A lo largo de las paredes resbalan, más bien que andan, las mujeres veladas, musulmanas ó cop-tas; bultos ambulantes de telas, que no tienen vida más que en los ojos, mirando por una abertura del velo, el cual sujetan á sus cabellos con un tubo dorado. Las mujeres del campo, vestidas con su simple túnica de largos pliegues, que ondula libremente siguiendo los movimientos del cuerpo, van casi todas con la cara descubierta, ofreciendo sus mercancías á los transeuntes. Siriacas, levantinas, judías y europeas, que pueden reconocerse por su tipo, su manera de andar, los colores del traje, la carencia de joyas ó la ostentación de ellas, atraviesan las turbas ó se detienen delante de los almacenes. Los elegantes berberinos, con largas camisas blancas, los beduínos, orgullosamente envueltos en sus harapos, los negros de todas las procedencias, llevando en su cara las cicatrices distintivas de su tribu, se mezclan con los egipcios, cubiertos con la *stambulina* oficial y llevando en la cabeza el fez, con los europeos de todos los países, más ó menos fieles al traje occidental, y con los soldados de todas las armas, que ostentan cascos, kepis,

turbantes ó se adornan con bandas la cabeza, como las que se ven en las estatuas antiguas. Seguidos de sus pequeños conductores, que gritan en continua agitación, los borriquillos, gloria del Egipto, trotan ligeramente por pesado que sea su jinete. Los jefes militares ó ricos extranjeros pasan sobre caballos árabes de ancha grupa y airoso cuello; los elegantes carruajes atraviesan rápidamente las oleadas de la muchedumbre, precedidos por un *sâis* ó batidor en traje albanés, bordado todo de oro y seda y armado con la vara tradicional de que antes se servían para golpear las gentes demasiado lentas en apartarse. A veces, dominando la multitud, un jefe negro, suntuosamente vestido de seda blanca y roja, brillando su faja con las armas damasquinas, aparece, montado sobre un camello gigantesco, balanceando los tapices bordados y las gualdrapas de terciopelo con franjas de oro.

Los monumentos más notables del Cairo son las mezquitas y los sepulcros. De los 400 lugares para la oración, que se elevan en distintas partes de la ciudad, algunos figuran entre los más bellos edificios del mundo musulmán. La mezquita de Tulún, que formaba parte del Fostat, antes de la construcción de El-Káhira, se cae en ruinas, pero tiene siempre la belleza que le da la noble sencillez de su planta, un patio abierto al aire libre, rodeado en tres de sus lados por doble peristilo, y dando entrada á un santuario de cuatro naves con arcos ojivales hechos de troncos de palmeras. Las galerías, bordadas por deliciosos arabescos, han sido tabicadas y transformadas en innobles chiribitiles para los enfermos é idiotas. La mezquita del sultán Hasán, la más bella del Cairo, señalada de lejos por su alminar, que es el más alto del Cairo, está, como la de Tulún, amenazada de derrumbarse. Al ver las grandes grietas de los muros, se teme entrar en su patio donde murmuran las fuentes, y subir las gradas del santuario ó de sus naves laterales, bajo los inmensos pórticos donde se arremolinan los pájaros. La mezquita de El-Azhar, es decir, de «las Flores», fué también un simple patio rodeado de pórticos, pero se han añadido numerosas construcciones al edificio primitivo, porque es á la vez universidad, biblioteca, hostería para los viajeros estudiosos, hospicio para los ciegos y asilo para los pobres. El techo del santuario está sostenido por 380 columnas de mármol, granito y pórfido. Alrededor del patio las columnatas están reservadas para los estudiantes, que se agrupan en los *riwak* ó pórticos con divisiones formadas bajo sus pilares, según los países de donde pro-

celen. Desde Marruecos al Indostán, del Níger al Oxus, todos los pueblos del Islam se hallan representados en esta universidad, la más antigua del mundo. Hasta 12.000 discípulos, sin contar los que asisten libremente, bajo la dirección de 200 profesores, estudian allí el Koran, la jurisprudencia, la lengua árabe y las matemáticas. Además, una docena de escuelas preparatorias, cada una con 30 ó 40 discípulos, y una clase especial para ciegos se hallan en los *riwak* ó en los grupos de construcciones que rodean las naves.

Una mezquita, la del sultán Kalaún, se ha utilizado casi completamente para hospital de locos. En cuanto á la de Mohammed-Ali, que está en la ciudadela, es muy suntuosa. Sus suelos y sus pilares son de un alabastro casi transparente y admirable; pero su misma riqueza sólo sirve para evidenciar el mal gusto del constructor. Cerca de esta mezquita el *pozo de Joseph*, abierto por orden del gran Saladino, desciende 88 metros, hasta el nivel del Nilo. Desde la superficie del suelo, una rampa en espiral permite que bajen los bueyes hasta la profundidad del pozo, donde hay una noria con su rosario de cubos para elevar el agua del fondo. Al Sur de la ciudadela, en dirección al Viejo Cairo y al Nordeste, en la base del Yébel Mokattan otras *yauzmi* ó *gami*, *masáyid* ó *mesquid*, es decir, mezquitas grandes y pequeñas elevan sus cúpulas ojivales por encima de los graciosos sepulcros de los reyes ó príncipes. Estos edificios contrastan con la tierra desnuda sembrada de ruinas, y con los escarpados de las canteras.

Primera ciudad del continente africano por su población, El-Káhira es seguramente la primera también por sus instituciones científicas y sus tesoros artísticos. Sin tener en cuenta la universidad religiosa de El-Azhar y los centenares de escuelas árabes establecidas cerca de las mezquitas ó junto á las fuentes, la ciudad posee excelentes escuelas europeas.

Lo que resta del Fostat ó Viejo Cairo, separado por la distancia de cerca de un kilómetro del arrabal Sudoeste de la ciudad, se extiende á lo largo de la orilla derecha de un pequeño brazo del Nilo. Una mezquita, rodeada de colinas de escombros, recuerda el antiguo esplendor de esta parte. Es el templo edificado por Amru en el año 21 de la Hégira, á la vista de los compañeros de Mahoma. Después de las que hay en las ciudades santas, ninguna *yama* ó *aljama* es más venerada que este viejo monumento, por cierto recompuesto frecuentemente. Alguna de las 230 columnas que sostenían los techos de las gale-

rias y del santuario, alrededor del patio central, han cedido bajo el peso de las naves. La isla, cubierta en gran parte de cultivos, que separa al Masr-el-Kadima ó Viejo Cairo del verdadero Nilo, es la Yezira-el-Ráudah ó Roda, en la cual estableció un sobrino de Saladino la escuela de los *baharia* que fueron los primeros mamelucos de Egipto. La punta meridional de Ráudah sostiene el famoso *mikyás* ó *nilómetro*, consultado á veces tan ansiosamente para medir los progresos de la crecida.

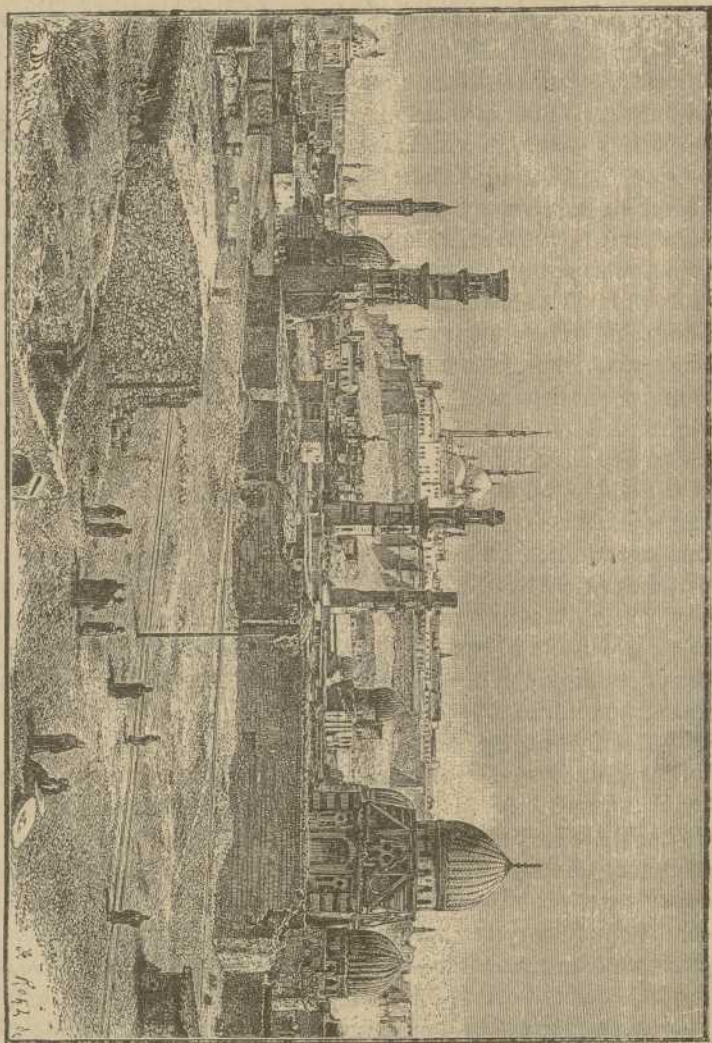
El Cairo tiene en sus inmediaciones una villa de baños, la de Heluán, 24 kilómetros al Sur, cerca de la orilla derecha del río y enlazada por ferrocarril. Los palacios de Guizeh y Yezireh se suceden sobre la orilla izquierda, enfrente del Cairo. Al Norte de la ciudad y unido á la estación por un magnífico paseo de sicomoros, que acompañan algunas casas de recreo, se eleva el palacio de Xúbrah. Al Nordeste, sobre los confines del desierto, se alzan los palacios de El-Abbasía y El-Kubbeh, ocupados ahora por las escuelas politécnica y militar. Estos palacios no están lejanos del pueblo de Mataría, que ocupa en parte el emplazamiento de la antigua Anu de los Faraones, la «Ciudad del Sol», la Heliópolis de los griegos, donde venían los sacerdotes á iniciarse en las ciencias esotéricas. De la ciudad, de sus templos y escuelas sólo quedan los cimientos de dos recintos y un obelisco, empotrado ocho ó diez metros en el suelo, que fué elevado por Usertésen I hace cuarenta y seis siglos. Es el más antiguo entre todos los monumentos de este género. En los pantanos de las inmediaciones se ve siempre la especie de garzota llamada *árdea garzetta*, y el ave *bennú*, tan famosa en la historia de los símbolos bajo el nombre de *ave fenix*. Cada quinientos años, según decían, en el día del solsticio de estío, el animal sagrado, regresando de Arabia ó de la India, se posaba en la cumbre del templo del Sol, y allí, sobre una pira que formaba con madera de incienso, se quemaba él mismo para renacer al punto, joven como en su primer día. El pueblo de Mataría, en la derecha del Nilo, lo mismo que el de Ambábeh, sobre la izquierda y frente á Bulak, recuerdan célebres batallas. Delante de Ambábeh alcanzó Bonaparte, en 1798, la victoria llamada de las *Pirámides*, y cerca de Mataría, sobre las ruinas de Heliópolis, derrotó el general Kleber, el año siguiente, á un ejército turco. En un jardín encantador del mismo Mataría, enseñan los monjes coptos «el árbol de la Virgen», sicomoro que va renovándose, datando el actual de 1672, y bajo el que se supone reposó la Sagrada Familia en su huída á Egipto.

La presa del Nilo, el Kanátir-el-Jeiría, cuyas torres almenadas aparecen de lejos como una fortaleza, es también uno de los monumentos de los alrededores del Cairo. Construida cerca de donde estaba la antigua Letópolis, la forman dos puentes de 438 y 551 metros, que tienen 134 arcos en junto y los separa una calzada de 1.000 metros. Su cresta se levanta á 13,60 sobre el nivel del mar, cortando el río á unos 18 kilómetros por bajo de Bulak, en el sitio donde las aguas se dividen en dos brazos de Oeste y Este. Un canal intermedio, el de Menufia, parte en dos la gran isla de Xalaganeh, transformada por muelles y muros en una plaza fuerte. Es la fortaleza ó *Kaláa Saidí*, que domina á la vez las dos ramas del Nilo y las dos vías férreas principales del bajo Egipto. La construcción de algunas partes de la presa fué descuidada. Los cimientos han cedido, se han formado grietas en los arcos y de los tres canales que debían haberse abierto, sólo el Menufia llegó á realizarse. Pero tal como se encuentra la presa del Nilo no es, como se cree, una obra inútil, pues se la utiliza todos los años para elevar en dos metros el nivel de las aguas del río.

Al Norte del istmo Kafr-ed-Dauar, otro cordón de tierras estrechas, que sitian las aguas por ambos lados y que utiliza un ferrocarril, une á Roseta, población sin importancia, con la península de Alejandría, pasando por la pequeña villa de Edku ó Edkó rodeada de dunas. Canópus ó la antigua Zoka, que dió su nombre á la boca fluvial, sólo ha dejado ruinas inciertas, conocidas hoy con el nombre de Kenub, sobre un suelo removido frecuentemente por las aguas, y en toda la parte del cordón litoral las arenas cubren los restos de las antiguas construcciones. Los pueblos de Abukir y El-Mandárah están contruidos parcialmente con esos materiales. Abukir, situado á orillas de la bahía del mismo nombre, probablemente en el sitio donde se encontraban Zefyrion y el templo de Arsinoé Afrodita, es un pequeño puerto bastante activo, pero mucho más célebre por los recuerdos de la historia que por su tráfico. Delante de Abukir destruyó Nelson la flota francesa en 1798, cortando toda comunicación entre los conquistadores del Egipto y su madre patria. Un año después Bonaparte destruyó también en la península de Abukir un ejército turco apenas desembarcado.

Iskandería, la antigua Alejandría, una de las grandes ciudades comerciales del mundo, y la segunda población de Egipto y de toda el Africa por el número de sus habitantes, es tam-

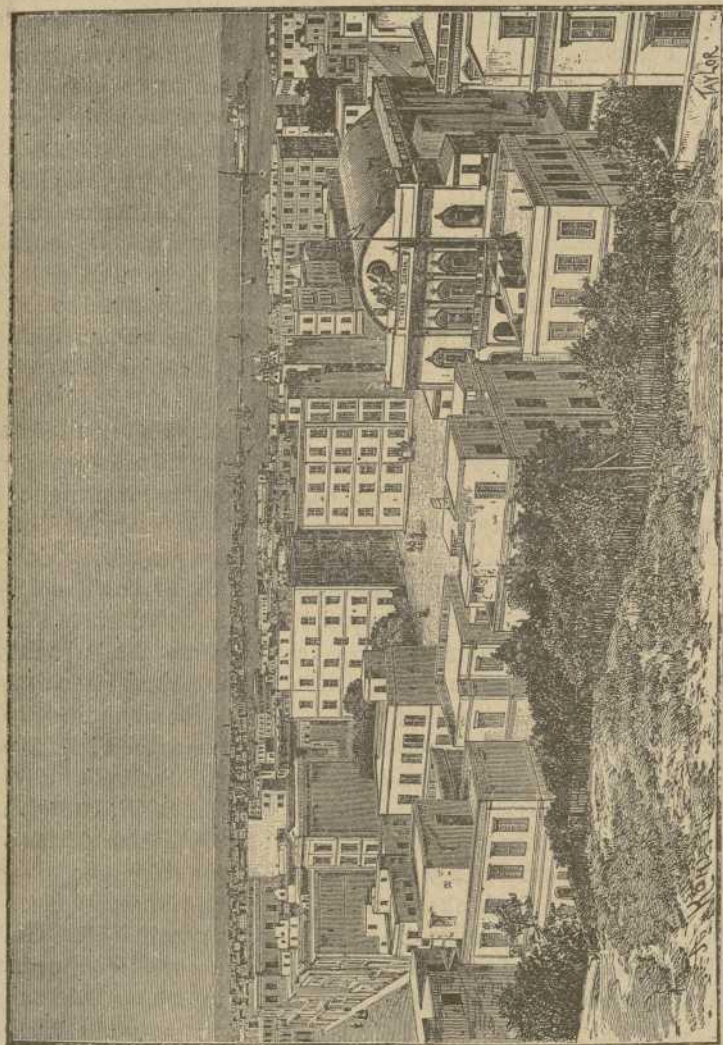
bién una de las más notables por la originalidad de su forma, aunque está muy cambiada desde la época en que el conquistador Alejandro dió, hace veintidós siglos, al pueblo de Rhacótis,



El Cairo: la Ciudadela. (Dibujo de Barclay.)

el nombre famoso que ha llevado después la ciudad. En este paraje de la costa, el cordón litoral roqueño, que se prolonga del Nordeste al Sudoeste, fué roto por dos brechas, y así se formó una isla á cuyo abrigo fondeaban las naves de los fenicios y los

griegos. Era la isla de Pháros, mencionada ya por Homero. Cuando Dinócrates construyó la ciudad de Alejandro, sólo levantó los templos y palacios sobre la orilla continental, que



Vista general de Alejandría. (Dibujo de Taylor.)

avanzaba en punta con dirección á la isla, distante unos 1.400 metros. Pero Ptolemeo Soter reunió la isla á la tierra firme por un dique llamado Heptastádium ó de los Siete Estadios, á través del cual dos canales mantenían la comunicación entre ambas

mitades de la bahía, dividida en dos puertos. Los canales se obstruyeron gradualmente y el dique se ensanchó, sin duda por efecto de los aluviones marítimos, y sobre todo á causa del lastre arrojado por los barcos griegos é italianos que durante la Edad Media venían lastrados con piedras al puerto de Alejandría. En nuestros días, la Heptaestadia se halla transformada en una faja de terreno de 1.200 metros de anchura, que reúne la vieja población á la parte Nordeste de la antigua Pháros. Allí es donde se encuentra hoy la ciudad turca, dédalo de callejuelas desiguales y tortuosas, atravesado por algunas calles modernas. La isla, convertida en península, está también cubierta de construcciones, casas particulares, cuarteles, almacenes y palacios. En su extremo Sudoeste se levanta la gran torre del faro moderno, que reemplaza á la «maravilla del mundo», el célebre Pháros de Ptolemeo Filadelfo, monumento de mármol blanco en forma de pirámide con gradas, que se elevó antes en el otro extremo de la isla. Ya no se ve ningún vestigio, pues su mismo emplazamiento ha sido corroído por las olas y ni el fuerte que lleva su denominación ha podido aprovechar sus materiales. Sólo queda su nombre, aplicado modernamente á todas las luces de las costas.

Mientras que los aluviones llevados por las aguas formaban el istmo de la Heptaestadia, levantado más tarde por los escombros de una ciudad, tantas veces destruída y vuelta á edificar, las otras partes de la orilla parecen haber bajado durante el período histórico. Los caminos, los muelles, las canteras antiguas y sepulcros, abiertos en las laderas del litoral vecino, lo mismo que las excavaciones conocidas con el nombre de Baños de Cleopatra, se ven invadidos constantemente por las aguas, aun cuando el mar está bajo. La Alejandría europea, al Este y al Sur de la turca, ocupa próximamente el emplazamiento de la construída por Dinócrates y los Ptolomeos. Las calles rectas y anchas forman un conjunto regular, que continúa al Nordeste por arrabales también modernos, cuya avenida principal es el camino de Roseta, la antigua vía Canópica. Pero en los límites de la ciudad no se ve ya ningún resto de la primitiva Alejandría. Todo lo que subsistía á fines del siglo XVIII, cuando 6.000 habitantes, á lo sumo, se agrupaban en medio de los escombros, ha sido demolido por los constructores de los nuevos barrios. Sólo se ven algunos fragmentos de escultura en las colecciones públicas y privadas. Se ignora dónde se hallaba el Soma, el suntuoso sepulcro de Alejandro. Se discute sobre el

emplazamiento del famoso Observatorio, que habitaron Eratóstenes, Hiparco y Ptolomeo. Se buscan las piedras del Museo y de la Biblioteca, donde brillaron como profesores Euclides y Erasítrato, y que frecuentaron Teócrito, Arato, Calímaco y Luciano, y en la que se reunieron hasta 700.000 volúmenes, quemados durante la guerra que César hizo en Egipto. Otra Biblioteca, no menos célebre, se hallaba fuera de la actual ciudad, al lado del templo de Serápis; pero los monjes egipcios, á fines del siglo iv, fundándose en el edicto promulgado por Teodosio, procedieron en Alejandría y en todo el Egipto á la destrucción de los templos, al derribo de las estatuas y al incendio de todos los papiros y los tesoros artísticos legados por la antigüedad. Así pereció la Biblioteca donde se habían recogido cuidadosamente todas las obras de la ciencia y la poesía helénicas. Sobre la colina, en la que sólo han quedado restos informes del Serápeum, un pilar solitario, de 30 metros de altura, se levanta como un monumento fúnebre. Es la columna llamada de Pompeyo, que fué, si no elevada, al menos restaurada en honor de Diocleciano. Es probable que formó parte del mismo Serápeum. Su capitel está hueco, bien sea que se le vaciara para recibir una estatua ó que se preparase allí una habitación para servir de asilo á algún anacoreta estilista. Al Nordeste de la ciudad, cerca de la playa, un obelisco de granito rosa, llamado ordinariamente Aguja de Cleopatra, fué cedido á la municipalidad de New-York y colocado en el Central-Park. El Nuevo Mundo ha querido tener también su parte de los monumentos egipcios. Otra aguja, que estaba medio enterrada en la arena, se transportó á Londres, donde domina los nuevos muelles en la orilla izquierda del Támesis. La estatua ecuestre de Mohammed-Ali, sobre la plaza de los Cónsules, en el centro de la ciudad europea, es una pobre compensación de todas las obras de arte que se han destruído. Todavía fué amenazada Alejandría en 1882 por las balas de los ingleses, que arrasaron la ciudad, demoliendo el fuerte Cafarelli, construído sobre un montículo. Los barrios de Alejandría, que eran antes muy suntuosos, presentaban todavía, algunos años después de la catástrofe, un aspecto lamentable.

Más de la tercera parte de los cambios del Egipto con el resto del mundo se hace por Alejandría. Antes de que se abriera el canal de Suez poseía el monopolio de la navegación en el Occidente. El puerto Nordeste, llamado sin razón el Puerto Nuevo, pues no se han hecho trabajos de arreglo en él, carece de

profundidad y sólo es recuentado por las barcas. El puerto Sudeste ó Puerto Viejo, el Eunóstos de los antiguos, es decir, el «abra del Buen regreso,» es el que tienen que utilizar los barcos de un gran calado. Desgraciadamente, la entrada es difícil en él; los pasos son tortuosos y costeados por arrecifes, no pudiendo aventurarse en ellos los grandes buques sin llevar un práctico. Cuando el movimiento de las olas es un poco fuerte, hasta los pequeños barcos temen tocar al fondo. En la parte protegida por el muelle, que continúa al Sudoeste el cordón litoral de la península del Faro, los buques encuentran abrigo seguro y un fondeadero muy extenso.

Alejandro, como todas las grandes ciudades, se completa por jardines de recreo y arrabales de casas de campo. Al Sur, á lo largo del canal y de las fortificaciones, calles de palmeras, grupos de plátanos, de mimosas y de higueras, rodean las casas de recreo. Al Nordeste, Nicópolis, construída por Augusto en recuerdo de la batalla de Actium, se ha convertido en Er-Ramla, es decir, «La Arena». Ya no es una duna móvil, sino una aglomeración de palacios y casinos, de villas y hoteles, de casas de todas formas y estilos, pintadas de todos colores y sembradas sin orden á la vista del mar. En el Sur, sobre el cordón litoral, se eleva el castillo de El-Meks, dominando á la vez la playa, el lago de Mariut y el puerto de Iskandería. Las rocas calcáreas de esta costa han suministrado los materiales de construcción para la gran ciudad y los muelles de su puerto. Más allá de Meks, sólo hay ya grupos de cabañas, lugarejos de pescadores y ruinas de antiguas ciudades. El desierto comienza donde cesan de oírse los rumores de Alejandro.

Dumiat ó Damietta, que da su nombre al Nilo oriental, es la mayor ciudad de sus márgenes; pero no está situada en el mismo paraje que la Tamiáthis de los griegos. Esta se encontraba muy próxima á la boca fluvial, sobre la orilla de Occidente, pero poco después del infructuoso asedio intentado por Luis IX, el sultán Bibars la hizo demoler y transportó sus habitantes á 10 kilómetros más arriba, en un lugar menos accesible á los buques y cerca de un brusco recodo del río, fácil de defender contra una escuadra. La nueva Damietta fabrica diversas telas y hace un comercio bastante considerable de arroz, sal y pescados, viniendo los pequeños barcos de cabotaje desde Siria, el Asia Menor y el mar Egeo, á buscar víveres á cambio de diversas mercancías. La entrada del puerto es peligrosa, impidiendo á veces las olas, durante días enteros, que los buques penetren

en el río. La gran mezquita de Damietta, construida por Amru y notable por la riqueza y número de sus mármoles, debe la celebridad excepcional que disfruta á su milagrosa columna, cubierta de sangre coagulada y de saliva seca. Según la tradición, todos los enfermos que vienen con fe á lamer la piedra, hasta que brote la sangre de su lengua, pueden estar seguros de su curación. Sin embargo, la historia moderna de Damietta prueba suficientemente que hubiera sido mejor, para evitar las epidemias, desembarazarse de las inmundicias que llenan las



El Cairo: Aguadores. (Dibujo de Pranishnikoff.)

calles de la ciudad. Al Sudoeste de esta, en la llanura, inundada frecuentemente, se encuentra otro lugar de milagros, pero realizados por una santa cristiana y no por los *heyay* musulmanes. Es el convento copto de Setti Damiana ó Nuestra Señora de igual nombre.

En la parte del delta comprendida entre las dos ramas de Damieta y Roseta, se hallan esparcidas algunas ciudades comerciales, en medio de los canales de regadío; Menuf, que da su nombre al gran canal ó *raia* de Menufía y Xibín-el-Kum, situada sobre el *bahr* del mismo nombre; Tántah, poblada de mercaderes, y El Mahala-el-Kobra ó Mehállet-el-Kebir, es decir, «la Ciudad Grande», que poseía antes el monopolio de la fabricación de las sederías egipcias, y cuyos barrios dispersos es-

tán rodeados de campos de algodonereros. Tántah, capital de la provincia de Gharbíá, es de todas las ciudades del delta la que ocupa posición más central. Está precisamente á mitad del camino entre Alejandría y el Cairo. Canales, caminos y vías férreas vienen á cruzarse en ella, y éstas son las causas que, juntamente con la reputación de la mezquita de Seid-el-Radáui, el santón musulmán más grande de Egipto, explican la considerable importancia de sus tres ferias anuales. A los ojos de los peregrinos, el charco que recibe las inmundicias de la mezquita rivaliza en virtudes curativas con la columna de Damietta. En cuanto á población, Tántah disputa á Damietta el tercer puesto entre las ciudades del Egipto. Posee una escuela, El-Ahmadi, que después de la de El-Azhar en el Cairo, ocupa el primer rango entre todas las árabes.

La vía férrea que une El-Káhira á su puerto de Es-Suéis ó Suez, en el mar Rojo, contornea por el Norte los macizos avanzados de la cadena Arábica.

VI

El canal de Suez.—Port-Said.—Ismailía, etc.

Después de haber existido, acaso naturalmente, durante un corto período de las edades cuaternarias, un canal entre los dos mares, el Mediterráneo y el Rojo, fué restablecido éste indirectamente por los Faraones de la décimanovena dinastía, hace más de treinta y tres siglos. Una leyenda, transmitida por Estrabón, atribuye la apertura del canal á Sesóstris: Herodoto nos refiere que Nejo, hijo de Psamméthicus, hizo comenzar cerca de Bubástis un canal que se dirigía al Este para acabar su curso en el *Sinus Arábicus*. Ya habían muerto 120.000 obreros en los trabajos para abrir este canal derivado del Nilo, cuando un oráculo detuvo las obras por ser hechas en provecho de un bárbaro. Efectivamente, fué un extranjero, el rey Daríus, quien estableció la comunicación entre el Nilo y el golfo de Absinoe, y por consiguiente entre el *Mare internum* y el *Rubrum*, ó sea el Mediterráneo Rojo, por un canal bastante ancho para que dos trirremes pudieran pasar de frente. Según Diodoro de Sicilia, Darío tuvo también la idea de abrir un canal de mar á mar, entre el golfo de Pelusius y las aguas del *Erythraeum mare*

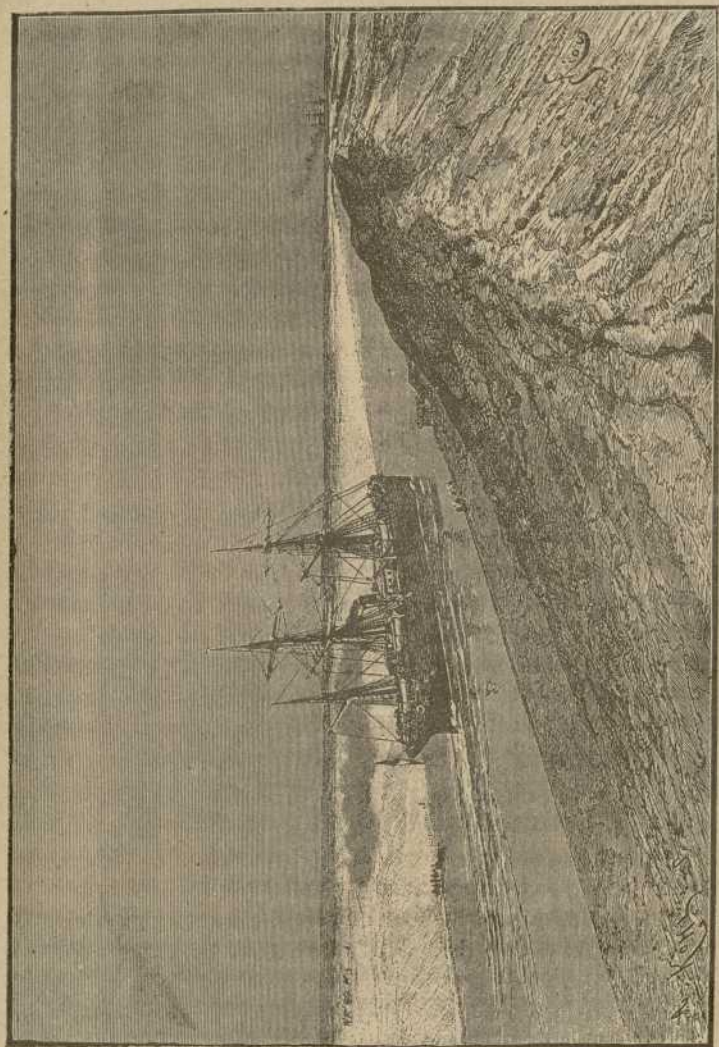
Hasta parece que fueron comenzados los trabajos, puesto que se ven todavía los taludes, con altura de cinco metros, de un foso que tenía 50 á 60 de ancho. Pero se temió que las aguas del mar Rojo, superiores en elevación á las tierras del Egipto, inundaran toda la comarca, y la apertura del canal quedó abandonada.

Los fangos colmaron el canal del Nilo y las arenas cegaron el foso abierto en el istmo á través del collado. Sin embargo, el recuerdo de los trabajos realizados no se perdió, y muchos de los soberanos del Egipto tuvieron siempre ante su vista, como empresa gloriosa, el proyecto de unión de ambos mares. Parece que Ptolemeo II restableció el canal, y hasta han creído algunos autores que la cortadura se hizo directamente de golfo á golfo. Ingeniosas puertas de esclusas permitían pasar á las barcas, sin que fuesen inundadas las tierras bajas. No obstante, el comercio de mar á mar fué sin duda insuficiente para conservar los pasos y las esclusas. En el reinado de Cleopatra la vía navegable debió estar cerrada nuevamente, puesto que, según Plutarco, la reina trató de hacer transportar por tierra las naves hasta el mar Rojo, á fin de escapar con todos sus tesoros á la persecución de Octavio. Después de los Ptolemeos, pensaron en la unión de los dos mares los conquistadores romanos. Trajano, que acometió tantas empresas, hizo trabajar en el canal de Egipto, y bajo el reinado de Adriano navegaron los barcos por el *Trianus amnis* ó el río de Trajano, canal abierto como el antiguo entre el Nilo y el lago Amargo, en la zona del desierto que costea las tierras cultivadas.

El canal de Trajano se había hecho para durar, como la mayor parte de las obras romanas, y subsistió, efectivamente, durante algunos siglos. Los buques pasaban todavía por él en los primeros tiempos del islamismo, al apoderarse los árabes de Egipto. Pero este canal no duró mucho tiempo más, pues ciento treinta y tres años después fué cerrado por orden del califa Abú-Yafar-el-Mansur para impedir á unos rebeldes recibir provisiones por él. Desde esa época hasta los tiempos modernos, ó sea durante once siglos, el lento trabajo de la Naturaleza se ensañó con la obra de los hombres. Casas, esclusas y presas desaparecieron; los fosos fueron cegados por los aluviones y las arenas, mientras que se abrían grietas y charcos en sus taludes. La forma del litoral cambió en los lagos y los golfos, pero quedan todavía bastantes vestigios de las construcciones egipcias, romanas y árabes. En algunos parajes, especialmente cerca de

Suez, los diques, contruidos con piedras de tal dureza que los árabes las toman por rocas naturales, se elevan hasta seis metros por cima de la llanura. Mientras las arenas y el fango borran las obras del pasado, los sultanes de Constantinopla, que eran los dueños de Egipto, intentaron frecuentemente volver á empezar el trabajo de sus predecesores. Pero el proyecto de la restauración del canal sólo cobró vida con la expedición francesa de Bonaparte. Desembarcó entonces en Egipto una pléyade de hombres de ciencia, deseosos de realizar grandes empresas, y una de las mayores les pareció desde luego la de unir ambos mares. Lepère y otros sabios se pusieron de seguida á trabajar en la nivelación de la superficie del istmo para conocer, de una manera exacta, las condiciones en que la obra podía emprenderse. Desgraciadamente, los resultados de la exploración fueron empañados de un sensible error. Lepère creyó haber encontrado que el nivel del mar Rojo excedía al del Mediterráneo en cerca de diez metros y, bajo la influencia de esta grande equivocación, se dejó arrastrar hasta compartir las preocupaciones de los antiguos, que temían para las tierras bajas del litoral mediterráneo el desborde de las aguas del mar Rojo, por la misma vía que se les abriera. Renunció, pues, á proponer un canal marítimo directo, aun cuando reconociera la gran ventaja que tendría para el comercio del mundo la reunión de ambos mares por un foso profundo y no sujeto á las alternativas de crecidas ó bajas aguas del Nilo. El canal proyectado por Lepère, utilizable sólo para las barcas del Nilo, no hubiera podido servir al tráfico de uno á otro mar sino en las épocas de altas aguas del río. La permanencia de los franceses en Egipto fué sobrado corta para que pudieran empezarse las obras. Pero la idea de separar el Asia y el Africa por un nuevo Bósforo no fué abandonada, y hasta llegó á ser el dogma de una religión nueva, habiéndola introducido los sansimonianos en su apostolado. Más tarde, cuando dejó de existir la religión sansimoniana, y la mayor parte de sus antiguos adeptos llegaron á ser hombres poderosos en el mundo de la industria, fué entre ellos donde la idea de la apertura del istmo tuvo los más celosos defensores. Por último, la opinión llegó á apremiar bastante para que fuese necesario proceder á una nueva nivelación, comprobando la de Lepère, que numerosos sabios, Laplace y Fourier entre otros, habían tenido siempre por errónea. En 1847 se constituyó una sociedad europea de estudios, y bajo la dirección de los ingenieros Linant, Talabot y Bourdaloue, el

suelo del istmo fué nivelado de Suez á Pelusa, esta vez de una manera definitiva. Para lo sucesivo quedaba fuera de duda el



El canal de Suez. (Dibujo de Riou.)

hecho de que las aguas sólo ofrecen muy corta diferencia entre los dos mares.

Aún hubo que luchar con muchas dificultades y especialmente con los recelos de Inglaterra. Afortunadamente el hombre, en favor del cual se había extendido el *firmán* ó autoriza-

ción para las obras, Fernando de Lesseps, tenía robusta fe y tenaz voluntad. Nada logró desalentarle, ni las dificultades financieras, ni el desfallecimiento de los amigos, ni la sorda ó declarada oposición de los adversarios, y el 17 de Noviembre de 1869 toda una escuadra de buques de vapor, como un cortejo de fiesta, transportaba á los invitados del kedive de Egipto, desde Port-Said al lago Timsah. Quince años habían bastado para ejecutar esta obra gigantesca; pero fué preciso que se inventaran procedimientos y aparatos nuevos para llevarla á buen término. Una suma de 472 millones de francos, cuya mitad casi suscribió Francia, se había gastado en la obra, además de contribuir el gobierno egipcio á la empresa con numerosos servicios, cesión de terrenos, construcción de faros, dragados en los puertos, adelantos de dinero sin interés y prestación de obreros sin retribución de su trabajo, todo lo cual representaba cuando menos un capital de 100 millones. El número de los indígenas empleados en las obras fué de 20.000 individuos.

La vía marítima, verdadero estrecho que los cetáceos y los tiburones visitan en su entrada, ofrece dimensiones que parecieron prodigiosas en un principio y que ahora se reconocen como insuficientes, habiendo tenido que proceder á su ensanche. Con una longitud de 164 kilómetros de mar á mar, el canal tiene 60 á 100 metros de anchura entre las orillas y 22 en el fondo, con una profundidad que no es menor de 8 metros en ningún punto y que llega á 8,50 en algunos parajes. Los barcos-dragas trabajan incesantemente para extraer las arenas y el fango, que arrastra al fondo el choque de las aguas contra los taludes. El cubo de los desmontes, sin contar los dragados posteriores, que suben á unos 600.000 metros cúbicos por año, representa una masa de 83 millones de metros, equivalentes á la de una pirámide que tuviese un kilómetro de lado y 250 metros de altura. Un simple pantano, el Timsah ó lago de los Cocodrilos (de donde por cierto habían desaparecido esos animales hacia largo tiempo), se ha convertido en un mar interior. En el gran Birka-el-Mur, el Marah de la Biblia, ó sean los lagos Amargos, ha derramado el Mar Rojo una masa líquida evaluada en más de 2.000 millones de metros cúbicos. Los enormes bancos salinos, que lo llenaban, se deshacen gradualmente por efecto de las corrientes alternadas del canal. Es un espectáculo verdaderamente grandioso el del canal en el Guisr, entre los dos taludes de dunas que se elevan en ambos lados á 15 metros por encima de las aguas.

En otra divisoria más al Sur, ó sea en Serápeum, se ven los restos de un monumento erigido por Darío en las orillas del antiguo canal, y á muy corta distancia las del Serápeum ó templo de Serápis que dió nombre á la localidad. Al Oeste del Timsah, quedan las ruinas de la antigua Thaubástum.

Causa también admiración el ver á sus pies, desde el faro de Port-Said, el tablero de damas de la ciudad colocada sobre las arenas, su vasto puerto con dársenas y entradas laterales, donde hormigean los buques, los blancos muelles que van á perderse á lo lejos en el azul del mar y en lo interior de las tierras, en medio de las dunas y de los pantanos, los enormes barcos de vapor, palacios flotantes que parecen caminar sobre el suelo empujados por una fuerza mágica. Port-Said es una ciudad nueva, en plena vía de prosperidad, gracias al movimiento creciente de la navegación en el canal. Está colocada sobre la estrecha playa arenosa, que separa al lago Menzaleh del Mediterráneo, y su creación sobre una costa rasa batida por las olas, á 40 kilómetros de toda corriente de agua dulce, de todo cultivo y del más leve grupo de árboles, es uno de los triunfos de la industria moderna. Entre la gran rada y las dársenas interiores del puerto, la ciudad se compone de unas 50 manzanas de casas, separadas unas de otras por anchas calles que se cortan en ángulos rectos. Las casas, construidas de madera, ladrillos ó hierro, son, en su mayoría, almacenes de géneros y provisiones, tan ricos y bien provistos como en las metrópolis comerciales de Europa. A algunos centenares de metros al Oeste de la población europea, se extiende la villa árabe, que acabará por englobarse en la ciudad creciente. Por otra parte, el lecho del lago Menzaleh, cubierto con una capa de agua de muy poco espesor, ofrece á los constructores un espacio ilimitado. La rada exterior está abrigada por dos rompeolas formados con bloques de cemento. Uno de ellos, el del Oeste, tiene 2.500 metros de largo, y el otro, al Este, 1.900. Entre ambos existe un antepuerto de unos dos kilómetros cuadrados, donde pueden evolucionar los buques más grandes, y que se ramifica delante de la ciudad en diversas dársenas, las cuales reúnen cerca de 50 hectáreas de superficie. Enfrente de la ciudad, sobre la orilla asiática, hay grandes depósitos de carbón. Al Sur, en la orilla africana, se encuentran los talleres para la construcción y reparaciones de las barcas y dragas. Los botes y los barcos de vapor van y vuelven entre sus orillas: los grandes buques de comercio fondean cerca de los mue-

lles y los navíos de guerra anclan en la rada al pie del faro. Aunque está sobre el territorio egipcio, Port-Said es, por sus habitantes, su comercio y sus costumbres, una ciudad de Europa. El francés es la lengua dominante, la que se habla á 1.500 estudiantes en los dos establecimientos rivales, el de los capuchinos y el de los francmasones. Esta ciudad es también la más saludable del Bajo Egipto. Lo que la hace falta es hallarse rodeada de árboles. El agua que le suministra el canal de Ismailía, por conductos de hierro, apenas basta para el consumo de los habitantes y no puede atenderse al riego de jardines y árboles.

La ciudad de Ismailía, también de nueva construcción, colocada en la orilla septentrional del Boheira-et-Timsah, tuvo una gran importancia como centro de abastecimiento durante las obras del canal. Ahora es demasiado vasta por su escasa población. Las plazas están desiertas, y sus calles, sombreadas por los árboles y orladas por jardines, parecen más bien los paseos de un parque que caminos destinados al tráfico. Sin embargo, Ismailía podría repoblarse nuevamente si el líquido, conducido por el canal de agua dulce, fuese empleado más abundantemente para fecundizar las tierras del oasis conquistado al desierto. El canal no se utiliza tampoco para la navegación, aunque tiene una profundidad normal de más de tres metros y un ancho de 55, suficiente para dejar pasar barcos de 400 toneladas. Hay siempre algunos buques, procedentes del canal de Suez, fondeados en el puerto y la rada está sembrada constantemente de grandes barcos. Entre Port-Said é Ismailía una sola estación sobre el canal merece el nombre de pueblo. Es El-Kántara-el-Jáznah ó «Puente del Tesoro», llamado así por un pontón que existía en este sitio sobre un estero. El-Kántara era el paso obligado para las caravanas en el camino del Africa al Asia. Todos los años cruzan aún por él algunos millares de camellos que van á abrevarse en grandes estanques abiertos por la compañía del canal cerca de su orilla.

Antes de la apertura del *Tará-es-Suéis* ó canal de Suez, un camino de hierro directo, que atravesaba las depresiones del desierto aprovechadas también por el antiguo camino de los peregrinos de la Meca, unía al Cairo con su puerto en el mar Rojo. La ciudad actual de Suez, situada cerca del extremo meridional del canal marítimo, ha reemplazado á la Clysma de los griegos, la Kolzim de los árabes y á la estación de Arsinoe, llamada Cleopatrís más tarde, y que se buscaba antes más al Oeste, no lejos del pueblo de Agrud ó Aguerud.

El tráfico del canal de Suez ha aumentado más rápidamente de lo que esperaban sus constructores. Los buques de vela no hubieran podido, sin el auxilio de remolcadores, subir ni bajar por el mar Rojo, contra los vientos del Norte ó contra los del Sur, que soplan directamente en las aguas del golfo. Pero la vela ha sido reemplazada por el vapor en el tráfico de la India y se han creado flotas especiales para el servicio transoceánico por el camino del canal y del mar Rojo, aumentándose, de año en año, el tonelaje medio de los buques.

VII

Situación política de Egipto.

El Egipto es un país donde reina el despotismo. Según la tradición política, el pueblo no tiene allí otros derechos que el de pagar los impuestos y obedecer; pero por una rareza singular, obra de la combinación de mil intrigas, los egipcios no pueden decir quiénes son sus dueños. Les basta con repetir el viejo proverbio árabe: «el pueblo es como el grano de sésamo; se le estruja en tanto que da aceite.» Oficialmente, el soberano de Egipto es un príncipe de la familia de Mohammed-Alí, la cual empezó á regir el país en 1811, y lleva el título de Jidevi-el-Misr ó Kedive, superior al de virrey y equivalente á rey de Egipto. El señorío feudal de este país corresponde al sultán de Constantinopla, en nombre del cual se cobran los impuestos y se acuña la moneda. Recibe siempre un tributo anual, que varía entre 9.660.000 y 18.500.000 francos, como si la intervención de la Gran Bretaña en Egipto no hubiera borrado hasta la sombra del poder del sultán. Además percibe otros 7 á 8 millones procedentes del monopolio concedido al tabaco turco para la importación. Sin embargo, las tres cuartas partes, por lo menos, del tabaco consumido en el país entran de contrabando, sobre todo por la frontera del desierto. Hasta hace poco, el dialecto oficial era el turco, idioma de los dueños, y no el árabe, lengua de casi todos los egipcios.

Pero el poder no pertenece ya al sultán; corresponde á los cristianos de Europa. Hace años el *condominio* era ejercido por Francia é Inglaterra: sus agentes revisaban el presupuesto y hasta disponían de él á su voluntad, sustituyendo de este mo-

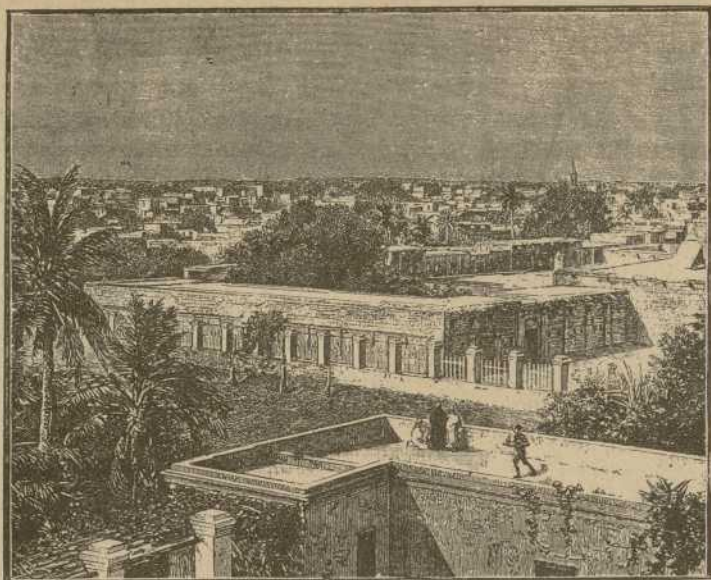
do su poder al del Kedive. En virtud de las capitulaciones, todos los asuntos litigiosos, concernientes á la vez á europeos é indígenas, eran llevados ante los tribunales consulares. Así las naciones de Europa eran más dueñas del Egipto que su mismo gobierno kedivial. Desde la sublevación del ejército egipcio, que se hizo al grito de guerra de «¡el Egipto para los egipcios!», pero que tuvo por resultado entregarlo á nuevos mamelucos de raza indígena, no menos avaros y tiránicos que los de otras razas, la Gran Bretaña es ya la única que ejerce el antiguo protectorado. Los ministros que ella nombra deciden conforme á sus decretos, sin tomarse siquiera el trabajo de consultar al soberano oficial. Este no tiene otro poder que el de poner la firma á los decretos á cambio de su dotación personal, y ni aun tiene el derecho de abandonar este papel poco honroso por medio de la abdicación.

La situación política del Egipto es tanto menos clara cuanto que los ingleses, al mismo tiempo que ejercen el poder, no descuidan ocasión alguna para hablar hipócritamente de su firme resolución de abandonar el país en un plazo inmediato, devolviendo á los egipcios la autonomía perdida hace tanto tiempo. Pero los hechos tienen por sí mismos otro lenguaje. Los ingleses y hasta los anglo-indios, cristianos ó musulmanes, llegan en tropel para ocupar los puestos de que fueron desposeídos los antiguos empleados egipcios ó extranjeros que no eran británicos. Los fondos del presupuesto, destinados en primer lugar para satisfacer, á interés crecido, á los prestamistas del Estado, son aplicados desde luego á atender á los sueldos de los nuevos funcionarios. Ayudan también, en cierta parte, á pagar los gastos de ocupación del ejército británico, pero ha sido preciso acudir además al tesoro inglés para esta carga enorme. Se calcula que el transporte de los soldados ingleses al Sudán, comprendiendo su alimentación y municiones, se ha elevado á 25.000 pesetas por individuo. A pesar de los presupuestos oficiales, que dan en el principio de cada año el total de los ingresos como superior al de los gastos, la situación financiera parece que no tiene otro remedio posible que la bancarrota.

Egipto se engañará si cuenta con la prometida autonomía. Aunque posee una Constitución formulada en 49 artículos, no nombra sus delegados ni es consultada en manera alguna. La asamblea de representantes, convocada anualmente en el reinado de Ismail para emitir su opinión sobre el reparto del presupuesto, ha cesado de reunirse. Es cierto, sin embargo,

que el sentimiento nacional aumenta constantemente en Egipto, aunque el país haya venido á ser, por la fuerza, parte integrante del mundo europeo. Los dominadores extranjeros habrán de contar, cada vez más, no sólo con la colonia de los europeos continentales, sino también con la población indígena, arrastrada igualmente por el movimiento de las ideas modernas.

El ejército egipcio, disuelto en Septiembre de 1882 á consecuencia de la revolución militar y de la intervención de Inglaterra, ha sido reorganizado por un general inglés, que recibió el título de Sirdar, compartiéndose el mando de las fuerzas entre oficiales egipcios é ingleses.



Kartum: Vista general. (Dibujo de Sloom.)

PAÍSES DEPENDIENTES DEL NILO

NUBIA

I.

El país.

Muy parecido al Egipto en su parte Sur, este país toma su nombre de los Nuba, pueblo más ó menos autóctono, que habitó las orillas del Nilo, y que siendo en otro tiempo grande y poderoso, carece hoy de importancia.

Lo mismo que en Egipto, la parte inmediata al Nilo es la que está poblada y habitada, siendo de unas 380.000 hectáreas sobre un total de 20 ó 30 millones de extensión. La tierra es fecunda, fértil, regada por uno de los canales que se derivan del Nilo. El clima es asfixiante, pues en ocasiones llega á 50 grados á la sombra, y, como vulgarmente se dice, desde la Puerta Egipcia á la Puerta Nubiana «se pueden cocer los ali-

mentos, con solo dejarlos en el suelo, expuestos á los rayos del sol. Pero si el día es abrasador, la noche, en cambio, es fresca, llegando á ser fría cuando sopla el viento Norte, lo que sucede con bastante frecuencia. Estas horas, en las que se tiembla de frío á la luz de la luna y las estrellas, la fuerza abrasadora del sol, la constante sequía, la falta de agua para el riego, la duna que nace por la sequedad y cuya esterilización aumentan de continuo, las movedizas arenas, arrastradas por la fuerza del viento, y en el horizonte la silueta de las montañas inmóviles y graníticas, cubiertas de lava y materias calcáreas en las que reverbera el sol, todo el *Atmur* ó Sahara de Nubia se parece al Sahara de Egipto.

Por análogas causas el Nilo nubio se parece al Nilo egipcio. En éste como en aquél se reflejan sobre la superficie de las aguas los templos, las esfinges, las pirámides y las rocas convertidas en sepulturas. En la parte del Mediodía de la comarca, es decir, al Sudeste de Dangola y al Noroeste de Kartum, llueve algo y el desierto de Nubia deja de ser tal para convertirse en la estepa de Bayuda.

Barabra del Norte, Danagla ó Barabra del Sur, y Nouba ó Nop, tribus negras que fueron uniéndose sucesivamente á otros negros, han dado origen á la raza de los nubios nilóticos, buenos fellahs, encariñados con la tierra que habitan, y que, bajo los rayos del sol abrasador, la trabajan y cultivan. Hoy son excelentes musulmanes desde que los árabes lograron convertirlos al único Dios.

Árabes más ó menos puros son los nómadas, dedicados al pastoreo en el desierto, habitando la una y otra orilla del río. Todos creen tener origen árabe y formar parte de la raza madre, y algunos no tienen de ella ni aun sus antepasados. Pero la lengua del «Libro» se hace camino y avanza á la conquista del territorio entero. Entre estos pastores la preponderancia la tienen los bicharis.

En Nubia, como en los demás países, se confunden las sangres y se funden para formar una raza que tiene sus orígenes en Arabia, en Etiopia y en el antiguo Egipto; raza que está todavía en sus comienzos, pero que ha puesto su fe en el Islam y adopta como único idioma el árabe.

II

Los habitantes.

Los nubieneses poseen una raza de caballos, altos de talla, que se distinguen por cualidades particulares y evidentemente son de origen árabe. Estos corceles, de cabeza arremangada, piernas enjutas y blancas hasta las rodillas, no se parecen á sus progenitores árabes por la belleza, pero son de una agilidad y de un ardor admirables. Se les alimenta con leche y á veces con dátiles. El galope es su paso ordinario: corren sobre todos los terrenos, hasta en los fangos del Nilo ó por las pendientes pedregosas de las montañas, pero no pueden resistir el cambio de clima. Perecen fuera de la Nubia, y en este mismo país ha disminuído mucho su número por causa de las requisas de los oficiales egipcios. Los camellos de las tribus de los Bixaría y los Ababdeh no son menos famosos que estos caballos como corredores.

Los cazadores de la tribu de los Hamran atacan los enormes animales montaraces de la manera más atrevida. Montados sobre sus caballos rápidos, corren delante de los elefantes sin dejarse alzar, después dan media vuelta súbitamente y lanzándose á tierra detrás de uno de ellos, le cortan los músculos de un corvejón. El animal patatea en el mismo sitio y su adversario puede elegir el momento para darle el segundo golpe, casi siempre mortal. Los beya y los etíopes cazan también los grandes mamíferos en la línea intermedia de sus respectivos territorios; pero cuando se encuentran, cambian de caza y se atacan con furor como enemigos hereditarios. La mosca venenosa, llamada *doboán* ó *surreta*, se arremolina por enjambres en el valle del Mareb; pero los animales salvajes no sufren con sus picaduras, mientras que los animales domésticos, camellos, caballos, asnos y bueyes, perecen al cabo de algunas semanas. Esto hace muy difícil la caza en los pastos infestados por este insecto, debiendo los hombres aventurarse á pie en los espesos matorrales ó entre las altas hierbas.

Conquistada frecuentemente y compuesta sólo de la doble zona ribereña del Nilo, la Nubia está poblada, como ya hemos

dicho, de habitantes de orígenes muy mezclados. Muchas *heyay* ó peregrinos, al volver de la Meca, han preferido detenerse en el camino, en una comarca en la que encontraban tierras que labrar y una independencia relativa, en vez de regresar á su país, donde estaban seguros de sufrir opresión.

La mayoría de las tribus son esencialmente agricultoras y cultivan el suelo sin distinción de sexo, de posición ó de fortuna. Durante la estación de las lluvias, el arado no descansa jamás, ni existen días que hayan de destinarse á otras fiestas que las del trabajo. Los animales domésticos sirven indistintamente para la labor. Camellos, asnos, toros y vacas son uncidos al arado, y cuando faltan bestias, el hombre ó la mujer toman su puesto. Además, no hay indígena que carezca de campos. Hasta los criados y las sirvientas tienen su terruño y disponen de un número de días suficiente para cultivarlo. El dominio público, á disposición de todos, es bastante extenso para que los labradores puedan elegir una nueva parcela de tierra y reemplazar así su finca agotada por un cultivo prolongado. La rotación de los campos se efectúa generalmente de un modo bastante regular, en torno de las cabañas esparcidas donde residen las familias. Cuando las colinas tienen una pendiente rápida, se las dispone en bancales sostenidos por muros de piedra. Labradores pacíficos, ocupados sólo en la explotación del suelo, no se han agrupado en aldeas, y únicamente tienen que pensar en la defensa de sus hogares cuando viven en la vecindad inmediata de los etíopes ó de los árabes, pero allí toman con frecuencia la ofensiva. Agrupándose en bandas pequeñas, van á saquear las aldeas lejanas y desaparecen antes de que haya habido tiempo para señalar su ataque, y de que las tribus de los contornos puedan prepararse á perseguirlos ó cortarles la retirada. Los abisinios hablan con terror de las tribus de los Bázen y Barea, pintándolos ordinariamente como bandidos. Esta reputación procede de la táctica adoptada por estos dos pueblos de cultivadores los cuales atacan para defenderse mejor. Sin embargo, parece positivo que ciertos montañeses de Barea son realmente de costumbres crueles. En algunos distritos, el joven no puede casarse con honor si no ha cortado la cabeza á un hombre ó á una mujer, sea en combate ó por sorpresa.

En las tribus ningún individuo ejerce las funciones de jefe. El poder legislativo y el ejecutivo pertenecen igualmente á la asamblea de los habitantes, cualquiera que sea su origen. Desde que se ha domiciliado, el mismo extranjero es igual á los

naturales. Los ancianos son escuchados con gran deferencia y generalmente su opinión es la que prevalece. Las explosiones de cólera, las interrupciones violentas, los apóstrofes directos son desconocidos en estas reuniones. Sólo se cambian discursos corteses, la deliberación es corta, y cuando se ha tomado una decisión, la acción sigue á la palabra. Enfrente de la colectividad, la familia no cuenta con otros derechos que los pertenecientes á los individuos que la componen. No tiene que sostener procesos, ni disputas que vengar. Toda querrella es llevada al pie del árbol bajo el cual celebran sus sesiones los ancianos. El matrimonio no es la fiesta de una sola familia, sino ceremonia comunal en la que toman parte todas ellas. La igualdad es la regla en la casa lo mismo que en la comunidad, aunque en ciertos parajes la novia se acuesta á través del dintel de la cabaña, y el novio pasa sobre ella, tocando su mejilla con el pie, como para anunciarla que debe someterse de antemano á toda vejación. Las costumbres son puras, pero la opinión pública no es severa. Los hijos que nacen fuera de matrimonio son acogidos con las mismas fiestas que los otros, y heredan como ellos á su tío materno, porque en este país se mantiene la costumbre del *matriarcado*, que subordina en la familia el padre, real ó putativo, al tío, representante indudable de la raza. En esta sociedad pocos actos son considerados como merecedores de la vindicta social. El ladrón mismo no es castigado, y se le obliga únicamente á la restitución, como si lo hubiera tomado en préstamo. El solo castigo pronunciado por la comunidad es el destierro. Los jóvenes suben sobre el techo de la casa del criminal y lo rompen echando al aire sus despojos. Esto es para el proscrito la señal de marcha y nunca vuelve á ver el suelo natal.

No se nota entre ellos ningún indicio de los dogmas judaicos ó cristianos. La creencia en el mal de ojo, el miedo á los hechiceros, el afán por los amuletos, la veneración hacia los *alfai* ó hacedores de lluvia, el respeto á los viejos y sobre todo á los ciegos, son los dogmas en que consiste su religión. Tienen también gran respeto á los muertos y los entierran con cuidado, lo que parece indicar su creencia en la inmortalidad. Pero una lenta propaganda religiosa se ejerce fuertemente y muchos se llaman mahometanos, aunque no pongan en práctica ninguna de las prescripciones del Koran. En la frontera de Abisinia se considera un gran número como perteneciente á la Iglesia cristiana. La masa de la nación intenta en vano apartar al extranjero, no dejándole penetrar en el país sino bajo la

responsabilidad personal de un ciudadano, y aleja á los mercaderes, queriendo ignorar hasta el valor de los pedazos de metal ó monedas. Sin embargo, las costumbres se modifican y los cambios políticos y sociales se preparan. La toga etíope y la camisa árabe reemplazan á los delantales de piel. Hasta la esclavitud (aunque bajo forma muy benigna) se ha introducido en el país Bazen; pero si el esclavo se casa ó abandona á su dueño, vuelve á ser libre por derecho.

La tribu de los beya, tomada en conjunto y sin tener en cuenta las numerosas variedades locales, figura entre los africanos que se distinguen por la belleza de su cara y la elegancia en las formas. La mayoría de los niños son admirables por su gentileza y vivacidad, encontrándose frecuentemente muchas jóvenes que son modelos acabados por la regularidad de sus facciones y la nobleza de la actitud. En algunas familias de los jefes Beni Amer, que se hacen preparar por sus esclavos manjares más escogidos que los ordinarios de los nómadas, no son escasos los ejemplos de obesidad. Los nobles tienen también el color de la piel mucho más claro que las gentes del pueblo. Casi todos los beya son muy ligeros en la carrera, atribuyéndolo á su alimento frugal, que consiste únicamente en leche y harina. Sus brazos tienen una gran longitud, relativamente á la estatura. A pesar de su pretensión al título de árabes, muchas tribus beya han conservado las modas de los pueblos negros por su traje y por las incisiones cicatrizadas. Sus guerreros no han abandonado completamente el uso de la cota de malla, y algunas tribus conservan armas primitivas. La mayor parte de los beya llevan su cabellera muy espesa, á fin de protegerse contra el sol. A la altura de los ojos trazan sobre el cráneo una raya circular, encima de la cual se levantan sus cabellos erizados, formando una enorme brocha. Por los lados y por detrás les caen mechones como crines, protegiendo las orejas y la nuca. Un rascador, que es ordinariamente una púa de puercoespín, va clavado transversalmente en sus cabellos, untados con manteca.

Se dice que la mayoría de los beya, de inteligencia muy viva en sus años juveniles, la pierden mucho después de la pubertad; que son muy limitados en sus ideas, testarudos, groseros, jactanciosos, poco respetuosos hacia sus padres é indiferentes respecto del bienestar y la seguridad de sus huéspedes. Se dedican casi exclusivamente á la cría de ganados y los siguen, de pasto en pasto, aunque uno de sus campamentos, el llamado

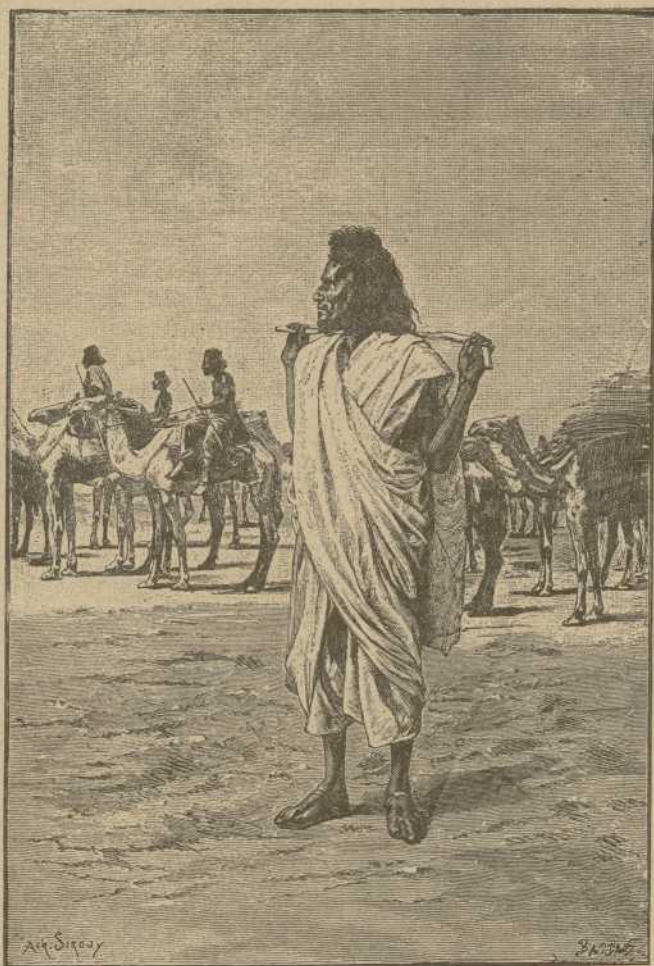
tsaga, sea considerado como su residencia oficial. Las costumbres prohíben tocar á él. Los merodeadores pueden apoderarse de los ganados, pero respetan las tiendas. Los hadendoa poseen una raza excelente de camellos, que les permiten aparecer inopinadamente á largas distancias y escapar llevándose el botín, antes que haya habido tiempo de juntar los guerreros para castigarlos y perseguirlos. Las diversas tribus beya miran también como un honor la cría de caballos de batalla, pero en muchos sitios tienen que contentarse con los pequeños, aunque resistentes, de raza etíope. Algunas tribus beya se ocupan en cultivar el suelo para lo cual se sirven de instrumentos rudimentarios, tales como un palo con punta carbonizada, que hace oficio de arado. En varios puntos se ha conservado un resto de industria, herencia de los blemmies, para la fabricación de telas, esteras, objetos de hierro y de filigrana. El arma que prefieren los beya, el sable de doble filo, es generalmente de fabricación alemana, pero ellos forjan también buenas armas, espadas y puñales. Sus vainas son de madera, cubiertas de cuero y adornadas, entre los ricos, con orejas de elefantes. Los escudos de que se sirven son de piel de rinoceronte ó de otros grandes animales.

Las costumbres de los beya, sobre todo las que se relacionan con el casamiento y la situación de la mujer, son también muy diferentes de las que observan los árabes. Entre las prescripciones del Koran y las prácticas tradicionales de origen diverso, el contraste es completo. Bajo ciertos conceptos, la mujer es tratada con una crueldad indecible. Los padres se ven obligados á hacer sufrir á sus hijas las terribles operaciones quirúrgicas de la *infibulación*, sin las cuales sería preciso renunciar á encontrarles un esposo. Pero en el matrimonio, la mujer no está en manera alguna subordinada al hombre. Cuando le place puede volver á albergarse bajo la tienda materna, y su marido se ve obligado á seguirla. Después del nacimiento de un hijo, tiene el derecho de repudiar á su cónyuge, y éste debe hacerla un presente para ser acogido de nuevo. Si se permitiese con ella un insulto, una palabra grosera, se le expulsaría de la tienda no pudiendo obtener el perdón sino ofreciendo una vaca ó un carnero. Cítanse mujeres que obligan así al marido á darlas cuanto posee y que le abandonan después de haberle arruinado completamente. Las mujeres beya tienen un notable espíritu de corporación. Desde que una se cree con motivo para quejarse, todas comparten su cólera. En virtud de la costumbre fe-

menina, la esposa no debe manifestar nunca afecto aparente por su esposo. Está obligada á tratarle con desprecio y á dominarle por la amenaza y el rigor. Si el hombre se ocupa de los quehaceres de la casa, sin haber consultado á su mujer, la ofensa se tiene por imperdonable. Frecuentemente es preciso reclamar la intervención del padrino, á quien sus funciones de intermediario han hecho el *hermano* de la desposada y cuyos consejos son escuchados siempre con respeto. Pero si los maridos tienen motivos para quejarse del dominio de sus mujeres y de sus violencias, á ellas pertenece realmente la superioridad por su amor al trabajo y su fortaleza. El oprimido que implora el auxilio de una mujer está seguro de tener en ella una defensora infatigable.

Los representantes más característicos de los llamados árabes de Nubia y los que constituyen el grupo de tribus más numerosas son los bixaría, en los cuales se ve á los beya por excelencia, y cuyo nombre, ligeramente modificado, será acaso el de la raza entera. Ordinariamente se evalúa en 200.000 individuos el número de estos beya. Los bixaría alcanzan rara vez una estatura elevada, pero son nervudos, muy bien proporcionados en medio de su flacura, y de una singular destreza. Su color, muy diferente del de las razas nigricias, no tiene reflejos negruzcos, á no ser en las familias modificadas por cruzamientos de raza. Es más bien rojo, como el del indio del Nuevo Mundo, y en las mujeres, que viven bajo la tienda, difiere poco del matiz de las campesinas de Sicilia. Los muchachos jóvenes tienen la cara tan fina y dulce que se les confunde fácilmente con las mujeres. En la edad madura, las facciones del bixari son regulares, aunque un poco angulosas; la nariz recta avanza con salida notable; el cutis, siempre sano y puro, está como tendido sobre las flacas mejillas, y los labios algo retirados, dejan ver el limpio marfil de los dientes, blanqueados por la masticación casi constante de la raíz del *arak*, árbol siempre verde que nace con abundancia cerca de Dóngola. No fuman jamás. La vejez llega para ellos bien temprano. La miseria, la sed y el hambre ajan rápidamente sus facciones. Los ojos de los bixaría son vivos y brillantes como un áscua, pero medio cerrados por la costumbre que adquieren de bajar los párpados ante la luz reflejada por las arenas que les ofusca. Esta mirada con los ojos entornados da á su fisonomía algo de feroz, y gran número de entre ellos merecen ciertamente la acusación de crueldad. Alegres, curiosos y locuaces, hablan con ingenio.

Poco religiosos en su mayoría, conservan aún algunas prácticas de origen muy anterior al Islam. No matan las perdices, que son para ellos aves sagradas, y respetan también las serpientes.



Los bixaria: Conductores de camellos. (Dibujo de Sirouy.)

Los bixaria guardan ciertas reglas para el duelo, que demuestran su gran valor. Cada cual por turno coge el cuchillo y lo clava en el cuerpo de su adversario, de modo que no le hiera mortalmente. Los ancianos juzgan estos ataques, alaban ó

censuran la actitud de los combatientes, y los separan cuando el honor les parece satisfecho. En algunas tribus, el adulterio es mirado como delito de poca importancia. La nobleza de la raza se transmite siempre por las mujeres.

Todos estos pueblos de la Nubia, así como los del Sudán, son de un valor temerario. En las guerras que han sostenido con los ingleses en el siglo xix, se les ha visto, sin otras armas que sus lanzas, romper los batallones y llegar hasta la boca de las piezas de artillería.

III

Poblaciones de Nubia.

Bajo el régimen egipcio, la Alta Nubia estaba repartida en provincias que coincidían parcialmente con las divisiones naturales de la comarca. La provincia de Berber estaba al Norte. La de Taka, al Este, comprendía las colinas y las llanuras limitadas, en un lado, por el Atbara y en el otro por el Barka. Las regiones del litoral se compartían entre las provincias ó lugartenencias de Masáua y Sauákin. Además, algunos Estados independientes, repúblicas ó señoríos, ocupaban el territorio de los límites entre la Etiopía y el Sudán, que habían sido teatro de frecuentes luchas. La capital de la provincia de Taka es Kássala-el-Luz, la población más importante de la comarca y fortaleza principal de toda la región comprendida entre el Nilo y el mar Rojo desde que fué fundada en 1840, rodeándola con un muro aspillero y foso. Se la llama también Gax por los indígenas, como al río en cuya orilla derecha se levanta, y los europeos la califican de ciudad del fango y del polvo. Después de haber sido la plaza de armas de los egipcios contra Etiopía, Kássala, evacuada por su guarnición musulmana, parecía destinada á servir como fortaleza avanzada á los abisinios contra las poblaciones mahometanas de la llanura. La Gran Bretaña, sustituyéndose al Egipto, cual soberana del Sudán, la ofreció al «rey de los reyes» de Abisinia como don de gozoso advenimiento y buena vecindad. Situada á 515 metros de altitud, en la base occidental de un grupo de rocas graníticas con siete cabezas, las cuales se elevan á más de 400 metros sobre la llanura, que está cubierta con bosques de palmeras, la ciudad ofrece un aspecto sorprendente, de los más bellos del Africa.

La montaña está horadada por grutas, donde se encuentra un lago subterráneo y cuyos laberintos fueron antes habitados por el hombre. Algunos trogloditas viven todavía en las galerías de rocas.

En la cuenca del Atbara, río que limita al Este la península llamada por los antiguos *Meroe Insula*, y ahora Yezira Miruya, lo mismo que en la parte alta de las cuencas del Rahad y el Dender, afluentes del Nilo Azul, las ciudades son poco numerosas actualmente, á pesar de la fertilidad de los valles y de la salubridad de clima que ofrece gran parte de este territorio. Las más de ellas son simplemente lugares de mercado, hormigueantes de gente durante las ferias y abandonados al siguiente día. Entre estas ciudades, que figuran en los mapas del Sudán, las hay que son simples claros en el bosque ó playas al borde de los ríos. De ellas la más conocida es Matama que, comparada con los grupos de cabañas que la rodean, es casi una gran ciudad. Con los *tukólis* esparcidos en los contornos, en medio de las plantaciones de algodóneros y tabaco, ocupa un espacio de casi 100 kilómetros cuadrados. Sus casas de ladrillo, llenas de mercancías, rodean el campo de la feria y viven en ellas 5 ó 6.000 negociantes. La mayoría de los residentes en Matama son árabes ó abisinios, que dan ejemplo con su trabajo é iniciativa industrial á las poblaciones vecinas. No sólo importan de Etiopia café, sal, pieles, marfil, algunas telas y animales de silla ó carga para venderlos á los comerciantes que llegan del Nilo, sino que recogen con cuidado los géneros de su propio país, como miel, cera, tabaco, maíz, goma, incienso, materias tintóreas y farmacéuticas. Venden también á los abisinios la mayor parte del algodón que éstos necesitan para tejer sus togas. De las provincias del Sudán reciben sobre todo objetos de vidrio, armas y los *tálari* ó piezas austriacas, que sirven exclusivamente de moneda en la Etiopia septentrional. En cuanto al comercio de esclavos, hasta hace poco más activo que todos los demás, fué prohibido oficialmente en diversas ocasiones, pero siempre continúa, sólo que ya no se verificaba en paraje público. Numerosos cocodrilos retozan en la corriente del Mexaref, sin espantarse de las gentes, pero sin atacar á nadie. Durante la dominación egipcia, el gobernador de Kartum mantenía en el país una guarnición de 2.000 hombres. Actualmente este territorio se ha convertido en principado independiente, no pagando ya tributo al Egipto ni á la Etiopia.

Dónkola ó Dóngola-el-Yedid, acaso la antigua Premúthis,

en el territorio de Tergédum que se extiende al Sur, era hasta hace poco la capital de Nubia. Se la designa igualmente con los nombres de Kasr Dóngola (Alcázar de Dóngola) y el de Dóngola-el-Ardi, es decir, «el Ancho ó Campo». Efectivamente, empezó por ser un simple campamento establecido por los mamelucos cerca de la aldea de Marákah, cuya denominación se le da algunas veces. Está situada dos kilómetros al Oeste del gran brazo del Nilo, al borde de otro que sirve de desagüe y de puerto durante la crecida, pero que, en bajas aguas, sólo es un charco infecto de donde se elevan miasmas peligrosos. Dóngola, ceñida por un muro de tapial con foso, y compuesta de casas bajas, que tienen patios, dependencias y huertos, es una ciudad muy extensa, y algunos edificios, entre ellos la fortaleza, en la que se ven los restos de un palacio, dan al conjunto un aspecto bastante imponente. La población media de la ciudad no pasa de 7.000 habitantes, pero se duplica cuando vuelven los propietarios de los campos que tienen en los contornos. Sorprende á los viajeros que llegan del Norte, y que están acostumbrados á las casas con azoteas, ver los techos inclinados, revelando desde luego el cambio del clima y el paso de la zona de las sequías á la de lluvias periódicas en estío. Observan también el trabajo incesante de los *térmites*, hormigas desconocidas para los ribereños del bajo Nilo, que trabajan en la destrucción de la ciudad y obligan á sus habitantes á obras constantes de reparación. Por bajo de Dóngola, el Nilo se bifurca para abrazar la isla de Argo ó Aryu, la mayor de todas las de Nubia y una de las más bellas, por sus ribazos cubiertos de bosques, sus cultivos, sus aldeas ocultas bajo el follaje y sus ruedas de *sakiat*, ó norias, que los bueyes hacen girar lentamente á la sombra de los sicomoros.

SUDÁN EGIPCIO Ú ORIENTAL

I

El país.

Más arriba de Dóngola, entre la tercera y la cuarta catara-ta del Nilo, la influencia (1) étnica de los árabes deja de tener su

(1) Influencia de idioma especialmente.

preponderancia. Desde el delta del Nilo hasta esta parte media de la Nubia, no cesa el viajero de pisar tierra donde en época memorable los blancos y semitas hicieron alianza con los bronceados y los negros, pero remontándose y subiendo el río se llega al país en donde el negro abunda más que el blanco, y el pagano más que el musulmán. Pasada la sexta catarata, se entra en el Sudán y también en la región de las lluvias. Cambiase el paisaje, y el desierto se trueca en sábanas quebradas, pantanos y pastos en abundancia. Hay gran número de bueyes y vacas y gente dedicada al pastoreo que formaron pueblos equivalentes á semilleros de esclavos. Hay también leones, rinocerontes y elefantes, y el roncador hipopótamo que los griegos designaron con el nombre de «caballo de río».

La superficie total del Sudán puede evaluarse aproximadamente en 1.780.000 kilómetros cuadrados, y la población, densa solamente en algunos puntos de las orillas del Nilo y en las pequeñas cuencas del Tumat y del Yabus, pasará acaso de 5.500.000 habitantes. La parte más oriental del Sudán se compone de comarcas distintas que convergen, inclinándose débilmente hacia el Noroeste, por el Nilo Azul y el Atbara, divergiendo solamente una escasa parte al Norte por el Barka. Macizos de montañas aislados en las llanuras, cadenas de cierta elevación y espacios desiertos han dividido siempre esta zona en provincias naturales, y sus tribus, en guerra constante, han formado varios Estados pequeños, de fronteras movibles, según las vicisitudes de los combates y la presión recíproca de los pueblos nómadas. Mientras menos densa es la población, más fácilmente se fracciona en grupos, independientes unos de otros, teniendo sólo relaciones mutuas por la mediación de los escasos mercaderes. Desde hace más de medio siglo, los egipcios invadieron la zona intermedia, y, á pesar de sus desastrosos conflictos con los abisinios, pudo creerse por algún tiempo que habían conquistado definitivamente el Sudán. Una sublevación formidable, debida indudablemente á sus exacciones, les ha dejado solamente un corto número de plazas en el país, anexionado antes á sus vastos dominios, y ahora son los ingleses los que les sustituyen ocupando los puntos del litoral, desde donde proceden, por medio de la construcción de caminos, á la reconquista del territorio.

Este país estaba habitado en tiempos remotos por los *syrbotae* y los *mastitae*. Hoy las montañas se hallan ocupadas por las tribus, más ó menos mezcladas, de la antigua raza de los

funy, que dominaba antes el país del Sennar. Casi todos los funy han perdido su idioma, al mismo tiempo que se convertían al Islam. Sin embargo, algunas tribus conservan dialectos especiales, muy mezclados con palabras árabes. El mahometismo no ha desterrado completamente el antiguo culto. Sobre el Yébel Gule, que los funy consideran como su monte sagrado, todavía se celebran ceremonias *phállicas*, alrededor de un altar de arcilla, con una estatua de madera representando un Dios. Su conversión al Islam es tan poco formal, que la mayoría de ellos no están circuncisos.

Actualmente no son numerosos los funy, es decir, los designadas especialmente con ese nombre, y se encuentran muy pocos, hasta en derredor del monte Gule, que puedan considerarse como representantes típicos de aquella raza. Los múltiples cruzamientos, producidos por la guerra y la esclavitud, la han mezclado de tal modo, que es muy difícil reconocer los elementos dominantes en la población.

Además de los funy, se disputan el suelo de la Mesopotamia de ambos Nilos los *Abú-Rof*, que son beduínos y se extienden por el Sur, y al Norte los yalín y los hasanía; estos últimos cerca de la confluencia de los dos ríos. Su nombre significa «Hombres de los Caballos ó Jinetes». Los hasanía, que viven también á la orilla izquierda del Nilo Blanco, en el Kordofán, son de raza beya y se les cita ordinariamente, entre todas las tribus árabes, por practicar de una manera universal la extraña costumbre del *cuarto libre*, puesta en duda por un sólo viajero. Según el citado uso, la mujer se casa para cierto número de días en la semana, reservándose generalmente cada cuatro días su libertad completa. Los yalín se extienden además por encima de la confluencia y en ambos lados del Bahr-el-Abiad.

Entre las tribus verdaderamente árabes del Sudán, existen los llamados Abú Yerid ó «Padres de las Palmeras», que viven entre el Dender y el Bahr-el-Azrak, aguas arriba de la ciudad de Sennar. Se dice que vinieron del Yémen antes de la conversión de sus hermanos al Islam, porque no son mahometanos ni su culto ha conservado trazas de las prácticas musulmanas. Son adoradores del fuego, como lo eran, antes de Mahoma, numerosas tribus de la Arabia meridional. Su color es más claro que el de las gentes vecinas y se inclina al rojo. Tienen los ojos azules, el cabello rubio y liso, y la goma destilada por las acacias *sunt* entra por gran parte en su alimentación habitual. Con-

servan con un celoso cuidado la pureza de su raza. Dicen que jamás uno de ellos ha tomado por esposa á cualquiera joven de las tribus extrañas y no toleran la esclavitud, porque la introducción de criados ó sirvientas en el seno de las familias traería por resultado fatal el contaminar su sangre. Como raza elegida, tienen el deber esencial de mantener su independencia y de vivir en paz: con este fin, sus abuelos se alejaron del mundo, y ellos mismos tratan de vivir aislados, defendidos de las tribus rapaces por zonas desiertas. Reconocen la existencia de un sólo Dios, que se manifiesta por los astros, el sol y el fuego. Cuando hacen oración, miran á las estrellas ó se vuelven al sol en su aurora ó en su ocaso. Otras veces encienden una gran hoguera y contemplan las lenguas de llamas que se arremolignan con el viento. El fuego es para ellos el gran purificador. Luego de haber enterrado sus muertos con la cabeza vuelta hacia el sol, encienden una pira sobre la tumba, como para elevar el alma del difunto entre sus espirales luminosas. Creen también en la existencia de un demonio supremo, el dios de las tinieblas, y recurren á los sacrificios para conjurar este enemigo peligroso. Los Zabalat, son monógamos. Cuando una mujer no ha encontrado marido ó queda viuda después de un corto matrimonio, es costumbre que la tome por esposa uno de sus parientes próximos. A veces sucede que el hermano llega á ser por esta causa el marido de su hermana. El gobierno de la tribu está basado en las costumbres, y los ancianos son los que las aplican.

II

Poblaciones del Sudán.

El pueblo de Karkog, rodeado de algunos árboles altos, que contrastan con los terrenos desnudos de los alrededores, ha tomado alguna importancia, como mercado de gomas y centro de convergencia de muchos caminos de caravanas que vienen del Kedaref, del Kalabat y de Etiopia. Karkog heredó una parte del comercio que se hacía antes en la ciudad de Sennar, situada á un centenar de kilómetros aguas abajo, sobre la orilla izquierda del mismo Nilo Azul. Esta antigua capital del reino de los funy, edificada á principios del siglo xv, perdió mucho desde que el centro de la vida de todo el Sudán fué transferido á Kar-

tum. Montones de escombros y espacios desiertos separan los grupos de cabañas, percibiéndose sólo restos de muros de lo que fué el palacio de Sennar. También conserva una mezquita antigua. Los habitantes de la ciudad no tienen industrias, exceptuando la fabricación de esteras de paja con dibujos muy elegantes.

Algunos caminos seguidos por las caravanas se dirigen al Sudoeste, hacia el Nilo Blanco, para atravesarlo en uno ú otro de los dos *mokadat* ó vados que forman unos bancos de concha.

Uold-Medina, que fué después de Sennar la capital de las provincias egipcias, era en otros tiempos una ciudad populosa como lugar de guarnición y centro de comercio. Su posición es muy buena, porque se encuentra cerca de las uniones de los ríos que bajan del Norte de la Etiopía con el Bahr-el-Azrak.

Cuando se remonta el curso de la historia de las regiones del Nilo, obsérvase que una ciudad considerable se elevaba en las cercanías de la confluencia del Nilo Blanco con el Azul. Una posición geográfica de esta importancia no podía ser descuidada ni aun en las épocas de barbarie. Pero las vicisitudes de las emigraciones y de las guerras, ayudadas acaso por algunos cambios en el curso de los dos ríos afluentes, han forzado á esta ciudad á variar frecuentemente de sitio. Los restos de las construcciones fueron utilizados por los edificadores de la moderna Kartum. En 1830 sólo había una choza donde diez años después se elevaba Kartum, la principal ciudad de la cuenca nilótica, fuera del Egipto.

Kartum, protegida al Norte y Oeste por los anchos álveos de sus ríos, está ciertamente muy bien colocada para la defensa, y sus muros, con una extensión de 9 á 11 kilómetros, flanqueados por baluartes y resguardados por un foso, la ponen al abrigo de un golpe de mano por el Sur y el Este. Además, un campo fortificado para guardar los almacenes de provisiones, establecido sobre la orilla izquierda del Bahr-el-Abiad, cerca de la aldea de Omdurman, ó Umderman, facilitaba antes á la guarnición egipcia el paso del río hacia la parte occidental protegiendo el camino del Kordofán. Gracias á los ríos, los barcos de vapor que iban y venían por bajo de Kartum, dominaban toda la comarca, por un lado, hasta el país de los ríos, por otro, hasta Berber y Abú-Hamad. Pero á pesar de lo fuerte de la plaza y de la enérgica defensa del general inglés Gordon, Kartum fué tomada traidoramente por las hordas fanáticas del Mahdi y su heroico defensor asesinado.

Kartum llegó á ser una de las grandes ciudades del continente, contando con 40 ó 50.000 habitantes, y en la población afanosa, que se oprimía en sus tortuosas calles, el europeo se mezclaba con los turcos, con los danagla ó gentes de Dóngola, con los árabes y los negros de todos los matices y de todas las razas. El italiano disputaba al árabe el privilegio de ser la lengua común. Como industrias, Kartum sólo cuenta con la extracción de un mal aceite de sésamo, el curtido de pieles y la fabricación de calzado. Ciudad de soldados, de mercaderes y de esclavos, no tuvo monumentos notables y por todos lados está rodeada de espacios, si no desiertos, al menos sin cultivar y sin vegetación arbórea. Kartum no es una población saludable durante una parte del año, cuando soplan los vientos húmedos, agitando las aguas de los ríos. Con frecuencia el tifus se ha llevado más de la décima parte de los habitantes; pero en invierno la atmósfera está purificada por los vientos del Norte, que á veces hacen bajar la temperatura, en la madrugada, á 8 ó 10 grados y la salud pública es tan buena allí como en cualquier otra ciudad del Africa. Kartum es la ciudad más principal de todo este país. Reina del Sudán egipcio, lamenta su extensión considerable; pero llegará á ser próspera y feliz porque tiene asegurado su porvenir en la confluencia de los dos ríos.

Remontando el Nilo desde Kartum, se encuentran diversos pueblos aborígenes, chilluks, denkas, baris, etc., que no tuvieron más remedio que unirse á los egipcios cuando éstos lograron librarse del yugo turco y que ahora viven independientes de ellos. Se calcula que los chilluks ascienden á 1.200.000, los cuales se hallan repartidos en unas tres mil aldeas. Son de abultados labios, muy negros y de abundante cabellera. Los denkas son un pueblo de pastores que van, como los primeros, desnudos y no son menos idólatras. Los baris, que habitan la región de Lado y de la desaparecida Gondokoro, se dedican también á apacentar ganado y, como los otros, no cubren sus carnes, dejando al descubierto su arrogante figura.

KORDOFÁN

I

El país.

Más arriba de Kartum y frente á Sennar empieza la potente fecundidad del Nilo, pero se localiza su fertilidad en la ribera. Desde que deja de verse la corriente que mansamente va en busca del Mediterráneo, después de despeñarse por desfiladeros y haberse deshecho en cataratas, empieza la estepa de Kordofán.

Estepa es, á pesar de estar tan próxima á la fecundante corriente, y la razón consiste en que recibe tan solo 35 centímetros de aguas pluviales en una sola época del año, si bien en esta época llueve copiosamente.

El resto del año, que es tiempo seco, transcurre sin que caiga una gota de agua, hasta el punto que los *kheran* del país (riachuelos) no tienen la suficiente fuerza para llegar hasta el Nilo á través de su curso por la estepa.

Es muy posible que en el Kordofán 300.000 hombres habiten unos 25 millones de hectáreas, suponiendo que el Kordofán ó Kordofal, que también así lo llaman, tenga límites fijos y fronteras políticas. Colinas y declives accidentan aquí y allá esta meseta situada á unos 400 ó 500 metros de elevación sobre el nivel del mar. Hay montañas de alguna altura, la principal es el Kordofán (850 metros); pero están aisladas y no podrían fijarse sus límites fácilmente.

El Obeid ó Lobeit, capital del Kordofán, se cree tiene 30.000 almas. Está á 579 metros sobre el nivel del mar á una veintena de kilómetros al Oeste del río Kordofán. Su superioridad en el país proviene de que, estando bajo la acción de un clima más benigno, ha podido agrupar en torno las tribus sedentarias. En cuanto á los nómadas, pasan su vida vagando errantes por las llanuras de la meseta, formadas por la descomposición de las rocas. Salen en busca de los pastos, de las fuentes, contadísimas en la comarca, de los pozos, cavados á una profundidad de 25, 30 y hasta 50 metros, y que, con frecuencia, dan un agua de sabor



salado. Emplazan sus viviendas junto á los *boabab*, junto á los bosques de tamarindos ó de los gomereros, árbol cuya sola presencia indica la proximidad del desierto ó del medio desierto. Los avestruces, que huyen de tales arbustos, delatan la Estepa ó el Sahara.

El Kordofán no ha llegado á ser el Sahara; pero en opinión de algunos llegará á serlo, porque con las desecaciones, continuas participa cada vez menos de la naturaleza nilótica y cada vez más de las arideces y esterilidades del desierto.

Esta extensa comarca no ha podido llegar á constituir una raza unificada con los que la recorrieron y habitaron. También aquí es el Koran el que ha pasado bajo su nivel á las razas distintas. Los negros más ó menos compenetrados con la tierra en donde nacieron, los nubios, los mercaderes, los negreros, los predicadores y los guías, esclavos en sus tres cuartas partes, son árabes, intelectual y moralmente considerados. En el Kordofán ha nacido un profeta, el célebre Mahdi, que desenvainó su yatagán contra Inglaterra, y creyó haberla vencido al derrotar á las tropas egipcias mandadas por oficiales ingleses.

II

Las poblaciones.

El Kordofán central, en las inmediaciones de El-Obéid, ó sea la capital, es uno de los países del Africa oriental donde la población es densa relativamente. En el círculo de un centenar de kilómetros de radio alrededor de la capital, los pueblos ó aldeas distan, por término medio, solamente cuatro ó cinco kilómetros unos de otros. Cada *tokul* ó cabaña, con paredes circulares y techo cónico, está rodeada por un seto de espinas, y á veces todo el pueblo se halla cercado por un recinto. Los residentes en estos grupos de habitación constante son de razas muy mezcladas, y no puede reconocerse fácilmente en ellos el tipo originario. Las villas del Kordofán, fundadas como estaciones comerciales sobre las rutas desde el Nilo á los países del Africa central, son lugares de atracción para los mercaderes que vienen á reposarse en ellas de su marcha á través de los desiertos circunvecinos. Los esclavos de diversas procedencias, que acompañan á los traficantes, contribuyen á mezclar

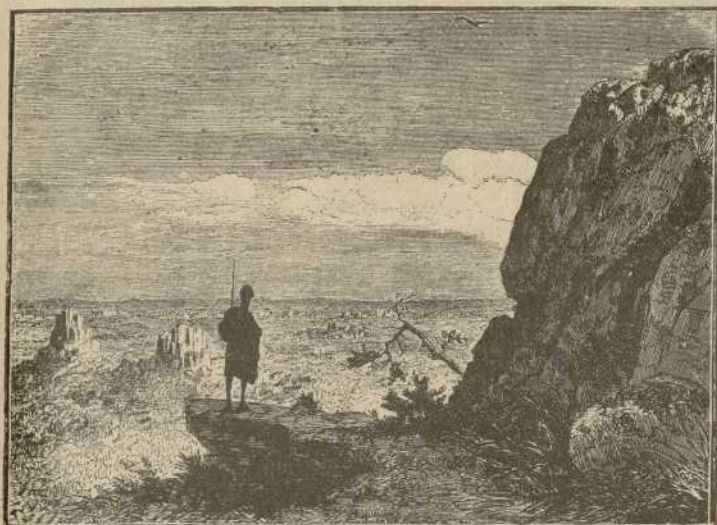
la raza y á hacer que aparezcan menos distintos los elementos primitivos. La población que resulta de estos cruzamientos es inteligente, alegre, charlatana y loca para la danza y el placer. Los nuba, que pueblan el Sur del Kordofán, y de los que se encuentran débiles restos en otros grupos de montañas, tienen un idioma aparte, y no podría decirse con certeza que son parientes de los nubienses verdaderos, estando separados de ellos por el desierto y por otras tribus. Arrojadados de las llanuras y arrinconados en las montañas, llevan una vida mísera, considerados cual bestias salvajes y perseguidos como tales. El nombre de Nuba es sinónimo de esclavo en el Kordofán, y, en efecto, á la condición de esclavos se ven reducidos los que son capturados. No habiendo podido confederarse sólidamente sus pequeñas comunidades republicanas, no oponen resistencia alguna á sus enemigos. Sin embargo, existen algunas aldeas de los nuba que, mediante tributo, viven pacíficamente en las cercanías de la llanura y pueden bajar á los mercados para vender en ellos sus productos. Los nuba se visten como los árabes, pero no trenzan sus cabellos. Son negros completamente y tienen sus mandíbulas fuertemente avanzadas. Además, figuran entre los menos inteligentes de los nigrícios. Como esclavos, sólo puede empleárseles en los trabajos groseros de fuerza ó de rutina, pero son benévolo, honrados y constantes en su amistad. Cuando están al lado de los mahometanos, los nuba se llaman servidores de Allah, pero no parece que le tributen culto. Sus únicos sacerdotes son los «hacedores de la lluvia» y los magos, que curan las enfermedades por los gestos y encantamientos. La práctica de la circuncisión es en ellos anterior á la influencia del Islam. Al Oeste de los nuba viven pueblos todavía más salvajes, entre ellos los numa. Cuéntase de estas gentes que matan á los viejos, á los achacosos y enfermos atacados de alguna afección contagiosa, á fin de abreviar su viaje á un mundo mejor. Al lado del cadáver colocan en la fosa víveres, una pipa de tabaco, armas y dos pares de sandalias.

Los tagala, vecinos de los nuba, hablan un idioma completamente distinto por sus palabras y estructura. Ellos mismos se llaman funy, aunque no pueden comprender tampoco á sus hermanos de la isla del Sennar. Su rey lleva el tricornio de aparato, en forma de gorro con puntas, que servía otras veces de corona al soberano de los funy. Los tagala no tienen la nariz aplastada ni las mandíbulas salientes como la mayor parte de las tribus nigricias. Sus facciones son regulares, su mirada viva y se elo-

gían su inteligencia y su destreza. Como esclavos, son mucho más apreciados que los nuba, y desgraciadamente hay frecuentes ocasiones de compararlos bajo este punto de vista, porque son considerados como propiedad personal de su rey, señor adorado, al cual no pueden acercarse sino arrastrándose boca abajo sobre el suelo y arañando la tierra con la mano izquierda. Ninguno se casa sin permiso del soberano, ni permanece libre si le place á éste venderlo como esclavo. Del mismo modo, el padre tiene derecho legal para deshacerse de sus hijos, y en las épocas de hambre, los negreros dan una vuelta de aldea en aldea para hacer sus compras. El mahometismo, que desde época reciente es la religión del país, no ha triunfado todavía sobre las antiguas costumbres. Sobre la meseta del Dar-Tagala se elevan, en varios sitios, abruptas colinas sosteniendo en cada cresta una pequeña aldea rodeada de muros y de matorrales espinosos. Es la acrópolis de la comunidad. Subterráneos abiertos en la roca y que comunican con el exterior por salidas ocultas, reciben las provisiones y sirven á veces de refugio para los habitantes. Se dice, con el fin de dar una idea del gran número de aldeas fortificadas habitadas por los tagala, que su país no tiene menos de «noventa y nueve montañas». El de los nuba, más grande, cuenta con ciento. La comarca de los primeros podría llegar á ser la más rica del Kordofán. Su suelo es fértil y bien regado relativamente, sus habitantes son ingeniosos y casi los únicos, entre las gentes del Kordofán, que han aprendido á cultivar las pendientes rápidas por medio de bancales sostenidos con muros de piedra seca. Los tagala, que son herreros muy hábiles, importan el hierro para fabricar las armas é instrumentos de labor, existiendo minas notables de ese metal en la parte Norte del Kordofán.

Las regiones cultivadas del Kordofán se hallan rodeadas por todos lados de razas nómadas, conocidas con el nombre general de bedauia ó beduínos, y divididas en dos grupos principales de tribus: al Norte los kabábix ó «cabreros», al Sur los bakara, ó «vaqueros». Estos nombres, que indican solamente la ocupación y género de vida de las tribus, no implican la menor diferencia de raza. Las variedades del suelo y del clima han debido contribuir á la diferencia de sus faenas. La cabra y el camello prosperan en las llanuras septentrionales, casi siempre atacadas por la sequía; los animales con cuernos sólo tienen agua suficiente en las estepas del Sur. Los kabábix, más civilizados, gracias á su posición geográfica, no se ocupan ex-

clusivamente de la cría de cabras y camellos: cultivan también el suelo en las tierras bajas próximas al Nilo y han fundado aldeas permanentes. Como prudentes conductores acompañan además las caravanas desde El-Obéid á las estaciones del río. Algunas tribus de kabábix llevan enormes sombreros como los kabilas de Túnez y Argelia. Los bakara no tienen otros cuidados que los de hacer pastar á sus rebaños, cazar el elefante, el búfalo y otros grandes animales, persiguiendo también algunas



En la estepa entre Kordofán y Darfur. (Dibujo de K. Girardet.)

veces á los hombres. Cuando los pastos no ofrecen ya alimento suficiente á sus ganados, ó cuando el tábano se encarniza molestándolos, levantan su campo ó *fergan*, cargan sobre sus bueyes las esteras que habían dispuesto en forma de tiendas, y seguidos de la trailla feroz de sus perros, emigran hacia otro sitio de la estepa. La mayor parte de los bakara tienen la piel roja del indígena americano, y en cuanto á la belleza del cuerpo, la forma atlética del pecho y de los hombros, ó la elegancia de las manos y pies, cuentan con pocos rivales entre los hombres. Su traje es el mismo que el de los aldeanos del Kordofán. Llevan también una especie de camisa blanca con rayas rojas, que deja descubierto el brazo derecho, y se adornan con cuentas de vidrio, aros y objetos de marfil ó de cuerno. Las

mujeres siguen todavía para su peinado la antigua moda egipcia, representada en los monumentos, y sus trenzas, que caen por delante á la mitad de la frente y por ambos lados sobre los hombros, van untadas de manteca y pomadas aromáticas. El anillo dorado que gran número de mujeres llevan en un lado de la nariz, se ata frecuentemente á una cadena suspendida en la parte posterior de la cabellera, que parece la rienda de que se sirven los camelleros para conducir sus monturas. Los hombres usan la lanza, que manejan con destreza, pero las armas europeas han llegado ya á serles familiares. Pocos árabes son tan belicosos como ellos ni practican con mayor escrúpulo los deberes de la *vendetta*.

El casamiento temporal se practica en todo el Kordofán. Hasta en El-Obéid, la costumbre del *cuarto libre*, que se atribuye principalmente á los hasanfa, se encuentra en gran número de familias. La poliandria, arreglada para cada uno de los maridos por su compra parcial de la mujer, es una institución de las más comunes. Entre los ghodiat del campo y los árabes yoama ninguna joven tiene derecho á casarse antes de presentar á su hermano ó á su tío un niño, hijo de padre desconocido, el cual servirá de esclavo al futuro jefe de la familia. En otras tribus la mujer pertenece sólo al más fuerte ó al más sufrido.

En el día designado, los mozos que se disputan la posesión de una joven se reúnen, armados de un *kurbax* ó fuerte látigo, delante de los ancianos y de las mujeres, y aquéllos que sufren mayor número de golpes sin quejarse, son juzgados dignos de alcanzar el premio. Otras veces dos rivales se acuestan en el suelo, uno á la izquierda y otro á la derecha de la joven, y ésta, cuyos codos están armados con agudos cuchillos, se apoya con todo el peso de su cuerpo sobre los muslos desnudos de los jóvenes. El que sufre más galantemente la horrible herida llega á ser el afortunado esposo, y el primer cuidado de su mujer es curar el mal que ella misma ha causado. Otras muchas costumbres atestiguan la bárbara energía de estos árabes del Kordofán. Cuando un viejo siente aproximarse su fin, se aleja de las cabañas sin avisar siquiera á los suyos; hace las abluciones religiosas con la arena del desierto, se abre en ella un hoyo y, envolviéndose en un sudario, se extiende con los pies vueltos hacia la Meca. Mira al sol, después se vela la cara y espera á que vengan á cubrirle las arenas traídas por el viento de la tarde. Acaso las hienas comenzarán á devorarle

antes de que haya lanzado el último suspiro, pero morirá sin quejarse; la misión de su existencia ha concluído.

La capital de la provincia del Kordofán, que es ahora la residencia del Mahdí, llamada El-Obéid, está construída en una de las partes del Kordofán donde caen las lluvias con mayor abundancia. El calor es allí menos fuerte que en otros parajes, porque la altitud de la ciudad es de 579 metros, y sin embargo no hay que escalar montañas para llegar á la cuenca en que se halla. En esta región, los montes aislados ó dispuestos en hileras dejan el paso abierto en todos sentidos y convergen los caminos de las caravanas sin encontrar obstáculos. El-Obéid es la primera estación de reposo y de organización, al Oeste del Nilo. Sus relaciones principales no son con Kartum, sino con las aldeas situadas al extremo del gran recodo que describe el Nilo por encima de Dóngola. Las cataratas del Nilo aumentan mucho los gastos de transporte, y las caravanas que vienen de Egipto tienen interés en tomar el camino del desierto, por el Sudeste hacia Kartum, ó al Sur para llegar á El-Obéid. La ciudad no ofrece el aspecto de una población compacta. Es más bien un conjunto de aldeas donde se elevan algunas construcciones de ladrillo, edificadas á lo cristiano. Alrededor del barrio meridional, que es la verdadera ciudad, casi todas las habitaciones son simples *tukólis* ó chozas de paja, como los caseríos del campo; cabañas de tierra, que deshacen las fuertes lluvias, y cobertizos de esteras ó ramaje, rodeados de setos espinosos para impedir que los camellos vengán á roer las telas y las cuerdas de los albergues. Las gentes de distinta procedencia se han repartido en los barrios, según su origen. Varios huertos costean los *jerán* ó lechos arenosos, húmedos algunas veces, que atraviesan la ciudad, y además casi todas las cabañas están rodeadas por campos.

Durante las sequías, sólo se ven espacios polvorosos y la ciudad ofrece un aspecto desolado. Pero cuando la vegetación está en toda su belleza, los barrios exteriores de El-Obéid parecen grandes praderas, mostrándose apenas los techos cónicos de los *tukólis* por encima del mar flotante formado por el maíz. Hace años, la población de esta ciudad, comprendiendo las aldeas de su contorno, se evaluaba en 100.000 habitantes; pero es probable que la capital del Kordofán haya quedado casi desierta desde que el Mahdí ordenó, bajo pena de muerte, abandonar las casas de ladrillo, y habitar bajo la tienda ó en chozas de ramas, á fin de que ningún indicio exterior demos-

trase desigualdad entre los musulmanes, «hijos todos de un mismo padre».

Las grandes rutas de caravanas en el Kordofán estaban seguidas antes durante la dominación egipcia inglesa, por los hilos del telégrafo eléctrico, muy temido por los indígenas. Muchos de ellos apenas se atrevían á hablar al lado de los alambres, temiendo que su voz fuese oída en Kartum ó en Egipto.

DARFUR

I

El país.

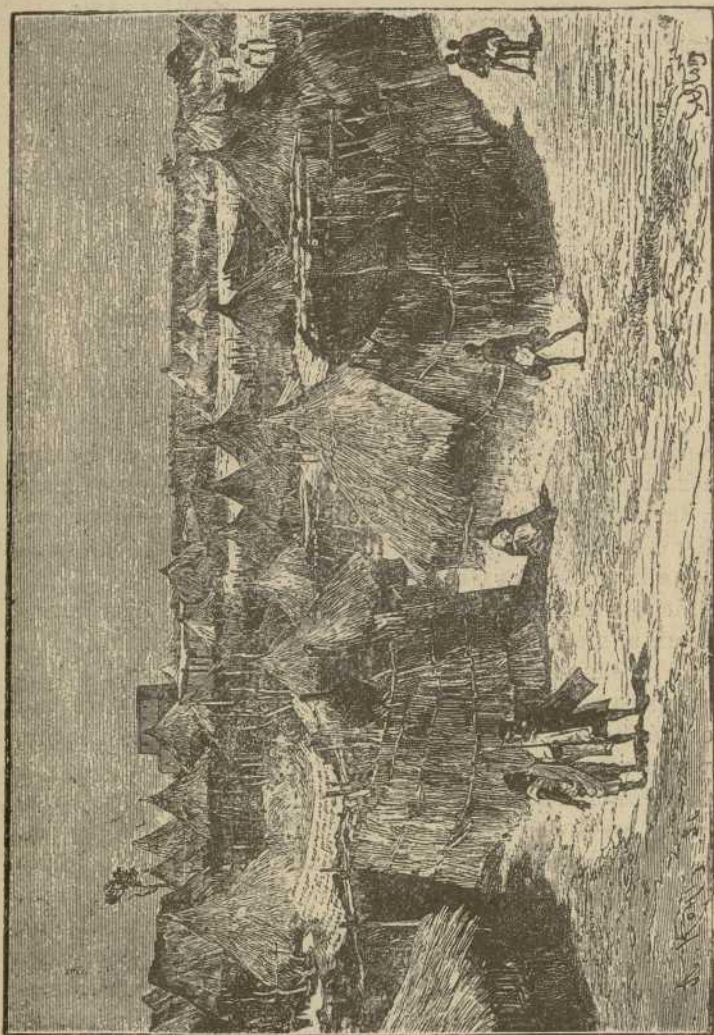
Al Oeste de Kordofán, el Fur ó Darfur (1), marca al Occidente el final de la cuenca del Nilo. Su cumbre más eminente, el Marra (1.830 metros), lava su granito en las aguas de dos *onedas*, que van al río de Egipto, y en las de otros que es probable van al Tzade ó Tsad, gran lago interior, sin derrame alguno, hacia el Mediterráneo ó al Océano. Estos riachuelos no son torrentes que desafían las ardores del cielo. Simplemente se deslizan por las grietas de las rocas y los surcos de la arena, tan sólo en las épocas de lluvia.

Su aire de estepa, que hipotéticamente cruza unos 50 millones de hectáreas, lo respiran 1.500.000 personas (ha llegado á decirse que ascendía á cuatro millones), de los cuales 500.000 son árabes, más ó menos puros, y pastores bien provistos de camellos, siendo los restantes 750.000 *for*, negros «autóctonos», cuyo idioma va desapareciendo á medida que avanza el Islam. Cabras, carneros y bueyes comparten con los *for* los montes del Marra, centro de la comarca.

El Fur, cuya capital dista cerca de 800 kilómetros del Nilo en línea recta, se halla demasiado lejano de esta gran vía comercial para haber sido visitado frecuentemente. Apenas era conocido más que de nombre á fin del siglo XVIII, y entonces fué cuando entró por primera vez en la historia de la Geografía, gracias al viaje del inglés Browne, que permaneció tres

(1) Darfur, nombre árabe que quiere decir «Vivienda».

años en el país, más bien como cautivo que como hombre libre. Los soberanos del Darfur querían indudablemente justificar el



Un pueblo del Darfur. (Dibujo de Sloom.)

sobrenombre de «Ratonera de los Infieles», que se da á su país. «Ellos podrán entrar—decían—pero no saldrán».

En el Darfur se extienden los espesos bosques de El-Hallah ó «País salvaje», que recorren los elefantes, rinocerontes, jirafas, leones ó búfalos, bisontes, bueyes, asnos monteses y jaba-

Mes. Los antílopes de especies diversas y los avestruces son numerosos, procediendo de este país las plumas más hermosas. En las vastas estepas que separan el Kordofán del Fur, los pastores nómadas se entregan dos veces cada año, antes y después de la estación lluviosa, á una batida general. Todos los animales domésticos de la tribu, camellos, caballos y bueyes, empleados como monturas ó para bestias de carga, son puestos á requisición y llevados al terreno de la caza, donde los ojeadores se despliegan en círculo de modo que encaminen las reses hacia la entrada de un desfiladero, sembrado de trampas, y cuyas salidas están bien guardadas. Los jinetes se lanzan sobre las bestias cautivas y las matan antes que hayan tenido tiempo para destruir los lazos ó de librarse de ellos. A veces hasta 300 animales, antílopes ó búfalos, son cogidos en un sólo día, y la tribu puede pagar sus impuestos atrasados. En la parte meridional del Fur, las hormigas blancas ó *ardha* forman colonias tan numerosas, que bosques enteros son destruidos por estos insectos. En tiempos de hambre, los habitantes se alimentan con hormigas mezcladas á los frutos del tamarindo. Después de ponerse el sol, encienden fuegos delante de las pirámides de hormigas blancas; éstas acuden en muchedumbres, y se llenan cajas enteras de ellas, como en Grecia de uvas de Corinto.

Calificados de Nas-el-Belid ó «pueblo estúpido», los furense poseen al menos la ventaja de no tener la avaricia ni la crueldad de sus vecinos. Son de un moreno negruzco, con la frente aplastada, así como la nariz. La lengua más generalizada, después del árabe, entre las que se hablan en el Darfur, debe pertenecer acaso al grupo nubiense.

La civilización furense es musulmana y evidentemente fueron árabes los que educaron á la nación. Literatura y ciencia, si pueden emplearse estas dos palabras en un pueblo salido apenas de la barbarie, se relacionan con el estudio del Koran. Algunas prácticas de magia, probablemente de origen africano, se mezclan á las tradiciones árabes. Todavía hace pocos años se hacían sacrificios humanos en las grandes ceremonias reales. Al advenimiento de cada soberano y en otras circunstancias, dos hermanos adolescentes eran sacrificados con gran pompa, y los altos funcionarios comían su carne con el rey. La agricultura, todavía poco extendida y en estado rudimentario, puesto que el arado del país es una especie de azadón que un hombre arrastra tras de sí al marchar, está, sin embargo, muy considerada. Antes, el sultán del Darfur, lo mismo que el rey

de los funy en el Sennar y el emperador de la China y otros soberanos, tenía como gloria ser el primero que sembraba en su país. Después de las lluvias salía con gran aparato, acompañado de los dignatarios del Estado y de 100 mujeres jóvenes y hermosas, echando la simiente en un campo preparado. Todos sus cortesanos le imitaban, después el pueblo sembraba á su vez, cada cual en su campo respectivo, y cuando la cosecha venía á recompensar este trabajo, el fiel súbdito hacía subir sus homenajes al sultán labrador. Casi toda la región de las montañas está perfectamente cultivada, produciendo granos y algodón.

II

Poblaciones del Darfur.

El Fáxer actual, es decir, la residencia ó casa del sultán, está situado á 737 metros de altitud, sobre la vertiente oriental del Fur, entre dos colinas arenosas, á la orilla del estanque Tendelti, alimentado por un viaducto que baja de las cumbres septentrionales del Yébel Marrah. Una presa, que retiene las aguas, asegura á los habitantes provisión suficiente durante más de la mitad del año. Sin embargo, antes de la estación lluviosa es preciso excavar el suelo del estanque, hasta 10 metros de profundidad, para encontrar agua potable. La residencia del sultán está en una colina llamada Jor-el-Aafia, «Valle de la fuerza ó de la resistencia» y la ciudad se eleva sobre otra denominada Jor Tendelti ó «Valle de la abundancia». El sultán posee además una residencia de verano en el Yébel Marrah, y el símbolo de su autoridad son dos grandes tambores de cobre, distinción á que tienen derecho, además del soberano principal, otros jefes secundarios. El Fáxer está próximamente á mitad del camino entre la capital del Kordofán y la del Uadai ó Bargu, sobre la ruta habitual de las caravanas. Hasta allí llegaba el telégrafo eléctrico en tiempo de la dominación egipcia. Reducida ahora á un grupo de cabañas con paredes de tapial ó adobes y techos de paja, no es ya la mayor población del país. La ciudad principal, que fué también la residencia real á fines del siglo XVIII, es Kóbeh, situada igualmente en el camino de las caravanas, á unos 50 kilómetros hacia el Noroeste. Es la única entre las poblaciones del Darfur, que tiene algunas casas de

piedra, testimonio de la influencia de una civilización lejana. Estas casas pertenecen á los mercaderes ó jefes de caravana y están rodeadas de chozas semejantes á las que se encuentran en todos los otros pueblos del país. Se calcula en 6.000 el número de sus habitantes. Al Sudoeste de Kóbeh y El-Fáxer, en un valle alto de los montes, el pueblo Tora ó Torra es considerado también como una especie de capital: allí están las sepulturas reales.

Dara, en la parte meridional del país, tenía antes una especie de preeminencia como mansión de un *mudir* egipcio y estación de caravanas. Es un simple grupo de tukólis ó chozas de paja, y está situado próximamente á la margen izquierda del Uadi-Amú, sobre el cual se encuentra también, á unos 60 kilómetros aguas arriba, la aldea de Menavaxi. Cerca de ella se dió en 1874 la batalla decisiva que costó la vida al rey Brahim é hizo del Darfur una provincia egipcia por muy pocos años.

REGIÓN DE LOS GRANDES LAGOS

I

El país.

La cuenca del lago Ñansa ó Nyanza y la del alto Nilo, hasta su paso á través del lago Mvután-Nsigué, comprende una extensión considerable que puede evaluarse en 430.000 kilómetros cuadrados. Esta vasta región, cuya altitud media excede de 1.200 metros, forma parte de la cumbre continental. Por sus aguas, que vierten en el río egipcio, pertenece á la cuenca del Mediterráneo, pero está mucho más cerca de las orillas del Atlántico, y su extremidad meridional dista poco más de 400 kilómetros del mar de las Indias. Para la facilidad de relaciones con el exterior, las orillas del gran Ñansa están en el círculo de atracción de Zanzíbar. Hasta cuando la vía del Nilo se encuentra abierta y la guerra no desuella sus orillas, los viajeros europeos, que van á esta parte del Africa, tienen interés en tomar la ruta del Océano Índico para subir hacia las mesetas por los caminos que siguen los mercaderes árabes.

Entre los dos lagos, del Ñansa-Kerevé y el Mvután-Nsigué,

los charcos de agua dulce, los macizos de nenúfares, los ríos de anchos cauces, sinuosos y lentos, ocupan una gran extensión. El Ñansa está atravesado por la línea ecuatorial. Sin embargo, la altitud de la comarca, el libre paso que ofrece á todas las corrientes atmosféricas y la vegetación arborescente que mantienen las lluvias, templan el calor medio y no hay que sufrir la influencia de temperaturas excesivas como en la Nubia, á 20 grados al Norte del Ecuador. Observaciones hechas con regularidad en Rubaga, capital del Uganda, á algunos minutos al Norte de la línea ecuatorial, demuestran que el clima de estas comarcas no es de los que puedan calificarse de *tórridos*.

Favorecida por las lluvias, la flora es muy rica en las fértiles regiones que circundan el gran Ñansa, cuyo suelo está formado por tierra vegetal, que descansa sobre una arcilla roja mezclada con arena, y no mide menos de 10 metros de espesor. En el Uganda, hacia la línea ecuatorial, no se observa una sola interrupción en el verdor que cubre la comarca. Allí, donde terminan los macizos de bananos y los demás cultivos formando vastos verjeles, entre cuya frondosidad desaparecen los pueblos, comienzan las selvas de árboles gigantes que sostienen en sus ramas innumerables plantas parásitas y se enlazan á los arbustos del bosque inferior por medio de guirnaldas de lianas ó bejucos. Los arroyos, que serpentean en las hondonadas, corren como por galerías subterráneas, donde sólo luce un vago crepúsculo, y se los reconoce desde lejos únicamente por el espléndido ramaje de los árboles entremezclados por encima de la corriente.

El lago está poblado de hipopótamos y cocodrilos, como el Nilo y el Níger, y los pájaros pescadores se aglomeran en los cañaverales ó sobre las ramas de los árboles que guarnecen la orilla. En el país cultivado, donde la presencia del hombre ha alejado casi todas las fieras, los leopardos, muy temidos de los habitantes, permanecen entre la espesura y las hienas vagan en torno de las cabañas. Algunos zorros asustan al viajero con sus tristes aullidos. Los gatos salvajes y otros animales de la especie de los hurones persiguen á la caza menuda; las ardillas saltan de rama en rama, grandes loros grises vuelan desde la cima de los árboles lanzando su áspero grito, mientras que abajo, entre las flores, se agita la brillante multitud de pajarillos y de mariposas. Lejos de las regiones cultivadas, principalmente en el Usui, sobre las fronteras del Karagüé y en el Uganda septentrional, donde los árboles foresta-

les son reemplazados por las palmeras silvestres y los helechos por gramíneas, los antílopes de numerosas especies, los rinocerontes, los elefantes y las cebras recorren la comarca. Los búfalos pueblan las cercanías de los pantanos y los jabalíes habitan entre la maleza. Muchas clases de monos abundan en las selvas de la meseta, entre ellos el *colúbus guereza*, de magnífica cabellera blanca y negra. El mismo chimpancé pertenece á la fauna del país. El león es muy raro en las mesetas del Africa ecuatorial, y sin embargo, su poderoso rugido se deja oír algunas veces, atemorizando á los demás animales. Los avestruces viven en las llanuras abiertas, é innumerables familias de pintadas ó gallinas de Guinea se guarecen bajo las breñas. Buitres pequeños limpian la comarca de los cadáveres que en ella dejan las ejecuciones ó los combates de las tribus.

II

Costumbres de las tribus.—Reino de Uganda.

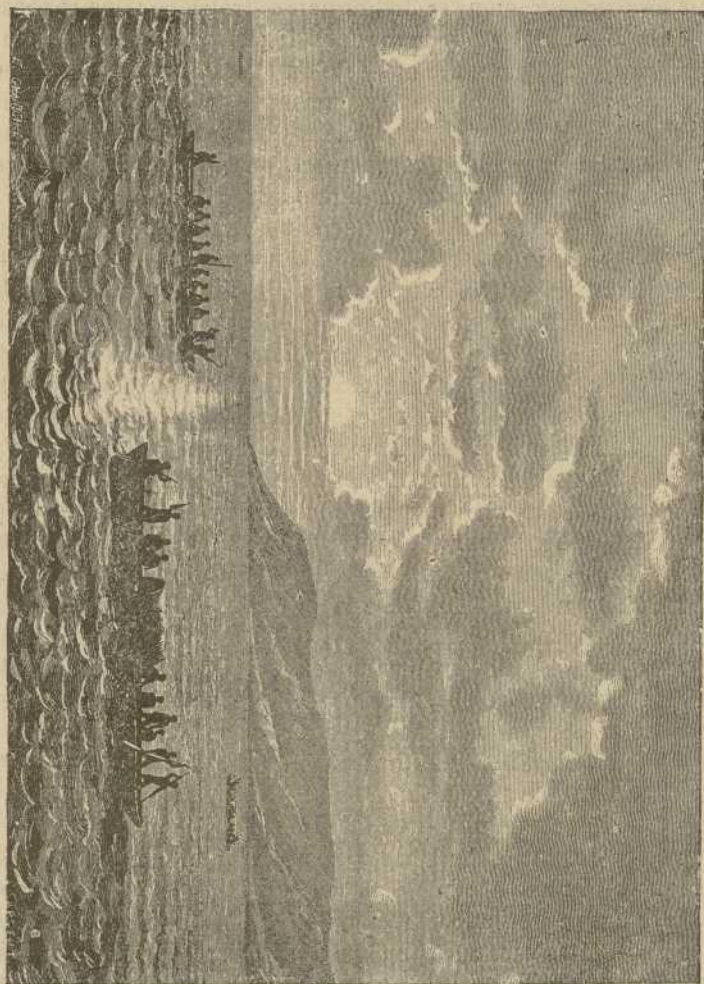
Algunas partes de esta región del alto Nilo figuran entre las más populosas del Africa. Es probable que la población se eleve á 10 ó 12 millones de almas en la parte de la vertiente mediterránea situada en derredor de los lagos Ñansa y Mvután-Nsigué.

Los ribereños del Ñansa pertenecen al tronco de los bantu, hombres notables por sus dialectos armoniosos y fluídos. Tan sólo al Oriente del Ñansa viven acaso tribus que hablan idiomas de la misma procedencia que el de los Nuba en el Kordofán. Entre las tribus ribereñas las hay que no han estado todavía en relaciones con los viajeros europeos y se las ha clasificado provisionalmente entre los bantu, esperando testimonios positivos que no pueden tardar mucho, porque los misioneros de las diversas sectas comienzan á ser numerosos en las orillas del Ñansa.

Una parte del grupo de tribus conocidas con el nombre de Ñamezí se ha establecido en la región accidentada que se extiende al Sur del golfo de Speke, el más vasto del Ñansa. Ningún Estado considerable se ha constituido en esta comarca, que riegan el Ximiyu y otros tributarios. La población, designada en su conjunto con el nombre de Sukuma, se divide en un gran número de pequeñas tribus de origen bantu, pero

muy modificadas por los cruzamientos con esclavos de todas procedencias, y cambiando de asiento frecuentemente para escapar á los ataques de los ladrones ó *ruga-ruga*. La mayoría de las tribus del Usukuma, aunque unidas por una especie de confederación, se distinguen entre sí por los rasgos del picado de su piel y por la manera de tener afilados los dientes. Su principal ornamento consiste en el alambre que se ciñen alrededor de los brazos, de las piernas ó del cuello y que hace sumamente difícil todo movimiento brusco. Hombres y mujeres se colocan también campanillas en las piernas para acompañar sus discursos con un sonido argentino. Los jefes de tribu sólo disponen de un poder muy limitado. Los ancianos, depositarios de la tradición, deben ser consultados en toda circunstancia grave. Sin embargo, los impuestos que cobran los reyezuelos, y que hacen de ellos los grandes propietarios del país, les permiten conducirse como déspotas irresponsables. Cuando los habitantes fabrican su *pombé* ó cerveza, el rey se embriaga y bebe á discreción. Si los cazadores han matado un elefante, el rey recibe los mejores pedazos y se apodera de los colmillos. Todas las pieles de león, de leopardo ó de cebra le pertenecen por adelantado. El tratante que pasa por allí debe mostrar sus mercancías al rey, y éste percibe un derecho de paso que fija á su capricho. En fin, cuando un infeliz ha sido quemado ó saeteado por causa de brujería, toda su herencia va á parar al jefe de la tribu. Aunque las mujeres son por lo general poco respetadas en el país, una aldea populosa, la de Uama, está gobernada por una reina. Los magos disfrutan de una gran influencia, y aquéllos cuyas profecías se han realizado, disponen del ilimitado poderío de la infabilidad. Su instrumento de adivinación es un cuerno de vaca ó de antilope, que llenan de un polvo mágico y que, plantado en el suelo delante de una aldea, basta para alejar al enemigo. Cuando se prepara una batalla, el mago desuella á un niño cuyo cadáver ensangrentado coloca en el *camino de la guerra*, y los combatientes pasan sobre él para dirigirse á la victoria. La llegada de los misioneros europeos ha inferido grave daño al poder de los magos, porque se mira á aquéllos como *hombres de medicina* y sus filtros son considerados más poderosos que los de los negros. En la orilla meridional del Ñansa, el puerto más visitado ha sido el de la aldea de Kaguei, donde fueron botadas las primeras chalupas de construcción inglesa, la *Lady Alice*, de Stanley, y después las *Daisy* y *Eleonor*. En-

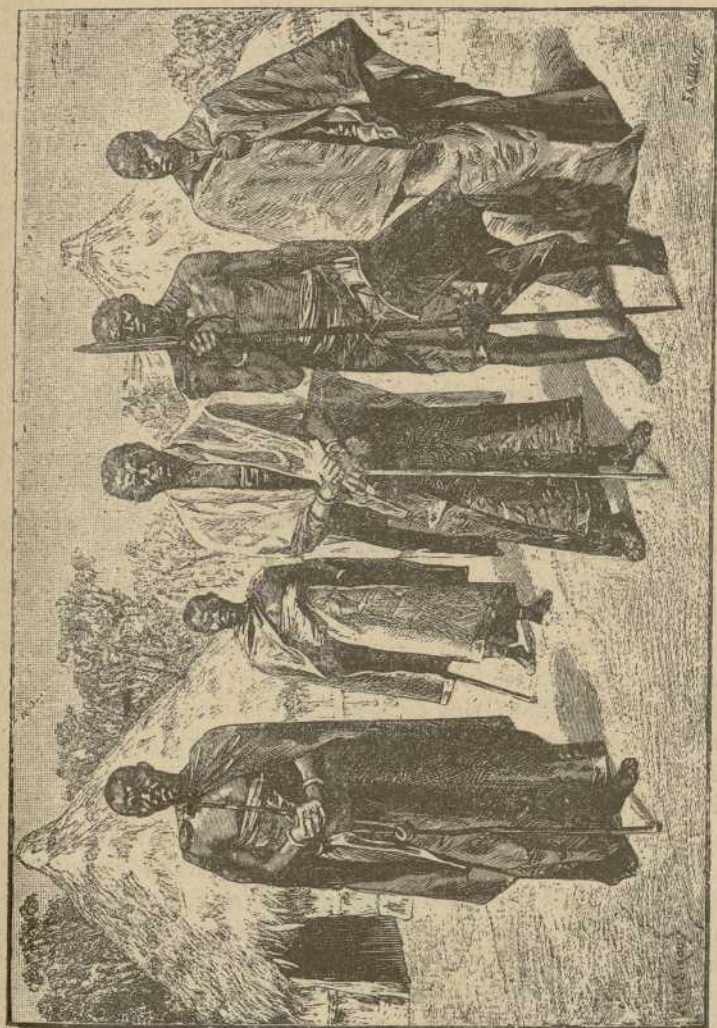
frente, la vista del lago está oculta por las montañas de la isla Kerevé, cuyo nombre se da á menudo á todo el mar interior. Cubierta casi por completo de bosques, esta isla constitu-



El lago Nyanza. (Dibujo de Grandstire.)

ye un Estado diferente, que tiene por capital á Bukindo, situada cerca de su extremo oriental, á orillas de una caleta perfectamente abrigada de los vientos por algunos islotes. En el centro de la población, una empalizada, compuesta de troncos de árboles enteros, circunda la gran cabaña real, las del

harem, los graneros y el cobertizo donde se colocan los tambores de guerra. Fuera de este primer recinto está el tribunal de justicia donde el rey, sentado sobre un trono ornado de dientes,



Tipos de Uganda. (Dibujo de A. S. S. S.)

de garras y de cuernos, juzga las cuestiones entre sus vasallos. A lo largo de las sinuosas calles se extienden las barracas del pueblo bajo, todas rodeadas de un huerto donde se cultivan el tabaco, cereales y diversas legumbres importadas de la

costa por los árabes. Una segunda empalizada, menos sólida que la del palacio real, circunda toda la aldea.

El país de Zinza costea la parte Sudoeste del Ñansa. Esta es una región poco explorada por los viajeros europeos. Los ua-zinza ó gentes del Zinza están divididos en muchas tribus gobernadas por jefes y magos que viven en perpetuo recelo. En algunos distritos apenas se atreven á salir de sus aldeas, temiendo ver aparecer súbitamente los bandidos de la tribu de los ua-tuta, que se dice son bantu del Africa meridional. Acaso son zulús venidos á la cuenca del Tanganyka, robando y asesinando como una horda de bestias feroces. Las tribus Zinza, que habitan las colinas de asperón, al Norte de la comarca, y que pueden temer menos las excursiones enemigas, están compuestas de gentes más vigorosas y más valientes que los zinza de la llanura. Se visten con un zagalejo de piel de búfalo curtida y se frotan el cuerpo con manteca rancia, rodeándose la parte inferior de las piernas con brazaletes de cobre superpuestos ó con pedazos de latón arrollado.

En estas comarcas, el poder pertenece á familias de los huma, raza de pastores que tiene sus representantes en todas las altas mesetas en derredor del Ñansa. Según Speke y Grant son gallas que vinieron como conquistadores de las montañas de Etiopía. Se distinguen de sus sedentarios vecinos por una estatura más alta y mayor regularidad de facciones. Su rostro presenta un hermoso óvalo, su nariz es recta y bien dibujada y sus labios no tienen jamás esa hinchazón que se consideraba antes como característica de todas las razas negras. Sobre todo las mujeres huma tienen el bello tipo etiope, y los jefes de otras tribus las compran gustosos para hacer de ellas sus esposas. Mientras que las diversas razas del país modifican gradualmente su tipo por estos cruzamientos, los huma conservan su pureza originaria, absteniéndose de toda mezcla con las gentes de la comarca. Casi todos son pastores, viven fuera de las aldeas en los juncuales y los viajeros rara vez encuentran á estos nómadas. Aunque hayan dado reyes á la mayoría de las tribus de las mesetas, son considerados como bárbaros por los cultivadores negros. Pero en medio de todas estas poblaciones esclavizadas, que se enorgullecen con sus cultivos y sus artes, los huma tienen una superioridad, la que les da su existencia libre é independiente. No toleran amos entre ellos, y los que no han sabido defender su libertad dejan de ser considerados como pertenecientes á la nación. Las mujeres huma, cuando han sido cap-

turadas y reducidas á la esclavitud, son quemadas por sus compatriotas si vuelven á caer en sus manos.

El reino de Karagüé ocupa, al Oeste del Nansa, el espacio de unos 15.000 kilómetros cuadrados, limitado al Sur por el país de los zinza, al Oeste y al Norte por el Tangure, río al que la abundancia de sus aguas designa como el alto Nilo. El Karagüé es una de las más bellas comarcas del Africa central. Sus colinas están tapizadas de vegetación y sus valles son fértiles, murmurando en ellos las aguas corrientes. Toda la comarca, que se asemeja á un parque, podría fácilmente ser convertida en una inmensa huerta. Entre los montes existen muchísimos lagos.

Los habitantes del Karagüé están bastante diseminados. Unicamente algunos distritos, entre otros el de la capital, no lejos del lago Windermere, tienen una población densa. La parte principal de la nación se compone de ua-ñambos, que hablan un dialecto bantu, el zongora; pero entre ellos, como entre sus vecinos, el poder pertenece á los huma, que no consienten á sus hijas casarse con negros de casta inferior. La vida de los huma se considera sagrada. La pena capital no se ha pronunciado jamás contra ellos por asesinato ni por ninguna otra causa, castigándose exclusivamente los crímenes y delitos con multas. Sabido es que en muchas regiones del Africa las mujeres de los jefes se engordan sistemáticamente, hasta el punto de no poder ni aun alzarse del suelo. La obesidad de la esposa es considerada como un mérito superior, sin duda porque prueba la riqueza de los personajes que pueden alimentar así á sus mujeres y dispensarlas del trabajo. Por una razón análoga, gran número de jefes del Karagüé dejan crecer sus uñas, como los mandarines annamitas, para demostrar orgullosamente que no necesitan servirse de sus manos y que los esclavos labran la tierra y cosechan para ellos. En ningún país africano son tan rigurosos como en el Karagüé para dar á las princesas la enormidad de formas que exige la costumbre. En las barras transversales, colocadas en las cabañas cónicas de los jefes, están suspendidas hileras de ollas de leche, y las mujeres, sentadas en bancos de tierra cubiertos con hierba, sólo necesitan alargar la mano para coger el nutritivo alimento. Cuando las jóvenes no comprenden todavía cuál es su deber y se resisten á dejarse cebar, el padre emplea el palo para que entren en razón. Hay circunstancias en que la costumbre pide á esas criaturas un sacrificio mayor aún: el de la vida. Cuando muere un sobe-

rano, el pueblo construye un palacio mortuorio que guarda el cadáver y allí se encieran cinco muchachas y 50 vacas destinadas á morir de inanición para acompañar al rey en su gran viaje al país de los espíritus.

Uarahanye, la capital del Karagüé, tiene una posición admirable. Está situada á más de 1.300 metros de altitud sobre el pequeño lago Rueru, dominado por una escarpada colina donde está la tumba de los reyes. Más allá se descubre el valle del Nilo-Tangure, vasta selva de papiros, en la cual brillan á trechos sus ondas argentinas, y á lo lejos se suceden cordilleras paralelas, dominadas en el extenso horizonte por los tres conos azulados del Mfumbiro. El Karagüé está en el círculo de atracción de Zanzíbar. No lejos de Uarahanye, en la base oriental de una cresta intermedia, los tratantes árabes han establecido la factoría de Kafuro, donde se cambian telas, sal y objetos de origen europeo por marfil, café y otros productos del país. Los elefantes, cazados por cuenta de los mercaderes, han llegado á ser escasos; pero los rinocerontes son todavía muy numerosos. Algunos de estos enormes mamíferos pertenecen á una variedad blanca ó más bien gris. Al Oeste y al Norte del Karagüé, los grandes animales de la fauna africana no han sido todavía perseguidos en sus guaridas por los árabes ni por los europeos, porque hasta el presente esas comarcas han permanecido fuera de los itinerarios de los exploradores. Defendidas por macizos de montañas, que forman una especie de ciudadela, las poblaciones de este país han conservado una independencia casi republicana.

El Ruanda, que se extiende inmediatamente al Oeste del Tangure y que penetra á lo lejos hasta la vertiente septentrional del lago Tanganyka, es probablemente el Estado más poderoso de esta región, inexplorada todavía. Según los árabes, que han tratado en vano de ser acogidos en él y que fueron expulsados, «porque llevaban consigo la sequía y el hambre», existen allí grandes aldeas y el país es rico en minería y en aguas termales. Al Sur del Mfumbiro, todas las pendientes están cubiertas por una inmensa selva donde abundan las maderas preciosas. Al Norte, el Mpororo y el Usagara, llamados también Ankori ó Nkolé, deben ser igualmente comarcas productivas en artículos valiosos. En este país misterioso, que Stanley visitó, es donde existen los pigmeos, raza de malignos enanos, más temibles que si fuesen gigantes por su astucia y sus flechas envenenadas. El rey de Uganda envió una ex-

pedición contra estos enanos; pero el frío impidió á sus soldados penetrar en los altos valles. Parece ser que también allí pertenece el poder á los huma, y que estos conquistadores del Este llegaron hasta la cumbre divisoria entre la cuenca del Nilo y la del Congo.

El reino de Uganda, el mejor conocido de los Estados de la meseta en la cuenca nilótica, parece ser también el más populoso, y aquel cuyo poder se teme más. Su forma es la de una media luna, desarrollándose al Oeste y al Norte de Ñansa. Comprende el Koki, el Udu, Uddú ó Buddú y otros Estados hasta la boca del Nilo-Tangure. Al Este traspasa el Nilo-Kivira, habiéndose anexionado poco á poco el país de Usoga y el de Akola. En lo interior de las tierras, sus indecisos límites se pierden en los juncales inhabitados, y en estos últimos tiempos se ha arrogado la soberanía del Karagüé y del Usui. Puede evaluarse la superficie total del país de Uganda en 50.000 kilómetros cuadrados; pero con sus dependencias comprende unos 175.000. Las evaluaciones de Stanley, basadas sobre el número de hombres armados, hacían ascender el conjunto de la nación á 2.775.000 individuos. Los misioneros ingleses creen que la población de Uganda se eleva á 5 millones, siendo la densidad de los habitantes de un centenar de personas por kilómetro cuadrado. Según los viajeros ingleses, las causas de la desproporción extraordinaria entre los hombres y las mujeres que se nota en Uganda, siendo éstas tres veces superiores en número á aquéllos, obedece á razones políticas. La guerra es la principal causa de esta desproporción con los peligros de las batallas y las matanzas de los prisioneros. Cuando se realiza una expedición triunfante, los guerreros de Uganda matan los hombres y se apoderan de todas las mujeres, que se reparten en seguida entre los vencedores.

En el país de Uganda, como en casi todos los demás Estados de la meseta, el poder pertenece á la raza de los ua-huma, pero la mayoría de los habitantes, los ua-ganda, han dado su nombre al reino. Son éstos verdaderos negros, de cabellos cortos y rizosos. Su estatura excede á la mediana y su vigor es poco común. Las mujeres se distinguen por la pequeñez de sus manos y pies. Los ua-ñambo, que proceden del Karagüé y de las provincias limítrofes, dedicándose en su mayor parte al pastoreo, son de apariencia más débil que los indígenas. En cuanto á los ua-soga, inmigrantes de las comarcas situadas al Oriente del Nilo-Kivira, igualan á los ua-ganda en estatura y

en fuerza, siendo su piel de matiz aún más oscuro. Entre estas diversas naciones, los albinos son bastante numerosos, aunque se les muestra como cosa curiosa en las casas de los grandes personajes. La costumbre general en las tribus africanas de picarse el rostro, de estirarse el lóbulo de la oreja ó de afilarse los dientes en punta, no se ha practicado jamás en este país. Toda mutilación voluntaria está prohibida bajo pena de muerte. Los ua-ganda, habitantes de las tierras elevadas, no se untan el cuerpo con grasa, como la mayoría de los africanos. Lejos de esto, son muy limpios y se lavan frecuentemente. La enfermedad más temida en Uganda es la viruela, importada probablemente de la costa oriental.

El principal alimento de los habitantes de Uganda es el fruto del banano, del que poseen muchas variedades y que preparan de diversas maneras, hasta para fabricar harina y extraer de la planta una bebida fermentada. Las batatas, las judías, diversas especies de calabazas, el maíz, el mijo, el arroz y las legumbres, introducidas por los árabes, figuran igualmente en el número de sus plantas alimenticias. El cafeto ó árbol del café se cultiva también, pero sólo da pequeñas bayas de que los ua-ganda no hacen infusiones y que se limitan á mascar. Comen carne rarísima vez, porque el ganado, consistente en vacas delgadas y de escasa leche, en cabras y ovejas de gruesa cola, pertenece á los pastores huma, que no lo venden. En las orillas del lago y en las islas, la población, en gran parte ictiófaga, encuentra alimento en abundancia, gracias á la multitud de pescados que hay en el Nansa. Además, son pocos los animalillos que dejen de comer los ua-ganda, los cuales saborean sin repugnancia las hormigas y la langosta ó saltamontes, cazando con el mismo objeto enjambres de moscardones por medio de redes agitadas rápidamente.

El tipo de las casas es casi siempre el de la colmena. Su cubierta se compone de un doble hemisferio ó cúpula de ramas, sostenido por postes y revestido de gruesas capas herbáceas. Entre las dos techumbres, el aire circula libremente desembarazando la cabaña de todo mal olor. Una banqueta de tierra apisonada, con inclinación hacia fuera, rodea á la cabaña para que el agua corra por su contorno durante la estación de las lluvias. Muchas casas tienen un pórtico bajo, por el cual se penetra arrastrándose. Esta circunstancia, así como la costumbre de posternarse delante de sus superiores, son las causas de los pliegues que la mayoría de los indígenas tienen en la piel

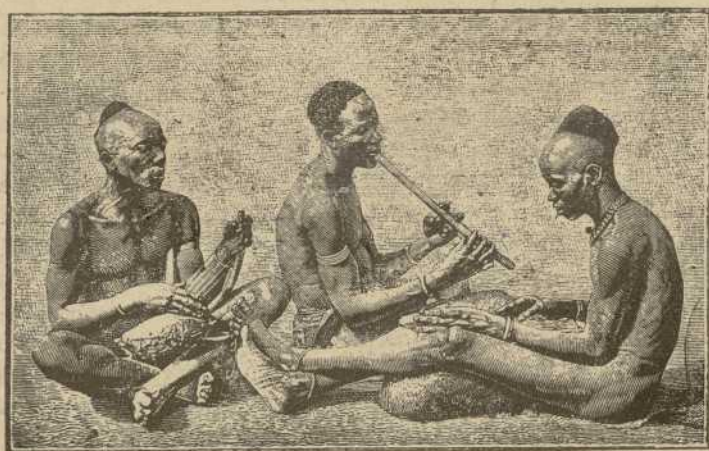
de las rodillas y que revisten á veces la forma de verdaderas bolsas. En el interior de las cabañas el suelo está cubierto de hierbas finas, cuyas gavillas se disponen en figuras geométricas. El aspecto general de la nave interior es agradable mientras las paredes no se ennegrecen á causa de la falta de aberturas.

El traje nacional cambia también bajo la influencia de las modas extranjeras. Los ua-ñoro y los ua-ganda son los únicos, entre los habitantes del Africa central, que se visten de pies á cabeza, siendo condenados á muerte los hombres ó mujeres que se encuentran fuera de su casa insuficientemente vestidos. Hace poco, el traje nacional era el *mbugu*, túnica hecha con la corteza que produce una especie de higuera y que se golpea largo tiempo para hacerla flexible. Sobre el *mbugu* llevan los jefes un vestido de piel, ya la de un buey, ya hecho con veinte ó treinta pieles del pequeño antílope llamado utalaganya, que no es mayor que una liebre y cuyo pelo oscuro es de notable belleza. Los trajes árabes van dominando poco á poco. Hasta los indígenas más pobres se compran jaiques, camisas, cinturones y caftanes; los jefes adornan sus cabezas con ricos turbantes ó usan el fez egipcio. Las medias y las babuchas reemplazan á las groseras sandalias de piel de búfalo. Otro tanto pasa con las armas. Zanzíbar les expide fusiles y los guerreros arrojan las flechas y los arcos en un rincón de su cabaña para no volver á servirse de ellos.

La poligamia es mucho más general entre los ua-ganda que entre los mahometanos de Europa y de Asia. Los jefes no conocen límite para el número de sus mujeres, que son sus sirvientes al propio tiempo. El rey Mtesa no contaba menos de 7.000 esposas, adquiridas cada una á cambio de un animal cualquiera, de seis agujas ó de una caja de cápsulas. Los jefes imitaban á su soberano, adjudicándose cada uno todo un ejército de mujeres, y el vasallo más humilde tiene su harem. Los dignatarios de la comarca se reservan una parte tan grande de la población femenina, que, á pesar de la gran superioridad numérica de las hembras, no hay bastantes para todos, viéndose frecuentemente aldeanos cuyas escasas cosechas no han bastado nunca para la adquisición de una mujer. Ninguna ley prohíbe el matrimonio por causa del próximo parentesco: por el contrario, á la muerte del padre el hijo primogénito hereda todas las esposas, á excepción de su madre, y á veces las comparte con otros miembros de la familia. Durante el período de

la lactancia, que dura dos años, las mujeres viven alejadas de sus maridos. El rey y los jefes poseen para estas nodrizas casas de campo esparcidas por toda la superficie del reino.

Los trabajos domésticos son encomendados casi todos á las mujeres y á los esclavos; el hombre libre no puede permitirse otra faena que la construcción de su morada. Ha nacido soldado y debe reservar sus manos para el manejo de las armas. Los ua-ganda tienen, naturalmente, todos los vicios que engendra semejante estado de cosas. Son embusteros, perezosos y ladrones, y los que poseen mujeres y esclavos, que trabajan en



Musicos de Uganda. (Dibujo de Ronjat.)

su lugar, dedican su tiempo al juego y al aguardiente. Lo que más sorprende al extranjero en el Uganda es el desprecio de la vida. Matar á un hombre es una bagatela de la que nadie se preocupa. Un paje de la corte va á probar un fusil; apunta al primero que pasa, lo mata, y se queda encantado de su habilidad y de la excelencia de su arma. Otro se queja al rey de su continua servidumbre y manifiesta su deseo de ascender á jefe de la familia. El rey le dice: «¡Pues bien, mata á tu padre!» y el hijo se apresura á poner en ejecución la idea, á fin de heredar mujeres y esclavos, que le permitan vivir á su vez cruzado de brazos. Y sin embargo, no puede decirse que los ua-ganda sean malos, pues más bien son inclinados á la benevolencia. En general tratan con gran dulzura á sus esclavos y acogen perfectamente al extranjero. El Uganda es el único país de Africa

donde la vida del huésped ha sido siempre escrupulosamente respetada. Cuando estalla la guerra, todos los extranjeros son internados en una aldea y puestos bajo la vigilancia de un jefe responsable de su seguridad, que les proporciona víveres y abrigo. Si se alejan del lugar fijado para su residencia, el jefe ya no responde de ellos. Habilísimos para forjar el hierro, los ua-ganda imitan perfectamente los objetos europeos, y sobre todo transforman los fusiles de chispa en armas de percusión. Aprenden sin violencia los idiomas extranjeros, y el sauaheli, el lenguaje de «las costas», el más útil del Africa oriental, se habla ya corrientemente en la capital y en los sitios de mercado. Cierta número de jefes habla y escribe también el árabe. Niños y adultos dominan en algunos días las dificultades del alfabeto latino, que los misioneros ingleses han introducido por ser más fácil que el de la lengua árabe, en la cual tan pocas veces el sonido corresponde al signo.

Hasta el presente, las religiones extranjeras no han penetrado casi en este país. El islamismo, que hace tantos progresos al Norte y al Sur de las mesetas, parece que debería dominar en el Uganda, pero la práctica de la circuncisión choca contra la ley explícita del país, que, aunque permite el asesinato, prohíbe toda mutilación. Un centenar de jóvenes que se habían dejado circuncidar, fueron quemados por orden del rey. Sin embargo, los extranjeros musulmanes han logrado permiso para edificar una mezquita. Los misioneros católicos y protestantes sólo han hecho corto número de prosélitos, aunque unos y otros esperaron igualmente dar un gran paso convirtiendo al rey Mtesa, bautizado de antemano con el nombre de *Constantino negro*. Por otra parte, los ua-ganda no tienen ídolos ó dioses fetiches propiamente dichos. Creen en un creador universal, «el Katonda», pero no le rinden adoración, juzgándole demasiado alto para que se digne escuchar sus oraciones, y se limitan á invocar los *lubari*, genios favorables ó demonios temidos, que viven en el lago, en los ríos, en los árboles ó en los peñascos de las montañas. Mukusa, el dios del Nansa, se encarna á veces en un mago ó en una maga, de los cuales toma la voz para anunciar la sequía ó la lluvia, la guerra ó la paz, los desastres ó los triunfos. Otros dios temido, el que desencadena el azote de la viruela, parece ser el alma de un antiguo rey y reside en la cumbre del Gambaragara, sobre la región de las nubes. Todos los reyes tienen su apoteosis, y convertidos en semidioses, gobiernan todavía su pueblo y matan ó perdonan,

como hacían antes de su muerte. El dios lanzador de rayos figura entre los más venerados, y el sitio donde se ha visto chocar el relámpago es tenido por lugar sagrado, elevándose allí un arco por debajo del cual no tiene derecho á pasar ningún extranjero. Otras veces se levanta una casa, considerada como una especie de templo, pero no puede ser reedificada cuando cae en ruinas, porque suponen que el suelo la ha devuelto á la tierra. Contra todos los peligros que le cercan, procedentes de los genios malignos y de las potencias del aire, el habitante de Uganda se preserva por medio de amuletos de madera, de cuerno ó de piedra, ó con trozos de telas que le fabrican los mandua ú «hombres de medicina». Parece que estos magos poseen una influencia legítima, debida á su ciencia en el tratamiento de las enfermedades por las substancias más sencillas y las raíces.

El único comercio que tiene importancia en el Uganda está completamente en manos de los árabes y de los mestizos de Zanzíbar. Llevan fusiles, municiones de guerra, telas, objetos de vidrio y manufacturas europeas, y toman en cambio marfil y los esclavos, principal artículo de mercancía en el Africa central. Un millón de negros, por lo menos, son vendidos anualmente á los árabes de este modo. Internándose más y más los elefantes perseguidos en los juncuales, lejos de toda habitación humana, los ua-ganda no tienen otro medio para pagar sus adquisiciones que el de entregar cada año mayor número de esclavos á los mercaderes de carne humana, y la población sierva disminuye visiblemente en el país.

III

Poblaciones de Uganda.

Las conquistas egipcias modernas, en la época de su mayor extensión, no llegaron nunca á las fronteras del Uganda. Los oficiales del Kedive sólo han penetrado en el país con el título de embajadores. El reino nada ha cambiado en su antiguo régimen feudal desde que se encuentra en relaciones de comercio con los árabes y los europeos. En principio, el rey es el dueño absoluto de la tierra y de los hombres, y en las materias de poca importancia, tales como la vida de sus mujeres ó de los ua-kopi, súbditos de la clase agrícola, es libre para obrar á su

antojo. El rey Mtesa, es decir, «el que hace temblar», según una de las interpretaciones de esta palabra, era digno de su nombre. Una escolta de verdugos, todos con la cabeza ceñida por cuerdas, estaba siempre á sus órdenes y no daba un paso sino acompañado de tan repugnante séquito. Pero en los negocios de Estado no es el rey el dueño absoluto. Los tres ua-kungu, jefes superiores hereditarios, tienen intervención en su poder. El principal funcionario, el katekiro, especie de ministro, alcaide del palacio y gobernador de Ubdú, es de nombramiento del rey y puede ser escogido hasta entre los campesinos. Tiene asiento con el monarca y los tres ua-kungu en el Consejo privado, y preside, en ausencia del rey, la Asamblea gobernante ó Luchico, compuesta de todos los grandes personajes del país, jefes y oficiales. El cocinero-jefe y otros dignatarios del palacio tienen también voto en este Consejo. A la muerte del rey, el derecho de nombramiento pertenece á los tres ua-kungu principales, que escogen uno de los hijos, aprisionan á sus hermanos durante todo el período de la menor edad, y después los queman, á excepción de dos ó tres que se guardan para perpetuar la raza en caso de que el nuevo rey muera sin sucesión. Si los tres jefes superiores no se ponen de acuerdo para la elección del monarca, la guerra decide entre ellos y el vencedor pone en el trono á su candidato. Para sus batallas, los ua-kungu no carecen nunca de soldados. Todos los hombres útiles, de 500.000 á 600.000 individuos, ejercitados en el manejo de las armas, deben acudir á la primera llamada de sus jefes. La guardia real se compone en parte de gentes del Sudán oriental y del Dóngola, desertores del ejército egipcio. Muchos centenares de canoas constituyen la flota en el gran lago.

La capital varía según el antojo del rey. En 1862, cuando la visita de Speke y de Grant, la residencia era Banda, y en el presente no quedan de Banda más que caseríos esparcidos, en medio de ruinas que pronto habrá nivelado el tiempo por completo. Rubaga, la más importante ahora de las capitales, está situada sobre una colina que rodean varios arroyos, los cuales son la fuente principal del río Muerango, tributario del Nilo por el Kafu. La gran casa real, visible desde lejos por su cubierta elevada y su empavesado mástil, se levanta en la cumbre del monte, cercada de jardines, por encima de los cuales aparecen los techos cónicos de las cabañas habitadas por las esposas del rey y los funcionarios. Al Norte, otra colina es asiento de una segunda residencia real y de la aldea de Nabu-

lagala, la Ullagalla de Stanley. Aquí está el almacén de los mercaderes árabes, de donde parte el camino de las caravanas hacia Mruli, mercado principal del Nilo-Kivira. Los dos puertos más frecuentados del Uganda, en las costas del gran lago, son Usavara, en la margen de la bahía Múrchison, y Ntebi, á orillas del golfo que limita al Sur el archipiélago de Sesse.

IV

Reinos de Kavirondo y de Uñoro.

Al Este del Ñansa, el Estado más poderoso es el de Kavirondo, que ejerce una especie de soberanía sobre todas las poblaciones del litoral, entre la isla de Ukerevé, al Sudeste, y el país de Elgumi, al Nordeste del gran lago. Los dos reinos de Uganda y de Kavirondo están apenas separados por la zona que habitan los ua-soga. El Kavirondo, propiamente dicho, situado hacia el centro de la costa oriental del lago, se extiende al Nordeste. Es una llanura herbosa, en medio de la cual se alzan algunas colinas aisladas. Aunque las lluvias caen con abundancia en la región, sólo se ven muy raros grupos de árboles, y es preciso, como en las estepas de Siria y en Egipto, conservar cuidadosamente el excremento del ganado vacuno para alimento del fuego. Numerosos ríos serpentean por la llanura.

Los habitantes de Kavirondo tienen el tipo nigrício. Los hombres son altos y robustos, su piel es casi negra, la nariz aplastada, los labios abultados. Las mujeres se taracean el pecho y la espalda, mientras los hombres rara vez tratan de embellecerse de este modo. Como tantas otras tribus africanas, no conservan sus dientes en el estado natural y se arrancan los dos incisivos del centro en la mandíbula inferior. Andan desnudos ó sin otro vestido que un taparrabo, al cual agregan las mujeres un colgante de corteza en la parte posterior, adorno que explica las fábulas admitidas por los árabes, durante tanto tiempo, de poblaciones africanas intermedias entre el mono y el hombre. Este es el único adorno de las mujeres de Kavirondo, que se untan el cuerpo de grasa mezclada con orina de vaca, ingrediente de que se sirven también para fregar la vajilla, preparar sus remedios y aun los alimentos. La orina y las cenizas de hierbas, ricas en potasa, reemplazan á la sal, que no

se encuentra en este país. Los habitantes de Kavirondo no se creen deshonrados por el trabajo como los de Uganda. No dejan exclusivamente á las mujeres el cultivo de la tierra y labran, siembran y cosechan en su compañía. Dedicánse también á la caza, á la pesca, á la cría de aves domésticas, en la cual son muy hábiles, y aventuran en el Ñansa barcos de vela más sólidos que las canoas de los ua-ganda. Sumamente laboriosos, son también muy pacíficos. Sin embargo, se defienden valerosamente contra cualquier ataque, y las empalizadas de que rodean sus habitaciones inspiran respeto á los nómadas del interior. Los ua-kavirondo tienen su rey; pero este personaje no es un amo que dispone de la vida de sus vasallos. El país es más bien una confederación de aldeas republicanas que un reino feudal como el Uganda. Los nandi ó ua-nanda, que pueblan los valles de las montañas de Nanda, al Nordeste del Kavirondo, son, según parece, de terrible ferocidad y todos los mercaderes extranjeros evitan el paso por cerca de sus guaridas. Se los cree *cubiertos de cuchillos*, que llevan en los brazos, en los muslos, en el cuerpo y en la cintura.

Las aldeas de los ua-kavirondo son bastante populosas para merecer el nombre de villas. La mayor es Kabondo, situada en la frontera oriental del país. A cuatro horas de camino al Noroeste, en Ñaua, se alza la residencia del rey. Después, próximamente á igual distancia y en la misma dirección, frente á las montañas de Nanda, que se elevan al Norte, y más cerca del lago, está la villa de Sendegue, almacén de los mercaderes musulmanes de Zanzibar. Las caravanas, que caminan lentamente, y apenas adelantan de 12 á 15 kilómetros por día, emplean dos meses enteros en hacer el viaje. Más venturosos que en el Uganda, los misioneros del Islam reclaman el Kavirondo como su conquista y, por lo menos, la mayoría de sus habitantes están sometidos á la circuncisión.

Al Norte del Uganda, la mayor parte del territorio peninsular comprendido entre Mvután-Nsigué y el Nilo-Kivira pertenece á la nación de los ua-ñoro. Antiguamente toda la comarca que se extiende entre los dos lagos nilóticos constituía el vasto reino de Kituara, gobernado por una dinastía de conquistadores huma. Este Imperio se ha dividido en varios Estados, de los cuales el Uganda es el más poderoso; pero el monarca del país de Uñoro conserva todavía sobre sus vecinos una especie de soberanía virtual, y lleva siempre oficialmente el título de rey del Kituara. Sin embargo, el Uñoro no puede compa-

rarse al Uganda por la superficie del territorio cultivable, por el número de los habitantes, ni por la cohesión política. A pesar de las fronteras naturales indicadas por las orillas del Nilo y del lago, sus límites han llegado á hacerse indicisos por las incursiones de las tribus hostiles. Zonas inhabitadas separan al Uñoro del Uganda; pero en ellas se encuentra una región de gran importancia comercial que pertenece á la vez á los dos reinos como punto de paso, y que las caravanas no pueden franquear sin una fuerte escolta, escogiendo de ordinario la noche para sus etapas. Esta región disputada es la zona de terreno comprendida entre los pantanos del Ergugu y el brusco recodo del Nilo en Mruli. Los uaganda deben forzosamente pasar por allí para ir de Rubaga al Sudán, y los uañoro del Oeste no pueden tampoco escoger otro camino para visitar las aldeas que tienen al Oriente del Nilo. La guerra es permanente en el Uñoro, y divide á éste en varias jefaturas, que aumentan ó disminuyen en extensión, según las alternativas de los combates. Es costumbre que después de la muerte del soberano sus parientes más próximos se disputen la sucesión. El cadáver no se entierra hasta después de la victoria de uno de los competidores; pero éste se apresura demasiado muchas veces á celebrar su triunfo, y la guerra se prolonga durante generaciones entre hermanos y primos. Actualmente el Uñoro se divide en varios reinos enemigos, entre los *nsigúé* ó lagos del Nilo.

En su conjunto, el Uñoro es una meseta accidentada que se inclina al Nordeste. Las lluvias son muy abundantes en dicha región, y muchas depresiones del suelo están ocupadas por pantanos, que es preciso atravesar con precaución á causa de los agujeros que han dejado en ellos las pesadas plantas de los elefantes. Los antílopes pululan en estas regiones. Los uañoros no tienen estatura tan elevada como sus vecinos de Uganda y son también inferiores á ellos en fuerza física y en inteligencia, pero no en industria, como herreros y alfareros. Muy limpios por lo general, no dejan jamás de lavarse las manos antes y después de sus comidas. Sin embargo, sus casas no están bien cuidadas. Construidas todas ellas con ramas de árbol plantadas en círculo, en torno de un grueso poste, é inclinados hacia la parte superior, forman un cono regular. Los indígenas no poseen otros animales que vacas, cabras y aves muy flacas. Cuando estos animales enferman, los curan con sangrías y no vacilan en emplear la sangre para su propio alimento. Los uañoro, que tienen la costumbre de vestirse, se consi-

deran como muy superiores á los pueblos desnudos del otro lado del Nilo. Sin embargo, los jóvenes no se ponen vestidos de corteza ó de piel hasta la época de la pubertad, y entonces es cuando se los trata como formando parte de la tribu y se les arrancan los cuatro incisivos inferiores para hacer constar su nueva dignidad. Dos líneas taraceadas en cada lado de la frente los distinguen de las tribus vecinas. La poligamia es universal. Hasta los más pobres tienen dos ó tres mujeres compradas, entre las más feas, pues una mujer hermosa cuesta, lo menos, cuatro vacas. De igual modo que en el Uganda, los hermanos pueden casarse con sus hermanas. Los mismos padres toman á sus hijas por esposas, y el hijo hereda todo el harem paternal, con excepción de su madre. El rey tiene el monopolio de todas las mujeres no casadas, y para él son, sobre todo, las utilidades de la prostitución que él mismo ordena. Una vez ricas por este medio, se establecen en la vecindad del palacio real, y el soberano les escoge un marido entre sus cortesanos. Sus hijos varones serán los pajes del rey y las hijas continuarán ejerciendo la *profesión materna*. Las mujeres del rey y de los jefes se considerarían deshonoradas por el trabajo, como las del Karagüé, y cifran su vanidad en pesar dos veces más que las pobres.

El islamismo ha penetrado ya en el Uñoro, pero las prácticas religiosas, dirigidas por «los hombres de medicina», son aún las de la pura magia. Por medio de amuletos, de gestos, de encantamientos y de danzas procuran ponerse bien con el Gran Mago y con el mundo de los espíritus. Las mujeres que dicen la buenaventura, pertenecientes á una casta errante, comparada con la de las gitanas de Europa, son consultadas frecuentemente. El *mal de ojo* es muy temido, sobre todo cuando la mirada funesta es la de una vieja, pues entonces envenena los manjares y la bebida. Todo enfermo se cree embrujado, y para curarse escupe tres veces á la cara de cada mujer que ve, curándose cuando da al fin con la autora de su mal. No hay encuentro con fieras, ni movimiento en el follaje, ni fenómeno del mundo natural que no tenga para ellos un sentido favorable ó adverso. El uañoro está siempre alerta, interrogando las hierbas, los pájaros y el estado del cielo. Por nada en el mundo volverá pies atrás. Si le es preciso retroceder, tomará un sendero paralelo al primero ó se abrirá otro á través de los juncos. Cuando el herrero bate el hierro, canta al mismo tiempo, á fin de que sus palabras penetren en el metal y le comuniquen su

virtud. Dos hombres se juran amistad y mezclan la sangre del uno con la del otro, mojando en ella un grano de café para nutrirse así de las virtudes del amigo. Entre estos nuevos hermanos la confianza es absoluta y jamás se falta á ella. El rey escoge sus servidores más íntimos entre los hombres unidos á él por esta fraternidad de sangre. Dicese que las danzas nocturnas, celebradas á la claridad vacilante de las antorchas ó al resplandor de las hogueras, ofrecen un espectáculo inolvidable. Los magos, cubiertos de pinturas y extravagantes adornos, que conjuran á los demonios con sus saltos, sus contorsiones y sus gritos y que tan pronto aparecen en plena luz como se esconden en la sombra, parecen seres fantásticos ó espectros nocturnos. Los uañoros tienen también una danza guerrera, que recuerda la de los zulús del Mediodía de Africa. Una y otra nación pertenecen á la misma raza y combaten de igual modo con azagayas, lanza y escudo.

La población de Masindi, situada en las orillas de un tributario del lago Mvután, era antes la residencia del rey del Uñoro; pero fué reemplazada, como capital, por Ñamoga, que está igualmente bien situada sobre el mismo río.

PAÍS DE LOS RÍOS

I

El país. — La trata de esclavos.

La región de la cuenca nilótica comprendida entre el Mvután-Nsigué y la confluencia del Bahr-el-Ghazal es completamente distinta de las comarcas vecinas por la abundancia de sus aguas, la convergencia de sus ríos, la superficie considerable de sus pantanos y la uniformidad general de su pendiente. Puede muy bien designarse el conjunto de esta región con el nombre de País de los Ríos, porque en ella, además de las corrientes meridionales, es donde se encuentran reunidos todos los afluentes occidentales del Nilo. La superficie total de este territorio tan bien regado es de unos 385 000 kilómetros en las vertientes al Nilo, y 245.000 en las del Uellé y el Congo. Su altitud media es de 800 metros. El suelo de la comarca, formado

de granito descompuesto y mezclado á los aluviones fluviales y al humus, es de notable fertilidad. Anchos espacios están cubiertos de tierra roja que descansa sobre un mineral de hierro fangoso. Estos despojos, uniéndose al limo de los ríos y á los restos de la vegetación, llegan á ser también de gran fecundidad; pero allí donde la capa ferruginosa está muy cerca de la superficie, la tierra no deja penetrar sino poquísimas raíces, y sólo se cubre de escaso musgo, aun después de las lluvias. Donde quiera que el suelo no está formado por una verdadera capa metálica, la tierra produce las cosechas en abundancia, y su vegetación espontánea comprende un gran número de especies, cuyos productos, desconocidos para los europeos hasta hace poco, serán muy útiles á la industria.

Cincuenta millones de habitantes vivirían cómodamente en esta rica comarca. En ciertos distritos que los pantanos ú otros obstáculos han defendido contra los invasores, las aldeas se tocan y las espesuras de juncos y maleza han desaparecido reemplazadas por los huertos; pero casi por todas partes se ven huellas de incursiones belicosas, de asesinatos y saqueos. Muchas regiones, antes en cultivo, se hallan hoy completamente despobladas. En ningún punto del África central ha causado más desastres la trata de negros que en estas llanuras donde se apiñaban las tribus. Hechos dueños del país con el título de oficiales egipcios, los negreros se entregaron abiertamente, durante largos años, al tráfico de carne humana. Encargados de proveer de muchachas y de eunucos los mercados de Kartum y del Cairo y de reclutar soldados para los ejércitos, los funcionarios podían cumplir con sosiego lo que llamaban pomposamente en los informes su «misión civilizadora». Las aldeas se despoblaban, y de cada *zeriba* ó depósito de los mercaderes árabes ó del Dóngola partían regularmente convoyes de desgraciados, dirigiéndose hacia el Nilo, ligados por parejas con horquillas y aros que rodeaban el cuello del esclavo é iban á atarse á la montura del caballo del dueño. Todavía se reconocen hoy las rutas que seguían los convoyes por las osamentas humanas esparcidas á lo largo de los senderos. Aun después de prohibido oficialmente el tráfico de los esclavos, no era difícil á los oficiales egipcios, cristianos ó musulmanes, elulir las órdenes que sólo les habían dado con los labios. Por medios indirectos y más crueles, porque ocasionaban mayor número de incursiones y muertes, los mercaderes de esclavos llegaban á constituir su capital humano. No atacaban por sí mismos las

aldeas, pero excitaban unas tribus contra otras. Animada al pillaje, una horda de gentes caía inopinadamente sobre un campo de enemigos, mataba á los hombres y cautivaba á las mujeres y los niños. ¿No era entonces una humanidad aparente, de parte de los tratantes, ir á librar los cautivos para asegurarles una servidumbre menos dura en las ciudades del Norte? La turba vencida se vengaba más pronto ó más tarde, y los mercaderes intervenían de nuevo para librar á los prisioneros en provecho propio. Si la guerra continuaba sin piedad abrazando toda la provincia, mediaban entre los beligerantes y ponían término al desorden cobrando rehenes de los unos y de los otros. Tal era el régimen introducido en la «era del progreso»; y no solamente se despobló el país, sino que el resto de los habitantes se envileció con el vicio y se depravó con la violencia. Tribus pacíficas se convirtieron en hordas de bandidos. Cuando un gobernador europeo, el heroico general Gordon, quiso hacer cesar tales horrores en 1878, estalló la revuelta contra el, y mientras el poder egipcio le animaba oficialmente para la resistencia, se enviaban municiones de guerra á los sublevados. Los mercaderes de esclavos contaban con la complicidad franca ó disimulada de casi todos los funcionarios egipcios.

II

Costumbres de las tribus.

Las guerras y las *ghazuat* ó expediciones de los negreros han mezclado las tribus en muchos puntos. Los antiguos límites han llegado á ser indecisos y algunos territorios han cambiado de ocupantes. De raza negra en su mayoría, hablan lenguas completamente diferentes de los idiomas *bantu*, empleados por las tribus ribereñas del Nansa. Los xuli son las primeras gentes cuyo territorio atraviesa el Nilo á su salida del Myután-Nsigué. Serían de un aspecto bastante agradable si no hubiesen adoptado, para distinguirse de las otras tribus, la costumbre de horadarse el labio superior colgando de él un trozo de cristal, un palito ó cualquier otro adorno, que se balancea cuando hablan. Además, se arrancan los cuatro incisivos superiores, lo cual contribuye á hacer su lenguaje poco claro. Se tiñen de rojo por medio del óxido de hierro, pero sin otra regla

para estas pinturas que su capricho individual. Unos presentan la cara roja y el cuerpo negro, los otros llevan rayas de ocre en el rostro, mientras el tronco ó las piernas tienen el color de la sangre; algunos se pintarrajean con rayas grises. Como en la mayor parte de las tribus salvajes, los hombres son los que se distinguen por su coquetería. Los xuli, lo mismo que sus vecinos los madi y los lango pasan gran parte de su existencia en pintarse y adornarse. Los verdaderos edificios de sus cabelleras, que cada cual eleva á su antojo, varían de forma según los gustos, pero todos se conservan con el mayor cuidado. Los hay que constan de varios pisos, mezclados con ornamentos de todas especies, hilachas de lana, hierbas en forma de guirnaldas, anillos y festones de perlas de vidrio, hasta el punto de que el portador de tal monumento apenas se atreve á mover la cabeza cuando anda. Los elegantes y ricos echan una piel de antílope sobre sus hombros; los pobres disponen, por lo menos, del despojo de una cabra, y aquéllos llevan además las manos, las piernas y la garganta cargada de collares de hierro. Bajo esta masa de metal, que comprime los músculos y las venas, no pueden moverse sino con lentitud. Para mirar á derecha ó izquierda, el xuli de buena casa necesita volver á un lado y á otro todo su cuerpo. Perlas rojas y blancas, amuletos de seda, raíces, dientes y cuernos de animales completan el traje. En comparación de los hombres, las mujeres van sencillamente vestidas. Un paño que cubre las partes vergonzosas, una larga cola como las usadas por los ñam-ñam, algunas cuentas de vidrio y pinturas, es todo lo que llevan las casadas, y las solteras van desnudas. Los xuli, los lur y los madi se distinguen de las tribus vecinas por las atenciones y cuidados que guardan con las mujeres en la vida social. Las jóvenes púberes viven aparte en las cabañas que les están reservadas y tienen el derecho de escoger el esposo antes de ser compradas á sus padres. A la mujer nunca se le pega, y ordinariamente el marido no toma ninguna decisión sin consultarla, ni recibe presente que no comparta con ella. El trabajo del campo no está impuesto á las mujeres como en Uganda y Uñoro, y sólo tienen que ocuparse de los cuidados y labores domésticas. Poseen excelente tabaco, legumbres de diversas especies, y cerca de las grandes aldeas sus campos de cereales y de sésamo ó ajonjolí, se extienden hasta donde no alcanza la vista. Entre los árboles frutales se elevan árboles fetiches ó de hechizo, cuyas ramas están cargadas de cuernos, dientes y cráneos llevados por los cazadores. Los xuli,

levantan pequeñas chozas á los genios de la tierra, y no se lanzan á ninguna empresa antes de haber consultado á los magos. Sumamente hospitalarios, acogen bien al viajero y le demuestran sus sentimientos de fraternidad, escupiéndole en la mano, ó por lo menos haciendo ademán de ello. Cuando el extranjero continúa su viaje, el que le hospedó degüella una cabra sobre el sendero que ha de seguir, á fin de conjurar todo mal encuentro. Tres días de la semana son considerados como favorables y tres como nefastos; el séptimo no es ni bueno ni malo. El viajero que no tiene en cuenta estas supersticiones locales se arrepiente muchas veces, porque sus acompañantes, decididos, confiados y bravos cuando emprenden la marcha bajo buenos auspicios, se niegan al trabajo y tiemblan al menor ruido si la Naturaleza les parece hostil.

Los madi, que viven al Norte, tienen el mismo aspecto que los xuli, igual coquetería en la disposición de su cabellera, la misma costumbre de pintarse el cuerpo, y no solamente se les asemejan en los modos de ataviarse, sino que también comparten con ellos el privilegio, poco común en este país, de respetar la libertad de las mujeres, admitiéndolas en sus consejos.

Los mitu, los mombuttu y los sande, que habitan las regiones entre las cuencas del Nilo y del Congo, pertenecen todos á la gran familia de los ñam-ñam, aunque los últimos son los que se designan más bien con este nombre. Los mitu están todos en la primer cuenca; los sande avanzan algo en ella, pero habitan principalmente la del Makua y su parte occidental. Los mombuttu se hallan en la oriental del mismo río, extendiéndose por el Sur á las orillas del Naua y del Nepoko, que son, según parece, los orígenes del Itimbiri y del Aruimi, afluentes del Congo. Todo el país es muy bello, y el suelo se halla impregnado de hierro, hasta el punto de que no puede beberse el agua en algunos sitios. El clima es sano, y el principal alimento de los habitantes es una especie de mijo de calidad superior semejante al trigo. Se cultiva poco el banano, pero hay patatas, legumbres y otros frutos. Todas estas gentes son muy hábiles para trabajar el hierro, fabricando armas blancas, cinceladas de modo admirable. Con cortezas de un árbol, que cultivan expresamente, hacen las telas con que se visten algunos. Los mitu comen las hormigas aladas porque no tienen ganados, desdeñando el cuidarlos, no por falta de afición á alimentarse con carne, puesto que se les cuenta entre los pueblos antropófagos. Se liman los dientes, y sus mujeres, para salva-

guardia de su pudor, solo llevan, en general, un manojo de hojas, usando, como los hombres, el taraceado y poniendo unos y otros el mayor esmero en sus peinados. Ellas llevan el cuello, brazos y piernas cargados de anillos de hierro y cobre, al punto de parecer cubiertos con una cota de malla, y alargan su labio superior con un pedazo de marfil incrustado por dentro. Generalmente los hombres pagan, al adquirir sus esposas, cierto número de cuchillos anchos fabricados por ellos.

Los mombuttu forman una raza superior por sus cualidades intelectuales y físicas.

Diseminados en grupos entre los mombuttu ó mangbattu, viven en esta región los enanos *arka* ó *tikki-tikki* que, á pesar de su corta estatura, son muy belicosos y temidos por las tribus vecinas. Sin más armas que sus pequeñas flechas y cortas lanzas, cazan el elefante y el búfalo, que es aún más temible en estas zonas. Se emboscan entre las altas hierbas, y se reúnen en masa para atacarles. No tienen ganados, y la banana es su principal alimento, afirmándose que son también antropófagos.

Los mangbattu tienen una población muy densa: cerca de un millón de almas en reducido espacio. Aunque muy quebrantados por los negreros, forman todavía una raza aristocrática, gobernando á otras inferiores. Sus jefes principales ocupan el poder por derecho de herencia, y si á la muerte del padre el hijo ó el sucesor directo no está en edad de gobernar, el hermano ú otro pariente llena las funciones de la regencia. No exigen contribuciones regulares, pero los jefes inferiores les ofrecen tributos de esclavos, ganados, hierros y otros objetos. A la muerte de un mangbattu todo su patrimonio pasa al hijo mayor. Los matrimonios se efectúan por mediación de alguna persona, que recibe regalos, lo mismo que los reciben la esposa, y sus padres y parientes. Es de notar que, contra el uso de las poblaciones vecinas, la esposa suelen elegirla entre las castas inferiores. La mujer ocupa posición más elevada y es más independiente que en otras tribus, y toma parte en las reuniones de los hombres y en sus bailes y cantos, acompañando las favoritas á los jefes hasta en las grandes reuniones del consejo. Ciertas mutilaciones son usuales entre los mangbattu: se aguzan los incisivos y se cortan una parte del exterior de la oreja, dejando otras veces los bordes únicamente y quitando lo interior de los cartílagos. Las mujeres llevan como adorno una pequeña barra de hierro en estos enormes agujeros. Los hombres se cubren

con cortezas de higuera. Las jóvenes llevan los cabellos sueltos y flotantes, y van en general desnudas, aunque demostrando timidez y reserva, como consecuencia acaso de la influencia árabe. Las de más edad se tapan solamente con un pequeño pedazo de corteza, y las de mejor clase llevan espirales de latón ó cobre en los brazos y piernas. Las damas principales, no teniendo telas para satisfacer sus instintos de coquetería, han encontrado medio de adornarse el cuerpo con grandes cuadrados ó redondeles, generalmente de tres colores, de suerte que el cutis de una mujer de la nobleza se parece á la alfombra de una sala. Lo más singular es que los dibujos están sujetos á la moda, como los trajes de nuestras señoras, y su imaginación crea nuevos modelos é inventa efectos variados. Estos adornos exigen mucho tiempo y trabajo, lo mismo que la confección de sus peinados, altos, de 25 centímetros y atravesados por agujas de marfil labradas. Los mangbattu son también agricultores y hábiles herreros, que proveen á los sande de casi todas sus armas. Fabrican también vasijas con rica ornamentación y otros utensilios excelentes de madera, y hacen canoas hasta de 12 metros de largo, arreglando los troncos á pesar de sus imperfectos instrumentos. Su triunfo arquitectónico, notable en el centro de Africa, es la gran sala del último y poderoso rey Munza, que tiene más de 30 metros de larga por 15 de ancha y 12 de alta. El alimento de los mangbattu se compone de bananas, yuca, batatas, sorgo, sésamo y gran cantidad de frutas. Parece que no debía gustarles otro, porque desdennan el cuidado de los animales domésticos y de los ganados; pero sin ser tampoco aficionados á la caza, comen la carne de las reses muertas en ella, desde la de elefantes, leones y monos, hasta la de especies más pequeñas, así como las ratas, serpientes, insectos, larvas y las hormigas aladas, además de las aves y huevos y de ser á veces antropófagos. Los artículos de lujo son el tabaco, la cerveza y las nueces de coco. Guardan fidelidad á sus compatriotas ó aliados, y muchos de ellos han tomado parte en los combates contra los negros á favor de los egipcios.

Los verdaderos ñam-ñam, llamados también sande, son menos negros que otras gentes de esta zona, inclinándose más su color al rojo. Aunque poco civilizados, forman una raza que promete mucho. Sus virtudes domésticas parecen notables y sus cualidades de valor son superiores á las de todos los negros del Sudán. Las mujeres sande se distinguen también de las demás, hasta de las mangbattu, por ser modestas y reservadas, fieles

como esposas y firmemente unidas á sus maridos. No aparecen en las reuniones cuando hay hombres, y el adulterio se castiga fuertemente en ellas con mutilaciones en los labios, nariz, orejas ó en los dedos. A los hombres se les corta la mano y sufren á veces la pena capital. Políticamente, están divididos en pequeños grupos mandados por jefes, y son frecuentes las guerras intestinas. La sucesión es entre ellos por derecho de primogenitura, aunque á veces se rebelan los hermanos y parientes, y esto aumenta sus luchas, fomentadas por los mercaderes de esclavos. Los jefes no tienen séquito, pero se les conoce por su porte. No conducen directamente sus gentes al combate, si bien ellos solos declaran la guerra ó la paz y dirigen la campaña, consultando los augurios antes de emprenderla. Se atribuyen derecho de vida y muerte sobre sus súbditos, y éstos acuden á ellos hasta para que les elijan esposa ó pidan al padre la que les agrada. Sólo en las tribus más salvajes la piden directamente. Todo el marfil de los elefantes corresponde á los jefes.

Existe en el territorio una vegetación frondosa, como sólo se encuentra en la zona oriental y avanzando más al Sur. En las laderas escarpadas de sus ríos se forman profundas galerías de vegetación tropical, dispuestas en escalones. Las hierbas altas, espesas y cortantes cubren el suelo durante nueve meses del año, haciendo muy penosa la marcha á través de ellas. En Diciembre, cuando están completamente secas, las queman los indígenas y entonces se coge abundante caza, siendo fácil acabar con ella y aun con las fieras y elefantes, porque se muestran aterrorizados por el incendio. Es un espectáculo imponente. La langosta y otros insectos, que revolotean encima de las llamas, son presa de los pájaros, y las aves de rapiña acometen á las ratas y á las pequeñas serpientes que huyen ante el fuego. Abundan mucho los leopardos, que causan numerosas víctimas entre los indígenas, los cuales construyen trampas para cogerlos. Los leones que saben evitarlas, atacan rara vez al hombre y permanecen en los sitios abundantes en antílopes y en búfalos. Estos últimos son muy peligrosos para el cazador. Las casas de los sánde están muy bien construídas, y los indígenas son hábiles escultores, fabricando armas de hierro y vasijas de barro. Los hombres se cubren con grandes pedazos de corteza ó pieles, mientras las mujeres lo hacen solamente con un pequeño manojo de ramas verdes.

Los basango, que habitan las orillas del Makua, principalmente la meridional y las numerosas islas del mismo río, mo-

nopolizando su navegación, forman una raza distinta de las dos anteriores. Tienen canoas de más de 18 metros de largo, y parece que algunas llevan velas.

Los bari son uno de los grupos de tribus negras más notables por la belleza corporal y la arrogancia del aspecto. El viajero puede estudiar sin trabajo sus admirables proporciones, porque todos ellos van desnudos. Creen que la dignidad masculina no les consiente cubrirse. Un viajero refiere que hasta tienen miedo al traje, y para verse bien acogido tuvo que despojarse del suyo. La costumbre permite vestirse á las mujeres; pero en su mayoría no usan más que un *rahad* ó taparrabo, formado por cadenillas de hierro ó tiras de cuero, y una piel de animal suspendida á los riñones. Llevan siempre cortada la cabellera, mientras los hombres se dejan un mechoncillo en la parte superior de la cabeza, sombreado por plumas de avestruz en la de los grandes jefes. Los bari no van cubiertos de adornos, pero se pintan el cuerpo, especialmente para las danzas guerreras, taraceándose con arabescos ó dibujos geométricos multicolores. Estas operaciones, que se hacen en la época de la pubertad, son muy peligrosas y producen algunas veces la muerte del paciente. Los guerreros bari están reputados como los más valientes de los ribereños del Nilo, y entre ellos se encuentran con frecuencia hombres que llevan en las muñecas un brazalete de marfil. Esto indica que son cazadores y que han conseguido matar un elefante en singular combate. Los mercaderes de esclavos reclutan entre los bari sus chusmas de negreros, y el nombre de estos bandidos era antes temido hasta en la vecindad de los grandes lagos. Pero las tribus bari han sufrido también mucho con las incursiones de los tratantes, y ciertas partes de su territorio han sido completamente despobladas. Sabiendo que la gran riqueza de los bari consistía en los ganados y que estaban orgullosos de la hermosura de sus animales, los negreros empezaban por apoderarse de sus rebaños, y para recobrarlos entregaban los bari á sus propias mujeres ó sus hijos, á menos que una expedición afortunada les hiciera dueños de las familias de las tribus vecinas para venderlas. La vaca es un animal casi sagrado para estos pueblos del Nilo, y su excremento se considera dotado de una virtud mágica, entrando como principal ingrediente en la curación de las llagas. En la proximidad de las cabañas de los bari, siempre perfectamente limpias, la tierra, compuesta de arcilla y de ceniza apisonada, no deja nunca de mezclarse con la boñiga de vaca. En vez de ponerse en cuculi-

llas, como la mayor parte de los demás negros, ó con las piernas cruzadas como los árabes, los bari tienen la costumbre de sentarse en taburetes pintados de rojo. Misioneros católicos han permanecido mucho tiempo entre los bari, pero sin hacer apenas prosélitos, á pesar de sus esfuerzos, porque la conducta de los cristianos mercaderes de esclavos no es la más á propósito para favorecer la propaganda de tal religión. Los bari siguen fieles á sus prácticas de magia, á su antiguo culto animista, á su adoración de la serpiente, que llaman «abuela», y á su veneración hacia los muertos, que colocan sentados con el mayor esmero en sus sepulcros. «Antes—dicen ellos—podía subirse al cielo por medio de una cuerda atada á los astros, pero esa cuerda se ha roto.»

Además, existen en las riberas del Nilo las tribus de los latuka, que tienen por principal población á Tarrángole. La población está circuida por una fuerte empalizada y cada casa defendida á su vez por un cercado. Torreallas de tres pisos se elevan en diversos puntos de la ciudad, y los centinelas velan durante la noche prontos á tocar el tambor de guerra al menor peligro. Una sola y ancha calle atraviesa la población: las otras no son más que pasos tortuosos, donde las vacas sólo pueden entrar una á una á fin de que sea fácil contarlas y que el enemigo, por una brusca sorpresa, no pueda apoderarse de grandes rebaños.

Al Oeste de los bari, los ñambara ó yambari, que ocupan un territorio montuoso, macizo divisorio entre el Nilo y su tributario el Yei, son hermanos de raza de los bari. Altos y robustos como éstos, los ñambara van igualmente desnudos, pero usan muchos anillos, cascabeles y otros adornos de hierro. Las mujeres llevan además de esto un puñal á la cintura. Se llenan de agujeros todo el contorno del lóbulo en sus orejas para colgarse anillos y cuentas de vidrio, y como los orejones de la América Meridional, llegan á formarse á ambos lados del rostro extraños colgantes que les dan el aspecto más singular. Las mujeres se horadan también ambos labios en su comisura para introducirse un trozo de cuarzo, un pequeño cilindro de madera ó un fragmento de caña. No usan taparrabo ó delantal; únicamente llevan un pedazo de cuero, hojas de árbol y á veces un simple cascabel. A mediados del siglo xix, antes de la llegada de los mercaderes de marfil, los colmillos de elefante tenían tan poco valor que sólo se usaban para cercar los rediles de los ganados. Los ñambara cazan al elefante de otro modo que las de-

más tribus. Un hombre, oculto en el follaje de un árbol, espera á que los ojeadores le lleven el animal debajo de la rama en que él está lanza en mano. La hoja de hierro, de 60 á 70 centímetros de longitud, penetra hasta el mango en el lomo del elefante y le produce una herida casi siempre mortal.

De todos los pueblos que viven en las orillas del Bahr-el-Yébel, los denka ó dinka son los que ocupan el dominio más extenso. Su territorio puede ser evaluado en unos 100.000 kilómetros cuadrados y se cuentan por docenas sus tribus ó familias independientes. Las más conocidas son, naturalmente, aquellas con las cuales están en contacto los traficantes. Pero aunque se hallan en el camino seguido forzosamente por todos los viajeros que suben el Alto Nilo ó que se dirigen á las vertientes del Congo, los denka no han modificado en nada su género de vida con la influencia de la civilización extranjera. Permanecen libres en sus sabanas ó en sus pantanos y no compran casi nada á los mercaderes árabes. La leche de los ganados, los frutos de sus huertas y las legumbres del campo bastan á sus necesidades. Lo mismo que los bari, cuyo idioma es pariente del que hablan los denka, éstos consideran el traje como cosa vergonzosa. Van desnudos, y sólo las mujeres acostumbran atarse á la cintura pieles de animales; pero no desdeñan los adornos, y llevan anillos de hierro en los brazos, en los tobillos y en las orejas, ostentan plumas de avestruz en la parte superior de su cabeza, se taracean el rostro para diferenciarse de las demás razas y se arrancan los incisivos de la mandíbula inferior. La mayor parte se rasuran, y los elegantes peinan su cabellera, procurando asemejarla á la de los europeos y haciéndola adquirir un tinte rojizo mediante el empleo del orín de vaca. Su piel, en su color natural, presenta el hermoso brillo del bronce; pero á fin de impedir que se altere, tienen cuidado de frotársela con sustancias oleaginosas y embadurnarla con cenizas, lo que presta á su cutis un matiz gris azulado. Como acostumbran á encender todas las noches grandes fogatas, alrededor de las cuales duermen con sus rebaños para defenderlos de los mosquitos, tienen cerca de sus aldeas grandes montones de ceniza, en los cuales se revuelven con placer.

La raza que ocupa el territorio más vasto en la cuenca del Yei, más arriba del país Denka, es la de los moru. Poco distintos de los bari y de los denka por las costumbres, los moru van desnudos como ellos y apenas llevan otros adornos que anillos de hierro. Tienen por signo distintivo de su raza 10 rayas de

taraceado ó picado sobre la frente, y la forma de las piedras colocadas sobre sus tumbas es la de los dólmenes de la Bretaña. Los moru, que son muy robustos, están empleados como mozos de carga en todas las estaciones del País de los Ríos. Como agricultores y jardineros son también muy hábiles. Cada cabaña posee en su vecindad un cercado donde los arriates para las legumbres, de altura de un metro y muy estrechos, están dispuestos de manera que puedan cultivarlos sin doblar el cuerpo. La educación de los hijos es considerada como el deber principal de la tribu. Niños y niñas están acostumbrados á inclinarse y callar delante de los ancianos: aprenden la gimnasia, el baile y las pantomimas; se ejercitan en los juegos de lucha y destreza; estudian el manejo de las armas y, escogiéndolo á su padre por blanco, le lanzan flechas despuntadas. Intencionadamente se les abandona en los bosques, observándoles de lejos para ver cómo encuentran el camino de la aldea. La educación se completa con los viajes. A la edad de diez años, los muchachos salen de la casa paterna para visitar amigos de la misma raza que viven en puntos lejanos, y dan así su «vuelta al mundo» para conocer los usos y costumbres de los demás. Si las muchachas se fatigan en el viaje, los hermanos las vuelven á su casa y emprenden de nuevo la odisea.

Los bongo contrastan singularmente con los denka, sus vecinos septentrionales, aunque los dos idiomas respectivos parecen indicar cierto parentesco. Menos altos que los denka, son más robustos, más rechonchos, y lejos de tener las piernas flacas y descarnadas, que hacen asemejarse á aves zancudas á las tribus de los pantanos, se distinguen, al contrario, por la fuerte musculatura de sus pantorrillas y de sus muslos. Las mujeres tienen enormes caderas y un paso propio de animales. La cola con que se adornan, y que se balancea á cada movimiento, contribuye á la semejanza. Por la benevolencia, la dulzura y el amor al trabajo, los bongo figuran acaso en primera línea entre los pueblos de Africa. No están, en modo alguno, dominados por la pasión extraordinaria hacia los ganados que distingue á los bari y los denka. Se ocupan sobre todo de agricultura, y lo mismo hombres que mujeres ponen el mayor cuidado en la preparación del terreno y en el sostenimiento de los cultivos. Los bongo no experimentan repugnancia hacia ninguna carne fresca ó podrida, á excepción de la del perro. Persiguen al buitre para alimentarse con la carroña de animales muertos; se deleitan con los gusanos intestinales que recogen

en el vientre del buey; comen el escorpión, las larvas de hormigas, todo cuanto se arrastra y bulle en el suelo. Entre ellos, como entre las tribus vecinas, los comedores de tierra son muy comunes. Como herreros, los bongo son los primeros de los africanos. Establecen hornos ingeniosísimos para activar la corriente de aire á través del mineral de hierro, y fabrican, con ayuda de las herramientas más sencillas, objetos tan bien trabajados como los productos de la industria europea.

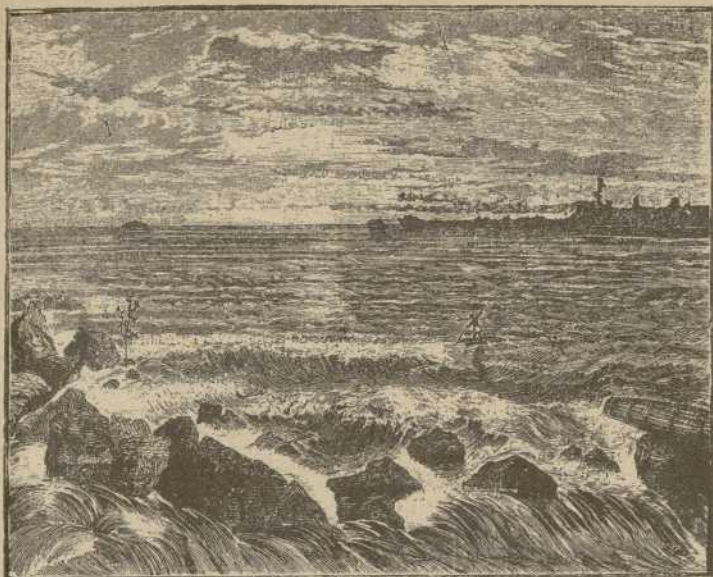
Los yur, es decir, «los hombres de los bosques», han recibido esta denominación despreciativa de los denka, que consideran como seres inferiores á todas las gentes pobres en ganados. Su verdadero nombre es el de luo ó luoh. Los yur viven sobre los últimos terrenos ferruginosos de la meseta, entre el país de los bongo y el de los denka. Muchos ríos atraviesan la comarca, de los cuales el más importante es el que ha recibido el nombre de la tribu: el río Yur, que es navegable en gran extensión. El número de los yur es solamente de unos 20.000; pero se aumenta con rapidez en tiempo de paz, porque las familias son, por regla general, muy numerosas. Mucho mejor proporcionados que los denka, forman parte de los pueblos desnudos que los primeros viajeros clasificaron entre los «hombres con cola». Comunmente llevan dos atadas á su cintura. Excelentes herreros, como los bongo, se fabrican también anillos para adornar sus brazos y sus muslos, pero no siguen ya las modas de la complicada disposición de la cabellera. Hombres y mujeres tienen casi todos el cabello corto. Las antiguas costumbres desaparecen y por esto los yur ya no se escupen uno á otro para demostrarse su afecto. Al lado de cada aldea no se levanta tampoco ahora el «árbol de muerte», á cuyo tronco se clavaban las cabezas de los enemigos.

En las cuencas del Sobat y de Yal, ríos tributarios del Nilo, viven otras poblaciones negras. De entre éstas, la más notable es la de los komas, que llevan una vida libre, tranquila y feliz, según los viajeros que los han visitado. Las cabañas están esparcidas en medio de los campos y de los árboles, prueba de la perfecta seguridad general. Ni enemigos ni fieras vagan en torno de las habitaciones. Las tribus republicanas de los koma están en guerra unas con otras y ninguna autoridad impide á las familias vivir á su gusto. La opinión, y, en circunstancias graves, las decisiones de una asamblea pública, sirven de regla á los ciudadanos. Los koma se arrancan los dientes incisivos superiores. Van desnudos los hombres, como la mayor parte de

sus vecinos, pero algunos llevan una corbata ó un collar de dientes y perlas de vidrio. Las mujeres usan vestidos de cortezas ó de telas desde edad temprana. Las prometidas y las esposas llevan, en su mayoría, un delantal bordado con perlas y con cáscaras de huevos de avestruz, cortadas en fragmentos redondos. Además, las mujeres se adornan con colas de crin ó fibras vegetales pintadas de rojo, que emplean para fustigarse ellas mismas cuando lanzan gemidos de duelo. Los muertos, hombres ó mujeres, se conservan durante un período de siete á diez años en chozas especiales, dispuestas convenientemente para defenderlos contra las hormigas soldados, y de tiempo en tiempo los parientes y los amigos van á llevarles regalos de perlas ó de sal. Cuando se entierran los huesos, todos estos objetos son vendidos en subasta y sirven para costear un festín público.

Los berta tienen los cabellos crespos, los labios salientes y la cara aplastada, menos, sin embargo, que sus hermanos de raza en el Africa occidental; pero son de talle esbelto, con miembros ágiles y fuertes. El guerrero berta, armado de lanza y escudo, presenta una apariencia soberbia. Las mujeres se adornan la cara por medio de un anillo de plata ó cobre, que atraviesa una de las ventanillas de la nariz, y con un círculo de hierro atravesado en lo alto de la oreja izquierda. Los jóvenes se atan á las sienes y al cuello colmillos de jabalí, y en las grandes ocasiones, hombres y mujeres se pintan el cuerpo de rojo como los guerreros. Los berta son grandes discutidores y celebran frecuentemente consejos donde cada cual perora á su vez, secundado por un aprobador que se mantiene á su lado. Pero no hay interrupciones. Mejor educados que los occidentales, los berta esperan siempre el fin de un discurso, antes de responder á él. Usan el *tarambix* ó rompecabezas de madera encorvada, y, según algunos autores, no lanzan estos bastones á la manera de los australianos, sino que los conservan en la mano, y en sus escaladas á los montes se sirven de ellos para agarrarse á las ramas de los arbustos ó á los salientes de las rocas. No hay ciudades, propiamente dichas, en el país de los berta. Su pueblo más importante es Kirin, compuesto de grandes cabañas esparcidas entre los enormes peñascos graníticos desprendidos de las alturas. No hay asamblea nacional con aspecto más pintoresco que la de Kirin. Cada roca sostiene un grupo de hombres en las actitudes más diversas, de pie, acostados, acurrucados ó agarrándose á sus salientes. Muchas tribus berta tienen jefes ó

mek que llevan el título de reyes, pero cuyo poder es muy fugaz. Desde que el *mek* no agrada ya á sus súbditos, hombres y mujeres se reúnen y van á declararle que todos le odian, hasta los ganados y las gallinas, y que ya es tiempo de morir. Después le cuelgan del árbol más cercano. Si la enfermedad impide al rey reunir todos los días su tribunal de justicia, la influencia del mismo se convierte en nefasta, en vez de ser favorable, y la horca desembaraza igualmente á su pueblo de él. La infidelidad de la mujer es castigada siempre con la muerte.



El lago Tana. (Dibujo de E. Ciceri.)

ABISINIA Ó ETIOPIA

I

Montes y volcanes extinguidos.

Entre el ardiente litoral del mar Rojo, los tórridos desiertos y los fértiles valles inclinados hacia los dos Nilos ó hacia el mar de las Indias, la montañosa Abisinia envía sus aguas á esos valles, esos desiertos y esas llanuras, admitiendo ó rechazando las emigraciones de sus pobladores.

Estando como está á los 10 ó 15 grados del Ecuador, debiera ser una región tropical en extremo; pero lejos de esto es de un clima fresco y hasta frio. No enerva ni muchísimo menos su temperatura y lucha el hombre de continuo con el viento, la escarcha, las noches de hielo, las irías aguas de los lagos y los torrentes que se deshacen en cascadas.

Es indudable que al Sur estos montes de Abisinia se unen al Kenia y al Djaró. Más elevados en la parte del Mediodía que nuestros Alpes saboyanos (si es que el monte Oucho tiene en la

región de los Gallas 5.060 metros de altura), en cambio, en la Abisinia propiamente dicha, no llegan á la altura de los Alpes suizos; 3.600 metros tiene el macizo de Godjam en Talba Ouaha; más de 4.000 el Lasta, que va rodeando la parte inferior del curso del impetuoso torrente Takazzé y 4.500 tiene aproximadamente el Simenó Semen, que quiere decir «Tierra fría», «País del Norte». En estas regiones domina el Ras-Daján, cuya altura se calcula de 4.430 á 4.631 metros; el Abba-Yared (4.483-4.602) y el Bonahit (4.310-4.917).

Estos gigantes no se envanecen de su superioridad, pues no se les vé, ó si se les vé es por encima de las nubes que dividen la enorme acrópolis de los montes abisinios con sus colosales ciudadelas y que son contemplados desde abajo por montañas de color ocre rojizo, cuya altura alcanza á 500, 600 y en ocasiones á 800 metros, las cuales á su lado parecen cuerpos enanos, rechonchos, reducidos.

La altura media del país es de 2.200 á 2.500 metros. La ciudad de Gondar está situada á 2.050 metros; Axum, á 2.250; Sokota, como aquélla, á 2.250; Ankober, á 2.500; Debra Tabor, á más de 2.600, y Angolola, á 2.800. A tales alturas, la salubridad es grande, el aire puro, y de Mayo á Septiembre, que es la época de lluvias, las impurezas de los lodazales y pantanos no suben á más de 2.000 metros.

Abisinia es un país de volcanes extinguidos que ofrece entre sus bifurcaciones, montañas y mesetas, una infinidad de picachos, cúpulas, agujas basálticas y grupos de columnas formadas por conos que fueron antiguos cráteres. Quizás lleguen á seis los volcanes que están aún en erupción. A trechos encuéntrase entre los extensos prados, cubiertos de pastos, un lago ovalado ó redondo, lleno de azuladas aguas, que en otro tiempo fué el cráter de un volcán en donde reverberaban rojizas lavas. No es posible encontrar en el mundo entero un terreno más accidentado que Abisinia, en donde existen 4.000 cascadas. Dicen los abisinios que «cuando Dios lo puso todo en la Tierra en orden perfecto, se olvidó de Abisinia».

II

Lago Tana.—Abai ó Nilo Azul.—Takazzé, Athara.

El más extenso de los lagos abisinios, y también el más hermoso, es el Tana ó Tsana, al que también llaman Dembéa. Tiene unas 300.000 hectáreas (1) y está á 1.860 metros sobre el mar, es decir, á la altura de montañas que en Europa se tienen por muy elevadas. Muchos ríos van á desembocar á él y entre ellos se cuentan el Maguetch Goumara, Reb, y el más caudaloso de todos el Abai ó Nilo Azul, que nace á 2.740 metros de altura. Sus violentas aguas arrastran cuanto encuentran á su paso, pero el Tana las vuelve limpias y puras, y el Abai es un río de cristal cuando sale de este lago de Abisinia, cuya superficie es azul y transparente. Se cree que este lago es muy profundo, considerando el cráter de un volcán ó quizá una cavidad del desgaste de las rocas. La sonda nunca ha alcanzado más allá de 72 metros. Está bordeado, por una parte de pantanos y lagunillas, y por la otra de terreno firme. Los montes cercanos á él llegan á una altura de 3.000 metros.

El Abai que tiene desde sus comienzos una anchura de 100 á 200 metros, es un torrente de 1.500 kilómetros, que se junta frente á Kartum con el Bahr-el-Abiad ó «Río Blanco», tomando el nombre de Bahr-el-Azrak ó «Río Azul». A ocho kilómetros del lago se deshace en la cascada de Ouoreb. Siguiendo su curso se despeña después á una altura de 25 metros que se llama «El Salto de Humo» (Tis-Esat) ó del «Vapor», y después, hasta llegar á la llanura en donde el sol abrasador eleva la temperatura á un calor asfixiante, se encierra la corriente en un canal ó cañón que llaman «Vía mala», digna de Abisinia, que es la tierra de los profundos canales. A lo largo de esta gran corriente de agua, la zona cultivable no tiene más que dos ó tres metros de anchura. En esta estrechez del río, los cocodrilos, que abundan en el Abai, no pueden nadar más que siguiendo la corriente, siéndoles imposible ir de una orilla á otra. En los dos costados del canal se alzan las rocas en paredes vertica-

(1) La medida exacta son 298.000.

les, llegando á alturas de 100, 200 y 300 metros, desde cuyas cimas se divisa el «Río Azul» que continúa su curso á unos 80 metros más abajo del nivel de la meseta general, siguiendo con un rodeo enorme hacia el Sudeste, luego al Sudoeste, y por último, al Noroeste. En Famaka llega á la llanura y allí se extiende, acelerando la corriente con una anchura de orilla á orilla de 500 á 1.000 metros, llevando de 159 á 6.104 metros cúbicos de agua, según el tiempo y la hora, y arrastrando entre sus aguas un cieno rojizo que equivale el estiércol de Egipto.

El otro gran río de Abisinia, el Takazzé, nace de un manantial de agua caliente. No con este título, sino con el de Atbara, nombre que tiene su origen en un río de bastante menos caudal, y con una anchura media de 400 metros, se dirige por los límites y parte baja de la Abisinia, en busca del Nilo de Nubia. No alcanza siempre estas dimensiones, y durante la época de sequía, es absorbido durante su trayecto de 300 kilómetros por un terreno árido y un cielo que da rocío, pero no lluvias. Lo mismo que el Atbara no llega en ocasiones al Nilo, el Mareb, río de bastante longitud (1), no llega al Atbara, el cual desgraciadamente no tiene, como el Abai, un lago Tana que purifique y reserve sus aguas. En Junio, época de copiosas lluvias en los montes abisinios, suben los torrentes cien pies de altura. Corren en busca del Takazzé frenéticamente, con estrépito de trueno, y en unas cuantas horas llevan á los terrenos arenosos un verdadero río de agua turbulenta, para después secarse. Delante de Sofi, por las playas, secas la víspera, pasa entonces una inmensa avalancha de aguas sucias, enturbiadas por el *humus* y que van á desembocar al Atbara, cuyo nombre árabe es el de Bahr-el-Asuat ó «Río Negro».

El Takazzé divide á Abisinia en Tigré al Norte, Amhara en su parte central y la región llamada de Choa al Sur, que á su vez, en la parte del Mediodía, linda con los Gallas. Los desfiladeros por donde se precipita el río en esta comarca de «la Suiza africana», llegan á tener unos 700 metros de profundidad, á contar desde la cúspide de las rocas hasta el fondo de sus turbias ó límpidas aguas. Hay partes en que tiene el Takazzé 1.000 y 1.200 metros de profundidad, como cuando pasa á lo largo de Djedda y Bechilo, en la cuenca del Abai, llegando á alcanzar en ocasiones hasta 3.000 metros.

(1) Es el río Kassala.

III

Kollas, Voína, Dégas, Simen, Samhar.

Como las repúblicas «latinas» asentadas en los Andes y en la América central, la Abisinia se divide en tres regiones, en tres naturalezas, que son en un todo diferentes. Lo mismo que los Estados americanos de origen español, tiene Abisinia tierras cálidas, tierras templadas y tierras frías.

A 1.800 metros, las tierras bajas, que precisamente por esa razón son tierras cálidas, reciben el nombre de Kollas ó Koullas. Su sol es asfixiante (1), el calor y la humedad excesivos, su naturaleza exuberante y sus selvas poderosas. Hay bestias feroces en sus frondosas hierbas, un cielo siempre igual, un suelo propicio para las plantas, que necesitan de una constante y subida temperatura, y el *humus* continuamente está mojado. En realidad los Kollas, semillero de fiebres, no son la verdadera Abisinia la cual empieza en el Voína ú Ouaina-Déga.

Entre 1.800 y 2.500 ó 3.000 metros, empieza el Voína ú Ouaina-Déga, nombre que toma su origen de un viñedo, del que no se extrae el vino por ignorancia ó por pereza. Fué aquí donde en la época de esplendores y glorias del pequeño pueblo lusitano que ha hecho mucho por la humanidad, los portugueses construyeron fuertes y plantaron viñedos. Tierra ésta de clima templado, se extiende en montes y mesetas, siendo una comarca cuya temperatura puede compararse por lo benigna á la de Provenza ó Córcega. Se dan en abundancia la viña y el naranjo, y la tierra de toda la región produce sin esfuerzo alguno lo que se quiere que produzca.

Más elevados los Dégas, tierras frías, suben hasta 4.000 metros. Si el Voína es un *alma-nutrix*, los Dégas son la *magna parens* del hombre del campo y del hombre de armas.

A pesar de la frescura de los pastos, continuamente regados, el frío excesivo que hace en esta región no permite gran número de caballos, bueyes y carneros que se nutran con aquéllos. Lo más elevado de todo el país abisinio es el Simen ó Samen, encima de la orilla izquierda del Takazzé, y la parte

(1) Llega á 70 grados la temperatura, y á veces á 75.

más baja es el Samhar ó Mudón, situada en la base oriental de los montes y el Mar Rojo. En el Samhar no llueve, pero en cambio en las bifurcaciones altas llueve muchísimo. En la parte media de la comarca, de regular temperatura, se calcula que el agua que procede de las lluvias asciende á unos 800 milímetros, la misma cantidad de Francia.

A causa de tan variados climas y de tan accidentado terreno, así como por su frondosa flora, Abisinia, ella sola, es capaz de proveer todas las *menageries* y jardines zoológicos del mundo. En ella se crían todo género de animales, buenos y malos, mansos y feroces, desde el avestruz y el camello que atraviesa el cálido desierto, hasta el rumiante que se esconde en las selvas: monos, asnos salvajes, asnos listados, jirafas de largo cuello, cocodrilos, leones de rubia melena y de negro color, leopardos, abasambos ó nobos, animales de la raza felina resistentes y fieros, cuya clasificación se desconoce aún (1), hienas, búfalos de gran tamaño, muy agresivos y fuertes en la pelea, y, por último, los tres inmensos paquidermos, el elefante, el rinoceronte y el caballo de río y de lago que se chapuzan en el Tana.

IV

Los abisinios, sus lenguas, su cristianismo.

En 33 ó 34 millones de hectáreas, total de la extensión de Abisinia, existen unos tres millones de hombres, de los que 1.500.000 se llaman ellos mismos *ithiopiavian* ó etíopes. La palabra abisinio es una corrupción del árabe «Habech», que significa raza abyecta, mezclada y cruzada.

Que está mezclada no cabe duda. Debió de formarse por la unión de los negros con los emigrantes de tez cetrina ó morena y hermoso rostro. A este pueblo compuesto de tales elementos se reunieron después los griegos nilóticos y en gran parte los árabes. Los más autóctonos de entre los habitantes de Abisinia se cree que son los agaou, es decir, «los libres», que hablan el hamtenga, y quizás los talacha, es decir, «los desterrados». Son judíos y su idioma se parece al hamtenga. El Norte del país, ó

(1) El abasambo se parece al león y al leopardo.

sea el Tigré, debe sin duda alguna el origen de su raza (1) al Yemen, provincia de la Arabia meridional, y su dialecto, el tigrigna, proviene del gheez, lengua semita. En esto se tiene la misma seguridad que para suponer que el francés nació del latín y que se habló primeramente entre la gente del pueblo. A este gheez ó ghez, latín de Abisinia, que se adaptó al culto en los templos, capillas y peregrinaciones, se unieron cuando estaba en vigor una porción de palabras, cuya raíz está en el hamtenga, el galla y los verbos autóctonos.

En el Amhara se habla el amharigna, que tiene su origen en el gheez y está relacionado con el hamtenga. Comparado con el tigrigna, que es un simple dialecto de provincia, el amharinga es el idioma nacional en Abisinia, el que absorbe á los demás, el que hablan la corte y los jefes, el que emplean para todo y en todas partes los comerciantes y los viajeros; en una palabra, el idioma general y literario. Su alfabeto se compone de 251 letras. Este idioma tiene también sus centenares de libros, desdichado maremagnum de doctrinas teológicas.

Con tan variados orígenes y tantas mezclas de sangre, los abisinios no tienen un tipo nacional que los caracterice. Los hay variadísimos de figura y de toda la gama de colores, desde el negro de pura raza hasta el bronceado. Por lo general, bajo su negra tez se descubren los rasgos nobles de los invasores, cetrinos primero y árabes después.

Luego de haber sido judíos, según todos los indicios, abrazaron el cristianismo desde el siglo iv, pero un cristianismo grosero en su forma, un cristianismo que se atiene á burdas prácticas, á largos ayunos, sometiéndolo todo al texto de la letra, sin profundizar en el espíritu que vivifica.

Este cristianismo se lo han impuesto recientemente á sus conciudadanos los musulmanes, que en el fondo siguen creyentes, devotos y convencidos del Islam. Antes de esta conversión general, se distinguían los abisinios cristianos de los mahometanos por un cordón de seda azul (2) que llevaban pendiente del cuello, y algunos creen que se diferenciaban también por un menor grado de inteligencia y mayor falta de actividad. Los abisinios, fervientes cristianos á su modo, oyen con devoción las salmodias de barbudos sacerdotes de turbante blanco y de frailes de bonete amarillo, ayunan durante ciento

(1) En parte únicamente.

(2) El mateb.

noventa y dos días de fiesta, ó sea más de la mitad del año, y lavan sus culpas dando limosnas á los hombres de iglesia. A esto se reduce su cristianismo. El gran patriarca tiene el nombre de Abuna, que quiere decir «nuestro padre». Los falacha, ó judíos abisinios, cuyo número se calcula entre 100.000 y 250.000, dicese que proceden de aquellos emigrantes que, antes de la venida de Cristo trajeron y propagaron las tablas de la ley de Moisés á los que poblaban esta región: pero ateniéndose á los precedentes históricos, son autóctonos, hermanos de los Agaou.

La mayor parte de los abisinios tienen mediana estatura, los hombros anchos, el cuerpo enjuto, pero una admirable elegancia en sus gestos y aire. Envueltos en su xemma, especie de capa ó manto, semejante á la toga romana, arreglan con una gracia perfecta los pliegues de su traje, según las impresiones movibles de su imaginación. Tienen generalmente la frente elevada, la nariz recta y hasta aguileña, los labios gruesos, la boca más saliente que los europeos y la barba puntiaguda. Su cabeza está cubierta de cabellos ligeramente rizados, casi crespos, dispuestos á menudo en pequeños mechones y designados por los musulmanes mercaderes de esclavos con el nombre de filfi ó «grano de pimienta». Tienen la barba poco espesa, como la mayor parte de los africanos, é igualmente que ellos la costumbre de pestañear bajando los párpados sobre sus grandes ojos, lo que les da frecuentemente aire de falsedad y perfidia. En su juventud, la mayoría de las mujeres son muy graciosas pero el período de belleza dura poco tiempo. Su estatura es más pequeña, proporcionalmente, que la de los hombres. El traje, lo mismo en hombres que en mujeres, se compone de camisa, calzón más ó menos corto, y de la xemma en que se envuelven.

Los abisinios de ambos sexos tienen las lombrices tenias por comensales internos. La existencia de estos parásitos es debida á la ingestión de carne cruda, costumbre general entre los abisinios. Sus festines son siempre de *brondo*, es decir, de carne de buey palpitante todavía y sazónada con pimienta y pimentón. Para desembarazarse del incómodo huésped, los abisinios recurren á la efusión de las hojas del kusso, á las cortezas amargas y á otros muchos remedios vegetales, pero prefieren exponerse á la enfermedad antes de renunciar á su sabroso brondo. Comen también la carne de cerdo, eludiendo el considerarlo como animal impuro, y hacen gran uso de la miel y del teg ó

hidromel fermentado. En general son sobrios y se alimentan con muy poco, pero devoran cuando tienen ocasión. Entre las diversas afecciones que les afligen hay que citar la tiña y todavía más la lepra. Las llagas se curan lentamente en Abisinia y la menor contusión produce frecuentemente enfermedades en los huesos, largas de curar. Y, sin embargo, las amputaciones de brazos y piernas, lo mismo que las castraciones, tan frecuentes en este país de soldados viejos, donde se aplican además todo género de torturas, se hacen casi siempre sin consecuencias mortales, siendo la curación generalmente rápida.

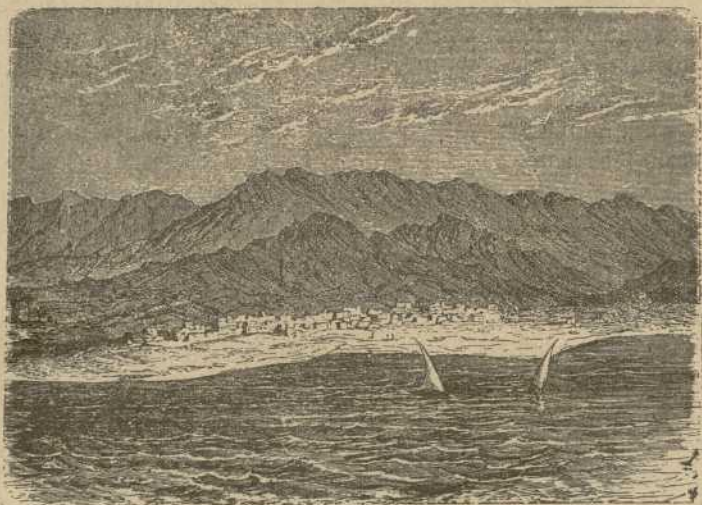
Los europeos que han viajado por Abisinia representan de un modo diverso el carácter de las poblaciones etíopes, según han tenido quejas de ellas ó no. Sin embargo, resulta de sus descripciones que los abisinios reúnen á la vez condiciones opuestas, siendo atrevidos y orgullosos cuando se consideran fuertes, y rastreros como reptiles y mendigos cuando se creen débiles. Les gusta hablar largo tiempo, y, sin haber estudiado el arte de hacerlo bien como los árabes, se expresan con una elocuencia notable sostenida por la nobleza de la actitud y el decoro de la acción. Pero en sus conversaciones, siempre brillantes, sólo emiten vulgaridades ó argucias. Tocaban con gracia todos los asuntos sin profundizarlos y su pensamiento es siempre ligero é inconstante, como su carácter. Llenos de amor propio y vanidosos, aunque por otro lado sean recelosos y desconfiados, se dejan arrastrar fácilmente á las empresas atrevidas. Ningún porvenir les parece bastante glorioso para su ambición; pero en caso de mal éxito, aceptan la suerte adversa con estoicismo.

Otro defecto común en el pueblo abisinio es la falta de rectitud. La verdad no puede ser respetada en este país de discusiones y de sutilezas teológicas, donde cada interpretación se apoya en un texto sagrado. Cuenta un viajero que un soberano abisinio cuando hacía un juramento, sin intención de cumplirlo, no dejaba nunca de raspase la lengua entre los dientes y de escupir á su alrededor, tomando por testigos á sus cortesanos de que se limpiaba la boca. El juramento lo consideraba anulado con esta ceremonia. «La mentira da al lenguaje una sal que falta siempre á la verdad pura» dicen muchos abisinios. Son valientes y se baten bien, pero impulsados por la fuerza ó el fanatismo. En realidad, no existe entre ellos el verdadero amor á la patria ni á los hechos heroicos.

V

Agricultura.—Industria.—Arte.—Religión.
Organización.—Política.

La agricultura y la industria son casi rudimentarias en Abisinia, á pesar de su pretendida civilización. Únicamente fabrican telas de algodón y joyas groseras para el consumo del país. En cuanto al arte, la mayoría de los viajeros europeos sólo tienen palabras de burla para las pinturas de los artistas indi-



La bahía de Tadjura. (Dibujo de A. de Bar.)

genas, y ciertos frescos ridículos dan ciertamente motivo para justificar esta ironía. Sin embargo, la escuela etiópica, nacida del arte hierático de los bizantinos, ha producido algunas obras que tienen por lo menos inspiración y energía. En las ruinas del palacio de Koskoam, cerca de Gondar, se ven contiguos los frescos portugueses y las pinturas abisinias, y no son ciertamente los extranjeros, con sus santos bobos, los que ganan en la comparación. Por otra parte, no faltan en Etiopía artistas innovadores que protestan por el atrevimiento de su pincel contra la inmovilidad de las reglas hereditarias. Los hay que hasta se lanzan á la pintura de historia y hacen cuadros de ba-

tallas, en los cuales pintan siempre de frente á los abisinios y de perfil á sus enemigos, los mahometanos, los judíos y los diablos. Los encuadernadores, copistas é iluminadores de manuscritos tienen mucha habilidad y gusto. En cuanto á los *azmari*, poetas trovadores, mendigos que viven del favor de los grandes personajes, sólo tienen que cantar los altos hechos de su señor. Sus poesías están reducidas á adulaciones y mentiras, excepto cuando las inspira el amor á la guerra. Estos cantores heroicos declaman delante de los combatientes, animando á los amigos, insultando á los adversarios, y también se mezclan entre ellos algunas poetisas, estimulándolos con la palabra y el ejemplo. Hay además bufones, especie de cómicos que bailan, cantan é improvisan, y abundan los adivinos y encantadores, que reemplazan á los médicos, aunque los abisinios saben curarse por sí mismos con plantas, ventosas, sangrías y cauterios.

Su religión, de la que ya hemos dicho algo, es la vieja religión del Preste Juan, de que habló Marco Polo.

Los abisinios han tenido, como los europeos, terribles guerras religiosas. Además de los sacerdotes existen los *debtéra*, es decir, «guardadores de libros ó letrados», que forman la clase más instruída y la más influyente del país. Son laicos, pero tienen ordinariamente mayor autoridad en la iglesia que el mismo sacerdote. Los *debtéras* poseen en usufructo los feudos eclesiásticos. Ellos dirigen las ceremonias, alquilan mensualmente, pagan, amonestan y despiden al sacerdote que dice la misa, y con frecuencia ocupan el cargo de cura, que es completamente temporal en Etiopia. El *debtéra* es quien compone los cánticos de la iglesia, renovados para cada fiesta. Frecuentemente introduce en ellos algunos conceptos burlescos dirigidos al obispo y, á veces, hasta advertencias para el soberano. Los sacerdotes etíopes, excepto los grandes dignatarios, no están obligados al celibato, pero les está prohibido el volver á casarse. Hay además numerosas órdenes religiosas, que siguen en su mayor parte la regla de San Basilio, comprendiendo unos 2.000 monjes, sin contar las monjas, que son generalmente señoras de edad á las que los disgustos domésticos arrastran á retirarse del mundo. Príncipes desposeídos, funcionarios prevaricadores y soldados sin recursos buscan también un asilo en los monasterios. Una gran parte del suelo de Etiopia pertenece á los sacerdotes ó á los monjes, y permanecería constantemente en barbecho si los campesinos de las inmediaciones no estuvieran



sujetos al trabajo gratuito y forzoso para aquéllos. Las iglesias y conventos son las escuelas del país, y los profesores que no han sido elegidos en la clase de los *debtéras* son todos sacerdotes ó monjes. Enseñan el canto llano, la gramática, la versificación y hacen recitar los textos de los libros santos y sus comentarios, limitándose á estos conocimientos toda la ciencia y la literatura de los abisinios. De todas las prácticas religiosas, la más importante es la que sigue á la muerte. El hombre más justo sería considerado como indigno de entrar en el cielo, si sus parientes no hiciesen decir por él una misa de redención y no pagaran un suntuoso banquete funerario. Se ve á algunos pobres ahorrar durante toda su vida para cumplir con honra esta deuda sagrada.

El poder del rey es limitado en derecho, aunque de hecho sólo esté contenido por la fuerza de la costumbre, y sobre todo por el influjo de mil feudatarios turbulentos y de las poblaciones habitadas por nobles belicosos, hombres de escudo y lanza, campesinos hidalgos á quienes el menor cambio de equilibrio político puede coaligar contra el rey. Mientras no existan caminos fáciles que, siguiendo las crestas y franqueando las gargantas, enlacen las mesetas entre sí, Abisinia estará condenada al régimen feudal. Cada meseta, sembrada de pueblos ó caseríos y bien limitada por barrancos profundos, constituye un feudo natural que domina un *amba* ó montaña-fortaleza, mansión del señor. Desde lo alto de su guarida, vigila éste las inmediaciones, valuando en los campos de abajo la parte de cosechas que le dará el trabajo forzoso de sus vasallos, á quienes explota cuanto puede, sin que exista propiedad segura. Espía además á los extranjeros que han de pagarle derechos de paso. El soberano procura conceder estos grandes feudos, eclesiásticos ó militares, sólo á miembros de su familia ó á servidores afectos. Además, se rodea de un ejército permanente de *nottoádder* ó soldados mercenarios, bien armados ahora con fusiles de tiro rápido, «vestidos de fuego», como dicen los etíopes, lo cual le dispensa de recurrir al apoyo de los feudatarios revoltosos. Se esfuerza igualmente por guardar en su corte los vasallos de que más desconfía, pero su ambición tropieza con otras ambiciones, su astucia con los ardides de otros y la fortuna no le sonríe siempre. Vive rodeado de peligros y se ve forzado á hacer que sus servidores prueben antes los manjares ó bebidas que le sirven, por miedo de ser envenenado. La historia moderna de Etiopía demuestra con qué rapidez cambia de

manos el poder de las del soberano á las del vasallo, y aunque los Negus ó monarcas que se titulan «reyes de los reyes» ó «soberanos de Israel», traten todos de enlazar su genealogía á Salomón y á la reina de Saba, madre de Menelik, primer rey de Etiopía, y lleven en sus estandartes el «león de la tribu de Judá», les falta base para persuadir á sus súbditos. En realidad, el soberano de Abisinia no es dueño sino del suelo en que acampa su ejército y de las ciudades completamente abiertas donde sus jinetes pueden penetrar á la menor alarma. Tal es la razón por la que los Negus abisinios no tiene otra capital que su campamento, el cual cambia á menudo para poder mantener á sus tropas, que viven sobre el país. Este es el que paga también las provisiones ó regalos que el monarca ofrece con una falsa generosidad á los enviados extranjeros y otros personajes. Un golpe en el tambor de guerra basta para que el ejército se ponga en marcha.

Así como los soberanos de Etiopía son, en principio, dueños absolutos, los *ras* y *déyaz*, virreyes ó reyezuelos de comarcas más ó menos grandes, los gobernadores de las provincias, los poseedores de feudos, los *xum* ó jefes de cada ciudad ó aldea, pueden hacerlo todo sin responsabilidad á no ser respecto á sus superiores.

Con arreglo al código del país, la rebelión del hijo contra el padre y del vasallo contra su señor, se castiga con la pérdida de los ojos ó la muerte. Al blasfemo ó al mentiroso que hayan tomado en vano el nombre de Dios ó del rey, se les corta la lengua. El ladrón pierde su mano derecha; el asesino es entregado á la familia de la víctima y muerto de la misma manera que él ha matado. Sin embargo, si el asesinato ha sido involuntario, la familia debe aceptar el precio de la sangre. También se castigan con multas los abusos contra mujeres casadas ó solteras. Los miembros que se amputan á los condenados los cuelgan de su cuello hasta su completa putrefacción, ó se tuestan á presencia de las víctimas, ó le son entregadas, mojándolos en manteca, para que puedan conservarlos y hacerlos enterrar con el resto del cuerpo, á fin de que se levanten enteros el día del juicio universal.

VI

Poblaciones.

En el Tigré, á 2.250 metros de altura, la «ciudad de Abraham», Axoum (5.000 habitantes actualmente), fué la capital de Abisinia antes de la conversión del país al cristianismo. Todavía es ahora «la ciudad santa», y á falta de Jerusalén, que está muy lejos y es la ciudad más sagrada del mundo para los abisinios, los eclesiásticos van á Axoum en peregrinación de todos los extremos de la Etiopía. A pesar de lo pequeña que es la ciudad, está llena de eclesiásticos. A 20 kilómetros de ella, Adona (4.000 habitantes), situada en una altitud de 1.950 metros, sirve de capital al titulado *rey* del Tigré, feudatario y no siempre sumiso vasallo del emperador ó Negus de Abisinia.

Las casas de los ricos ciudadanos de Gondar son, en su mayoría, torres redondas con dos pisos, y el bajo sólo está habitado por los animales y contiene las herramientas y provisiones. Un techo de cañas, cubiertas con hierbas, se levanta en forma cónica encima de la torre. Ciudad de sacerdotes, la de Gondar tiene únicamente comercio é industria para su consumo local. La mayor parte de los artesanos son judíos. Los zapateros trabajan exclusivamente para los sacerdotes, porque los abisinios laicos van con los pies descalzos ó sólo con sandalias. El palacio arruinado de Koskoam, al Noroeste de Gondar, y otros restos de castillos é iglesias, se cuentan entre las curiosidades de la comarca.

En la llanura de Dembea están esparcidos los caseríos que constituyen la ciudad de Chelga, menos famosa que Gondar, pero más importante por su comercio. En ella se encuentran los mercaderes abisinios con los traficantes del Kalabat y Kedaréf. La población del Debra Tabor, en que reside frecuentemente «el rey de los reyes» durante la estación de lluvias, lleva el nombre de Samara. A algunos kilómetros al Noroeste se halla la aldea de Gafat, habitada antes por los herreros brujos, y que era el arsenal de Etiopía. Al Oeste del Debra Tabor, sobre un saliente de la meseta, se ven las ruinas del castillo de Arengo, «el Versalles de los Négus», construido á la sombra de grandes árboles, al borde de un precipicio, de donde se lanzan las aguas para desaparecer en el bosque virgen.

La cuenca del Gumara tiene su ciudad célebre en los fastos de Etiopia, Madera Mariam, «el Reposo de María», que se eleva entre dos afluentes del río sobre una roca basáltica. Madera Mariam no es ya residencia real; pero sus dos iglesias, las de la Madre y del Hijo, son siempre muy frecuentadas por los peregrinos, y también acuden numerosos mercaderes á su campo de feria. Las termas de Madera Mariam están servidas por sacerdotes, que hacen de médicos á la vez.

En la orilla oriental del lago Tana, la ciudad más comercial es Koarata, á la que llaman «la ciudad más bonita de Abisinia». Numerosas *tankua*, ó barcas, secándose en largas filas sobre la playa, atestiguan la activa navegación entre Koarata y los otros pueblos ribereños del lago.

Fuera de las cercanías del Tana, la mayor parte de las ciudades etíopes, pertenecientes á las vertientes del Abai ó «Nilo Azul», están situadas en anchas llanuras, con terrazas herbosas, que costean la orilla derecha del río y que recorren los rebaños. Las más importantes son Mota, Karanyo y Dambacha.

El Xoá ó Choá ha sido casi siempre un reino independiente de Abisinia, pero ahora está unido á él por el prestigio de las victorias alcanzadas sobre las tropas italianas por el Negus Menelik, nombre que en el idioma del país significa «Dios me lo ha dado». La capital de Xoá es Litché y no llega á 4.000 habitantes. La ciudad más elevada (2.800 metros) se titula Angolola, y la metrópoli religiosa llamada Aukober es la población más numerosa (7.000 habitantes).

El Xoá es la Etiopia del Sur, con más lluvia y más calor que la Etiopia del Norte y más fuerza y magnificencia en la vejección.

En Xoá se practica el mismo cristianismo que entre los abisinios y se habla el amharigna más que ninguna otra lengua.

VII

País de los Gallas.

En una parte de su contorno Abisinia linda con Egipto, que en diversas ocasiones ha querido conquistarla, pero ha sido vano su intento, porque los abisinios rechazaron y vencieron á los egipcios después de sangrientas victorias al pie de las montañas. Al Sur, el país Choa une á Abisinia con la tierra de los gallas,

de donde baja uno de los grandes ríos de la costa oriental de Africa, el Djoub, corriente que recoge las aguas de 60 millones de hectáreas y las lleva impetuosas y llenas de arcilla y arena al Océano Indico, casi en la línea del Ecuador. El río es poco ó nada navegable.

Los gallas tienen sitiado al Choa desde hace mucho tiempo. Su número es más considerable y son más fuertes que los choanese y quizás más vigorosos que todos los pobladores de Abisinia; pero como están divididos en diversas tribus, entre las que se cuentan los oromo, que quiere decir los «hombres» y los Ilm-orma ó «hijos de los hombres», naturalmente son impotentes contra otros más débiles que ellos. Fieros guerreros, llevan siempre bajo un escudo de dura y curtida piel, la lanza ó la espada de dos hojas, armas en las que son diestros. Agiles en la lucha, temibles para la venganza y ávidos de sangre, cuya sed sacian en el enemigo, tienen declarada continua guerra á las demás tribus. Diríase que son albaneses, pero de Etiopia, porque son negroides, cuya tez va del rojo al moreno y se parecen á los abisinios, con los que evidentemente se hallan relacionados por sus antepasados. Su lengua, ligeramente semita, no deja de tener cierta armonía y aun algunas palabras semejantes á las del vasco. Así lo afirma un autor competentísimo y y sabio (1) en la materia

Este idioma que á su vez se divide en una porción de dialectos, es el único lazo que une á los gallas entre sí. En lo demás todos y cada uno de ellos son diferentes. Unos se dicen cristianos, otros siguen la ley del Profeta, y la inmensa multitud es pagana. Unos están sometidos á un rey ó á un guerrero que los gobierna, otros obedecen á unos cuantos nobles y entre ellos forman tribus y confederaciones libremente organizadas.

Guerreros y pastores, habitan extensas comarcas desde la ciudadela de los montes abisinios hasta el Ecuador, en donde según todos los indicios tuvieron su primera patria. En la parte Norte han dejado indeleble huella de su paso, traspasando la frontera de Kaffa (1), la Eneréa y otros países, con los cuales confina con los choanes y con las gentes de Habech. Durante siglos y siglos han vendido tal número de niños y jóvenes de sangre enemiga y aun de su propia sangre á los tratantes de esclavos del Oriente árabe, que han llegado á transformaren gran par-

(1) Antonio d'Abbadie.

(1) De donde es originario el café.

te las razas de Nubia, Egipto y Arabia. Las mujeres gallas tienen el color muy claro y son consideradas casi todas como bonitas, en su juventud, por los mismos blancos. Hombres y mujeres se envuelven con elegancia en la toga etíope, y el héroe que se distingue por cualquier acción brillante, coloca orgulosamente sobre su cabellera una pluma de avestruz. Participan hasta cierto punto de la civilización de los etíopes, dedicándose á la agricultura y cría de ganados. Los galla, muy valientes, son también crueles, y como los antiguos judíos, practican la monstruosa costumbre de castrar á sus enemigos vencidos, vivos ó muertos, y de llevar á sus casas estos repugnantes trofeos. Su intervención en las guerras de Abisinia, como aliados, mercenarios ó como enemigos, sostuvo esta espantosa práctica en toda la Etiopia. Los mutilados son considerados en el país galla como seres inmundos, y el mismo hijo no puede socorrer á su padre y debe rehusarle los honores de la sepultura. Tal es el amor á la libertad entre los galla, que se ha visto frecuentemente á los cautivos dejarse morir de hambre antes que trabajar para su dueño; solamente los niños se acostumbran, en poca semanas, á la servidumbre. En casi todos los Estados monárquicos de los galla la trata de estos muchachos se hace por cuenta de los mismos jefes. Los hay que cobran directamente de las familias un impuesto en niños; otros imponen multas que se pagan con carne humana. Algunas tribus galla están constituidas como federaciones republicanas; pero las más de ellas arrastradas sin cesar hacia los caminos de la guerra, se han impuesto jefes ó heyu que son los únicos, de los galla, que tienen la costumbre de tomar muchas mujeres. Entre los galla del Norte se han establecido reinos dinásticos, organizados según el modelo del imperio etíope. Los galla veneran todo lo que vive ó todo lo que les impone en la Naturaleza: los ríos, las montañas, los bosques, el rayo y los vientos. Entre los animales, la serpiente, «padre del mundo», es el más venerado, y muchas cabañas poseen su culebra doméstica. Los galla del Norte tienen sacerdotes y hechiceros, temidos por sus encantamientos. Se les da el nombre de kalicha, y pretenden disponer á su albedrío del porvenir. Prolongan la vida ó matan, conjurando ó llamando al espíritu maligno; pero más terribles todavía son los buda ú «hombres-lobos», que se transforman en bestias feroces y hacen perecer á los hombres con el poder solamente de su mirada. Todo individuo convicto de ser buda es degollado inmediatamente; como en la Europa de la Edad Media, se acusaba

á las viejas de cebarse, por la noche, con víctimas humanas.

Es raro que los ilm-orma ó gallas practiquen la poligamia. Sólo tienen una mujer, que es frecuentemente una esclava, encargada de todas las faenas domésticas, pero considerada como indigna de cultivar el suelo, de llevar los ganados al abrevadero y de ordeñar las vacas. Cuando un galla cae gravemente enfermo y no quedan ya esperanzas de salvarlo, se le llena la boca de leche cuajada, sosteniéndola con una tela; de este modo le ahogan para evitar su agonía. En algunas tribus los jóvenes y los parientes más próximos matan, de igual manera, á los de edad avanzada, aunque no estén enfermos, para librarles de sufrimientos. Las ceremonias de la inhumación son muy solemnes.

Si pudiera saberse con certeza de donde proceden estos gallas se conocerían una porción de orígenes que hasta ahora son y serán un eterno enigma. Los habitantes del Africa occidental, los de la meseta central con los del Occidente y el Sur, y aún con los mismos de Egipto, tendrían menos misterios en sus precedentes. Pero los gallas, como otra porción de pueblos cuyo origen desearía conocer á fondo la historia, no han tomado una parte activa en la vida de la humanidad, sino cuando por sus guerras, por sus emigraciones, sus fusiones de sangre ó idioma, aparecían ya con caracteres sobradamente definidos. El hombre ha conocido demasiado tarde la conmemoración del pasado por medio de la incisión, el estilete y la escritura, é ignora la infancia de su raza, como cada uno de nosotros ignoramos los dos ó tres primeros años de su vida.

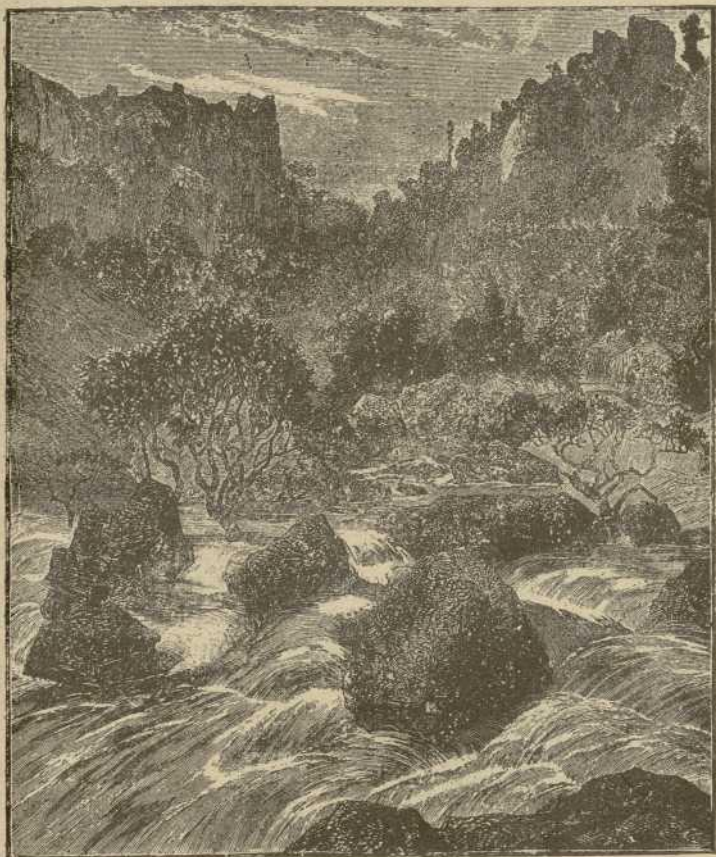
VIII

Abok, Assab. Massoua.—Posesiones europeas.

El río que separa al Nordeste los choanes de los gallas, que es el Aouach ó Aouasi, recoge también las aguas de Ankober. En impetuosa corriente y engrosado las más de las veces por las frecuentes crecidas, baja hasta el Samhar, litoral de accidentado terreno que debiera encauzarle hasta el mar Rojo ó hasta el golfo de Aden.

Pero no llega ni al uno ni al otro mar, pues se agotan sus aguas y después de recorrer 800 kilómetros por áridas zonas,

desemboca en el pantano-laguna de Aoussa ó Bada, de agua dulce, que en la época de sequía disminuye y las crecidas desparrraman sobre los terrenos cenagosos de su alrededor. Otros riachuelos se pierden y agotan en este Sahara, bastante más



Cascada del Reb inferior. (Dibujo de E. Cicerl.)

bajo que el nivel del mar. Se cree que la laguna de Assal, semejante en profundidad al golfi de Tadjura, está á 173 metros bajo la superficie del Océano, ya que no á 200 ó 231, como suponen algunos.

El Aoussa, que absorbe el Anach, no está muy distante del Assab, y de éste á la bahía de Tadjura, que posee Francia, no hay más que 20 kilómetros.

En una costa seca, ardiente, lúgubre y sombría por las lavas y la opaca luz que en ellas se refleja, tiene Francia los puertos de Sagalo, Tadjura y Obok. Este último está en la parte en que las aguas de su bahía pasan á ser el golfo de Adén ó Mar de las Indias.

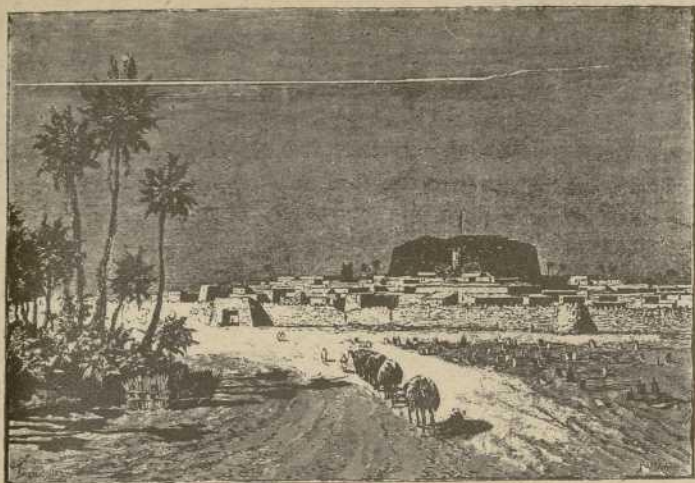
Es una mísera colonia de áridas costas y ferruginosas vertientes, sin bosque alguno, sin fuentes, montes, florestas, ni una mala mata. Un sol abrasador seca continuamente esta tierra. Es verdaderamente la nada, y no hay otro camino al interior que el que, partiendo de las aguas del golfo de Tadjura, que penetran 60 kilómetros en las tierras, conduce á la meseta habitada por los choanes. Las caravanas no siguen esa ruta cuando bajan de Ankober. Vienen por la parte de Zeila, atravesando el encantador oasis de Harrar, que posee una ciudad de 20.000 almas á 1.700 metros de altura.

Zeila es de Inglaterra, Obok pertenece á Francia y Assab á Italia. Assab sería otro reino de la nada si los italianos no hubieran empezado á encaramarse por las partes altas de Abisinia, estableciendo un cantón en Massúa, desde donde acechan el Sudán egipcio. Italia, con el deseo de ser potencia colonial, estableció su protectorado sobre esta parte del Africa contando con el apoyo de las principales potencias de Europa y enseñoreándose de una gran región que tituló la Eritrea por el antiguo nombre de Eritrea que llevaba el Mar Rojo. Pero al intentar apoderarse del Tigré tropezaron los italianos con el emperador de Abisinia y sufrieron el revés colonial más terrible que registra la historia. En Abba-Garima el Negus Menelik derrotó las tropas italianas completamente, y el desastre fué tan grande que Italia no ha osado ningún nuevo avance.

Desde la orilla del mar Rojo hasta las montañas, Francia, Inglaterra é Italia tienen hoy bajo su mando, en un país de asfixiante calor, entre las reverberaciones de la lava y el sol (1), dos pueblos relacionados entre sí y los dos rebeldes al yugo: los afar ó danakil y los somalí.

Existen sobrados motivos para suponer que estos pueblos nacieron de la unión de los galla y de los árabes. Sus rasgos y su estatura denotan y declaran la mezc'a aucestral. Casi todos hablan su antiguo idioma amitico pero hay muchos que saben el árabe. Un gran número de ellos son musulmanes y el resto siguen siendo paganos.

(1) Es quizás el país de la tierra donde el calor es más intenso.



Murzuk: vista general. (I dibujo de Pranishnikoff.)

TRIPOLITANIA

I

«Tarábolus-el-Gharb» ó Tripolitania.

La parte del continente africano designada en los mapas con el nombre de Tarábolus-el-Gharb ó Tripolitania, es un territorio sin unidad geográfica. Vasta región de más de un millón de kilómetros cuadrados, se compone de comarcas diferentes, separadas unas de otras por soledades inhabitadas y hasta inhabitables. Puede decirse que, si no el desierto, al menos las estepas que le preceden llegan al litoral del Yun-el-Kebrit, ó Gran Sirte de los antiguos. El espacio comprendido entre la Cirenaica al Este, y los Yébel Ghurián al Oeste, cercanos á la actual Trípoli, es una tierra que está por dividir entre la zona mediterránea y la del Sahara. En realidad toda la parte meridional de la antigua Regencia de Trípoli pertenece al desierto. El suelo está cubierto de rocas, piedras, arcillas ó arenas, con excepción de algunas hondonadas donde brota un poco de agua para alimentar al hombre y á las palmeras. Sólo por una ficción política, y no por sus condiciones naturales, puede considerarse al Tarábolus-el-Gharb como un conjunto. Tampoco el espa-

cio que se comprende ordinariamente bajo el nombre de Tripolitania y que formaba antes un sólo gobierno ó *vilaïet*, está sometido á la Sublime Puerta. Los oasis de Kufra, aunque contados entre las posesiones de Turquía, han permanecido independientes por completo y hasta en otros oasis, más inmediatos á la costa, la autoridad de los otomanos es puramente nominal.

II

Barka ó Cirenaica.

En la orilla Oeste del delta del Nilo, un promontorio calcáreo surge del desierto líbico. Es la meseta de Akaba, cuya altura de 200 á 250 metros pertenece á Egipto. Sigue hacia el Oeste la meseta rocosa, aumentando en altura hasta llegar á los dominios tripolitanos, con el nombre de meseta de Barka.

La meseta de Barka tiene unos 15 ó 16 millones de hectáreas, con una población de 300.000 habitantes. La región fértil que es el Barka Rojo, abarca una extensión de dos millones y medio escasos de hectáreas, y el resto es la parte del Barka Blanco.

Los nombres árabes son Barka-el-Hamra y Barka-el-Beida que, traducidas literalmente, significan «Barka Rojo» y «Barka Blanco», respectivamente. Los que hablan árabe y habitan estas regiones en la actualidad, quieren significar con el primer nombre las mesetas calcáreas, revestidas de tierra roja y las gargantas y desfiladeros revestidos también de rojo *humus* que viene á hacinarse en ellos desde los puntos más altos hasta las riberas del mar, y con el segundo nombre la pendiente meridional de la meseta, tierras y arenas blancuzcas cuyos *oueds*, ó riachuelos, sin aguas, van á perderse en el Sahara de Libia.

El Barka Rojo, que ahora es casi un desierto, tiene tan fértiles cañadas, un clima tan sano y tantas fuentes, que no sería extraordinario llegase de nuevo á ser lo que fué antiguamente: una región llena de vida. Sus ruinas, sus necrópolis, sus laberintos y grutas funerarias, denotan lo que era Cirenaica en los días de prosperidad y esplendor. Este país tan abandonado ahora, que es necesario internarse en el Sahara para encontrar otro que se le iguale, este país de los muertos, este Egipto

to sin Nilo, sin aluviones, jardines, ni momias, este Barka Rojo, fué la Cirenaica de los griegos.

La Cirenaica toma su nombre de la brillante Cyrene que los dórios fundaron en la isla de Thera (Santorin), próxima al portalón de roca, de donde mana el límpido manantial de Apollon. Más tarde se llamó Pentapolis, porque se componía de cinco ciudades, Cyrene, Teucheira, Hespéris, Apolonia y Barka (que es el nombre que conserva). Cyrene estaba situada, sobre poco más ó menos, á 600 metros de elevación sobre el nivel del mar. Dominaba al mismo tiempo la meseta cuya parte más llana ocupa el litoral con sus estrechos valles. En la actualidad la tierra que Pindaro llamaba «el bosquecillo de Júpiter y Venus», tiene como dueño y señor un pueblo que carece en absoluto de letras y artes, un pueblo compuesto de 300.000 habitantes más ó menos nómadas y que no hablan más lengua que la del Koran. Benghazi, su ciudad principal, pero pequeña á pesar de su principalidad, está próxima á las ruinas de la antigua Berenice en la ribera de la Gran Syrte. No es fácil fijar de un modo preciso en donde estaba el río Leteo (1) y el Jardín de los Hespérides; pero todos convienen en que el río del Olvido debía estar á las puertas de Berenice.

De los puertos que tiene el Barka y que codician algunas potencias europeas, uno de los mejores es Derman, la antigua Dárnis, poblada en el siglo xvi por moros andaluces. Se compone de cinco pueblos ó barrios separados, uno de los cuales es sólo un montón de escombros, y que aparecen divididos en dos grupos por el lecho de un torrente. Los comerciantes de Dérnah tienen relaciones con Benghazi, Malta, La Canea de Creta y Alejandría, sirviéndose de barcos de poco tonelaje, que fondean á alguna distancia de la ciudad, en una rada abierta á todos los vientos. En invierno, las embarcaciones van á buscar un abrigo en el golfo de Bomba.

Benghazi, ó Ben-Ghazi, que equivale á «Hijo de la guerra» ó «de la rapiña» lleva este nombre por el sepulcro de un santón que se levanta á corta distancia al Norte, sobre la orilla del mar. Ocupa el emplazamiento de la antigua Hespérides, y á un lado se extiende un lago salitroso. Otros lagos, ó más bien pantanos, se prolongan por el Norte y Sur, separados del Me-

(1) Según opinión de algunos, el río que hacía perder la memoria era el Lima ó Limia, que está en Galicia y en la parte septentrional de Portugal.

diterráneo por el cordón litoral. Sin embargo, Benghazi es menos insalubre que la mayor parte de las ciudades de la costa, gracias á la brisa del mar; pero en las habitaciones pululan los insectos, y la ciudad es designada proverbialmente con el nombre de «Reino de las moscas». Hallándose la capital de Barka en relaciones constantes con los oasis del desierto por las caravanas que arrastraban antestras de sí grandes rosarios de esclavos, la población de Benghazi está muy mezclada. El elemento nigricio se encuentra fuertemente representado entre estos descendientes de bereberes ó árabes. Los judíos, notables por su hermosura, son también muy numerosos entre los habitantes de la ciudad. Esta no es ya una aglomeración de casucas de tapial cubiertas con esteras. Ahora tiene sólidas casas de piedra con uno y dos pisos, un faro, edificios religiosos, mezquitas, sinagogas ó iglesias: pero no conserva un solo monumento de su pasado.

Más allá de Béhghazi no hay ciudades, y sólo algunos grupos de casucas ó los campamentos de beduinos, se suceden en el contorno inmenso de esta vasta ensenada meridional del Mediterráneo. La ciudad de Ayabia ó Ayedabia, que fué populosa y comercial en la Edad Media, como escala de los oasis, apenas ha dejado ruinas.

En Muktar ó Mujtar, más al Oeste, donde el camino de las minas de azufre llega á la playa, montones de piedras indican la frontera entre el territorio de Benghazi y el del verdadero Tarábolus ó Trípoli.

III

Trípoli.

Lo mismo que la meseta de Barka, Trípoli, propiamente dicho, ó Mesrata, está junto á la Gran Syrte, golfo extendidísimo, litoral castigado por los vientos que de continuo le azotan, especialmente el Nordeste y el Noroeste, el Norte cálido y el Sur abrasador, asfixiante.

Hasta 1820 sólo había un árbol, uno sólo en la extensión de 668 kilómetros que abarca la Syrte mayor: la palmera de El-Aghar, que murió hace setenta años. Ahora en una extensión ribereña, mayor que la que existe entre Niza y Port-Vendres, los pescadores y los buscadores de esponjas no encuentran una casa donde guarecerse, ni una sombra donde cobijarse.

Detrás de esta ribera, cubierta de arenales casi saharianos, se alzan los escarpados montes Nekus y los Gharian, que tienen una altura de 750 á 1.000 metros. Más allá de esta cadena de montañas en la que hay circos rocosos, grutas, cañadas y fuentes, se encuentra el Hamada-el-Homrá ó meseta Roja, de la cual los Nekus y los Gharian forman el reborde septentrional y que corresponde ya al Sahara.

Se cree que este país abandonado por la suerte tiene una población de seis á setecientas mil almas. A pesar de las fresquísimas cañadas de Barka, el territorio de la Syrte no podrá nunca llegar á crear un pueblo dominador. Jamás podrá vivir allí más que una nación pequeña y siempre dispersa en la ribera. La Tripolitania vive, puede decirse en el aire, entre dos polos poderosos, el Egipto y el Tell, el Nilo y el Atlas, el extenso río y la gran montaña. Caerá sin duda del lado de Argelia, pues al Norte el país de la Syrte es un Tell seco distinto del Egipto, mientras que al Sur se compenetrán sus mesetas y sus dunas con los *hamadús* y los *aregs* del Sahara francés.

Los tripolitanos no hablan más que el árabe; pero hay todavía tribus y fracciones de estas mismas tribus que no olvidan su origen berebere. Estando bajo el poderío del Gran Sultán de los turcos, sin virrey intermediario ni protectorado extranjero, nada tiene de extraño que existan también en el país algunos millares de osmanlíes.

Los judíos se reconcentran igualmente en las ciudades para dedicarse únicamente al comercio y á la usura.

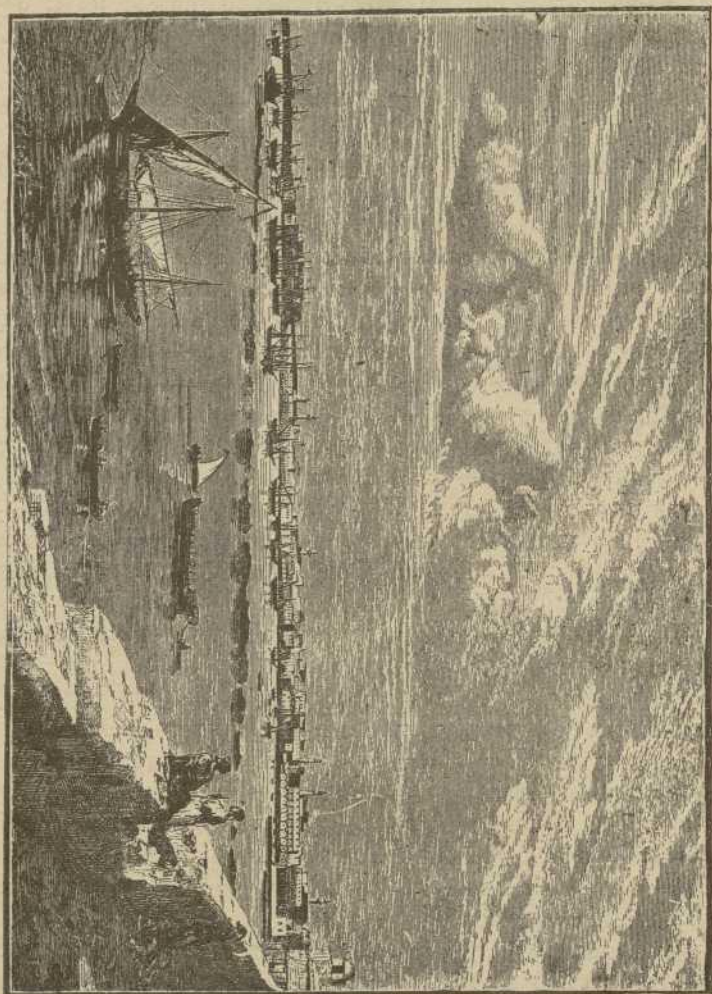
La Trípoli de Berbería (1), ó sea la capital, no es más que una ciudad de tercer orden entre las del litoral mediterráneo, aunque en los últimos años se haya poblado y embellecido. No se sabe en qué época tomó la apelación de Trípoli ó «las tres ciudades». Los turcos han conservado el nombre griego de Trípoli bajo la forma de Tarábolus, pero distinguen la Trípoli africana de la de Siria con el sobrenombre de El-Gharb, es decir, la Trípoli del Occidente.

La ciudad de Tarábolus, vista desde el mar, parece encantadora. Una cadena de escollos, emergida en parte, avanza sobre el agua azul á tres kilómetros de la orilla, y sostiene, en su arranque, por el lado de la tierra firme, una gruesa torre construída por los españoles y otras defensas. Hacia el Oeste se redondea la media luna que forma la ciudad, separada de la pla-

(1) Para diferenciarla de la Trípoli de Siria.

ya por una línea de muros que domina otra hilera de casas blancas con terrazas, limitándolas en el extremo Sudeste del puerto el macizo palacio del baja ó gobernador general, rodea-

Puerto de Trípoli. (Dibujo de E. de B. nri.)



do de jardines y palmeras. Alminares tan esbeltos como los de las mezquitas de Turquía, y mástiles de banderas, donde flotan los pabellones consulares, aparecen por encima de las mezquitas y de las casas cercanas al litoral, y más allá, dominando la ciudad, se muestra la ciudadela y el faro. En la moderna Trí-

poli, que rodean los agrietados muros contruidos por los españoles en tiempo de Carlos V, se mezclan estilos de arquitecturas diferentes. En su interior, en el dédalo de calles estrechas y tortuosas, la mayor parte de las casas, unidas en algunos puntos por encima de las callejuelas con pasos abovedados, conservan su fisonomía árabe con sus muros blancos y desnudos y sus patios rodeados de galerías. Casi todos los edificios levantados por el gobierno, cuarteles, prisiones, hospitales y almacenes, recuerdan las enormes construcciones turcas de Constantinopla, mientras que el barrio maltés se parece á un arrabal de las pequeñas ciudades italianas. En la calle de la Marina se elevan suntuosas casas, como las de poblaciones comerciales de Europa. Hasta la arquitectura de las grillas del Níger está representada en esta ciudad mediterránea. Sobre muchas ruinas se agrupan las cabañas con cúpulas de ramaje, semejantes á las del Sudán occidental. Aunque muy sucia, unas veces fangosa y otras polvorienta, Trípoli se ha embellecido mucho desde mediados del siglo XIX. El *hara*, ó barrio judío, es siempre un laberinto de callejuelas inmundas, pero una calle central atraviesa todo el macizo de la antigua ciudad. La población urbana es de unas 30.000 personas, entre las cuales se cuentan 4 ó 5.000 europeos, casi todos italianos y malteses. Los indígenas, hombres y mujeres, usan aproximadamente el mismo traje. Solamente arreglan su toga ó *háuli*, de una manera diferente. Las mujeres llevan tres túnicas superpuestas, de gasa, de seda y de lana.

La zona de los palmares, llamada la Mexiya, que rodea á la ciudad de Tarábolus con un ancho de 15 kilómetros, es una región muy poblada, pues contiene cerca de 30.000 habitantes. Forman esta masa negros del Bornu y de los Estados del Níger que, vueltos á la libertad, han tomado el mismo género de vida que en sus aldeas nativas; árabes transeuntes, que arman sus tiendas bajo las palmeras, cerca de alguna santa *kubba* ó mausoleo; malteses, que establecen su tenducho ó posada en las encrucijadas de los caminos, y los europeos ó turcos retirados en una graciosa casa de campo, entre los macizos verdes y floridos. Por término medio parten cada año de Trípoli seis ú ocho grandes kafilas ó caravanas, que llevan de 1.000 á 3.000 camellos y, marchando siempre escoltadas por centenares de árabes armados, se arriesgan sin miedo en los territorios hostiles del interior. El viaje dura ordinariamente de dos á tres meses hasta las primeras ciudades del Sudán.

IV

Fezzán, Tibesti ó Tou.

De Trípoli «la blanca» se va á Fezzán por un camino de piedra y de arena, cuya blancura reverbera al sol. Atraviesa oasis, dunas, bajos salados, lagos y las rocosidades volcánicas del Haroudj Blanco ó del Haroudj Negro.

El Fezzán está poblado por unos 45.000 hombres de orígenes diversos y cruzados, circulando por sus venas tres clases de sangre: la sangre árabe, la berebere y sobre todo la negra, lo que nada tiene de extraordinario, pues el camino más corto entre el Mediterráneo y el Africa Central pasa precisamente por los oasis de Fezzán, y este archipiélago, en medio del mar de arena del Sahara, está desde tiempo inmemorial en comunicación con el Sudán, de donde recibe todavía muchísimos esclavos. Todo el mundo conoce el árabe en la región, pero prefieren hablar el kanuri, que es el idioma de los negros de Bournú, país sudanés, el más próximo á Fezzán y el que más ha contribuido á la formación de la heterogénea raza.

El principal oasis del Fezzán, el Uadi-ex-Xiati, tiene dos agrupaciones de habitantes que merecen el nombre de ciudades por el rango administrativo ó la posición militar: Bráak, al Este, está habitada por el *mudir* ó gobernador de la comarca. En el Oeste, Ederi, ceñida por murallas, se eleva sobre una alta colina en medio de un ancho valle. Al Sur de Bráak, en el oasis de Sebhá, la población llamada Yedid, es decir, «la Nueva», cuenta, sin embargo, casi tres siglos de existencia, hallándose rodeada de murallas, con torres en los ángulos y elevando algunos alminares por encima de sus casas de piedra ó de tapial. Al Nordeste se suceden las tres villas de Temenhint, Zemnu y Zighen. La primera es la menos considerable y la segunda la más importante. Dédalo de calles bastante limpias, pero tan estrechas que los camellos cargados apenas pueden pasar por ellas, Zemnu está habitada por gentes de diversas razas, entre las cuales hay muchas familias que se reputan como santas. Zighen, grupos de casuchas que rodean un castillo, está completamente poblada por morabitos procedentes del oasis de Fugha.

Murzuk, capital hoy del Fezzán, está en el más vasto oasis del país, en el Hofra. A pesar de su insalubridad y de la relativa pobreza de sus vergeles y sus huertos, Murzuk debe la elección que se ha hecho de ella para metrópoli á su posición sobre la ruta principal de las caravanas, en la entrada de los caminos que atraviesan las mesetas del Sur hacia el Sudán. Ha llegado á ser la ciudad más populosa de todo el Fezzán, pues tiene 6.500 habitantes dentro de sus muros ó en los palmares circunvecinos.

Al Oeste de la capital, sobre el camino de Ghat, el oasis de Otba, la antigua colonia de los negros del Hausa, es el único que tiene un centro de población. Más allá sólo se encuentran pozos con chozas. Al Este de Murzuk, el oasis central del Hofra es el de Trághen, ocupado por la villa en decadencia del mismo nombre, rodeada de murallas que sólo encierran hoy ruinas, en medio de las cuales se levantan algunas cabañas. La falta de población ha hecho un extenso bosque, casi inútil, de los admirables palmares de Trághen.

Zuila y Temisa, gobernadas por los xorfa ó descendientes de Mahoma, están pobladas por bereberes que hablan todavía su lengua. También fué Zuila capital del Fezzán, y los tibbu designan todavía con su nombre toda la comarca de los oasis. Al Sur del Fezzán, otro oasis sirve de punto de partida á las caravanas: el que rodea la villa *santa* de Gatrún. Los morabotín literatos y recitadores del Koran, que gobiernan la comarca, monopolizan el comercio de Marruecos hace tres ó cuatro siglos, pero no son hijos del Profeta de pura genealogía, como lo pretenden. Sus facciones demuestran la mezcla de razas que se ha operado en esta parte del Fezzán. Los morabitos toman generalmente por esposas á mujeres del Tibesti, y los tibbu nigricios habitan, en los alrededores, grupos de cabañas formadas con hojas de palmeras.

El camino que conduce desde Murzuk, la capital del Fezzán, al lago Tchad, ó mejor dicho, á la laguna sudanesa, deja á su derecha una región sahariana de gran extensión, en la que no llueve nunca, ni la cruza un mal arroyo. De sus montes, el Tarso, el Kussi, tienen 2.500 metros de altura.

No mana una sola fuente, y 12.000 habitantes viven como pueden en la comarca, temiendo de continuo la sed y el hambre.

Esta región es el Tibesti ó Tou, y los que habitan en ella, replegándose muchas veces en sus confines, son los tedsa ó tibus.

A pesar de la escasa importancia del Fezzán, él solo da cierto valor á la Tripolitania, por ser «la Puerta del Sudán» en el Mediterráneo oriental.

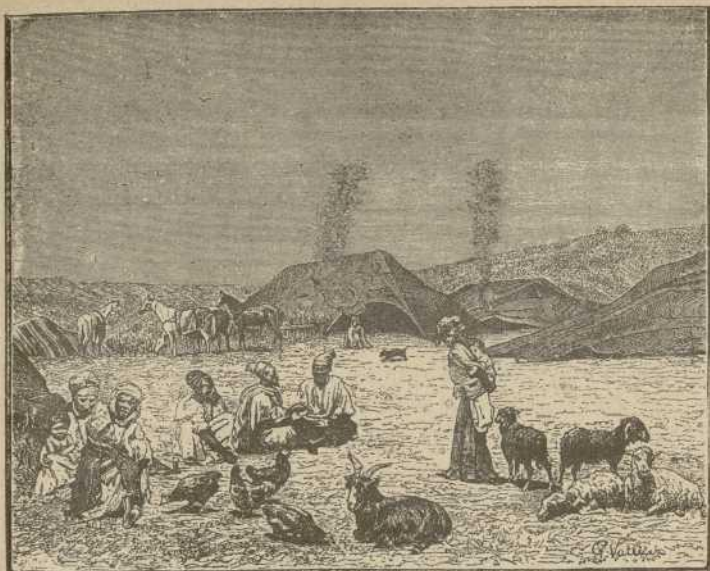
V

Ghadamés, Aoudjila, Koufra.

Al Noroeste del Fezzán, á 500 kilómetros al Sudoeste de Trípoli y á una distancia casi igual al Sudeste de Biskara, está el oasis de Ghadamés, que viene á ser un depósito del desierto. Situada á 350 metros sobre el nivel del mar la antigua Cidamus, tiene unas 24.000 palmeras. Lindando como está con Argelia debiera depender de ella. Los 7.000 habitantes, de aspecto berebere, que pueblan este oasis, hablan un dialecto berebere, independientemente del árabe, el cual hablan también.

Al Noroeste del mismo Fezzán, y no muy lejos del fondo de la Gran Syrte, está el oasis de Aoudjila, cuya riqueza consiste en 200.000 datileros. Ocupa una de las profundidades de la depresión libia, á 52 metros bajo el nivel del mar. Los aoudjibianos, de origen berebere, conservan aún su viejo idioma, pero todos conocen también el árabe.

Al Sur de Aoudjila, separada de ésta por una meseta pedregosa y del Fezzán por un laberinto de dunas, está el oasis de Koufra, recientemente descubierto y del que se dice que es «incomparable». No hay otro que se le iguale por la cantidad de agua y de palmeras. Está sometido, aunque por mera fórmula, al pachalik ó gobernador de Trípoli y la separa de ésta una extensión de 1.350 kilómetros medio estériles ó estériles por completo. Los cinco sub-oasis de que se forma están de 250 á 400 metros sobre el nivel del mar, y la extensión que ocupan es de 1.800.000 hectáreas aproximadamente. Los palmares pertenecen á los negros tibus sedentarios, pero desde hace ciento cincuenta años dominan allí los nómadas, fanáticos musulmanes, que son bereberes, aunque no puros, pues están cruzados con el árabe y el negro.



Un aduar de berberiscos. (Dibujo de Vullier.)

BERBERÍA

I

El Mogreb ú Occidente.—País uno é indivisible.

Entre el Mediterráneo al Este y al Norte, el Atlántico al Oeste y el Sahara al Sur, es decir, entre dos mares de agua y uno seco—si es que el Sahara alguna vez fué mar,—está Berbería, tierra aislada que los árabes orientales llamaron la isla del Mogreb ó de Occidente.

Comprende dos países casi iguales: al Este, Argelia con Túnez y al Oeste Marruecos; este último libre y aquel sometido á Francia. Argelia, que tiene más de 500.000 europeos, espera que con el tiempo llegará hasta el Atlántico, atravesando las tierras que hoy están bajo el poderío del «emperador berberisco», fanático sultán de los fanáticos marroquíes. Es envidiable por la riqueza que encierra este Mogreb, que la Naturaleza ha hecho uno é indivisible.

Argelia y Marruecos están situados sobre el mismo suelo,

en la falda del Atlas, cuyo nombre procede sin duda del berebere Adrar, que quiere decir «montaña», aun cuando la palabra haya sufrido corrupciones y modificaciones á través de los siglos. Gozan del mismo clima y se crían en ellos las mismas plantas; las mismas que se crían también en Andalucía, Sicilia, Córcega, Provenza, Bajo Languedoc y el Rosellón. De 434 especies que crecen en el litoral de la provincia de Constantina, tan sólo 32 se desconocen en la Europa mediterránea.

Divídese también la Berbería en «Tell» ó tierra laborable, en estepas que dan abundantes pastos y son terrenos fertilísimos, de continuo regados por inagotables arroyuelos, y en el Sahara, cuajado de oasis. Sin que haya podido fijarse de un modo terminante (pues realmente no es fácil saber cuál es la tierra de labor y cuál la landa), se calcula que el Tell tiene de 36 á 37 millones de hectáreas y la Estepa de 22 á 23 millones. En cuanto al Sahara, sus cientos de millones de hectáreas no pueden contarse más que por los oasis. Landa y Tell unidos, tendrán unos 60 millones de hectáreas.

Tanto en el Tell, como en la Estepa y el Desierto, la cría de animales es idéntica, viviendo en los tres puntos el buey, el caballo fino, graciosamente ágil, ligero, brioso y dócil; el carnero, el camello, siempre grave, la gacela y el avestruz. En cuanto á animales dañinos, los que más abundan son el león, la pantera, la hiena, el chacal, que tiene parecido á la vez con la zorra, el perro y el lobo, y por último, la langosta, que viene del Sur en bandadas de millones y millones. Cuando una de estas hordas baja al desierto, nublando al mismo sol por su abundancia, lo devora todo y no queda con vida ni una sola hoja. Dicen los árabes que un día el califa Omar leyó con terror estas palabras en el ala de una langosta que fué á posarse en su mesa, cuando estaba comiendo: «Incubo 99 huevos. Si incubase 100, me tragaría el mundo.»

Las mismas razas se encuentran en toda la extensión de terreno que va de la Syrte al Océano: en unos sitios bereberes de positiva antigüedad en su origen; en otros, árabes que entraron como conquistadores y que convirtieron á su religión á los demás en la isla del Mogreb; bereberes-arabeizados, árabes-berberizados, mestizos de árabes y bereberes, moros, hijos de renegados cristianos, kouloglis cuya progenitura procede de los soldados turcos y de las mujeres del país, bastardos de sangre ismaelita ó sangre «autóctona», y aun de sangre negra; indios, y por fin, los que llegaron últimamente: franceses y sobre to-

do europeos del Mediodía, valencianos y andaluces, mallorquines, italianos y malteses.

De las tres razas que pueblan el Mogreb, el berebere prefiere la montaña, el árabe la llanura y las mesetas de terreno cultivable, y el francés, ó generalizando más, el europeo, español ó italiano, la ciudad, las tierras de regadío y los viñedos. Cuanto más se avanza hacia el Oeste y más se separa uno, como es natural, de Egipto y Asia, de donde vino la invasión musulmana, más bereberes se encuentran y menos abunda el árabe.

II

Bereberes y árabes.

Hubo un hombre que conocía á fondo á los bereberes, á los árabes, á los bereberes cruzados con árabes, á los negros y á los mestizos de negros con árabes y bereberes. Tuvo á su mando á los árabes de la subdivisión de Bona, vivió entre los bereberes en una de sus más altas ciudadelas, el Aurés; combatió á los bereberes que procedían de los árabes en los bosques de gomeros del Senegal, y batalló durante mucho tiempo con los peuls, en la orilla izquierda de dicho río. Este hombre, el general Faidherbe, que tanto ilustró su nombre en Africa, calculaba en unos 12 millones la población entera de Berberia en el sentido lato de la palabra, es decir, comprendiendo en ella el Sahara y los bereberes que lo habitan. Suponía que en estos 12 millones el elemento negro contribuía en un 5 por 100, el árabe en un 10 por 100, y el berebere en 75 por 100. Según Faidherbe, el berebere es un mestizo formado por el cruce de los libios autóctonos con los invasores rubios que antiguamente llegaron de Europa, procedentes de las Galias y de la Iberia, por las columnas de Hércules.

En cuanto á los árabes que hoy ocupan las mesetas, los montes y llanuras, no tuvieron por ascendientes á los héroes de la Gran Conquista. Los hombres de la «Guerra Santa» pasaron como un huracán por el Poniente de Africa.

Después de esta tempestad invasora el nuevo sol que brilló sobre el viejo Atlas, no volvió á dar su luz y su calor á ninguna tribu, ni á ningún aduar de árabes. El Adrar había seguido siendo berebere. Y así vivió durante cuatrocientos años.

De repente, hacia la mitad del siglo *xi*, llegaron del Este impulsados por un califa egipcio que les deseaba la muerte antes que la victoria, seis numerosas tribus de bandidos, los So-leim y cinco tribus de la raza de Hilal de donde toma el nombre la invasión hilaliana que trajo de Egipto á Berbería 250.000 árabes. Otros suponen que eran un millón.

Estos guerrilleros de la segunda invasión rechazaron al berebere en las montañas, no sin gran esfuerzo; tomaron el llano, la estepa y la parte del desierto, donde brota la hierba después de las lluvias, y así se formó el pueblo llamado árabe que encontramos después en el Mogreb; árabes que llevan en sus venas sangre de berebere y una poca sangre de negro, como el berebere lleva parte de sangre de negro y mucha de árabe.

III

España, Portugal y Francia en Africa.—La revancha de Quebec.

Hoy los árabes están en Berbería en plena decadencia. Van escaseando cada vez más, en tanto que los bereberes, los legítimos hijos del país, aumentan y van formando un pueblo nuevo, que está destinado á dominar el Tell africano.

Este nuevo pueblo está bajo el protectorado de Francia. Ningún lazo unía Francia al Africa; ni la proximidad, ni las alianzas, ni el comercio, ni la tradición, ni la fe católica que pretende inculcar en los musulmanes que la desprecian y rechazan. Como remate, el clima de Berbería es completamente distinto al clima francés.

Ningún pueblo de Europa más indicado para esta misión que España, que vive más próxima á Marruecos que lo está Sicilia de Túnez

Todo llevaba España hacia Africa, la historia, el odio incubado durante ochocientos años en la constante lucha con los moros, la inquietante vida de sus costas, noche y día asaltadas por los piratas berberiscos, al prestigio de su poderío, las empresas de su marina, y sobre todo, el ardor de su propaganda católica. Después de expulsar á los llamados «árabes» de las montañas asturianas y llevarlos hasta el Duero, del Duero hasta las sierras centrales, de éstas el Tajo, del Tajo al Guadalquivir y del Guadalquivir al mar azul, aún tenía sed de venganza y descargaba ciega su espada sobre los infieles.

Por esto pasando el mar España invadió á Africa y luchó denodadamente porque su entonces gloriosa bandera ondease sobre la impia costa. Todo cristiano que moría en la tierra herética de Africa era para los suyos un verdadero mártir. De estas batallas contra los infieles, la del sitio de Túnez, dijo el gran Cervantes en un vigoroso soneto (1).

De entre esta tierra estéril derribada,
Destos torreones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subieron vivas á mejor morada,

Siendo primero en vano ejercitada
La fuerza de sus brazos esforzados
Hasta que al fin de pocos y cansados
Dieron la vida al filo de la espada.

Y este es el suelo que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos y presentes; (2)

Mas no más justas de su duro seno
Habrán al claro cielo almas subido
Ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.

En 1509 desembarcó en Orán el cardenal Jiménez de Cisneros, y sosteniendo en una mano el crucifijo y señalando con la otra al Sur, gritó: —«No váis á tomar una ciudad, sino la Mauritania entera, que conquistaréis para la Cruz.»

Más tarde numerosas flotas desembarcaron ejércitos en Argel, que por siete veces fué atacado en Bugia y Túnez, y por segunda vez en Orán; pero los esfuerzos de España resultaron inútiles. Todos estos desembarcos fueron «días de pérdida y sentimiento para España». El mar desencadenó sus furias contra las flotas dispersándolas; los moros hicieron frente á los ejércitos cristianos, y cuando España pudo vencer, no supo aprovechar su victoria. En 1792 abandonaron los españoles á Orán, última plaza fuerte que en Africa les quedaba, no contando los «presidios» que poseen aún en el litoral marroquí.

Portugal no fué más afortunado. No conservó mucho tiempo en poder suyo ni Mers-el-Kebir, ni Tánger. La gran toma de armas contra los marroquíes, ordenada por el caballeresco rey Don Sebastián, trajo consigo el desastre de Alkazar-Kebir, golpe de gracia para el poderío lusitano. Portugal llevó sus tropas

(1) En el original de Reclús aparece este soneto traducido al francés (*N. del T.*).

(2) La antigua Cartago y Túnez.

en miles de barcos y plantó el pie en el litoral africano con el exclusivo objeto de expulsar á los infieles, empujándolos hasta el último rincón del mundo. Pero en vez de conseguir esto tuvo que ceder Ceuta á España, después de haber abandonado Larache y las fortalezas que había construido en la costa marroquí del Atlántico con piedras que se tallaban en Lisboa.

Es Francia la que ha cumplido este destino de la Europa mediterránea.

Desde el primer día triunfó, y en la actualidad domina 200 kilómetros de costa, la parte del Tell, la meseta y hasta la parte del Sahara, donde se cría el dátíl. Gobierna toda esa comarca, á pesar de la predicción del Profeta, que dijo: «La tierra donde no se críe el dátíl quizá podáis conquistarla, pero no la conservaréis; mas allí donde el dátíl madure, ensancharéis los dominios de vuestro reino.»

Para el que estudia la historia de Francia ésta tiene dos jornadas decisivas: una de revés, otra de triunfo. La jornada de la derrota no es la de Pavía, ni la de San Quintín, ni Malplaquet, ni Rosbach, ni Waterlóo, ni Sedán es la de Quebec. Antela americana Quebec, en las llanuras de Abraham, el 13 de Septiembre de 1759 nos arrebataron el imperio y dominio de América, y no es aventurado decir que el del mundo entero. La jornada de la victoria no es uno de esos días de triunfos estériles que, registrando nuestra historia, se encuentran en gran número es uno de esos días que señalan á la vida de la humanidad un curso nuevo. No es el día de Marengo, ni el de Marignan, Rocroi, Fontenoy, Austerlitz, Jena ó Wagram, ese día es el día de la famosa toma de Argel, el 5 de Julio de 1830.

Por esta victoria pasó á ser de Francia el Africa del Norte, pues es indudable que con los años de continuo trabajo llegara un día en que Argelia se apodere de la montaña del Tell, formando así una extensa unidad francesa. Apoderarse del Tell es apoderarse del Sahara y del Sudán.

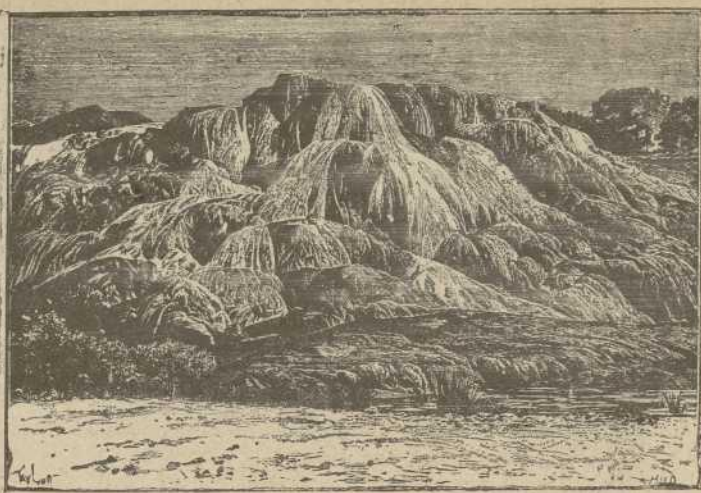
Sólo hace tres cuartos de siglo que en un palacio de Argel, desde donde se ve el mar, un abanicazo (1) detuvo la aguja que marcaba la decadencia colonial de Francia, dándola un mundo nuevo.

Diez años después de esta casualidad de 1830, un general de reconocido valor, Duvivier, quiso que Francia se detuviese en

(1) El abanicazo que dicen dió el bey de Argel al representante de Francia y que decidió la guerra y la conquista.

las colinas de Argel, en el foso que se cavó entre Birkhadem y Duera. No quería que Francia fuese dueña de Blida, «la rosa del Atlas», ni de Bufarik, en «la infecta y asolada Metidja». «Eso—decía—debemos dejárselo á los chacales, á las cuadrillas de bandidos árabes, al dominio de la muerte sin gloria». Pero hoy Francia es dueña de Gabes, Cartago y El-Golea, y se extiende por Tuat, los montes de los Tuaregs, Tomboctu y el lago Tchad, á más de tres mil kilómetros del foso, ante el que se detenía desesperanzado aquel general.

Aún no han podido fijarse los límites exactamente, pero el terreno útil se calcula en unos 60 millones de hectáreas. Berbería tiene tan sólo 10 ó 12 millones de población, de los cuales cinco pertenecen á la región argelina.



Cascada petrificada. (Dibujo de Taylor.)

TÚNEZ Ó TUNICIA

I

El país.

En sus actuales límites, Túnez ó la Tunicia no es, desde el punto de vista geográfico, un país distinto del resto del Magreb. Sus montañas pertenecen al mismo sistema que las de Argelia. Sus principales ríos nacen al otro lado de sus fronteras, y como éstas han variado con gran frecuencia, es puramente convencional el valor que tienen después de la adquisición del territorio por los franceses. Imposible, pues, sería estudiar Túnez sin relacionarlo por sus caracteres generales con el conjunto de las regiones del Atlas, pues á él pertenece y de él es una provincia especial. Alguno que otro grupo de montañas, ásperas y casi despobladas, puede estimarse, si no como límites materiales, como grandes mojones divisorios. Bajo muchos conceptos, Túnez se distingue de la Argelia especialmente por su historia y todavía sus habitantes viven sometidos á leyes y administración diferentes, aunque bajo el protectorado de Francia.

Las montañas de Atlas, que constituyen la osamenta de la Mauritania, ó sea de Túnez, Argel y Marruecos, pertenecen al

mismo sistema, desde el Atlántico hasta el mar de Sicilia. No forman cordillera continua tal como se las representaba antes en los mapas, sino prominencias distintas unas de otras, aristas ó grupos, y en muchos parajes las sustituyen mesetas ligeramente onduladas. La parte occidental del sistema (á la que más especialmente se ha dado el nombre de Atlas), es la única que constituye una cordillera verdaderamente alpestre por la altura de sus cumbres y picos, algunos de los cuales pasan de los 4.000 metros. Por esto los primeros navegantes, fenicios y griegos, que vieron estas crestas blancas ó azules destacándose sobre el fondo del cielo, las describieron como los montes más elevados de la tierra.

Aunque separadas ahora de España por el estrecho de Gibraltar, las montañas de Marruecos, ó sea una parte del Atlas, pertenecen al mismo sistema orográfico que Sierra Nevada y demás montañas de la península Ibérica. Son más altas y, con la cordillera meridional del Anti-Atlas, con los contrafuertes, macizos y cadenas secundarias, ocupan superficie mayor; pero se componen de iguales rocas, dispuestas en el mismo orden, y su orientación general, de Oeste-Sudoeste á Este-Nordeste, es casi paralela á la de las cordilleras de España.

A causa de la disposición paralela de montañas, mesetas y llanuras, todo el país, desde el Atlántico al golfo de Gabes, queda dividido en estrechas fajas, diferentes por su aspecto, clima, producciones y habitantes. En los fértiles valles del litoral viven los agricultores; en las altas estepas los pastores nómadas con sus rebaños, y al Sur, en los oasis del desierto, forman también los labradores el grueso de la población. Indudablemente, esta división natural de la Mauritania en largas bandas, cada una con distintas condiciones, es una de las principales causas de la desmembración política del país. La zona del litoral, que se extiende desde el cabo Bon al cabo Espartel, es excesivamente larga, dada su poca anchura, y por esto se dividió en varias partes. Esto es un fenómeno histórico semejante al que desmembró Italia durante siglos. Sin embargo, de día en día la forma y contornos de las tierras van ejerciendo menor influencia en el destino de los pueblos. El trabajo humano, por medio de los grandes inventos, se impone á la Naturaleza y disminuye el valor de las distancias y los contrastes de vertiente y clima. Hoy Túnez se halla más cerca de Tánger que lo estaba en otro tiempo de sus vecinas Bone y Gabés, separadas del golfo de la Goleta por peligrosos cabos.

Desde el punto de vista hidrográfico, Túnez, Argelia y Marruecos presentan condiciones análogas. La vertiente septentrional del Atlas, inclinada hacia el Atlántico y el Mediterráneo, es demasiado estrecha para que los ríos puedan tener largo curso y unirse en grandes cuencas fluviales. Muy contados son los que, teniendo sus fuentes en las altas mesetas de las estepas, se han abierto paso á través de las cordilleras del Norte y alcanzan desarrollo comparable al de los ríos de Europa que desaguan en el Mediterráneo occidental. El Ródano y el Ebro son superiores al Muluya, de Marruecos; al Chelif, de Argelia; al Medjerda, de Túnez.

II

Extensión y población.

No puede fijarse de un modo exacto la superficie del territorio tunecino, porque aún no se han determinado con precisión sus límites del lado de Trípoli, ni aun de la Argelia. Según ciertos cálculos, la extensión superficial de Túnez es de 116.000 á 118.000 kilómetros cuadrados, comprendiendo las lagunas que ocupan parte del centro y Sur del país. Comparado con el conjunto del Mogreb, representa Túnez una décimatercera ó décimacuarta parte de la comarca; pero la densidad relativa de su población, le da importancia superior á la que debería tener dada su extensión. Desde la ocupación francesa se ha convenido en fijar como dato más probable de población el de millón y medio de individuos; pero aun rebajando la cifra á un millón, resultaría que Túnez supera á Marruecos y Argelia en el número proporcional de habitantes por kilómetro.

El relieve del suelo explica la hidrografía de Túnez. En la costa de hierro, que va desde el cabo Rojo al cabo Blanco, sólo pueden formarse torrentes de poca longitud, que bajan de las montañas próximas al mar; pero en el litoral del Este, á pesar de la menor cantidad de lluvia que cae en estas regiones, hay ríos de mayor curso, gracias á los anchos valles ó brechas que se abren entre las cordilleras y las mesetas de la Mauritania. El río más caudaloso es el Oued-et-Tin, que desagua en el lago de Eskel. Por término medio tiene este lago de 60 centímetros á dos metros y medio de profundidad, y los escollos que aparecen

en la orilla oriental, llenos de fósiles, prueban que el tal lago fué en otros tiempos probablemente un golfo del mar, separado del Mediterráneo por un levantamiento de la costa. Hay otro lago, el Tindja Benzert ó lago de Bizerta, en comunicación con el mar por un largo canal. Tiene unos 150 kilómetros cuadrados, y es muchos más profundo que el de Eskel. Además, el gobierno francés ha realizado en él grandes trabajos, convirtiéndolo en uno de los puertos militares mejores del mundo.

La aguda punta de Sidi-Ali-el-Mekki, separa del lago de Bizerta la desembocadura del gran río tunecino, el Medjerda, el Bagrada de los romanos, y el Makarath de los cartagineses. Nace en Argelia, y sigue con mil sinuidades una dirección paralela á la costa de Túnez. El Medjerda no desemboca directamente en el Mediterráneo, sino en un estanque poco profundo, El Bahira, que comunica con el mar por una boca que sólo se atreven á atravesar las lanchas de pesca.

Al Sur del Medjerda no hay ríos de curso perenne, pues durante varios meses del año, quedan cerrados en su desembocadura por un banco de arena. Pero hay también una laguna que comunica con el mar, el lago de Túnez, semejante al otro en que desagua el Madjerda. Ocupa una extensión algo mayor y sus aguas son un poco profundas. Su garganta, mejor conservada, y que es canal abierto para reemplazar al natural que había poco más al Sur, deja paso á buques de más de un metro de calado; pero sus aguas son impuras, porque en ellas depositan sus infectas corrientes las alcantarillas de Túnez.

En la costa oriental de Túnez hay muchos sebjas ó lagos secos separados del Mediterráneo por lenguas de arena. También en el interior y á bastante distancia del litoral se encuentran varias depresiones en las que desaparecen los arroyos, evaporándose sus aguas sobre fondos de arcilla saturada de sal. Tales son las sebjas de Sousa, que alternativamente parecían inmensas sabanas de agua ó llanuras salitrosas.

Al Noroeste de Sfakés, en otra depresión del suelo, se halla el lago salado que llaman Mta-el-Grarra, y más al Sur, en las inmediaciones de la curva regular que describe el golfo de Gabés, hay todavía una cavidad llena de agua ó de polvo salino. La costa de Túnez ha sufrido grandes transformaciones y existen en ella varias islas que en la antigüedad tuvieron cierta importancia, pero que hoy carecen de ella. De éstas, la más importante es la de Djerbay el grupo de las Kerkenna. El clima de Túnez es más suave que el del centro del Mogreb. Los vien-

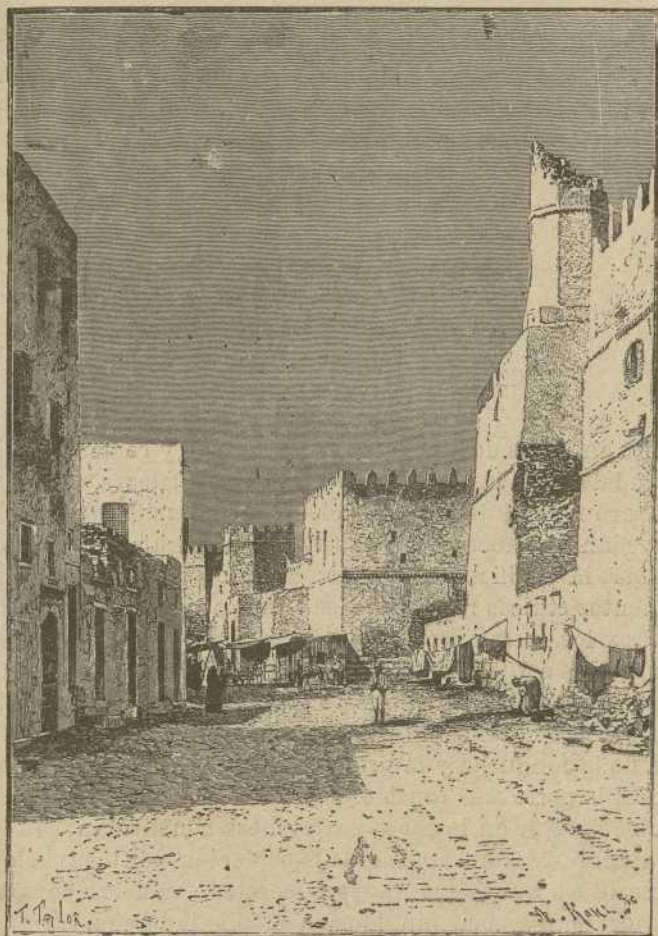
tos del Este, ásperos y secos en el Sahara argelino, conservan alguna humedad en Túnez, permitiendo vivir ciertas plantas que no se ven en las soledades occidentales. Con la destrucción de los bosques se han concluido algunas especies ó se ha redu-



Judía de Túnez. (Dibujo de Roux.)

cido su zona habitable. El mono sólo se ve en la comarca meridional; merodean los leones entre los cerros inmediatos á la frontera argelina, pero abundan mucho menos que en la época de los cartagineses, cuando acometían al viajero cerca de las ciudades y á lo largo de las calzadas se levantaban maderos para crucificar á estos felinos. Se sabe, por la relación de autores

antiguos, la lucha que el ejército de Régulus tuvo que sostener á orillas del río Bagrada contra una serpiente de más de 35 metros de larga. En nuestros días, ningún reptil tunecino llega á la quinta parte de estas dimensiones. También ha disminuído



Una calle de Sfakés. (Dibujo de Taylor.)

su número. Donde más abundan las serpientes es en las montañas inmediatas al Sahara tunecino, teniendo los indígenas que abandonar el Djebel Teldja por las muchas culebras que llaman *tagarga*. Más al Este, hacia Sfakés, es muy temida la serpiente *zorreig*, que se enrosca en las ramas de los árboles y

desde allí se lanza sobre su presa. Además visitan á veces el Tell tunecino nubes de langostas que devoran las cosechas.

Las costas de Túnez son muy abundantes en pesca. Alrededor de la isla de Djerba y del grupo de las Kerkenna, de aguas poco profundas, hay compartimientos irregulares formados con troncos de palmeras, en los cuales entran los peces con la marea creciente, sin poder salir en la menguante. Así cogen los insulares gran cantidad de pescado que salan para enviarlo á los pueblos de la costa inmediata y hasta á Italia. En la costa occidental de Túnez, sobre la bahía de Tabarca y hacia los cabos, empiezan los bancos de coral, que siguen el litoral argelino y que más ricos en otro tiempo eran visitados por centenares de embarcaciones napolitanas de Torre del Greco.

III

Habitantes de la Tunicia y costumbres.

Los antiguos dominadores, cartagineses y romanos, griegos y vándalos, fundaron muchas ciudades, fortalezas y monumentos; pero no han dejado en los habitantes huellas que fácilmente puedan reconocerse, ni hay tradición alguna que relacione á la más insignificante tribu con aquellos pueblos. Los únicos elementos étnicos representados en el país (dejando aparte los judíos y los extranjeros recientemente establecidos), son los varios grupos á que, con razón ó sin ella, se da el nombre de bereberes, y los descendientes de los inmigrantes árabes. Estos, á juzgar por el idioma y por el predominio que les da la tradición de la conquista y la propaganda religiosa, forman en apariencia la parte más considerable de la nación; pero en realidad, los pueblos que en la época cartaginesa constituían, con diversos nombres, el fondo mismo de la población, son todavía los más numerosos, aunque se hayan mezclado con los demás elementos, poco á poco fundidos en el tipo indígena. La antigua lengua bereber no ha desaparecido por completo.

Mucho más señalada que la división de razas es la que proviene del género de vida. Sedentarios y nómadas, cualquiera que sea su origen, presentan marcadísimo contraste y se tratan entre sí como si perteneciesen á dos naciones diferentes. Según censos aproximados, la población del país tunecino se parte casi por mitad entre los «hombres de la casa» y los «hom-

bres de la tienda». En las regiones del Norte, las tribus nómadas, rodeadas por todas partes de ciudades, aldeas y cultivos disponen de campo muy reducido para sus correrías; pero no así en el Sur, donde pueden acampar en las grandes estepas y llanuras. Además, en todas partes se encuentran familias que son á la vez nómadas y sedentarias, pues cultivan su campo en un valle, y tienen sus rebaños en las alturas. Las hambres, las discordias civiles, las guerras, dividen con frecuencia á las tribus y dispersan los grupos á centenares de kilómetros unos de otros. No transcurre una generación sin que se vea alguno de estos éxodos, semejantes á los que refieren la historia y las tradiciones locales.

En época todavía reciente, muchos nómadas vivían de la guerra y del pillaje, como soldados del bey ó como bandoleros. Los ourghamma de la frontera de Trípoli, en número de unos 30.000 individuos (lo que representa una fuerza armada de 4 ó 5.000 hombres), estaban dispensados de todo tributo, porque se negaban á pagarlo. Oficialmente habían recibido la misión de defender la frontera contra las rapiñas de los extranjeros, y so pretexto de cumplir este encargo, penetraban en el territorio de las tribus limítrofes, mataban á los hombres y se llevaban mujeres, niños, animales y provisiones de boca. Los guerreros ourghamma tenían la costumbre de hacer una raya en el cañón de su fusil por cada enemigo á quien daban muerte. Algunas de estas armas se hallan llenas de señales desde el gatillo hasta la boca. Los hanencha de Kalaa-es-Senam, atrincherados en su alta fortaleza, despreciaban de tal modo á los soldados del bey, que cuando se presentaban éstos para reclamar el impuesto, desde lo alto de las rocas les arrojaban un perro muerto, exclamando entre risas: «Este es el tributo que damos al soberano.» Los hamámma, que recorren las estepas de los alrededores de Gafsa, alardeaban de fieles súbditos del bey, pero sólo para entregarse al pillaje en su nombre. Los padres ponían á sus hijos varones, á las pocas horas de haber nacido, sobre un caballo, y le saludaban con los dos versos tradicionales:

La silla y la brida;
y la vida en el Islam.

Esto significaba que el niño no tendría más herencia que el caballo y las armas, y debía buscarse la vida merodeando contra sus hermanos los mulsumanes que pueblan el vasto mundo

del Islam. Hoy, como ya no pueden entregarse al pillaje con la misma libertad que antes, emigran á las ciudades, principalmente á Bona y Túnez donde trabajan como braceros.

Entre los árabes de las ciudades, frecuentemente designados con el nombre de «moros», como sus hermanos de Argel y Marruecos, se han fundido tan íntimamente los muy diversos elementos étnicos que los forman, que es ya imposible reconocerlos. Los descendientes de los moros, que fueron expulsados de España, unos en el siglo xv y otros al comienzo del xvii, y á los que se dieron barrios especiales y tierras en los alrededores de las ciudades, se confunden con los demás árabes. Tan sólo algunas familias nobles de moros españoles que conservan cuidadosamente su genealogía y aun las llaves de las casas que tuvieron en Sevilla ó Granada, son conocidas como *Andoulos* ó *Andalos*, es decir, andaluces.

En Nebel, en la costa oriental, hay alfareros que conservan el nombre de andaluces, y que religiosamente se transmiten de padres á hijos las vasijas que trajeron de Málaga sus antepasados. Hace un siglo todavía hablaban español.

Los habitantes de las ciudades, y especialmente los llamados *Oulad-Tounés*, «los hijos de Túnez», tienen el color mucho más claro que las gentes de las tribus nómadas, asemejándose por el matiz de la piel á los españoles y á los italianos del Sur. Tienen, por lo general, la cara ovalada, la nariz larga, las cejas espesas, la barba muy negra y poco poblada. Son de regular estatura, bien formados, de graciosa y noble apostura y no se ve en ellos esa excesiva delgadez de piernas que caracteriza á los semitas de la península árabe y á las gentes del Indostán, ni tampoco la obesidad que distingue á sus conciudadanos los judíos españoles. La mayor parte de los tunecinos son religiosos, sin fanatismo, de carácter grave y bondadoso, y en las relaciones mercantiles algo más honrados que sus rivales israelitas y cristianos. En los tiempos de la piratería y la esclavitud, trataban con relativa dulzura á los cautivos, y probablemente las doncellas cautivas de Túnez y Bizerta, que hilaban la lana en las moradas de los piratas cristianos, sufrían mucho más que los cristianos que estaban en poder de los tunecinos. Muy pocos son lostunecinos, salvo entre los comerciantes, que tienen más de una mujer. Se les considera como superiores á todos los demás moros, por su industria, sus aficiones, su inteligencia comercial y su relativa instrucción y cultura literaria, aunque no por su moralidad. Antes de la dominación turca, cuando las tribus del

Sur, acampadas en las vías del comercio, no se entregaban al latrocinio, era Túnez el gran mercado de exportación para los pueblos del Sudán. Los negros del Níger y del Tzadé no apreciaban mercancía ninguna si no había sido fabricada por un tunecino. «Túnez inventa. Argel arregla y Orán estropea», dice un proverbio árabe, citado por Teófilo Gautier.

Por lo general, hay más fanatismo en las ciudades que en el campo, y entre los sedentarios que entre los nómadas. Débese esto al género de instrucción que ha prevalecido en el mundo musulmán. Los más letrados son los más embrutecidos. Además se han conservado en el país muchas prácticas anteriores al Islam. Se suspenden todavía jirones de lana en ciertos árboles consagrados por la tradición; se teme mucho al mal de ojo y se protegen las moradas marcando en ellas cinco dedos, pues consideran favorable el número cinco. El padre que tiene numerosa descendencia, se limita á decir tengo cinco hijos, para no mencionar números que ejercen desgraciada influencia en la vida. En tiempo de sequías apelan á conjuros y maleficios, para abrir las puertas de las nubes. A veces, cuando transcurre mucho tiempo sin llover y corren peligro las cosechas, cogen á su kaid ó jefe y lo sumergen en una fuente, procurando siempre que el agua moje su barba.

Proporcionalmente á la población musulmana, los judíos son más numerosos en Túnez que en Argelia. Forman importantes comunidades, así en la ciudad de Túnez como en otras del litoral y en la isla de Djerba. Muchos de estos israelitas descienden de judíos establecidos en el país antes de la conquista árabe. Los judíos expulsados de España y Portugal, lo mismo que todos los que han inmigrado en estos últimos siglos, son conocidos generalmente con el nombre de *grana*, es decir, liorneses, pues Gurna ó Liorna fué el principal mercado de los judíos que salieron de la península española. Hay también judíos tunecinos que han alterado su religión. Tales son los israelitas de Djerba, que adoran á los santos y veneran á los morabitos musulmanes.

Todos los judíos tunecinos, oriundos de España ó procedentes de otras tierras, siguen el rito español y leen el Pentateuco y oran en hebreo. Sin embargo, dicen en árabe algunas de sus invocaciones, especialmente la que pronuncian con más frecuencia y la única que repiten las mujeres; antigua oración del pueblo oprimido pidiendo al Señor que haga caer su cólera sobre España, lo mismo que sobre Ismael, Kedar y Edom. Con

estos tres nombres designan á los árabes, á los musulmanes y á los cristianos. A pesar de tales invocaciones, los judíos tuneceños son de carácter bondadoso y muy pacíficos. No merecen, como sus correligionarios de otros países, los calificativos de avaros y codiciosos, pero saben aprovechar toda ocasión de lucro. Su número aumenta rápidamente, porque entre ellos los nacimientos exceden á las defunciones. Ya no se les distingue por el traje, porque han caído en desuso las leyes en virtud de las que se les prohibía vestir como los musulmanes, y además muchos de ellos han adoptado el traje europeo. Fácilmente, sin embargo, se les conoce por su fisonomía y modo de andar, y también por la obesidad, pues los judíos españoles de Túnez tienen esta singular tendencia. Hasta hace poco tiempo se sometía á las jóvenes á un régimen especial para engordarlas, y se consideraba suficientemente gruesa á una muchacha cuando sus brazos y piernas tenían la medida de los aros ó brazaletes que habían llevado sus madres. En casi todos los países del mundo se distinguen los israelitas de los demás elementos étnicos por la pureza relativa de costumbres; pero no sucede así en Túnez, donde contrastan con los otros habitantes por su mayor inmoralidad, siendo judías casi todas las prostitutas.

Los europeos de Túnez forman como los judíos, dos clases distintas: las familias de comerciantes, establecidas de antiguo en el país, y los emigrantes de fecha reciente, que todavía se consideran como extranjeros. La clase de los antiguos tuneceños, que comprende algunos centenares de familias francesas é italianas, constituyen no ha mucho una especie de nación dentro de la nación misma, como los levantinos de Constantinopla y de Esmirna. Su nacionalidad les daba ciertos privilegios. Protegidos por sus cónsules respectivos, no tenían que sufrir la arbitrariedad afrentosa de que eran víctimas los indígenas, y ostentaban con orgullo la superior condición en que vivían y que los relacionaba con la madre patria. Sin embargo, por su carácter y costumbres difieren mucho de sus compatriotas del otro lado del mar. Más abajo de estas familias de comerciantes patricios se agita la multitud de simples protegidos y los inmigrantes proletarios. Con ellos podría el cónsul inglés formar un verdadero ejército, pues los malteses son los más numerosos entre los europeos domiciliados en Túnez. Con la anexión de Túnez á Francia aumenta ahora mucho el número de franceses.

IV

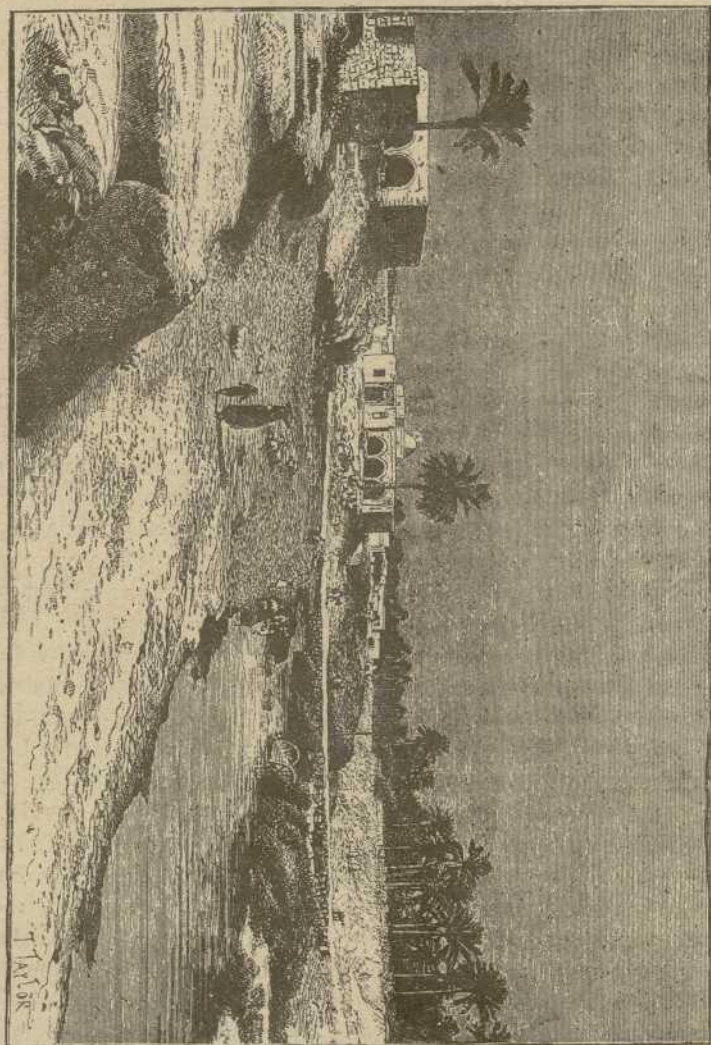
Ciudades y villas.

El-Bibán, lugar fronterizo á Trípoli, podría tener cierta importancia estratégica ó comercial si los dos estrechos que dominan la entrada del lago de las Puertas, Bahiret-el-Bibán, tuviesen fondo suficiente para que los buques de mucho calado pudieran llegar hasta el lago. Pero sólo algunos barcos de pesca fondean delante del fuerte. El tráfico mercantil, de escasa importancia, se hace más al Noroeste, hacia la rada de Djerdjis, ciudad formada por cinco aldeas esparcidas entre palmeras, olivares y campos de trigo. Al Oeste, y sobre cerros fortificados, se elevan las ciudades de Metamer y de Kasr-el-Moudenin. Antes de la ocupación de Túnez por los franceses, el kar ó castillo del Moudenin sostuvo un sitio contra el ejército del bey. En estas ciudades se nota la transición de la arquitectura de las cuevas á la de las casas propiamente dichas. Las construcciones tienen cierta semejanza con escarpados, en donde hay abiertos á diversas alturas agujeros ovales que parecen entradas de cuevas y á las que se sube por medio de escaleras exteriores groseramente talladas.

La isla Djerba, de unas 64.000 hectáreas de superficie, es la tierra más poblada en Túnez, pero hace algunos años el cólera diezmó á sus habitantes. Estos que son 40.000 consideran la isla como una especie de gran ciudad, puesto que todas las aglomeraciones de casas, protegidas por fuertes de construcción española, se conocen con el nombre de *houmt* ó barrio. La mayor parte de los djeraba viven en pequeñas aldeas. Toda la isla está cultivada, y aunque las aguas de riego proceden de pozos y cisternas, es de gran fertilidad, gracias al asiduo trabajo de los pacientes berberiscos que labran la tierra. En la isla de Djerba se ven los más hermosos olivos de Túnez y su aceite es mucho más estimado que el de la costa continental. Los habitantes del litoral pescan pulpos y esponjas; los alfareros fabrican una vajilla, á la que dan un matiz blanco, sumergiéndola en el mar, y muchos tejedores hacen mantos y otras telas de seda y lana que se venden en el bazar de Túnez. Los jóvenes de Djerba emigran en masa hacia las grandes ciudades de Túnez y Trípoli. La moderna capital de Djerba está

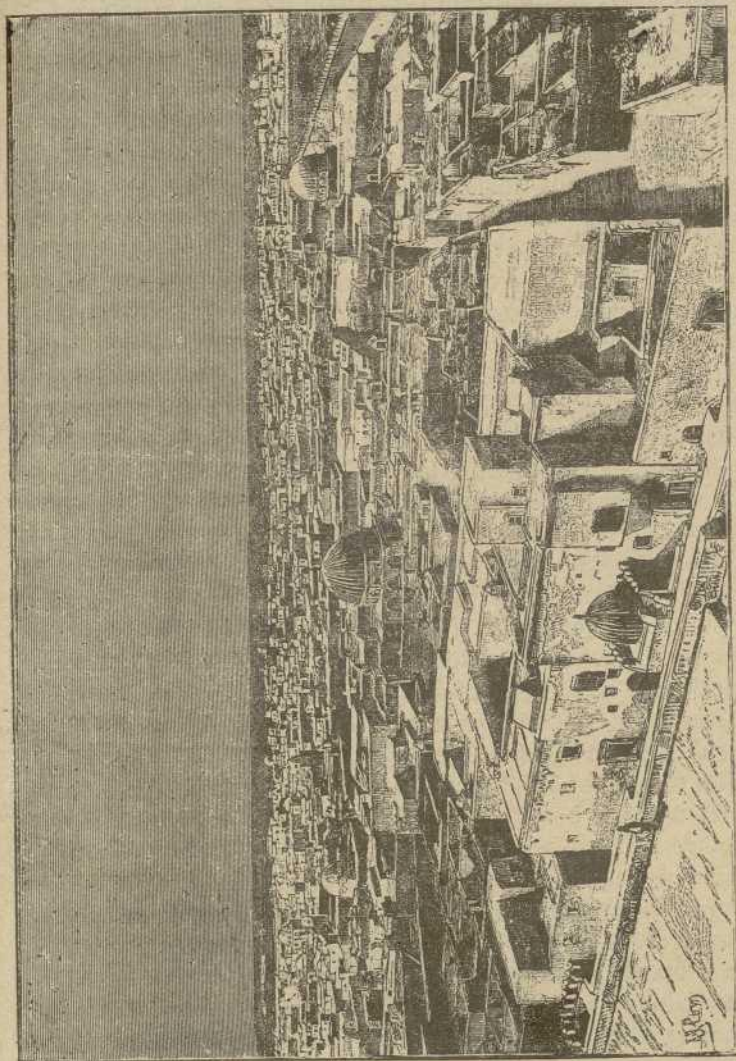
situada en la costa del Norte, en paraje poco favorable para el comercio, puesto que los barcos de gran calado tienen que fondear á varios kilómetros de distancia. Esta ciudad no tiene más

Gabés: vista tomada desde los jardines de Djara (Yara). (Dibujo de Taylor.)



nombre que el de Souk, «Mercado». Los judíos, muy numerosos, son los únicos habitantes que están agrupados en un barrio compacto y viven en casas sucias, nauseabundas, llenas de pin-gajos. En el centro del cementerio católico se halla una colum-

na que recuerda el antiguo Bordj Rioux ó «Castillo de las Cabezas», pirámide de cráneos que los turcos levantaron en 1560, amontonando los de los españoles vencidos. El gobierno tune-



Kairouan (Kairuan): vista general. (Dibujo de A. Slom.)

cino hizo demoler este osario en testimonio de cortesia internacional.

En la orilla continental de la pequeña Syrte, es Gabés el grupo mayor de población. No es ciudad, sino un conjunto de

aldeas y lugares esparcidos entre las palmeras. Gracias á sus campos y verjeles, los habitantes de Gabés figuran entre los más afortunados de Túnez.

Hay en la Tunicia un sinnúmero de oasis con villas y aldeas de alguna población, pero de escasa importancia. De estos oasis los más importantes son los de Gafsa.

Después de Túnez, la segunda ciudad por el número de sus habitantes es Sfakés ó Sfax, situada junto al estrecho que separa el archipiélago de Kerkenna de la tierra firme. Su población es de unos 30.000 habitantes. Viven éstos aglomerados en las altas casas que forman las estrechas calles de la ciudad, en el nuevo barrio que se ha construido fuera de la muralla y á lo largo de la costa. De lejos, sólo se ven los blancos muros de su recinto cuadrangular y los elevados alminares de sus mezquitas. Sus almenadas torres y sus baluartes dan al conjunto un aspecto de Edad Media que no presenta ninguna de las demás ciudades fortificadas de Túnez. Toda el agua de que se surte la ciudad procede de cisternas. En la ciudad baja, el Rabat, unida recientemente con Sfakés, viven unos 3.000 judíos y europeos dedicados al comercio. Los musulmanes habitan la ciudad vieja. Las gentes de Sfakés se distinguen de sus correligionarios de Túnez hasta en el traje, porque no quieren que se les confunda con los tunecinos. Pero el mayor contraste se observa en el carácter. Tienen más iniciativa, más ingenio, más amor al trabajo y en todo son más activos y formales que sus vecinos. Cuando las tropas francesas ocuparon el país en 1881 dieron los sfaksitas prueba de su patriotismo. Casi solos hicieron frente á la invasión y se batieron desesperadamente durante el bombardeo. Sfakés no tiene puerto para grandes embarcaciones. Los buques de mucho calado fondean á más de tres kilómetros de la playa, y las *sandalas*, los *místicos* y otras embarcaciones pequeñas entran hasta la ciudad, gracias á la marea, pero en las horas de reflujo varan sobre el fango. Junto á la mísera aldea de El-Djem existe un notable anfiteatro de la época romana, resto colosal de una gran ciudad que se conserva relativamente bien. A alguna distancia al Sur se encuentra la ciudad de Mahdiya, donde hay establecida una colonia de europeos.

Sousa (Susa), está considerada como la segunda ciudad de Túnez, no por el número de sus habitantes, que es inferior al de Sfakés, sino por su importancia estratégica. Gran parte del territorio que la rodea se halla cultivado y casi todos sus habi-

tantes viven en moradas permanentes. Sousa es el puerto de Kairouan, la principal ciudad del interior. Las ruinas de varias épocas se han amontonado en ella formando cerros; y estos restos con esculturas é inscripciones han servido para construir casas modernas. Como en la mayor parte de las antiguas ciudades de Túnez, se ha procurado en todo tiempo conservar ó rehacer las cisternas, más apreciadas que ninguna otra construcción. Las necrópolis de varias épocas forman un círculo casi completo alrededor de la ciudad. La Sousa moderna, lo mismo que las demás ciudades del Este de Túnez, está rodeada de un gran cuadrilátero de murallas, con torres de trecho en trecho y una *kasbah* ó ciudadela en uno de los ángulos.

Por medio de rieles, tendidos al través de oteros, valles y *sebkhas*, se pone en comunicación la playa de Sousa con el altozano en que está la ciudad de Kairouan, capital religiosa de Túnez, cuyos blancos edificios se destacan sobre extensa superficie ligeramente ondulada y desprovista de árboles. Una visita á esta ciudad purifica el alma de los buenos musulmanes que dicen: «Kairouan es una de las cuatro puertas del paraíso.» Siete días en Kairouan equivalen á un día en la Meca y dan derecho al título de hadji. Kairouan fué tomada por los franceses en 1881, ó más bien les abrió sus puertas sin intentar inútil resistencia. Sólo entonces pudieron entrar en sus mezquitas los cristianos. Es ahora capital de una comandancia militar, y en su recinto, dominado por una *kasbah* ó ciudadela, se han construído nuevos baluartes.

La pequeña ciudad de Hammamet, llamada la «ciudad de las Palomas» á causa de las innumerables torcaces que anidan en las rocas de las vecinas montañas, ha dado su nombre al ancho golfo que se abre entre el cabo Bon y la punta de Monastir. El centro de la actividad industrial y mercantil se halla más al Este, en la ciudad de Nabel, de origen anterior á los árabes, como lo declara su nombre griego de Neápolis, apenas alterado. De Nabel proceden las jofainas, jarras, floreros, perfumadores, cántaros y lámparas de barro que se venden en los mercados de Túnez y hasta en Argelia y en Trípoli. Nabel fabrica también telas, y las flores de sus jardines sirven para preparar esencias. En estos últimos años, ha adquirido cierta celebridad como ciudad de invierno para los tísicos.

En la cuenca del Melian, que desemboca en el golfo de Túnez, cerca de Rades, antigua aldea situada frente á Cartago, no hay más que una sola ciudad, Zaghouan, que se puede consi-

derar como una dependencia de la gran Túnez que está vecina. La pueblan hoy descendientes de los moros fugitivos de España, que en ella se establecieron en la época de su expulsión.

Túnez, la capital de la Regencia, y una de las ciudades más pobladas del continente, era á principios de este siglo, por el número de sus habitantes, la primera ciudad de Africa después del Cairo. Hoy la superan Alejandría y acaso también Argel. Desde el punto de vista de las condiciones geográficas, posee Túnez algunas de las ventajas de primer orden que disfrutó su vecina Cartago. Además, figura entre las ciudades que gozan de clima saludable, gracias á la libre circulación de los vientos del Norte. Cuando se fundó Túnez, hace más de tres mil años, debieron influir en la elección de su emplazamiento las condiciones del relieve local que ofrecen ventajas comerciales y aseguraban la defensa. A uno y otro lado de ella se extienden vastas depresiones lacustres. Al Sudoeste, la *sebja* el-Seldjoum, que crece y mengua con lluvias y sequías; al Nordeste la Bahira, ó Mar Menor, cuyo nivel es constante, gracias á la gola por donde las aguas del mar entran en la laguna. Esta laguna, en la que no pueden entrar las grandes embarcaciones de nuestros días, se ha transformado en un inmenso depósito de alcantari-llas con aguas nauseabundas.

Probablemente más antigua que Cartago, Túnez ó *Tunis* ha tenido sus épocas de gran prosperidad. Cuando Cartago fué destruida, Túnez vino á ser, aunque por corto tiempo, la ciudad más poblada de la región, hasta que Cartago, reedificada por los romanos, recuperó el primer puesto. Cuando Cartago, de nuevo arruinada, dejó de existir, Túnez fué uno de los focos del poderío musulmán y conservó la capitalidad, no obstante las discordias civiles y las guerras extranjeras. Una sola vez, durante doce siglos, cayó en poder de los cristianos y fué plaza española; pero pronto la recobraron los musulmanes.

Ocupando una superficie de más de tres kilómetros cuadrados, que aumenta de año en año, Túnez inclínase hacia el Este sobre la suave pendiente de las colinas que dominan la orilla occidental del Bahira. El barrio central, designado aún por los tunecinos con el nombre de Medina, «la Ciudad», forma un óvalo irregular, y que conserva en casi todo su circuito la antigua muralla unida á las fortificaciones de la *kasbah* ó castillo. También rodea una línea quebrada de murallas los arrabales septentrional y meridional, ó sea Bab-es-Souika y Bab-el-Djezira. Al Este, del lado del Bahira, los muros han desaparecido, ce-

diendo, por decirlo así, al empuje de la población que se desborda, y se ha formado un nuevo barrio en ambos lados de la avenida central, llamada de la Marina, que se dirige hacia el terraplén orillado de muelles en que comienza el canal navegable de la laguna. Las calles de la antigua Túnez tienen sobre las de la ciudad *franca* la ventaja de lo pintoresco y lo imprevisto. Ninguna es recta; en todas partes hay ángulos, rincones y curvas de distinto radio. Cruzan las calles bóvedas de altura desigual; unas son simples arcadas que unen las dos casas que se hacen frente; otras sostienen uno ó dos pisos, y algunas son tan anchas que forman verdaderas galerías, lo mismo que en las ciudades berberiscas de los oasis. Sirven de apoyo á las arcadas ó de adorno en las puertas de las casas columnas de mármol procedentes de Cartago. Crece la hierba en las grietas de las bóvedas, y los árboles dan sombra á alguna pequeña tienda ó á los bancos de un café. En la parte alta de la ciudad y más abajo de la *kasbah* y del palacio del Bey, se extiende y ramifica el laberinto de los *souk* ó zocos, donde cada calle corresponde á gentes de un mismo gremio, como silleros, vendedores de telas, caldereros, joyeros y perfumistas. En muchas callejuelas el taller y la tienda están juntos. Se teje la tela, se devana la lana, se tiñen los gorros ó feces y se martilla el cobre á la vista de la multitud de compradores y de transeuntes. Por un tramo de escalera y por una puerta entreabierta se distingue un pórtico al parecer desierto: es una escuela religiosa ó una mezquita, tranquilo retiro en medio del ruido general. Pocos animales, sólo alguno que otro asno, se encuentran en el barrio de los mercados; pero en los arrabales, las calles que conducen hacia las puertas de la ciudad están constantemente llenas de caballos, mulos y camellos, entre los que circulan con gran dificultad los carros, dando saltos y vaivenes sobre las piedras y los baches que forman el piso. En cada barrio predominan tipos de diferente nacionalidad. En lo alto de la población viven los tunecinos propiamente dichos, y con ellos se mezclan, en el arrabal Bab-es-Souika, los descendientes de los moros andaluces.

Reputados de antiguo como árbitros del gusto y de la moda en el Mogreb, los elegantes tunecinos ponen gran cuidado en la elección de telas que forman su traje, siempre de matices delicados, color crema ó albaricoque, azul ó rosa muy claros. El jaique cae graciosamente por su espalda. Las tunecinas, que tienen á gala la obesidad, no se distinguen, como los hombres, por la elegancia en el vestir. A pesar de las hermosas telas de

seda rayada con que se cubren, es deplorable el efecto que producen estas enormes mujeres con sus cortas y anchas blusas, sus estrechos calzones y sus arrugadas medias. Cubiertas con un manto negro, que sólo lleva una pequeña abertura para los ojos, parecen de lejos mujeres de raza etiópica. Los musulmanes pobres, más numerosos que los ricos, visten un albornoz sencillo de lana gris, ó gabán pardo con bordados blancos. Los judíos, que se agrupan principalmente en la parte oriental del barrio de Bab-es-Souika, se dividen en dos clases, según su origen. Los judíos italianos ó grana, visten el traje europeo, mientras que los demás llevan casi las mismas prendas que los moros, si bien sus mujeres, no menos gruesas que las musulmanas, no gastan manto que les cubra el rostro y usan bonete puntiagudo bordado de oro. Los malteses, que han dado su nombre á una de las calles de la ciudad en que mayor comercio hay, forman, por su idioma y costumbres, la transición entre los árabes y los sicilianos, que representan una gran parte del proletariado italiano de Túnez. Los franceses que se han cuadruplicado desde los acontecimientos de 1881, habitan en los alrededores de la Puerta del Mar, punto en el cual se cruzan y mezclan de continuo todas las razas y trajes.

Los buques de alto bordo fondean aguas afuera de la Goleta, á más de un kilómetro de la orilla, desembarcando pasajeros y mercancías por medio de chalupas de vapor ó chalanas que penetran en el estrecho canal.

Ninguna importancia tiene hoy Túnez como ciudad sabia, y ya no merece ciertamente los elogios que de ella se hacían en la Edad Media, cuando el sobrenombre de «*el Tuni*» (el tunecino), equivalía casi al de literato y hombre de ciencia. Sin embargo, á sus grandes escuelas ó *madrisas* agregadas á las mezquitas concurren estudiantes que vienen de lugares próximos y lejanos y que recitan el Koran, aprenden la «ciencia de las tradiciones» y estudian, como los alumnos de la universidad del Cairo, reglas de gramática, fórmulas mágicas y recetas de medicina y astrología. La Dejezmaa Zitouna, ó «mezquita de los Olivos», es el mejor edificio religioso de Túnez, y tiene 600 alumnos, tunecinos ó extranjeros, entre éstos muchos jóvenes de Argel.

Fuera de las fortificaciones no hay, como alrededor de las ciudades de Europa, arrabales ó filas de casas á uno y otro lado de los caminos. La soledad comienza en las mismas puertas de la población, y tan sólo en los cerros de la pequeña cordille-

ra que separa la Bahira del lago Seldjoun, se ven algunos fuertes en mal estado. El castillo del Bardo que se alza en la llanura, no es un edificio aislado, sino más bien otra ciudad, con sus murallas y sus torres, destinada á servir de alojamiento al príncipe con toda su corte, á una guarnición y á una multitud de mercaderes y artesanos.

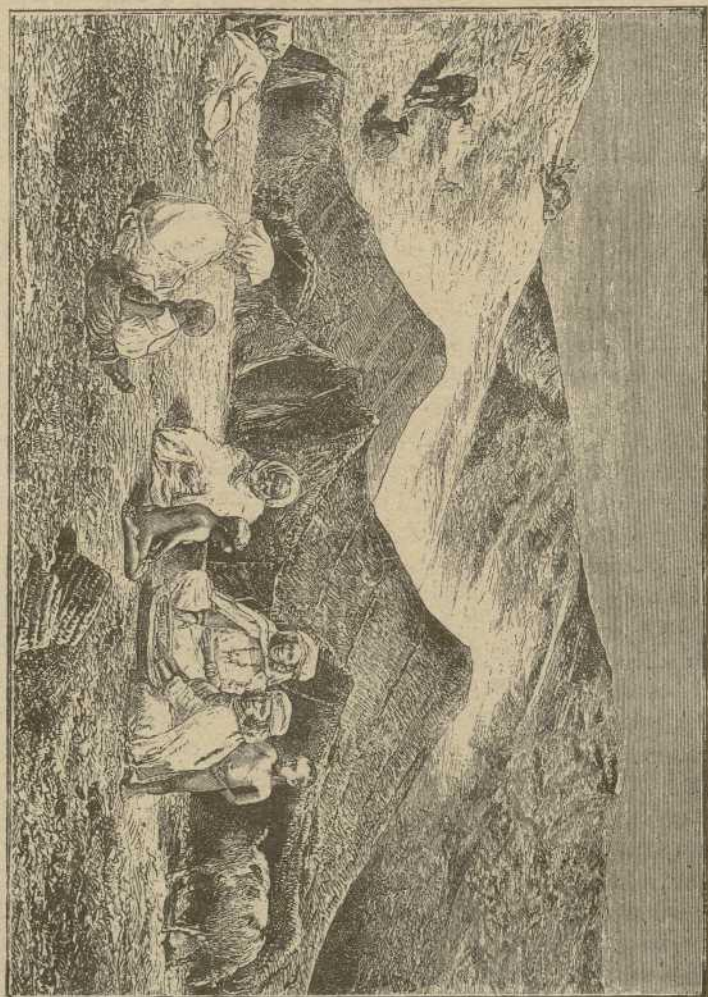
La Goleta ó Halk-el-Oued, es decir, «el Gaznate del Río», es una pequeña ciudad de aspecto italiano, que ocupa, alrededor de una ciudadela en mal estado, la orilla occidental del canal por el que entran los buques en el lago de Túnez. En la orilla opuesta, las únicas construcciones de la Goleta son un cuartel, una mezquita, una fábrica y la puerta que da paso al camino de Radés. Más lejos, al pie de las colinas de Cartago, el hospital militar del Kram, ó de «las Higueras», sirve de núcleo á una nueva aldea de herreros, mesoneros y hortelanos. En las alturas, ocupa Malka el emplazamiento de un arrabal del mismo nombre de la antigua Cartago, habiendo servido las ruinas de sus cisternas, murallas, anfiteatro y circo para construir las casuchas actuales.

De las ruinas de Cartago no queda á la vista nada importante. Los árabes las han empleado como materiales para la construcción de sus aldeas y las columnas están en las casas de Túnez.

El-Kef es la ciudad principal de toda la Tunicia occidental. Era ya famosa en la época fenicia: entonces se llamaba Sicca Venerica y hoy se denomina El-Kef ó «la Roca». Construida en anfiteatro, en una altitud media de 800 metros, El-Kef debe su importancia á la posición estratégica y comercial que ocupa, como situada en el centro de convergencia de casi todos los grandes caminos de la Tunicia occidental. Tiene además una incontestable ventaja en un país donde tanto escasean las aguas: la abundancia de manantiales.

Beja, la ciudad más importante del interior en la parte de la Tunicia limitada al Sur por el curso del Medjerda, es de origen antiguo. Está edificada en anfiteatro en la falda oriental de una colina, sobre un ameno valle en el que serpentea el río de su nombre. Rodean á Beja viejos muros y la domina una *kasbah* ó fortaleza gris y roja, ocupada hoy por una pequeña guarnición francesa. La principal mezquita, consagrada á Sidi Aissa, es decir, «al Señor Jesús», es una antigua basílica. Exceptuando algunas docenas de malteses, apenas se ven extranjeros en las calles de Beja.

En la orilla derecha del Medjerda hay una pequeña ciudad de origen antiguo, Testour, poblada en gran parte por moros andaluces, que cultivan huertos y campos. Más abajo y en la

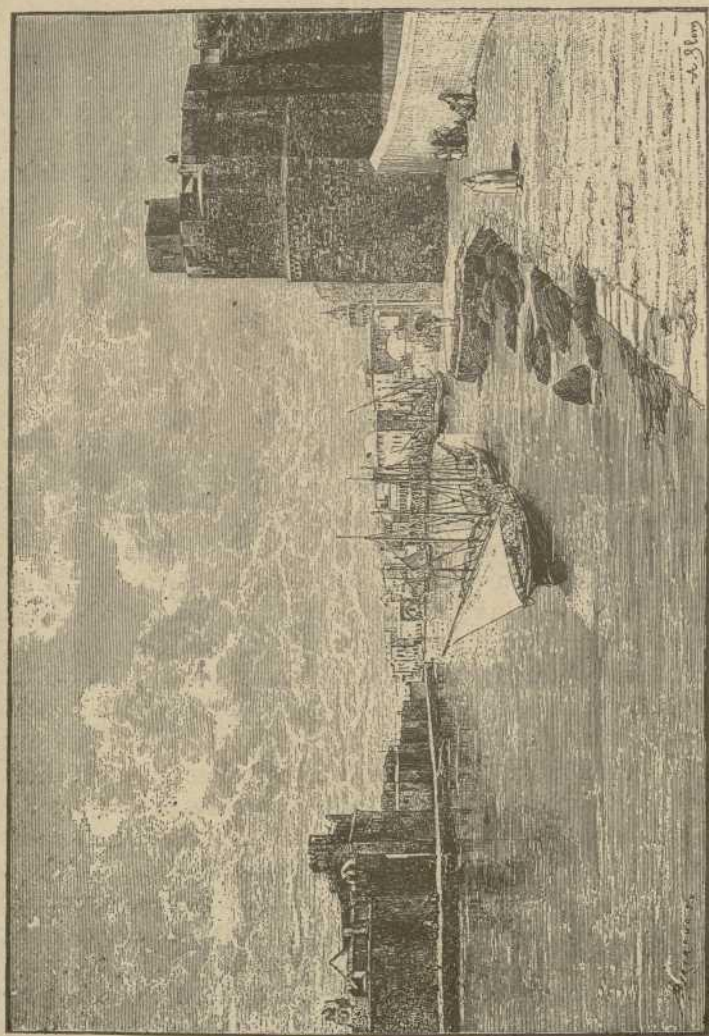


Campamento árabe. (Dibujo de Vuillier.)

misma orilla, viven en el pueblo de Sloughia mercaderes y guías que enseñan á las caravanas los vados del río.

Bizerta está situada en la orilla occidental del canal á que debió su nombre de Diarrytus, ó «Atravesada». En un islote que

separa los dos brazos del canal, se hallan las casas del barrio europeo, y un castillo que se eleva en la orilla Sur, lleva el nombre de Bordy-el-Zezela, ó de «la Cadena», porque allí estu-



Bizerta: vista tomada ante la Kasbah. (Dibujo de Slom.)

vo tendida la cadena que cerraba el paso. Conserva todavía Bizerta cierto aspecto grandioso por su muralla con torreones y su *kasbah* cuadrangular situada en la entrada misma del canal. Pasado el estrecho de Mesina no hay abra que reúna mejores

condiciones que el lago de Bizerta para abrigar escuadras de guerra y para vigilar el camino que frecuenta el comercio.

Los moros andaluces, que viven en las afueras, en barrio aparte, y los inmigrantes malteses, dan, con sus diversas industrias, cierta animación á la ciudad; pero la principal importancia de ésta consiste en ser el gran puerto militar de los franceses en Africa. En las inmediaciones de la frontera argelina se halla la isla de Tabarka, donde entran algunos barcos de cabotaje. Por su situación á mitad de camino entre Bona y Bizerta, parece destinada á ser un puerto bastante concurrido el día en que se construyan dársenas, muelles y malecones. Hoy su industria principal es la de la pesca.

V

Gobierno de Túnez.

Túnez se halla en un estado de rápida transición. Oficialmente es aún potencia musulmana, pero de hecho forma parte del imperio colonial francés, y los que en el país llevan el título de señores son, en realidad, vasallos que sufren la más humillante de las dominaciones. Todavía los decretos se fechan en el año de la Hégira y empiezan con las antiguas fórmulas orientales; pero se ha inaugurado una nueva era. La voluntad y la fuerza vienen de Occidente, y la población, el aspecto de las ciudades y aun el de los campos, la viabilidad, la industria, la dirección de las corrientes comerciales, todo, en suma, cambia rápidamente á impulso de los elementos extranjeros.

El gobierno de la Tunicia es á un tiempo beylical y francés. En virtud del convenio del *Bardo*, el bey reina y ejerce absoluto poder en todos los asuntos interiores; pero Francia, convertida en protectora de Túnez, vela por la seguridad en el exterior y administra la hacienda por medio de un *Residente general*, es decir, dispone del ejército y del dinero del país. A Francia, pues, corresponde en realidad el poder, abandonado en apariencia al bey y sus agentes. Puede decirse, sin embargo, que desde cierto punto de vista, la *Tunicia* es un Estado distinto, extraño á Francia. Es una individualidad política que tiene administración y legislación especiales é intereses opuestos á los de Argelia. En las ciudades pequeñas, las relaciones entre franceses

é indígenas se regulan por medio de los cónsules y de inspectores civiles, como si se tratase de gentes extranjeras. La aduana examina las mercancías francesas y argelinas como si vinieran de Italia ó Inglaterra y les impone un derecho sobre su valor. El tribunal civil de Túnez y los juzgados de paz, de nueva creación, juzgan, según las leyes francesas, las causas pendientes entre europeos é indígenas.



Le Sahel. (Dibujo de E. Girardet.)

ARGELIA

I

Argel y Europa.

La zona central de la Mauritania, cuya geología, clima y productos demuestran que formó parte de Europa, pertenece hoy, desde el punto de vista político, á las orillas opuestas del Mediterráneo.

En 1830 se dió el golpe decisivo. La ciudad de Argel, donde se habían amontonado los tesoros de los corsarios, cayó en poder de los franceses. Después fueron ocupando sucesivamente otros puntos del litoral y se hizo poco á poco la conquista del interior. De la región del Tell se pasó á la de las mesetas, y desde éstas á los oasis del desierto.

Unida ahora á Europa, el Africa septentrional ha tomado gran importancia en la historia contemporánea. La Argelia especialmente participa de la intensidad de vida que agita hoy á las sociedades civilizadas. Entre las tierras africanas después del Egipto, es el teatro en que han ocurrido acontecimientos

de mayor importancia, y después de la colonia inglesa del Cabo, es el mayor centro de población europea. A pesar de una guerra incesante durante treinta años, la Argelia se ha poblado de inmigrantes de Europa con mucha más rapidez que las posesiones inglesas del Africa meridional. No es un territorio de explotación industrial y agrícola, como lo son Java y la India inglesa. Es, como el Canadá (aunque bajo otra forma política), un territorio de repoblación, una extensión de Francia más allá de los mares.

II

Montes y ríos.

El relieve de la Argelia es notable por su sencillez. Hay en el mundo muy pocas tierras que ofrezcan mayor regularidad geométrica. Forma un macizo cuadrilátero cuyos lados son casi iguales, y contrasta con los dos países limítrofes, Marruecos y Túnez, por un movimiento casi rítmico del suelo, semejante á las olas que van y vienen junto á una playa. En Marruecos, el gran nudo central del Derm, de donde arranca todo el sistema del Atlas, y en Tunicia el descenso de la meseta y de las cadenas que la limitan, interrumpen la simetría general del relieve de la Mauritania.

Corre la costa normalmente de Sudoeste á Nordeste, y en igual sentido están alineadas las montañas, los valles y los montes en todo el espacio de 300 kilómetros de anchura por término medio, que separa el litoral marítimo del de las arenas del desierto. Las olas terrestres sucedense más ó menos numerosas desde la costa hacia el interior. Consideradas en conjunto, forman zonas distintas perfectamente caracterizadas. En los primeros tiempos que siguieron á la conquista de Argel, cuando aún era incompleto el conocimiento geográfico del país, creíase que había dos cordilleras principales paralelas entre el mar y el desierto: el pequeño Atlas al Norte y el gran Atlas al Sur. Pero este doble sistema no existe. No hay tampoco gran diferencia de altitudes entre las montañas del Norte y las del Sur, y en último término, las elevaciones del suelo argelino no forman cordilleras continuas, sino resaltos paralelos, interrumpidos á trechos. Las montañas costeras de Argelia antes conocidas con el nombre genérico de Sahel, están separadas de las demás por

una ancha depresión paralela al mar, que comienza al Sur del macizo de Orán y llega hasta la base de las colinas en que está Miliana. El Djebel, es decir, el conjunto de las montañas que orillan la meseta, constituye con la zona del litoral la región del Tell, ó sea el «país de las Colinas». En esta región montañosa es donde se encuentran los valles fértiles y las pendientes cubiertas de hierba. En el Tell se establecen los colonos, y gracias á la abundancia de lluvias y á la fertilidad del suelo sus 15 millones de hectáreas podrían alimentar sin dificultad igual número de habitantes. Al Sur de las alturas paralelas del Djebel se extiende la uniforme superficie de la meseta.

En el gran cuadrilátero de la Argelia, casi en totalidad compuesto de mesetas y montañas, no hay macizo que domine sobre los demás. Los cuatro grupos principales, al Norte el Ouarsenis y el Djurdjura, y al Sur el Amour y el Aures, se corresponden con cierta simetría. Ninguno constituye centro montañoso en torno del cual se ramifiquen ó distribuyan con regularidad aguas y poblaciones. Tampoco hay cuenca que, por la fecundidad del suelo, convergencia de ríos ó excelente situación comercial de sus mercados, haya llegado á ser el foco de atracción de toda la comarca. Dividida en largas fajas desiguales, cuyos habitantes cambian directamente sus productos, la Argelia no tiene centro natural. Hay en ella tantos territorios distintos como macizos, separados por gargantas ó valles y cuencas limitadas por círculos de montañas. De aquí que en todo tiempo haya sido tan difícil la completa conquista del país. Las mayores victorias sólo servían para someter un grupo más ó menos numeroso de tribus, y era preciso continuar la empresa en otras regiones y contra otros pueblos. Verdad es que éstos, á pesar de los obstáculos del suelo, eran casi siempre reducidos sin grandes dificultades porque combatían aislados. Hoy el centro que no existía por la naturaleza, se va creando poco á poco, y su fuerza de atracción aumenta de día en día, gracias á la convergencia de las vías de comunicación y á la preponderancia administrativa. Este centro es la capital, Argel, á la que le han dado ventajas que antes no tenía, su puerto artificial, sus caminos y sus ferrocarriles.

No existen en Argelia grandes ríos. Aunque recibe de las nubes una cantidad de agua igual por lo menos á la que lleva el Nilo, no tiene ni un solo río navegable. Dado el relieve general del suelo, es imposible que haya extensa ramificación fluvial en este país. La zona costera es muy estrecha y el Me-

diterráneo no podría recibir del interior más que ríos de brevísimo curso, si las cordilleras no presentasen de vez en cuando algunas brechas por las que pasan las corrientes de las altas mesetas. La superficie de toda la vertiente mediterránea de la Argelia puede estimarse en unos 200.000 kilómetros cuadrados. El resto de la comarca se distribuye en cuencas cerradas, cuyas aguas se evaporan en lagunas salitrosas ó antes de llegar á la depresión central. Casi todos los ríos de la Argelia están secos durante varios meses, y en las regiones altas sólo se ven en su cauce rocas ó menudos guijarros, y en las zonas bajas montones de arena que el viento levanta en torbellinos. Los ríos que en verano conservan alguna pequeña corriente de agua, están cerrados en su desembocadura por una barra de arena firme, que sirve de camino á peones y jinetes. Sin embargo, los *oued* no se hallan completamente agotados, como á primera vista aparece. Bajo el cauce superficial seco, hay otro subterráneo, por el que circulan las aguas, y cuando las rocas ó los terrenos impermeables dificultan el curso ó la filtración de aquéllas, suben á la superficie y forman un pequeño lago. Los ríos principales de Argelia son el Tafna, el Chélif, que es el mayor, el Sebaou, el Rumel, el Isser y el Seybouse.

Las depresiones de las montañas que se llenan de aguas y toman el aspecto de pequeños lagos, se llaman *chott* y la mayor parte están rodeados como los lagos de verdaderos ribazos. De algunos de estos *chott* se extrae sal.

Desde tiempos antiguos vienen luchando los habitantes del Sahara argelino contra el clima y trabajan para «resucitar la tierra» y hacer que otra vez florezca el suelo árido. Antes que se perforasen en Europa pozos artesianos, se abrían ya en el Africa septentrional. Favorecidos por el concurso voluntario y gratuito de la tribu, los perforadores de pozos escogían el sitio en que preveían que se hallaba el surtidor subterráneo, y después de haber hecho quemar un poco de incienso en honor de los genios del mar interior, emprendían la obra de un modo rudimentario, pero casi siempre con éxito.

III

El país y sus habitantes.

Casi todas las selvas argelinas están sembradas de espesos matorrales. Por doquiera tiende el bosque á reconstituirse. Cientos de retoños rojizos asoman sus puntas en la primavera alrededor de cada cedro, pero un solo mordisco de una vaca suprime algunos árboles. Los carboneros además matan el bosque, y hay en los montes cientos de kilómetros cuadrados que no contienen un solo árbol: únicamente ofrecen plantas bajas leñosas, arbustos de uno á tres metros de altura, lentiscos, azufaifos, madroños, mirtos y brezos, que, en unión de las retamas y los espartos, abundan tanto como en Andalucía.

No vive el oso en la Argelia como en las altas regiones montañosas de Europa, en donde ha podido hallar un asilo contra los cazadores de las llanuras; pero numerosas leyendas y tradiciones de origen reciente prueban que este animal existía aún en la época de la conquista en las montañas pobladas de bosques. La familia de los monos cuenta en Mauritania una sola especie, la del magoto, *pithecus innuus*, que en Europa se encuentra en el Peñón de Gibraltar. En Africa, este cuadrumano es un verdadero fugitivo, que se aleja de las habitaciones humanas y se oculta en las asperezas de las rocas ó en los parajes próximos á las nieves. Formando colonias vive todavía en las montañas de la Gran Kabilia. Las kabilas del Djurdjura respetan la vida de los monos, en los que la tradición ve á los hermanos de los Guechtoula, es decir, de las tribus aborígenas como ellos; pero cuando logran apoderarse de alguno, le visten con un sayo rojo ó le ponen al cuello un cascabel, y luego le sueltan en el campo. Los camaradas, espantados á la vista de su compañero disfrazado, no se atreven ya á rondar por las cercanías de las ciudades.

El león, la pantera, la hiena, el chacal, el zorro dorado y el gato montés de Berbería, viven todavía en esta región. Abundan los leones y las panteras en la provincia de Constantina, donde las fragosidades son espesas, gracias á la mayor humedad del aire. Una selva casi impenetrable del litoral, no lejos de Bugia, cortada por pantanos y barrancos, sirve de guarida á

los animales feroces, y al venir la noche, procuran los caminantes no marchar solos á través de los bosques. La pantera es el más terrible animal, pero el león, sin embargo, recibe siempre el título de «rey» á causa de su fuerza, y su piel es uno de los trofeos más gloriosos. Cuéntanse todavía más leones que fieras de otras especies cerca de las fronteras de Túnez, pero desaparecerán pronto de esta región y de toda la Argelia, porque los cazadores, atraídos por el incentivo de la ganancia ó las emociones del peligro, los persiguen encarnizadamente.

Afirman los indígenas que existen multitud de serpientes en la abrasadora región que separa los oasis y las últimas montañas de la meseta. Una de estas especies, descrita por los árabes, pero desconocida aún por los naturalistas, debe ser la *naja* de los indostanos ó «vibora con anteojos», á juzgar por lo que se dice de la hinchazón de su cuello cuando se halla dominada por la cólera. Los árabes la conocen por el nombre de *thama*. La serpiente pitón también abunda. En cuanto al cocodrilo, que se creía completamente extinguido en la Mauritania desde los tiempos históricos, existe aún en las aguas corrientes y estancadas del desierto.

Aunque los bereberes y los árabes que pueblan Argel presentan todas las transiciones de tipos, nótese grandes diferencias entre estos dos grupos principales de la población argelina.

Diferénciase los árabes y las gentes de las tribus llamadas bereberes sólo desde el punto de vista moral. Aunque entre los bereberes se encuentran pueblos nómadas, como los tuareg, prefieren, sin embargo, la vida sedentaria cuando la Naturaleza lo permite ó la ocasión se presenta. Montañeses agricultores en su mayoría, no acertarían á tomar hábitos y costumbres semejantes á las de los hombres de las llanuras, pastores y guerreros. Distingúense los kabilas por su resistencia para el trabajo, su espíritu de empresa y su sentido práctico. Curiosos, alegres y tenaces discutidores, les gusta darse cuenta de todo lo que ven, admiran y se asombran, en tanto que el árabe afecta permanecer impassible. No son aficionados á la contemplación mística, y aunque supersticiosos como todos los ignorantes, apenas conceden valor á las creencias religiosas. Tampoco usan el lenguaje figurado de los semitas, y sus romanceros prescinden en sus relatos de las elegancias, sutiles comparaciones y gracias refinadas que busca siempre el poeta árabe. Altivos, cual conviene á hombres que se hacen

respetar por el trabajo, poseen un alto sentimiento del valor individual, y piden antes que nada ser tratados con justicia. Aunque en su conjunto, los bereberes argelinos han alcanzado por la agricultura un grado de civilización superior á la de los árabes, y aunque son probablemente hermanos de raza de los moros españoles que, en la Edad Media sumida en la barbarie, practicaron el desinteresado culto de la ciencia, soportan, sin embargo, aún en muchos lugares, la influencia preponderante de los árabes. Estos últimos, como hijos de los conquistadores, conservan algo del prestigio que les dió en otro tiempo la victoria. Son además los que llevaron al país la religión del Islam y de entre ellos salen los morabitos y los letrados, las «gentes del Libro», ante las cuales los niños kabilas deletrean y recitan los versículos del Koran. Los árabes, á pesar de su vida nómada, disfrutaban, más que los bereberes rechazados á las montañas, las ventajas que nacen de una cohesión relativa. Habitan en las llanuras, mantienen entre sí constante relación y reciben el beneficio que representa la influencia de los moros civilizados en los mercados del interior y en los puertos del litoral. Más numerosos los bereberes, no forman, sin embargo, un cuerpo de nacionales que pueda resistir la presión del mundo árabe que les rodea.

Los verdaderos árabes son menos que medianos agricultores, pues para ellos «la vergüenza y la reja del arado entran al mismo tiempo en la casa». Lejos de gustar la tranquila vida sedentaria, aman la existencia nómada, con sus grandes correrías á través del espacio, los horizontes á cada momento distintos, los espejismos del desierto, los grupos de tiendas alzadas sobre la hierba ó la arena. Así, el árabe de las tribus, por su manera de sentir y pensar, como por sus tradiciones y costumbres, se acomoda con pena al nuevo medio que en su derredor forman la apropiación y el cultivo del suelo, la fundación de ciudades y aldeas, la construcción de carreteras y caminos de hierro. Convertido gradualmente en extranjero dentro del país conquistado por sus abuelos, languidece y muere en muchos distritos, cediendo su puesto á hombres de otra raza.

El elemento negro tiene gran importancia en las poblaciones de Argelia, y tribus enteras, aun entre los kabilas de las montañas, presentan rasgos que atestiguan la evidencia de los cruzamientos entre los aborígenes de la costa y los negros del Sudán. Acaso más de la mitad de los argelinos llamados árabes ó bereberes son de sangre mezclada.

Los judíos, cuyo número en Argelia es mucho menor que en Marruecos, no tienen, en el conjunto de la población argelina, más importancia que la derivada de su sólida agrupación en las ciudades y el arte con que se apropian los ahorros del país.

IV

Ciudades de la Argelia.

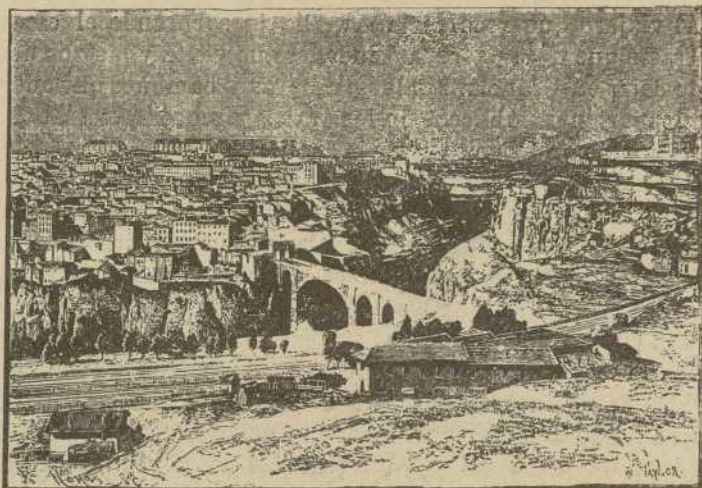
Al viajero que recorre la Argelia le sorprende el escaso contraste que nota entre las ciudades que visita y las que acaba de dejar en Francia. Sin las palmeras y bambúes que adornan los jardines públicos, sin los árabes y moros que trabajan ó se pasean por los muelles y las calles, podría dudar si realmente había atravesado el Mediterráneo. Los barrios que visita, contruidos por arquitectos franceses, parecen copias de los de Marsella, y casi en todas partes las calles, con sus fachadas regulares y comunes, cambian el aspecto de las pintorescas moradas árabes. Pueden los extranjeros residir largo tiempo en una ciudad de la Argelia, sin penetrar nunca en los laberintos de casas árabes que recuerdan un período lejano. Los pueblos de colonos, también de construcción francesa, aventajan á los de la madre patria por la anchura de las calles, la limpieza de las casas y su agradable vista, con jardines, calles de árboles y plazas floridas. En cuanto á los pueblos árabes apenas se ven. Montones de tiendas ó negruzcas barracas se confunden con el suelo que las rodea. Además, los árabes procuran ocultar sus aduanares. Temen á los «comilones» que pasan, empleados ó militares, y se «entierran» para sustraerle al costoso honor de recibir á sus señores y servirles la *shifa* ó comida de homenaje. De aquí resulta que países muy poblados parecen completamente desiertos.

Existen en la Argelia vastas regiones por las que se puede viajar muchas horas sin encontrar habitaciones. Tal sucede en las mesetas de la Argelia oriental. Tébessa y Souk-Aharas son las ciudades más inmediatas á la frontera tunecina y con el afrancesamiento de Túnez han perdido su importancia militar. Después, en la cuenca del Mafrag, hay otra ciudad llamada La Calle. Su nombre español procede tal vez de la Kalaa ó «castillo». El abra de esta ciudad fué largo tiempo un nido de corsa-



rios; pero siglo y medio antes de la conquista de la Argelia, pasó á ser tierra francesa, pues unos comerciantes de Marsella organizaron en ella la Compañía de Africa. La Calle, la ciudad argelina ocupada más tiempo por los franceses, es, sin embargo, la menos francesa de todas, si se atiende á la nacionalidad de sus habitantes. Tres cuartas partes de los europeos que allí residen son italianos, que se dedican á la pesca de coral, ya decadente, y á la salazón de sardinas.

Djidjelli es una ciudad con hermosas huertas cultivadas por colonos españoles y malteses. Sétif, situada á unos 1.100 metros

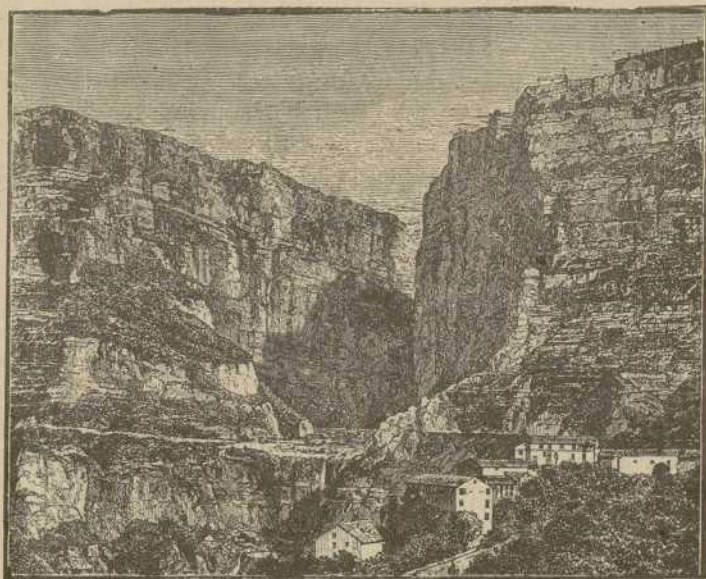


Vista general de Constantina. (Dibujo de Taylor.)

de elevación en la larga meseta sembrada de cerros que separa las montañas costeras del macizo del Hodna y del Aurés, no era antes más que un puesto militar, pero posteriormente se estableció al lado de los cuarteles una pequeña colonia civil y la ciudad progresó rápidamente, merced á la salubridad de la atmósfera y á la riqueza del suelo.

Bone (Bona), que conserva el nombre de la Hippona romana, no ocupa el emplazamiento de esta antigua ciudad, en la que residió el famoso obispo Agustín. Se alzaba á dos kilómetros de la población actual, sobre una colina, á cuyos pies se contempla el admirable cuadro de la verde llanura, los sinuosos ríos que la recorren, bordados de árboles y de huertos, y el mar azul dominado por el altivo cono del Edough. La ciudad

árabe se construyó en las pendientes de un montecillo; pero después de la conquista francesa fué insuficiente este espacio para recibir á los inmigrantes que llegaban de todas partes, y roto el recinto demasiado estrecho de sus murallas, surgió una población nueva, más grande que la antigua, que, en forma de abanico, extendió sus anchas calles en la llanura baja que se dirige hacia el Seybouse. Separa á los antiguos de los modernos barrios un elegante boulevard que se prolonga desde el mar hasta una colina plantada de árboles. Por sus umbrosos paseos



El Rumel en Constantina. (Dibujo de F. Schrader.)

y sus hermosos jardines, Bona figura entre las ciudades más agradables de la Argelia. Como puerto marítimo ofrece Bona grandes ventajas y es uno de los de mayor movimiento en Argelia.

Constantine (Constantina), cabeza del departamento oriental y la tercera población de la Argelia, figura entre las ciudades famosas de Africa. Su formidable posición militar la convirtió en ciudadela, junto á la cual los habitantes de la comarca guerrearon unos contra otros, desde los orígenes mismos de la humanidad. En ella fué donde los franceses, al conquistar la Argelia, encontraron mayor resistencia. La ciudad propiamente

te dicha ocupa una meseta de rocas suavemente inclinada, cuyo promontorio septentrional alcanza una altura de 640 metros, en tanto que la punta meridional está 110 metros más baja. El conjunto de esta meseta forma un trapecio bastante regular de tres kilómetros. De sus cuatro caras, tres están cortadas por derrumbaderos y sólo la cara del Sudoeste se une al resto de la meseta por un istmo de unos 300 metros de anchura. Al Sur baja la colina de tal modo que forma un vasto circo, por encima del cual alza sus paredes verticales el peñasco de Constantina. En el ángulo mismo de la punta roquiza, á 70 metros de altura, sobre la hendidura en que desaparece el río Rumel, se eleva la pequeña cúpula de Sidi-Rached, desde donde los árabes precipitaban á las mujeres adúlteras en tiempos pasados. Cinco puentes unían en otro tiempo los lados del abismo; de cuatro quedan sólo restos informes. En el construído sobre el ángulo oriental del peñasco de Constantina, se sobreponen, bajo un gran arco de hierro echado por los ingenieros á 105 metros de altura, muros de todas las épocas, á contar del reinado de Antonino Pío.

Philippeville, la escala marítima de Constantina, y uno de los puertos más animados del litoral de Argelia, no es una ciudad tan moderna como pudiera creerse, dado su nombre, pues existió en tiempos de fenicios, romanos y árabes. Cuando en el año 1838 desembarcaron los franceses en la playa de la antigua Rusicada, sólo encontraron algunas miserables casas edificadas al pie de ruinosas murallas. En 150 francos vendieron los indígenas el sitio que ocupaba la ciudad. A partir de aquella época la mayor parte de los monumentos ruinosos de la antigüedad han ido desapareciendo para levantar el inmenso cuadrilátero de baluartes, dentro del cual se hallan las casas y grandes extensiones deshabitadas. Sólo quedan las ruinas de un teatro romano, muchas cisternas, hermosos mosaicos y estatuas, bustos, urnas é inscripciones. La calle principal, toda de soportales, ocupa el sitio del antiguo *oued*, y á uno y otro lado las calles transversales suben hacia las colinas en rampas ó escalinatas. Del lado del mar termina la ciudad en una alta terraza, á cuyo pie se hallan la explanada de la estación, en terreno ganado á las aguas, y el puerto rodeado de muelles. Este se ve muy concurrido, sobre todo por los barcos que hacen el comercio de cabotaje, y rivaliza con Orán y Argel en cuanto al tráfico con el litoral.

Djidjelli, que conserva su antiguo nombre líbico, apenas al-

terado, de Igilgili, data de los primeros tiempos de la historia. Las tumbas que á lo largo de la costa aparecen ahondadas en la roca, son obra de los colonos fenicios. Muy próspera en la época romana, Djidjelli continuó siendo importante centro comercial bajo los bizantinos y árabes. La ciudad moderna, con rectas calles sombreadas por plátanos, fué construída al Sur de la península, en la llanura que se extiende al pie de las colinas. Djidjelli es una de las ciudades más sanas de la costa argelina. En ella no se conocen las brumas matutinas que inundan á Argel y otras ciudades del litoral, porque los vientos marinos circulan libremente.

Bugia, la Saldae de los romanos, es una ciudad decaída, si bien desde mediados del siglo xix se ha repoblado en gran parte. Bezaja ó Bougia, nombre que tomó de una tribu de las montañas vecinas, no era un centro político, pero tuvo gran importancia comercial á causa de las buenas condiciones de su puerto, uno de los más abrigados de la costa argelina. Las relaciones de Bugia con Europa llegaron á ser tan frecuentes, que á principios del siglo xiv se ponía bajo la protección de los reyes de Aragón para guerrear con otras ciudades del litoral. Al periodo del comercio pacífico sucedió el de la piratería. Bugia se convirtió en terrible nido de corsarios, y los españoles la atacaron. Pedro Navarro la conquistó en 1509, y durante cuarenta y cuatro años ondeó sobre los fuertes de la plaza la bandera de Castilla. Ninguna ciudad de la Argelia oriental ha estado tanto tiempo en poder de nación europea. Recobrada por los turcos en 1555, Bugia fué una ciudad sin comercio alguno rodeada de kabilas enemigas. Hoy ocupa mucha menos extensión que en la época de su prosperidad. El recinto ha disminuído considerablemente, quedando abandonados algunos barrios exteriores.

La región del Djurdjura ó el Adrar, «la Montaña» per excelencia, limitada por los ríos Sahel é Isser, es conocida generalmente con el nombre de Gran Kabília por oposición á la Pequeña Kabília. A la altura de las montañas se debe solo la diferencia de nombre entre una y otra comarca, pues la Pequeña Kabília tiene casi la misma extensión superficial que la Grande. Los kabilas del Djurdjura, se dan el nombre de imazighen, es decir, «los hombres libres». Ciertamente, la gran mayoría de los kabilas, sea cual fuere su origen, tienen derecho á titularse «libres», porque huyeron á las montañas para conservar su independencia, y en todo tiempo han resistido á

los invasores. Los árabes llamaban á este país. Bled-el-Adoua, «tierra enemiga». La Kabilia es hoy la región más poblada de Africa septentrional, y por efecto de las diversas invasiones,



Familia kabila. (Dibujo de G. Vuillier.)

sus habitantes presentan tipos muy mezclados desde el negro al blanco. Pero por diversos que éstos sean, cabe afirmar que, en conjunto, representan la antigua población berberisca. La actual población de la Gran Kabilia es muy numerosa. En su territorio de 5.500 kilómetros cuadrados de superficie, viven

más de medio millón de almas, ó sea 90 habitantes por kilómetro cuadrado.

Los kabilas, como todos los campesinos, son muy sobrios y económicos. Honrados, incapaces de engañar á nadie, exigen de los demás, en las relaciones comerciales, la misma probidad. Defienden con singular obstinación toda causa que les parezca justa; por esto dicen los árabes que «el kabila tiene la cabeza más dura que una piedra». Lo que principalmente distingue al kabila es su extremado amor á la independencia personal. Cada cual quiere ser el «sultán de su cabeza»; todos hablan de



Familia kabila de viaje. (Dibujo de Stanishnikoff.)

su honor, y la palabra árabe *nif*, que equivale á «nariz», pero que simboliza la dignidad personal, se repite constantemente en la conversación. El mayor ultraje que puede inferirse á un kabila es «cortarle la nariz».

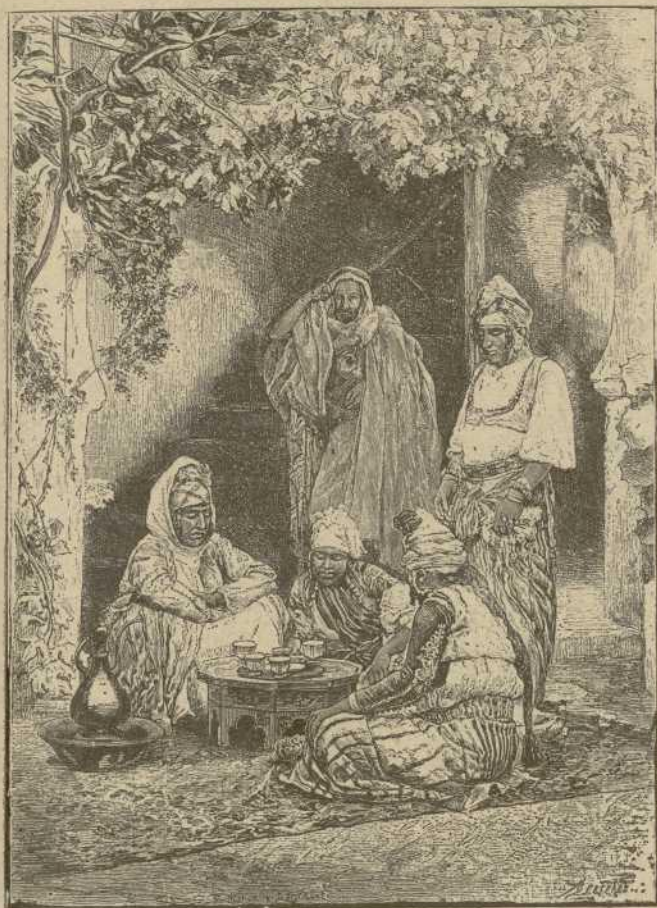
Más de 1.000 aldeas se hallan esparcidas en las cumbres y mesetas de la Gran Kabila, y las hay que tienen de 2.000 á 2.400 habitantes. Todos los que pertenecen á un mismo grupo familiar constituyen una *kharouba*, cuyas moradas forman barrio aparte. Las callejuelas de las diferentes *kharouba* convergen hacia una plaza común, que es la *djemaa*, y en el centro de ella hay un arco entre dos casas, bajo el cual se hallan los bancos en que se sientan los ancianos cuando presiden la asamblea. En el Djurdjura no hay ciudades, en el sentido general que se da á

esta palabra. Fort National, la capital militar del país, no es más que un conjunto de cuarteles, almacenes y posadas.

Alger (Argel), la capital de la «Francia africana», conserva todavía su nombre árabe de el-Djezair ó «de los Islotes», debido á cuatro escollos unidos ahora á tierra firme. Hoy Argel es la primera ciudad del continente africano, no por el número de habitantes, puesto que tiene menos pobladores que las dos capitales del Egipto y acaso menos que Túnez, sino por su importancia como foco de civilización europea. Vista desde el mar, después de haber doblado la punta Pescade, ofrece un maravilloso cuadro. Está edificada en forma de anfiteatro triangular sobre la falda de una montaña. Hacia lo alto de la colina que coronan las murallas de la kasbah, aún se ve lo que resta de la antigua Argel, que de lejos parece una cantera de mármol blanco, con piedras desiguales. En otro tiempo, la cascada de casas bajaba hasta la misma orilla del mar; ahora termina antes, limitada por las masas regulares de los edificios que los franceses han construido y que prolongan sus fachadas por encima de los malecones. Al Sur del triángulo de la ciudad árabe aparece otra ciudad escalonada en las pendientes. La forman casas modernas cuyos muros grises y techos rojos se destacan sobre el verde oscuro de las huertas. Más allá suceden bruscamente á la parte edificada murallas y taludes cubiertos de hierba ó de maleza. Pero fuera de la ciudad, propiamente dicha, en Mustapha, comienza de nuevo la población, menos compacta que dentro del recinto de las calles, pero más pintoresca, por los grupos de casas que hay en los barrancos y las lomas. Por encima de las copas de espesos árboles aparecen los kioscos y las cúpulas de hoteles ó palacios. Allí residen preferentemente los ingleses y otros extranjeros, que van á pasar el invierno disfrutando del dulce clima de Argel.

El conjunto formado por los tres municipios de Alger, Saint-Eugene y Mustapha, se extiende en una longitud de 10 kilómetros. Todas las calles principales son paralelas á la costa, y de distancia en distancia hay plazas desde las que se baja á la orilla del mar. La principal, llamada plaza del Gobierno, es el centro de vida de Argel. En el ángulo de esta plaza se eleva la mezquita nueva, en cuyo alminar está el reloj de la ciudad. Cerca se hallan el mercado principal, la Mezquita grande, la Catedral, el palacio del Gobierno, el Estado Mayor, la Casa Consistorial y la mayor parte de los centros administrativos. Allí convergen las calles más animadas y las escaleras más concu-

rridas del puerto. De allí parten casi todos los carruajes para los arrabales de Argel y las ciudades del interior. Abigarrada multitud bulle en la plaza, y aunque predomina el traje vulgar impuesto por la moda, brillan también colores vivos sobre el



Familia árabe de Tlemcén. (Dibujo de Lancelot)

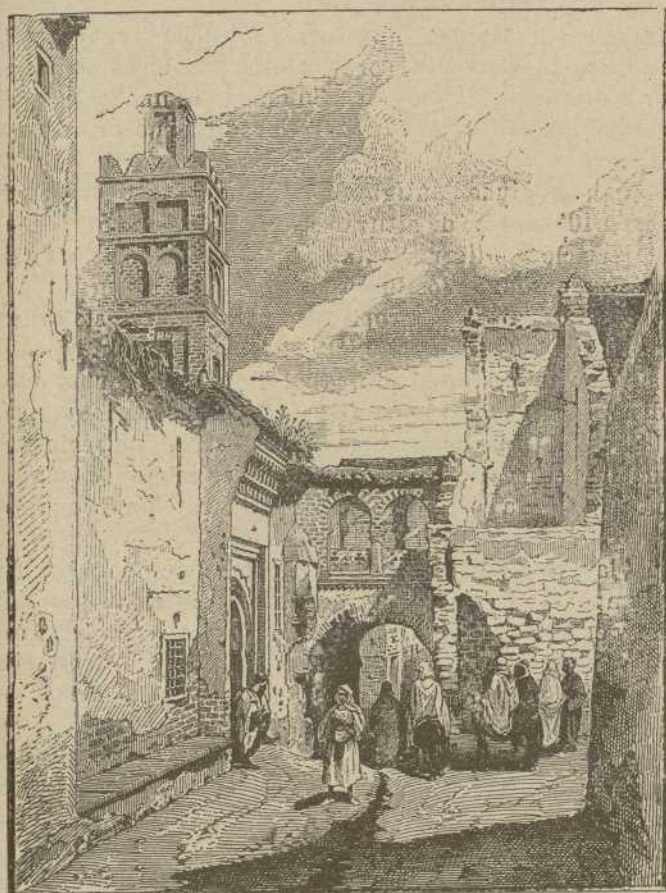
fondo sombrío de la masa, siempre en movimiento, de gentes que van y vienen. El rojo gorro de los pescadores, el *checkia* de los ganapanes y el *gandoura* bordado de los biskri, se mezclan con los turbantes amarillos de los viejos judíos, con las túnicas, bandas y sombreros de brillante seda que llevan sus mujeres y

sus hijas. Algunos personajes árabes, grandes jefes, se pasean con su jaique de lana, de inmaculada blancura, ó sentados en los cafés beben majestuosamente algún licor prohibido por el Koran. Las mujeres moras, con sus anchos y huecos pantalones, se deslizan dos á dos, velado el rostro, mostrando sólo sus negros ojos, rodeados de azuladas ojeras. En la ciudad, la población está dividida por zonas, según su origen. Los franceses habitan los barrios nuevos. Los napolitanos, los españoles y los malteses son proporcionalmente mucho más numerosos en la parte baja de la antigua ciudad, en las inmediaciones del puerto. Los judíos, á quienes pertenecen la mitad de los almacenes que hay en el barrio francés, ocupan casi todos la parte media de la ciudad, entre los cristianos y los musulmanes. Estos residen en el laberinto de tortuosas y escalonadas callejuelas que cubren la falda de la colina y suben hasta la kasbah. Sus casas son bajas y suelen estar unidas por arcos. Sostienen la parte alta y saliente de los edificios pequeñas vigas plantadas oblicuamente, y en las rinconadas ó bajo los arcos se abren las puertas adornadas con clavos. En los muros, blanqueados con cal, donde se ve la roja huella cabalística de la mano que ha de ahuyentar á los malos genios, hay alguna que otra ventana ó celosía. En este barrio musulmán, que se conserva lo mismo que estaba antes de la conquista, viven gentes de todas las razas africanas, blancas y negras.

La ciudad moderna, por su arquitectura, nada tiene de común con lo que resta de la antigua Argel. Sus principales edificios son enormes construcciones, semejantes á las de Marsella y no muy acomodadas á las condiciones del clima. De las 160 ó más mezquitas ó *kouba* que elevaban sus cúpulas por encima de la ciudad, sólo quedan unas 20. Una de ellas es la de Abdel-Rahman-et-Tsalbi, cuyo bellissimo alminar descuella sobre los grupos de árboles y flores del jardín Marengo. En la parte baja de la ciudad árabe subsisten hermosas casas moriscas, todas de idéntica construcción, pero restauradas. El patio central, donde antes murmuraba una fuente en medio del follaje, está convertido en salón, y donde antes se veía el cielo azul tachonado de estrellas, ahora hay un techo, del que pende una lámpara. Además, la mayor parte de estos palacios, edificadas por esclavos ó renegados oriundos de todos los países, carecen de armonía en el estilo, pues no siempre se tallaban ó colocaban con gusto artístico los mármoles de Italia, ó los azulejos de Holanda. Como plaza de guerra, Argel ya no tiene gran valor,

dados los progresos que en estos últimos tiempos ha realizado la artillería.

Argel debe su importancia, como escala marítima, á los buques de guerra que frecuentemente despliegan ante ella sus



Una calle de Tlemcén. (Dibujo de Marquette.)

respectivos pabellones, y más aún á los vapores que hacen servicio regular entre su puerto y los del extranjero.

Blida, la sexta ciudad de Argelia por el número de habitantes, es una población de aspecto completamente francés. Apenas quedan una mezquita y alguna que otra casa árabe; pero cer-

ca de la población se ven todavía algunos sitios que recuerdan la antigua Blida, tales como fuentes, tumbas de blanca cúpula y senderos que serpentean bajo los grandes olivos de nudoso tronco. Es entre todas las ciudades de la Argelia, la más rica en naranjales, y sus mandarinas tienen fama en el mundo entero.

Cherchell es una de las antiguas ciudades de Argelia y ha sido reconstruída dos veces, por los moros andaluces la primera y por los franceses la segunda. Su puerto es una caleta circular, protegida de los vientos del Noroeste por el islote de Joinville.

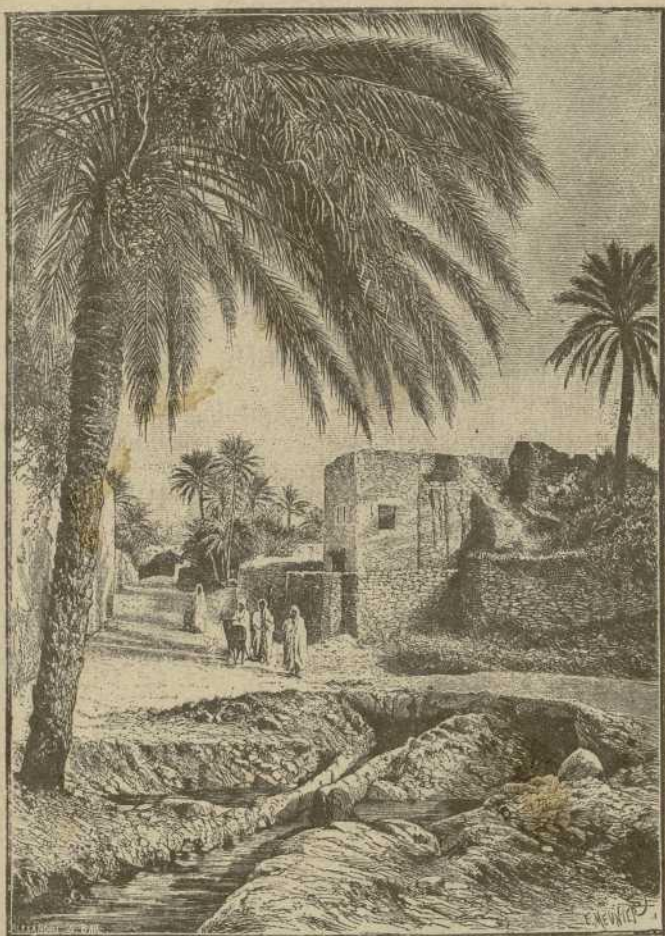
Mostaganem, ciudad antigua, no se encuentra á orillas del mar, sino á 100 metros de altura en un escarpado. Al Este se halla la población militar ó Matamore, así llamada de los matmour ó asilos en donde los turcos almacenaban sus granos. Al Poniente está la población propiamente dicha de Mostaganem, reconstruída casi por completo á la europea. Forman la mayoría de sus pobladores, los franceses y otros inmigrantes europeos, disminuyendo de año en año las antiguas familias de moros. Al Sur y al Oeste de Mostaganem se hallan esparcidos muchos pueblos; el mayor es Aboukir y el más célebre Mazagran, tan conocido por la defensa de su corta guarnición francesa en 1840.

Saïda, la «Afortunada», moderna población fundada en 1854, debe su importancia al esparto que se cosecha en las mesetas vecinas, y está habitada en su mayor parte por españoles, que se dedican á la recolección de esta planta. La que fué capital del reino de Abd-el-Kader, Mascara ó el «Campo permanente», conserva su aspecto militar. La tribu de los hachem, á la que pertenecía el famoso emir, ocupa aún la comarca, y en el lugar de Cacherou se eleva la venerada *koubba* de su padre, Sidi-Mai-ed-Din. Como centro agrícola y comercial, Mascara es una población muy activa.

Perregaux, situada en el cruce de los ferrocarriles de Argel á Orán y de Arzeu á Saïda, es actualmente, entre todas las ciudades de Argelia, la mejor dotada de fáciles comunicaciones, pero sólo tiene importancia como depósito de productos agrícolas.

A pesar de su nombre árabe, Sidi-bel-Abbés es una población completamente moderna. Soberbios plátanos dan sombra á sus calles, y se alzan multitud de casas de recreo en las campiñas próximas, antiguo dominio de los Beni-Amer que aban-

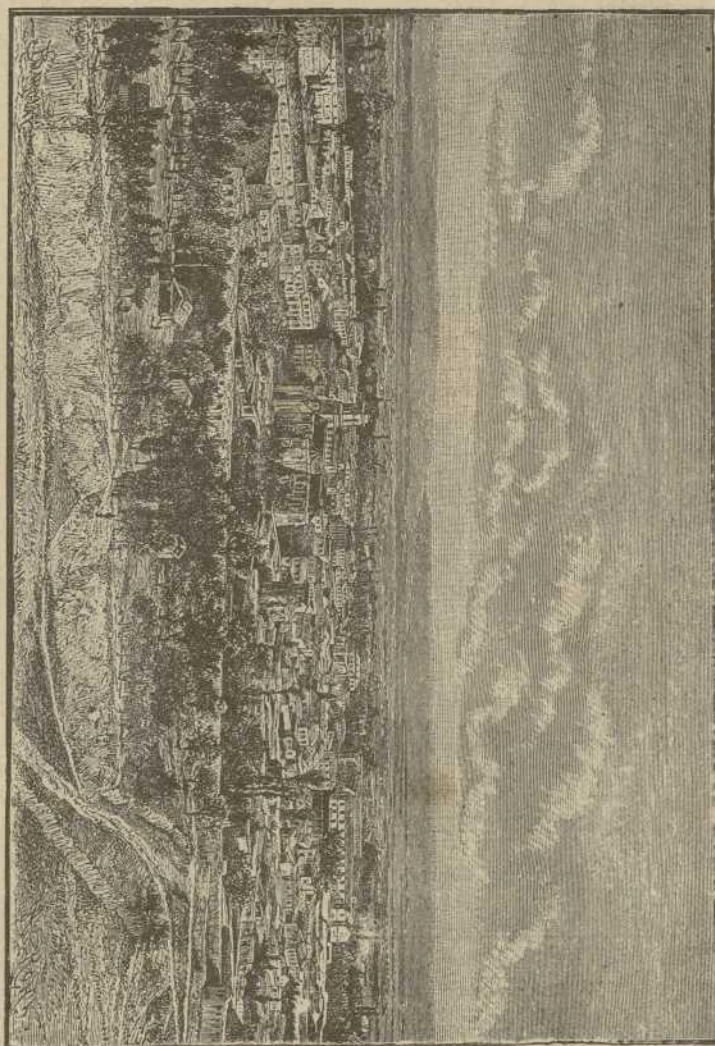
donaron el país para refugiarse en Marruecos. Sidi-bel-Abbés es la villa que, en proporción, encierra más españoles, siendo éstos dos veces más numerosos que los franceses. Al Noroeste



Biskra: vista de una calle. (Dibujo de A. de Bar.)

del pueblo empiezan las escabrosidades del monte Tessala, en cuya base existe el lugar del mismo nombre, compuesto de casitas esparcidas entre los sembrados. La población expide también sal, cloro, sosa y otros productos recogidos en el lago el-Melah ó producidos por las fábricas de sus inmediaciones.

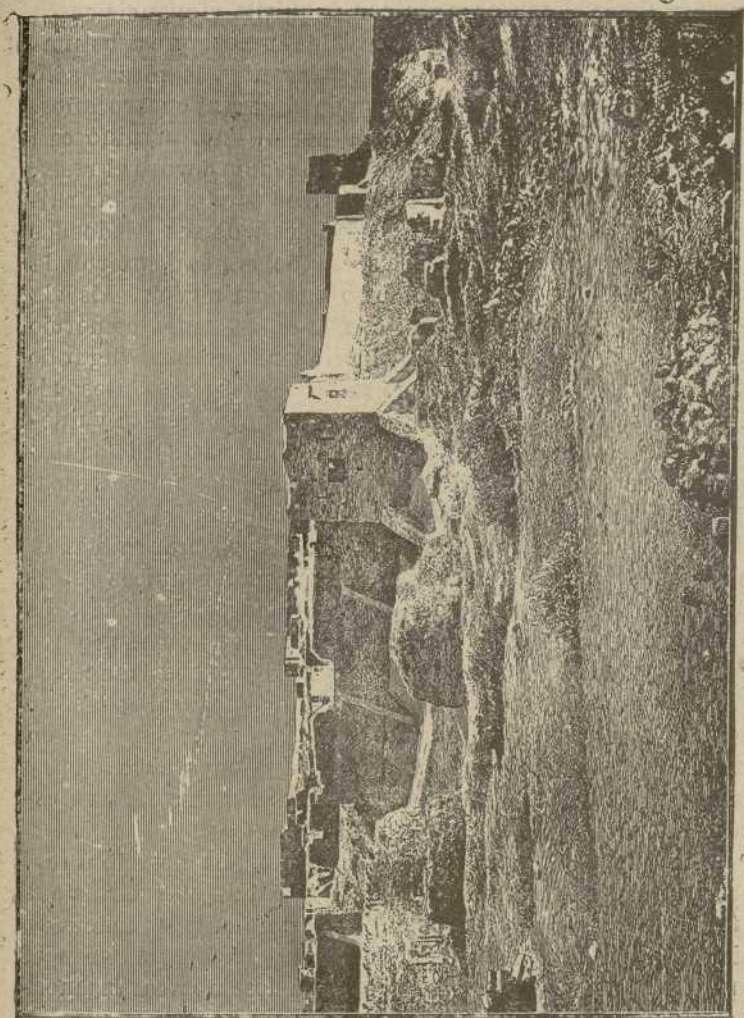
Orán, la Ouahran de los árabes y turcos, rival de Argel, durante algunos años por el número de habitantes, es la primera ciudad de Argelia por el desarrollo del comercio, y la



Orán: vista general. (Dibujo de Berclay.)

plaza fuerte de Mauritania. Su historia ha marchado durante más largo tiempo asociada á la de la Europa moderna. Fundada á principios del siglo x por los moros de Andalucía, Orán creció muy pronto merced á la importancia del puerto vecino, lla-

mado Mers el-Kebir ó «Puerto Grande». La ciudad nació en la extremidad del golfo, junto á su ancha abertura. De aquí el nombre de Ouahran ó «cortadura» que, bajo la forma español-



La Kasbah de Biscara, (Dibujo de Vuillier.)

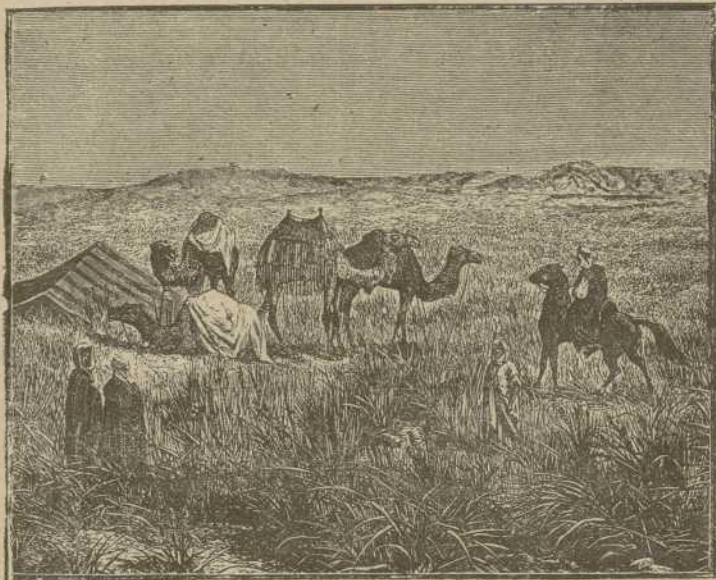
la de Orán, se aplica á la población. Expulsados de España los moros, persiguieron los españoles vencedores á los fugitivos en el continente africano, y en 1505 y 1509 fueron sus primeras conquistas el puerto de Mers-el-Kebir y la plaza de Orán. Con viento favorable, bastaban un día ó dos de navegación

para que los transportes y buques de guerra de España se trasladasen de una á otra costa, y como desde las montañas de Murcia se divisan las del Mogreb, la ciudad arrebatada á los moros quedaba, por decirlo así, á la vista de los conquistadores españoles. Estos la conservaron con exquisita vigilancia cerca de tres siglos, y durante esta época, los turcos, que acostumbraban á dirigir anualmente un ataque contra la plaza, sólo poseyeron á Orán durante un período de veinticuatro años, de 1708 á 1732. Un temblor de tierra, por último, arruinó casi completamente la ciudad en 1790; un incendio devoró el resto, y de todos lados acudieron turcos y árabes para atacar las ruinas y apoderarse de los soldados españoles y de sus aliados los «moros mercenarios». En 1792 los españoles abandonaron la plaza, que no había prosperado bajo su dominación. Aislada del interior por un bloqueo casi continuo, no tenía comercio alguno, ni servía al gobierno de Madrid más que como lugar de destierro para los cortesanos que caían en desgracia. Después de la partida de los españoles, Orán permaneció treinta y nueve años bajo el poder de los turcos; y cuando en 1831 la ocuparon los franceses, bastó que éstos reparasen los fuertes españoles, edificados en las cimas y en los promontorios, para que volviese á ser una plaza inexpugnable. Estas obras militares, que representan una labor enorme, son casi los únicos restos de los trabajos realizados por los dominadores españoles. La ciudad ocupa actualmente una superficie por lo menos cinco veces mayor que en la época de la conquista. Los franceses, entre los cuales cuenta el censo á los judíos naturalizados, no forman la mayoría de la ciudad. Los españoles les superan en número en esta antigua capital de sus posesiones africanas, y monopolizan algunas profesiones. Los musulmanes forman escasa minoría en el interior de la población.

Orán, gracias á su puerto ganado al mar, ha llegado á ser, por su comercio exterior, independiente de Mers-el-Kebir, la antigua «llave de África», que es hoy una simple dependencia de la ciudad vecina. Los navíos acuden á cargar directamente el esparto, los minerales y los cereales, y á desembarcar las mercancías de Europa.

Tlemcén (Tremecén), la población de mil fuentes, es una de las ciudades más encantadoras de Argelia, y ha recibido el nombre de «Granada Africana». Quinta población por el número de habitantes y primera por sus recuerdos históricos y sus restos de arquitectura árabe, se eleva en la base septentrional de un

monte roquizo, á más de 800 metros de altura, lo que permite extender la vista por el inmenso horizonte de los valles del Isser y del Tafna, con numerosas cascadas. Tlemcén que llegó á ser la metrópoli de la gran confederación bereber de los Zenatas, fué sucesivamente ocupada por diversas dinastías, sitiada con frecuencia, presa del hambre y asolada, y volvió á engrandecerse, alcanzando durante el siglo xv el mayor grado de

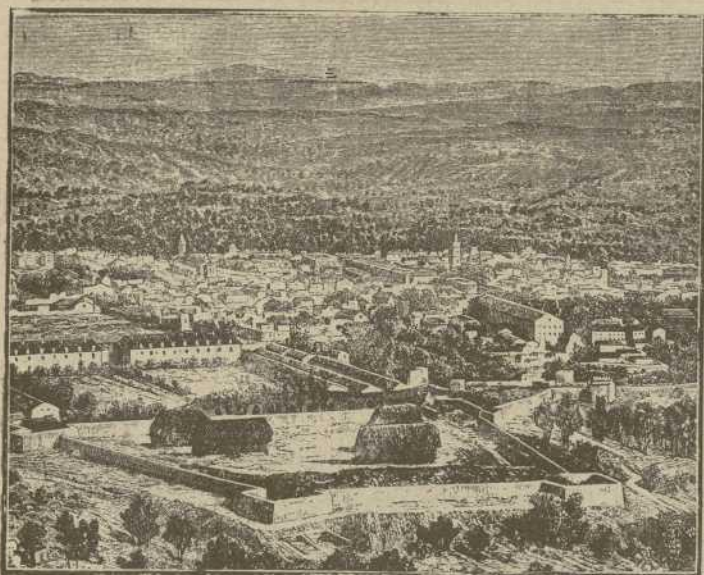


Mar de esparto. (Dibujo de A. de Bar)

su poder, siendo su civilización semejante á la de Córdoba, Sevilla y Granada.

Reconstruida en gran parte á la europea, tiene calles y plazas regulares, así como buenos edificios militares y municipales; pero se distingue aún de casi todas las ciudades argelinas por la extensión de sus barrios moriscos. Al salir de las oscuras bóvedas que unen una casa á otra por encima de callejuelas tortuosas, se ve repentinamente una escalera alumbrada por el sol, cuyos rayos juguetean á través de un enrejado de pámpanos. Más allá, las puertas cuadradas sirven de marco á sombríos patios, y en lo más alto de la calle, dominando el laberinto de casas y techumbres cubiertas de tejas, aparece algún blanco alminar. Estos cuadros, animados por los vivos colores

de los vestidos rojos, amarillos y verdes de los grupos de transeúntes, forman el encanto de Tlemcén. Las mezquitas son los únicos edificios artísticos que restan de la Tlemcén de los tiempos bereberes. En algunas se ven preciosos alminares con columnitas de mármol, adornadas de mosaicos, pinturas y porcelanas barnizadas. En una de ellas está la tumba de Boabdil, último rey de Granada, muerto en Tlemcén.



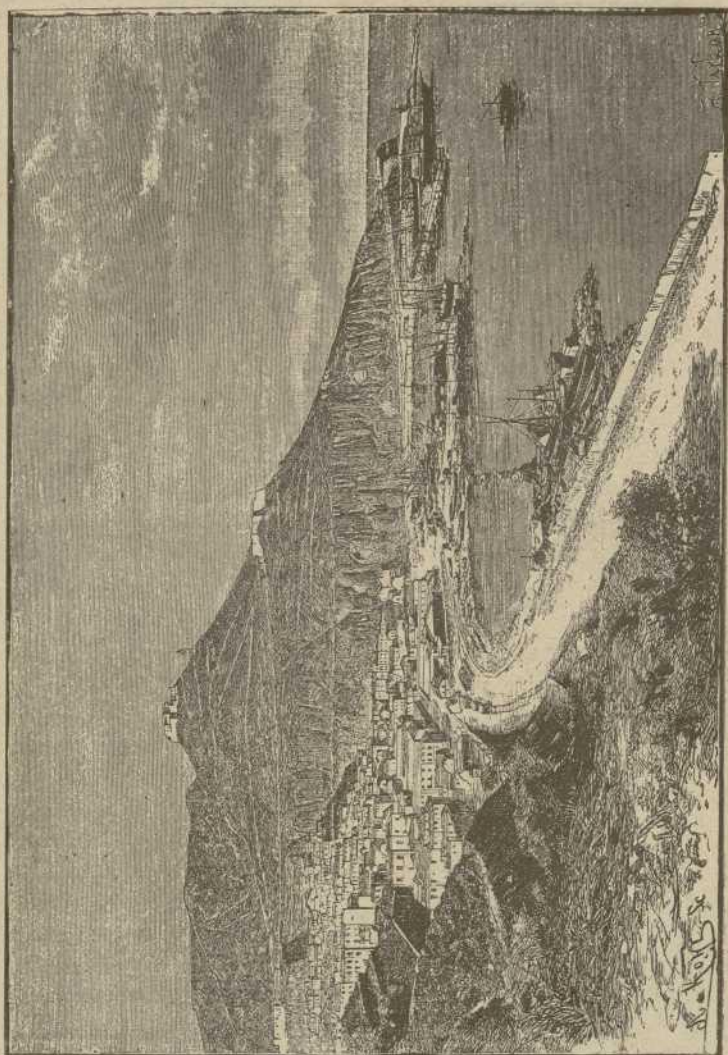
Vista general de Tlemcén. (Dibujo de A. de Bar.)

Nemours, la *Djemaa-el-Ghazouik* de los árabes, es la única población francesa construida en el litoral, entre el río Tafna y la frontera marroquí. La denominación árabe, «Mezquita de los Piratas», recuerda las expediciones de los corsarios que habían escogido esta caleta para resguardar en ella sus embarcaciones.

Al Este de la población se alza el peñasco sobre el que descansa el antiguo burgo de los corsarios, terminando en el extremo del promontorio por una elevada mezquita. Los habitantes pertenecen á una raza de no escasa belleza, y las mujeres peinan muy bien su opulenta cabellera. No sorprende la elegancia del tipo de estas últimas y el buen gusto de sus trajes si se atiende á su origen español é italiano, pues descienden de mu-

jeres de *los roumi* ó cristianas robadas en las costas opuestas del Mediterráneo.

En la vertiente argelina que da al Sahara existen poblacio-



Orán: vista tomada desde la Marina. (Dibujo de Taylor.)

nes de moderna fundación que tienen importancia, como centros agrícolas y puertos militares. Estas son Batua, Bcl-Sada, Djelfa y Biskra. Esta última es de gran valor porque domina

la entrada del desierto. Además Biskra es ahora una estación de invierno adonde acuden muchos enfermos del Norte de Francia para recobrar la salud bajo su cielo siempre sereno.

En pleno desierto tiene Francia valiosos y fértiles oasis, siendo los dos más principales el de Tougourt y el de El-Oued, ó «El Arroyo».

Existen además en la vertiente del Sahara ocupando en inmensidad de arena, oasis más ó menos fértiles, las poblaciones de Aflou y Laghouat, Ghardaya, Bou Noura, «la Tuerta», Berriau, Guerara, Ouargla, El Golea y otras.



Tipos marroquíes. (Dibujo de Biséo.)

MARRUECOS

I

Aislamiento del país.—El gran Atlas.—Cordilleras laterales.—Ríos.

El nombre de Marruecos que aplican los europeos á la región triangular de la Berbería limitada al Nordeste, en el Mediterráneo, por Kis, y al Sudeste, en el Océano, por el Nun, no tiene la misma significación entre los indígenas. Según éstos, Marruecos, ó el país de Marrakex, no es más que uno de los tres Estados sometidos á la autoridad del sultán-xerif. El reino de Fez al Norte, y el oasis de Tafílete al Sudeste, completan su imperio. Además, el espacio que en nuestros mapas figura con la denominación de Marruecos, comprende vastos territorios ocupados por numerosas tribus independientes. Los habitantes de esta región no tienen un nombre común para designarla en conjunto. Su país, en términos generales, sin demarcación precisa de fronteras, es el Mogreb-el-Aksá, ó sea «el Occidente Extremo».

A pesar de esto, la Berbería occidental, no obstante la vaguedad con que se la designa, constituye una región especial desde el punto de vista geográfico. Las altas cadenas Nderen,

sus repliegues paralelos, sus contrafuertes y los valles que cortan el macizo y van ensanchándose hasta formar llanuras hacia el mar por una parte y hacia el desierto por otra, dan carácter de unidad á toda la zona Noroeste del continente africano comprendido entre la Argelia y las tierras bajas del Sahara marítimo. Además, aunque no existe cohesión política, la comunidad de fe religiosa y la oración á la «Majestad xerafiana», dan á los habitantes cierta solidaridad contra el extranjero. Las rivalidades entre las potencias europeas que se disputan este país, especialmente entre España, Francia é Inglaterra, contribuyen á hacer de Marruecos una especie de personalidad colectiva, aislando al país del resto del Africa. Aceptando los límites convencionales que la diplomacia asigna á Marruecos, y suponiendo que termina al Sudoeste en una línea recta trazada en el desierto desde el oasis de Figuig hasta la boca del Dráa, puede estimarse su superficie en 500.000 kilómetros cuadrados. De su población no cabe precisar la cifra, puesto que no existen estadísticas ni siquiera aproximadas. Comparando este país con la Argelia y con Túnez, tan semejantes por las condiciones del suelo y del clima y pobladas ambas por razas de igual origen, y teniendo en cuenta que hay en Marruecos grandes y populosos oasis, puede admitirse como cifra probable de población la de ocho ó nueve millones de habitantes.

Los viajeros europeos aún no han recorrido por completo el territorio marroquí. Durante tres siglos, casi todas las descripciones del país eran reproducción de la obra que escribió el renegado árabe, León el Africano. Los misioneros enviados para rescatar cautivos, los náufragos que pedían el regreso á su patria y algunos diplomáticos que, acompañados de sus grandes comitivas se dirigían á la corte del soberano, fueron hasta fines del siglo XVIII los únicos europeos que se internaron en Marruecos.

En los primeros años del siglo XIX lo visitó con entera libertad un audaz español llamado Badá, que se titulaba Ali-bey, el cual se presentó como musulmán de ilustre estirpe, y desde entonces gran número de viajeros han ido y venido entre Tánger, Fez, Mequinez y Rabat, y entre Marrakech, la capital del Sur, y Mogador. Puede decirse que son para el extranjero caminos trillados los que cruzan el territorio directamente sometido al xerif; pero todavía hay muchos territorios independientes en los que no han penetrado los exploradores.

El itinerario que siguen los europeos determina el trazado

casi exacto de los límites que separan el *bled-el-majzen*, ó sea «el país de reclutamiento», del *bled-es-siba*, ó sea el conjunto de regiones cuyas tribus se niegan á la vez á pagar los impuestos y á contribuir al servicio militar. En el *bled-el-majzen* los europeos viajan con toda seguridad, protegidos por las autoridades imperiales, sin necesidad de ocultar su origen; pero correrían peligro si penetraran sin disfraz en las regiones ocupadas por las tribus independientes, y estas regiones comprenden casi las cinco sextas partes designado en los mapas con el nombre de Marruecos. Los habitantes del *bled-es-siba* creen, no sin razón, que toda exploración de su territorio por viajeros cristianos es para preparar la conquista, pues más pronto ó más tarde los ejércitos aprovecharán los caminos conocidos por los viajeros. Una de las comarcas casi inexploradas es el país del Rif, por delante de cuya costa pasan millares de buques todos los años. Aún en el camino directo entre Fez y Marruecos hay espacios llenos de monte y de espesuras, conocidos solamente por referencias de los indígenas. Sólo cuatro ó cinco viajeros han atravesado el Atlas, el anti-Atlas y la vertiente del desierto hasta los itinerarios que siguen las columnas francesas en las fronteras de Argelia.

El sistema del Atlas alcanza en la región de Marruecos su mayor altura. Orientada la principal cadena de Sudoeste á Nordeste, siguiendo precisamente el eje del Africa del Noroeste, desde el cabo Blanco hasta el promontorio de Argel, toda la región marítima de Marruecos, entre la embocadura del Sus y la del Muluya, puede decirse que se encuentra fuera de la masa continental de Africa. Bastante regular en su conjunto, aunque no del todo rectilínea, la cadena forma una especie de arco cuya convexidad mira hacia el Sahara. Su longitud total, sin contar la de las cadenas que á ella se unen y que continúan en Argelia el sistema atlántico, se calcula en 600 kilómetros del cabo Guir hasta el Yébel Aiaxin, al Nordeste. No aplican los marroquíes nombre alguno general al conjunto de la cadena; pero dan á la parte occidental la denominación de Idraren, «los Montes».

El Yébel Aiaxin (Aiaxi), que al Nordeste comienza la gran cadena del Atlas, es, al parecer, uno de los macizos más altos de Marruecos. Al Oeste se prolonga la cresta de Ait-Aja, continuada por la del Aian y por los avanzados montes pedregosos que dominan las llanuras de Fez. Al Nordeste, una de las ramificaciones del Aian, el Yébel Tamarakuit, sigue la dirección

normal del sistema atlántico. El hermoso lago de Sidi Ali Mohamed, que refleja un círculo de bosques en sus aguas puras, llena una de las depresiones.

Al Sur del Yébel Aïaxin, la principal cadena, no atravesada todavía por ningún viajero europeo, parece mantenerse á una altura de más de 3.500 metros. La montaña más alta de esta parte, y probablemente la más elevada de todo el Atlas, es el *djebel Sirua*, desnuda roca de apariencia formidable, cuya cima más alta cubren las «nieves perpetuas». Vista desde la capital de Marrakech la cadena del Atlas se desarrolla en la mitad del horizonte como una muralla apenas dentada, de la que desaparecen las nieves en los primeros días del verano.

Como los exploradores europeos han cruzado el Atlas por contado número de puntos, se desconoce aún en parte la constitución geológica del mismo. Notable contraste existe entre las dos vertientes del Atlas. La cara de los montes vuelta hacia los vientos lluviosos del Atlántico es verde y está cubierta en algunos sitios, principalmente hacia su extremidad septentrional por admirables bosques, aunque en Marruecos como en el resto del Mogreb, los pastores tienen la costumbre de entregar las selvas y malezas á las llamas á fin de renovar la vegetación de los pastos. Pero en la cara que mira al desierto, mucho más escarpada que la vertiente opuesta, sólo se ve la roca desnuda, como abrasada por el soplo árido que sube de las arenas. Sin embargo, hay una cadena paralela, que sirve, por decirlo así, de pantalla y protege las vertientes meridionales del Atlas, en casi toda su extensión, contra los vientos desecadores del Sahara. Unen esta cadena á la del gran Atlas, nudos montañosos donde nacen torrentes que marchan hacia el Sudoeste ó Nordeste, en sentido paralelo al eje de las montañas. Los geógrafos han dado el nombre de «Pequeño Atlas» ó Anti-Atlas al conjunto de estas aristas, rotos en varios sitios por las bocas de los ríos que se vierten al desierto. Enterrada parcialmente en las arenas del desierto la base meridional de estos montes, hay una ancha zona perfectamente unida en apariencia, que separa el Pequeño Atlas de otro saliente de rocas paralelo al eje atlántico. Esta depresión intermedia es conocida por el nombre de Feiya. El Bani es la muralla roquiza que, al Sudeste, marca este límite. No es una arista considerable por sus dimensiones, pues se eleva sólo 200 ó 300 metros por encima del suelo, y su mayor anchura, de una á otra base, varía de uno á dos kilómetros. De distancia en distancia, presenta el Bani puertas ó

desfiladeros, que llaman los indígenas *jeneg*, generalmente muy estrechos, y más arriba de ellos se juntan cinco ó seis ríos que llevan al Dráa por un canal único las aguas que vierten los montes del Pequeño Atlas. Los bereberes miran uno de estos *jeneg* como la cuna de su pueblo, y allí acuden todos los años en peregrinación, para ofrecer sacrificios y celebrar comidas y bailes. Las paredes del Bani son roca pura, sin una capa de tierra, ni vegetación en las hendiduras. Por el relieve y la orientación del Bani, que corre paralelamente al Atlas y al Anti-Atlas, podría comparársele á la última ola que muere en la playa delante de otras más grandes.

Al Oeste del Grande Atlas, no se hallan las cadenas secundarias colocadas en sentido paralelo á la cresta principal; por el contrario, se separan de ella extendiendo sus líneas desiguales en dirección á la costa. Una de estas cadenas, que comienzan hacia el extremo occidental del Atlas, eleva alguna de sus cimas á más de 1.000 metros, y con el nombre de yébel Hadid ó «montaña de Hierro», termina á orillas del mar, entre Mogador y la desembocadura del Tensift. Otra cordillera, que serpentea al Norte de Marruecos, tiene cumbres á 900 metros de altura. Además, en sitios diversos, en medio de la llanura, se elevan numerosos grupos de contornos redondeados.

La más elevada y extensa de las divisiones secundarias que se separan del Grande Atlas en la vertiente atlántica, nace hacia la extremidad septentrional y divide los altos valles del Sebú y del Rebia. El yébel Aian, á menudo cubierto de nieve, es el nudo central del que parten los diversos ramales montañosos de esta región. Los geógrafos hasta nuestros días desconocen casi por completo esta parte de Marruecos, y no han podido medir las cimas sino á lo lejos. Ocupan los valles de este alto laberinto poblaciones bereberes que no pagan tributo ni suministran soldados á los soberanos.

En la parte septentrional de Marruecos se hallan otros grupos de montañas que se unen indirectamente al sistema del Atlas. De un lado el Sebú, que se vierte en el Atlántico, y del otro el Muluya, afluente del Mediterráneo, circunscriben por sus valles y los de sus afluentes un espacio cuadrangular cuyas crestas no tienen la misma orientación que el Atlas. El conjunto de estas tierras altas baja hacia el Rif, es decir, hacia la costa, de modo que presenta una vertiente montañosa que se extiende en un vasto semicírculo, desde el promontorio de Tres Forcas hasta la punta de Ceuta. Los montes de Beni-Hassan

forman una cadena de soberbio aspecto, que en la figura se parece á una sucesión de peñones de Gibraltar colocados sobre un pedestal común. Las aguas corrientes, las praderas, los bosques y los cultivos convierten á esta comarca en una de las regiones más encantadoras de Berbería y contrastan de un modo admirable con los escarpados, áridos y agrestes del Rif, que se extienden al Este.

Las montañas que circundan el Estrecho, frente á Gibraltar y á los promontorios españoles, no tienen la majestuosa apariencia, ni la hermosa vegetación de los montes de Beni-Hasan; pero deben su gran celebridad á que están situados junto al camino que siguen los buques. Prolongándose al Norte, la cadena limítrofe, llamada yébel Hauz, termina en la punta de Africa por el yébel Belliunex, llamado en español Sierra Bullones.

Por un lado de este nudo montañoso sale al Oriente la estrecha península que se une por un istmo fortificado al macizo insular de Ceuta. La otra avanza al Norte para formar el promontorio del yébel Muza, la columna meridional de lo que se llamaba la Puerta de Hércules. Esta columna, la antigua Abyla, dividida en dos por una hendidura vertical, no es menos soberbia que el peñasco de Gibraltar, y tiene mayor altura (856 metros); pero vista de cerca es sólo una masa informe, un hacinamiento de rocas, en el cual crecen algunos árboles al borde de los precipicios. Viven lobos, jabalíes y monos en esta sierra que los españoles conocen también con el nombre de «monte de las Monas».

Más allá de Tánger y de sus inmediatos escarpados, cambia la costa de dirección y huye hacia el Sur. En el cabo que forma el ángulo Noroeste del continente africano, se eleva la montaña de Espartel, de 314 metros de altura. El choque de las olas en las cortaduras del cabo Espartel ha cavado algunas grutas, una de las cuales estuvo en otro tiempo dedicada á Hércules. Cerca se alzaba la tumba de Anteo, y los romanos creyeron asimismo haber descubierto el cuerpo del gigante, que medía «60 codos de largo». En este «fin de las tierras», por donde se lanzaban las naves al Océano sin límites, se simbolizaba la lucha entre las fuerzas ciegas de la Naturaleza y el genio vencedor de los hombres. Cinco kilómetros al Sur del Cabo Espartel hay un peñascoso saliente. Allí muestran los guías una caverna que dicen es la «gruta de Hércules» mencionada por los antiguos. Agrandada por los canteros que acuden á tallar pie-

dras, se ha redondeado en forma de bóvedas y se prolonga á lo lejos bajo la roca. Por esta parte es el último promontorio. Más allá, hacia el Sur, se extiende hasta las brumas del horizonte la inculta y desnuda playa donde el infortunado don Sebastián hizo desembarcar á sus valientes portugueses, condenados todos, como él, á perecer en el campo de batalla de Ksar-el-Kebir. Hasta Mogador, en un espacio de más de 600 kilómetros, el litoral atlántico ofrece casi por todas partes, aun al pie de las colinas limítrofes, una playa baja y peligrosa, que procuran evitar los buques. En toda esta larguísima línea de costa el mayor escarpado es el del cabo Cantin.

Regado por las lluvias con más abundancia que el resto del Mogreb, Marruecos vierte en el mar un número mayor de ríos, y algunos de ellos, aunque aminorados en su desembocadura por la evaporación y las sangrías laterales, son todavía superiores por su masa líquida á las corrientes de agua de la Argelia. Los ríos de Marruecos que descienden del Atlas hacia el Atlántico dan un tributo medio de unos 225 metros cúbicos por segundo. No obstante, ninguno de los marroquíes sirve para la navegación, y sólo se encuentran en ellos barcos chatos de forma primitiva.

El río principal de la vertiente mediterránea de Marruecos es el Muluya. Alimentado en su origen por las nieves del Aiaxin, blanco siempre por las escarchas, arrastra bastante cantidad de agua, que aumentan los afluentes orientales, señaladamente el Za, cuya cuenca comprende una pequeña parte de la provincia de Orán. La tribu bereber de los beni-yaser, que habita en la costa frente á las islas Chafarinas, posesión de España, domina la desembocadura del Muluya. En la época de las crecidas, llegan á veces hasta las islas las abundantes aguas del Muluya.

Al Oeste, toda la región litoral del Rif, demasiado estrecha para que los ríos puedan desarrollarse extensamente, presenta sólo una serie de vallecitos que bajan hacia el mar. Más allá, el grupo triangular montañoso que se prolonga en dirección á España tiene algunos ríos, gracias á la abundancia de las lluvias que caen sobre los montes de Beni-Hassan. Casi todos estos cursos de agua sólo merecen el nombre de arroyuelos. Tal es el Xerat, que vierte en el mar cerca de Tánger. Inmediatamente al Sur del cabo Espartel, recorren también la vertiente atlántica, más ancha que la pendiente vuelta hacia el mar Mediterráneo, ríos de curso más dilatado. El primero caudaloso, el

Uad-el-Kus ó Lucos (Líxus), que recibe sus aguas de las vertientes occidentales de los montes de Beni-Hassan, desemboca á unos 60 kilómetros al Sur del estrecho. El Sebú, que es la corriente de agua más caudalosa del Africa septentrional, «después del Nilo» y que recibió de Plinio el sobrenombre de «el Magnífico», llega con un cauce de 100 á 300 metros á su llanura inferior, describiendo curvas entre orillas terrosas de siete metros de altura, que rebasa en las crecidas. Su profundidad media es de tres metros.

A unos 30 kilómetros al Sudoeste de la desembocadura del Sebú, otro río, el Bu-Ragray, nombre tomado de una tribu que ha desaparecido, lleva su tributo al mar por una cortadura abierta en un escalón peñoso.

El río Um-er-Rebia ó la «Madre de los Pastos», así llamado por la riqueza de las hierbas que hay en sus orillas, nace como el Sebú en el macizo septentrional del Grande Atlas, y como este río, lleva una abundante masa líquida. En la estación lluviosa acampan semanas enteras los viajeros en sus márgenes, esperando que las aguas bajen lo necesario para permitir el paso. Unas balsas de juncos, semejantes á los *tankua* del lago Tsana en Etiopia, son los únicos esquifes que surcan este río. En tiempo seco, ofrece muchos vados. Corre constantemente hasta el mar, por lo que las chalupas de poco calado pueden penetrar en él atravesando la barra.

El Tensift, en cuya cuenca se halla la ciudad de Marrakex (Marruecos), no se cuenta entre los grandes cursos de agua del Mogreb. En esta latitud abundan las lluvias mucho menos que en la región septentrional. Durante el verano y en la marea baja, la boca del Tensift está completamente cerrada por una barra de arena. El Sas, que nace y corre entre el Atlas y Anti-Atlas, es también un río intermitente, que aumenta su caudal en el invierno y se agota casi completamente en el estío, en la parte inferior de su curso. El Assaka, que rodea la base meridional del Anti-Atlas, se seca aún más á menudo, y los viajeros que han recorrido la comarca sólo han hallado arena en su lecho. En cuanto al Dráa, que por la longitud de su cauce es seguramente el río mayor de Marruecos, es muy inferior por su masa líquida al Muluya, Sebú y Rebia, y pocas veces llega hasta el Atlántico. Sus principales fuentes salen de los nevados circos del Grande Atlas..

El torrente que, con los nombres de Zis y de Guerse desciende directamente del extremo septentrional del Gran At-

las, origina un curso mucho menos dilatado que el del Dráa. Después de haber regado los oasis de Tafílete, se pierde en el desierto, y ningún viajero ha podido decir todavía si su lecho continúa al Sur, á través de las grandes dunas.

II

Clima, flora y fauna.

Marruecos está mejor dotado que Argelia en abundancia de lluvias. Una atmósfera húmeda baña por todas partes á la península de Tánger, que es la región con más frecuencia visitada por los europeos. La cantidad de lluvia es grande en esta parte comparada con la del Mogreb oriental. En cambio la vertiente del Sahara es de una sequedad africana. Estos diversos climas dan á Marruecos una flora muy variada, aunque en su conjunto, las plantas pertenecen al área mediterránea. Marruecos, por el carácter de su vegetación, se parece á España más que á ninguna otra comarca. De uno á otro lado del Estrecho existe correspondencia entre el Atlas y Sierra Nevada, aunque la analogía no sea tan grande como creían en otro tiempo los botánicos. De las especies recogidas en los valles y alturas del Atlas, más de un cuarto, no se encuentran en España y la diferencia de las floras aumenta más y más á medida que se asciende hacia la cresta del Atlas.

En cuanto á la fauna de Marruecos apenas difiere de la de Argelia. Los animales más temibles, el león y la pantera, habitan sólo en ciertas partes de la comarca, y existen principalmente en mayor número de las cercanías de la frontera argelina, en medio de las montañas del Rif. El oso, que ya no vive en Argelia, no ha desaparecido de Marruecos. Escasean los monos, pues aparte de la especie, que vive también en los peñascos de Gibraltar, no se hallan en el resto de Marruecos. El jabalí, objeto del odio de los agricultores, abunda bastante en los montes bravos, y los nobles cuentan entre sus costumbres la de tenerle en sus cuadras para alejar de los caballos los malos espíritus y obligarles á entrar en el animal impuro. En las estepas del Mediodía, sobre las fronteras del desierto, vagan aún á bandadas los avestruces, y se da caza á varias especies de gacelas, no tanto por su carne, como por las concreciones llamadas *bezar*, que á menudo encuentran en su estómago y que sirven

de amuletos. Los pescadores abren también á los cetáceos muertos por las olas sobre la playa para, buscar en ellos los fragmentos de ámbar gris.

III .

Pueblos de Marruecos.

Como en el resto del Mogreb, los bereberes son los que constituyen la principal población de Marruecos. Este elemento étnico ha venido preponderando siempre desde la época de los fenicios. Se calcula en dos tercios por lo menos la proporción de los bereberes en Marruecos, y lejos de las ciudades y del litoral, sobre todo en los países montañosos, pueblan casi exclusivamente el territorio. La denominación general de bereberes, aplicada á todas las poblaciones de Marruecos no semíticas ó nigricias, no supone comunidad de origen, pues es muy probable que hayan contribuido muchas razas diversas á formar la que hoy representa á los aborígenes por oposición á los inmigrantes árabes.

La inmensa mayoría de los bereberes de Marruecos ó imaziguen, pues también se llaman así, hablan lengua *tamazig*. El antiguo idioma, merced al refugio que ofrecen á las tribus las montañas del Atlas, se ha conservado en Marruecos mejor que en el resto de Berbería; pero el árabe es el lenguaje civilizado, el único que sirve para la escritura y para recitar los versículos del Koran. En casi todas las tribus del Norte, las mujeres y hasta los niños comprenden y hablan el árabe; pero en las montañas y en los oasis de la vertiente sahariana del Atlántico, ciertas hordas, que viven lejos de los caminos del comercio, conocen sólo el *tamazig* y necesitan intérpretes, generalmente judíos, para entenderse con los árabes.

Entre todos estos imaziguen, esparcidos en un territorio tan vasto, hablando idiomas tan diferentes, y con una piel que varía del blanco al negro, existe gran diferencia de tipos, trajes y costumbres. No faltan tribus bereberes, y entre ellas las que habitan cerca de Mogador, en las cuales siguen las mujeres pintándose el cuerpo. Las mujeres en otras partes se cubren la cara con velo negro cuando ven á un extranjero, ó se apartan á la orilla del camino volviendo la espalda al pasajero; pero en casi todas las tribus caminan libremente con el semblante des-

cubierto. La mayor parte de las poblaciones urbanas, y aun numerosas tribus nómadas, conservan la costumbre de hacer comer á las jóvenes muchas bolas de pasta para que adquieran esa obesidad que, á juicio de los marroquíes, constituye la mayor belleza. Cambia el traje casi de tribu á tribu, y los indígenas reconocen fácilmente á lo lejos, por los vestidos y las armas, á qué agrupación pertenecen los individuos con quienes se encuentran. De ordinario, hombres y mujeres usan un mismo jaique, tejido de lana ó de algodón, que sujetan por broches ó nudos á los hombros. Casi todos los marroquíes tienen las piernas arqueadas hacia afuera, lo que se debe á la costumbre de las madres, que llevan á sus hijos á horcajadas sobre la cadera, en un bolsón del jaique.

Si se exceptúa á los nómadas que recorren las llanuras al pie del Anti-Atlas y del Bani, y á los seminómadas del Norte y del Sur, cuyas habitaciones de paja, iguales á colmenas de abejas, llevan á hombros por grupos de tres ó cuatro cuando quieren cambiar de residencia, casi todos los imaziguen ocupan verdaderas casas edificadas con piedras, pero agrupadas de distinto modo. Compónense casi todos los pueblos de casuchas ordinariamente colocadas sobre las cimas en fácil situación para la defensa, pero sin recinto de murallas. En la vertiente meridional del Atlas presentan la forma de fortalezas. Por último, otras tribus independientes creen poseer fuerza bastante para no necesitar el reunirse en poblaciones. Cada familia vive aislada de las demás, y las habitaciones se hallan esparcidas sin orden en las laderas de las montañas, como las de los vascos del Pirineo.

Consideradas en conjunto las poblaciones puramente bereberes del Mogreb el-Aksá, puede decirse que continúan siendo independientes. La fuerza ha unido al *bled-el-majzen* algunas tribus situadas en las grandes vías de comunicación; pero el número de estas tribus es escaso. Desde el estado de sumisión al de autonomía absoluta, existe una serie completa de transiciones. No faltan imaziguen que satisfacen voluntariamente el impuesto y que le remiten de buen grado sin que vayan á su comarca los soldados á realizar el cobro á mano armada. La mayor parte de las tribus sujetas á impuesto aguardan la visita de los soldados del fisco y pagan el tributo para librarse de estos intrusos, ó adoptan el partido de marcharse con sus aliados, dejando vagar á los exactores por las poblaciones abandonadas. Citanse tribus que, para dar tregua á sus disensiones intestinas, aceptan temporalmente la soberanía del sultán y le piden un

jefe. Pero generalmente esta tentativa fracasa; la opresión llega á ser para ellos más intolerable que la guerra, y no tardan en expulsar al kaid, para recobrar su libertad salvaje. Poderosas tribus á las que el sultán no se atrevía á pedir el impuesto, reciben, sin embargo, un kaid, especie de embajador al que respetan si obra con justicia; al que consultan, si logra conquistar las simpatías del pueblo; pero al que toleran como á un extranjero. A veces una tribu sólo depende del sultán espiritualmente, y los morabitos acuden todos los años á la corte para llevar presentes. Otras tribus sólo son aliadas del emperador; del todo independientes, tratan con él como de potencia á potencia. Las hay, en fin, que jamás entran en relaciones con el sultán, y éstos son los riatas, en las montañas que dominan el camino de Fez á Tlemcén. «Ni Dios ni su'tán, sólo conocemos la pólvora». No hay jeque ni jefes de ninguna clase que les den órdenes: «¡Cada uno para sí con su fusil!» tal es la divisa de estos montañeses. Las mujeres bajan en gran número á los mercados de la llanura, con la cara descubierta y el vestido alzado por encima de las rodillas; y con su aire marcial, no obstante la ausencia de las armas, parecen hombres. Algunas llevan con gallarda sus fusiles. Otras acompañan á los hombres á la guerra con un puchero de color. Al que huye queda marcado por ellas con las manchas reservadas á los cobardes.

No existiría relación alguna entre tantas naciones diversas si por medio de convenios no se asegurara el paso de los viajeros y el transporte de las mercancías. Los judíos generalmente sirven de intermediarios al comercio. Siendo objeto de desprecio y de odio, hallarían los judíos la muerte á la entrada de cada pueblo si no les protegiera la voluntad colectiva de una tribu ó la palabra de un hombre respetado. Hordas existen, sin embargo, que por nada admiten á un judío, y éste, para atravesar el territorio acude á un disfraz. Pero si le reconocen, nada puede librarle de la muerte, y su cadáver queda abandonado sobre la tierra como una bestia inmundada, sin despojarle de nada, sin tocar al oro guardado en sus vestidos. La mayor parte de las tribus permite á los judíos y á otros extranjeros el paso por su territorio, siempre que les acompañe un fiador ú hombres de su grupo. El *mezrag*, ó permiso, cuesta casi siempre buena cantidad. El viajero se dirige á un personaje influyente y ajusta con él el precio del *mezrag*; pero satisfecha la suma convenida, el protector responde de la vida y bienestar de su huésped, á quien no puede abandonar hasta dejarlo en manos seguras. En ciertos

casos se compra para toda la vida el *mezrag* de un hombre rico y aun de una tribu entera, y entonces recibe el nombre de *de-biha* ó «sacrificio», porque en otro tiempo era costumbre que el suplicante inmolara un carnero en el umbral de la puerta del hombre á quien pedia el patronato. Merced á estos lazos de solidaridad debidos al *mezrag*, el comercio no hallaría obstáculos ni peligros de uno á otro extremo del Mogreb, si no existiesen tribus que viven del pillaje y no aceptan ningún salvoconducto. Además, los impuestos exigidos al paso por cada pueblo acaban de a tuana en aduana, por elevar á décuplo el valor de la mercancía. En la zona limitrofe del Sahara, los *dui-bellal* ofrecen sus servicios para escoltar á las caravanas, pero si los rehusan, preparan una emboscada y roban á los pasajeros. Si éstos son judíos ó gentes de una tribu lejana ó débil, les quitan los vestidos y les permiten retroceder, desnudos, pero sanos y salvos. Cuando, por el contrario, los viajeros sorprendidos pertenecen á una tribu poderosa, de la que pueden temer las represalias, les dan muerte, para que ninguno vaya a esparcir noticia del ataque, ya que los bereberes de Marruecos consideran sagrado el deber de venganza.

Los bereberes de Marruecos no conocen gran cosa de los dogmas y prácticas de la fe que profesan. Los árabes del litoral conservan además algunas prácticas de los detestados rumís. Las mujeres se pintan cruces en el cuerpo, y en los partos difíciles, invocan la asistencia de la «Virgen María». Quedan palabras latinas en su lengua; usan á la vez los calendarios romano y árabe, y acuden siempre al primero para indicar las fases de la vida agrícola. Descendientes de árabes, por lo general, los morabitos que recitan los versículos del Koran ejercen influencia distinta, según las tribus. Mientras en ciertos puntos sus vecinos los vigilan celosamente, en otros las gentes los miran como santos y obedecen con respeto sus órdenes. Considerados algunos de sus conventos como lugares sagrados, el criminal encuentra en ellos un refugio seguro, en tanto que los judíos deben dar un largo rodeo para no profanar con su sombra la tierra santificada por la residencia de tan santas personas. Hay muchas tribus que ignoran por completo el deber de la peregrinación á la Meca, ninguna de ellas ha suministrado un solo *hach* ó peregrino. De otras tribus muy religiosas, una de ellas la de Beni-Hassán, vecina de Tetuán, parten, en cambio, todos los años peregrinos que van á visitar la Kaaba y la tumba del Profeta. Los *hach*, á quienes de ordinario se

cree que han de ser intolerantes y fanáticos, son, por el contrario, los indígenas mejores y los que con más gusto protegen á los extranjeros. Educados por los viajes han podido apreciar el poderío y la cultura de los pueblos que no forman parte del mundo musulmán, y cuando aparece un representante de las naciones que han visitado, lo reciben con respeto y simpatía.

Entre los semitas de Marruecos se observa una gran proporción de santos. Hay tribus enteras que están formadas por xorfas ó descendientes del profeta. Otras, sin pretender tan ilustre ascendencia, son, no obstante, muy respetadas. En Marruecos han nacido casi todas las cofradías religiosas del Mogreb, especialmente las de los aissaua y derkaua. Los verdaderos mahometanos consideran á Marruecos, después de la Arabia, como el país de origen más noble. Los conquistadores semíticos parecen haber ganado en dignidad al llegar á las orillas del Atlántico. Mientras que los musulmanes del Este ruegan por el califa de Stambul, los del Oeste piden las bendiciones de Allah para el sultán de Marruecos, al cual, sin embargo, no reconocen el menor derecho político.

Los judíos, que en gran parte descienden de los que expulsaran de España los Reyes Católicos, forman, después de los bereberes de diversas razas y los árabes, el elemento étnico más numeroso de Marruecos. Ellos mismos se llaman Guerux Castilla, «desterrados de Castilla», y al verificar las ceremonias oficiales de los casamientos, los rabinos usan todavía fórmulas que terminan con estas palabras: «Todo, según la costumbre de Castilla.» Los que viven en los puertos del litoral hablan todavía el español. En Marruecos viven más de 100.000 israelitas. Aunque los persiguen los marroquíes, quieren conservarlos para el tráfico, y por esto el judío que pretende salir del país lo consigue únicamente pagando un pasaporte á elevado precio. Las mujeres judías que desean dejar su residencia necesitan dar tan crecida suma, que sólo la que es rica puede pagarla. Las judías de Meknas son las mujeres más hermosas de Marruecos y el nombre de Meknasia sirve para designar á todas las mujeres de sorprendente hermosura.

También aparece el elemento negro en todas las regiones del Mogreb. En los mercados de Marruecos se venden los negros por subasta, lo mismo que los animales. El vendedor responde de los defectos y el comprador encarga al veterinario que reconozca á los esclavos. Sucede á veces que la miseria obliga á las jóvenes de las tribus, que son blancas, á refugiarse en

las ciudades para obtener un pedazo de pan, y sus huéspedes se apresuran á venderlas como esclavas, por una cantidad que, por término medio, excede mucho á la de las negras.

El elemento europeo consiste en millares de extranjeros libres en los puertos de la costa, y varios cientos de renegados, españoles y franceses, en Fez, Meknas, Marrakex y otras ciudades del interior.

IV

Organización y gobierno.

Tiene Marruecos todas las ventajas que pueden desearse: clima suave, aguas abundantes, suelo fértil, producciones variadísimas y excelente situación comercial entre dos mares, en el ángulo de un continente. Sin embargo, esta tierra tan favorecida apenas influye en el equilibrio general de las naciones, y es que pocos países hay en el mundo cuyos habitantes vivan más esclavizados que los de Marruecos. El gobierno disfruta de todos los derechos y la arbitrariedad no tiene límites. Por fortuna, la mayor parte de las tribus berberiscas del interior han podido conservar su independencia, y en las ciudades marítimas los cónsules europeos se imponen á los agentes del gobierno. Sin embargo, no puede decirse que Marruecos, la «China berberisca», no está cerrada á todo progreso. En los últimos cincuenta años se han realizado grandes transformaciones. Los europeos viajan sin peligro por todo el *bled-el-mxjzen*. Ya no se les prohíbe aprender el árabe, con facilidad encuentran profesores y no predomina, como en otros tiempos, el odio fanático contra el extranjero. Si aún hay peligro de viajar entre las tribus berberiscas es, no por el odio que tengan al *rumí*, sino por la desconfianza que les inspira todo extranjero, al que suelen considerar como un espía. Poco á poco Marruecos va entrando en la órbita de las naciones europeas. Cada ciudad del litoral tiene su pequeña colonia de comerciantes, y en la ciudad de Fez hay unos 500 españoles, casi todos desertores ó fugitivos. Desde el punto de vista político, la misma rivalidad entre las potencias europeas garantiza la independencia de Marruecos; pero día tras día el comercio de aquéllas va ganando terreno en el Imperio. No hay una aldea del Atlas ni un *ksr* del Sudán marroquí en que no se saboree el té que llevan los in-

gleses y en que no arda el petróleo procedente de los manantiales de América.

Como la agricultura es la industria más antigua y que con mayor lentitud se transforma, apenas ha modificado su tradicional rutina. Prohibida la exportación de trigo y de cebada, no prospera ni se extiende el cultivo de estos cereales, al que se presta admirablemente el suelo de Marruecos. En cambio, de día en día es mayor la superficie de los campos en que se cultivan el maíz, el guisante, las habichuelas, las lentejas y todos los granos cuya exportación se halla autorizada.

Poco á poco va estrechándose el círculo comercial de la Europa alrededor del territorio musulmán. Los dos pueblos que más relaciones mercantiles tienen con Marruecos, son la Gran Bretaña y Francia. La mitad del tráfico total corresponde á Inglaterra.

Los cambios de costumbres é ideas aun no son tan radicales que hayan podido influir indirectamente en las instituciones, á no ser en las ciudades en que residen extranjeros. Así, las escuelas del interior de Marruecos continúan siendo las *medersa* de siempre, en las que se canturrean los versículos del Koran. La poligamia es poco común en Marruecos, salvo entre ciertos personajes, á quienes su dignidad obliga á tener gran número de mujeres. Por centenares se cuentan las del sultán, y se dice que cada viernes entra una nueva mujer en su harem. La esclavitud todavía subsiste en Marruecos. La trata de blancos está abolida desde 1777, pero la de negros se hace sin obstáculo desde uno á otro extremo del Sahara, y hasta en las puertas de los consulados de Tánger. Los grandes personajes del Imperio conservan aún la infame costumbre de mutilar á los niños.

El soberano de Marruecos, oriundo de la familia de los Xorfa de Tafilete y de aquí su título de «Majestad Xerifiana», es señor absoluto, sin más limitaciones que las impuestas por el Koran; pero puede interpretar los preceptos de éste como mejor le convenga, porque á la vez que señor temporal es el jefe espiritual de todos los habitantes del Mogreb, de donde resulta que, en último término, no hay más ley que su voluntad. Tiene consejeros y agentes, pero no ministerio en el sentido propio de esta palabra. Sus consultas á aquéllos se consideran siempre como órdenes. Sin embargo, le basta volver la vista hacia Tánger, donde residen los cónsules extranjeros, para comprender que hay límites á su autoridad. Además el extran-

jero se encuentra ya en territorio del Mogreb-el-Aksá. puesto que los españoles poseen fortalezas en el litoral y se han establecido sólidamente en la puerta interior del Estrecho. Del lado de Argelia, el Imperio del sultán-xerif tiene límites precisos, al menos en la parte próxima al litoral. Sin embargo, esta frontera convencional no ha detenido á las tropas francesas cuando perseguían á tribus enemigas. Inglaterra, por su parte, se erige en protectora de Marruecos, y con frecuencia la proporciona recursos. Esta nación fué la que en 1860 impidió que el ejército victorioso de España avanzara sobre Tánger. Finalmente, los tratados comerciales entre Marruecos y las potencias europeas han sido dictados por estas mismas. Los extranjeros, los cónsules europeos, son los que se encargan de cuidar el faro del cabo Espartel, que alumbra la entrada del Estrecho en la puerta del Imperio. El sultán-xerif sabe que es impotente para resistir á los europeos y que su reino no tiene más garantía de existencia que la rivalidad entre los grandes Estados. Así, cuando cualquier protegido europeo, lesionado en sus intereses, presenta una reclamación, apresúrase el gobierno á pagar indemnizaciones para evitar toda dificultad diplomática. Suele haber miserables explotadores que, sin derecho ninguno, obtienen por este medio crecidas sumas de dinero, abusando de la debilidad del Imperio.

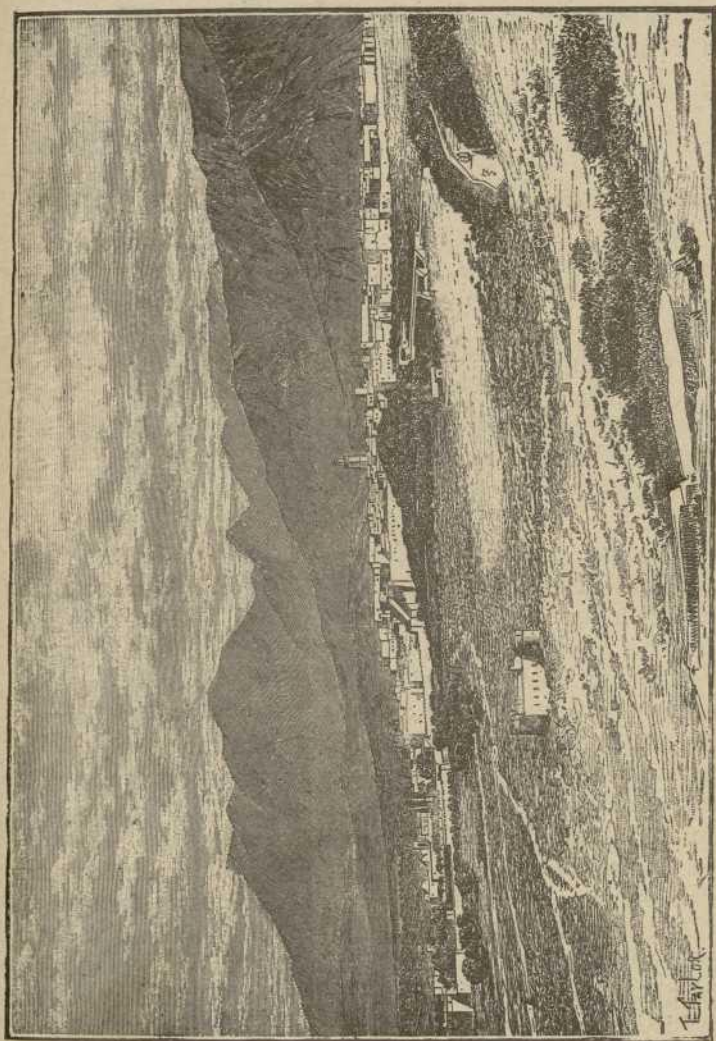
Entre los marroquíes la justicia es sumarásima. Los castigos ó más bien las venganzas judiciales se distinguen por su terrible crueldad. No es común la pena de muerte ejecutada inmediatamente; pero muchos infelices condenados á lenta agonía, sufren más que si se les matase. Viven en las cárceles con el cuello sujeto por una argolla de hierro que les obliga á estar siempre de pie, ó encerrados en inmundos calabozos, nadie se acuerda de ellos y se mueren de hambre. A veces se castiga á los ladrones cerrándoles la mano para siempre. Se les oprimen los puños de modo que las uñas penetran en la carne viva, abierta antes con un cuchillo, y luego se va extendiendo una piel fresca sobre la mano, que toma así forma de muñón. Las penas ordinarias son los palos y la multa, impuestos sin apelación por el kadí. El juez supremo del país es el kadí de Fez, por lo general uno de los *xorfa* de la familia imperial de los Filali, y él nombra á los kadíes de los distritos ó *amalatos*, quienes á su vez, y sin intervención de los superiores, designan los kadíes de las diferentes tribus y aldeas.

El ejército marroquí se recluta casi al azar. En principio,

cada una de las tribus que forman el *majzen*, es decir, la parte militar de la nación, debe dar un soldado por casa. Pero generalmente, los kadíes, requeridos para enviar reclutas, se apoderan de todos los hombres que pueden, los encadenan para que no se escapen en el camino y los entregan á su señor, que los conserva ya siempre, á no ser que se hagan sustituir por otro individuo de su familia. El total de tropas que da el *majzen* es de 25.000 hombres, de los que 7.000 son infantes. En caso de guerra, el sultán puede disponer de triple ejército por lo menos; 40 000 hombres de infantería y otros tantos jinetes. El cuerpo más sólido que es el *guix*, núcleo del ejército marroquí, consta de unos 9.000 hombres, á la vez gendarmes, soldados y empleados del gobierno. Los más temidos entre los soldados del *guix*, son los que se llaman *abid-sidi-bojari* ó «esclavos del señor de Bojara», porque al formarse el cuerpo, se pusieron bajo la advocación de un santo bojariota. Todos negros, los *bojari* constituían no ha mucho una especie de guardia pretoriana que amenazaba dominar á los sultanes mismos, y para evitar que se impusieran fué preciso distribuirlos entre varias provincias. Aunque su influencia ha decaído bastante, ocupan, sin embargo, casi todos los altos cargos militares. Como los demás soldados, los del *guix* tienen como principal misión la cobranza de impuestos. Viajan casi constantemente por montes y valles, de tribu en tribu, á las que exigen parte, doble ó triple de cosechas, de la que entregan al Tesoro en concepto de contribución. Cuando los campesinos ven de lejos los altos y encarnados gorros de los *majzeni*, se apresuran á ocultar sus objetos de más valor. Los viajeros que atraviesan lugares desiertos, y preguntan á sus guías la causa de la devastación, oyen esta lacónica respuesta: «la langosta ó los *majzeni*». Hay un batallón instruido en Gibraltar por cuenta del gobierno inglés, que sirve tan sólo para figurar en las ceremonias y dar á los embajadores una mentirosa idea del ejército marroquí. Atribuyen al cañón una especie de virtud mística. Los individuos perseguidos por causas políticas tienen el derecho de refugiarse junto á las piezas, de donde nadie puede arrancarlos sin autorización del sultán.

Algunos oficiales extranjeros, la mayor parte renegados, han organizado los servicios militares é instruido á las tropas; pero, como extranjeros, se desconfía de ellos y nunca han ejercido gran influencia. La marina de Marruecos se reduce á un buque mercante tripulado por belgas. Unos cuantos descen-

dientes de los antiguos piratas se dedican solamente á la carga y descarga de los puertos, y aunque son muy hábiles remeros,



Vista general de Tetuán. (Dibujo de Taylor.)

sus barcazas no pasan más allá de las radas en que fondean los buques.

Administrativamente, el país se divide en amalatos, con un amil ó kaid al frente de cada uno. Las tribus vasallas admiten un representante del sultán, como señor ó embajador, según el

grado de sumisión en que viven respecto de aquél. Marruecos se divide aproximadamente en 44 amalatos, de los que 35 corresponden á los países de Fez y Marrakex y nueve al Sus y al Tafilète. Además hay 330 kaid que administran tribus más ó menos dependientes.

V

Ciudades y tribus de Marruecos.—Prisionez españolas.

Descendiendo el curso del Muluya se encuentra la confederación bereber de los *ait-u-afella*, que reconoce la autoridad del sultán, pero que, á cambio de su homenaje, ha recibido autorización para estrujar á los viajeros, cobrando un franco de derecho «por bestia y por julio» que pasa por sus tierras. Su principal población es Ksabi-ex-Xorfa, habitada, como su nombre indica, por descendientes del profeta, y que se encuentra en una llanura en la que se unen los brazos superiores del Muluya.

No existe población alguna importante en la llanura baja que recorre el Muluya antes de dar sus aguas al Atlántico. España ocupa la posición militar más próxima, la de las islas Xaferin ó Chafarinas, rocas casi sin vegetación ni cultivo, que sólo tienen importancia por el abrigo que ofrecen á las embarcaciones y por su posición estratégica, frente al valle del Muluya, no lejos de la frontera oranesa. En los primeros años de la conquista de Argelia, pensaron los franceses incorporarse este pequeño archipiélago; pero los españoles les precedieron algunas horas, y cuando aquéllos aparecieron, flotaba ya la bandera roja y amarilla en la isla principal. Hoy las fortificaciones la defienden contra toda tentativa de desembarco, y forman un puesto militar avanzado de la plaza de Melilla, situado á unos 50 kilómetros al Oeste, en el origen de la península montuosa que termina en el alto promontorio de Ras-ed-Deir, el cabo Tres Forcas de los marinos españoles.

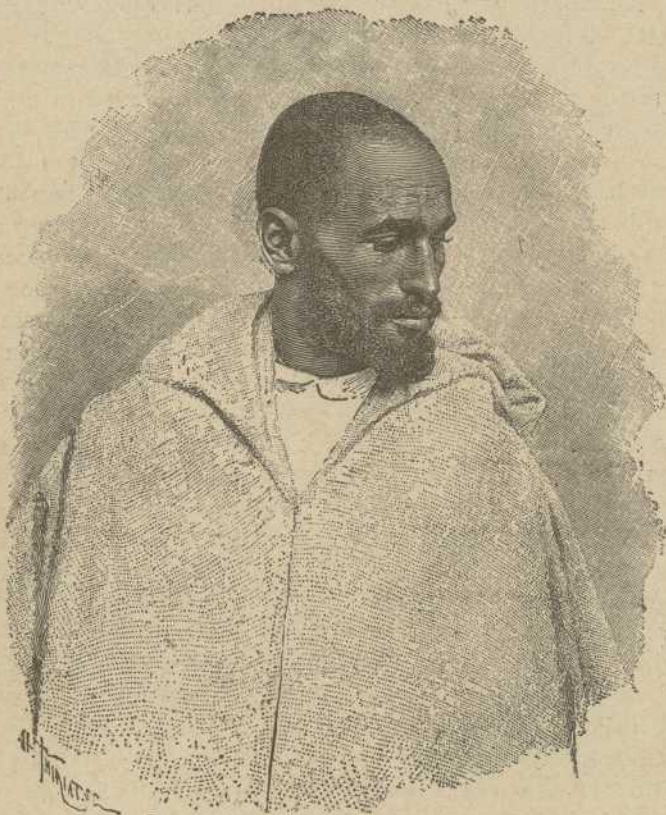
Melilla, la Mlila de los indígenas, ocupa el mismo emplazamiento que la ciudad fenicia de Rusadir. La población se alza sobre un escalón, al pie de una escarpada roca coronada por el fuerte español del Rosario, acrópolis construída sobre los cimientos de otras ciudadelas que se suceden en este lugar desde hace tres mil años. Protege á los buques contra el peligroso

viento del Este una ensenada que penetra en las tierras al Sudoeste de la fortaleza. La cala abierta en la roca viva para la descarga de las naves, es quizá una obra fenicia, un *cotón* como los de Cartago y Utica. Un temblor de tierra destruyó á medias, en 1848, las fortificaciones de Melilla. No ha mucho, esta población, que poseen los españoles desde 1496 (más de cuatro siglos), era casi exclusivamente una prisión, á la vez para los presidiarios y para los militares encargados de vigilarlos. La prudencia aconsejaba no alejarse de las murallas á más de un tiro de fusil, y con frecuencia los montañeses del Rif se divertían tirando al blanco sobre los centinelas. Las cosas han variado desde que los barcos de vapor, tocando allí regularmente, han dado á Melilla más actividad comercial y permitido renovar la guarnición, diezmada muchas veces por las fiebres, que proceden de los pantanos que corren al Sur del litoral. Los marinos temían mucho, hace algún tiempo, la costa que se extiende al Oeste del cabo de Tres Forcas, porque los habitantes se apoderaban de los buques arrojados contra las peñas y capturaban á los marineros. Aún ocurre algún acto de piratería, pero es muy de tarde en tarde. En alta mar, á 50 kilómetros del cabo, se alza el pequeño y estéril islote del Alborán, perteneciente á España y sobre el cual se ha establecido un faro.

En la costa semicircular del Rif, entre el cabo de las Tres Forcas y la península de Tetuán, hay otros dos puertos militares, Alhucemas, y el Peñón de Vélez, que España posee hace más de tres siglos. Alhucemas que los autores árabes antiguos denominaban Mersa el-Mzemma, es un islote, una verdadera prisión marítima en la que los españoles han construido otra prisión. El Peñón de Vélez ó Vélez de la Gomera es también un puerto insular y una cárcel, á la que los buques españoles tienen que llevar en verano el agua dulce necesaria para la guarnición.

La ciudad de Tetuán, la Tituan de los moros y la Tettauen de los bereberes, es decir, el «Lugar de los manantiales» es la gran población del litoral mediterráneo en el Imperio de Marruecos. Las aguas, bajando de los escarpados montes que extienden al Oeste su vasto anfiteatro, corren en abundancia por los jardines, bajo el follaje de los naranjos. Sobre la meseta de unos 60 metros de altura en que se halla la ciudad, serpentea un río sinuoso que se dirige hacia el Nordeste y se vierte en el mar á seis kilómetros de distancia. Una aduana fortificada defiende la barra que únicamente franquean las barcas. Rodea la ciudad

un alto recinto flanqueado por torres, y está dominada por una ciudadela. En el interior existe otro círculo de murallas, el del *mellah* en que viven los judíos, los cuales constituyen la cuarta parte de la población, y poseen casi todas sus riquezas. Una limpieza relativa, casas de mejores condiciones y trajes más ri-



Arabe de Tánger. (Dibujo de Thiriát.)

cos distinguen de los demás al barrio de los judíos, en el que gozan éstos de cierta autonomía. Sus mujeres, cuya hermosura se celebra mucho, se cubren de oro y seda en los días de fiesta. Tetuán es uno de los centros del mundo israelita. Los judíos, dueños de todas las mercancías del bazar, sirven de intermediarios al comercio de las regiones vecinas, y exportan una especie de aguardiente llamado *mahaya*. Por las vicisitudes de la guerra, Tetuán ha cambiado de dueños con frecuencia. Pobra-

da en gran parte por moros expulsados de Granada y Castilla, luchó con frecuencia contra sus vencedores españoles. Los castellanos la entregaron al pillaje en los comienzos del siglo xv, pero cien años más tarde sus piratas dominaban en el mar y apresaban millares de cautivos en las costas de Andalucía, á la



Mujer á abe de Tánger. (Dibujo de Th. riát.)

vez que comerciaban pacíficamente con ingleses, holandeses y venecianos. En 1564, Felipe II hizo destruir su puerto. En 1859, y 1860, los españoles se apoderaron otra vez de la plaza y alcanzaron una victoria decisiva al Oeste de la misma, en las pendientes de las montañas que cruza el camino de Tánger; pero tras largas discusiones diplomáticas, devolvieron la ciudad al sultán de Marruecos.

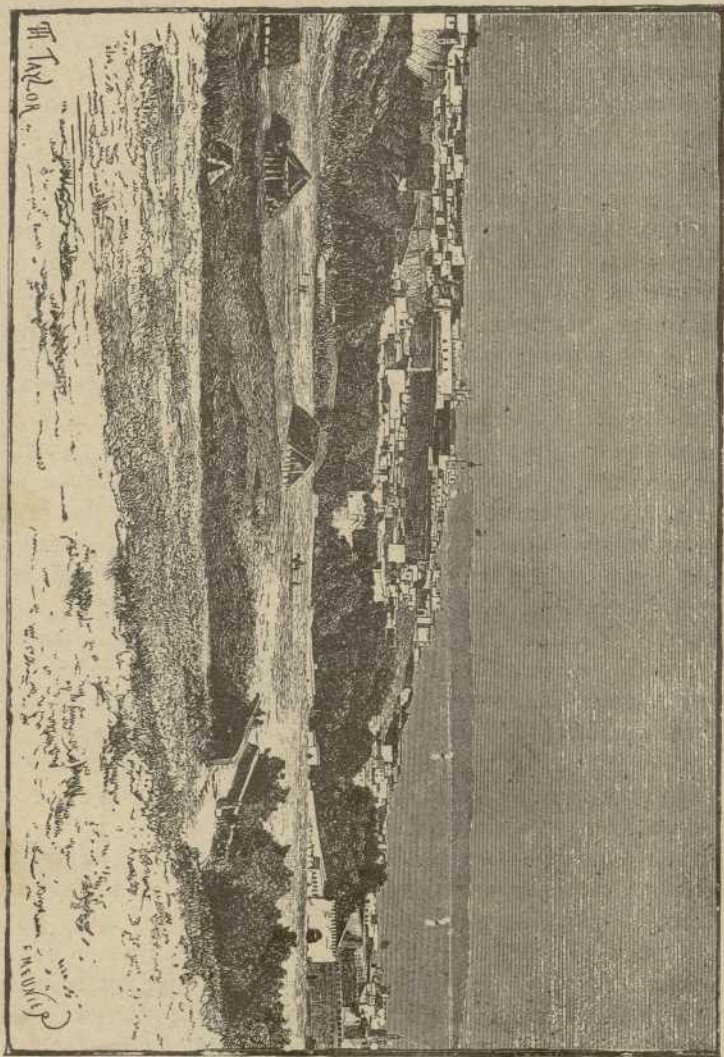
Los españoles poseen á Ceuta desde hace cinco siglos. En 1415 la ocuparon los portugueses, y en 1580 pasó á poder de España, que la ha conservado hasta nuestros días. Uno de los sitios que pusieron los marroquíes á esta plaza á fines del siglo xvii y comienzos del siguiente, duró veintiséis años. Es «puerto libre», pero no un centro de comercio como lo fué en la época musulmana. Los comerciantes del interior evitan la ciudad cristiana, defendida por triple muralla erizada de cañones. Aunque semejantes por la posición como centinelas á la entrada del Estrecho, difieren notablemente, por importancia del tráfico, el Gibraltar de Marruecos, ó sea Ceuta, y el Gibraltar de España. Ceuta antigua Septum, población silenciosa y sin comercio, presenta la belleza del aspecto, la limpieza de sus muros y la blancura de sus casas, aunque adornadas con artísticos balcones llenos de flores. Las cimas del exterior, algunas de las cuales tienen obras de defensa que pertenecen á España, dominan al castillo que á su vez domina la población. Hasta el presente, los ingleses, por medios diplomáticos, han logrado impedir que los españoles conviertan á Ceuta en una gran plaza de guerra que desafíe á Gibraltar. Al Noroeste de Ceuta se ven las siete cúspides roquizas que han valido á la ciudad el nombre de Ceuta, si es que esta denominación no proceda de los siete altillos de la misma península (Séptem-frates) formados por el mar y los cercenamientos del istmo alrededor de Ceuta. Tetuán alimenta de frutos á Ceuta, pero, en virtud de los convenios, los españoles no pueden seguir el camino terrestre entre los dos mercados.

Tanger, la Tandyá de los indígenas, es la antigua ciudad de Tingis, es decir, la «Laguna». Capital de la Mauritania tingitana que equivalía al Marruecos septentrional, esta ciudad llamada Tingis, bajo la dominación romana, no tuvo, según parece, más extensión que en nuestros días. La posición de Tánger, al borde de una bahía semicircular y en la vertiente oriental de la meseta Marxam, que ofrece, en la puerta misma del Estrecho, algún abrigo de los vientos del Oeste, le dió gran importancia desde el punto de vista del comercio. En Tánger admitieron como huéspedes á los venecianos durante largo tiempo, y rechazaron varias veces á los portugueses, que pretendieron entrar como conquistadores y que, por último, tomaron la ciudad en 1471, quedando privado de esta posesión Marruecos por espacio de dos siglos. Al dominio de los portugueses sucedió el de los españoles, y al de éstos el de los in-

gleses. Cualquier gasto parecía pequeño á Inglaterra para fortificar y mejorar este puerto africano. Sin embargo, los ataques de los moros, la falta de víveres y la dificultad de los abastecimientos cansaron por último á los ingleses, que evacuaron la plaza en 1684 y volaron los muelles para cegar el puerto; veinte años después se apoderaron de Gibraltar, que ofrece las mismas ventajas militares que Tánger. Abandonada como plaza de guerra, la ciudad marroquí atrajo á los comerciantes de todas las naciones y ha llegado á ser el centro de los cambios rápidos entre Marruecos y los puertos de Europa, y el punto en que residen los ministros extranjeros acreditados cerca del sultán. En ella vive también, para facilitar las relaciones con Europa, el personaje marroquí que desempeña las funciones de ministro de Negocios extranjeros. Para herir al Imperio en uno de sus puntos vitales, los franceses bombardearon á Tánger, que es una especie de capital, en 1844, y los españoles la amenazaron en 1860. Tánger comienza á transformarse en una ciudad europea por sus casas nuevas, su desembarcadero, sus fábricas, los cañones de largo alcance de sus baterías, el vecino faro del cabo Espartel y las villas esparcidas en sus colinas. Cabalgatas de jóvenes elegantes van y vienen por el camino de la playa, entre Tánger y el cabo Espartel. Por la belleza de su aspecto, Tánger ofrece algún parecido con Argel. También se eleva en forma de anfiteatro en una colina, que coronan los muros almenados de una kasba. Encima de las casas blancas se alzan por distintas partes los alminares y las palmeras. Nótase gran movimiento en las calles que suben del puerto á la población alta, pasando por ellas los conductores de camellos cargados y los pastores con sus rebaños de carneros y de bueyes.

El puerto, medio cegado por los escombros que arrojaron los ingleses, carece en todo tiempo de profundidad, y los buques de regular calado tienen que permanecer muy adentro del mar; pero, á pesar de esto, Tánger realiza un comercio considerable, sobre todo con Gibraltar, á cuya guarnición suministra carnes, legumbres y frutas. Los viajeros que la visitan por recreo, y otros á quienes lleva el cuidado de su salud, aumentan anualmente los pocos cientos de extranjeros que tienen negocios en la ciudad marroquí. Pocas poblaciones en el litoral del Mediterráneo ofrecen más ventajas que Tánger, por la dulzura del aire y el conjunto de las condiciones climatológicas. Tánger, además, tiene recuerdos históricos y magníficos

horizontes. Desde las casas de campo que se ocultan bajo las sombras del Yébel Kebir, se divisan á lo lejos, en las costas es-



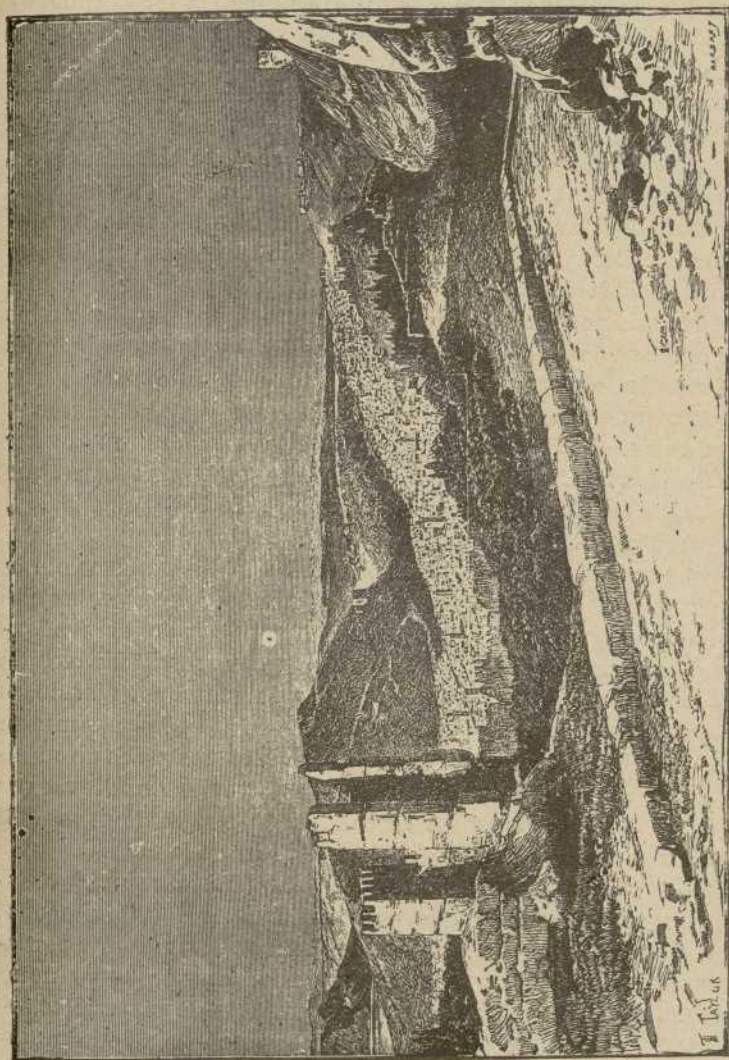
Tánger: vista tomada desde el Feste (Dibuño de Taylor.)

pañolas, los puntos blancos de Tarifa y se oye el cañón de Gibraltar.

Delante de la ciudad juntan sus aguas los dos mares. Las cortas olas que llegan del Mediterráneo chocan con frecuen-

cia y se mezclan formando remolinos con los largos pliegues de las olas atlánticas.

La costa occidental de Marruecos, que empieza en el cabo



Vista de Fez. (Dibujo de Taylor.)

Espartel, donde toma la dirección al Sur, es baja y arenosa. El viajero que sigue la costa oceánica de Marruecos, encuentra, vadeando las bocas de los arroyos y de los ríos, la primera

población mercantil del litoral, Larache, en árabe el-Araix, es decir, la «celosía». Capital de la provincia del Gharb ó de Occidente, existía ya en los comienzos del siglo ix, aunque durante mucho tiempo fué sólo un humilde lugarejo. Posesión de los portugueses, y después de los españoles, llegó á ser un puerto muy importante y el más activo de la costa. De aquella época datan las murallas de la ciudad, la plaza rodeada de arcos y una mezquita, antigua iglesia de «estilo jesuíta». La reconquista de esta plaza por el sultán Muley Ismail en 1639, constituye uno de los hechos notables de la historia marroquí. Exterminada en parte la guarnición española de 3.200 hombres, y en parte reducida á la esclavitud, 180 cañones cayeron en poder de los musulmanes. Desde esta época, el-Araix, ciudad majzen en la que todos los ciudadanos están sujetos al servicio militar del sultán, resistió con éxito todas las demostraciones navales de los franceses en 1785, de los austriacos en 1829 y de los españoles en 1860. En las aguas del río se pudren restos de barcos que fueron cañoneros. Situada en la orilla meridional del Luccos, en la desembocadura misma del río, la población mira al mar por Occidente. Obstruye la entrada del puerto una barra que sólo pueden franquear las embarcaciones de 200 toneladas, y, sin embargo, El-Araix se ve muy concurrido.

En una tribu bereber de las cercanías de El-Araix celebran todos los años una feria de mujeres. Quitados los velos, las que aspiran al matrimonio y engalanadas con sus mejores adornos, toman asiento puestas en fila. Las conveniencias exigen que los pretendientes finjan comprar solamente los trajes de las solteras ó viudas puestas en venta. Tocan los trajes, examinan el hilo, la trama, los colores, y si el vestido les agrada discuten el precio. Pero se entiende que la misma vendedora lleva sus ropas á casa del comprador en calidad de esposa legítima. El precio regateado de los vestidos es el valor de la dote.

La población famosa de Ksar-el-Kebir (Alcázarquivir) «Castillo Grande», cuyos productos se expiden por El-Araix, ocupa, como este pueblo, las márgenes del Luccos en un paraje pantanoso. La población, que no tiene murallas á pesar de su nombre, descansa sobre cimientos en gran parte de materiales antiguos y sus casas son de ladrillo. A diferencia de la mayor parte de las ciudades marroquíes, las casas de Ksar-el-Kebir no están blanqueadas con cal. Es sucia y triste y se la llama «la población más fea del Mogreb». A lo lejos, las palmeras que se alzan sobre la multitud de tejados y las cigüeñas que á banda-

das vuelan alrededor de los alminares, dan á Ksar-el-Kebir una apariencia pintoresca. No libraron probablemente los portugueses cerca de la población del mismo nombre la batalla de Alcázarquivir, que puso término á su poder en Marruecos el año 1578. Los dos ejércitos debieron encontrarse á 10 kilómetros al Sudeste de El-Araix, en las orillas del Majzén, tributario del Luccos.

Al Sur de Larache y de la embocadura del Luccos, la costa de Marruecos, que sólo ofrece ligeras curvas, se prolonga unos 150 kilómetros antes de que otra boca fluvial interrumpa el cordón litoral. La playa está guarnecida de dunas y estrechos arrecifes de arena, interrumpiendo su monotonía alguna que otra alturilla.

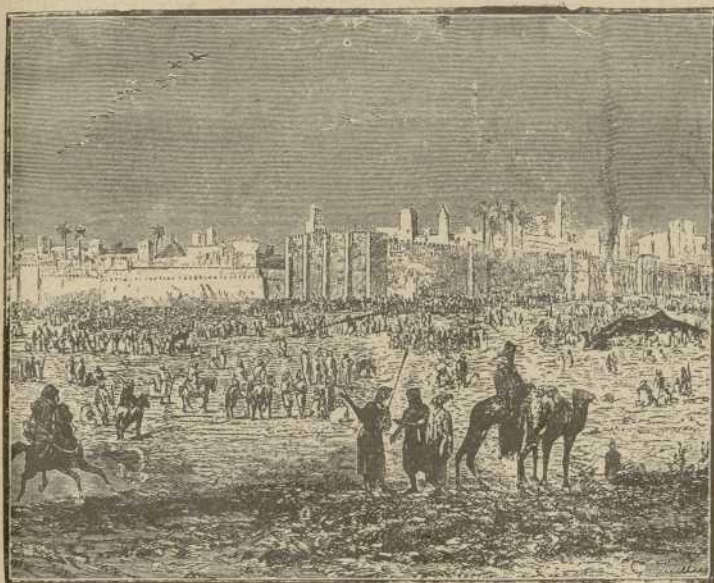
Taza, población situada á 830 metros de altura, sirve de mercado central á la región del alto Sebú, y ocupa la posición estratégica más importante de todas las ciudades de Marruecos. Pertenece oficialmente al sultán, que allí tiene una pequeña guarnición de soldados, los cuales, encerrados en el doble recinto de Taza, merecen realmente la denominación de prisioneros. La comarca toda pertenece á la tribu de los Riata, que ocupa las montañas al Norte y Sur de la población. De los muros de ésta nadie se atreve á salir sin la compañía de un *riati*, pues si alguno, sin salvaconducto, se aleja de las murallas, pierde cuanto lleva y es maltratado y quizá muerto. Tampoco pueden los habitantes ir á llenar sus cántaros en el arroyo que corre al pie de las murallas. Dueños los riata del monopolio del agua y de todos los artículos de consumo, las gentes de Taza están á merced de la tribu que los tiene sitiados.

Fas-Yedid ó Fez, que entre las capitales de Marruecos es la que con más frecuencia sirve de residencia al sultán, encierra en sus muros numerosa población y ocupa una de las más ventajosas posiciones geográficas. Goza además las ventajas que le dan la abundancia de las aguas y la fertilidad del suelo. La vasta aglomeración urbana, á la que rodea un anfiteatro de montañas, ocupa una meseta de 200 metros de altura, cortada en escalones secundarios por numerosas quebradas. El río Fas, que nace á corta distancia al Sudoeste, en un circo de peñas, junta sus aguas seis kilómetros más abajo con las del río Sebú, atravesado por un macizo puente de piedras, una de las pocas construcciones de este género que posee Marruecos. Vista desde los promontorios coronados de ruinas que se elevan fuera de las murallas, Fez ofrece un aspecto encantador y «se alza como

una isla blanca entre el mar sombrío de sus inmensos jardines». La ciudad consta de dos poblaciones distintas, cada una con su recinto, y ambas flanqueadas por torreones. Al Oeste se extiende Fas-el-Bali, es decir, Fez el «Viejo», que aún contiene la mayor parte de la población urbana. Fas-el-Yedid ó el «Nuevo» ocupa el punto más elevado, y los reductos de la kasba unen las dos mitades de la ciudad gemela. La corriente del Fas se divide al Este del palacio de Fas-el-Yedid. Uno de los brazos penetra en los jardines imperiales, en tanto que el otro desciende por cascadas al valle que limita la población alta, y entra luego en la baja para dividirse en mil hilos de agua, que se reparten entre los edificios. Quizás no existe ciudad alguna en el mundo mejor dispuesta para la circulación del agua; pero las inmundicias de las calles y de las casas cambian casi todos los canales en cloacas. Las enfermedades diezman constantemente á los habitantes de estos barrios húmedos, en donde jamás penetran los rayos del sol. No menos sucio que los barrios de los moros, el *mellah* ó barrio de los judíos, situado en el nuevo Fez y vecino de la kasba, presenta mayor limpieza en el interior de las casas; ya que exteriormente los israelitas de Fez, que son los dueños del tráfico, tienen que ocultar sus riquezas para evitar las exacciones de los dominadores.

Fas (Fez) ó el «Hacha» ha recibido este nombre, según dicen, porque al edificar la ciudad en 793, encontraron en una hendidura del suelo un hacha, probablemente un arma de piedra de las edades prehistóricas. Según los relatos de los autores de la Edad Media, Fez contó 400.000 habitantes, repartidos en cerca de 90.000 casas. De sus 785 mezquitas quedan sólo 130, algunas abandonadas. Dos de ellas, las mezquitas de Muley Dris y Karasún son lugares santos casi tan venerables como los santuarios de la Meca y de Medina. La segunda posee una famosa biblioteca y su escuela atrae un gran número de estudiantes de Marruecos y aun de Argelia, que acuden deseosos de aprender la teología, la jurisprudencia y la astronomía, conforme á las tradiciones que legaron los profesores del tiempo de los «Morabitines» ó Almoravides. Desde aquella época viene Fez en decadencia, á pesar de que acudieron á ella numerosos inmigrantes, entre ellos los «moros andaluces», expulsados de España, tan poderosos en Fez en otro tiempo, que constituyeron un partido que dominaba una mitad completa de la población. Como centro de comercio, Fez en unión de Tánger, Marrakex, Rabat y Tremecén, tiene una importancia de primer orden.

Por los trabajos de tejido y bordado, por la preparación de cueros y la fabricación de vajilla, vasos esmaltados y armas damasquinadas, se distingue su industria, dividida en varios gremios que conservan sus tradiciones y se muestran celosos de sus privilegios. De todas las regiones de Marruecos se acude á Fez para comprar trajes de lujo, que son amarillos para los musulmanes, negros para los judíos y rojos para las mujeres. Existe también una industria nueva, que sorprende hallar en



Afuera de Fez. (Dibujo de Vuillier.)

una ciudad «santa», la destilación de frutos, higos chumbos, dátiles, higos y madroños, para obtener aguardiente.

Al Sur de Fez, la población más importante es Sfru ó Safru. Desde lo alto de su colina los huertos parecen un bosque sin límites, bajo cuyo follaje desaparece completamente el pueblo. Si en Fez se ven señales de decadencia, Safru ofrece un aspecto sorprendente de bienestar y prosperidad. Exporta á Fez cantidades enormes de frutos, fabrica excelentes vinos á muy bajos precios y envía á la capital maderas de sus montañas.

Meknes ó Miknasa, la Mequinez de los españoles, ha recibido con frecuencia el nombre de «Versallès marroquí». La carretera que le une á Fez es la mejor conservada del Imperio,

y tiene puentes que atraviesan grandes profundidades sobre las aguas tributarias del Sebú. Situada á unos 60 kilómetros al Oeste de Fez, Meknes ocupa una superficie muy extensa, limitada por un recinto mejor conservado que el de Fez. Como las otras ciudades de Marruecos, comprende una kasba fortificada y un *mellah* judío rodeado de murallas. Los cautivos cristianos edificaron los muros de Meknes, y cuando alguno caía rendido de fatiga le daban muerte ó le emparedaban. Las calles son anchas y en muchos puntos las separan huertos que, como los de Sfru, alimentan á Fez de legumbres y frutas. Los edificios muestran más esplendor arquitectónico que los de la residencia imperial. La gran puerta del palacio del sultán, con sus columnas de mármol, ojivas de herradura, labrados cuarterones, porcelanas barnizadas é inscripciones de letras de adorno, es de un hermoso estilo, pero está deteriorado y la parte inferior ha sido indignamente revocada. Yacen esparcidas por el suelo columnas de mármol llevadas en otro tiempo de Génova y Liorna, y la mezquita de Muley Ismail, «el Escorial» de los emperadores marroquíes, aparece medio arruinada. El parque, que según dicen, mide dos kilómetros de circunferencia, encierra palacios y kioscos elegantes y una yeguada compuesta de más de mil yeguas escogidas. Por debajo del palacio se extiende una verdadera ciudad de galerías subterráneas, que hasta hace poco servían de silos para la conservación de los granos. El rumor popular afirma que en el palacio de Mequinez existe el tesoro de los emperadores, cripta secreta guardada por «300 negros esclavos condenados á no ver nunca la luz del día». Rodean la ciudad bosquecillos de olivos, y sobre el verde fondo de las laderas se destacan las manchas blancas de innumerables chozas.

Los habitantes de Mequinez y de toda su provincia, son temibles para los extranjeros, á causa de su celo religioso. Los aïssaua ó «jesuítas» (tal es el significado de su nombre), cofradías de locos, fanáticos hasta el martirio, nacieron en Mequinez. Anualmente visitan la mezquita que poseen en la ciudad, y cuentan entre sus deberes el ir á ella en peregrinación solemne cada siete años. Cerrada entonces la judería, ningún israelita tiene derecho para salir de ella. Dueños los aïssaua de la ciudad durante doce días, nadie puede ponerse á su lado en las calles, so pena de ser asesinado. Por esto casi todos los habitantes de Mequinez procuran ingresar, al menos aparentemente, en esta cofradía.

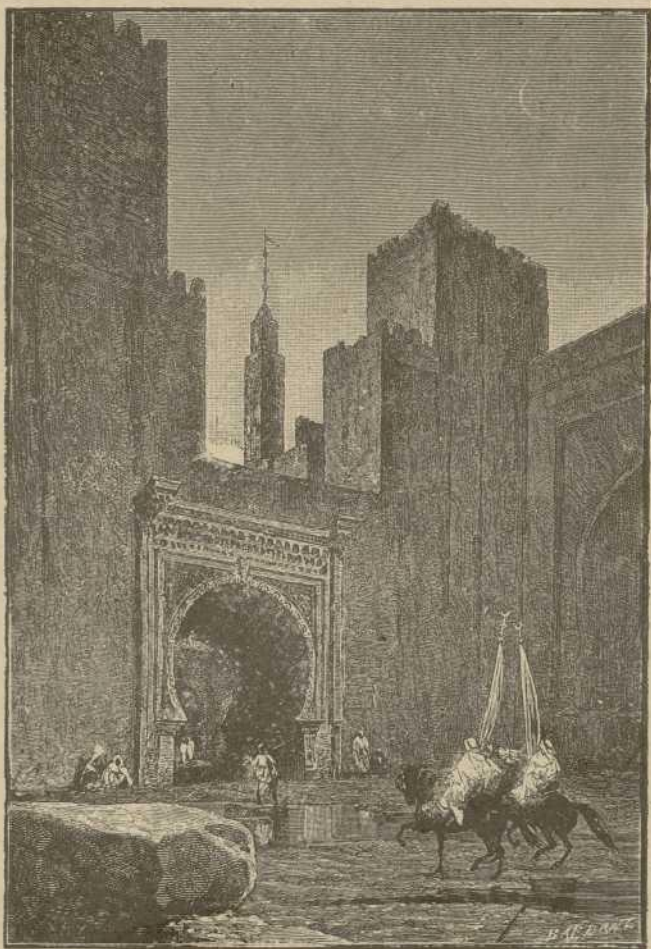
El lugar más venerado del Imperio es la tumba de Muley

Edris, al Norte de Mequinez, y hasta nuestros días, ningún viajero extranjero se ha permitido entrar en este pueblo santo. En las grandes fiestas, hombres y mujeres, dominados por el delirio y armados de cuchillos y hachas, se hieren el cuerpo y la cara, y algunos, arrojándose sobre los animales que encuentran, perros, cabras ó carneros, los destrozan á rabiosos mordiscos. Cuéntase que así han sido devorados algunos hombres vivos. Los xorfa, objeto de gran veneración en todo el mundo musulmán, pero que en esta población no pasan de humildes servidores del «Señor», ó Xerif por excelencia, superior en santidad al sultán mismo, son los únicos pobladores de Wazán, fundada hacia fines del siglo ix por Muley Tayeb, descendiente directo del profeta. Casi adorado por su origen y poco menos que un dios por su riqueza, el xerif tiene en toda la extensión de Marruecos y casi en todas las aldeas, agentes de la orden de los Taibiya, que perciben en su nombre los impuestos en especie y en dinero. Miles de peregrinos acuden á besar su jaique de Papa marroquí. El emperador no goza la consideración de verdadero soberano mientras no recibe el homenaje del santo de Wazán, que tiene derecho de asilo para los criminales. Toda la población es un *dar demina*, es decir, un «lugar de asilo», y no hay soldado que se atreva á prender en la tumba del fundador al que implore su protección, aunque le persiga la ira del mismo sultán. La mezquita de la Tumba contiene una colección de cerca de mil manuscritos árabes. Por acontecimientos recientes ha disminuido un tanto la autoridad religiosa del xerif de Wazán, á quien censuran por su guardia de renegados españoles, su amistad con los europeos, su casamiento con una cristiana, su palacio de estilo italiano y su traje que recuerda el de los odiados «rumís».

No posee la cuenca del Sebú, que es la más populosa y rica de Marruecos, ninguna ciudad mercantil en su salida marítima. Hoy sirve de centinela de la desembocadura un simple pueblecillo, Mehdiya ó la antigua Mámora. Todo el comercio de la comarca ha tomado el camino de dos poblaciones gemelas, construídas á unos 30 kilómetros al Sudoeste, en la boca del Bu-Ragrag, y que son Slá y Rabat. Las dos poblaciones ocupan: la primera, la margen derecha, y la segunda, la izquierda del río Slá, cuyas calles y muros ofrecen vestigios de arquitectura portuguesa; no es población antigua. La mayoría de los habitantes procede de los moros andaluces que salieron de España y en ella subsiste el odio tradicional á los cristianos. Los mar



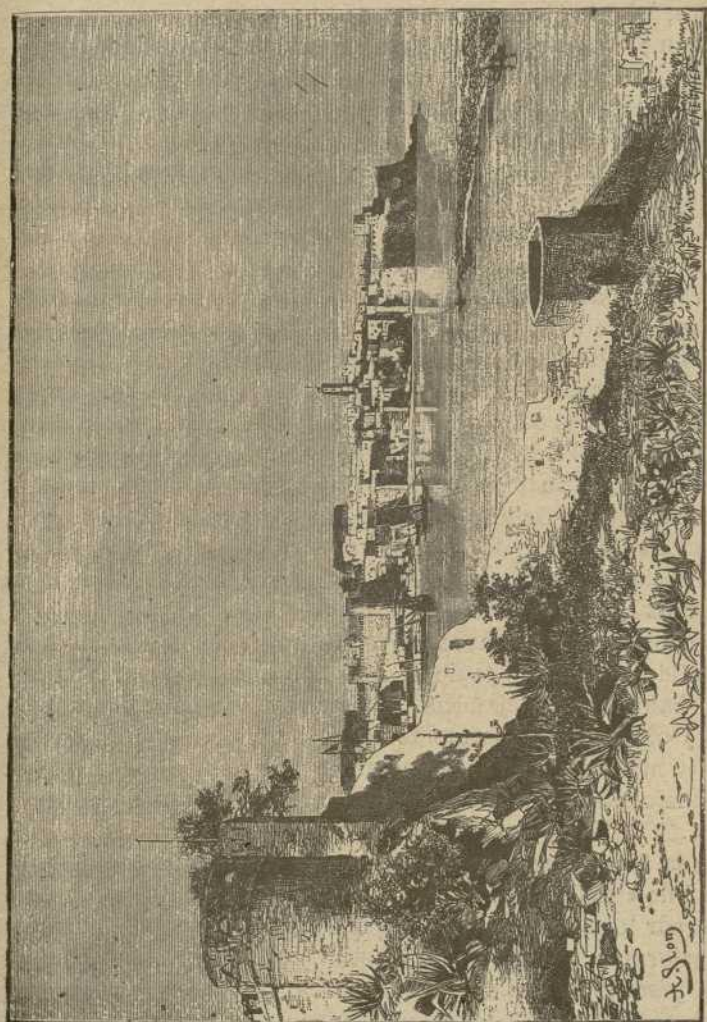
nos de Slá, en otra época república guerrera, fueron los temibles piratas que desafiaron á toda la Europa. Objetos preciosos que se encuentra en Slán, como las porcelanas de China, pro-



Fez: entrada de la Kasbá. (Dibujo de Pranishnikoff)

ceden del botín recogido en otro tiempo por los corsarios. Hace pocos años ningún viajero que no fuese musulmán podía pasar la noche en Slá, y aun durante el día, cristianos y judíos se abstendían prudentemente de visitar la ciudad fanática. Falta de mercaderes judíos, Slá, medio despoblada, carece también

de comercio, y la mitad de ella se encuentra derruida. Tres cuartas partes de sus habitantes han pasado á Rabat, donde se albergan la colonia israelita y los inmigrantes europeos. Un



Rabat: desembocadura del Bu-Regrag. (Dibujo de Slom.)

elegante alminar, que se alza sobre los edificios de Rabat, recuerda por la forma, la altura y la ornamentación á la Giralda de Sevilla. Los árabes dicen que los esclavos cristianos construyeron estas dos torres y la Kutubia de la ciudad de Marruecos

en la misma época y bajo la dirección del mismo arquitecto. La industria es en Rabat bastante activa, y las mujeres tejen en sus casas alfombras de lana muy duraderas. Rabat envía también al resto de Marruecos esteras de junco con dibujos muy variados, jaiques y zapatos.

El ranço que Rabat-S'á ocupa entre las ciudades de Marruecos, proviene especialmente de su posición en la especie de istmo que pone en comunicación á las dos partes del Imperio marroquí, dividido en dos mitades distintas por el vasto territorio que recorren las tribus independientes. Los bereberes han puesto á menudo una especie de asedio á la población. En la kasba de Rabat guardan como reliquia la «llave santa» de la ciudad de Córdoba, y al estallar la guerra con España, se expuso al público varios días. Los marroquíes esperaban abrir de nuevo las puertas de la ciudad perdida.

A lo largo del litoral algunos grupos de casas se extienden entre las bocas del Rebia y el Sebú. El más importante, que es Dar-el-Beida, más conocido con el nombre español de Casablanca, fundado en el siglo xvi por los portugueses, en el emplazamiento de Anfa, pueblo de la Edad Media, ha adquirido una importancia notable desde principios del siglo xix, y debe su prosperidad á su rada, mal abrigada, pero profunda para recibir embarcaciones grandes. Los buques que no pueden franquear las barras en las bocas de los ríos marroquíes, van á Casablanca para descargar sus mercancías. También Rabat expide por esta salida sus lanas y tapices. Casablanca envía además millares de babuchas á Alejandría. Posee una pequeña colonia europea y ofrece ya el aspecto de un pueblo marítimo de Europa. Es muy malsana, y su aspecto parece más desolado que el de ninguna otra ciudad, á causa de la carencia absoluta de vegetación.

En la desembocadura del Rebia está Azammur, la antigua ciudad de «los Olivos». Se la considera una ruina y es poco visitada por los europeos, por lo que conserva su aspecto marroquí mejor que ninguna otra población del litoral. Su comercio de pescados y su industria lo utilizan sólo las ciudades del interior. Ningún cristiano logra autorización para pasar allí la noche, ni hay embarcación que se atreva á traspasar la temible barra que delante de Azammur cierra la entrada del río. Los buques tienen que fondear á siete kilómetros al Sudoeste en el puerto de Mazagán, llamado el-Yedida, la «Nueva», ó el-Brixa, el «Fortín» por los indígenas. Este puerto, no tan

grande como Azammur, pero más importante para los europeos y sobre todo para los habitantes de Canarias, á quienes surte de cereales, judías y otros productos, sirve hoy de residencia á cónsules y comerciantes de casi todas las naciones de Occidente. Al Sudeste de Mazagán, entre esta población y el cabo Cantín, hay en la costa dos aberturas ó pasos hasta la laguna de Ualidiya. En el cabo Cantín, que fué el *solis promontorium*, vive repartida en muchas *zauías* una población completa de teólogos.

Al Sur del antiguo promontorio del Sol ó cabo Cantín, otra ciudad, Asfi, la Safi de los extranjeros, que es el puerto más próximo á Marrakex, comercia directamente con Europa. Menos concurrido que el de Mogador, porque las olas que rompen en la playa ofrecen más peligro que en el resto del litoral, casi todos los buques se hacen mar afuera, sin pretender entrar en comunicación con la costa y sólo con lanchas pueden, no sin gran peligro, salvar las rompientes. Es la ciudad más pintoresca del litoral por sus murallas portuguesas y su altivo castillo que levanta sus torres por encima de las casas escalonadas.

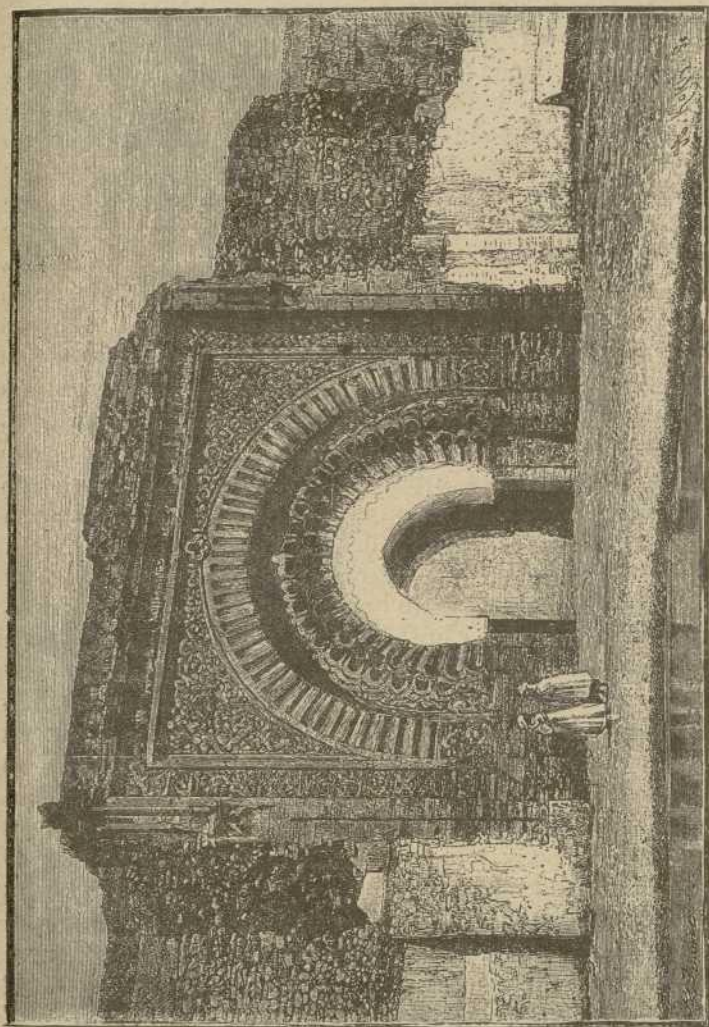
Marruecos, ó mejor dicho Marrakex, la Temrakex de los bereberes, segunda capital del Imperio y única ciudad del valle del Tensift, río que desemboca en el Atlántico entre Asfi y Mogador, es una población importante que, vista desde fuera, presenta un aspecto soberbio. «Damasco de Occidente» la llaman los peregrinos. Edificada en la segunda mitad del siglo XI, Marrakex el-Hamra, ó «la Roja», creció con rapidez, y en el siglo siguiente era ya una de las «reinas» del Mogreb. En nuestros días, cede en población, industria y comercio á Fas (Fez), su rival del Norte; pero sigue gozando la consideración de residencia imperial, y recibe todos los años la visita del sultán, cuya llegada anuncia una remesa de cabezas cortadas destinadas á decorar una fachada del palacio, como advertencia á los que proyecten una revuelta. Más de una vez ha necesitado el emperador presentarse en Marrakex con aspecto de señor irritado, pues son frecuentes las sublevaciones. La población de las afueras tiene numerosa representación dentro de los muros, y los jueves y viernes, días de mercado, se oye hablar, más que el árabe, el tamazigh. También cuenta Marrakex gran número de negros. Los judíos confinados en el recinto de un *mellah*, ó judería, que les sirve de prisión común, sólo pueden salir de ella con los pies desnudos y los ojos bajos.

Marrakex, grandiosa por fuera, presenta en su interior el aspecto de una ciudad en decadencia. Su recinto, de una circunferencia de 12 kilómetros, no comprendiendo el parque imperial, aparece interrumpido por anchas brechas. Las calles que desembocan por las siete puertas en que se cobran los derechos de entrada, presentan en muchos puntos, más que casas, escombros, y los terrenos cubiertos de ruinas, así como los jardines cultivados ó baldíos, ocupan más de la mitad del espacio limitado por las murallas. Las calles, bastante anchas cerca de las puertas, forman en el centro de la población un laberinto de estrechos pasadizos llenos de basura. Los fabricantes de pólvora, que recogen el salitre en las paredes húmedas, adquieren á cambio de esto la obligación de barrer las calles, pero olvidan esta parte de su contrato. De aspecto sucio casi todas las casas, y medio arruinados los monumentos, sólo merece el calificativo de artístico un edificio, la mezquita de Kutubia, ó mejor de los Kutsobia, es decir, de los «Calígrafos», así llamada por los copistas que tienen sus tiendas al lado de este santo lugar. Su elevada torre, contemporánea de la torre de Hassán en Rabat y de la Giralda de Sevilla, parece obra del mismo arquitecto y es la más bella y alta de las tres. De España llevaron pieza por pieza dos puertas que hay en Marrakex, una en el palacio y otra en una mezquita.

La industria de la población ha disminuído mucho. Hoy están desiertas calles enteras, pobladas antes de curtidores. Ya no fabrican en Marrakex los famosos «tafiletes» que preparaban los moros desterrados de Córdoba. En cambio se trabajan hoy en Fez los mejores cueros. Tejidos con esmero los tapices de Marrakex, no logran, sin embargo, el aprecio de los de Rabat. La jardinería constituye el arte principal de los habitantes. Al Noroeste de Marrakex ocupan un pueblecillo exclusivamente los leprosos, que se gobiernan por sí mismos.

La ciudad de Sueira ó la «Hermosa», más conocida con el nombre de Mogador, que debe á una *kubba* erigida al santo Mogdal, pequeño santuario situado á dos kilómetros de la población, es el puerto principal de Marrakex y hoy el tercero del Mogreb, pues viene después de Tánger y Casablanca. Construída con arreglo á un plan demasiado regular, Mogador ofrece un aspecto extremadamente monótono. Todas las casas parecían dados de argamasa, cubos de color gris. Limpias al menos las calles, aventajan en esto á muchas ciudades de Europa. Construída Mogador en el extremo de una punta arenosa que se ex-

tiende hacia el Sur, y separada por un canal de un islote fortificado que domina el fondeadero, el cual es escaso de profundidad y combatido por las rompientes, los buques huyen muchas



Marrakex: puerta del Cristiano. (Dibujo de Ph. Benoist.)

veces para ganar el mar. Mogador debe su importancia comercial á la circunstancia de servir de puerto, no sólo á Marrakex, sino á todas las regiones meridionales del Atlas. Todos los productos del Sús y del Dráa pasaban hace poco, en virtud de una

orden del sultán, hacia Mogador, y no podían exportarse por otro punto. Sólo barcos de vapor visitan su puerto: siendo los únicos veleros que en él hacen escala algunos barcos de Canarias. Mogador, como Asfi, ha sufrido en la forma de su litoral cambios debidos al hundimiento del terreno.

Tarudant, ciudad que ocupa tan gran superficie, que algunos la creen más grande que Fez y tan extensa como Marrakex, fué edificada á alguna distancia del Norte del Sús en una dilatada llanura que sube insensiblemente hacia las estrabaciones meridionales del Atlas. Su recinto irregular guarnecido por torreones de tierra, distantes entre sí de 60 á 100 metros, encierra muchos más huertos y olivares que grupos de casas, y sólo hacia la parte central, cede espacio la vegetación á una ciudad verdadera de calles estrechas que serpentean entre casas de planta baja. Al Nordeste de este barrio eleva sus altos muros una kasba de sólida construcción. Tarudant, como todas las ciudades marroquíes, tiene talleres para la preparación de los cueros, fábricas de telas y tintorerías, y cuenta como industria especial la calderería. Puesto avanzado del Mogreb en el límite del desierto, suministra útiles de cocina á los mercados de Kuka, Kano y Tombuctu en el Sudán. La entrada de los cristianos en el Tarudant está prohibida.

El puerto decadente de Agadir indicaba hasta hace poco, en el litoral del Sur, el verdadero límite administrativo del Imperio, pero el temor de la fundación de una colonia española en las cercanías decidió al sultán de Marruecos á establecer más sólidamente su poder en esta parte de la frontera meridional, y surgiendo por esto una ciudad, Tiznit, que se eleva en un collado á unos 20 kilómetros de la costa en el interior de las tierras.

A poca distancia al Sur del Sús cesan los representantes del poder xerifiano, pues si bien el territorio comprendido en longitud de unos 400 kilómetros, hasta el Sur del cabo Yubi y la «Ranbla Roja», aparece aún en los mapas formando parte de los dominios del sultán de Fez, sus enviados pasan el Sús sólo en calidad de embajadores.

De todos estos Estados semi-independientes, ribereños del mar de arena del Sahara, el más famoso, recibe ordinariamente el nombre de «reino de Sidi-Hexam», tomado del jefe que reinaba hace algunos años en el país, y cuya familia, que ejerce todavía el poder, pretende, además, en virtud de sus derechos genealógicos, el imperio de Marruecos.

En la región comprendida entre el río Ileg y el Nun ó Asaka, es donde España debe escoger el punto de apoyo territorial que le fué concedido por el tratado de paz que celebró con Marruecos en 1860. Según uno de los artículos de este tratado, el gobierno español se reservaba el derecho de recuperar el puerto de Santa Cruz de Mar Pequeña, llamado también de Mar Menor y de Mar Chica, que poseyó durante veinte años, de 1507 a 1527. Pero no se sabe ciertamente dónde estuvo, y cuando conferenciaron los plenipotenciarios de ambas naciones, ignoraban los españoles cuál era el lugar que ocupó el puerto que reclamaban, y los marroquíes sólo sabían que correspondía á territorios situados fuera de los límites actuales del Imperio. España tiene aún pendiente su reclamación y el gobierno marroquí demora como puede su cumplimiento.

El río Dráa, cuya cuenca desemboca en el Atlántico al Sur del Nun y enfrente de la isla de Lanzarote, del archipiélago de Canarias, nace á menos de 100 kilómetros al Este de Marrakech, en el macizo del Atlas en que toman origen el Sus y el Tensift. La población, agrupada en los oasis que riegan las aguas del Dráa, y que asciende á unos 250.000 hombres, es casi toda de origen berberisco y habla el tamarig. Todos los oasis del Dráa son independientes ó sólo nominalmente reconocen la autoridad del emperador. Bajo muchos conceptos, la población de esta vertiente parece más civilizada que la de las provincias occidentales. Los edificios son más elegantes y están adornados de torrecillas con balaustradas y molduras. El *ksar* más famoso del Dráa es la ciudad de Tamagrut, situada en la orilla oriental del río. Se la considera como una especie de capital, gracias a la influencia religiosa de su *zawiya*, consagrada á Sidi-Hamed-ben-Naser, y á la importancia de su mercado, del que están excluidos los judíos, como indignos de mezclarse con los verdaderos creyentes al pie de los sagrados muros. La orden de los Nassiríes es la que más adeptos tiene en la parte meridional de Marruecos.

El centro de población más importante de todo el Sahara marroquí es el oasis que lleva especialmente el nombre de Tafílet (Tafílete). Se cree que tiene unos 100.000 habitantes, agrupados en más de 150 *ksur*. El espacio en que viven estos labradores ocupa una superficie de unos 1.000 kilómetros cuadrados, perfectamente limitada por un anfiteatro de escarpados. En la llanura circular de Tafílet no hay casi otra vegetación arborecente que la palmera. Por la falta de agua en verano no

se pueden cultivar otros árboles; pero cuando en invierno hay riegos abundantes se siembra también trigo, cebada y trébol. La capital del país de Tafilte es doble; pero los dos *ksar* que la forman apenas están separadas por un tiro de piedra. Al Nordeste se halla er-Rissani, residencia del gobernador del oasis; al Sudoe-te está el *ksar* de Abuan ó Bu-Aam, donde viven los mercaderes y figura como el principal del oasis por el número y riqueza de sus habitantes. Es el mercado más importante de todo el Sahara marroquí. En un gran barrio se encuentran todas las tiendas bajo cúpulas de arcilla. Cada callejuela tiene su especialidad.

En una están los mercaderes de paños y las mercerías; en otras los tenderos de comestibles; más allá los armeros, carpinteros, sastres y guarnicioneros, y los zapateros que tanta fama dieron al país de Tafilte. Tan honrosa era la profesión de zapatero, que en otro tiempo, según se dice, sólo los nobles tenían el derecho de dedicarse á ella. Se exportan á Fez y Tremecén las famosas pieles de Tafilte, curtidas por medio de la fruta de un árbol del país, que es sin duda una acacia. Del Sudán llegan plumas de avestruz y oro en polvo. También se importan esclavos.

El gobernador, que reside en el *ksar* de er-Rissani, es siempre un hermano, ó por lo menos pariente muy próximo del sultán; pero su voluntad cede ante los acuerdos de las asambleas comunales y ni siquiera puede impedir que los habitantes de su propio *ksar* hagan la guerra á los lugares vecinos. Si permanece en la ciudad es porque necesita cierta apariencia de soberanía, puesto que su familia es oriunda del Tafilte.

Ningún ejército marroquí penetra en estas regiones de la vertiente sahárica, por más que las tribus reconozcan la soberanía religiosa del sultán-xerif; pero en varias ocasiones han recorrido el país las tropas francesas en persecución de argelinos enemigos.

En el confín del desierto, entre el Tafilte y la frontera argelina, hay dos ciudades religiosas. En una de ellas, Es-Saheli, situada á orillas del Guir superior, manda un «jefe de los jefes» de la orden Nassiria, que tiene el derecho de percibir una parte de todas las ofrendas hechas á los *mkáddem* de las demás cofradías. La otra es la ciudad de Kenatsa, situada cerca de las fuentes del río del mismo nombre, en el centro de un pequeño mar de arenas y en la base de una meseta aislada. Ninguna muralla la protege; pero no hay bandido que no la respete y no se in-

cline ante sus «Juan» ó santones para besarles el faldón del hábito.

El oasis más poblado de toda la cuenca superior del Guir, ó mejor, de su afluente el Uad-Surhfana, es el de Figuig, situado á unos 50 kilómetros solamente de la línea convencional fijada como frontera entre Marruecos y Argelia. Unos 15.000 individuos, casi todos de la tribu de los amur, viven en Figuig, y, sin embargo, este pequeño centro de población tiene gran renombre en todas las regiones saháricas, habiéndose generalizado la creencia halagadora para los musulmanes de que desde mediados del siglo XIX están en guerra Francia y las gentes del Figuig, con ventaja para estas últimas. Como no tienen idea ninguna de las exigencias diplomáticas, suponen que si los franceses no se han apoderado del oasis de Figuig es porque tal empresa les parece imposible.

Figuig, cuya altitud media pasa de 700 metros, está rodeado de montañas que se alzan en desorden. Un río, ó más bien, un cauce con alguno que otro charco, serpentea al Norte del oasis, y desciende hacia el Sur para unirse con el Zurbfana, una de las ramas principales del Guir. En los terrenos bajos y regados crece abundantemente la cebada, y las tribus de los alrededores suelen surtirse de granos en el mercado de Figuig. Encerrando á casi todos los *ksur*, que forman la población de Figuig, hay una pared de unos 16 kilómetros de circuito y dos metros de alta, con aspilleras y pequeñas torres. La mayor aldea se halla en el ángulo Sudoeste y lleva el nombre de Zenaga.

Las casas, por lo general están muy limpias y cui-ladas, y los mismos habitantes se distinguen por su aseo y también por la belleza de sus facciones y su noble apostura.





El simoun. (Dibujo de Vuillier.)

SAHARA

I

El Sahara, su inmensidad, sus oasis, su simoun.

El Sahara separa al Africa Menor del Sudán ó país de los Negros, que es el principio de la verdadera Africa. Nunca la palabra separar fué tan bien empleada como en este caso. El Sahara separa mucho más que las montañas cortadas por collados practicables, aun el Himalaya y los Andes, más que el Océano, que desprecian los barcos al llamarle, más que la tundra, que todos los años se solidifica con el hielo de la rigidez polar.

Del Atántico al mar Rojo, por encima de la comarca del Nilo, desde la falda meridional del Atlas hasta el Sudán, con 5 ó 6.000 kilómetros de largo y 1.000 ó 2.000 de ancho, el Sahara no está habitado, sin embargo, más que por medio millón de hombres en un área de 618 millones de hectáreas, casi igual á dos tercios de Europa.

Sin embargo, al Norte del gran desierto, fuentes y pozos artesianos han creado espléndidos jardines de palmeras, y al Sur,

bajo el Trópico, la lluvia es á veces lo suficientemente abundante para fecundar á medias el suelo y hacer germinar estepas herbosas en torno de ese infierno ardoroso. Todo lo demás del Sahara es árido y seco, es un Sur inexorable.

Sin embargo, al hablar de él se han exagerado mucho sus horrores. No es ni más ni menos para nosotros que lo que fué para nuestros padres: un mar de arena temblorosa y fina, marchando en ciclón contra las caravanas, como marcha el tifón contra los buques.

El si noun, agitador perpetuo de estas arenas, sopla violento, abrasador, en trombas asfixiantes, pero rara vez sirve de mortaja á los viajeros del desierto. La sed causa más víctimas. Sin embargo, cuando la muerte llega deja huellas imborrables de su paso. Después de algún tiempo, el caído, ya sea peregrino, mercader, camello ó caballo, va poco á poco perdiendo su tejido carnosos; sus huesos blanquean bajo el sol implacable, y si bien algunas veces la arena entierra el esqueleto, el viento lo exhuma, dejándolo ver en la trágica actitud de su agonía.

II

El Sahara no será siempre Sahara.

Lejos de condenar el desierto á perpetua aridez, algunos le auguran un halazgüeño porvenir. Esta *chebka*, como la llaman los árabes; esta red, este laberinto de *areys* ó dunas, de rocas abrasadoras, de cauces sin agua, sin fuentes, sin arbustos, sin caserío y hasta casi sin tiendas, toda esta extensión, desierta hoy, no ha estado siempre tan caliginosa, tan desnuda, tan miserable, tan muerta, y hay razones para creer que en el porvenir tampoco lo estará.

La tradición nos enseña que arroyos, *oueds*, pozos, ciudades, plantíos, campos de cebada y de trigo, palmares, bosques hoy desaparecidos, podrían resurgir si poco á poco se plantasen árboles y se abriesen manantiales. El Sahara puede dar algo más que los datileros; puede dar también pinos, gomeros, mimosas, terebintos, eucaliptus gigantes como los de la Australia, y en el subsuelo duermen seguramente lagos á trechos y corren arroyos que pueden salir al exterior por medio de pozos artesianos. Bajo el mismo astro que enrojece al Sahara, es

suficiente en el Tell y en el Sudán una gran tempestad para ornar de verde las arenas secas y áridas. El hombre del desierto dice que «una noche de lluvia basta para hacer crecer la hierba durante tres años.»

III

El gran desierto.—Exploraciones.—Clima.—Caravanas.

Hoy, como en los tiempos de Herodoto y de Estrabón, es difícil viajar por el desierto, y acaso más que en aquellas épocas, porque el suelo se ha secado, se han agotado los ríos y han desaparecido los bosques.

Los itinerarios de los viajeros europeos en el Sahara comenzaron á señalarse en los mapas desde que á fines del siglo XVIII se fundó en Inglaterra la Sociedad de Exploración Africana. A la red de exploraciones científicas se han agregado también itinerarios de mercaderes judíos y árabes. Por varios parajes se ha atravesado ya el Sahara de Norte á Sur; pero hasta ahora ningún viajero lo ha recorrido completamente en el sentido de su longitud, desde las orillas del Nilo hasta las del Atlántico. La costa misma del Sahara, entre el cabo Bojador y el cabo Blanco, es una de las menos conocidas del litoral africano, por más que pertenezca hoy á España. Tratando del Sahara, no se puede repetir la frase de Colón: «¡El mundo es pequeño!» El resto del globo parece que se achica bajo las ruedas de las locomotoras y las hélices de los vapores y por todas partes se construyen caminos y se organizan rápidos servicios de transporte; pero el Sahara continúa siendo de tan difícil acceso, tan peligroso ó más que en pasados tiempos.

El Sahara no es el fondo de un mar agotado, como suponían los geólogos cuando aún no se conocían bien la naturaleza y relieve de su suelo.

No en el suelo, sino en las regiones aéreas, es donde hay que buscar el origen del Sahara. La blanca faja que divide en dos al continente africano es, por decirlo así, un reflejo del cielo que la ilumina. El gran desierto africano debe su existencia á las mismas causas que han ocasionado la formación de otros desiertos en el continente asiático. El Sahara es la prolongación hacia el Oeste de la zona de territorios casi por completo

privados de vegetación que atraviesa la Mongolia, el Turán, el Irán y la Arabia, interrumpida á grandes intervalos por ríos en cuyas orillas crecen los árboles, y por cordilleras con valles cubiertos de verdura. La sequedad de los vientos ha dado origen á esta larga banda de desiertos, de unos 12.500 kilómetros, que corta oblicuamente todo el antiguo mundo, con sus fajas paralelas de estepas y parajes medio desiertos.

El aspecto del Sahara acusa grandes transformaciones, ocasionadas indudablemente por la acción de las aguas. Existen anchos cauces con sus correspondientes ribazos y playas que dan testimonio del paso de los ríos por estas regiones hoy secas. Profundos barrancos, abiertos en las grandes moles de mesetas, revelan también la acción de torrentes y arroyos que desmoronaron el suelo, cuyos detritus se distribuyeron por la llanura, formando enormes capas de aluviones. Entonces había bosques, y sus troncos se ven petrificados aún en muchas partes del Sahara. Había también rinocerontes y elefantes, cuya figura aparece esculpida en rocas de las montañas de la Argelia y de Marruecos, y lentamente atravesaban el desierto los bueyes de carga, sustituidos por camellos. Secos están hoy los ríos en que nadaban los cocodrilos, y han desaparecido los animales corpulentos al extinguirse las selvas en que hallaban refugio. Sólo queda alguno que otro manantial, y para obtener agua es preciso abrir pozos, conocidos por el nómada que vaga por el desierto. Pero este agua casi siempre es salobre y difícilmente se acostumbra el viajero á ella. Al llegar al pozo de Dibbela, el primero que se encuentra en el desierto yendo del Tsad al Fezzán, suelen enfermar las gentes de las caravanas procedentes del Sur, de países en que abundan las aguas puras. Cuando siguen camino inverso, es decir del Norte al Sur, se van acostumbrando poco á poco al sabor de las aguas saháricas y ya la del Dibbela les parece buena.

Los cambios realizados en el Sahara se deben casi exclusivamente á la luz, á las alternativas de la temperatura y á la acción de los vientos. Obra exclusiva de los agentes meteóricos es la gran transformación geológica en virtud de la cual la roca sólida se convierte en móvil duna. Comienza la disgregación desde el instante en que la plana superficie de las mesetas de fácil desgaste presenta una hendidura por la que penetra el aire exterior. Lentamente se va desmoronando la roca, y sólo quedan algunos núcleos más resistentes que se alzan á modo de pirámides ó pilares en medio de las arenas. Una vez cumplida

la obra de disgregación, los detritus no permanecen en el mismo lugar. El viento arrastra las partículas tenues, todo lo que es polvo, y así en las hondonadas se forman esos depósitos arcillosos que se asemejan á las «tierras amarillas» de la China, pero que no reciben la fertilizadora lluvia, y por consiguiente, no pueden surtir de cereales á millones de hombres. Las partículas grandes y demasía lo pesadas para que el viento pueda moverlas, permanecen en el mismo sitio, formando esas especies de enlosados que se encuentran en muchos parajes del Sahara.

En el Iguidi y en ciertas partes del Erg, regiones del Sahara, «cantan» á veces las arenas, como ocurre en el grupo montañoso del Sinaí. En medio del más profundo silencio, se oye repentinamente un vibrante sonido, análogo al de lejano clarín. Dura el ruido algunos segundos, después callan las arenas y la voz resuena en otra parte. No es una alucinación, porque los animales lo oyen lo mismo que los hombres, y á casi todos les asalta gran temor, porque ignoran la causa de esta música de las dunas. Los soldados franceses que fueron testigos del fenómeno en el Suf y en el desierto de Ouargla, le dieron el nombre de «tambor de las arenas», y acaso alguno, extenuado por la fatiga y la sed, pudo creer, como su guía árabe, que un *yinn* ó genio maléfico, burlándose de sus dolores y sufrimientos, celebraba su próxima muerte con este extraño cántico. Evidentemente, la música de las dunas proviene del derrumbamiento de las capas y del choque y compresión entre sí de miríadas de moléculas. Pero, ¿por qué no suenan las arenas en todas las regiones de las dunas? ¿Cuál es la naturaleza cristalográfica de las moléculas vibrantes? Este problema está aún por resolver. Uno de los caracteres excepcionales del clima sahárigo es la gran diferencia que existe entre los grados extremos de calor y de frío. Durante el día y bajo la influencia de la luz solar, señala en las arenas el termómetro 66 y aun 70 grados. En cambio, la irradiación nocturna hace descender la columna termométrica hasta dos y tres grados bajo cero, y en las montañas, las fuentes y los arroyos, aparecen cubiertos por finísimas capas de hielo. Tal es la escasez de vapor de agua en la atmósfera, que la niebla es un fenómeno casi desconocido. En este aire falto de humedad, ni se enmohecen las armas ni se pudre jamás la carne. Pasan años sin que haya grandes lluvias; pero cuando empieza á llover, suelen continuarse los chubascos uno tras otro y en diferentes estaciones. Uno de los meteoros

más temido es, como ya se sabe, el siroco, el simoun, que frecuentemente lleva por delante trombas de arena, torbellinos de polvo que parecen las llamas de un incendio, rojizas masas de arena que corren por la superficie del desierto con la rapidez del huracán, unas veces casi al nivel del suelo y otras á tal altura que cubren el horizonte.

Las movibles arenas, los largos y pedregosos hamada, los calores tórridos y los bruscos cambios de temperatura, los vientos emponzoñados, las trombas de polvo, el cielo sin nubes y la tierra sin sombra, la inmensidad de las distancias, la escasez de pozos, las sequías que los agotan, los escombros que los ciegan ó los enemigos que impiden el acceso á ellos, son realmente obstáculos bien poderosos, y se comprende la solemnidad con que las caravanas se preparan á atravesar el desierto.

La profesión de guía, hereditaria en ciertas familias, constituye una especie de sacerdocio, porque del guía depende la vida de todos los que le acompañan. Donde el terreno presente mayor uniformidad, hay señales que indican la dirección. El guía lo vé todo, y la planta más pequeña, el soplo del viento, huellas trazadas en la arena que nadie más que él distingue, le sirven para orientarse. Consulta á las nubes, y en las inmediaciones de los oasis sigue con la vista el vuelo de los gorriones y golondrinas. Con toda exactitud conoce el lugar en que se encuentra, aun sin mirar al sol ó las estrellas, y con la mano señala, sin equivocarse nunca, el lugar del horizonte en que se hallan las estaciones del camino y las ciudades que rodean al desierto. Cuando pertenece á una raza de piel gris como la arena, ó roja como la tierra, se desnuda y se rastrea por el suelo para reconocer de cerca á los viajeros que pasan y saber si son amigos ó enemigos. Sabe dónde están todos los oasis y los lugares en que hay agua, balsas, manantiales, pozos ó arenas húmedas. Conserva memoria indeleble de todos los caminos del desierto, y cuando aún no los ha recorrido, los adivina. Sin embargo, sucede á veces que algunos caminos, de antiguo conocidos, dejan de ser frecuentados, ya porque las arenas lo invaden llenando los pozos, ya porque gentes enemigas ocupan los oasis de paso. Entonces, el recuerdo exacto de las regiones por donde antes se pasaba, se transforma poco á poco en vaga leyenda, y la fantasía crea en ellas amenos y deliciosos lugares. Pero por sagaces y prudentes que sean los guías, por sobrios y fuertes que sean los camellos que transportan al viajero, cruzando estas soledades no puede evitarse que ocurran frecuentes

desgracias. El que se extravía está perdido. Siente todas las torturas del hambre y de la sed, que es aún más temible. Se apoderan de él las alucinaciones y se ve en el fondo de un negro

Espejismo en el Desierto. (Dibujo de Vuillier.)



agujero, pretendiendo subir en vano por una abrupta colina. Cuando la fatiga le rinde y se tiende, ya no se levanta, y su cadáver, junto al que va formando el viento un montón de arena, se seca con gran rapidez. Es indispensable una perfecta unión entre todos los individuos que forman la caravana para

que ésta pueda terminar felizmente su viaje. Siempre deben estar cerca unos de otros, al alcance de la voz y de la vista, para ayudarse en caso de peligro; toda separación puede ser



campamento de nómadas en el desierto. (Dibujo de Pranishnikoff.)

fatal. Esta solidaridad que debe existir entre los individuos de una caravana, se comprende y practica de modo muy distinto, según las costumbres é instituciones de las varias tribus que habitan los oasis y las regiones limítrofes del Sahara. Si los que

viajan son berberiscos, pertenecientes á tribus que se gobiernan con cierta autonomía individual, la caravana es una democracia en movimiento, donde cada cual da su parecer y desempeña función especial para el servicio común. En la caravana árabe predomina el despotismo. El *jebir* es el jefe y señor, al que todos deben obediencia. Bajo sus órdenes hay: *xaux* que las hacen ejecutar, *xuaf* que exploran y vigilan la comarca, un *joya* que redacta los documentos, un pregonero que publica los avisos, un *muezín* que llama á la oración y un sacerdote que la dice.

IV

El Tibesti y sus gentes.

Existen divisiones naturales en la inmensa extensión del Sahara, marcadas por macizos de montañas, tales como el Tibesti, los Tasili y el Yébel Ahaggar. Si en el desierto fueran las lluvias muy abundantes, se formarían cuencas fluviales distintas dependientes del Nilo, de las Sirtes, del Atlántico ó del Niger.

La cadena de montañas á que sus habitantes llaman Tu, es decir, las «Rocas», y á la que los viajeros árabes dan generalmente el nombre de Tibesti, forma una especie de muro regular que limita el horizonte por el lado del Norte,

Se ignora todavía la anchura que tiene la cadena del Tibesti. Sin embargo, se sabe que la gran parte central tendrá como unos cien kilómetros entre la llanura del Borku y el desierto de Libia. Por regla general, las faldas meridionales son menos escarpadas que las del Norte.

La mayor parte del Tibesti consiste en tierras desnudas y áridas, sin vegetación de ninguna clase. El país sería inhabitable si no lloviese todos los años. Principalmente en el mes de Agosto es cuando las nubes cubren el cielo. Basta que llueva durante algunas horas para inundar por completo sus estrechos y peñascosos valles, de terreno impermeable. El torrente baja impetuoso, arrastrando ganados y á veces hasta camellos. Al cabo de pocas horas el valle se seca; pero las cavidades de la roca, las grutas profundas conservan agua. En las hondonadas, en que persiste la humedad, crecen hierbas y algunos arbustos, y forman alguno que otro raquítico bosquecillo acacias de diversas especies y alcaparros. En el Tibesti se hallan el lí-

mite septentrional de la palmera «dum», de tronco bifurcado.

Si el Tibesti es pobre en vegetación, tampoco en él abundan las especies animales. Las únicas fieras del país son las hienas, los chacales y los zorros. El uadán y otros antílopes saltan por las rocas, y los monos trepan á las acacias y van de rama en rama devorando las hojas. Todo cazador tibu los respeta, pues recaería oprobio indeleb'e sobre el malvado que hiciese daño á uno de estos «hombres hechizados». Los camellos son los llamados mehari, de largas piernas, esbeltos, infatigables en la carrera y muy diestros para subir por las rocas, aunque más difíciles de alimentar que las bestias de carga del litoral. Los tibus los cuidan con gran esmero, pero son muy inferiores á los tuareg en el arte de montarlos. Sus pieles sirven á los tibus de excelentes capas para el invierno.

Los tibus son las gentes del Tu, es decir, de las «Rocas». La región del Sahara en que habitan, formando grupos, es muy extensa. Su raza es la dominante desde la parte meridional del oasis de Kebabo, en el Kufra, hasta el Fezzán. Su territorio pasa de medio millón de kilómetros cuadrados. A los tibus pertenecían en otro tiempo los oasis de Kufra, donde ahora sólo tienen pobres aldeas. El centro de su poder es el macizo de Tibesti, el país de las «Rocas». Casi puede asegurarse que su morada en estas montañas data de remotas edades. Ningún ejército ha ido á inquietarlos. Los rodean desiertos de muy difícil travesía, están lejos de los caminos que más frecuentan las caravanas, y sus áridos valles tienen excelentes condiciones de defensa contra toda invasión.

Para otros pueblos, trasladados repentinamente al país de las Rocas, la vida sería imposible por falta de recursos. Aun para los mismos tibus, ciertos valles, entre otros los que se abren al Noroeste, son inhabitables. En este árido país, la escasez es permanente durante meses enteros. Después de las lluvias de verano, tienen las cabras todo el pasto que necesitan, y dan abundante leche, principal alimento de los tibus. Además, recogen éstos los granos de ciertas plantas, se dedican á algunos cultivos, y aprovechan el fruto, en otras partes despreciado, de las palmeras *dum*. No desdeñan ni aun la coluquintida, á la que quitan su amargo sabor mezclándola con cenizas de estiércol de camello. Hacen con ella una harina que amasan con dátiles y que constituye uno de sus más importantes recursos alimenticios. Rara vez comen carne. No matan á sus animales más que cuando son viejos ó están enfermos ó

heridos, pero entonces lo aprovechan todo. Secan la carne al sol; después, por medio de guijaros, la hacen pedazos, rompiendo huesos y tendones, y no desdennan ni aun las pieles. En una ocasión, mientras el viajero Nachtigal dormía le robaron sus zapatos, y los ladrones se los comieron. Extremadamente sobrios por la habitual escasez de víveres, pueden los tibus, en caso de abundancia, devorar enormes cantidades de alimento. Dado el régimen de abstinencia en que de ordinario viven, se comprende que han de aparecer extremadamente flacos; pero son, en cambio, fuertes y muy ágiles. Es maravilloso verlos saltar y correr, ó seguir el paso de los camellos en jornadas rápidas durante varios días. Su piel es de color más claro que la de los nigricios de las llanuras meridionales, y su fisonomía no tiene nada de común con el tipo tradicional del negro. Su cabellera es más larga y menos crespa que la de los sudaneses y su barba algo más poblada. Las mujeres en los primeros años de la juventud, son encantadoras, y no tienen rival entre las africanas del Norte. Muy pocas son las enfermedades que afligen á esta raza robusta. Los tibus resisten sin comer días enteros. Cuando se pierden en el desierto y carecen de agua y de alimentos, pasan el día á la sombra sin moverse, y sólo viajan de noche. Si encuentran un hueso de camello, lo trituran y hacen con él una especie de pasta mezclada con la sangre que sacan de una vena de su montura. El último recurso á que apelan cuando la debilidad comienza á invadirles, es atarse fuertemente sobre el lomo del animal y entregarse al instinto de éste para que los lleve al campamento más próximo. Son también los tibus hombres muy perspicaces é inteligentes. La necesidad, gran maestra, ha desarrollado su espíritu y avivado sus sentidos. Saben dirigirse en el desierto con una especie de adivinación incomprensible para el europeo, y en toda clase de negocios muestran especiales y sorprendentes aptitudes. La difícil lucha por la vida les hace ser codiciosos y desconfiados. La expresión de su fisonomía y de su mirada es por lo general dura y cruel. «Cada uno para sí», parece que dice el tibu. Pocas veces ríe ó se entrega á regocijos. Las fiestas del Tibesti no son, como las de los negros, alegres reuniones en que se canta y se danza. El tibu desconfía siempre, y cuando encuentra á un compatriota en el desierto, se guarda mucho de ir delante de él. Al verse, los dos hombres se detienen en el acto; se ponen en cuclillas, se cubren el rostro con el *litzam* ó velo á la manera de los tuareg, y con la lanza en la

mano derecha y el *xanguermangor* ó hierro arrojadizo en la izquierda, se hacen recíprocas preguntas acerca de su salud y su origen, y acogen cada respuesta con gritos de agradecimiento hacia Allá. La ceremonia del saludo dura varios minutos, y así ambos tibus tienen ocasión de observarse y pensar la conducta que deben seguir.

V

Oasis de Kauar.

Para ir al lago Tchad, siguen las caravanas el mejor camino de cuantos atraviesan el Sahara, entre las regiones cultivadas del Norte y las del Sur, y en este camino hay varios oasis, entre otros, el que pudiera llamarse archipiélago de Kauar. Este camino del comercio forma una divisoria natural entre la parte oriental del desierto, cuyo centro montañoso es el macizo de Tibesti, y la región donde se alzan las colinas de Air. Esta cadena de oasis sirve también como de límite etnológico entre las poblaciones tibus y los tuareg.

Las caravanas, después de haber traspasado los «Puertos» que se abren en la meseta divisoria al Sur del Fezzán, descenden por una llanura rojiza que baja insensiblemente hacia el Mediodía. Mide esta divisoria unos 650 metros, y á una altura de 275 metros se encuentra el lago Tchad. Extiéndese el desierto con grandes ondulaciones, por encima de las cuales se alzan en el horizonte mesetas regulares de caliza y areniscas, y por todas partes se muestran en esta triste soledad algunos grupos de peñascos áridos, que parecen quemados y ardiendo aún por efecto de la fuerza con que reflejan los rayos del sol. Más húmedos que los espacios circundantes, los huecos que se abren en la roca ó en la arcilla, entre ribazos ó dunas, encierran pozos permanentes ó temporales, que las arenas van cegando y que se encargan de limpiar sucesivamente las caravanas que los frecuentan.

Algunos oasis ocupan más hondas depresiones. Tal sucede con el oasis Yat, llamado por los árabes Sahiya ó la «Alegría», al que podría dar el nombre de «selva» el viajero que acaba de recorrer vastas llanuras sin vegetación. Sus espesuras de datileros silvestres, acacias y herbosas praderas, ofrecen alegre contraste con las arenas del desierto. En el oasis de Yeyeba exis-

ten 10 aldeas, tibus algunas de ellas y en su mayor parte edificadas al pie de una masa de asperón, de paredes verticales, que sirve de refugio á los pobladores cuando sufren algún ataque repentino. Tiene su fortaleza galerías y subterráneos donde guardan sus provisiones los habitantes, los cuales abren cisternas en la roca y suben por el exterior hasta lo más alto de la ciudadela, merced á una escalera ó plano inclinado de troncos de palmera con travesaños de madera de acacias.

Los cruzamientos no han afeado la belleza de los tedas, que pueblan los oasis de Kauar. Sus mujeres poseen la misma pureza de líneas en el rostro, igual equilibrio de formas que sus hermanos de Tibesti, y agradan además por la gracia de sus movimientos, su dulce fisonomía y su sonrisa encantadora. Celebran los habitantes de Kauar fiestas más alegres que las de los pobladores de las montañas del Este, procesiones y cabalgatas más suntuosas; pero las costumbres de los tedas que están establecidos en el camino de las caravanas no son las mismas que las del estéril país, pocas veces visitado, que les sirvió de cuna. Los árabes ulad-sliman, enemigos hereditarios de los tibus, entran con frecuencia de improviso en los oasis de Kauar; dan muerte á los hombres, roban mujeres y niños y recogen su botín, quedando despobladas algún tiempo las aldeas. Pero después de un breve período de paz, ocupan nuevos inmigrantes las casas abandonadas. No se crea, sin embargo, que se debe á la fertilidad del suelo y á la abundancia de las cosechas esta renovación de las poblaciones del oasis. Su principal riqueza son las salinas, de las cuales las principales están en el oasis de Bilma. Por efecto de la evaporación se forman en la superficie del agua cristales de sal, que, mezclados con el polvo y la arena y arrastrados por el viento, constituyen pronto una capa gris que, en apariencia, se confunde con el suelo inmediato. En el fondo se deposita otra capa de sal, que recogen los obreros y dividen en montones, según la calidad, para uso de los hombres ó de los animales. En seguida la elaboran en planchas de diversas formas y cambian una carga de camello por una cantidad de cereales, cuyo valor viene á ser de cinco francos; pero en los mercados del Sudán es treinta veces mayor el precio. De cien kilómetros á la redonda acuden las gentes á Bilma para adquirir la preciosa sustancia, y para dar la bienvenida á estos extranjeros les arrojan las mujeres puñados de sal á la ropa, como si quisieran decirles: «¡Tomad lo mejor que produce nuestra tierra!» Se calcula en unos 70.000 camellos los que

llegan anualmente á Bilma para cargar sal, y algunas caravanas, entre otras las de los mercaderes tuareg, que luego llevan la sal al país de los haussa, comprenden 3.000 acémilas cada una.

VI

País de los tuareg.

Nada, al parecer, más inhospitalario ni más imponente que las gargantas de las montañas ocupadas por los tuareg, las cuales son aún más tristes que los arenales del desierto.

En 1881 el coronel francés Flatters, después de varias excursiones por el Sahara para estudiar el trazado del ferrocarril transahariano, se propuso atravesar el desierto de un extremo á otro. Su caravana se dividió en grupos que caminaban unos tras otros, separados por una distancia de algunos kilómetros. Seguía les secretamente, por el Oeste, una banda cada vez más numerosa de tuareg. Ofreciéronse traidoramente al jefe de la caravana varios de ellos como guías, y concertados ya con los suyos todos los preparativos del ataque, asesinaron en el momento fatal á Flatters y otro de sus compañeros, que caminaban casi solos. Después cayó la multitud de los tuareg sobre el convoy, que iba detrás, lejos de los asesinados. Durante la noche, los 59 hombres que sobrevivieron al primer ataque, abandonaron el campo, comenzando su retirada hacia Uargla, que distaba 800 kilómetros en línea recta y 1.200 por el camino de los Pozos. En esta desastrosa retirada perecieron todos los franceses, llegando á Uargla sólo 13 hombres, después de una marcha de más de dos meses, durante los cuales fué la sangre su única bebida y la carne humana el único alimento. Sin embargo, antes de ser casi exterminados, los fugitivos ganaron combates en el camino é hicieron muchas jornadas, demostrando con esto la posibilidad de un viaje á través del país de los feroces tuareg si lo realiza una caravana provista de suficientes recursos y sometida á rigurosa vigilancia. Existen en el país de los tuareg un pequeño río poco explorado, el Igharghar, y un lago, el Miharo. Por esta abundancia relativa de aguas, el país tiene una vegetación que parece frondosísimo por el contraste con el desierto.

No vive, según parece, el león en el país de los tuareg ni tampoco panteras, jabalíes, búfalos, rinocerontes é hipopóta-

mos. En cambio se conocen algunas variedades del lobo y de la hiena, abundan los antílopes en las mesetas y llanuras y al Norte corren rebaños de onagros ó asnos salvajes, que por la rapidez de su carrera se libran de la persecución, siendo también muy pocos los que se dejan cazar por medio de trampas. Forman sus rebaños principalmente los camellos de carga, criados á veces para las expediciones rápidas, si bien existe una raza especial de animales de carrera, la de los mehari que no gritan cuando sufren, por temor de hacer traición á su dueño, y se distinguen por su mucha alzada, la finura y elegancia de las patas y del cuello, su extrema rapidez en la marcha y su prodigiosa sobriedad, que les permite soportar siete jornadas de abstinencia en el verano, aunque caminen cargados, y permanecer durante el invierno dos meses en los sitios de pasto sin probar el agua. Anda generalmente el camello de carga tres kilómetros y medio ó cuatro por hora, ó sea 25 á 26 kilómetros por día, en tanto que los mehari recorren sin fatiga el mismo número de leguas, y hasta los hay que han hecho 300 kilómetros. Crian con exquisito celo al animal para la carrera y para la guerra, y hay pocos espectáculos más agradables que el que ofrecen los mehari enjaezados para una expedición y alineados en frente de batalla. Tiende el animal su cuello, alza el jinete su lanza y parecen formar uno y otro un mismo extraño sér de imponente aspecto. Aprenden los mehari que montan las mujeres á balancearse al compás de la música. Cuando salieron las mujeres de los tuareg al encuentro de los expedicionarios de Flatters para saludarlos, en tanto que una de ellas tocaba los aires de su país en una especie de bandolín, bailaba su montura siguiendo el compás con admirable exactitud. Sentado en la alta silla, apoyando la espalda en el borén, el tuareg, que dirige con la presión del pie los movimientos del camello, cruza las piernas alrededor de una especie de pomo que tiene la forma de una cruz, toca con los pies desnudos el cuello del animal, conserva libres las manos para empuñar las armas, y en el combate apunta siempre al pie de su enemigo, porque si logra cortarlo deja de obedecerle el camello y de formar un solo cuerpo con su amo. Temible en la guerra, indispensable para los transportes, sirve también el camello para el sustento de los tuareg. Aprovechan éstos la leche de las camellas, casi como único alimento en la estación de los pastos. Hacen cuerdas con el pelo; emplean los excrementos para el abono de las palmeras ó como combustible cuando se ha secado; dan muerte

al animal para utilizar su carne y servirla á los huéspedes distinguidos, y con el cuero, que es uno de los mejores que se conocen, fabrican tiendas, arreos y objetos de la casa. Constituyen



Grupo de tibus, (Dibujo de Frantshukoff.)

los camellos su riqueza más inestimable; pero su número es relativamente escaso, pues el montañés más opulento no posee más de 50.

Recorren los bereberes tuareg el Sáhara central desde tiem-

po inmemorial. Diéronles los árabes el nombre de tuareg, que significa «los abandonados», los «dejados de Dios», por la resistencia que opusieron durante largo tiempo al mahometismo.

Altos en su mayoría los tuareg, delgados y fuertes, de raza blanca, aunque el sol les da un tinte bronceado, podrían confundirse con los europeos por el color de la piel y las facciones, si no les distinguiera siempre su paso irregular á la vez que lento y grave, sus largas zancadas y el porte altivo de su cabeza. Tienen algunos tuareg los ojos azules, color del iris que estiman como una gran belleza en las mujeres, y en vano se buscaría entre ellos individuos pequeños y raquíticos. Arrebata pronto la muerte á los débiles y enclenques, y los que sobreviven desafían las enfermedades y las fatigas, no siendo raro encontrar entre ellos centenarios. Extremadamente sobrios, á lo que deben sin duda la excelente salud que disfrutan, prodigan á los árabes, entre otros insultos, el de «tragones». Se satisfacen con una comida por día cuando viajan, y dos cuando habitan en el campo, y sólo se alimentan con granos, dátiles, higos, bayas, hierbas y un poco de carne, respetando la costumbre que les prohíbe comer aves y pescados, á los que únicamente tocan los morabitos. Explícase la frecuencia de los reumatismos y oftalmías, que son las enfermedades ordinarias de los tuareg, por la costumbre de pasar la noche tendidos en la arena y por la reverberación de los rayos solares en las dunas.

Conocida es la costumbre de los tuareg, que se cubren el rostro para atenuar la fuerza de los rayos solares y librarse del polvo desprendido de las arenas. Convertida esta costumbre entre los hombres en una especie de práctica religiosa, tampoco se quitan por la noche el velo que les cubre la cara, porque dicen ellos que conviene tapar la boca, puerta que da entrada al alimento del cuerpo. Por esto reciben de los árabes desde tiempo inmemorial, como los tibus y la mayor parte de los habitantes del Sahara, el nombre de Ahel-el-Litzam ó «Gentes del velo», que es negro ordinariamente entre los nobles y blanco entre los individuos de casta inferior, muchos de los cuales son de sangre negra. Por eso dividen los árabes la nación en dos clases, «negros» y «blancos», denominaciones precisamente contrarias á las que deberían hacerse atendiendo al matiz de la piel. Sólo delante de un extranjero, como testimonio de respeto, cubren su rostro las mujeres. Cuando llegan á la edad en que pueden manejar las armas, lucen los hombres en el brazo

derecho un anillo para dar, dicen ellos, más fuerza al biceps cuando asestan un sablazo. Además, nunca dejan un largo puñal que pende del antebrazo izquierdo por medio de un brazalete de cuero, y aunque usan generalmente la lanza y la espada, también se sirven hoy del fusil, al que llaman «el arma de la traición». Como es creencia general entre los tuareg que el agua hace más sensible la piel para los cambios de temperatura, jamás se lava ninguno de ellos, y practican con arena ó guijarros el simulacro de las abluciones que les prescribe su religión.

Los tuareg, por los asesinatos que han realizado en las personas de exploradores europeos, tienen fama de crueles, codiciosos, perversos, cobardes y descreídos. Pero sería injusto aplicar á todos un juicio basado en los actos de algunos, y no puede negarse que poseen los tuareg altas cualidades, como son un valor á toda prueba, el cumplimiento de las promesas hechas á otros musulmanes y el respeto al honor de los amigos. Jamás tocará al depósito dejado por una caravana el tuareg, que, montado en su mehari, viaja diez días para ir á robar ganado á una tribu enemiga. No olvidarán su deuda el dendor y sus herederos, como tampoco descuidarán la venganza del ultraje el ofendido y sus hijos. De las tribus nobles, únicas poseedoras del poder y los derechos políticos, salen los hombres autorizados para tomar asiento en los consejos cuando han cumplido cuarenta años, y hacer gala de las cualidades oratorias, de que tan orgullosos se muestran los tuareg. Su oficio es la guerra, el trabajo una deshonra.

Las leyes y costumbres tienden á mantener el poderío de las grandes familias. Las tribus ceden á las viudas nobles los territorios ganados por conquista. El hijo sigue siempre la condición de la madre, pues, como dice la fórmula del derecho tradicional, «el vientre tiñe al hijo», y por esto es noble el hijo de padre esclavo y madre noble, y esclavo el hijo de un noble y una esclava. En los actos diarios de la vida es la mujer igual y muchas veces superior al hombre. Dispone de su mano sin la intervención de los padres; administra su fortuna particular y no está obligada á contribuir á los gastos de la casa, por lo que es generalmente más rica que su marido. Educa y dirige á los hijos; ocupa en los festejos el lugar preferente, y toma lo mejor en las comidas; pero, por imposición de la costumbre, no puede probar el café ni el té, líquidos reservados á los hombres. Lo mismo que su marido, puede montar en el mehari y

viajar por el desierto para visitar á sus parientes y amigos, sin que nadie le pida cuenta de sus ausencias. Rara vez abusa, sin embargo, de esta absoluta libertad. Parece, á pesar de esto, que no desconocen en las cercanías de Rhat los embarazos ilícitos, seguidos de infanticidio. No existe, por lo demás, práctica alguna que impida á las damas tuareg tener siervos de amor como las castellanas de la Edad Media, en cuyo obsequio bordan velos y componen versos. En sus fiestas nocturnas cantan las mujeres y se acompañan con el timbal y la *rebaza*, que es una especie de violín, y dan puesto de honor á sus preferidos, sin que nadie se permita censurar su elección. Desde cientos de kilómetros acuden los hombres engalanados con sus mejores trajes á las fiestas nocturnas de las mujeres de los Imanan, apodadas las «Reales», que son las más célebres del país de los tuareg por su talento musical y la gracia y poesía de sus improvisaciones. No sólo son poetisas y músicas las mujeres tuareg, sino que además cultivan la ciencia. Casi todas saben leer y escribir, grado de instrucción que apenas alcanza una tercera parte de los hombres; enseñan la lengua y la gramática y escriben con caracteres *tefinag*, que difieren poco de los empleados por los antiguos cartagineses.

Los tuareg, que sólo son unos 30.000, no pueden reunir á lo sumo más que 10.000 guerreros. Nunca se han juntado más de 200 tuareg en una sola banda, porque no tienen en su país pozos donde puedan beber rápidamente 200 camellos. Su mejor resistencia ante una invasión europea la encontrarían en la velocidad, porque fácilmente cambian de campamento, huyendo delante del enemigo á cientos de kilómetros de distancia. Grave en cambio sería para ellos el ataque si se dirigiese á los mercados donde adquieren sus provisiones, porque como viven completamente rodeados por las arenas ó las rocas, dependen naturalmente de los grandes oasis de Ghadames y Rhat al Este y Tuat «el jardín del desierto» al Oeste.

VII

El Tuat.

Aplicase el nombre de Tuat, palabra bereber que significa «los oasis», al conjunto de palmerales esparcidos por el desierto entre el país de los tuareg y la región de las grandes dunas occidentales.

Merced á las frecuentes relaciones de comercio entre la Berbería y el Tuat, centro natural de los cambios del Sahara, aunque hasta hoy no hayan sido visitadas estas poblaciones musulmanas más que por un número muy escaso de europeos, se tienen extensas noticias. Pueden calificarse de insignificantes, relativamente, las dificultades que opone la Naturaleza para llegar á estos oasis. El Tuat produce lo mismo que las demás comarcas del Sahara central, pues está á la misma altura y goza de igual clima. Suministran sus datileros, árboles por excelencia en estos oasis como en los de Marruecos y la Berbería oriental, frutos menos apreciados.

Los primeros habitantes del Tuat fueron tuareg, y así parecen demostrarlo todavía los nombres de las diferentes especies de dátiles, casi todos en lengua *temahag*, pero están muy mezclados con elementos nigricios. No se cubren el rostro las mujeres como las musulmanas de las ciudades del Tell; son muy graciosas y hablan con tanta libertad como los hombres. Bondadosos como los negros, elogiados por su respeto á los extranjeros y su amor á la paz, distingúense en cambio por su intranigente fanatismo y su celo religioso. Por esto, aunque el país es pobre, recogen en él los emisarios del xerif de Wasán piadosas limosnas, cuyo valor se calcula en 50.000 francos, sin contar los tributos religiosos que cobran otros muchos morabitos.

En el oasis de Gurava está la ciudad más importante del Tuat.

Al Este de Tuat, propiamente dicho, comienzan los archipiélagos de oasis, donde se agrupan los *ksur* de Tidikelt, Aulaf, Titt y Akebli, famosos en todo el Sahara como mercado de esclavos negros, y punto de cita para las caravanas de comerciantes que se dirigen al Sudán.

Cuéntase entre los *ksur* septentrionales el oasis de Meliana ó Miliana, y en cuyo pueblo principal, el Ksar-el-Arb, reside el jeque, personaje en extremo poderoso, ya por sus riquezas, ya también por las tradiciones heroicas de la familia de los budyudas, á los que representa, por el patronato que ejerce sobre los tuareg de las cercanías y por la protección que concede á las caravanas. Dispone su tribu de algunos caballos, lo que le asegura la superioridad en los combates, y arma á sus guerreros con fusiles hace mucho tiempo. Cuatro aldeas se han fundado en estos oasis, y en ellas viven comerciantes y fugitivos de Tombuctu, Ghadamés y Rhat, consagrados á sus negocios. Hay

muchos negros y una verdadera sociedad de libertos que no goza por completo la consideración de los hombres libres y que constituye la casta de los atryas. Por el otoño van los tuareg, que, como dicen los tuatias, «aparecen y desaparecen como los espíritus», á cambiar dátiles por carne de antílope y gacela y otros productos de menor importancia. Algunos, sobre todo las mujeres, ruegan á los doctores de las zauyas que les enseñen versículos del Koran y les expliquen los misterios de la lengua árabe.

Desarrollado de modo notable el espíritu de casta entre los tuatias, se mezclan poco los representantes de las diversas razas, y así buscan los xorfas sus esposas únicamente entre las familias xerifianas. Considerada como signo de extrema distinción la obesidad, se engordan las jóvenes, como sus hermanas de tantos otros países africanos, comiendo con exceso leche y manteca; y alcanzan tal gordura desde la edad de veinte años, que apenas pueden moverse.

VIII

El Air.

En medio del espacio que separa las montañas del Tibesti de la gran curva del Niger, forman un sistema orográfico, alineando sus altos picos en la dirección de Norte á Sur, los elevados macizos del Air (*Ahir* en árabe). Completamente rodeados por las arenas y las mesetas rojizas, constituyen una región montuosa llamada Asben por los nigricios. Sólo una expedición europea ha penetrado en esta región y fué robada, sufriendo sus individuos toda clase de penalidades.

Comprenden los macizos de Air una considerable extensión, que en línea recta mide unos 200 kilómetros y se calcula en 15.000 kilómetros cuadrados la extensión total del sistema.

En la población del Air se nota la lucha y el cruzamiento de razas entre el Sahara y el Sudán.

«La raza de los esclavos se ha mezclado con la de los hombres libres», dicen los tuareg puros. Fuera de los bereberes puros y de los que á través de las generaciones siguen casándose con negras, existe en el Air, y más aún en las regiones vecinas al mismo, al Sur y al Sudeste, una población.

Selufiet y Tintaghoda son aldeas del Norte del Air habitadas

por morabitos, simples aglomeraciones de cobertizos cubiertos con ramas de palmeras. Otro grupo de chozas forma la población de Tintellust, residencia de un *amanokal* ó sultán secundario. Existen dos lugares que aventajan á Tintellust en población sedentaria: uno de ellos, Tafidet, grupo de tres aldeas, en una de las cuales reside un príncipe que vive en olor de santidad, y el otro, Assodi, fué en otro tiempo una ciudad muy populosa que contenía 1.000 casas y siete mezquitas, aunque hoy sólo cuenta unas 80 moradas.

Tinxaman, que es hoy tan sólo una aldea medioarruinada, fué en otro tiempo capital del Asben y una ciudad habitada por letrados y comerciantes. Población y comercio se han trasladado á la famosa Agades, la ciudad más populosa de todo el Sahara, situada á 40 kilómetros al Sur próximamente. Si se ha de creer á la tradición, contó en lejanos días tantos vecinos como Túnez, y su antigua superficie bastaba para contener 50.000 habitantes. En los comienzos del siglo xvi alcanzó Agades su mayor prosperidad, pues servía de principal mercado en la zona limítrofe del Sahara y comerciaba directamente con Tombuctu y las ciudades más importantes del Sudán. Destruída por los tuareg á fines del siglo xviii, renació de entre sus ruinas, y comprende ahora de 600 á 700 casas habitadas, contando con una población de 7.000 almas si se incluye á los jefes de familia y á los jóvenes que accidentalmente residen fuera. Allí viven comerciantes extranjeros, sobre todo del Tuat, consagrados al comercio al por menor, siendo á la vez los depositarios de los cereales comprados en el país de los negros. Agades tiene en algunos de sus barrios el aspecto de un montón de ruinas. Rodeadas las casas de montones de escombros, cuenta la ciudad como único edificio notable la «torre», á la vez alminar y atalaya, de 30 metros de elevación, más ancha hacia la mitad como los troncos de las palmeras, gradualmente estrecha hacia su extremo, y á la que dan singularísimo aspecto las viguetas de madera, colocadas á manera de pisos de trecho en trecho, para consolidar el adobe de los muros. Tiene Agades escasa industria: casi todos sus artesanos son mujeres, que fabrican objetos de cuero y tejen las esteras.

IX

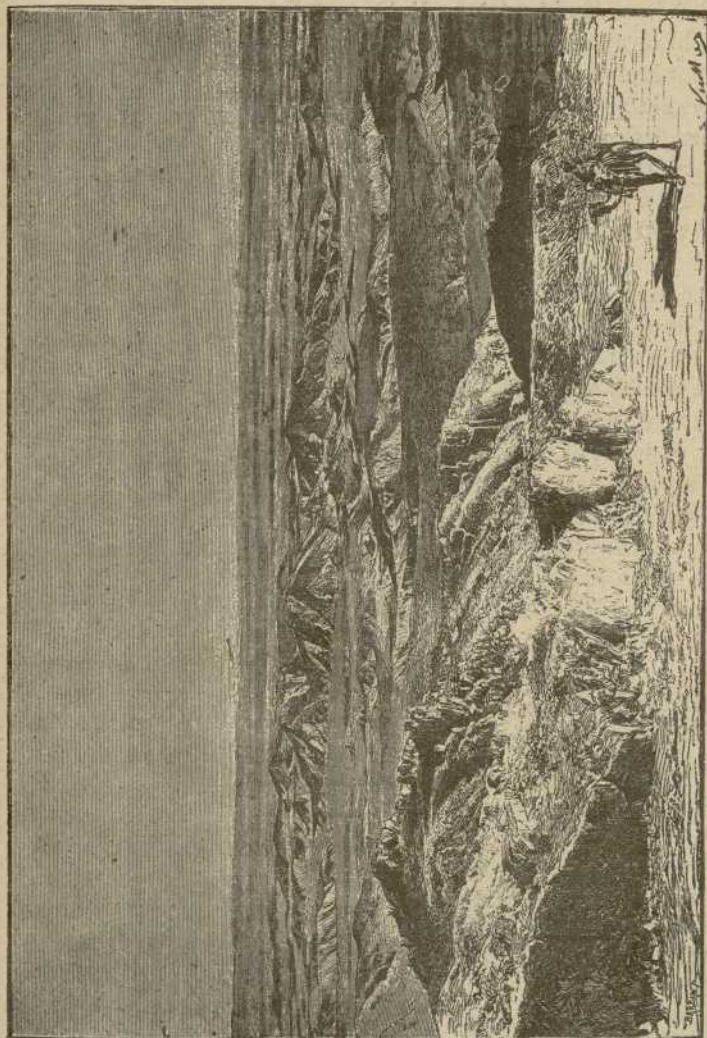
Sahara occidental.—Costas.—Posesiones españolas.

El inmenso Sahara occidental, cuya superficie pasa de dos millones de kilómetros cuadrados, es una sucesión de dunas, depresiones pedregosas, llanos de escasa elevación y montañas poco importantes, que apenas miden más de 500 metros de altura. Como si se tratara de un sencilla playa marítima, dan los indígenas el nombre de Sahel ó «Litoral» á todo el desierto occidental, cuya anchura pasa de 1.000 kilómetros. Perdidos como los islotes en el mar, hay algunos grupos de cerros.

Próximo al mar y á la zona de las lluvias tropicales, posee el Sahara occidental, merced á esta situación, cierta cantidad de agua, que si no forma ríos, da lugar á varias ramblas ó derrames.

La costa del Sahara, frente al Atlántico, cuyos escarpados y dunas se abren de trecho en trecho para dejar paso á las aguas de las ramblas, se cuenta entre las más peligrosas de Africa, y así se explica la ansiedad de los marinos portugueses del siglo xv, obligados por sus instrucciones á seguir estas orillas que habían visto antes que ellos los fenicios y los españoles. Se ha dado al cabo Nun ó No este nombre, según los marinos, porque respondía el mar que «no» á la nave que pretendía pasar adelante. Querer doblarlo constituía una impiedad, y los que lo hacían, al decir de la leyenda, si eran blancos se volvían negros. Apenas cambia el aspecto del litoral desde el temido cabo al de Yubi, de éste al de Bojador y del Bojador al Blanco, en un espacio de 1.200 kilómetros próximamente. Como los vientos alzan en pocas horas monstruosas oleadas, sobre todo desde el mes de Octubre al de Abril, huyen de allí los buques. Además rodea siempre á la tierra una espesa bruma y no hay faro que les guíe. Entre la Boca Grande y el cabo Yubi se encuentra el espacio más peligroso de la costa del Sahara para los buques de vela, porque las fuertes corrientes los echan sobre la tierra. La corriente costera alcanza por lo regular una velocidad de un kilómetro por hora, pero pasa de dos cerca del cabo Yubi, quizá por efecto de la proximidad de las islas Canarias, que estrechan el cauce de la corriente. Aunque escasean los puntos

abrigados en la costa del Sahara, hacia la mitad de las playas que se extienden desde el cabo Bojador al cabo Blanco, existe una profunda bahía abierta en dirección paralela al mar. Se



El Sahara: vista tomada desde el Collado de Sfa, al Nordeste de Biskra, (Dibujo de G. Vuillier.)

llama Bahía de Río de Oro, y debe este nombre á haber obtenido, por cambio con los indígenas, un poco de polvo de oro los portugueses que la visitaron en 1442, creyendo haber hallado un Pactolo, que, según decían, se unifica con el Nilo en el in-

terior del Africa. Los españoles tienen establecida una factoría en Río de Oro, pero sólo han logrado que reconozcan la soberanía de España unas pequeñas tribus de insignificante importancia.

El Sahara occidental se divide entre los bereberes autóctonos y los árabes invasores. Acampan en las estepas los ait-attas, dui-menias, beraber, dui-bellal y otras tribus, cambiando de residencia según la situación de los pastos, y á veces emprenden largas excursiones, ya por las necesidades de su comercio, ya para realizar sus venganzas ó para entregarse al pillaje. Los jinetes árabes del Sahel llegan hasta el camino de Insalá á Tombuctu para robar á las caravanas, acompañándoles en estas expediciones los camellos cargados de agua y de sebo. Al principio alimentan con sebo á estos animales, y cuando queda libre de carga uno de ellos, le dan muerte, y su carne sirve para alimentar á los hombres y las bestias. Estas expediciones consagradas al pillaje, duran á veces meses enteros.

Las caravanas que se forman al Sur de Marruecos para atravesar el desierto, se organizan en Tafilete ó en los oasis que se hallan en la gran curva del Dráa. El oasis de Tekna sirve de punto de reunión para los individuos que constituyen las caravanas, y eligen de ordinario el moderno pueblecillo de Tenduf, á quien ha dado origen y vida el comercio. Consta el citado pueblo de un grupo de más de cien casas de tierra, rodeado de algunas palmeras. Allí se reúnen todos los años en Diciembre ó Enero para formar la «gran caravana» de Tombuctu, la *kafil-el-kebir*, que se compone de centenares de personas y miles de camellos. Sólo merecen el nombre de pueblos dos grupos de habitaciones que hay en el camino de Tenduf á Tombuctu, con dirección al Sudoeste. Son Taudeni y Arauan, situado el primero cerca del riachuelo Teli, punto de reunión de las caravanas, que encuentran allí agua abundante. La mayoría de los habitantes de Taudeni se dedican á la extracción de sal. Arauan es el puesto avanzado de Tombuctu, no lejos de la línea meridional del desierto, donde se organizan y de donde parten las caravanas como de Tenduf al otro lado del Sahara. Aunque situada á corta distancia al Norte de las herbosas estepas y de los bosques de mimosas, y es rica en agua que corre como un río subterráneo por debajo de las casas, resulta la ciudad más triste del Sahara, entre interminables dunas sin un árbol ni una mata de hierba para los camellos. Esparcidas sin orden sus casas, que ascienden á 100, son cuadrangulares y de un sólo

piso, con paredes de tierra y una sola abertura ó puerta baja. Aunque todas tienen un patio, rara vez le habita nadie, porque molesta mucho la arena de que está saturada la atmósfera y las nubes de moscas que llevan á la ciudad los camellos.

Aún se cuentan algunas otras ciudades fundadas en el límite meridional del desierto. No lejos del desierto de Tanezruft, á unos 100 kilómetros de Arauan, se elevan las poblaciones de Mabruk y de Mamun, pobladas de negros que obedecen también á los árabes y en cuyo derredor vagan á veces los tuareg. A 400 kilómetros hacia el Sudoeste de Arauan, se halla Ualata, ciudad más importante, tan grande como Tombuctu. Edificada como Arauan, y como ella desprovista de huertas, provéenla de géneros las caravanas, y ocupa un espacio de cerca de un kilómetro cuadrado. Hacia el Noroeste, en la dirección del Adrar, se suceden algunos oasis, entre ellos el de Tixit, capital de la tribu de los kuntas. La ciudad comprende unas 600 casas de piedra. Varias tribus árabes recorren esta zona limítrofe del Sahara, en tanto que los negros de raza mandinga, procedentes del lado allá del Senegal y llamados *aser*, forman la población sedentaria de los oasis.

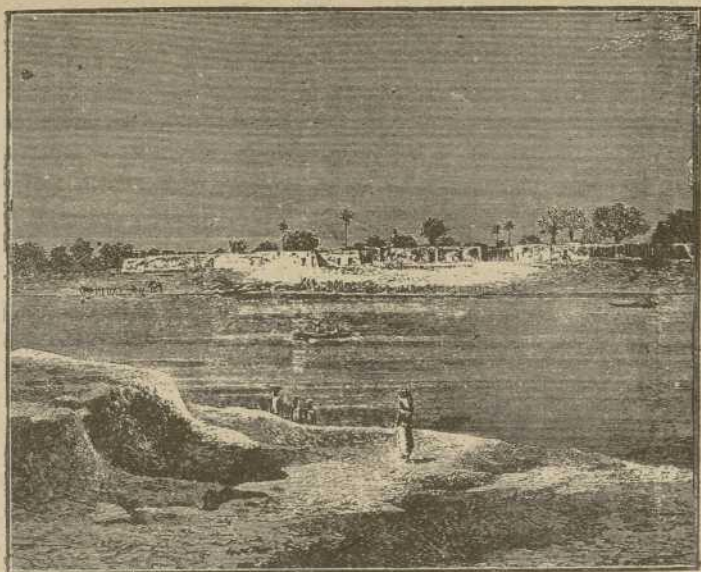
Carece de ciudades el Sahel, propiamente dicho, pues sólo tiene ruinas y parajes que sirven de campamentos. Al Sur del Dráa está Termasson, compuesta únicamente de silos, donde guardan su provisión de cereales los árabes de las cercanías; y aunque los mapas señalan como ciudades las poblaciones de Grona y Zemmur, constan éstas solamente de varios grupos de tiendas, que se alzan en medio de los valles.

En las márgenes de los mil riachuelos que nacen en el interior del Adrar habitan generalmente las poblaciones sedentarias, que comprenden unos 7.000 individuos sin contar los esclavos, y por su origen son bereberes mucho menos mezclados que los moros de las cercanías. Su ciudad más antigua, el-Guedim ó la «Vieja», está situada en los confines del desierto oriental. No lejos se encuentra la ciudad de Uadan, en otro tiempo la primera por su población y su riqueza, y también la más culta, á lo que debió su nombre, que significa los «Dos Ríos», es decir, «el río de los Dátiles y el río de la Ciencia», según un proverbio del Adrar. Allí poseyeron los portugueses en la primera mitad del siglo xvi una factoría, que abandonaron por la enorme distancia que la separaba del litoral. La capital del Adrar era Xiugueti, situada en plena región de las dunas, y no cuenta menos de 800 casas con una población de

3 á 4.000 almas. También Attar, la actual capital, y Uyef, figuran entre los *ksur* populosos. En conjunto hay en los oasis del Adrar, donde también se cultiva el mijo, la cebada, el trigo y las sandías, más de 60.000 datileros. La mujer se compra y su precio no va más allá de 13 varas de tela de algodón. Si se cansa el marido de su esposa, conserva ella la tela; y si al repudiarla llega la mujer á sentir desvío por su marido, debe devolverle el regalo para recobrar la libertad.

Siendo morabitos todos los habitantes del Adrar, reconocen la supremacía de un jefe que reside en el-Guedim y goza de cierta autoridad temporal. Algunos pertenecen á las cofradías religiosas que tienen sus centros en Marruecos, Argelia y la Tripolitania, y á diferencia de casi todos los países musulmanes, donde los guerreros veneran á los morabitos, gozan éstos generalmente escasa estima en esta comarca limítrofe del Sahara. Ocupan un rango superior al de los siervos y esclavos, calificados ordinariamente con el nombre de *lahmé*, es decir, «carne buena para comer»; pero fuera de las ceremonias, durante las cuales rezan en voz alta desde un punto elevado, á los morabitos sólo se les respeta en apariencia. Místicos y de apacible carácter, soportan los morabitos del Adrar la opresión de los moros de la casta militar.

Desde fines de 1884, pertenece á los españoles el dominio nominal de todas las costas comprendidas entre los cabos Bojador y Blanco, con una superficie de unos 800 kilómetros de largo. Se confía en poder avanzar por el interior y dirigir las caravanas hacia estos nuevos establecimientos. Se ha fundado ya una factoría en la costa, llamada «Villa Cisneros», en la península de Erguibat; y en otras, una de ellas al Este, en la costa de la bahía del Río de Oro; y dos más al Sur, en el extremo de las dos caletas de Cintra y del Oeste. En otro tiempo acudían los pescadores de Canarias á los parajes próximos al cabo Bojador, sobre todo á Angra dos Ruivos ó «Bahía de los Salmonetes». Un explorador español, el comandante Cervera, en un viaje al interior, no exento de penalidades, logró firmar un convenio con el jefe del Adrar, por el cual se reconocía el protectorado de España sobre todo el territorio comprendido entre la costa del Sahara y la frontera del Adrar-et-Tmarr ó «Montañas de los Dátiles».



El Niger. (Dibujo de Tournois,)

El Niger y el Tchad ó el Sudán central

I

El Niger.

La palabra Sudán corresponde á la árabe *Blad-es-Soudan*, ó «país de los Negros».

Los saharianos han sentido siempre gran entusiasmo por el Sudán, cuya exuberante vegetación contrastaba de tal modo con la aridez de sus grandes arenales. «La sarna del camello—dicen ellos—se cura con pez, y la pobreza se cura en el Sudán.»

El Sudán central comprende dos cuencas: una, la del Niger, termina en el Atlántico; otra, la del lago Tchad, terminaría como el Nilo en el Mediterráneo, si el río que sale de él no se secara en el camino. Estas dos cuencas del Niger y del Tchad están separadas la una de la otra por las llanuras del Kano, las verdes cimas del Zegreg y del Bautchi y los montes de Mandara.

Semejante al Orinoco de América, el Niger corre en su cur-

so hacia casi todos los horizontes. Apenas median 1.900 kilómetros en línea recta entre su manantial y su desembocadura en el Océano, y, sin embargo, atraviesa una extensión de 4.160. El Nilo y el Congo son los dos únicos ríos más largos en toda el África, pero á pesar de esto, por la cantidad de agua que en los doce meses del año vierte en las olas que bañan el continente de los negros, únicamente le aventaja el Congo. Cálculase que fertiliza 250 millones de hectáreas, y aún más si es que une en Tombuctu su caudal al lecho casi siempre seco del Oued Messaud, el cual llega cuando llega del Alto Atlas con el nombre de *Oued Guir*. Unase ó no se una con este río, caudaloso en su nacimiento, mezquino en su desembocadura, su cuenca se compone de estepas y sabanas, bosques y tierras muy bajas.

El Niger ó Dioliba nace en el monte Loma, mole de 1.340 metros, y que dista de la costa más cercana á vuelo de pájaro unos 300 kilómetros. Engrosado á poco de nacer en su curso montañoso, que no pasa de 530 kilómetros, su caudal es tan grande que no necesita del alimento de la nieve eterna, ni de la nieve casual para tener agua. Al llegar á Bamakou, que es posesión francesa desde 1883, ha recorrido ya cerca de 200 leguas. Su anchura es en este punto de 500 á 700 metros en la estación seca y de 1.500, 1.800 y 2.000 en sus crecidas, y su altura sobre el nivel del mar de 260. Su corriente es rápida, turbulenta, al llegar 10 kilómetros más allá á las cataratas del Sotuba.

Baňa también á Ségou-Sikoro, igualmente posesión francesa, y pasado este punto, su corriente se aumenta con la del Mayel Balével ó «río Rojo». Mayel significa río, y este Balevel, este adjetivo *rojo*, otros Mayel, el Mayel Danevel, el Mayel Bodevel, etc. Después de internarse en las arenas del Sahara, vencido por ellas, que la amenazan con absorberlo, cambia de dirección del Nordeste al Este á partir de los puertos de la estéril Tombuctu, luego al Sur y Sudeste buscando un Océano que no encuentra. Lo mismo que el «Padre del Egipto», el «Padre del Sudán» dirige sus aguas hacia el Mediterráneo como si quisiese desembocar junto á la blanca Argel. Después de llenar sin dificultad el lago de Debo, laguna poco profunda, cuyas dimensiones dependen de las venidas y crecidas del río, después de haberse dispersado en mil brazos que se dividen y subdividen, se unen y desunen en inmensa sabana de agua semejante á una inundación; el Niger llega tras un viaje de 1.850 kilómetros y con una altura de 230 metros ante Karoma y Ka-

bara los dos puertos de Tombuctu. Más abajo de esta «reina del Sahara y del Sudán», reina cubierta de andrajos, atraviesa varios centenares de kilómetros, asemejándose al Nilo de Nubia y de Egipto en el hecho de que reside en él toda la vida del desierto. Sólo hay hombres por donde él pasa. Del Sahara de los tuareg casi le llega para unirse con él un gran *oued* seco; cauce árido de 1.500 kilómetros, que nace en el mismo macizo que el Igharghar en la comarca de los tuareg hoggarianos. Este *oued* que recibe el nombre de Balloul-Bassa debe unirse con el río, pero generalmente no ocurre así, pues su cauce no lleva ni el más tenue hilo de agua.

Pasado Tombuctu, el Niger, interrumpida su corriente por

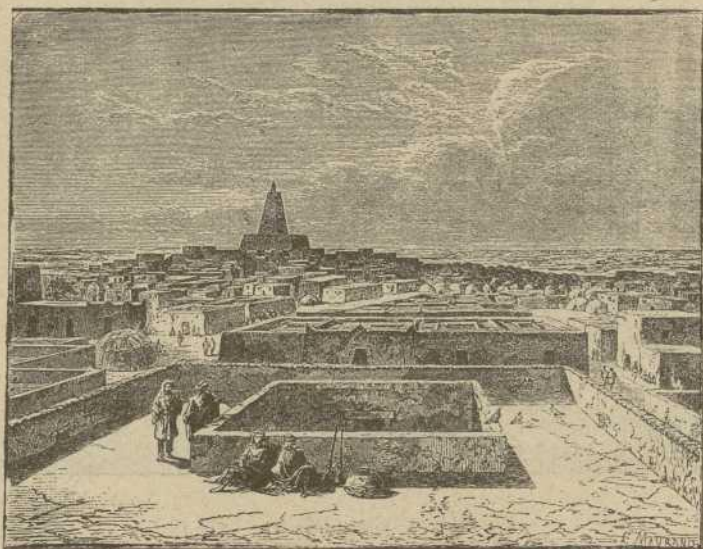


Sur del lago Tchad. (Dibujo de Roux.)

multitud de islas y partido en brazos laterales, se dispersa en 1.800, 3.000 y 4.000 metros de anchura, baña las estepas habitadas por los tuareg auelimmiden, hombres cobrizos, y los sonrays, hombres negros, pueblo éste que siembra para que aquél recoja, como es costumbre en las regiones en que está en vigor la ley del más fuerte. De tal modo es esto cierto, que la riqueza y prosperidad de los tuareg procede de la miseria de los sonrays sus *clientes*, y hasta sus esclavos. A estas dispersiones y divagaciones del río suceden á veces concentraciones, pues el Niger, desfilando entre peñasco y peñasco, recobra su caudal primitivo. En el paso de Tosaye no distan las dos riberas más de 90 metros. Cerca de Rabba cesan las rocas, los remansos, las cataratas y marcha al encuentro navegable ya del mayor de sus tributarios. Este es el Binoué ó «Ma-

dre de las aguas» en la lengua del Adamaoua su país natal. Es una corriente terrosa que tiene también varios otros nombres que le dan los negros, cuyas comarcas atraviesa, en sus diferentes idiomas, nombres que casi todos significan el «Agua negra», en oposición al Níger, que para ellos es el «Agua Blanca».

Antes y después de su confluencia con el Binoué, el Níger serpentea entre islas, que vienen á ser como los hogares cenagosos del cocodrilo y el hipopótamo. Su cuenca es hermosa por

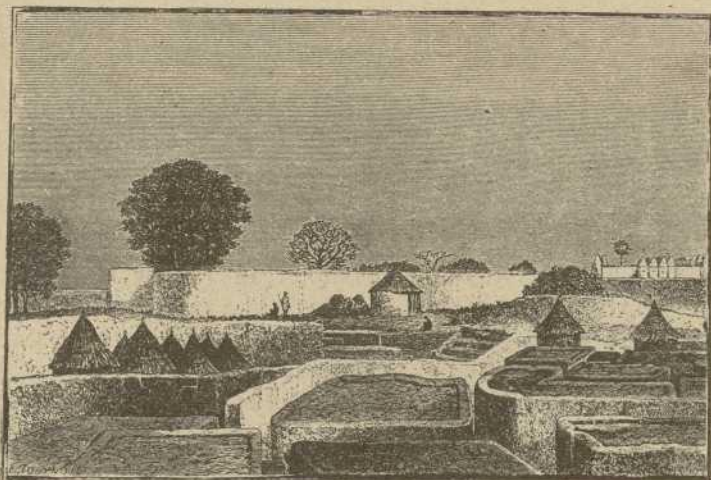


Vista general de Tombuctu. (Dibujo de Lancelot.)

la elevación de sus montañas y la fertilidad de su suelo, cubierto de algodoneros, algunos de 200 pies de altura. A través de este bosque pasa el río hasta llegar al delta de Orou, cenegales de los que el sol del Ecuador hace surgir hálitos venenosos. El hombre negro es raro en esta comarca fangosa, y los blancos no se detienen en ella. Cuando llegan es de paso, y se marchan más arriba para ganar el oro en el Níger y el Binoué, al lado de los misioneros que van para ganar las almas. Pero lo que tanto el «hijo del siglo» como «el hijo de Dios» encuentran por doquier, son las fiebres, la disentería, las tibiezas de la fe, el envejecimiento temprano. Este tributo á la muerte no reconoce por causa única la putrefacción de las comarcas, la fiebre no es el úni-

co enemigo del hombre del Norte en la orilla de las lagunas y en la ribera de los arroyos. El primer enemigo del europeo bajo el Trópico, es el europeo mismo, que quiere vivir como en Europa bajo Cáncer ó Capricornio, que come demasiado y anti-higiénicamente, se emborracha, y mina, en una palabra, su vida.

El delta del Niger opone al mar sus manglares y su fango, espeso y blando, en una extensión de 326 kilómetros, que comprenden dos millones y medio de hectáreas, y como su mayor



Cabañas en Segu-Sikoro. (Dibujo de Turnois.)

canal, el río Noun. Se ignora el número de millares de metros cúbicos de agua que vierte el Niger en el Atlántico. Si pierde mucho de su caudal al atravesar el Sahara, en cambio la estación de las lluvias le engrosa con un diluvio de enormes afluentes antes de rozar el desierto y después de dejarle atrás.

II

El Tchad.

A 100 kilómetros ó poco más de los golfos del Atlántico dominados por el pico de Fernando Pó, y á 1.800 de la Gran Sirte del Mediterráneo, el lago Tchad, ó Tsad, ó Tzadé, se halla situado á 244 metros ó 270 sobre el nivel del mar; pero no tiene bas-

tante fuerza para enviarle sus aguas. Su área varía entre 1.100.000 á 5 500.000 hectáreas, es decir, de un millón á cinco millones, según la estación del año. Es una laguna que sólo tiene cuatro ó cinco metros de profundidad en época de crecidas y para esto muy lejos de sus riberas, llanas y lisas.

Cuando el sol absorbe sus aguas sucias, acumuladas por el crecimiento de los ríos entre Junio y Noviembre, el Tchad se refugia en su centro, sus bajas islas, casi innumerables, se unen y la gran mitad del pantano sudánico se convierte en tierra firme con trozos cenagosos, adonde van á pastar los rebaños de los salvajes biddoumas.

Comadougous (1), que son como depósitos, rodean el Tchad. Los ríos que de él nacen se precipitan en ellos, pero cuando el cielo absorbe parte del agua del lago, se establece una corriente contraria y los comadougous retornan su líquido al gran cauce.

Durante las grandes sequías, la evaporación, y tal vez pérdidas y escapes, no sólo absorbidos por el aire, sino también por la tierra al través de conductos subterráneos, merman el considerable tributo que el Tchad recibe de una cuenca tropicalmente lluviosa y grande como dos veces Francia. Pero en los años lluviosos nace en él un río, el Bahr-el-Ghazal, que se dirige hacia el Nordeste hasta Bodelé, profunda hondona la cercana á los oasis del Borkou, como el mismo Borkou, y vecino de las elevadas montañas del Tibesti, saharianamente secas.

Las onías del Tchad no son amargas. En ellas se chapotean temibles bestias; duerme el cocodrilo, acorazado y fangoso; el hipopótamo, de estentóreos rugidos, se revuelca en el barro; el elefante pasa á vado sus golfos y sus canales con la trompa cubierta, y el búfalo trota entre las altas hierbas de la orilla indiferente al zumbido de las nubes de mosquitos.

Hacia esta «Agua grande» (2), este Bahr-el-Zalam (3), corre del Oeste el Yoobé, que riega el mejor y más hermoso valle del Bournou, y del Sur viene el Chari ó Sari, río cuyo nacimiento se desconoce. En su parte ó curso alto, crefásele equivocadamente el Ouellé; pero ya se ha demostrado que éste es el Oubangui, repartido entre franceses y belgas. En su curso inferior tiene 600 metros de ancho, atravesando un país espléndido, llu-

(1) Palabra que significa arroyos.

(2) Que es lo que significa Tchad en la lengua del Bournou.

(3) Palabras árabes: «Mar de las tinieblas».

vioso con exceso y pródigo en hierbas, plantas y animales bajo un sol hermoso.

Los franceses y los ingleses se han repartido el Sudán del Dioliba. Para los últimos el bajo Niger, Bénin, Noupé, el imperio de Sokoto, Gando y Haoussa. Los franceses se han quedado con la parte alta del río, la parte media y el arroyo de Sai, ciudad que está precisamente en el mismo meridiano que París. Además, el Niger hasta el Tchad, la estepa y la sabana del Transaharia, en la comarca de los sonrays, la de los tuareg, el Adrar de los aouellimiden, el Damergou y el Kanem. En cuanto al Chari, que quedó fuera del contrato, los franceses piensan llegar á él, saliendo del Oubangui, antes que los ingleses, que pueden salir del bajo Niger, y los alemanes, que partirán del Kameroun.

III

Blancos y negros.

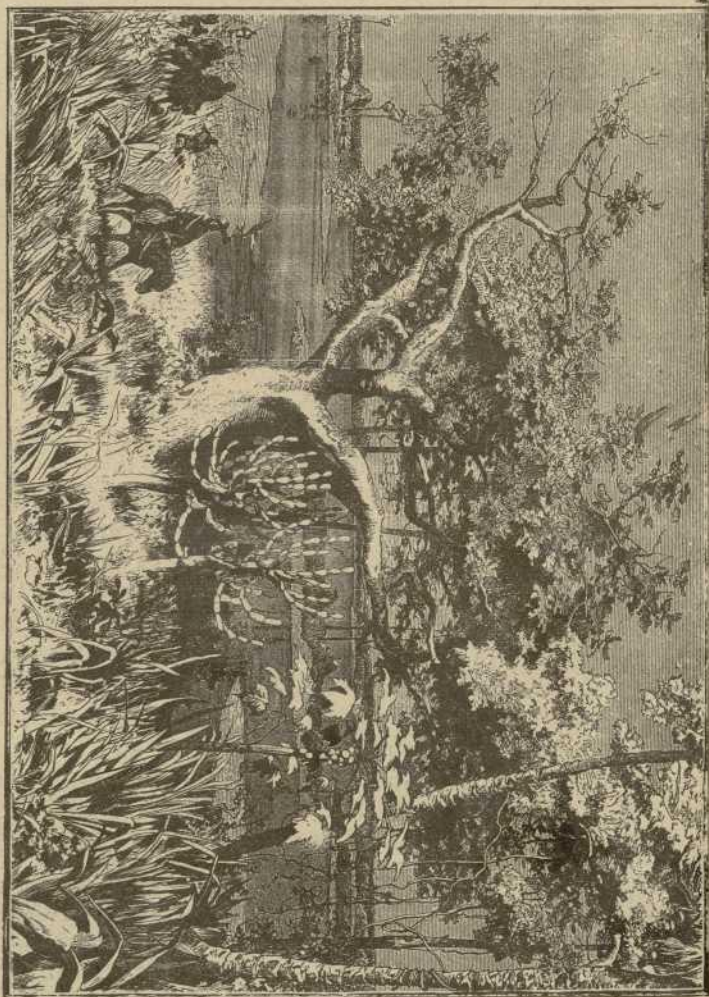
Numerosos son los pueblos que habitan esta tierra, donde tanta lluvia cae y tanto sol caliente.

En la linde del Sahara, especialmente en la orilla izquierda del Niger, desde mucho antes de llegar á Tombuctu, hasta mucho después de haberlo pasado, árabes, bereberes, tuareg puros ó mestizos, dominan esta comarca, imponiendo su ley á las caravanas, ya como guías ya como bandidos. A este oficio de saltadores, añaden los tuareg la posesión absoluta de las orillas y de las islas del río, cultivadas por esclavos negros. Arabes y bereberes más ó menos arabizados, son mercaderes en las ciudades comerciales de la ribera del Niger, sobre todo, desde Sansanding á Tombuctu.

Por su influencia por la conquista del Islam, en una gran parte del país, el árabe se ha convertido en el idioma intelectual del Sudán. No obstante, de algún tiempo á esta parte se ha notado cierto retroceso, no en el progreso del musulmanismo, sino en el empleo de la lengua del Profeta, que á pesar de todo, sigue siendo, hoy por hoy, el idioma de los cazadores y mercaderes de esclavos en el Africa central. Hace algunos años la corte del Bournou hablaba el árabe; hoy ha vuelto á poner en vigor su lengua nacional, el kanouri. Al Sur de Tombuctu, en la orilla derecha del río, los sonrays, pueblo de negros, ha perdido su poderio, pero ha conservado su idioma.

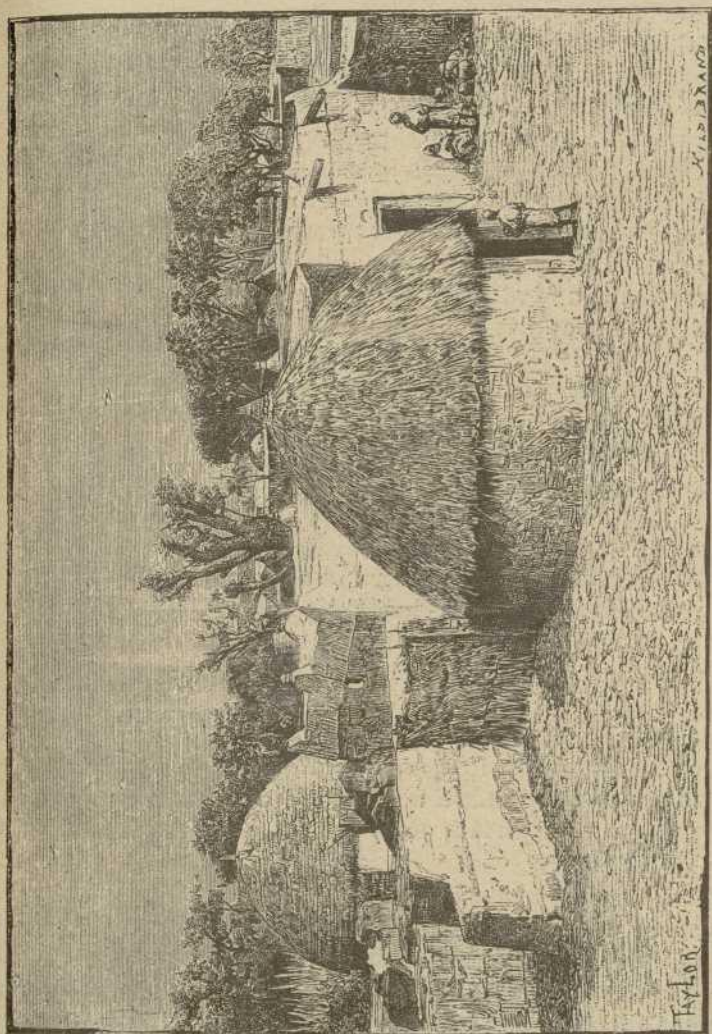
Remontando el curso del Niger se encuentran aún en el Masina los foulahs, negroides musulmanes, que convertían á los paganos á lanzadas; más allá, en el Bambara, los negros bamanas, que los foulahs no han podido aún convertir á la «Ver-

Sur del Chari. (Dibujo de Preussnikoff.)



dadera Ley», y por último, en la parte superior del río y en el laberinto de afluentes, los malinkés ó mandingas, negros de una tez achocolatada y de espíritu ruín, al mismo tiempo mercaderes tramposos. Estos «judíos del Sudán» hablan un idioma puramente gutural.

Los foulahs cobrizos, de bellas proporciones, que son llamados también foubés, foulans, fellatas y peuls, dominan en el Sudán central, así como en el río Senegal. Cultivadores y pas-



Grupo de chozas en Sokoto. (Dibujo de Taylor.)

tores vivían tranquilamente en chozas en «el pa's de los negros» hasta que la energía de un grande hombre y el fanatismo religioso que no sufre reparos de ninguna clase, les convirtió en un pueblo de conquistadores. En los comienzos del

siglo XIX, Dan-Fodie, un peul, de retorno de su peregrinación á la Meca, predicó el *djehad* ó «guerra santa» contra los negros infieles, y pronto reinó en el Tchad, hasta más allá del Niger, en una extensión dos veces como Francia, y tuvo á Sokoto por capital.

¿De dónde procedía esta raza que intervino de repente en la historia del Sudán, raza elegante, ágil, bella, más próxima por sus rasgos al blanco ó al árabe que al negro su vecino, y muy parecida á los cobrizos refugiados en el Africa oriental en su acrópolis de Abisinia? Se la ha considerado como originaria de razas infinitamente lejanas de la India y de las islas Malayas, pero lo más prudente es creer que proceden de algún punto más cercano, probablemente del Atlas meridional ó del Sahara, siendo una rama de bereberes arabizados del límite del Sudán y que hace diez ó doce siglos invadieron el país del Senegal avanzando lentamente hacia el Oriente hasta llegar al Tchad, en tribus pastorales y escoltando sus rebaños de prado en prado.

El imperio de Dan-Fodie no abrazaba todos los peuls. Le faltaban los del Niger superior y los del Senegal, primera patria de su nación. Debilitándose poco á poco, perdiendo paulatinamente fuerza y cohesión, se dividió el imperio en dos reinos: el Sokoto y el Gando; no consiguió someter á su idioma al país de los haoussos, del cual había formado el imperio de los foulahs, donde la lengua foulfouldé se habla menos que el haoussa. El haoussa nació, nadie sabe en qué punto de Oriente, pues tiene puntos de contacto con el semita; pero tampoco le faltan semejanzas con el berebere de los tuareg. Lejos de haber perecido ó por lo menos perdido influencia ante la del foulfoulde, se ha elevado á la categoría de idioma general en la mayor parte del Sudán, desde el sultanado de Bournou hasta el delta del Niger.

Mucho más armonioso que el triunfante haoussa es el italia, no del Sudán central, el foulfoulde, pródigo en *ies*, y en el que abundan más las vocales que las consonantes. Este idioma rico y opulento, desdeña y olvida la raíz de las palabras al cambiar del singular al plural y esta es precisamente una de las mayores dificultades del idioma, ya de suyo difícil, empleado por los pastores foulahs. Comparado con nuestros idiomas arios, una de sus originalidades (1) consiste en no distinguir el

(1) Originalidad que también tienen otras muchas lenguas negras.

masculino del femenino y en considerar del género «hominin» el resto de las cosas visibles, las bestias, las plantas, los objetos, en una palabra, todo cuanto pertenece al género «bruto», como dice el general Faidherbe.

Lo que más escasea en los fouldahs es el número. En la comarca que habitan están como perdidos entre los demás con quienes se funden, no por sus mujeres que desprecian los negros, sino por sus hombres que no desdeñan el casarse con negras. En el Sudán del Niger, no están los pueblos constituidos en nación más que en la meseta de Zeg-zeg y en el Gando y el Masina.

IV

Razas, poblaciones y costumbres del Niger.

En las riberas del alto Niger, al mismo tiempo que entraba en decadencia y se dividía el imperio formado por el peregrino Omar, de que ya hemos hablado, se constituía otro Estado guerrero que, después de realizar grandes empresas guerreras, se ha disuelto recientemente con la muerte de su fundador. En el año 1875 comenzaron á oír hablar las autoridades francesas del Senegal de un guerrero profeta llamado Samory, que al frente de grandes bandas de negros armados con fusiles de repetición conquistaba los pueblos del Niger, constituyendo un imperio religioso. Samory, orgulloso de sus triunfos, acabó por chocar con las tropas francesas, sosteniendo una guerra que duró muchos años, hasta que recientemente fué derrotado y muerto por una columna de tiradores senegaleses, mandada por un comandante francés, con lo que terminó su fugaz imperio.

Las poblaciones negras de las riberas del Niger están constituidas actualmente en gran número de pequeños Estados independientes, todos con su correspondiente rey, sus consejos de ancianos, sus fetiches, sus prácticas especiales y sus rivalidades de población á población. Esto último hace los viajes por el Niger muy largos y peligrosos.

De entre todos estos pueblos, los más hospitalarios son los kissi, que acostumbran á casar sus hijas con los extranjeros de paso en sus aldeas y los bambara de costumbres dulces, hospitalarios y generosos. Por nada rien como locos y cualquier cosa les divierte. Aparte de esto son renombrados por su bra-

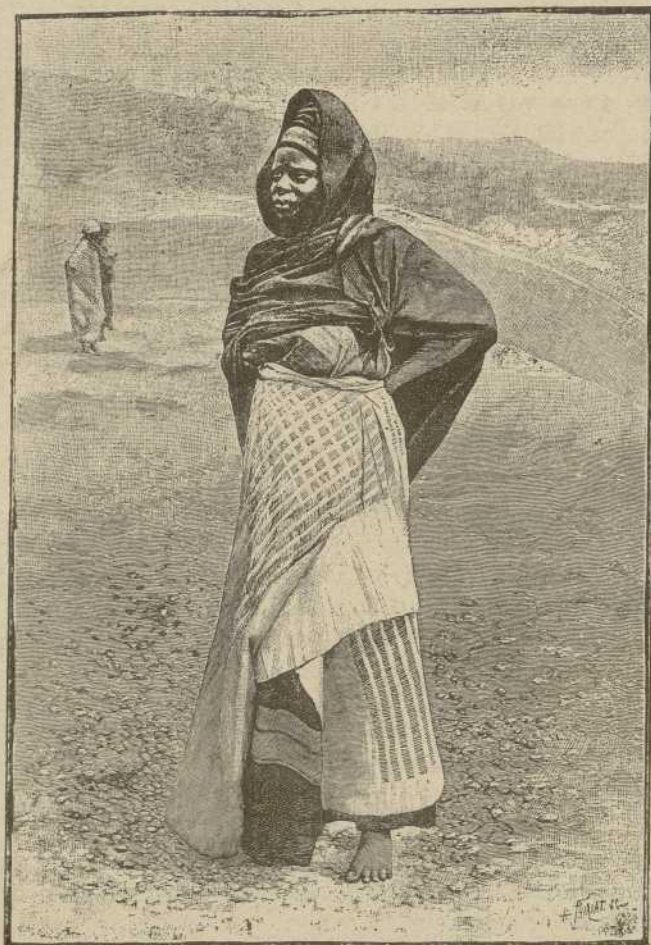
vura y muchos de ellos se venden á los jefes extranjeros para seguirles en sus guerras. Muchas veces los bambara, enganchados bajo la bandera de Francia como tiradores, han saqueado sus propias aldeas y dado muerte á sus compatriotas. Jamás un



Jóvenes bambara. (Dibujo de Ronjat.)

bambara falta al sagrado juramento que hace en nombre de «la pólvora y el fusil». La consecuencia de estas aficiones belicosas es que los bambaras, eternos soldados de Francia ó de los más poderosos jefes mandingas, dejan vivir sus pueblos en la servidumbre.

Las principales poblaciones del alto Niger son Galaba, donde Samory estableció la capitalidad de su fugaz imperio; Bissadon, donde tenía su residencia de invierno, y Kankau, poblada de mandingas y de mercaderes, lo que la da una supremacía



Mujer de Noupé. (Dibujo de Thirlat.)

comercial, haciéndola el lugar de descanso de las caravanas que van hacia los puertos del Atlántico ó hacia los arenales del Sahara. Kankau es también el hogar del mahometismo en todo el Niger, y la propaganda religiosa marcha unida con la propaganda comercial.

Tengrera y Dehana son los dos grandes mercados del Níger oriental. Tengrera, tan importante casi como Kankau, sirve de depósito á las barras de sal que se llevan al Sahara, y es una villa doble, á la vez mandinga y bambara, mahometana y pagana. Uno de sus principales artículos de comercio es la nuez de cola, cogida en una región de la montaña que nunca han visitado los europeos.

El Estado de Mandinga, que vive bajo el protectorado de Francia, tiene varias aldeas importantes, de las cuales es á modo de capital Kangaba. Pero le supera en población Sibi, construída sobre un promontorio á alguna distancia del río. Bamakou, la antigua Bamako, fué muy importante en otros tiempos, y los mercaderes árabes elogiaban su grandeza; pero hoy es una aldea de 800 individuos, y de su antigua prosperidad sólo le resta un recinto fortificado de medio kilómetro que contiene más ruinas que casas. Recientemente Bamakou ha comenzado á regenerarse un poco con el comercio y la navegación fluvial. Koulikoro, en otro tiempo refugio de fugitivos y proscritos, ha adquirido importancia por haberse establecido en ella un puesto militar francés que vigila el país inmediato de los Beleri.

Segon, aunque casi arruinada, sigue siendo una de las grandes ciudades ribereñas del Níger. Fué la capital del vasto Imperio que se extendía en un espacio de 500.000 kilómetros cuadrados, y aunque este Imperio se ha deshecho, todavía es Sagon el centro de un pequeño reino. La ciudad se compone de varias aldeas, escalonadas al borde del río en un espacio de 15 kilómetros, aldeas compuestas de cabañas, pues en este país, saqueado é incendiado continuamente por las guerras religiosas desde mediados del siglo XIX, no son posibles las edificaciones permanentes. Todas las demás poblaciones del alto Níger sólo tienen importancia como sitios de mercado ó de descanso.

En el Níger medio está la ciudad más importante de toda esta región de Africa, la famosa Tombuctu, en la que entraron hace pocos años las tropas francesas, clavando para siempre la bandera tricolor sobre sus muros.

Tombuctu es ciudad muy antigua. En el mapa catalán publicado en 1373, ya aparecía *Timbouth* como ciudad misteriosa, llena de riquezas. En el curso de los siglos fué tomada y saqueada por tuareg, foulahs, toucouleurs y demás tribus belicosas de las regiones inmediatas. La población de Tombuctu, que se calcula en unos 18.000 ó 20.000 habitantes, se compone principalmente de árabes de origen marroquí, que hablan un dialecto

semejante á los del Senegal. Además, desde mediados del siglo XIX toleran entre ellos á algunas familias de judíos. Hasta que la expedición francesa reciente conquistó á Tombuctu, sólo habían penetrado en esta ciudad algunos europeos como esclavos. Situada á 15 kilómetros al Norte del Niger, en una altura de 245 metros, sus alrededores son casi un desierto con algunas lagunas. Un brazo del Niger llega hasta sus muros y ha inundado la ciudad muchas veces. Las ruinas importantes que existen fuera de su recinto actual y el hallarse igualmente extramuros su mezquita más grande, demuestra que la ciudad se ha achicado en extensión. Esta mezquita, dominada por una torre de forma piramidal, es el único edificio notable de Tombuctu, laberinto de casuchas de techos planos con terrazas. Apenas hay en los alrededores alguno que otro árbol. Los bosques que antes existían fueron cortados, para construir embarcaciones, por los moros andaluces cuando, fugitivos de España, conquistaron á Tombuctu en el siglo XVI atraídos por su comercio de oro y de sal. Hoy Tombuctu no conoce el oro, pero sigue comerciando con las barras de sal y la nuez de Kola. Todavía la principal nobleza de Tombuctu se enorgullece hablando de sus abuelos de España, los temibles *arqueros andaluces*, que conquistaron el territorio. Tombuctu se enorgullece también, en medio de las bárbaras tribus africanas, de ser una «ciudad sabia». Posee varias bibliotecas árabes, y los teólogos de sus escuelas discuten sobre todos los puntos de la fe con la misma sutileza que nuestros doctores cristianos de la Edad Media.

La capital de los soghai, llamada Gogo, tenía en otro tiempo más de 10 kilómetros de circunferencia y se componía de dos ciudades: la pagana, en la ribera occidental del Niger, y la mahometana, en la oriental, para estar más cerca de la Meca. Además, entre los dos brazos del río existía un barrio sobre una isla. Actualmente no existen más que media docena de casas en la ribera derecha; la isla está desierta, y en la orilla izquierda 300 cabañas redondas, en medio de bosques de palmeras, forman un mísero pueblo. Sólo queda del pasado una torre de mezquita, pirámide maciza de 15 metros de altura. Bajo esta masa está enterrado Hadj Mohammed Askia, el fundador del efímero imperio de los soghai. En cuanto al antiguo comercio de Gogo, la famosa «ciudad del oro», sólo quedan insignificantes vestigios.

Más abajo de Gogo, las orillas del Niger están desiertas en más de 500 kilómetros, y sólo se ven ricos cultivos y convoyes

de barcas al aproximarse á las dos poblaciones gemelas de Garou y Sinder, situadas en ambas orillas del río.

Sokoto es la ciudad indígena más importante en todo el bajo Niger. No tiene importancia comercial, y su significación es como cabeza del reino del mismo nombre. Además de los mercaderes árabes establecidos en ella, hay también algunos ingleses. En otro tiempo, cuando el imperio de los foulahs se extendía conquistador, llegó á tener 120.000 habitantes, pero hoy tal vez no llegan á 8.000.

Bida, la capital del reino de Nonfé, no está al borde del Niger, sino en las riberas del un afluente del Bakou. Su nombre significa «Sígueme», y se justifica en la práctica, pues su población se aumenta hasta el punto de que algunos misioneros afirman que hay en ella unas 100.000 personas. Es una ciudad fortificada, y cada uno de sus barrios es á modo de un castillo interior con tortuosas callejuelas. Vastas plazas sirven de mercados y las mezquitas están rodeadas de grandes árboles. Los habitantes de Bida son muy industriosos; tejen y tiñen telas, forjan el hierro, bordan el cuero y fabrican armas. Son de una religiosidad muy severa, abundan las escuelas en las mezquitas y todos los niños aprenden á leer y escribir el árabe.

V

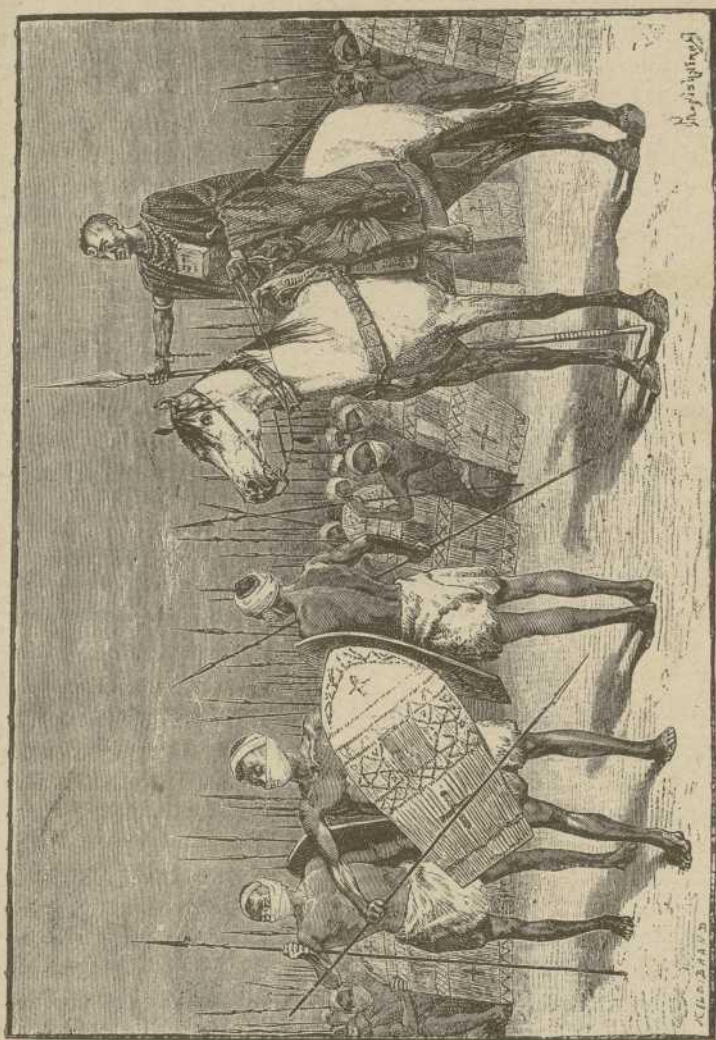
Niger francés y Niger inglés.

Francia reina en el alto Niger y en el medio en virtud de tratados con multitud de jefes, desde el «sultán» de tres ciudades perdidas entre las mil del desierto hasta el emperador, que ha sometido 20 provincias, es decir, que ha asaltado *tatas* ó trincheras, que ha quemado chozas cuadradas, cilíndricas y cónicas de todo un país, que ha pasado á cuchillo todos los hombres y que ha sometido triunfalmente á la esclavitud á todas las mujeres y á todos los niños.

Las factorías francesas en el Niger siguiendo su curso son Kouronssa, Siguiri, Kangaba, Bamakou, Koulikoro. Mas abajo tiene Francia un residente en Segu-Sikoro, la ex capital del gran imperio que impulsó toda su energía contra los paganos y, sobre todo, contra los franceses.

Además la dominación francesa se extiende desde hace poco, como ya hemos dicho, á la ciudad de Tombuctu.

Inglaterra domina por su parte el Gando ó Gandou, comarca del Niger, inferior en varias poblaciones ribereñas no monumentales, pero sí muy comerciantes, y que por su anima-



Guerteros mabas. (Dibujo de Franishnikoff.)

ción y actividad constituyen mercados muy aceptables. De estas ciudades la principal es Bida, de la que ya hemos hablado.

También los ingleses *protegen* al país de Haoussa, poblado, según dicen, por 12 millones de hombres. Los ingleses reclu-

tan entre los houssas los soldados y policías que necesitan para sus colonias del Africa occidental, y cada vez dominan más la capital de Sokoto, cuyo sultán no es más que un servidor de las autoridades inglesas.

El Burnou que los ingleses consideran como protectorado suyo, tiene hasta unos cinco millones de hombres: negros sedentarios que hablan el kanouri, árabes nómadas y mestizos de unos y de otros. Su sultán vive en Kouka ó Koukaoua, «ciudad del Baobab», llamada así por el árbol que daba sombra al campo en que su fundador edificó en 1814 su real residencia. Kaukaoua se halla situada á unos 20 kilómetros del Tchad, en una llanura pedregosa, cubierta de árboles por algunos sitios, llanura que las lluvias anuales convierten en laguna, cuyas aguas, uniéndose á las del lago, inundan la población.

Kano tiene todo el aspecto y el movimiento constante de las grandes metrópolis; es una de las primeras plazas comerciales del Sudán; pero sus palacios son de arcilla y sus casas de paja no tienen otro adorno notable que guirnaldas de huevos de avestruz. El conquistador que la arrasase no destruiría ni mármoles, ni torres, ni pétreos edificios

VI

Adamaoua.—Baghirmi.—Ouadai.

Al Sur de Burnou, á orillas del Binoué, que cubre con las aguas turbulentas y sucias de sus crecidas los campos de sus riberas, se encuentra el Adamaoua ó Foubina, espléndido país perteneciente á los foulahs que fué la última conquista que hicieron en el Sudeste. Ya no les pertenece, pero la habitan mezclados entre los negros, en número considerable, llevando juntos sus rebaños á pastar. Esta comarca, cuyas montañas se elevan á más de 3.000 metros, está situada entre los alemanes del Camerón y los ingleses del Níger y acabará por ser de unos ó de otros. Al Este del Burnou y del Adamaoua, sobre la orilla del Chari inferior, poco más elevado que el lago Tchad, el Baghirmi encierra en su perímetro negroides convertidos al Islam y varias tribus árabes. En su época próspera, que fué casi en nuestros días, los baghirmitanos saqueaban y asesinaban sistemáticamente á todas las tribus que podían por ser éstos paganos. Era un verdadero pueblo de rapiña y ahora es el

objeto de todas las ambiciones, á la vez de los ingleses del bajo Níger, de los alemanes del Camerón y de los franceses. En cuanto al Ouadai (1) que tiene, ó por lo menos debiera tener, sobre el Baghirmi dominio absoluto, está situado en suave declive hacia el lago Tchad. Su río central, el Batha, no corre más que tres meses al año y desagua en el lago Fittri, el cual lago, en la estación de las lluvias, se extiende hasta el «Agua grande» ó sea el Tchad. Montañas, estepas, sabanas y desierto, forman el paisaje de esta comarca. La fecundidad del país depende sobre todo de la mayor ó menor humedad del año.



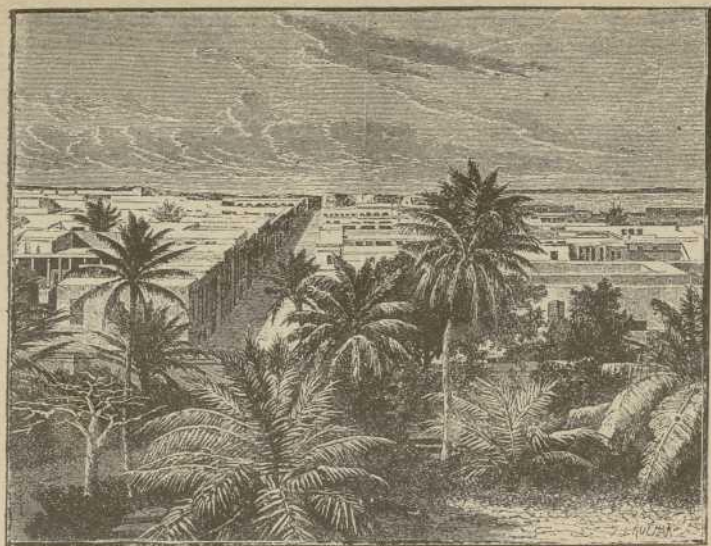
Camino de Kaukaoua. (Dibujo de Franishnikoff.)

El Ouadai septentrional que llega hasta los montes del Tibesti, donde los tedas se mueren de sed, es más seco y más estéril que las regiones del Este, del Centro y del Sur. En esta comarca reina, con dominio absoluto, el avestruz y el antílope ligero como el viento. En el centro ya no se ve correr á los avestruces, pero el antílope anima á sus estepas en compañía del rinoceronte de dos cuernos y el elefante.

Tres millones de hombres viven en él: negros maba, negros de diversas razas, de diversos idiomas, y multitud de árabes puros y mezclados. Los que están en mayoría son los maba, hasta el punto que el país se llama Dar-Maba ó «residencia de los maba», igualmente que Dar-Ouadai. Su tipo no es el negro

(1) Su verdadero nombre debía ser Bargo y el de sus habitantes Bargaoui.

lustroso y luciente, sino más bien una especie de tipo bronceado. Musulmanes, desde hace más de 250 años, están dotados de un carácter altivo, imperioso, orgulloso, agresivo, desdeñoso y la guerra no les causa miedo. En sus armas, lanzas y escudos, recuerdan á los guerreros de la Edad Media. Comprendiendo los Esta los feudatarios, el sultán, residente en Abeché, tiene bajo su poder un pueblo de cinco millones de habitantes.



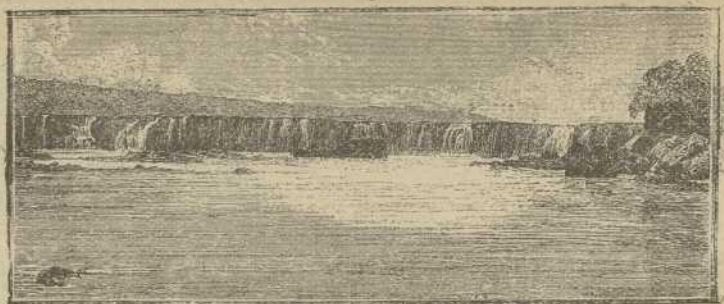
Vista general de San Luis. (Dibujo de A. de Bar.)

SUDÁN MARÍTIMO

Sus divisiones.

Al Occidente del Níger se elevan taludes, mesetas y montes, dominando un litoral surcado por multitud de ríos que desaguan en forma de canales y cascadas en el Atlántico. Si este litoral fuese más seco y estos montes más elevados, resultaría esta comarca un Perú africano, con su Marañón, que descendiendo de los Andes llega á las grandes llanuras, se tuerce bruscamente hacia el Sur y se abisma en el Océano Pacífico.

Este litoral, este Sudán marítimo, comprende de Noroeste al Sudeste: la Senegambia, casi toda ella francesa; Sierra Leona, colonia inglesa; Liberia, república de indolentes negros anglófonos, y la Guinea, independiente ó francesa, inglesa ó alemana. Todas estas tierras, á las que la crecida anual de los ríos, arroyos y lagos, proporciona una fecundidad magnífica sobre aluviones, periódicamente reparados. Tiene al mismo tiempo, por esto mismo, la fatalidad de la fiebre permanente y el envenenamiento telúrico.



Catarata de Gouina. (Dibujo de Eïou.)

SENEGAMBIA

I

El río Senegal.

El nombre de la Senegambia está compuesto por la fusión de los dos ríos: el Senegal y el Gambia.

A 100 metros de altura y 1.040 del mar, en línea paralela á la costa, se encuentran y unen dos ríos en el punto denominado Bafoulabé, fuerte francés, cuyo nombre significa «Dos ríos».

El más caudaloso de los dos, el Bafing ó «río negro», tiene un curso de 550 á 600 kilómetros. Ancho al llegar á Bafoulabé, de 450 metros, ha nacido á 789 metros sobre el nivel del mar, en un país poblado por peuls, en Fouta-Djallon, especie de acrópolis de montañas de donde bajan en forma de abanicos infinidad de ríos que mueren en la costa é infinidad de torrentes que acaban en el Níger, siempre magnífico.

El menos caudaloso el Bakhoy ó «río blanco», que engruesa el curso del Baoulé ó «río rojo», llega con una anchura de 150 metros, después de un curso de 450 kilómetros, y tiene sus fuentes en una meseta del Níger, á 500 metros de altura.

Estos dos ríos son las fuentes creadoras del Senegal, río de 1.800 kilómetros, sudánico por su curso superior y sahariano en su parte baja y su ribera derecha. Su corriente es débil en Abril y Mayo, y no lleva durante toda la estación seca más de 50 metros cúbicos por segundo, en Bakel, el lugar de la confluencia de las dos ramas; pero durante la estación de las lluvias tropicales alcanza una altura de 15 á 20 metros en la mon-

taña, y fecundador como el Nilo, se extiende y ensancha por la llanura desde los taludes de su orilla izquierda, tierra de negros sudánicos, hasta los taludes de su orilla derecha, tierra de blancos saharianos. En la primera quincena de Septiembre es cuando alcanza mayores proporciones su crecida y riega mayor extensión de campo, preparándolos para la futura siembra. Después de pasar por cañadas y cataratas llega al llano, fácil para sus inundaciones. En Gouina su torrente se desploma desde una altura considerable, y en el salto de Félou sus aguas caen desde unos 15 ó 20 metros de altura sobre un lecho muy rocoso.

Estos desniveles son bruscos y aumentan la peculiar brusquedad del río que se desliga entre torrenteras y cataratas, y está compuesto principalmente de canales profundos, formados por las rocas, canales que si son altos forman cascadas y si son bajos forman remansos. Precisamente por esta configuración los hombres cometerían un gran error destruyéndola. Antes, por el contrario, debe respetarse y cuidarse esta configuración, pues el Senegal es como un movimiento hidráulico de la Naturaleza, una escalera de remansos superpuestos que mantienen en la estación seca un río de 50 metros cúbicos por segundo. Esta cantidad es muchos centenares de veces menor que el diluvio espantoso que derraman las nubes anualmente al desgajarse en lluvia torrencial durante la estación húmeda. En la mitad de su curso y en su parte baja, tiene varios á modo de depósitos, de los cuales los más notables son el lago Cayor, á la derecha, y el lago Paniefoul á la izquierda, los cuales, en realidad, son dos lagunas unidas al Senegal por canales sin pendiente y de curso variable: hacia el río cuando el río baja, hacia el lago cuando el río sube. El Paniefoul ó Guier, situado entre estepas secas y corridas, es durante muchos meses la única fuente del país, y en esta época de sequía general le rodean fieros y selváticos bebedores: el león que ruge, el elefante que brama, el leopardo, la pantera, el lobo, la hiena, el lince, y medrosos entre estos sanguinarios animales, la girafa, la gacela, el antílope, el mono y el chacal.

El Senegal rodea la gran isla del Morfil, de 180 kilómetros de larga, separando el blanco del negro, el nómada del sedentario, el Sahara que da la goma del Sudán, que lo da todo en su tierra fecundada por la crecida. Vivero de cocodrilos y de hipopótamos, se dirige el Senegal hacia la isla de San Luis. Allí su brazo derecho dista del Atlántico unos 150 metros; pero el

río, que desde que abandona el monte no cesa de ceder en grandes curvas ante la arena sahariana, traza una más y no desemboca en el mar hasta pasados 16 kilómetros de distancia de la ciudad de San Luis. Desde San Luis hasta la isla de Arguin, en un litoral de 500 kilómetros, sólo se ven, como testigos de vida entre el mar y el desierto, dos árboles: las dos palmeras de Portendik, antaño célebres y hoy secas. Así este río Senegal, de 1.800 kilómetros, muere en una comarca sin árboles, sin hierbas, sin animales, sin hombres, formando una barra singularmente peligrosa, luego de atravesar, desde que se interna en la llanura, un valle semi-desierto, arenoso, casi árido, donde las hierbas no crecen vigorosamente más que en tiempo de crecida, muriendo inmediatamente abrasadas por el viento sahariano, que seca y quema, y en vez de atraer las lluvias las ahuyenta.

II

El río Gambia.

Completamente distinto del Senegal es el Gambia, río mucho menos largo, de 1.000 á 1.200 kilómetros. Nacido bajo el nombre de Dimma, en el mismo Fouta-Djallon que el río Senegal, en idéntico clima y con iguales estaciones contrarias, una de diluvio y otra de sequedad, se ensancha hasta formar un pequeño mar interior, igual al Tajo, frente á Lisboa, y luego, lo mismo que el Tajo, se estrecha, aunque no tanto que su desembocadura no pueda ser cruzada por los buques de mayor calado, distando sus dos orillas unos 3.500 metros.

El Gambia inferior recibe la lluvia durante cuarenta y ocho días del año, á diferencia del Senegal inferior que sólo la recibe treinta y cinco. Por eso el Gambia es más tropical que su compañero, pero su exuberancia comienza más al Sur, á orilla de los ríos pequeños y gracias al exceso de lluvia. Si entre el Senegal y el Gambia hay la diferencia de treinta y cinco á cuarenta y ocho días húmedos, del Gambia al Cazamance hay la de cuarenta y ocho á ochenta y cuatro. En la colonia portuguesa de Bissao los días lluviosos son ciento once y ciento cincuenta y siete en la colonia francesa de Boké, á orillas del río Núñez, y tal vez igual cantidad de lluvia en los ríos Pongo y Mellacorée, que son igualmente franceses. Sobre todos estos ríos, hasta la

región de los negros anglófonos de Sierra Leona, la mole de la cordillera Fouta-Djallon, extendiéndose cerca del Océano, reduce la costa á una faja estrecha.

III

Blancos y negros.

En la orilla derecha del río Senegal viven los moros.

Los moros son árabes cruzados con los zenagas, bereberes cuyo nombre corrompido ha dado origen al de Senegal.

Con la denominación de tarzaz, braknas y douaichs plantan sus tiendas cerca del río, en la temporada que media entre el descenso de las aguas y la crecida, ó sea á mediados de año, en los meses que corresponde á nuestro invierno y nuestra primavera. Luego, cuando el nivel del agua sube incesantemente, ellos á su vez suben hacia el Norte con sus rebaños y se internan en el Sahara. Como sus primos los tuareg franquearon el Níger ellos pasaron el Senegal saqueando el país de los negros que esclavizaron, y convirtiéndose en dueños absolutos é inexorables hasta que Francia los ha arrojado de la ribera sudánica á la ribera sahariana del río, entre los arenales, las rocas y los bosques de gómeros.

Numerosos son los pueblos negros ó cobrizos, pero más numerosos aún son sus cruzamientos y degeneraciones.

Los ouolofs, hombres extremadamente negros y de elevada estatura, habitan la parte baja del río y la costa hasta cerca de Dakar, en el Oualo y el Cayor, en los alrededores de San Luis. De entre ellos salen excelentes marinos, y son franceses en sus sentimientos, relaciones y costumbres. Además tienen muchas escuelas que los afrancesan desde niños. Los inteligentes soninkés (1), de menos estatura que los ouolofs, habitan en la parte media del río, en la comarca de Bakel y de Medina, en el Kaarta, región de colinas y de estepas lindante al desierto. Estos son los que proveen de voluntarios el pequeño ejército de tiradores senegaleses que Francia tiene á sueldo y la mayoría de ellos saben el francés.

Los malinkés, negros de gran estatura, diseminados en las

(1) O sarracolets.

riberas del Falemé, tributario del Senegal, del Gambia y el Cazamance, viven del pillaje, la guerra y el comercio. En cualquier parte del Sudán se encuentran mercaderes pertenecientes á esta tribu. Los bambaras, pueblo principal del Kaarta, de estatura media y de tez muy negra, tienen verdadero amor á lo lucha y, como ya dijimos, aman servir en las guerras como mercenarios. Profesan el islamismo como los moros, los oulofs, los soninkés, los malinkés y los penls. Estos últimos hasta hace poco enemigos de los franceses, habitan la orilla del río Senegal, más arriba de los oulofs y en el castillo acuático de Fouta-Djallon. Pastores, guerreros y colonos, al mismo tiempo constituyen una nación vigorosa que cayó en otros tiempos como un torrente sobre el Sudán central; pero hoy día este torrente que se extendió tanto, se reduce rápidamente. Luego vienen los toucouleurs, los seréres, al Norte del Gambia, y al Sur de este mismo Gambia, multitud de pueblos débiles, aislados, continuamente en guerra y en perpetua formación.

IV

Senegal francés.

Muy pocos europeos franceses (éstos los más numerosos), portugueses ó ingleses, han establecido y fundado industrias en Senegambia, bajo su cielo temible. La fiebre amarilla causa grandes estragos, y la fiebre palúdica es constante en estos terrenos fangosos y palúdicos que el agua cubre y descubre una vez al año. Precisamente en estos puntos insalubres ha habido necesidad de establecer las factorías tanto comerciales como militares. Sin embargo, la costa es sana desde San Luis á Dakar; sanos son también los parajes de los altos ríos, así como el Fouta-Djallon y toda la montaña. Tanto es así, que la colonia francesa, extendida actualmente hasta el otro lado del Niger, más allá de las mesetas, y que llega hasta el Fouta-Djallon remontando el Senegal y los ríos de la costa del Sur, ha llegado á convertirse, de una factoría apenas tolerada por los senegaleses, en un vasto imperio, con ferrocarriles, carreteras, régimen de cohesión, dominación enérgica, altas tierras habitables, sanatorios, población creciente de blancos y posibilidad de aclimatación para mucha más gente.

La cuenca del Senegal, la parte alta del Niger, la costa Norte hasta el banco de Arguin y la costa Sur hasta Sierra Leona, representan más de 100 millones de hectáreas de extensión, y quizá llegue á tener 200 millones con todas las dependencias



Mujeres del alto Senegal. (Dibujo de Bayard.)

futuras que podrá adquirir según las convenciones internacionales. No se sabe ciertamente cuántos habitantes tiene el Senegal francés. Se calculan unos cinco millones de almas, distribuidos en muchos pueblos, infinidad de subpueblos y lenguas y dialectos innumerables. Además, existen unos 1.200 ó 1.500 franceses militares y marinos y bastantes ejemplares de una

raza nueva, mestiza de franco-sudanenses, en San Luis, Gorée, Rufisque, Dakar y en las factorías del Alto Río, del Níger, del litoral y de los ríos del Sur.

San Luis (20.000 habitantes), que es la capital, se halla situada en una isla de la desembocadura del río y separada del mar, cuyos rugidos se oyen fácilmente desde ella, por un estrecho arrecife de arena. Su verdadero puerto es Dakar (1), fundado el año 1856 frente á la diminuta isla de Gorée. Dakar es uno de los mejores abrigos de toda la costa occidental de Africa, con un clima relativamente sano, y según todas las probabilidades, eclipsará muy pronto á San Luis viendo muchos en él un Río Janeiro de mañana.

V

Senegambia inglesa.

Inglaterra tiene una colonia muy reducida y miserable en la Senegambia. Está situada en la orilla del fangoso Gambia, y tiene menos ingleses que franceses.

Sus principales poblaciones son Santa María de Bathurst, Albreda y Mac-Carthy. Colocada entre el Senegal francés y la Cazamance, que también es de Francia, vive dependiendo de ésta á pesar de la energía inglesa.

VI

Senegambia portuguesa.

Denominada oficialmente Guinea, esta Lusitania sin lusitanos, está al Sur del Cazamance, junto á los estuarios de Río-Cacheo, Geba y Río Grande. Tiene unos cuatro millones de hectáreas, pero de nada le sirve á Portugal. De su río más meridional hasta Sierra-Leona, se extiende otro territorio francés, el hermoso país de «Ríos del Sur», á la orilla del Componi, el Núñez, el Pongo y el Dubreka, pintorescos ríos que, nacidos en el macizo Fouta-Djallon, bajan en cascadas hasta este país.

(1) Palabra ouolof, que significa «Tamarindo».



Cuarteles de Freetown. (Dibujo de A. de Lar.)

SIERRA LEONA

I

La «República Negra».

Hacia el grado nueve de latitud, Sierra Leona sucede á las últimas factorías franco-senegalesas en la costa del Sur. Está situada en una costa accidentada en la parte baja de los ríos que descienden del Fouta-Djallon con el poder que les da un lluvioso invierno, que vierte cerca de cuatro metros de lluvia de Mayo á Noviembre. Los dos ríos más importantes se llaman Rokelle y Karamanka.

Los terrenos civilizados ocupan únicamente, por ahora, 300.000 hectáreas, con 75.000 habitantes, de los cuales sólo 200 son blancos, en una proporción de 100 ingleses y 50 franceses.

Los ingleses fundaron esta colonia negra en 1787, con la pretensión de que fuese la esperanza del porvenir, el faro de la religión, el asilo de las leyes, el ejemplo de las costumbres en un Africa sin costumbres y sin leyes. Pero este país, rojo por el óxido de hierro, sólo es «la tumba roja del hombre blanco», y los negros, abandonados á ellos mismos, no han progresado nada.

Fué fundada por 460 negros procedentes de los Estados Unidos, á los que servían de guías unos 60 blancos y ha recibido después otros negros de la clase de «leales», fieles á Inglaterra durante su lucha contra las provincias emancipadas de la

América del Norte; negros cimarrones de Jamaica, y negros «madera de ébano», arrebatados á los tratantes y negreros por los buques ingleses y por los naturales de tierra adentro. Esta multitud de orígenes han hecho de la factoría de Sierra Leona un pueblo heterogéneo y abigarrado, en el cual, como por ejemplo en Freetown, se hablan 60 idiomas ó charabías y hasta 100 ó 150 al lado del inglés, que es oficial. Entre los «civilizados» descendientes de los que llegaron en los primeros convoyes y que ya van perdiendo los caracteres de aquellos viajeros, bien sean los paganos, los musulmanes ó los cristianos, hay poca afición al santo cultivo de los campos. Prefieren el comercio, la tienda pequeña en Freetown, las profesiones liberales, la abogacía, la enseñanza, el periodismo, el pastoreo. Los negros autóctonos que trabajan para estos otros negros más civilizados pertenecen en su mayoría á la raza de los bagous.

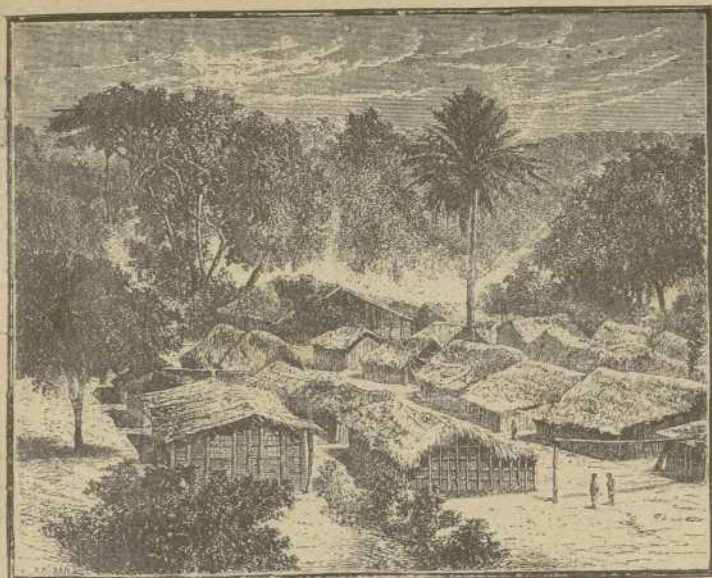
II

Poblaciones de Sierra Leona.

Freetown, la capital (30.000 habitantes), en una latitud media de 26°, 8' se halla situada en la orilla del Rokelle, en la falda de un monte volcánico de 900 metros de elevación, el cual, internándose en el Océano, forma casi una isla, alta barrera de donde proceden todos los males de esta insalubre capital, pues interceptando los aires del mar, retiene y suspende sobre Freetown los miasmas del interior.

Fuera de Freetown no hay poblaciones importantes en Sierra Leona. Sólo se encuentran pueblecillos insignificantes con nombres ingleses. Freetown posee buenos edificios oficiales, pero sus calles, extensas y anchísimas, están orladas en gran parte de ruinas. La iniciativa de que tanto se jactan los comerciantes ingleses no se ve en ninguna parte.

Freetown es el principal mercado de fieras de todo el mundo. Los agentes de Europa llegan á él para comprar serpientes, leones, hienas y gran cantidad de gorilas y chimpancés. Uno de los reptiles que abundan en la región, llamado «serpiente escupidora», lanza un chorro de saliva muy peligrosa para los ojos de las personas que toca.



Al pie del Kong. (Dibujo de A. de Bar.)

LIBERIA

I

Los Krous.

Al Sudeste de Sierra Leona, en la «Costa de la Pimienta», se halla situada la República de Liberia. Es también una «Beira-mar», según la expresión portuguesa; una ribera estrecha entre el mar y los montes, en la que desembocan varios ríos partidos por mesetas que son estribaciones del Fouta-Djallon, el cual se alza hacia Oriente, hasta llegar al curso del Niger en el punto donde se une con el Binoué.

Malsana por las mismas causas que Sierra Leona y bajo el mismo clima, esta otra «república de ébano» debe también su existencia á varias expediciones de negros libertados. Estos negros fueron igualmente enviados desde los Estados Unidos con un fin puramente cristiano y civilizados entré sus consansignos del continente de los negros.

Lo mismo que en Sierra Leona, estos «misioneros» angló-

fuegos hicieron muy poco en provecho de Africa. Treinta años más joven Liberia que la colonia «redentora» de Freetown, en 1820 le llegaron de Nueva York sus primeros colonos. Siguiendo la costumbre establecida en Nigricia, el país fué comprado por menos que nada por la Sociedad filantrópica como resultado de varias *palabras* (1) en donde la botella de ron fué tan persuasiva ó más que los sabios discursos. Todo príncipe y principillo negro adora el aguardiente.

La región liberiana tiene puntos de semejanza con la Guayana, la isla de Haiti y la China.

Físicamente se parece á la Guayana por la configuración de sus tierras. Como ella, tiene un litoral muy bajo, marismas pobladas de manglares, formando ensenadas sinuosas, ríos lánguidos, charcas de 8 y 10 á 15 y 20 kilómetros de anchura que la marea alta anega y que la crecida anual sumerge casi en absoluto durante los siete meses de los doce del año, durante la estación de las lluvias. Pasada esta depresión del terreno junto á la costa, se extienden sabanas análogas á las guayanesas y tras ellas empiezan las cuestas. Luego viene más lagunas muertas que la subida del mar despierta periódicamente, aunque siempre hay en ellas algo de agitación, y cascada tras cascada, á través la floresta, vadeando torrentes nacidos en la llanura de las Mandingas, que así se llama una meseta que de ondulación en ondulación, tan pronto selváticas como laborables, se llega á la cumbre de la región desde donde se divisa al Norte la inmensidad de los horizontes del Niger, como desde la cumbre de los Tumac-Humac de Guayana se domina al Sur la inmensidad de los horizontes del Amazonas.

Política y socialmente se parece á Haiti en que las leyes del país prohíben á los blancos apropiarse el suelo y desempeñar ningún cargo administrativo y ejecutivo.

Y por fin se parece á China en que no abre todos sus puertos al comercio del mundo, pues únicamente seis de éstos reciben los buques extranjeros.

La constitución de la República negra de Liberia excluye en un todo á los hombres blancos y el clima á su vez ayuda excluyéndolos también. No es extremadamente insano, pero debilita, postra, enerva y consume. Yanki ó inglés, el «ario»

(1) Lllaman así en Africa á toda conferencia anterior á una venta ó á cualquier transacción mercantil. Proviene del portugués «palavra», por extensión, discurso.

que desembarca lleno de sangre, pujante y joven, al cabo de algunos meses está débil, y cuando han pasado dos ó tres años, si la fuerza y salud que traía han podido resistir, la sangre de sus venas es la de un hombre caduco y va paulatinamente decayendo más, consumido por la anemia tropical.

En valles regados por ríos, de los cuales el mayor es el San Pablo, la Liberia se atribuye algunos millones de hectáreas de extensión y dos millones de hombres compuestos de negros «civilizados» ó simplemente «sometidos» y «salvajes». El litoral, las marismas, la llanura de los Mandingas están poco habitados. Unicamente en la región donde los torrentes se escalonan, formando cascadas, es más densa la población de esta «Tierra de la libertad».

Sus habitantes más célebres son los krous ó crumanes, es decir, «hombres de la costa de Krus». Negros, muy negros, con la nariz y la boca muy feas, pero de aventajada estatura y de cierta elegancia corporal, ágiles, prodigiosamente fuertes, pero excesivamente perezosos, adoran á su país y le abandonan gustosos por algún tiempo con la esperanza de volver á él con algunos ahorros y pasar su vida tranquila y dulcemente envidiados como propietarios ricos; de aquí que muchos se enganchen como marineros, sobre todo en los buques ingleses, y que se contraten para trabajar en las factorías europeas, especialmente en la isla española de Fernando Póo.

De vez en cuando alguna reducida expedición de inmigrantes negros procedentes de los Estados Unidos refuerza el elemento «civilizado» y el uso de la lengua inglesa, que es oficial en el país, pero sólo la hablan los negros americanos y sus descendientes. El paganismo reina en la mayor parte de las tribus indígenas y el protestantismo entre los liberianos propiamente tales, ó sean los descendientes de los enviados de América.

II

Poblaciones.

La capital Monrovia (5.000 habitantes), situada en el cabo Mesurado, se llama así en honor de Monroe, presidente de los Estados Unidos el año 1820, cuando se fundó esta ciudad, la más «antigua» de las ciudades liberianas. Monrovia está cons-



trufda á la americana, con gran regularidad y anchura en las calles. Las casas no están unidas, sino aisladas, entre grupos de palmeras y cocoteros. Muchos edificios se caen roídos por las hormigas termitas.

Las otras poblaciones importantes de Liberia, que son también puertos, pues toda la vida de la república negra se concentra en la costa, llevan los nombres de Robertsport, Baporo, Marsahl, etc.



Negros de Guinea. (Dibujo de Bayard).

GUINEA

I

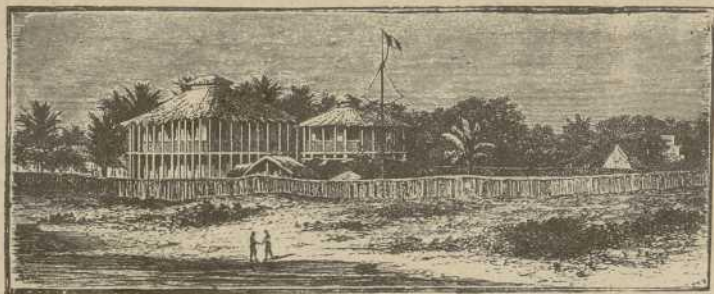
Extenso litoral, sol abrasador, clima deprimente.

Sierra Leona y Liberia forman parte de un extenso litoral, conocido con el nombre de Guinea, nombre cuyo origen se desconoce.

Extendiendo sus confines la Guinea desde el delta del Niger hasta la ribera gabonesa vecina al Ecuador, tiene unos 3.500 kilómetros de costa, comprendiendo las grandes desigualdades de ella. Este litoral se dirige hacia el Sudeste, pero bruscamente se inclina hacia el Este, en el cabo de las Palmas, y luego, bastante lejos de este punto, vuelve otra vez hacia el Sur en la dirección de las bocas del Niger.

La parte del Atlántico comprendida entre estas dos inflexiones de la costa, se llama golfo de Guinea, el único avance de alguna importancia que las aguas del Océano hacen en las tierras de Africa. En este golfo dos invasiones del mar forman otros dos golfos menores: el golfo de Bénin, al Oeste del delta del Niger, penetrante en extremo, y el golfo de Biafra ó del «Viejo Calabar», al Este de este mismo delta, al pie del gigantesco promontorio de Camarones y frente á la posesión española de Fernando Póo.

Desde las orillas del Océano, el país va subiendo, poco al Oeste y mucho al Este; aquí más de 3.000 metros, allá de 1.000 á 1.800. Las tierras elevadas ocupan el Norte de la comarca, ya en forma de montañas, ya como mesetas ondulantes. La Guinea está situada en pleno Mediodía, por la dirección general de su costa hacia el Este; de aquí que pocas regiones sean tan francamente tropicales como ésta bajo los rayos abrasadores de un sol ardiente, bajo intensas lluvias y azotada por los tifones coléricos y devastadores. Nada más variado que la flora de los valles de sus ríos Lahou, Isi, Comoé, Assinié, Tanoé, Prah, Volta y Ogoun, los cuales son más ó menos cortos, según el espacio de la comarca entre el Atlántico y el macizo montañoso.



Puesto del Gran Bassan. (Dibujo de A. de Bar.)

Ríos en la parte baja, pero en el corazón de la montaña torrentes violentos y traidores producidos por remansos, estancamientos, pudieran, sin embargo, llamarse arroyos, comparados con el Niger que cae en el Océano por el delta de Orou, especie de Sudán moderno, donde el negro deltado lucha con la fiebre que le asesina, á pesar de ser negro, en una temperatura cuyo término medio es de 30 grados durante todo el año. Siguiendo la costa, nadie creería en la opulencia de la Guinea al ver una línea recta é interminable de arenales estériles dominando una playa baja, en cuyas olas pululan los tiburones acechando al hombre por si cae de su embarcación, y con barras eternamente movidas y turbulentas. Más allá de la costa baja, lagunas paralelas al litoral, son la característica de la tierra guineana, y sobre estas lagunas, estas dunas, estas barras, estas rompientes y este Océano colérico, un cielo siempre plomizo, cargado de nubarrones.

La Guinea produce todos los árboles del Trópico y del Ecuador, todas las hierbas, todas las flores, todas las plantas, todos los frutos que prefieren el sol abrasador al sol pálido y las nubes espesas y cargadas al cielo limpio y puro. Sin contar las plantas de la zona fresca que el porvenir quizá aclimate en sus montañas, hoy produce ya los más preciados dones de la Naturaleza; aceite y nuez de palma, algodón, cacao, café, caña de azúcar, arroz, especies, plantas oleaginosas, colorantes y medicinales, gomeros, palmeras y maderas ricas de ebaniste-



Assinié. (Dibujo de A. de Bar.)

ría y de construcción. No es menos fecunda en animales, pero la mayor parte de ellos huyen del hombre por instinto y merced á sus fuerzas. El elefante, el león, el leopardo, los monos. el chimpancé y serpientes formidables de todas clases pueblan el bosque y la sabana, y por último, en sus ríos, lagunas y marismas, viven monstruos temibles: el hipopótamo, de hocico cuadrado, y el cocodrilo, de hocico largo.

Pocas tierras hay tan malsanas para la raza blanca como este «cementerio de los europeos». El ario que sin dificultad alguna funda naciones en climas seco-ardientes como Australia, la Argentina, Argelia ó el antiguo Transvaal, no se adapta al calor húmedo. En Guinea únicamente se reanima algo y hace que sacuda su modorra el *harmattan*, viento abrasador del desierto, que le es más soportable que las emanaciones húmedas y asfixiantes de «la gran fuente».

II

Trata de negros.—Los negros guineanos.—Los minas.

Los nombres dados por los traficantes á los parajes del litoral, como Costa de los Granos, Costa de la Pimienta, Costa de los Dientes, Costa de Oro, indican á las claras que esta parte de tierra guineana proporciona granos, plantas, marfil y polvo de oro. El nombre de Costa de los Esclavos recuerda el viejo comercio de carne negra, origen de la fortuna de tantos millonarios europeos y americanos, y las ganancias mezcladas de embriaguez de tantos Nerones de Africa.

Libremente durante tres siglos, y después corriendo grandes riesgos á través de los navios de guerra, los pequeños barcos negreros, largos, afilados y rápidos, salían de los mang'ares, de las espesuras, de las lagunas, de los deltas de la costa, franqueaban el Océano silenciosa y ocultamente, y desembarcaban en América su cargamento de carne viva á precios suficientes para contrapesar en el corazón de los «mercaderes de carne de ébano» el terror de ser colgados de las vergas de los cruceros. Todas las naciones europeas tienen igual parte en esta horrible vergüenza, pues los capitanes negreros se reclutaban por igual en todos los pueblos del Norte y del Mediodía de Europa. Desde la abolición de la esclavitud en las colonias, en los Estados Unidos y en el Brasil, la trata ha cesado en esta parte de Africa con dirección á América. Aún se trafica con los negros, pero ya no es el blanco el que los compra, sino el propio negro y el mercader árabe.

La Guinea es patria de negros, casi todos ellos fuertes y procedentes de diversas ramas. Bagous de Sierra Leona, malinkés y foulahs musulmanes, krous, minas, fantis, achantis, gejis, fions, egbas, yoroubas, nagos, etc., etc. Los minas, entre los cuales se cogían infinidad de esclavos para América, tienen aspecto atlético, y de aquí que el Brasil, al mismo tiempo que los apreciaba como siervos, les tenía como hombres selváticos nacidos para la libertad. Estos son los negros que con más frecuencia se han distinguido sobre los demás compañeros de esclavitud, intentando rebelarse contra el látigo del capataz ó «tocador». Una multitud de mestizos, casi todos más de sangre

de negro que de sangre de blanco, proclaman el paso en esta región de los europeos, y especialmente de los portugueses. Los millares de negros, antes esclavos, que por un reflujo imprevisto han vuelto del Brasil, refuerzan ahora este elemento mezclando á su idioma palabras y frases que equivalen á indianismos americanos y lusitanismos brasileños. Desde Liberia hasta más allá de Mossamedés, en Guinea, en el bajo Congo, en Angola y en el interior, la lengua de Camoens ha sido la lengua general, la lengua franca ó *sabir* de Africa. El uso general de este idioma data de las viejas conquistas del pequeño reino que se extiende entre el Miño y los Algarves y siguió usándose en la época de la trata de negros, pues los agentes, fuesen portugueses ó no lo fuesen, hablaban el portugués negro. Especialmente hacia Bahía, que fué, durante mucho tiempo, capital del Brasil, era hacia donde iban dolorosamente las expediciones de negros comprados en Guinea por los negociantes de hombres. Por esto los guineanos dan todavía el nombre de Bahía á todo el Brasil, á toda América y hasta á toda Europa.

III

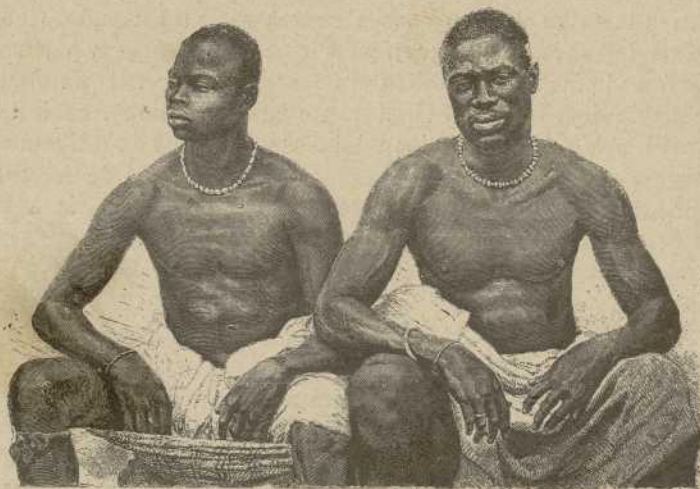
Guinea francesa.

Francia, Inglaterra y Alemania, y luego otra vez Francia, recientemente España, Inglaterra, y, por último, Alemania, se siguen del Oeste al Este de la costa del Africa occidental en factorías y colonias menos prósperas que en los buenos tiempos de la trata, aunque Guinea rica en oro, entre su cuarzo y sus aluviones, ha entrado desde hace algunos años en una era que pudiéramos llamar «californiana.»

Francia domina sobre más de 500 kilómetros de litoral, desde el límite oriental de Liberia, cerca del cabo de las Tres Palmas, hasta el límite occidental de los establecimientos ingleses de la Costa de Oro. Este dominio estaba casi abandonado, pues de buen grado lo hubiera cedido Francia por la Gambia inglesa, cuando de repente, un azar afortunado ha convertido la ribera del Mahel Balevel, ó Níger de Oriente, en el límite meridional de un imperio africano-francés, cuya parte septentrional tiene en el Mediterráneo puertos como Orán, Argel, Bugia, Philippeville, Bona y Bizerta, frente á España, Francia é Italia.

Dejando aparte esta feliz simetría, la Guinea francesa es un país espléndido; tan pronto como se abandona el litoral, con su eterno aspecto de dunas y lagunas, se llega al interior, remontando el curso de los ríos, de los cuales el mayor es el Comoé ó Akba, penetrando en la prodigiosa selva que tiene 300 ó más kilómetros de extensión hasta las mesetas llamadas antes montes Kongs, donde la Naturaleza pierde magnificencia á medida que se va levantando sobre la zona tropical.

Pero la colonia aún está en embrión. Todo lo que posee



Negros de Assinié. (Dibujo de Rixens.)

Francia son algunas factorías en las orillas de los lagos Dabou, Gran-Bassam, Assinié, y todo lo más que hace es reconocer en rápidas expediciones el país interior á lo largo del San Pedro, del Sassandra, del Lahou, de la Agniby, del Comoé.

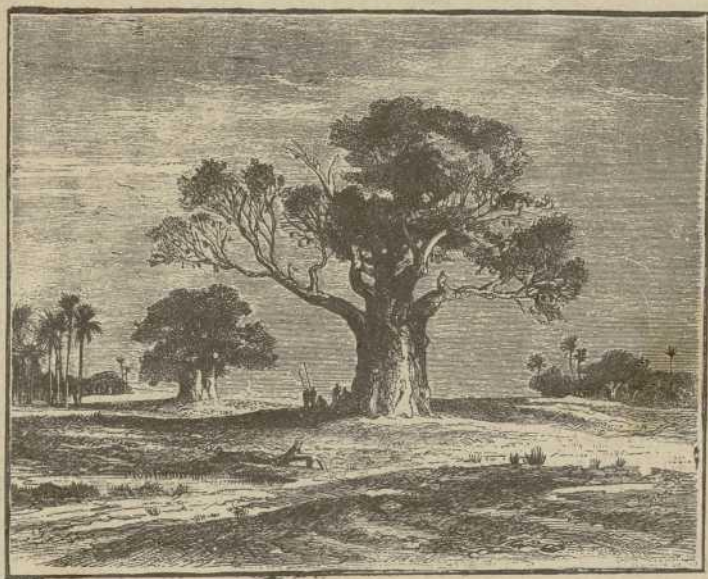
IV

Guinea española.

A raíz de la guerra reciente entre España y los Estados Unidos, cuando los plenipotenciarios de ambas naciones reunidos en París en 1898 acordaron la paz, quedándose la gran Repú-

blica americana con el archipiélago de las Filipinas y la isla de Puerto Rico y reconociendo la independencia de la isla de Cuba, el gobierno francés, para compensar en una pequeña parte al español y dar á su nación una muestra de simpatía, le cedió un gran territorio de Gabonia que hace siglos estaba en litigio entre ambas naciones.

Este territorio llamado el Muni, por estar cruzado por el río del mismo nombre, es muy extenso y con grandes selvas tropicales ricas en maderas preciosas. La misma frondosidad de



Un baobab. (Dibujo de Berard.)

sus selvas hace difícil la colonización, pues bajo las bóvedas seculares de ramaje, donde reina un eterno crepúsculo verdoso, son continuas las fiebres. El europeo no puede vivir en este país sin peligro de su vida. Las guarniciones de marinos que ha enviado España á Río Muni en los pocos años que posee este territorio, han sido exterminadas casi completamente por las enfermedades, y recientemente ha tenido que crear un pequeño cuerpo de tiradores indígenas. Algunas tribus salvajes, á las que se acusa de ser antropófagas, vagan por las frondosidades del interior.

El Muni tiene dos factorías, Bata y San Juan, capitales de los dos distritos en que se divide el territorio, y sus autoridades

dependen del gobierno de la cercana isla española de Fernando Póo.

El Muni, como toda la Guinea, será país de gran porvenir cuando España se decida á enviar á él algo más que soldados y frailes.

Frente á la desembocadura del Muni están las islas é islotes, también propiedad de España, llamados Corisco, Elobey Grande y Elobey Chico. Los negociantes holandeses son los únicos que explotan estas posesiones españolas.

V

Costa de Oro.—Los achantis.

Esta colonia inglesa, cuyo porvenir era magnífico por su extensión indefinida hacia el interior por su parte Norte, y á derecha é izquierda junto al mar, se vió de pronto limitada en sus pretensiones. Francia ha declarado su protectorado sobre las tierras del Norte, especialmente sobre las tierras regadas por el Volta Negro ó Volta de Occidente, rama importante del río Volta; Alemania, por su parte, se ha instalado al Este en el Togo, y los franceses han obtenido, pasado el Togo, la soberanía del sangriento reino de los dahomeyanos. En sus límites, aún muy indecisos, la Costa de Oro inglesa puede tener 10 millones de hectáreas con 1.500.000 ó 1.800.000 almas. Su capital Accra, está al borde del mar, á 20 leguas de la desembocadura del Volta. Pasadas estas factorías, y en una zona del protectorado de Inglaterra, se extiende un «sultanato» de siniestro renombre, el reino de los achantis.

El reino de los achantis, situado al Occidente del río Volta, que es el mayor de Guinea, tiene un millón de habitantes, vigorosos, ágiles y de hermosa presencia. Empieza á continuación de las últimas aldeas de una tribu de la Costa de Oro, los fantis, aliados de los ingleses, aunque antropófagos, como también lo son la mayoría de los achantis. Su rey hace, ó por lo menos hacía, decapitar cierto número de súbditos en ocasión de cada fiesta, cada aniversario de su vida, cada suceso memorable. En una sola de estas ceremonias murieron, según dicen, 40.000 achantis y los soldados mataron 10.000 prisioneros. De no haber existido el rey del Dahomey, la plaza del mercado de Coumassia, población la más importante de los achantis, sería

el lugar de la tierra que más sangre humana habría bebido, sin contar las ceremonias, los festejos, los aniversarios, en donde se decapitaba oficialmente un hombre cada día, aparte del día de la semana en el cual el rey se había dignado nacer y en el cual la degollación era más numerosa. El fiel batallón de los Krá, especie de guardia de Corps, escoltaba al déspota. Era este regimiento una mezcla de espías y vigilantes ligados á la vida del príncipe por el terror de su propia muerte, pues en cuanto su amo moría, eran condenados á la muerte y se les decapitaba en una de las más gloriosas fiestas de Coumassia. El pueblo de los achantis tiene tipos hermosos, sobre todo en su clase elevada, que parece descendiente de los negroides conquistadores. Hoy Inglaterra, apropiándose con pretexto de protección el territorio de los achantis, ha hecho cesar muchos de los antiguos horrores.

VI

Togo.

Los alemanes se apoderaron de Togo para internarse rápidamente hacia el interior con dirección al Niger. Se decían: «Estamos más cerca de Tombuctu que los franceses, y llegaremos antes que ellos.» Pero los hechos han demostrado que aun estando Francia más lejos que ellos ha llegado antes.

Estrecho litoral de 50 á 60 kilómetros, pues no tiene más, entre los ingleses al Oeste y los franceses al Este, el Togo limitado al Norte por el Sudán francés y el Sudán inglés, hoy por hoy no es más que un embrión de colonia que nada produce á los alemanes.

VII

Francia dahomeyana.

Al Este del Togo, Francia comienza de nuevo su posesión en 125 kilómetros de litoral y todo el país situado detrás, que es el Dahomey, 3.500.000 hectáreas con 600.000 habitantes.

El Dahomey que antes estaba protegido por Francia, es ya posesión de ésta, después de destronar al rey que hoy guarda prisionero en Argel, un pantocrata tan sanguinario como

el de los achantis. La guardia que velaba por él se componía de un regimiento de amazonas, vírgenes crueles y negras que gozaban cortando cabezas y taladrando pechos. Su distintivo era dos grandes cuernos de antilope sobre la crespada cabeza.

El rey de Dahomey hacía correr la sangre como agua lustral, creyendo llevar á cabo una gran hazaña, cuando la religión, la ley, la etiqueta, el buen tono de su país así lo exigían, matando hasta individuos de su propia familia. Cuando sus verdugos oficiales, sus vasallos y algunas veces él mismo decapitaban millares de hombres, aquel día era venturoso, «el día de la gloria», lo que llamaba el déspota «el gran traje». Cuando únicamente se degollaban á 20 ó 50 ó 100, era día de «traje de diario».

El soberano de Dahomey reinaba sobre una nación en la que dos tercios eran esclavos, nación fea en conjunto y hasta in-noble, cuyos individuos son negros hasta la exageración, aunque algunos viajeros sostienen haber encontrado hermosos tipos de negroides, sobre todo en la clase elevada procedente de la raza conquistadora de los ffons.

A 100 kilómetros de la costa y sobre una elevación de 325 metros, en una llanura baldía y estéril, se halla situada Abomey, la capital del Dahomey, que á la vez era hasta hace poco la ciudad de las cabezas cortadas. Se las ve por todas partes, constituyen el ornato principal del palacio y de la población, y las pirámides de cráneos eran considerados como monumentos religiosos.

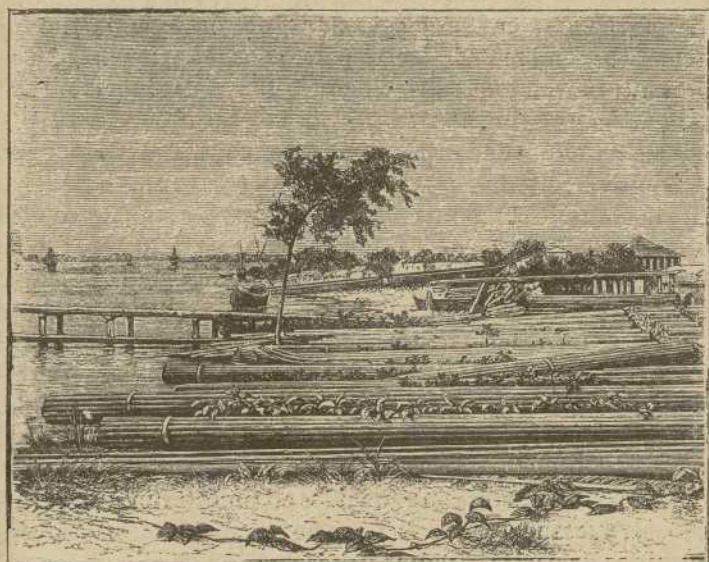
Ouaida es la Wydah de los ingleses y la Ajuda (1) de los portugueses, que han cubierto este país de nombres lusitanos. Bajo el infecto aire de las lagunas de agua negra putrefacta, se extienden cuatro kilómetros de distancia desde la población hasta la rada del mismo nombre, casi inaccesible y poblada de tiburones. Ouaida era importante y se hacían en ella grandes negocios cuando era permitido el comercio en «madera de ébano». Todas las naciones que se llaman cristianas y se titulan civilizadas, tenían allí agentes para el comercio de esclavos.

(1) *Ajuda me Deus.* (Ayúdame Dios).

VIII

Lagos.

A Levante de la costa rancesa de Ouaida y Porto-Novo, Inglaterra domina un largo litoral que se dirige hacia el Este, formando la costa de Lagos; y luego tuerce hacia el Sudeste, en dirección á la boca principal del Niger; yendo de nuevo hacia el Oriente hasta la frontera del Camerón alemán, lo que re-



Lagos. (Dibujo de A. de Bar.)

presenta de 700 á 800 kilómetros de mar, y toda la región de detrás, que hoy se confunde ya con las vastas posesiones inglesas del Bajo Niger.

La población de Lagos, capital de este nuevo imperio, ó por mejor decir, de la parte marítima más ó menos organizada de estos dominios, es una población con nombre portugués, merecido en verdad, pues en esta costa se mezclan en todas las formas posibles el agua dulce de los ríos, de los arroyos y de los estanques del litoral con el agua salada del mar.

Abbeokuta, naciente población de 100.000 habitantes (Lagos tiene 75.000 comprendidos los barrios extremos), se halla situada al Norte de Lagos, en la orilla del río Ogoun, al pie de una roca de granito de 80 metros, en la comarca de los egbas, rama del pueblo de los nagos.

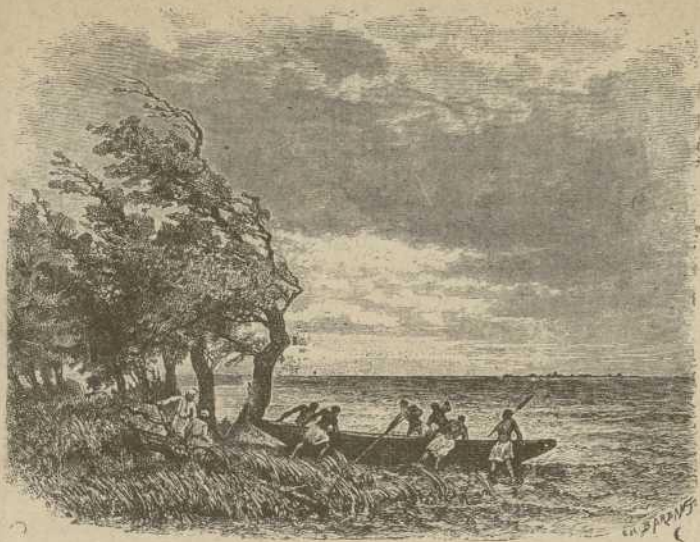
IX

Kaméroun.

Kaméroun es una palabra alemana, traducción de la española Camarones, la cual es á su vez traducción de la portuguesa Camaraos, nombre dado á este paraje por los primeros exploradores que fueron lusitanos, como los demás descubridores de la costa africana occidental.

Los alemanes no encontraron en este lugar el benéfico país que tanto tiempo y tan fervientemente desearon. Al llegar á él imagináronselo como una tierra inmensa y amplia, propicia y agradable al hombre de Teutonia, como el San Lorenzo de los franceses, el Ohío ó el Missouri de los ingleses y la Plata de los españoles. Pero no será seguramente en él, cerca del delta malsano y abundante en fiebres del Niger, bajo lluvias tibias, en sierras ardientes y entre negros, muy negros, perezosos y crueles, donde Alemania conseguirá crearse una colonia importante.

Sin embargo, este país es de vegetación tórrida y rápida á lo largo del curso de los ríos, sometidos á mareas, el Moungo, el Vouri, el Mbam, el Nyong, nacidos en un interior aún desconocido, atravesando valles que quizás algún día sean los grandes caminos de Africa, montes y mesetas donde se separan las aguas del Chari, el Niger y el Congo. Sobre toda esta comarca extendida y magnífica se alza el Mongo-ma-loba ó «Monte de los Dioses», llamado hasta hoy pico de los Camarones (4.000 metros). En la desembocadura del río Campo el litoral que tiene la dirección de Norte á Sur, cambia de nacionalidad, pues se convierte en francés y especialmente en gabonés, en la desembocadura de los ríos, cuyas fuentes se mezclan con las de los afluentes del inmenso Congo.



El lago Bangouelo. (Dibujo de Weber.)

PAIS DEL CONGO

I

El gran río Congo.—Sus lagos y cascadas.

A este río, que es el mayor de Africa, quisieron darle los ingleses el nombre de Livingstone, porque este viajero fué el primero que descubrió su curso superior, tomándolo por cierto como la parte alta del Nilo. Un nombre más corto, más africano y menos inglés, el de Congo, ha prevalecido al fin.

Influídos por el anglo-sajonismo, miramos muchas veces á los exploradores ingleses como hombres casi divinos. Y más «divinos» que ellos fueron los viajeros españoles, portugueses y franceses de los cuales no se ha dado el nombre á los grandes accidentes de la Naturaleza que fueron ellos los primeros en explorar. El primero que reconoció el curso del Congo fué un portugués. El San Lorenzo, el Saguenay, el Niágara, los grandes lagos canadienses, los mares dulces del Misisipí y el Missouri y los ríos del Nuevo Mundo, ninguno de estos ríos tan peligrosamente descubiertos, de estos lagos tempestuosos ó hela-

dos, ningún gran monte de cima triunfante, ninguna selva atravesada por senderos fangosos, llevando como compañía la fiebre y el hambre, bajo la amenaza de las flechas traidoras, ningún desierto, pampa ni llano, han tomado el nombre «latino» del primer héroe que afrontó su misterio,

El Congo, que tiene un curso de 4.200 kilómetros, lleva al mar el tributo de 320 millones de hectáreas, cuenca muy lluviosa, tan impregnada de agua en grandes extensiones, que puede comparársela con una esponja. Sus llanuras encharcadas, sus lagos extensos, sus interminables bosques hacen que en este país la estación húmeda sea mucho más larga que la seca. Esto convierte al Congo en el segundo río de la tierra, y hace que lleve en el estiaje un volumen de agua casi igual, si no superior, al que arrastra el Amazonas en América. Ciertamente que aún pasará mucha agua bajo el tronco informe que sirve de puente sobre cualquier afluente infinitesimal del Congo, perdido en la selva virgen, antes de que se haya medido exactamente el volumen de este gran río; pero á pesar de la falta de datos, sus olas anchas, prodigiosamente abundantes y profundas, no dejan duda sobre la inmensa importancia de su caudal.

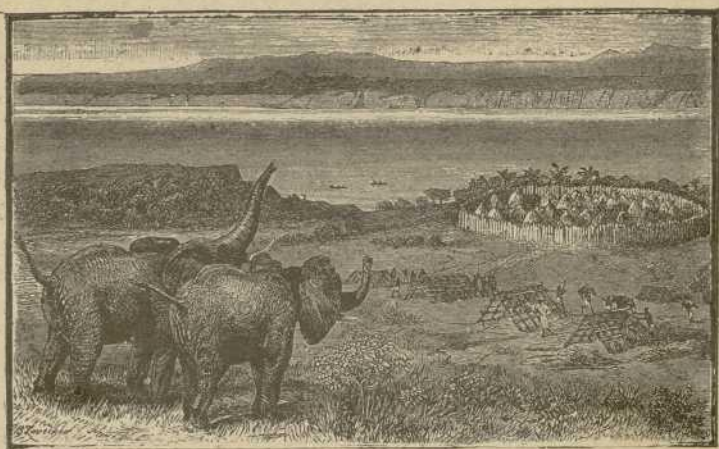
El Congo empieza en el Tchambeze, río que se supone nace á 1.660 metros de altura al Sudoeste del lago Tanganyika. Este Tchambeze corre por mesetas en las cuales las nubes de la *massika*, ó estación de las lluvias, se desgarran en fuertes aguaceros. Después se dirige hacia Sudoeste en dirección al Zambenze hasta llegar al triste lago de Bangouelo ó Bemba.

El Bangouelo recibe el Tchambeze por su parte Este, á través de innumerables cañares, y lo despide al Sudoeste por entre un bosque de gigantescos bambús. El lago, rodeado de tierras muy bajas, tiene un cinturón extremo de tierras pantanosas, y cada tempestad, con sus torrentes de lluvia, agranda el barrizal y disminuye el espacio en que se mueven las ondas del Bangouelo. Las dimensiones de éste son 175 kilómetros de largo y de 50 á 80 de ancho, ocupando un millón de hectáreas, á 1.200 metros de altura sobre el nivel del mar.

El río que surge de este inmenso barrizal toma el nombre de Louapoula. Al principio rueda indolente sobre un lecho blando que continúa el cinturón pantanoso del lago Bangouelo, pero una vez llega al lecho duro entre rocas, su corriente se acelera, y virando al Norte, se precipita por la cascada de Mombottouta, á la que siguen otras cascadas. Después, con una anchura que varía de 100 á 180 metros, el río vuelve á amortiguarse

en otro lago, el Moero-Mkata, más pequeño que el Bangouelo, pero mucho más hermoso. Se le supone á este segundo lago, regulador y depurador, 150 kilómetros de largo, 50 á 70 de ancho, una extensión de 900.000 hectáreas y una altura sobre el nivel del mar de 850 metros. Hay, pues, entre el Bangouelo y el Moero una pendiente de 450 metros.

El río cambia otra vez de nombre, y al salir del lago Moero se llama el Louvoua, marchando hacia el Noroeste al encuentro de un río que parece más largo y más fuerte que él y que se dice atraviesa siete lagos, entre los cuales los más grandes son el Oupamba y el Kassali. Este río, que corre hacia el Nor-



El lago Tanganyika. (Dibujo de Roux.)

deste en la parte occidental del Louapoula, es el llamado Loualaba

El majestuoso curso de agua que forma el Louapoula y el Loualaba al unirse, guarda el nombre de este último hasta que á corta distancia encuentra al Loukougá

Este río Loukougá es también un desagüadero de lago, pues surge del Tanganyika, siendo un desagüadero intermitente, pues no siempre lleva agua. Cuando una serie de años muy húmedos hincha al Tanganyika, lago grande y hermoso que ocupa una extensión de tres millones y medio de hectáreas, el Loukougé corre hacia el Occidente, ancho y profundo; pero cuando los años secos bajan el nivel del lago, el emisario fluvial se detiene en su curso ante una red inmensa de hierbas, juncos y

plantas acuáticas, y el Loualaba sigue su curso hacia el Ecuador, sin recibir ni una gota de este compañero.

El lago Tanganyika, de 528 kilómetros de largo, 22 á 75 de ancho, 1.440 de circunferencia y situado á 380 metros de altura, está rodeado de montañas que lo dominan más de 1.200 metros ó sea dos veces la profundidad del lago, en el cual ha encontrado la sonda 600 metros de agua. Su mayor afluente, el Malagarazi, viene de Ounyamezi ó «País de la Luna», nombre que recuerda á los montes de la Luna, en los cuales creían los antiguos que descansaba la sagrada cabeza del Nilo.

Se cree que es en una tercera expansión de agua donde se unen los ríos Loukouga y Louapoula, ó sea en el lago Landji. En Nyangué, situada á una altura de 620 metros, los dos ríos unidos ya con el nombre de Congo, pasan por grandes rápidos, y después se despeñan por las siete cataratas de Stanley. Luego el gran río atraviesa el Ecuador y se remonta hasta el grado 2 de latitud Norte, llevando una anchura de tres á cinco kilómetros, tanto se dispersa entre islas, y llegando á tener en las grandes crecidas de 6 á 12. A partir de aquí tuerce hacia el Sudoeste, dirección que guarda hasta llegar al Atlántico, y sin que parezca agrandarse á simple vista recibe el refuerzo de poderosos ríos de diferente color, que guardan largo tiempo su tinte al mezclarse en la gran corriente.

Las cataratas llamadas de Stanley, por el nombre del explorador inglés, son los escalones por los que descende el Congo al país bajo. En su orilla derecha recibe el Congo á sus poderosos afluentes, el Arouhimi, el Roubi, Mongalla, el enorme Oubangi y el Sanga. El Oubangi, que sirve de frontera entre el Congo de los belgas y el Congo francés, viene de muy lejos, casi de los bordes del Nilo, de un país habitado por soberbios antropófagos, llamados mombutus. Estos negroides, intermedios entre el blanco y el negro, estos jayanes belicosos que se nutren con carne de hombre, alumbran sus chozas cuando pueden con lámparas de coco, en las que sirve de aceite la grasa humana, y semejantes á los ogros de los cuentos infantiles que gritan «¡Carne fresca! ¡carne fresca!», cuando entran en combate gritan, marchando hacia sus enemigos: «¡Vamos por carne! ¡vamos por carne!»

Antes de precipitarse el Congo en la costa, de desfiladero en desfiladero, reúne sus aguas por última vez en una cuenca lacustre, el lago Stanley (Stanley Pool), que tiene 40 kilómetros de largo por 23 de ancho, á una altura de 300 metros. Sobre sus

aguas emergen 17 islas y en sus orillas existen dos poblaciones, que indudablemente alcanzarán gran importancia en el porvenir cuando se explote el país. En la ribera izquierda, Leopoldville, fundada por Stanley, que la dió este nombre en honor de Leopoldo, el rey de Bélgica, que patrocinó su exploración. En la ribera derecha, Brazzaville, puesto francés, fundado por el intrépido explorador Savorgnan de Brazza, al servicio de la República francesa.

El Congo, saliendo de este lago, se lanza entre esquistos cristalinos, roca durísima que forma colinas abruptas, estrechando el río en gargantas de 200 metros de altura. En estos pasajes tortuosos, el Congo tiene al principio una anchura entre 200 y 2.500 metros; después ésta se reduce á 400 ó 800 metros, con una profundidad de 40 á 100, descendiendo en una extensión de 500 kilómetros, una altura de 514 metros á través de 52 cataratas y un sinnúmero incalculable de remolinos. La más alta de estas cataratas, que es la de Yellala, no cae más que de cuatro metros y medio.

En el sitio llamado «Caldera del Diablo», recobra su anchura y tiene 3.200 metros de ribera á ribera, frente á Boma. Al llegar al mar, su boca se extiende en un espacio de 10.000 metros. Inmensa extensión de agua sombría, ensucia hasta muy lejos el mar, al cual arrastra docenas de millares de metros cúbicos por segundo. Frente á su desembocadura, el Atlántico es dulce hasta á 24 kilómetros mar dentro, y á 64 todavía sus aguas no recobran completamente el sabor salitroso.

II

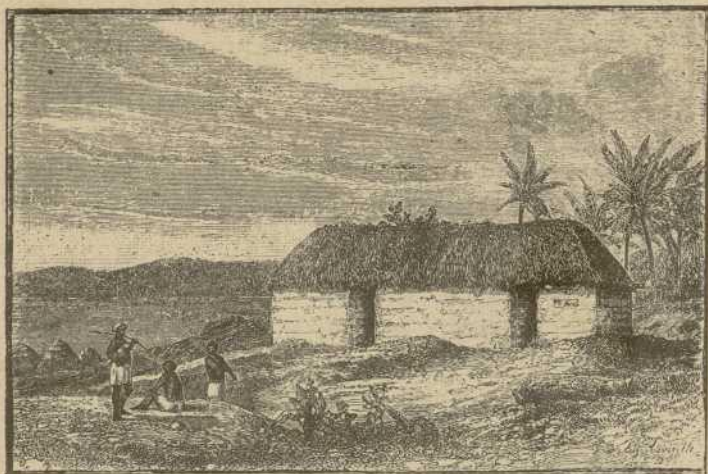
Estado libre del Congo.

Cinco naciones europeas se han repartido con bastante desigualdad la cuenca del Congo.

Los belgas poseen, ellos solos, dos terceras partes próximamente. Los franceses dominan sobre la ribera derecha del Oubangui, y además 600 ó 700 kilómetros de la orilla derecha del propio Congo. Los portugueses poseen la orilla izquierda del gran río en su misma embocadura, siendo la orilla derecha de los belgas, y además, reinan sobre una extensión notable de la cuenca del Kassai. Con menosprecio de todos los derechos an-

teriormente adquiridos, los ingleses se han insinuado en este país, partiendo en dos la Lusitania africana al posesionarse de territorios sobre los bordes orientales del lago Bangouelo, del lago Moero y de la punta meridional del lago Tanganyika. Los alemanes poseen la parte de Levante del Tanganyika, ó sea la orilla opuesta á la de los belgas

Bélgica, que es la principal poseedora en este territorio, recibirá como herencia de su rey Leopoldo II el Estado independiente del Congo, y en el caso de no convenirla esta adquisi-



Chozas en la ribera del lago Tanganyika. (Dibujo de Levieille.)

ción, sería Francia la que tendría mejores derechos á enseñorearse de aquél.

Exceptuando el principio ó cabeza del río Congo, que es, como ya digimos, el Tchambeze, y que está acaparado por los ingleses, el Estado independiente del Congo abarca el río Congo desde su primera corriente y lo guarda hasta el fin de su viaje al mar.

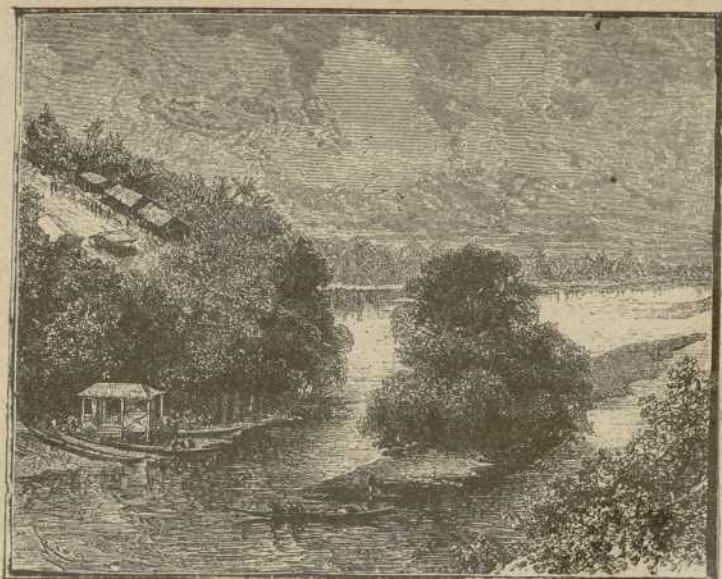
Solamente ha tenido que ceder 600 ó 700 kilómetros de la orilla derecha á los franceses y un poco de la orilla izquierda á los portugueses, junto á la desembocadura. Si les falta á los belgas este gran segmento de la cuenca congoleza, en cambio poseen, como débil compensación, un pequeño fragmento de la cuenca del Nilo, la vertiente occidental de los montes Rououenzori, gigantes de 5.500 metros al Oeste del lago

Alberto Eduardo, y el rápido Semliki, torrente accidentado, que va á morir al citado Alberto Eduardo.

Aunque disminuído por lo que ha tenido que dar á Portugal en el país de Mouata-Yamvo, el cual fué una especie de emperador de negros, el Estado independiente del Congo tiene más de 224 millones de hectáreas, ó sea un territorio como cuatro veces Francia y setenta y seis veces Bélgica. En él viven pueblos negros tan poco vistos, tan poco conocidos, tan poco sujetos á censo de ninguna clase, que mientras un viajero calcula el número de los congolese en 12 millones, otros los hacen ascender á 15 ó 20 y algunos á 40 millones.

El Estado libre del Congo puede decirse que acaba de nacer. Se organiza lentamente y titubea antes de tomar forma. Sus funcionarios exploran el país, valiéndose de pequeños vapores sobre un sinnúmero de ríos navegables. En algunos sitios sus tropas tienen que batirse con los mercaderes árabes, cazadores de esclavos, y ahuyentarlos; en otros, sus empleados ajustan tratados de paz y alianza con principillos indígenas, borrachos y sanguinarios. Los funcionarios del Estado del Congo corren el peligro en sus excursiones de ser comidos por las tribus antropófagas, que gustan mucho de la carne blanca y hasta devoran los cadáveres de los europeos. Se han creado en Bélgica grandes compañías para explotar la tierra y los bosques del Congo y se ha instaurado en el país una policía y un ejército, proclamándose leyes.

La lengua usada por estas leyes, por este ejército, y por las compañías, los administradores y los empleados, desde el alto Congo hasta el bajo, es el francés y no el flamenco. Este dominio del idioma francés y la vecindad del Congo perteneciente á Francia, hacen que la influencia francesa sea grande, tanto en las riberas del poderoso río como en sus afluentes.



El lago Ogoué. (Libro de Rieu.)

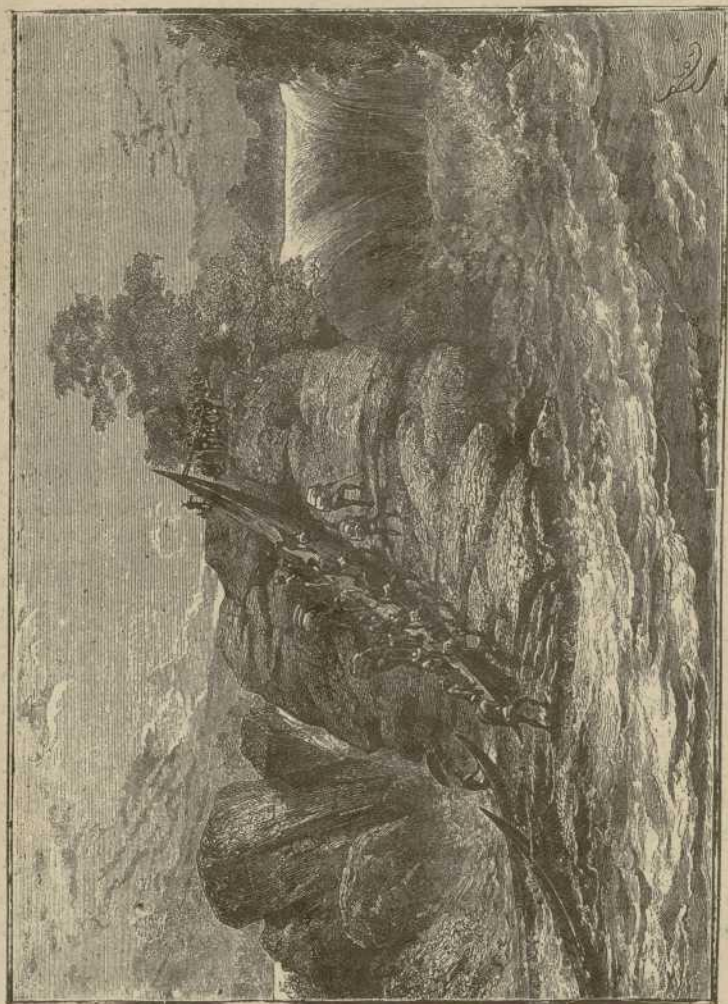
CONGO FRANCÉS

I

Gabonia.

Francia no tenía bajo el Ecuador más que una miserable factoría y algunas barracas, un aire pesado y muchas fiebres, cuando de pronto la insignificante colonia se extendió considerablemente hacia el interior absorbiendo la vasta cuenca del Ogoué y después la de Kouilou, para desbordarse luego sobre el río Congo y seguir remontando su principal afluente, el Oubangui, hasta llegar al Chari y las orillas meridionales del lago Tchad. Con esto se ha visto Francia dueña de más de mil kilómetros de costa en el Atlántico, con el mejor puerto de toda la ribera occidental del continente negro y de 650 kilómetros de orilla del Congo y mil kilómetros en la orilla derecha del Oubangui. Los belgas, que por la lengua son franceses, ocupan la orilla izquierda. A la hora presente la grandeza del Congo francés es de unos 80 millones de hectáreas.

El Gabon es un estuario sin rival en toda la costa occidental de Africa. Sus ríos, el Como y el Rhamboe, muy abundantes en un clima pródigo en lluvias, nacen apenas á 100 kilómetros.



Una cascada en el Ogoué. (Dibujo de Riou.)

al Este en los Montes de Cristal, que tienen 1.400 metros de altura. Pero si estos dos ríos son poca cosa por su breve curso, la Gabonia posee el Ogoué, que corre por la vertiente opuesta de la *Serra do Cristal* y pasa como un inmenso río por la llanura que fecunda con sus crecidas. El Ogoué no tiene de curso

más que unos mil kilómetros, pero su cuenca abarca 18 millones de hectáreas, pues por ambas orillas recibe poderosos y largos afluentes, sensibles como él á la sequedad ó humedad de las estaciones. En pocos meses, el río que parecía un mensajero del diluvio, baja considerablemente de nivel, creando islas y dejando al descubierto grandes bancos de arena. Con todos los afluentes reunidos tiene 2.300 metros de largo, y al desembocar en el mar forma un delta en abanico que abarca 180 kilómetros al Norte y al Mediodía del cabo López.

Menor que el Ogoué, pero, sin embargo, grande, el Niari ó Kouilou se abisma en el mar que muge en la playa de Loango. Nace en la meseta de la ribera derecha del Congo al Noroeste de Brazzaville y del lago Stanley. De 600 kilómetros de longitud, es, como el Ogoué, uno de los mejores caminos para llegar al río Congo por encima de los numerosos saltos de su corriente vertiginosa, allí donde se extiende tan lleno de islas que, mirándolas en el mapa, parecen por lo apretadas las escamas de la coraza de un cocodrilo.

Después del Ogoué y del Niari todas las aguas de Gabonia van al Congo, que se bebe dos ríos franceses como sus mejores tributarios: el Oubangui y el Sanga: el primero de curso conocido y el segundo todavía misterioso en su cuenca superior, de la cual una parte es de los alemanes del Kameroun y otra de la Congolia francesa, camino del lago Tchad. El Schanga es grande, pero el Oubangui es todavía mayor. Este último empieza muy cerca de la ribera izquierda del Nilo, y toma el nombre de Ouellé al pasar entre las tribus de los niam-niam á los que se suponía dotados de una cola larga y flexible como los monos de sus selvas. Después corre entre los mombutus antropófagos, acrecentando por su unión con el río Mbomou, y habiendo franqueado el grado 5 de latitud septentrional, cesa de correr de Este á Oeste como en sus orígenes y toma el camino de Sur á Sudoeste. Así llega al Ecuador, lo rebasa un poco y arroja por fin en el Congo una cantidad de agua igual á la que arrojaría el Danubio si tuviese lluvias tropicales.

II

Pueblos y tribus.

Más feliz Francia en Gabonia que en el Senegal, no ha tenido que permanecer durante dos siglos acampada en una costa malsana, sufriendo un ambiente de pesada tibieza y el continuo ataque de las fiebres. Cincuenta años después de la ocupación del estuario ya dominaban los franceses las mesetas donde la vida es posible para el europeo.

En ninguna parte puede crearse Francia con tanta facilidad una colonia próspera y de gran porvenir, y mediante unas cuantas factorías, unas cuantas misiones y escuelas, dar á su lengua la realeza sobre un mundo nuevo. Ninguno de los pueblos negros de esta región: los gabonenses, los okandas, los pahouins, los batekes y los baforous, banginos, bolongos, bayenbés, basambis, boukas, bouaguiris, bangos, etc., etc., tiene el deseo ni la fuerza de conservar el idioma pobre é insuficiente de sus antepasados. Un lenguaje de los suyos es abundante en onomatopeyas sonoras; otro es de cazadores y pescadores, pródigo, por tanto, en términos ingeniosos para la caza ó la pesca; alguno usado por tribus antropófagas, es rico en nombres y verbos para designar su horripilante cocina, pero á todos les falta lo que constituye un verdadero idioma, la expresión noble de alta poesía, lo que moldea en términos precisos, entre nosotros, el arte, la ciencia, la filosofía, las ideas generales.

No se sabe con certeza si el Congo francés tiene como se cree seis ó siete millones de salvajes. Nada se sabe y ciertamente se tardará mucho en saberlo. La mayoría de sus poblaciones pertenece á la formidable raza de los bantús, que cubre toda el Africa austral y central, amalgama de pueblos de la cual son los cafres hasta el presente la tribu más famosa.



San Pablo de Loanda. (Dibujo de A. de Bar.)

ANGOLA Ó CONGO PORTUCUÉS

I

Cabinda.

Más allá del río Tchiloango, llamado así porque atravisa el país de Loango, el Loango francés se convirtió en Loango portugués, pero en el dominio de Francia el idioma lusitano reina lo mismo que en la posesión de Portugal.

Como el portugués era el idioma de los comerciantes y los mercaderes de esclavos, ha seguido imperando como idioma comercial en todos los países vecinos á la desembocadura del Congo, tanto al Norte como al Sur.

Por una cláusula extraña del acta diplomática que consagró el nacimiento del Estado independiente del Congo, el Loango portugués se quedó con el pequeño país de Cabinda, en la desembocadura del poderoso río, país insignificante, litoral estrecho.

El territorio de Cabinda está como aplastado por el enorme

bloque del Estado libre del Congo que le empuja hacia el mar por la parte del Este. Al Sur también está aplastado por el Congo belga que le cierra el paso. Más allá del dominio belga es donde empieza la tierra portuguesa. Esta singular dislocación política obedece á que el Estado independiente del Congo necesitaba tener su acceso al Atlántico, y para que posea 40 kilómetros de costa, ha habido que romper é interrumpir el litoral que era portugués, separando de este modo la Cabinda del territorio de Angola.

II

Angola.—Litoral y Sertao.

Diez años antes que un buque de Portugal diese la vuelta por primera vez al cabo de las Tormentas, contorneando la misteriosa Africa y viendo surgir de las olas al temible Adamastor, el almirante lusitano Diego Cam, había ya explorado el delta del Congo, rio al que llamaban los indígenas Moienzi-Engaddi, «El agua poderosa». Este navegante estableció relaciones con Ambassée, la capital del vasto Imperio del Congo, del cual dependían numerosos feudatarios. En 1509, treinta y cinco cristianos, auxiliados, según dice la leyenda portuguesa, por una caballería de ángeles, á las órdenes del belicoso apóstol Santiago, destruyeron al desembarcar un numeroso ejército de paganos que no conocían las armas de fuego. Tres años después, D. Alfonso I, soberano del Congo, un negro convertido en ferviente discípulo de Cristo, envió una embajada al rey de Lisboa, con una carta autógrafa en la cual se apoyaron mucho tiempo los portugueses para reclamar el conjunto del país que formó el antiguo Imperio del Congo. Este emperador negro recibía numerosos europeos en su capital, que tomó el nuevo título de Sao Salvador y ayudó á sus buenos amigos los frailes dominicos á construir una población moderna, doce grandes iglesias de piedra y numerosos conventos, seminarios y palacios. Estos tiempos de esplendor religioso se desvanecieron; las iglesias y palacios vinieron abajo con el Imperio, que veía en ellos su esplendor y su gloria, y altas palmeras crecieron sobre sus ruinas. Al poco tiempo el Congo no fué más que un país dedicado á la caza del hombre, donde se recolectaba cosecha de esclavos para las minas de diamantes y las *fazendas* del

Brasil. Los conquistadores portugueses, replegándose, cesaron de avanzar por la costa y las mesetas interiores, y acabaron por abandonar Sao Salvador, que hoy no es más que una aldea de negros con cien cabañas á lo más, tejadas de paja.

El Angola ó Congo portugués comprende tres clases de país. Al borde del Atlántico la zona litoral tiene una anchura, según los sitios, de 100 á 150 kilómetros; después viene la montaña, que tiene de recorrido en línea recta hacia el interior de 15 á 20 leguas, y cuando se han salvado estos montes se llega á la meseta, al *sertao*, como llaman los portugueses á la extensión más ó menos ondulada ó más ó menos salvaje.

Del río Congo hasta el río Cunené, que es el límite meridional de la colonia, el litoral es triste, arenoso y sin otra vegetación que la hierba seca y algunos árboles casi quemados. La lluvia no visita jamás este largo litoral y no se encuentra frescura más que al borde de los ríos, que son Leloundo, Ambrizette, Loge, Dande, Bengo, Coanza, Longa, Couvo, Egipto y Catumbela.

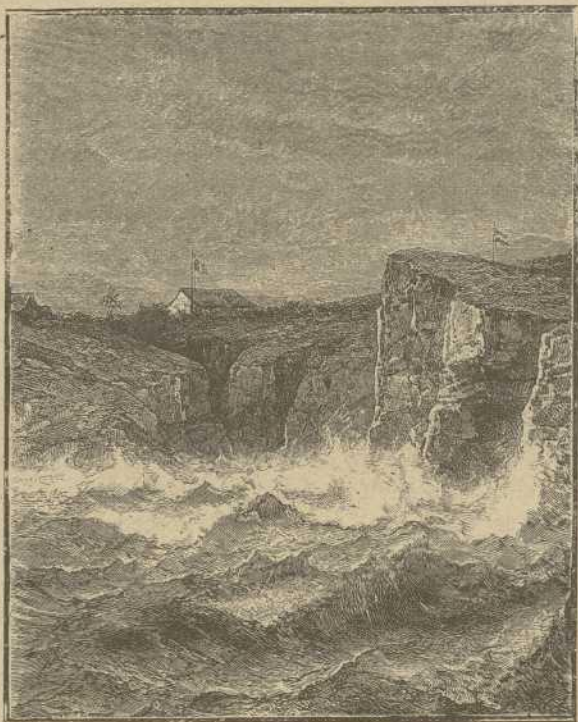
De todos estos ríos que descienden con gran estrépito de la vecina sierra á través de fuertes rápidos, el más importante es el Coanza, nacido en el interior, en las mesetas de Bihé, á 1.700 metros de altura. Su valle natal es fresco, pero su llanura inferior resulta asfixiante y mortal más allá de la cascada cercana á Dondo. Después de esta población, que apodan los portugueses «Infierno del Congo», «Horno de Angola», «Ni lo de la peste», y á 225 kilómetros del mar, el río, que tiene una anchura de 250 pasos, cae de una altura de 30 metros. El Coanza lleva al mar las aguas de unos 30 millones de hectáreas.

De las mismas mesetas que el Coanza parten otras aguas, que van por el Norte hacia el Congo, por el Este hacia el Zambeze, y por el Sur hacia el Coubango y el Cunené. Por la parte oriental de su Congo, los portugueses no saben hasta dónde llegan sus tierras. Dedicado Portugal durante siglos al cuidado del Brasil, ha perdido en Africa cuatrocientos años, sin hacer nada en medio de una población negra á la que hubiere podido lusitanizar. Las principales de sus tribus negras, las de los kiuboundas, forman parte de la gran raza de los bantús.

Aunque Portugal no puede ya acariciar sus antiguas ilusiones de unirse un día á su posesión de Mozambique, en la costa opuesta de Africa, creando otro Brasil, del cual hubiese sido un nuevo río Amazonas el río Zambeze, que únicamente han confiscado los ingleses, no por esto deja sin embargo, de

ser Angola un magnífico y vasto dominio, de 134 millones de hectáreas, lo que equivale á quince veces la extensión del territorio portugués en la Península Ibérica. Además, Angola tiene 12 millones y medio de habitantes, de los cuales sólo algunos millares son blancos y algunas docenas de millares mestizos en diversos grados.

El gobierno portugués envía colonos á Angola, que toma del



Costa de Angola. (Dibujo de Weber.)

archipiélago de las Azores, aclimatándolos antes en la isla de Madera.

La capital, Sao-Paulo ó San Pablo de Loanda, es una ciudad bastante agradable, situada al borde de un golfo. Su población es de 20.000 habitantes, y de éstos 3.000 ó 4.000 son blancos. Pero hay que tener en cuenta que esta proporción tan numerosa de europeos no es muy «distinguida», pues la mayor parte de ellos son presidiarios. Loanda es uno de los lugares á donde la justicia portuguesa envía sus más temibles crimina-

les. Se ha exagerado mucho la dificultad de vivir en San Pablo los europeos, si bien es verdad que los meses de Febrero, Marzo y Abril son temibles para los blancos, á causa de una disentería epidémica llamada *carneirada*.

La ciudad de Mossamedes, situada en la costa Sur y que goza de un clima excelente, pues llueve poco en ella, es más saludable para los blancos.

Portugal, que dió al mundo el Brasil, casi cien veces más grande que él, busca crear en Angola otro Brasil, más pequeño que el de América, pero también inmenso si se le compara con la reducida nación vecina á España. Para lograr su deseo establece en Angola colonias verdaderamente nacionales con labradores que toma del mismo Portugal y de las islas vecinas. Esto, exceptuando á España, ninguna otra nación de Europa puede hacerlo sin condenar á muerte á sus colonos al trasladarlos á un clima africano.

A pesar del desprecio con que tratan los admiradores del anglo-sajonismo á Portugal, pobre, ignorante y débil, esta nación sobria, heroica, fecunda, dura bajo el sol, fuerte en el trabajo y apta para el trópico, ha tenido la energía suficiente para marcar con su espíritu lusitano una mitad del Africa austral. La hubiese modelado por entero si los boers, holandeses y aventureros ingleses del Cabo no hubiesen, para desgracia de Portugal, invadido bruscamente, precedidos por una vanguardia de misioneros, la vasta región del Zambeze medio.



Boers y cafres. (Dibujo de Franishnikof).f

EL AFRICA AUSTRAL

I

Aspecto y naturaleza.

Tres grandes acontecimientos geográficos han inaugurado la era moderna: el descubrimiento del camino de Oriente por los mares australes, la llegada de las carabelas de Colón al Nuevo Mundo y la circunnavegación del globo por Magallanes. El primer acontecimiento en el orden cronológico fué llevado á cabo por Bartolomé Díaz al doblar en 1486 el cabo de las Tormentas, cuyo nombre fué sustituido oportunamente por el de Buena Esperanza. A los pocos años la buena esperanza se había realizado. Vasco de Gama emprendía su derrota á las Indias, los dos mares de Occidente y Oriente se unían en una sola cuenca oceánica, y el hombre aprendía á medir la tierra que hasta entonces le había parecido ilimitada.

Las riberas costeadas por los primeros navíos portugueses para pasar de un mar á otro, no llamaron la atención de los exploradores que, atraídos por las riquezas de las Indias orientales y occidentales, no querían detenerse en tierra que no les prometía fortuna rápida por el tráfico ó el botín. Pasó más de siglo y medio sin que desembarcasen europeos en esta parte del continente africano para permanecer en él ó cultivar su suelo.

La población, de origen holandés, que fué la primera en llegar á esta punta del continente, se desarrolló con lentitud, y en cuanto la ayudó una inmigración regular, fué invadiendo las tierras de los pueblos indígenas. Gentes de su raza abundan hoy en toda el Africa austral, desde el Orange hasta el Limpopo.

II

Montañas del Oeste y el Sur de la Cafrería y del Natal.

La orografía de los territorios del Sur se asemeja en sus rasgos principales á la del Africa entera. Las partes salientes del relieve se desarrollan paralelamente al litoral, dejando en el interior vastas llanuras. Las montañas del Este son las de mayor elevación. Sobre el zócalo más ancho de mesetas, sus cumbres más altas llegan á 3.500 metros.

La cuenca del Orange es la de mayor extensión de las del Africa austral, y este río es el más largo y corre de Este á Oeste, de lo cual se deduce que el país se eleva de Occidente á Oriente hasta cerca del mar de las Indias.

Al terminar su carrera, llega trabajosamente el Orange al mar por una larga serie de gargantas angostas y profundas. A la derecha está el país de los namakua grandes, tierra alemana, y á la izquierda el de los namakua chicos, dependiente de la colonia del Cabo. En este último se va levantando el suelo hacia la cúspide de la meseta granítica, en la cual están dispersas masas montañosas, soberbias por la parte de Occidente, desde donde se las contempla en toda su altura, y más humildes en apariencia por el Este, donde se pierde su base en una meseta uniforme de egnesia llamada Gran Buchmenland. Su altura media no es inferior á mil metros.

Al Sur de la región de los namakua, surcada la cresta por las aguas, se descompone en cordilleras divergentes, algunas de las cuales van á parar á los montes orientales, mientras otras se prolongan en crestas paralelas en dirección al Sur. Al Sur del río Olifant llegan á su mayor elevación.

La cordillera del Olifant y su prolongación meridional acaban al Sur por el promontorio de Hongklip, que está frente al cabo de Buena Esperanza. Avanzando más al Oeste en forma de hoz, el cabo famoso pertenece á una cordillera de la cual no

quedan más que fragmentos, y que forma saliente fuera de la costa continental, entre la bahía de Santa Elena y Limon's Bay. La poderosa montaña de la «Mesa» yergue su enorme lava de asperón, ceñida á menudo por nubes, á 1.082 metros de altura, encima de paredes casi verticales y rápidas pendientes, llenas de alfoces, donde crecen pinos y encinas, lo que hace que las raíces graníticas del monte están cubiertas de verdor. Más allá del monte de la «Mesa» van bajando las montañas gradualmente hacia el cabo de Buena Esperanza.

Al Este de estas barreras paralelas de montañas que se extienden de Norte á Sur, junto al litoral atlántico, las arrugas del suelo, dispuestas como el fruncido del borde de una tela, se prolongan hacia Oriente, casi paralelas á las costas del Océano meridional, pero algo oblicuas á la ribera, puesto que todas van á morir en los promontorios agudos que se suceden al Este del cabo de las Agujas, punta terminal del continente africano. Estas aristas de montañas están cortadas en fragmentos de tamaño desigual por torrentes nacidos en lo interior de las tierras que han abierto desfiladeros profundos, dando á esta región un aspecto muy variado, sobre todo junto al mar, donde las pendientes están cubiertas en gran parte por selvas. La más alta de estas cordilleras es la más apartada del Océano. Una cima de las grandes montañas negras alcanza á 2.130 metros, y el Coekscorut al Noroeste de la bahía de Algoa, sube á 1.759.

Al Norte hay otra cordillera, á más de 200 kilómetros del mar, formando línea sinuosa y conocida con diversos nombres, en su trayecto del Oeste al Este. En el extremo occidental, cerca de las montañas costeras del Atlántico, se llama Komsberg y luego Nieuweveld. Más adelante parece que descende hasta tocar la llanura, pero se vuelve á levantar en los Sneeuwbergen, cuya cima dominante, el Compás (2.591 metros), es el punto culminante de la región del Cabo propiamente dicha. Algunas veces cubre la nieve estas cúspides.

Más allá se bifurca la cordillera; la rama del Sudeste, cortada por un afluente del Great Fish River, se levanta en el Groot Winter Berg (2.377 metros) y acaba en la desembocadura del río Kei; la otra arista de montañas que divide la cuenca del Orange y la del Great Fish River, se repliega hacia el Norte y luego hacia el Este y se junta con la alta cordillera que separa la antigua Cafrería y el Natal del país de los basutos. Su extremo oriental, llamado Monte de las Tempestades, es rico en combustible por su hulla, que suele encontrarse en

las pendientes septentrionales de la cordillera y se extiende hacia el Norte, pero que se utiliza poco por el coste de la extracción y la dificultad de los transportes.

La llanura ondulada y llena de malezas que se prolonga de Este á Oeste, entre las cordilleras del litoral y las montañas de la cresta divisoria, se llama Gran Karrou ó Karrú, palabra hotentote que quiere decir «suelo árido». Compónese de monótonas llanuras surcadas por cauces de torrentes arenosos donde nunca suele haber agua corriente. La que se oculta bajo la arena, sirve para conservar una vegetación muy mezquina, especialmente arbustos del género acacia.

Hay pocos pozos y manantiales; chozas de tierra amarilla forman aldeas de hotentotes, pocas casas, algunas alquerías holandesas y estaciones solitarias de ferrocarril. Es país triste y silencioso, con algunos rebaños de ovejas, pero con cielo claro, aire seco, y tan saludable, que se predice al Karrú el porvenir de un inmenso sanatorio.

Al Norte, en dirección al Orange, cortan la llanura elevada algunas masas cuya mayor parte se compone de rocas eruptivas que forman columnatas naturales de aspecto monumental. También pertenecen al Karrú estas llanuras y presentan en toda su extensión la misma constitución geológica. Antes estaban cubiertas por aguas pantanosas en las cuales vivían miríadas de reptiles vertebrados, que debieron de desaparecer del planeta antes de acabar la época triásica. En toda la extensión del Karrú hay numerosas depresiones donde las aguas fluviales dejan sedimentos salinos al evaporarse.

Más allá de las Itorus-Bergen, la flexión de la mayor cordillera en dirección al Nordeste, corresponde á una flexión paralela de la costa oceánica. La hilera de las Draken-Bergen ó «Montaña de los Dragones» se desarrolla á una distancia media de unos 200 kilómetros del mar, y muchas de sus cúspides llegan á 3.000 metros de altura. El espacio que media entre el Draken-Bergen y el Océano Indico, está ocupado por tres mesetas que presentan grandes desigualdades de relieve y están ocultas en más de un paraje por sierras transversales que se yerguen entre los ríos. La meseta más alta está á la altura media de 1.100 metros; la que da la zona media entre Cafrería y Natal, varía de 600 á 700 metros; la plataforma costera, recortada por los cauces de los torrentes en muchos fragmentos, domina la ribera desde una altura de 300 metros.

Una fila paralela de alturas atraviesa el territorio de los ba-

sutos con los nombres de Blamo Bergen (Montañas Azules) ó de Maluti (Picos), en la lengua indígena. Estos montes terminan en puntas desgarradas. Una sierra lateral, cuya principal cúspide, Champagne-Castle ó Cathkin, llega á 3.658 metros, une las Draken-Bergen con las Maluti. La masa de unión sustenta una vasta montaña en forma de meseta, cubierta de pastos, llamada por los basutos Buta-Buta ó Potosig (Monte de los Antílopes), aunque se la suele conocer con el nombre de los Manantiales. Su altura es de 3.405 metros, pero más elevados son los grandes picos de la sierra lateral de los Maluti, Alpes del Africa austral, nevados cuatro meses al año. La cumbre llamada Monte Hamilton se eleva á 3.480 metros.

Más allá toma el carácter de acantilado la cordillera llamada Randberg. A un lado tiene la llanura ondulante, al otro las campiñas bajas cuyas tierras han sido arrastradas al mar por las corrientes fluviales. Formando circo en parte de su recorrido, avanza en otros promontorios, uno de los cuales es el Kaap (Cabo), famoso por sus minas de oro. Al Norte, la pendiente de la meseta baja poco á poco hacia el Limpopo. La última cumbre mayor de 2.000 metros es la cima de Manch, nombre del explorador que descubrió los yacimientos auríferos. La masa terminal llamada Zutpansbergen ó «Monte de las Salinas», ofrece todavía imponente aspecto. Al Suroeste algunas cordilleras de colinas y cerros ocupan la tierra que baja con suave declive hasta la depresión del desierto de Kalahari.

En toda el Africa austral constituyen las rocas graníticas la base general de las demás formaciones de la comarca. Venas de cuarzo puro atraviesan el granito en todas direcciones y suelen estar asociadas á materias auríferas, aunque poco ricas, excepto en algún distrito. Bancos de caliza cristalina cubren el granito en toda la zona costera y en lo interior se extienden los escalonamientos carboníferos, las formaciones devonianas y las silúricas. La mayor parte de los observadores están contestes en que las costas van emergiendo gradualmente, y desde el Cabo de Buena Esperanza hasta las playas del Natal, se ven antiguas líneas de riberas levantadas sobre las aguas, cubiertas de bancos de ostras y de políperos.

La naturaleza del terreno, llamado generalmente conglomerado de Dwika, se compone de fragmentos de todas las rocas del Africa austral, pequeños y grandes, incrustados en una especie de lodo endurecido y metamorfoso.

III

Los ríos.

El Gariep de los hotentotes, en realidad Garib ó «Agua Grande», es el río mayor del África austral al Sur del Zambese y uno de los más considerables del continente, si no por su masa líquida, por la longitud de la corriente y las dimensiones de la cuenca. El oficial holandés Gordon le dió en 1770 el nombre de Orange.

Empieza con el nombre de Seku en el país de los basutos á 170 metros del Océano indico y á 1.200 del Atlántico, mar en donde muere. Nacido en los Draken-Bergen, recibe su nombre de Seku ó río Negro, por el color obscuro de sus aguas. Unido con el Ketam, el Lemena, el Pequeño Senku, el Malitsungane y el Makhaleng, sale de la montaña, separa la colonia del Cabo de la de Orange y se mezcla con el Caledón, hijo del Monte de las Fuentes. Luego recoge muchos ríos, pero como el clima es seco, los ríos están secos también.

El tributario mayor es el Vaal, que sirve de límite durante 700 kilómetros, del Transvaal y el Orange. También sale del Monte de las Fuentes, y por la longitud de su cuenca es un gran río, pero como recorre muchas llanuras áridas, llega casi exhausto á la confluencia. Tiene, como los demás ríos de la cuenca, grandes crecidas entre fines de Noviembre y mediados de Abril, que lo transforman en corriente formidable.

Vaga el Orange, más allá de Prieska, por regiones áridas, á las cuales se puede llamar semi-desiertos. Una serie de rápidos, saltos y cascadas, á la que llaman catarata de las Anghrabias ó «Cien Saltos» hace bajar sus aguas más de 1.200 metros. En la época de crecidas, las innumerables cascadillas que se precipitan desde las cimas de los peñones y se hacen polvo antes de llegar al fondo del abismo, forman un solo salto poderoso, un Niágara que se redondea en vasto semicírculo, como el salto del río americano, y se abisma en una sima de doble profundidad.

Más arriba de las Cien Cascadas, el Orange recibe por su izquierda un río de 500 á 600 kilómetros de longitud, el Hartebeest, seco muchas veces. Más abajo de las Anghrabias afluye

al Orange el Haigab ó Hygap, que junta á su vez al Molopo, el Ub y el Nosob. A pesar de todo ello lleva poco caudal el Orange.

Este no recoge tributarios permanentes en la parte inferior de su recorrido. Las gargantas que se abren á derecha é izquierda en acantilados de cuarzo, no son más que caminos sinuosos de arena. Al aproximarse al mar, disminuye el volumen del río; y aunque tiene 13 metros de profundidad en las grandes crecidas, se puede vadear casi todo el año, en los lugares donde los barrancos, correspondiéndose de orilla á orilla, ofrecen un camino transversal. Más arriba de la barra, las aguas del Orange se juntan en enorme lago, sobre el cual se arremolinan nubes de aves. A veces una barra de arena separa completamente del mar á este lago. Así acaba ese gran río, cuyo trayecto pasa de 2.500 kilómetros y cuya cuenca abarca 960.000 kilómetros cuadrados.

Al Sur del Orange, en la vertiente atlántica y al otro lado del Cabo de Buena Esperanza, los ríos bajan de montañas situadas á escasa distancia en el interior. No pueden llegar muy lejos, y por esto, á pesar de la abundancia relativa de las lluvias, llevan poco caudal.

En la costa occidental, el río más importante se llama Olifant-River ó «Río del Elefante». Su trayecto es de 360 kilómetros y su cuenca de 3.500.000 hectáreas.

En la vertiente del Sur, el Breedi-River ó «Río Ancho», se une al mar en una desembocadura donde penetran los barcos de 150 toneladas. Su longitud es de 300 kilómetros.

El Gauritz, río que sale del Karrú, recorre otros 300 kilómetros. El Gamtoos, Gamtoo ó Groote-River, del mismo origen, salva con formidables perforaciones las cordilleras paralelas de los montes y tienen otros 300 kilómetros de longitud.

El Sunday River se pierde en la bahía de Algoa, después de recorrer 270 kilómetros; el Great Fish River tiene 400 de recorrido. Ambos desembocan en el Océano Indico junto al lugar donde empieza la costa oriental del continente africano.

El Kei es un río rápido con soberbias cascadas, y serpentea por grandiosos desfiladeros. Pero de todos los ríos del litoral de Cafrería, el más hermoso es el Um-Zinvubu (el Saint John's River de los ingleses.) A la entrada es un río de 600 metros entre riberas, pero se estrecha poco á poco entre peñascos. Una barra cierra la entrada del río á la gran navegación, pero los barcos pequeños, sostenidos por la ola, suben la corriente hasta una veintena de kilómetros.

La vertiente de la colonia del Natal está cortada por barrancos paralelos, cada uno de los cuales tiene su río abundante, alterado por cascadas. Um Zimkulu (Gran Río), que desemboca en el puerto Shepstone; Um Komauzi (Río lento), Um Lazi (Río de Leche), Um Gemi (Río de la Entrada) y otros, se suceden hasta el Tugela.

El Tugela ha adquirido funesta celebridad en la última guerra entre boers é ingleses. Nace, como el Vaal y el Ca édou, en los altos barrancos del Monte de las Fuentes, y recorre en sinuoso trayecto unos 500 kilómetros. Desde el país de Ladysmith y Colenso, cuyos nombres tanto sonaron en los dos años últimos del siglo XIX, llega al mar de las Indias con terrible esfuerzo por gargantas tan hondas, que fragosidades de asperón, cuya cima domina el río desde 750 metros, no está más que á 800 metros de la orilla. El nombre de Tugela ó «Río que da miedo», procede tal vez de la espantosa profundidad de esos abismos donde cortan el río rápidos y cascadas.

Mas hacia el Nordeste y Norte-Noroeste se modifica el relieve del litoral y también se modifica la marcha de los ríos. Las orillas ya no son rocosas, las montañas dejan entre ellas y las olas una ancha zona llana, y las corrientes de agua serpentean en la llanura, replegándose hacia el Norte.

En un espacio casi rectilíneo de unos 300 kilómetros, la orilla no es más que una playa arenosa, cubierta de médanos y separada del Océano por grandes lagunas y esteros. La mayor de estas masas de agua, que antes formaron parte del mar y ahora están aisladas, constituye la bahía de Santa Lucía, de 90 kilómetros de longitud, obstruida por una barra á la cual acuden tiburones voraces que suelen precipitarse sobre los remos y plomadas de los marinos, tragándose los.

La bahía de Santa Lucía ocupa la parte meridional de la zona de tierras bajas, mientras el extremo septentrional de esta región termina en lagunas que van á juntarse con la gran bahía Delagoa ó Lorenzo Marques.

La bahía Delagoa es de gran importancia. Bien abierta al Norte, tiene fondos de unos 20 metros y los navíos más grandes penetran en ella por un canal bien resguardado. Por esto Inglaterra ha disputado tan precioso fondeadero á los portugueses.

Entre las dos bahías de Delagoa y de Santa Lucía, la forma del litoral lleno de médanos, la de los estanques alargados en la misma dirección y la marcha de los ríos que se dirigen al Norte,

parecen indicar la acción de una contracorriente costera que se propaga de Sur á Norte, en sentido inverso de la gran corriente de M zambique, secundada por el oleaje que arrojan contra la ribera los vientos alisios del Sudeste. Al Norte de Lorenzo Marques, el río N'Komati en vez de bajar directamente hacia el mar repliega su curso inferior paralelamente á la playa y corre mucho hacia el Sur antes de mezclar sus aguas con las de la bahía. Este N'Komati, Nikomati ó Um-Komati, llamado también Manissa, es una corriente de 400 kilómetros procedente de los montes del Transvaal á través de una región de lomas muy pintorescas.

Otros ríos convergen hacia la bahía Delagoa: por la parte del Mediodía, el Maputa, procedente también del Transvaal de las tierras de los cafres suazi, con 350 kilómetros de vueltas y revueltas; por la parte occidental, el Tembi y el Um-Belozi se encuentran en el mismo estuario de Lourenço Marques. Todas estas corrientes atraviesan los montes Zebambo en su camino tortuoso, entre el alto zócalo del interior y las campiñas bajas del litoral.

El Limpopo se llama también «Río de los Cocodrilos», Meti, Uri, Bembe, Lenape, Lebembe y en la desembocadura, Inhampura. Los antiguos mapas portugueses le llaman Oira. Es uno de los ríos más grandes del Africa meridional, si no por la masa de las aguas, á lo menos por lo largo del recorrido. Nacen sus fuentes en la meseta donde los boers construyeron á Pretoria, á 520 kilómetros del Mar de las Indias, pero corriendo sucesivamente hacia el Norte-Noroeste, el Nordeste, el Este y el Sur-Sudeste, en un semicírculo sinuoso, casi triplica esta distancia.

La primera dirección lo llevaría á la depresión ocupada por el lago Ngami y otras charcas salinas, pero se encorva bruscamente al Norte y luego al Nordeste, á contar desde la confluencia del Manica, notable afluente de la izquierda, procedente del archifamoso Wikwaterscand. Separa el Transvaal, á la derecha, del Be-Chnaualand y Rodhesia meridional, que están á la izquierda. En la soberbia cascada de Tolo-Azime vence la última barrera de granito que le oponen los Zutpan-Bergen, y entra luego en el país portugués de Gaza. Allí se une con su principal tributario, el río de los Elefantes, cuyo recorrido se calcula en 700 kilómetros.

A pesar de 2.000 kilómetros de desarrollo y del número y longitud de los afluentes, no es un gran río el Limpopo, pues

pierde parte de sus aguas en los pantanos de su trayecto inferior, y se derrama en el mar por una desembocadura de 300 metros de anchura, obstruida á lo lejos por bancos de arena.

IV

Clima, flora y fauna.

Las cuencas del Orange y de los demás ríos del Cabo, Natal, Transvaal, etc., como situadas en la zona templada del Sur, tienen un clima con los mismos contrastes de estaciones que el de Europa occidental, pero en orden inverso, pues su invierno coincide con el verano de nuestro hemisferio. La temperatura media del Africa austral es menos elevada que la de Chipre y Siria, aunque su latitud sea casi exactamente la misma.

En el equilibrio general de los climas, el hemisferio septentrional tiene privilegios; recibe la mayor cantidad de calor porque, gracias al desigual reparto de tierras y aguas, las corrientes aéreas y marítimas, cuya temperatura es más elevada, se encuentran en la zona tropical del Norte. Otra causa contribuye á enfriar el extremo del Africa austral en comparación de las regiones mediterráneas de correspondiente latitud, y es que la punta del Africa austral está frente á los hielos antárticos, á un Océano frecuentemente cargado de témpanos y bancos de hielo hasta en las cercanías de las costas.

Las corrientes marítimas que siguen la ribera son muy diferentes en su marcha, y á ambos lados del Cabo de Buena Esperanza presentan curiosísimo contraste por la separación de sus temperaturas respectivas. La corriente polar antártica, procedente del Sur, pasa al Oeste del promontorio para seguir la costa occidental hasta más allá del estuario del Congo y del Gabon. Por otra parte, la corriente de Mozambique, salida del Océano Indico, sigue el litoral de Natal y la Cafrería, penetra en las bahías meridionales del Cabo y da la vuelta á la punta del continente, por lo cual se la llama corriente de las Agujas. En verano, cuando la corriente fría antártica, empujada por los vientos regulares del Sur, se dirige más rápidamente hacia el Norte, se ha comprobado que su temperatura no es más que de 10 á 11 grados, inmediatamente al Este del Cabo, en False-Bay, el agua traída por la corriente oriental es nueve

grados más caliente y llega á 26°,6, en los parajes del cabo de las Agujas.

Los vientos regulares que soplan en las costas del Africa austral se suceden de tal modo, que amenguan los contrastes de las estaciones; las variaciones anuales son mucho menos grandes por término medio en esta región del Africa que en las de clima correspondiente en el hemisferio boreal. Los alisios del Sudeste, que son vientos frios, soplan principalmente durante el verano, cuyo calor disminuyen, y las corrientes aéreas del Noroeste refluyen, en cambio, á la comarca en invierno. Además, estos vientos normales son atraídos hacia las mesetas por los focos de calor. En las costas orientales el viento alisio se dirige á veces francamente al Oeste, mientras sopla al Norte en el litoral del Sur, y por la parte del Atlántico se dirige al Este. En la estación cálida, cuando los vientos soplan del Norte después de haber recorrido las mesetas desiertas, parece que arde el aire, y entonces es muy molesto el calor, sobre todo en la región de las tierras altas, apartadas del Océano.

El aire suele ser menos húmedo que en la Europa occidental y especialmente en las mesetas es muy seco. La Montaña de la Mesa presenta frecuentemente durante el verano un curioso fenómeno que demuestra la sequedad de la capa aérea inferior. Los vientos del Sudeste, que chocan con la enorme masa de asperón, suben las pendientes sudorientales, y condensados sus vapores en el aire frío de la cima, se extienden como estrato blanco sobre la meseta. Después el viento se lleva consigo, á 200 ó 300 metros más abajo, magníficas cascadas de nieblas que flotan como cortinajes y se deshilachan y disuelven en el aire. Con esto queda absorbida la humedad traída por los alisios, y mientras la montaña se encuentra humeante, toda la comarca queda iluminada por el sol que brilla en un cielo puro. En invierno, cuando dominan los vientos del Noroeste, ocurre el fenómeno inverso, y las amplias colgaduras de nubes se despliegan desde lo alto de la montaña por la parte contraria.

Aunque es desigual el reparto de lluvia en las costas y en el interior del Africa austral, la proporción de humedad en conjunto es escasa y muy inferior á la correspondiente á Europa Occidental. Las lluvias abundan en pocos sitios privilegiados, donde el relieve del terreno obliga á las nubes á desgarrarse en agua. El año de esas regiones africanas no se divide como el de la zona ecuatorial en estaciones bien determinadas, lluviosa una y seca otra. Hasta en las mesetas del interior llueve ó

puede llover todos los meses, y generalmente las lluvias se distribuyen con regularidad durante todo el año. En las costas del Atlántico, los vientos de regreso traen la humedad, y durante el invierno austral, sobre todo en Julio, es cuando llueve más. En el resto del litoral, desde False-Bay hasta las costas zulús, los alisios del Sudeste son los que mojan el suelo, y como soplan en verano, la proporción de humedad es mayor desde Diciembre hasta Febrero. También en esta época reciben alguna humedad, aunque no mucha, el Karrú y las tierras altas del Transvaal y el Orange. En las costas de Natal acompañan al viento alisio las «lluvias de mar», que suelen caer únicamente cerca del litoral, mientras las lluvias ordinarias son chaparrones que mojan las pendientes de los montes.

En el Doostveld ó «Campo de la Sed» véanse vastas extensiones arenosas cubiertas de mélanos, comparables con las olas del mar y revestidos á veces de vegetación. Pocas fuentes hay en ellas y á veces distan cien kilómetros unas de otras: pero los bushmanes saben utilizar los fondos húmedos para beber y abreviar los ganados y clavando en la arena, á un metro próximamente de profundidad, una caña provista de una esponja en su parte inferior, aspiran el agua que ésta absorbe y llenan sus calabazas. Además, los animales de este desierto (llamado también Salahari) están acostumbrados á beber poco. Los bechuana no llevan ganados al abrevadero más que cada tres días; las cabras pasan meses enteros sin agua, y de ciertos antílopes se dice que nunca van á los manantiales.

Sue'e repetirse que el Africa austral se va secando. La mayor parte de los viajeros están conformes en que el país de Bechuana y las tribus vecinas, entre el Orange y el lago Ngami, ha perdido sus arroyos regulares, y que el cultivo, por la tanto, ha tenido que retroceder hacia las montañas. No es dudoso que en el período geológico presente ha disminuído mucho la humedad en la zona austral de Africa. Los antiguos lagos convertidos en salinas, los cauces fluviales convertidos en barrancos estériles, son de ello testimonios ciertos. Las observaciones científicas hechas en estas comarcas no son bastante precisas ni abarcan período bastante largo, ni extensión de terreno bastante vasta para que podamos saber si realmente estas regiones han sufrido durante el siglo XVIII una disminución de humedad ó si el régimen de aguas se ha hecho únicamente más desigual, de modo que sucedan sequías prolongadas á períodos húmedos

Esta última alternativa es la más probable. La tala en todos

los distritos ocupados por colonos, los incendios ocasionados por los pastores, necesariamente han tenido que hacer los arroyos mucho más inconstantes, transformándolos en *sprints*. En vez de ondas tranquilas, que serpentean en cauces bien hondos, se derraman de pronto por las llanuras «aguas montaraces», produciendo inundaciones, y cuando éstas cesan, los lechos de los torrentes quedan secos, la tierra pelada y endurecida por el sol, no absorbe ya el agua de lluvia, y ésta no puede ayudar á que germinen las plantas. Pero desde hace medio siglo que se practican observaciones regulares en el Cabo y otros puntos del Africa austral, nada demuestra que haya disminución de lluvias, á lo menos en la zona del litoral. En las mesetas, más de una alquería perecía de sed, y ahora, gracias á inteligente captación de los manantiales, ciudades enteras encuentran en los mismos sitios más agua de la necesaria.

Las regiones australes de Africa son de las más sanas de la tierra, no sólo para los indigenas, sino también para los inmigrantes europeos, que se aclimatan muy bien. Hasta en los distritos del interior, donde el verano suele ser tan ardoroso, los europeos pueden trabajar durante el día lo mismo que en su propia patria. Las epidemias son rarísimas, y nunca tan graves como en Europa ó los Estados Unidos. Hasta hoy no se conocen el cólera ni la fiebre amarilla, y apenas si hay enfermedades del pecho. Padécense, en cambio, neuralgias y reuma, en ciertos lugares de la meseta, donde hay en un día diferencias de temperatura de 20, 25 y 30 grados. La fecundidad de las familias es tan grande en toda la región, que hay muchas poblaciones donde el número de nacimientos es triple que el de las defunciones. Aunque carecieran de inmigración, las colonias sud-africanas crecerían rápidamente.

La flora es una de las más ricas de la tierra, y parece que todas las formas vegetales destinadas á extenderse en la zona templada por toda la anchura de un hemisferio, se encuentran amontonadas en esta angostura africana, juntando en poco espacio diversas áreas de vegetación. Según varios autores, comprenden estas comarcas 1.200 especies, ó sea dos ó tres veces más que Europa. En una sola montaña, cerca de Paarl, contó Drege en primavera 760 plantas vasculares florecidas. Los tipos de plantas tienen parecido general con los de Australia, pero aunque este último continente tenga una superficie dos veces y media más grande, y penetre por sus costas septentrionales en la zona tórrida, apenas es más considerable su flora que la del

Africa austral. En la inmensa variedad de formas, son unos 450 los géneros que pertenecen propiamente al dominio floral del Sur de Africa.

Entre las especies más extendidas en sus regiones figuran palmeras de dátiles enanas, aloes, cicasos, el árbol plateado (*lencodendron argenteum*), cuyo tronco y follaje tienen brillo metálico; los brezos, con más de 400 variedades; el rinoster (*elytropappus chinocerotis*), las irideas, los geranios, los pelargonios, los juncos, palmitos, etc.

Aunque es un clima templado, que corresponde al de Europa meridional, la flora subafricana presenta un contraste notable con las formas análogas del hemisferio opuesto: su período de reposo cae en la estación del calor y no en la del frío. Durante la sequía, desde Marzo á Mayo, es cuando la vegetación carece de hojas. En cuanto cae la lluvia, aunque haga frío, la estación despierta á la planta, que echa hojas y empieza á florecer. Las plantas procedentes de otros países han tomado las mismas costumbres.

Hacia la bahía de Algoa, las especies del Sur van desapareciendo, y las sustituyen plantas pertenecientes á las costas orientales de Africa. Apenas se ven algunos helechos y escasísimos geranios. Algunas especies tropicales, como las ciperáceas, aparecen en las pendientes de las montañas, en las cuencas del Great Fish River y del Great-Kéi.

La comarca ostenta más verdor según se sigue la costa, en dirección Nordeste, hacia la Cafrería y el Natal. Los árboles ganan en dimensiones, en pujanza de ramaje, y la mayor parte se distinguen por el brillo de sus hojas y la riqueza de las flores. En Natal hay flor durante todas las estaciones. Dos especies de palmeras se mezclan con los árboles copudos y la espléndida *zamia cycadifolia* yergue sus frondas encorvadas, semejantes á plumas de aveztruz.

Más allá de las montañas costeras, donde empiezan las mesetas áridas, poco regadas por las lluvias, cambia de pronto el aspecto de la vegetación. Se entra en la región botánica del Karrú, rica en hierbas secas y falta de árboles y arbustos, como no sea una especie de acacia. No han entrado en el Karrú los brezos, ni muchas de las familias características de la flora sud-africana: las legumbres son muy escasas. La región es muy rica en especies espinosas que podrían llamarse todas como una de ellas *wait-a-bit* (Aguarda un poco), porque suele engancharse en la ropa de los viajeros. El aspecto de las llanuras y ce-

rras que las dominan es uniformemente gris, pero después de una lluvia se embellece súbitamente la Naturaleza: las flores se abren por todas partes; la tierra se esmalta con mil colores, pero este adorno dura poco tiempo y la vegetación recupera pronto su aspecto ceniciento.

Al Norte de las montañas que limitan el Karrú y cuya flora es muy rica en compuestos, se extiende la zona de los páramos y desiertos, generalmente denominada de Kalahari.

Hay quien cree que se parece al Sahara, pero el desierto de Kalahari es la tierra de promisión, comparada con aquel otro desierto del Africa septentrional. Empieza por ser diez veces menor que el Sahara, pues no abarca más que 700.000 kilómetros cuadrados, y además no se le puede dar con toda equidad el nombre de desierto, pues aunque su arenoso suelo carece de aguas corrientes, posee cierto número de charcas, estanques y lagunas, en los cuales beben rebaños alimentados con hierbas que bien ó mal crecen en los arenales. Donde hay una fuente-cilla, ó se dispone de una charca, ó se ha abierto un pozo, se da muy bien el maíz. En sus espacios fértiles, el Kalahari tiene hierbas altas, que forman vegetaciones aisladas sembradas de algunos arbustos, y entre los arenales crecen algunas plantas comestibles que permiten al viajero aventurarse en el desierto, como la «patata del Bushman», tubérculo de sabor algo amargo, pero nutritiva, cuyas anchas hojas verdes están llenas de agua. También aprecian mucho los indígenas una especie de cebolla de flor blanca, alimento principal de los monos, pero el mejor recurso del hombre es el *nira* ó *sama* (*adanthosicyos horridos*) llamado también melón silvestre, á la vez carne sabrosa y bebida refrescante, y que se puede conservar en arena durante meses enteros. También se da el melón silvestre en el país de los namakua y de los hereros.

La región austro-africana, tan rica en formas vegetales que le pertenecen en propiedad, tiene muy pocos animales aborígenes. Por su fauna no es más que una prolongación del Africa tropical. En cambio, al Norte del Orange, es de asombrosa riqueza en animales de especies procedentes del Norte. A principios del siglo XIX llamábanse las regiones septentrionales de estas colonias «Coto de caza de la tierra», pues en ninguna parte había grandes mamíferos en tan prodigiosa muchedumbre. Los rebaños de antílopes parecían nubes de langosta.

Pero cada progreso de la civilización ha ido empujando á los animales hacia el Norte y el hipopótamo ha dejado de vivir en la

cuencia del Alto Orange desde tiempo inmemorial. Elefantes, rinocerontes, bisontes, antílopes, monos ó avestruces se han alejado del litoral con el bushman. Dos siglos hace que no se les ve entre el Cabo y el Orange, espacio en el cual no quedan más que algunos babuínos y hienas, el chacal y el perro silvestre, comensales del hombre, que andan alrededor de las granjas y rediles.

Los campesinos dan á estos merodeadores el nombre genérico de lobos. Algunos leopardos se ocultan en las asperezas de los barrancos, hasta cerca de la ciudad del Cabo. Son las fieras más peligrosas del Africa austral y se las teme más que á los leones.

Tan numerosos eran éstos antes en las cercanías del Cabo, que los primeros colonos holandeses temían verlos asaltar el fuerte alguna noche. Hoy no queda ya uno en la región colonizada, pero todavía se encuentran al Sur del Orange, en las llanuras altas del país de los bushmanes. Traidor y astuto, trata de sorprender sigilosamente á su víctima. Los cazadores afirman unánimes que es muy taciturno cerca de los caminos y casas.

El elefante y el búfalo han encontrado su último refugio en los tupidos bosques de Kuysua (que siguen la bahía de Plettenberg) y en algunas espesuras de las Suecuw-Bergen, donde está prohibida su caza. Todos están provistos de colmillos, que utilizan para socavar la arena árida de los cauces de los arroyos hasta encontrar el agua subterránea, y para arrancar de los árboles la corteza, que mascan lentamente.

Al Sur del Orange no se ve ya ni un rinoceronte. Los hipópótamos se han salvado algo más de las persecuciones y quedan algunos en las aguas del bajo Gariep y junto á los cocodrilos en los ríos de Cafrería y del país zulú. La jirafa, la cebra, el cuagga, el búfalo y la mayor parte de las 27 especies de antílopes que antes vivían en la parte, colonizada ahora, del Africa austral, se han retirado á las regiones del Norte. El kama (*dorcas*), el kudu (*strepsiceros*), el antílope negro y muchos de sus congéneres, ya no existen al Sur del Orange. El avestruz se conserva en estado salvaje en algunos distritos apartados, especialmente en el Kalahari, y, según Andersson, existen dos especies diferentes y distintas ambas del avestruz mauritano. Entre otras aves merecen mención también el *philhetoerus* ó «republicano», y el «secretario» (*serpentarius reptilivorus*), que mata las serpientes y cuya caza está prohibida. Representan á los reptiles numerosas especies, como la serpien-

te cobra y la víbora hinchada (*puff-ader*). Las bahías del litoral están plagadas de rayas eléctricas y de peces peligrosos, por sus dardos ó sus carnes que son venenosas.

V

Los habitantes.

La mayor parte de los habitantes del Africa austral pertenecen á las razas de color. De éstas, la raza de los bantú es la que predomina desmesuradamente.

Puede decirse que una línea trazada de Sur á Norte, á partir de la bahía de Algoa, limita al Occidente los pueblos bantú y los separa de los hotentotes de la vertiente atlántica. Las pendientes orientales del monte, los valles del Alto Orange, el Natal, toda la cuenca del Limpopo, el Kalahari y las mesetas hasta el Zambeze, forman parte de este dominio étnico de los que se creen los «hombres» por excelencia, que ocupa en Africa la zona tropical del Sur y se extiende más allá del Ecuador hasta el golfo de Kamerún. Las tribus victoriosas de los bantú, procedentes del Norte, llevaron sus conquistas hasta el Océano, que se extiende en lontananza hacia la región de los hielos.

Los bantú del Africa del Sur son designados con el nombre de cafres—que les dieron los portugueses al descubrirlos,—idéntico á la palabra *kafir*, aplicada por los árabes á todos los «infielos» de Africa, ó sea á los no musulmanes. Este nombre genérico ha acabado por tener una acepción restringida, y se usa sólo para los bantú del Africa austral y de modo más especial para las diversas tribus indígenas de la región comprendida en el Nordeste de la Colonia del Cabo y en el Natal. Los que viven en la cuenca del Tugela y hasta los límites de las posesiones portuguesas, son más conocidos, desde principios del siglo XIX, con el nombre de zulús. Los habitantes de la meseta montuosa en la cual nace el Orange y el Caledón, son los basutos. Los bechuanas ocupan la comarca que se extiende al Oeste del Vaal, y los bakalahari recorren los arenales, los páramos y los bosques del país cuyo nombre llevan. Otros grupos de tribus menos considerables pueblan los diversos Estados ó distritos del territorio oriental, diferentes en grado de civilización, costumbres y régimen político, pero con idiomas de origen bantú.

Los cafres, son sin comparación los más numerosos de los indígenas del Africa austral, y lo mismo los habitantes de las mesetas del interior que los de los montes donde nace el Orange y de su vertiente, se han encontrado con los europeos mucho después que los hotentotes y bushmanes. Hasta ahora no los ha perjudicado tanto como á éstos el contacto con la raza blanca invasora.

Sin embargo, el empuje que empezó con el desembarco de los holandeses al pie del Monte de la Mesa, continúa de grado ó por fuerza, y las colonias del Cabo y de Natal tienden sin cesar á juntarse á través de la Cafrería para formar una zona continua de población europea. La presión étnica forzosamente tiene que ser muy fuerte, por ser la Cafrería el país más salubre, pintoresco y fértil del Africa austral. En la montaña y en la meseta, los blancos también avanzan, penetrando entre los pueblos bantús hasta el Zambeze, y más allá.

A pesar de todo esto, los cafres constituyen una gran masa, y merced á la paz que reina entre sus tribus, su crecimiento anual es muy considerable. La Cafrería es la región del Africa austral más poblada, relativamente á su extensión, y ha de seguir siéndolo por la hermosura de su clima y la fertilidad de su terreno.

Los cafres tienen la primacía entre los pueblos bantús por la hermosura física, la fuerza, el valor y la inteligencia. Las facciones del cafre, no son tan finas como las del europeo, y sus labios son extremadamente gruesos, pero tanto ellos como los hotentotes, son superiores á los europeos en potencia visual, y el daltonismo es desconocido entre los indígenas africanos. La valentía, y sobre todo la fuerza de resistencia de los cafres, son bien conocidas de los ingleses, por las guerras en que han combatido contra ellos y por la feroz energía de que alardearon los amakoras, durante el año terrible del hambre voluntaria. Cuantos se han ocupado en la educación de los niños en los países cafres, se hacen lenguas de lo vivo y penetrante de su ingenio. Su vida mental debe de ser extremadamente intensa á juzgar por el número de locos que entre ellos se encuentra.

El Occidente de la Colonia del Cabo en la vertiente atlántica, y los montes y llanuras de la pendiente del Océano del Sur hasta la bahía de Algoa, pertenecieron en un principio á la raza de los *san*, cuyos escasos restos conocen los europeos con los nombres de *bosjesmannen* ó «bushmanes», que vienen á significar criaturas inferiores, semi-humanas por la forma, pero de

naturaleza bestial. Parece que este nombre es el mismo que dieron los holandeses al orangután en sus islas de la Sonda, por traducción fiel del malayo, pues *orang-utang* es exactamente lo mismo que *bosjesman*, hombre del bosque.

Los verdaderos *san* son, á lo menos en la región meridional de su dominio étnico, hombres bajitos, de piel relativamente clara, parecidos á los demás pigmeos del Africa Central, á los akka, batra, akua, abougo, dispersos en humildes tribus hasta junto á la cuenca del Nilo, entre pueblos nigrícios y bantús.

Parece que descienden de los primeros ocupantes de Africa y que fueron exterminados ó desposeídos por invasores, ascendientes de las tribus que fueron después dominadoras del terreno. Los demás sud-africanos reconocen su privilegio de antigüedad, y en las pocas ocasiones en que cazan juntos con los *san*, les ceden una parte más considerable de caza que á sus propios jefes.

Se ha considerado á los bushmanes como restos de una humanidad anterior á la nuestra; pero quienes los han descripto se han dejado llevar de los prejuicios de origen y costumbres, para tomar á esos desdichados perseguidos por séres más extraños á la humanidad de lo que realmente lo son.

No puede asegurarse, por carencia de observaciones suficientes, cuál es la estatura media de los bushmanes, y casi todas las que se han hecho recaen sobre individuos de la región del Sudoeste, donde los colonos extranjeros son más numerosos y vive más miserablemente la raza de los aborígenes. Puele ser que en esas comarcas el género de vida, el frío del invierno, y, sobre todo, la falta de suficiente alimentación, hayan achicado la estatura normal de los *san*. En el desierto de Kalahari y en otras regiones donde más de una tribu de bushmanes ó de baroa vive en las mismas condiciones que otras razas, no se observa esa diferencia de estatura, y en algunos parajes son los *san* los más altos y los más robustos y diestros.

Puele explicarse el ruín aspecto de los bushmanes meridionales por las condiciones de vida mísera á que se han sometido para conservar su libertad. Los que vivieron á su gusto en la independencia ó aceptaron ser siervos de cafres ú hotentotes, pudieron saciar su hambre, y sus descendientes conservan las proporciones normales. La tez amarillenta de los bushmanes meridionales recuerda la de los europeos atacados de ictericia ó la de los mongoles en estado normal de salud. También se ase-

mejor á éstos en el brillo de los ojos, en lo abultado de los pómulos, en la conformación de boca y barbilla, en la blancura y regularidad de los dientes y en lo delicado de muñecas y tobillos. Su fisonomía no carece de inteligencia y además revela gran sagacidad. Tienen que aguzar su ingenio para encontrar medios de adaptación al ambiente y de resistir victoriosamente á la miseria, á los elementos y á los enemigos. Uno de los caracteres distintivos de su cuerpo es la multiplicidad de las arrugas.

El idioma de los san tiene cierta relación con el de los hotentotes, y desciende sin duda de un trono común, aunque difiera mucho en la sintáxis.

Tienen, como los cafres y hotentotes, unas consonantes especiales, unos chasquidos muy difíciles de pronunciar para bocaseuropeas. Estos chasquidos fundamentales son cuatro: el dental, semejante al «beso de una nodriza»; el paladial, parecido al picotazo del ave llamada *pico*, en el tronco de un árbol; el cerebral, análogo al estampido de un tapón; el lateral, que sólo puede compararse con el graznido del pato.

La vida fugitiva de los san no les permite ejercer una industria cualquiera. En los distritos donde todavía no se han apoderado de fusiles, se sirven de piedras agudas, de vidrio, de pedernal, de arcos, de flechas envenenadas con jugos vegetales, y con el de una araña negra, especie de tarántula, cuya picadura es peligrosa y á veces mortal.

Los san ricos llevan mantos de piel de carnero; pero todos gustan de adornarse cuerpo y cara con collares de huesecillos, flechas y plumas de avestruz. Suelen vivir en cavernas ó madrigueras de animales, duermen en la ceniza caliente y se resguardan del viento con una estera tendida entre estacas.

Su existencia aventurera desarrolla en ellos extraordinaria destreza, y los capturados en su juventud y amoldados á la domesticidad, aprenden fácilmente cuanto se les enseña y llegan á ser pescadores y pastores de primer orden. Son pintores, y en las rocas de sus cavernas suele haber pinturas rojas que representan animales, escenas de caza y combates.

Si hemos de juzgar por los bushmanes de la Colonia al Sur del Orange, podemos pensar que la raza no tardará en desaparecer, porque en esas regiones se los caza como á las fieras y la mayor parte de los salvados del exterminio han huído á las soledades del Norte. En el Kalahari, y más al Norte, hacia el Zambese, no parece que disminuyen algunas tribus que conservan su libertad. En el país de los hereros y de los namakua hay de

4 á 5.000 san, y pueden calcularse en diez veces más todos sus hermanos de raza en el Africa austral.

A la llegada de los europeos los hotentotes ocupaban casi todo el Occidente de la Colonia del Cabo y todavía son muy numerosos. Mucho más altos que los bushmanes del Sur, y superiores á éstos por su género de vida relativamente culto, se les parecen bajo otros aspectos. Tienen el mismo matiz de piel, la misma dolicocefalia, se servían de iguales arcos y flechas, tienen los mismos instrumentos de música, gustan de embadurnarse con las mismas pinturas y de ponerse los mismos adornos, y la lengua que hablan los hotentotes, cuyo idioma habitual no es ya el holandés ó el inglés, procede del mismo origen que la de los san, aunque más rica, más flexible, menos bárbara en sonidos y en forma.

En los distritos donde no se han convertido los hotentotes en simples proletarios europeizados por lenguaje y costumbres, viven en un *As*, llamado por los holandeses *Kraal*, corrupción de la palabra *corral*. Son grupos de chozas hemisféricas, que parecen de lejos setas, y bastante compactas para no dejar penetrar el agua. No sirven más que para resguardar de la intemperie, y nadie puede estar dentro de pie, pues la altura de la techumbre no pasa de 1,30 metros. El traje de los hotentotes es un taparrabos de cuero, más grande para las mujeres que para los hombres, y un manto de piel de oveja, con el pelo hacia fuera ó hacia dentro, según la estación. Suelen alimentarse de leche y manteca, y no comen carne más que en días señalados, pero en esas ocasiones se atracan bárbaramente. Para sus expediciones van provistos de taleguillos con cecina pulverizada. Fuman con entusiasmo el cáñamo (*dukha*), pero para hacer penitencia por sus faltas ó para hacer propicia á la suerte en alguna empresa, se sentencian á prescindir de este narcótico durante algún tiempo. Consideran impura la carne de cerdo, liebre y gallina.

Han dicho muchos viajeros que los hotentotes carecen de religión; pero su temperamento es muy nervioso y excitable, y muchos misioneros protestantes los han hecho caer en éxtasis religioso. Según Bleck los hotentotes paganos creen en dos seres superiores, de los cuales uno debe de ser personificación de la luna, porque muere y resucita periódicamente. Tienen pocos amuletos y fetiches, y estos pocos relacionados solamente con el culto á los muertos. Los entierros son muy solemnes, y cuando han depositado al difunto en una caverna (generalmente en

una madriguera de puerco espín), amontonan pedruscos encima de la tumba. Gracias á estos montones de piedras se puede conocer el paso ó la estancia de los hotentotes en algunas regiones de la vertiente oriental, pobladas ahora por inmigrantes de raza bantú.

Cada tribu de hotentotes libres tiene su jefe, pero el poder de éstos no es muy grande, y los asuntos importantes se discuten en asamblea formada por todos los miembros de la tribu, sin excluir á los adolescentes.

Muchas de esas tribus han sido exterminadas por los colonizadores europeos. Han desaparecido los koraná, que vivían cuando llegaron al país los primeros colonos, y los grikuwa que acamparon junto á la bahía de Santa Elena. También han desaparecido los gauri, los san, los atta, los haisé, los susí, los danza, los dun y los chirigri.

Los indígenas decrecen al parecer, pero esto es más bien una ilusión óptica, porque el número de blancos se acrecienta más de prisa que el de ellos, y sobre todo, porque el cambio de costumbres atrae poco á poco á los indígenas hacia el círculo de vida de los blancos, convirtiéndolos en criados y obreros vestidos á la europea, haciéndoles hablar el idioma de sus amos y adaptándolos á sus ideas, culto, prejuicios, etc. Además, muchos hotentotes, refractarios á la civilización inglesa, se han dirigido á las comarcas del Norte, de las cuales procedían sus ascendientes. En el país de la namakwa y en el de los hereros, han ejercido la preponderancia política los hotentotes y han seguido, más allá del Cunena el movimiento emigratorio de los boers hacia la colonia portuguesa de Angola. Ahora no quedan hotentotes agrupados en tribus más que al Norte del Orange. Los de los distritos europeos van aumentando en número, aunque realmente muchos de ellos de raza mixta, no son de origen puro hotentote. Los del Este son en gran parte gonakwa ó limítrofes, procedentes de cruzamiento con cafres. Los giri-giri, que viven al Norte del Orange desde principios del siglo XIX son mestizos y parecen que se asemejan más á sus madres hotentotas que á sus padres europeos.

Las colonias del Africa austral tienen sobre Birmania y Australia la ventaja de que los europeos no han exterminado tan completamente á los indígenas. Las razas originarias más numerosas y enérgicas han sabido ó han podido defenderse mejor contra los inmigrantes, que llegaron en grupos pequeños. Durante dos siglos y medio de dominación han acabado

éstos por acomodarse al nuevo medio, por tolerar la existencia de los antiguos poseedores y hasta por unirse con ellos en cierta medida formando una nación nueva, en la cual se mezclan la sangre del blanco europeo y la del amarillo africano.

Al siglo y medio de haberse descubierto el cabo de Buena Esperanza, todavía no se habían establecido en él definitivamente los europeos. No logró implantar la dominación portuguesa Francisco de Almeida en la colonia de Saldanha, pues pereció con los suyos el año 1508. En 1666 y en 1675, fracasaron también dos tentativas francesas, y en 1620 tomaron posesión del país los ingleses en nombre de Jacobo I, pero sin que tuviera consecuencias este acto.

Los verdaderos fundadores de la colonización en la punta meridional del continente africano se presentaron en 1652. La «Compañía holandesa de las Indias Orientales» había enviado el *Haarlem* para reconocer el Cabo, y á los cuatro años (en 1652), el primer gobernador, Van Riebeck, acompañado de unos cien soldados, desembarcó al pie del Monte de la Mesa y empezó la construcción de un fuerte. A pesar de grandes dificultades, la Compañía realizó su deseo de facilitar el abastecimiento de los buques holandeses en la ruta de la India; el campamento se fué transformando en colonia, y en 1654 empezaron á llegar huérfanas de Amsterdam para unirse con los colonos constituyendo familias. Fué creciendo el número de colonos y rodeó á la ciudad naciente (hoy Cape-Town), un círculo de pueblecillos y campos. Empezaron los colonos por comprar tierras á los hotentotes, y cuando se sintieron fuertes los expulsaron ó se apoderaron de terrenos y hombres para esclavizar á éstos. Como los indígenas, pastores y no agricultores, no podían auxiliar eficazmente á los holandeses en el trabajo complicado del cultivo del trigo, las viñas y los naranjos, llegó en 1658 el primer cargamento de esclavos negros á la rada del Cabo, y las consecuencias de esta exportación de «ébano vivo», fueron las mismas en el Africa Meridional que en los otros países tropicales. Construyéronse grandes dominios á expensas de los pequeños propietarios, aprendieron los blancos á considerar el trabajo como cosa denigrante, la inmigración de los hombres libres fué muy lenta y prosperó poco la colonia por falta de iniciativa. Afortunadamente, disminuyeron los desembarcos de los negros durante el siglo XVIII, y al abolirse la esclavitud en 1834, el número de negros emancipables no llegó á 36.000.

Poco influyó también el reclutamiento de malayos, malga-

ches, etc., en la génesis de la nación neerlandesa del Africa meridional. Mayor influencia tuvo el enlace de hotentotas y otras africanas del país con los colonos neerlandeses que estaban muy escasos de mujeres europeas.

Pronto se mezcló un nuevo elemento étnico con el holandés. Protestantes franceses que huían de su patria á consecuencia de la revocación del edicto de Nantes y algunos piamonteses de los valles valdenses, se dirigieron á la Compañía holandesa de las Indias occidentales, que los envió á sus dominios del Cabo. Unos 300, contando mujeres y niños, llegaron á la colonia en 1688 y 1689 y se repartieron entre ellos algunas tierras. Luego se aumentaron con nuevas emigraciones de hugonotes, gente enérgica que afrontaba el destierro y la miseria por respeto á su fe, y puede afirmarse que influyeron mucho los hugonotes franceses en el progreso agrícola de la colonia y en el progreso de la vida social. Así como los primeros colonos holandeses llevaron poquísimas mujeres, los franceses iban acompañados por sus mujeres é hijas, de lo cual resultó que, fundiéndose pronto con las familias neerlandesas, contribuyeron á la futura nación de *afrikanders* ó *boers*.

Con más ó menos alternativas, continuó la inmigración francesa. Mayor hubiera sido si la Cámara de Amsterdam no se hubiera negado á permitir el traslado á estas regiones del Africa austral de toda la colonia de protestantes franceses de las cercanías de Nuremberg (igual en número al conjunto de los holandeses del Cabo), pretextando que el espíritu levantisco de los franceses, apoyándose en una gran proporción numérica, podría poner en peligro la colonia.

De todos modos, la inmigración francesa reforzó poderosamente la colonia de 600 holandeses que había entonces en el Africa austral. Hoy, millares de boers, aunque hayan holandizado sus apellidos, recuerdan con orgullo su ascendencia de hugonotes.

El mapa del Africa del Sur está cubierto de lugares que son testimonio de sus emigraciones desde las playas del Océano hasta las orillas del Limpopo.

La Compañía holandesa de las Indias occidentales proporcionó terrenos á los inmigrantes franceses; pero á los treinta y dos años de haber desembarcado los primeros hugonotes, prohibió que se usase el francés en pulpitos y escuelas, quedando como único idioma oficial el holandés, que se había extendido ya mucho entre los indígenas. La lengua de los boers ha llega-

do hasta las orillas del Zambeze, y los barotsé creen que es el lenguaje predilecto de los blancos.

Fuése extendiendo la colonia al Este, allende los montes, contra el gusto de la Compañía, que no consideraba el Cabo más que como un punto de escala y abastecimiento, y á pesar de los gobernadores, los cuales, celosos de sus prerrogativas, exigían que todos los colonos se sometieran á reglas de disciplina severa y etiqueta absurda. Prohibían á los arrendadores salir de las tierras que se les habían concedido y penetrar en el interior del país, so pena de castigos corporales, y hasta de muerte, y confiscación de bienes; pero estas disposiciones carecían de sanción práctica por no haber fronteras determinadas, ni plazas fuertes, ni guarnición en el país de los hotentotes.

Cuando Levaillant visitó las regiones del Cabo, de 1781 á 1784, la nación presentaba ya los tres elementos esenciales: holandés, francés y autóctono. El pueblo holandés del Sur se dividía en tres clases: gentes de raza holandesa, procedentes de los primeros colonos, alrededor del Cabo; familias agrícolas de las afueras, descendientes de calvinistas franceses y de neerlandeses; y en tercer lugar, una turba inquieta, aventurera, nómada, no siempre muy recomendable, y muchos de cuyos miembros eran mestizos, dados á la ganadería y á la venta de reses vacunas.

Estos hicieron mucho por la extensión de la raza y lengua holandesas y buscaron el cruzamiento con la sangre indígena hasta el punto de que se puede considerar á los afrikanders que hablan bajo alemán y á los boers, como descendientes de tres orígenes: el holando-frisón, el francés y el negro, con cualidades y actitudes prácticas debidas más á los antepasados hotentotes que á los europeos.

Los boers no dejaron de extenderse por irresistible emigración con sus familias, esclavos y rebaños. Itellenborch fué fundada en 1630; Roodzand, hoy Tulborgh, en 1743; Zwart Land, hoy Malmesbury, en 1743; Swellendan en 1746. En vista de todo esto, el gobierno del Cabo tuvo que proclamar la anexión de vastos territorios.

Pero ya preparaba Inglaterra sigilosamente la conquista de la colonia del Cabo, escala central de los mares, que le era casi indispensable para asegurar á su Compañía de las Indias la posesión definitiva de la península del Ganges. En 1780 zarpó una escuadra inglesa para el Cabo, á fin de sorprender la fortaleza y capturar á la guarnición; pero fué derrotada.

junto al Archipiélago de Cabo Verde por la escuadra francesa de Suffren.

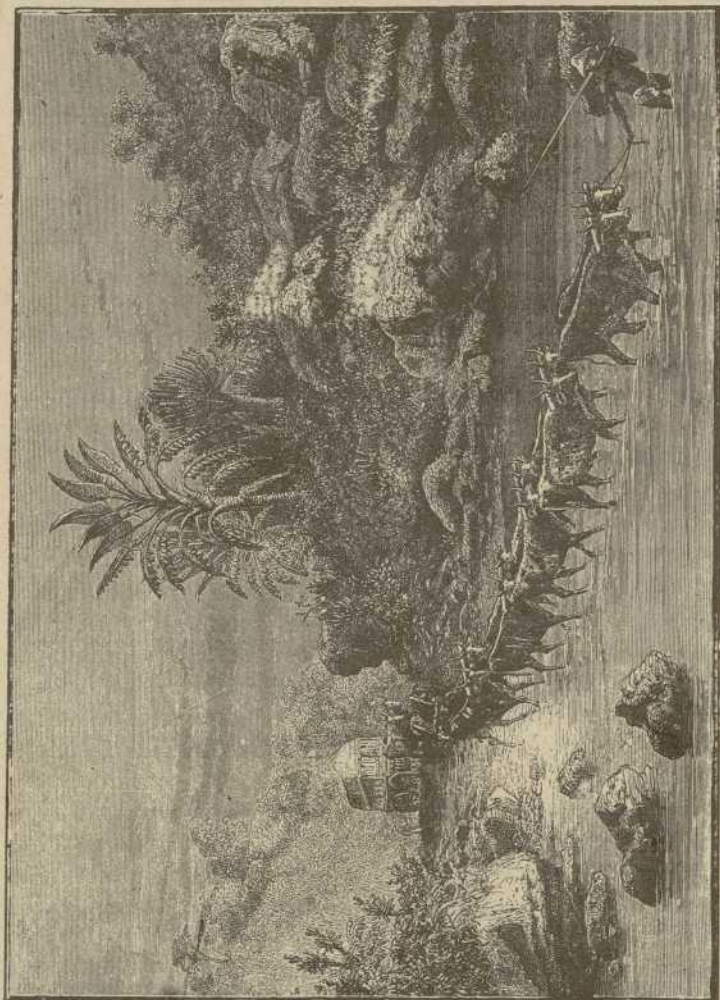
En 1795, cuando los franceses se habían apoderado de Holanda, y los boers del interior se habían declarado independientes, otra escuadra inglesa salió para el Cabo, para restablecer el orden en nombre del príncipe de Orange y ocupar al mismo tiempo la colonia en nombre del rey de la Gran Bretaña, empezando con esto para el Africa austral un nuevo régimen político.

Cuando la comarca pasó á la dominación inglesa, los europeos eran unos 25.000. y mandaban sobre unos 20.000 siervos hotentotes y 30.000 esclavos negros. Los inmigrantes de la Gran Bretaña fueron poco numerosos al principio, pero el gobierno británico preparaba la desnacionalización de los boers. En 1809, un decreto oficial recomendó el estudio de la lengua inglesa, aunque se siguió usando el holandés ante los tribunales. Los descendientes de los antiguos colonos se creían todavía los verdaderos amos, y respetaban poco ó nada los edictos de los gobernadores del Cabo. En 1815 provocaron una rebelión que fué sofocada con implacable crueldad. Hasta 1820 no empezó la verdadera inmigración inglesa auxiliada por subvenciones que votó el Parlamento. De los 90.000 individuos que se ofrecieron á cultivar las tierras arrancadas á los cafres durante las guerras fronterizas, fueron elegidos 4.000 que transportó el gobierno, por cuenta propia, á Port-Elisabeth, en la bahía de Algoa, y desde allí al interior, cerca de Graham's Town.

A pesar de la inexperiencia de la mayoría de los colonos, y de los errores de todas clases inherentes á tan importante empresa, salió bien la tentativa, merced á lo excelente del clima y á la fertilidad de las tierras. La colonia inglesa creció rápidamente y se extendió mucho más allá de los límites que se lo habían trazado. Junto al Africa holandesa del Oeste, se desarrolló un Africa inglesa del Este, que gracias al apoyo del gobierno no llegó á ser tan poderosa como su rival. Los dos idiomas se repartían el territorio y los gobernadores se apresuraron á asegurar la preponderancia al que hablaban ellos. Así como los holandeses habían prohibido el uso del francés, los ingleses prohibieron el del holandés. En 1825, fué el inglés la lengua corriente del gobierno, y en 1827 la de los tribunales. Más adelante, al constituirse el Parlamento colonial, los habitantes de lengua holandesa reconquistaron el derecho legal para su idioma.

Mientras los ingleses creaban una nueva Inglaterra al lado de Nueva Holanda, los holandeses australes extendían indefinidamente su patria primitiva.

Los *britishers*, ó sea los colonos ingleses, nunca han pasado



Un carro boer. (Dibujo de Drée.)

por vecinos asables, y siempre se les ha echado en cara su presunción orgullosa y su poca comprensión de cuanto no sea la vieja Inglaterra, sus costumbres, sus leyes, su constitución y su civilización especial. Empezaron por creer que los holande-

ses del Cabo eran un pueblo tosco y sin civilizar, y, en efecto, no lo estaban mucho, en la acepción inglesa de la palabra. Cuando el gobierno de la Gran Bretaña se apoderó definitivamente de la colonia neerlandesa en 1806, por una victoria en la que lucharon tres soldados aguerridos contra cada miliciano, no había en el Cabo más que una ciudad muy modesta, la capital, pueblecillos desprovistos de todo lujo, y á veces de lo necesario, y alquerías miserables dispersas hasta la raya indecisa entre blancos y salvajes. La naciente nación de los boers era una multitud de ignorantes indisciplinados.

Muchas medidas, justas unas, injustas otras, decretadas por las autoridades del Cabo, irritaron á los afrikanders, y sobre todo, lo ocurrido cuando la abolición de la esclavitud. Se calculó en 76 millones de pesetas la indemnización que habían de cobrar los dueños de esclavos; pero el gobierno inglés rebajó á menos de la mitad (31 millones) el importe de la indemnización. Entonces empezó la gran emigración hacia el Este y el Norte. Uno de los directores de este éxodo, Pieter Retief, manifestaba así los agravios, voluntades y esperanzas de los trek-kens ó emigrantes:

«Desesperamos de salvar nuestro país de los males causados por lo de los negros, y no creemos que nuestros hijos puedan vivir pacíficamente en país tan perturbado; nos hacen padecer mucho las vejaciones que han sucedido á la emancipación de los esclavos: los cafres y otros negros saquean sin cesar nuestras granjas; los ingleses nos calumnian con pretextos religiosos. Por eso reivindicamos nuestra libertad. Nos negamos á ser siervos; nos alejamos para buscar vida más tranquila. A ver si nos libramos de los ingleses y disfrutamos de una independencia absoluta »

Las grandes emigraciones de los boers en 1836 y 1837 dejaron vacíos en las grandes cuencas de los ríos Gambres, Londag y Great Fish River, vastos terrenos que los ingleses de la región oriental de la colonia se apresuraron á ocupar, lo que acrecentó su dominio étnico.

Infinitas páginas serían necesarias para contar la asombrosa historia de los *treks* ó peregrinaciones de los boers en busca de una patria donde pudieran permanecer libres, exentos de toda ingerencia de los ingleses detestados.

Desgraciadamente para ellos, los ingleses los han ido siguiendo por doquiera. En cuanto los boers han conquistado una comarca á los cafres, en cuanto la comarca se ha pacificado y

se han fundado ciudades, han llegado los dueños del Cabo, reclamando para Inglaterra la soberanía franca ó hipócrita de las tierras arrebatadas por los holandeses á la gran raza de los bantú.

Uno de los dos grandes grupos de emigrantes se dirigió al Océano Indico, donde ya existían boers, que habían llegado en 1834 á los parajes de las montañas situadas al Oriente de la meseta, franqueándolos á fuerza de paciencia y energía, con auxilio de sus enormes carros tirados por varias parejas de bueyes, vehículos que son una especie de institución nacional del pueblo boer.

En cuanto los holandeses empezaron á extenderse por el Africa del Sur, se encontraron en una comarca sin caminos, con senderos apenas trazados, abiertos por los animales de gran tamaño que iban á beber á las fuentes ó á los ríos, entre arenas, malezas y pedruscos.

Para la función crearon el órgano, inventando sus típicas carretas, de una madera elástica y dura á un tiempo, que chillan y crujen á cada vaivén. Las hicieron muy anchas para que no volcaran con las sacudidas violentas, y las dividieron en departamentos para los víveres, ajuar de casa, mercancías y camas, con toldo que resguarda á los viajeros del viento, el polvo y las lluvias.

Muchas familias emigraban juntas, para protegerse mutuamente en tiempos de tormenta ó contra ataques de indígenas ó fieras, formando caravanas de seis ú ocho carromatos, enganchando á cada uno varias parejas de bueyes, que se duplicaban cuando había que trepar por las rocas. Cuando la fatiga acababa con las bestias, acampaban los emigrantes en el desierto, aguardando refuerzo.

Puede decirse sin exagerar que los ejercicios de tiro y el manejo de estos carros tricolores, verdes, colorados y amarillos, siguen siendo la base de la educación de los boers. Los «comandos» grandes y chicos de Botha, Cronje, Delarey y otros caudillos llegaban y retrocedían siempre á tiempo, en la última guerra anglo-boer, gracias á la habilidad, serenidad y paciencia con que saben guiar estas carretas de bueyes.

A fines de 1837 habían atravesado las Draken-Bergen unos mil boers para bajar á los valles de la vertiente oriental. Pero Dingan, rey de los zulús, que al principio había favorecido la entrada de los colonos en el territorio despoblado por su hermano, se asustó al ver que aumentaba la invasión, y con pre-

texto de un convite á cierta fiesta, mandó matar á los boers. Empezó entonces una guerra sin cuartel. En el primer encuentro fueron muertos unos 700 holandeses, pero los supervivientes atrincherados detrás de sus carros, rechazaron á los agresores, tomaron la ofensiva y atravesaron el Tugela para atacar á los zulús en sus aldeas. En 1840 destronaron á Dingán y fundaron la República libre de Natal.

El gobierno del Cabo no quiso reconocer el nuevo Estado y envió tropas para que se apoderaran de él en nombre de Inglaterra. Bajo pretexto de proteger á los holandeses contra los zulús, y á éstos contra aquéllos, se apoderaron del Natal á pesar de la resistencia de los boers, que se retiraron á los valles altos. Aunque algunos se quedaron, la mayor parte emprendieron nueva inmigración para reunirse con sus compatriotas del Orange.

Otro grupo se dirigió al Norte, tuvo que sostener luchas con los cafres y poco á poco nació un nuevo Estado en la meseta de Orange, pero los ingleses los persiguieron y sometieron también en 1848 á la soberanía británica. Los boers quisieron resistir, pero fueron derrotados, y la gran mayoría se fué más al Norte, atravesando el Vaal y fundando la República del Transvaal. Al llegar al país donde está hoy la ciudad Potchefstroom, se encontraron con el terrible jefe de los Matabeles. La mayor parte de los emigrantes fué exterminada, pero los que quedaron consiguieron expulsar á los indígenas y sostenerse en los terrenos ocupadas. Fueron llegando nuevos emigrantes y poco á poco se constituyó la República Sud-africana.

A pesar de esta huida constante de los holandeses hacia el interior, el elemento neerlandés sigue dominando en la antigua colonia del Cabo, y prepondera en el conjunto del Africa austral inglesa. Antes de la guerra, que ha acabado con la independencia del Transvaal y el Orange, se creía que los afrikanders acabarían por conquistar el poder político en el conjunto de estas regiones, donde la gente de origen franco-holandés abunda más que la sajona y asimilada, tanto más cuanto que las mujeres boers son más fecundas que las inglesas. Los afrikanders que merecen este nombre son los blancos de origen europeo que no han nacido en Europa, sino en Africa, ó aquellos cuyos padres ó abuelos vieron la luz en la vasta región que termina en el antiguo cabo de las Tormentas.

No es posible saber con fijeza cuántos son los holandeses y los ingleses en el Africa austral, por carecerse de censos fun-

dados en las lenguas habladas en las diversas colonias de esta parte africana. Recurriendo á las listas de los adeptos á las diversas sectas protestantes, se han hecho cálculos aproximados; pero estos cálculos varían, según los hagan partidarios de la influencia boer ó del predominio inglés. Probablemente, la fuerza comparada de ambos elementos debe ser la siguiente: 250.000 ingleses y 550.000 boers; pero en cambio es grandísima la influencia social, comercial é intelectual del idioma inglés, de sus colegios, escuelas y periódicos. La publicidad inglesa es más de seis veces mayor que la debida á la lengua holandesa, aunque el afrikander holandés procura luchar en este terreno con sus rivales, fundando escuelas y asociaciones nacionales.

El pueblo boer es rudo, y hasta grosero á veces, pero también sencillo y viril. Es honrado, franco, confiado y hasta crédulo, y, por otra parte, ignorante y de espíritu estrecho, más esclavo de la letra que del espíritu del cristianismo. Los boers son altos, robustos y flemáticos, aunque perseverantes. Las mujeres son también altas, huesudas, mal formadas y carecen de distinción. En cambio, poseen todas las virtudes domésticas y son de una portentosa fecundidad. El holandés de las mesetas lleva siempre la pipa en la boca y anda sin cesar á caballo, con el fusil en bandolera. Es hombre de acción, guerrero, centauro primitivo, mientras el afrikander del Cabo, especialmente el de las ciudades, es un burgués, propietario y viticultor, con menos sobriedad y energía.

VI

Extensión de la colonia inglesa en Cafrería, Grikualand y Bechualand.

Mientras los boers se extendían por las mesetas dirigiéndose al Norte, los ingleses se extendían por el Nordeste hacia Natal. En esta parte reinaban los cafres, y entre éstos y los ingleses había continuas escaramuzas y saqueos. A fines de 1834, se hizo general la guerra; invadieron los cafres toda la comarca oriental del Cabo, saquearon las granjas, se llevaron 25.000 cabezas de ganado y mataron mucha gente.

En seguida acudió á la frontera el gobernador del Cabo; la represión fué terrible, y se anexionó á la colonia un nuevo territorio. Fueron, sin embargo, tales y tantas las injusticias co-

metidas con los indigenos, que el Gobierno central inglés reconoció públicamente que los cafres habían usado de su derecho al tratar de obtener violentamente la separación que por buenas no les daban, y se les devolvió el territorio, aunque por poco tiempo, pues no tardó en surgir otra guerra, cuyo punto de partida fué el robo de una hacha, y que duró dos años, al cabo de los cuales se aumentó el territorio del Cabo con el espacio que media desde el río Great Fish al río Kéi, en una anchura de unos 200 kilómetros.

En 1830 se promovió nueva guerra, y otros dos años se batieron cafres é ingleses, hasta que comprendieron los primeros que la resistencia era imposible, y ocurrió entonces uno de los hechos más extraordinarios que registra la historia de las naciones. Conociendo su impotencia para vencer á los invasores de su país con medios naturales, imaginaron los cafres, atacados de una locura colectiva, que podían conseguirlo por medio de un milagro. Siendo insuficientes los vivos, contaron con los muertos. El profeta Uhlakaza recorrió la comarca, anunciando á sus compatriotas los amakosa que en una fecha muy próxima saldrían de sus tumbas todos los guerreros difuntos, todos los héroes célebres, y que los vivos se transfigurarían en día tan señalado, haciéndose todos fuertes é invencibles. Pero para asegurar la victoria, tenían que demostrar su fe inquebrantable, sacrificándolo todo menos las armas, matando el ganado, quemando los graneros, dejando en barbecho los campos, permaneciendo hambrientos y desnudos, mientras aguardaban el día señalado: entonces revivirían súbitamente, más hermosos y abundantes los carneros degollados, y magníficas mieses adornarían la tierra.

Creyeronlo así casi todos los amakosa y cumplieron al pie la de letra las prevenciones del profeta. 25.000 ó 50.000 de ellos se dejaron morir de inanición aguardando el día anunciado. Ese día no llegó, y los cafres que quedaban, desesperados, se convirtieron en pordioseros. Entonces se anexionó definitivamente al Cabo la Cafrería hasta el río Kéi.

La región de los grikuas, llamada por los ingleses Grikua-Land-West, fué anexionada á la Colonia en 1877 á consecuencia del descubrimiento de diamantes. Ya hacía tiempo que los granjeros ribereños del Orange recogían piedras finas; pero hasta 1867 no se conoció su valor. Entonces se repartieron dos mercaderes el precio del primer «diamante del Cabo» arrebatado á un bushman. A los dos años, un grikuo encontró otro dia-

mante, magnífica piedra de 83 quilates, llamada «la Estrella del Sur», que fué vendida en 300.000 francos. En seguida acudieron los buscadores de piedras preciosas hacia el distrito de Hope Town, donde se habían hecho los hallazgos, y se estudiaron las arenas del río hasta la confluencia del Vaal. A 160 kilómetros de su unión con el Orange se llegó á las altas playas diamantíferas. Masas enormes de aventureros se lanzaron á este Dorado, que carecía casi de habitantes. Soldados, marinos, desertores, criados blancos y negros llegaron en tropel; cada busque llevaba al Cabo nuevo contingente de hombres ávidos, mineros y traficantes, que buscaban campos de oro á través de las soledades de la meseta.

Centenares de viajeros, hambrientos, enfermos ó extraviados, perecieron á lo largo de este Calvario de más de mil kilómetros, y las fieras devoraron sus cadáveres. En los campamentos de los mineros hizo estragos la muerte por falta de comodidades, por la alimentación nociva y el exceso de trabajo. El de la bebida originó terrible epidemia de un tifus que se llamó fiebre de los mineros.

Inglaterra supo aprovecharse de todo esto. Al año de haberse esparcido la noticia de tan maravillosos hallazgos, invitó el gobierno al bushman Waterboer, jefe de los grikuas, á solicitar la soberanía británica, y se apresuró á satisfacer el deseo que había hecho manifestar al indígena. Ya habían constituido los mineros la República independiente de Adamauta, pero no se hizo caso alguno de este hecho consumado, y los boers del Estado libre de Orange, que consideraban de su propiedad este territorio, consintieron en cederlo por 2.250.000 francos.

El Grikua Land occidental tiene una extensión de 40.000 kilómetros cuadrados, con 83.000 habitantes, ó sean unas dos personas por kilómetro cuadrado. La comarca es saludable, á pesar de algunas fiebres, causadas por los grandes movimientos de tierra. Aunque la comarca está en pendiente hacia el Oeste, siguiendo el curso del Orange, las alturas mayores se hallan en su parte occidental. Hay varios montes de más de 1.400 metros, y el campamento de Danids-Kuil está á 1.616.

En las depresiones de las llanuras comprendidas entre los dos ríos, hay varias lagunas, casi todas de forma oval, bastante vastas durante las lluvias para que las surquen barcos que se dedican á la caza de patos silvestres, pero el resto del año están secas ó cubiertas de una capa de sal.

Los grikuas son mestizos que descienden de coionos holan-

deses y de hotentotes de diversas tribus, población mezclada de tipos muy diversos, desde el bushman hasta el cafre y el europeo.

En 1895 fué también anexionado á la Colonia del Cabo el «British Bechuana-Land» ó país de los bechuana meridionales, dándose el nombre de «Bechuana-Land Protectorate» á la región habitada por los bechuana del centro y del Norte.

Los boers de la gran emigración habían fundado sus dos repúblicas del Orange y del Transvaal en el país de los bechuana orientales, y les pareció conveniente apoderarse también del país de los bechuana occidentales. Protestaron los ingleses, no hicieron los boers caso de la protesta y en los territorios de los bechuana se crearon dos republiquillas de afrikanders: Stella-Land ó «País Tranquilo», al Sur, y al Norte el Goosen, recuerdo del país dichoso de Gersen, en el cual vivieron los judíos desde Jacob hasta Moisés.

Estos dos Estados boers en el camino del Orange al Zambeze molestaban mucho á Inglaterra que renovó sus protestas, entabló negociaciones y al fin hizo prevalecer su voluntad soberana, anexionándose en 1884 la inmensa región de los bechuana, cediendo al Transvaal escasísima porción del territorio discutido. Este Bechuanaland meridional tiene unos 173.160 kilómetros cuadrados, con 60.333 habitantes. La región occidental es muy seca. la parte oriental vale mucho más, y llueve bastante en ella para que pueda producir pastos, árboles, trigo, mijo, maíz y legumbres. Sus habitantes forman parte de los bantú, y según sus tradiciones, llegaron al Africa austral después que sus primos los demás cafres. Son de buena estatura, robustos y bien formados. Las mujeres son llevadas fuera de los pueblos para someterlas, bajo la dirección de matronas viejas, á una especie de noviciado para aprender sus deberes de futuras esposas, y principalmente la obediencia absoluta. La última prueba consiste en ponerles en las manos una barra de hierro caldeado, que deben sujetar durante algunos momentos sin dar un grito.

Los hombres están obligados á la circuncisión, que, más que práctica religiosa, es el símbolo de la entrada en la vida civil. Cuando llegaron á este país los misioneros protestantes no encontraron entre los bechuana ninguna ceremonia que indicase su creencia en el mundo sobrenatural, pero lo cierto es que usan algunas prácticas que parecen inexplicables, si no es su objeto conjurar las fuerzas del mundo desconocido y obtener su

favor. Cada tribu está gobernada por un jefe ó rey, que transmite el poder á su hijo mayor. Desde que los misioneros se han establecido en los principales pueblos del país, el traje europeo es el más usado en las tribus próximas á la frontera, y en casi todos los pueblos hay escuela, capilla y casas modernas de estilo inglés, rodeadas por las chozas redondas, de techo cónico, habitadas por los pobres. En todas las tribus hay indígenas que hablan holandés. Los bechuana son muy afables y se hablan siempre con respeto. Suelen ser de naturaleza pacífica, aunque antes eran frecuentes las guerras originadas por robos de ganados.

COLONIA DEL CABO

I

Población, natalidad, inmigración, agricultura, minería, industria y administración.

Grande ha sido la Colonia que, como dijimos, fundaron los holandeses, pasó luego á poder de Inglaterra, y se ha ensanchado posteriormente con las anexiones enumeradas.

Prescindiendo de los ingleses y demás sajones que invaden los campos de oro del Africa austral, parece raro que sean relativamente pocos los emigrantes británicos que se dirigen como cultivadores á estas tierras harto vastas y fértiles para alimentar á millones de hombres. El motivo principal consiste en el instinto de sociabilidad de los emigrantes. Al dejar su Inglaterra quieren ir á otra parte que se parezca á aquella en lenguaje, costumbres y cohesión étnica, ya que no nacional, y prefieren los Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda, á la Colonia del Cabo, donde han de verse en contacto con holandeses, hotentotes, cafres, blancos y amarillos de todas las razas. Aun siendo los amos políticos, les desagrada formar con sus hermanos de idioma una escasa minoría.

Otra causa es que los ingleses (aunque esté muy extendida la opinión contraria), no son colonos en la verdadera acepción de la palabra. Más que cultivadores, son mineros, industriales, banqueros, comerciantes, periodistas, figurando siempre como

urbanos más bien que rurales. Van á las minas de oro y de diamantes y á las grandes ciudades y vastas llanuras donde, con dinero abundante, se pueden dedicar á la ganadería en gran escala. Pocos labran y siembran: esta labor la dejan para alemanes, italianos, polacos, etc. El país que más les gusta es aquel donde más pronto se puede ganar dinero, lo cual no ocurría en el Cabo antes de descubrirse las minas de oro y diamantes.

Además, la Colonia puede prescindir de la inmigración europea, porque allí se desarrolla con gran vigor la raza blanca. Las familias son muy numerosas y hay patriarcas que tie-



Una plaza de El Cabo. (Dibujo de Dree.)

nen más de 200 descendientes vivos. En cuatro años han dado las estadísticas 60.151 nacimientos por 27.656 defunciones.

Como desde que se encontraron las minas de oro del Transvaal, se dirige á este país principalmente la emigración, resulta que es insignificante la dirigida al Cabo. Es más: la población de esta colonia la va dejando para trasladarse al Transvaal y el Orange.

El último censo de la colonia, con sus ensanches de Griqualand, Bechuanaland, etc., demuestra que en 756.083 kilómetros cuadrados de territorio, hay 1.749 960 habitantes (ó sea 2,3 por kilómetro cuadrado), de los cuales 382.198 son europeos.

Desde que se hizo esta estadística, se puede conjeturar que la población total de la colonia del Cabo ha crecido hasta llegar á 2 100 000 personas.

Está, pues, poco habitada, con relación á la inmensa extensión del territorio utilizable. El clima, especialmente en las

costas, es muy bueno para el cultivo, y el colono tiene á gala poder producir á la vez en su granja «grano y vino, carne y lana». El precio de las tierras varía mucho, y mientras en las cercanías de Ondtshoorn, en el valle del Olifant, cuesta la hectárea á 8.400 pesetas, en el Karrú y otras regiones del Oeste, vale dos.

El cultivo del trigo, que es allí el cereal predilecto, viene á bastar para las necesidades usuales de la colonia, pero á veces reduce tanto sus cosechas la sequía, que hay que pedir grano al extranjero. A Occidente, en los distritos próximos al Cabo, es donde está más extendido el cultivo del trigo, más perfeccionado y con mejor producción. En cambio, en los distritos orientales, prosperan mejor el maíz y el mijo.

Los árboles frutales se dan muy bien en la colonia, y abundan tanto las especies de la Europa templada y de la meridional, como las del Africa del Sur. Los colonos tienen la esperanza de extender la exportación dentro de algunos años, tanto más cuanto que, por el contraste de estaciones, abunda allí la fruta cuando carecen de ella los países de la zona boreal.

La viña se cultiva mucho y el vino del Cabo tuvo una celebridad que ha perdido. Fué la vid una de las primeras plantas europeas introducidas por los colonos, y el clima de la extremidad Sudoeste del continente es quizás el mejor del mundo para la uva. Su producción anual, que en las diversas comarcas vitícolas varía entre 14 y 40 hectolitros por hectárea, llega hasta 83 en el distrito costero del Cabo y en los del interior, desde Worcester hasta Ondtshoorn. Puede dar una hectárea la prodigiosa cantidad de 173 hectolitros de líquido. Lo malo es que se cultivan pocos los terrenos propicios para la viña, cuyo total no excederá de 20.000 hectáreas.

El tabaco se explota principalmente en el valle del Olifant.

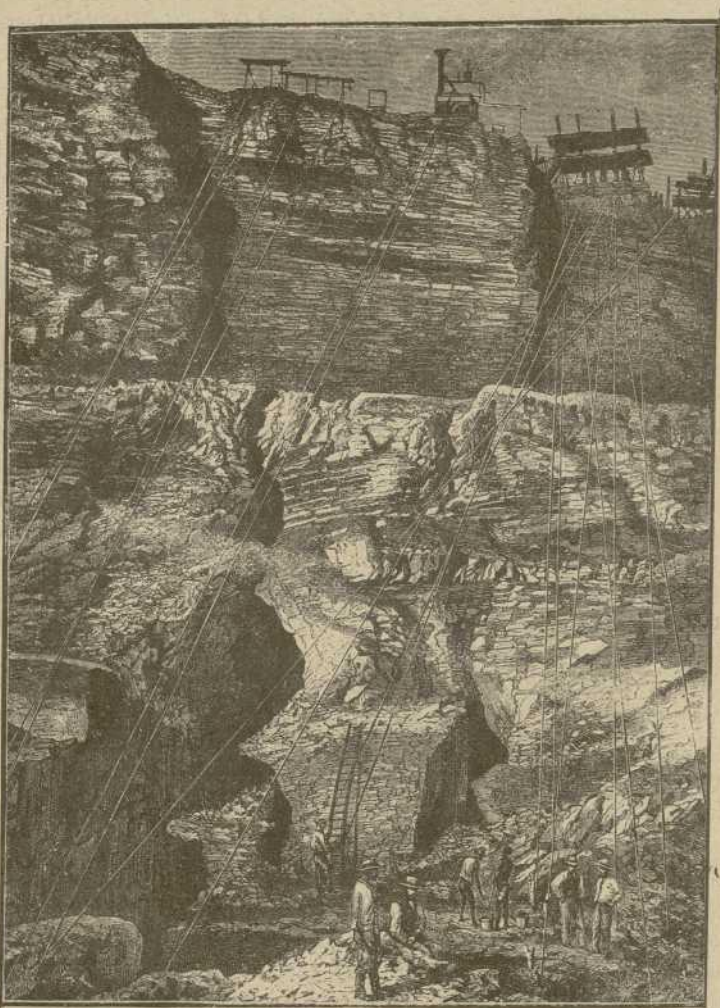
Se calcula en un tercio de la población la que se dedica á la ganadería y á las industrias que de ella se derivan. El ganado caballar no es de gran alzada, ni de formas perfectas; pero tiene grandes condiciones de fuerza y resistencia. Hay unos 400.000 en la colonia y 100.000 entre borricos y mulos.

Existen centenares de millares de bueyes dedicados al transporte de viajeros y mercancías en los distritos de la colonia y comarcas próximas, desprovistas de vías férreas. Desde 1883 ha crecido mucho el número de vacas lecheras y se envían á Inglaterra millares de toneladas de queso y manteca.

Hay unos cinco millones de cabras, principalmente en el

árido Karrú, y en los bosques de la colonia pacen también millares de antílopes domésticos de varias especies.

La principal riqueza pecuaria consiste en rebaños de ovejas.

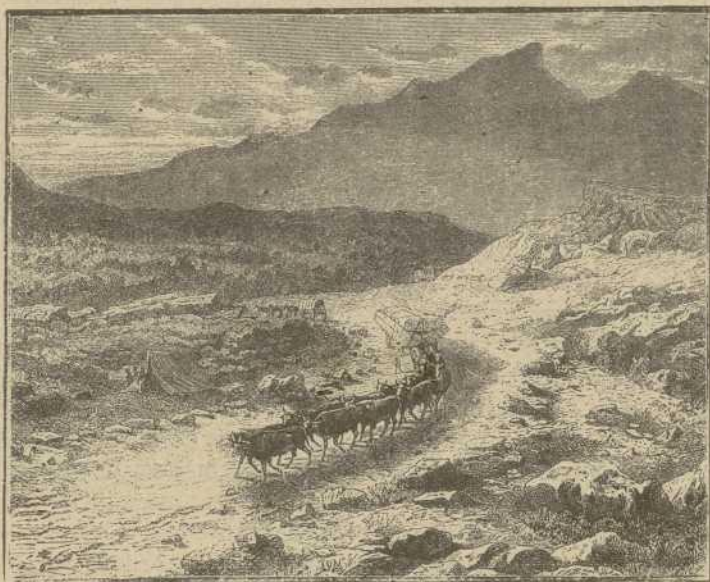


Una mina de diamantes. Dibujo de Trée.)

Cuando los holandeses llegaron á la Colonia encontraron la oveja de cola poblada y pelo áspero que vive en el continente africano. Se calculan en dos ó tres millones de cabezas los animales de esa especie poseídos por los colonos.

En el Este, el Nordeste y el interior se cría el carnero merino en granjas muy extensas, con rebaños cuyo números de cabezas varía entre 1.500 y 12.000.

Hasta el año 1864 el avestruz era cazado por los colonos del Cabo y se temía que acabase por desaparecer; pero algunos colonos empezaron á domesticarlo y á hacer que la cria sustituyera á la caza. Con la introducción de las incubadoras artificiales se aumentó mucho la producción; pero el exceso de



Un convoy en las minas de diamantes. (Dibujo de Drée.)

ésta, fundado en las muchas ganancias obtenidas, resultó contraproducente y disminuyó de un modo considerable el precio de las plumas de avestruz. De todos modos, conserva el Cabo el monopolio de este comercio.

Como abundan poco las fuentes pródigas y los arroyos permanentes, y el agua es muy necesaria para la agricultura y la ganadería, se han abierto muchos canales de riego y hay numerosas bombas y norias. Los pastores del Karrú tienen mucha habilidad para descubrir, por la vegetación de la superficie, los lugares donde hay aguas subterráneas. Gracias á los pozos y aljibes se ha transformado más de una región del Karrú y se

ven grandes arboledas, huertas y praderas donde antes solo había tierras áridas sembradas de malezas.

El Africa austral es famosa por el oro y los diamantes. El primero abunda en el Transvaal, pero en cambio el territorio diamantífero pertenece á la Colonia del Cabo.

Empezó en 1867 la «caza del diamante», y á fines de 1870 se convirtió en frenético delirio al propalarse que se habían encontrado yacimientos en la meseta, lejos de los aluviones fluviales. Tropheles de buscadores se lanzaron á aquella comarca. Los colonos holandeses vendieron sus tierras, y, como por ensalmo, se levantaron centenares de tiendas y cabañas, humilde principio de una gran ciudad.

Han demostrado las investigaciones geológicas que en la región de la meseta, el terreno cubierto de una capa uniforme de arena roja extendida sobre un estrato de toba caliza, oculta rocas melafíricas perforadas por pozos no explorados, á 380 metros bajo la superficie. Supónese que esos pozos, rodeados de un muro de basalto, no son más que cráteres antiguos. La tierra que los llena es precisamente la formación diamantífera que la presión de los gases ha empujado hacia la superficie, y que se ha hecho amarilla y fragmentaria en las partes superiores, permaneciendo azul y compacta en los fondos donde no ha penetrado la acción de la atmósfera. Sobre los basaltos descansan esquistos carbonosos, y suponen los geólogos que estos esquistos han producido el carbono necesario para la formación del diamante. En un espacio de 18 kilómetros se entreabren cuatro de estas bocas de cráteres subterráneos, llenas de una tierra en que los diamantes están distribuidos, según cierto orden, conocido por los mineros hábiles. Esos cuatro pozos diamantíferos se llaman Bultfontein, de Beer, Du Toit's Pan y Kimberley.

Este, junto al cual se ha edificado la ciudad del mismo nombre, es el más rico del Cabo y de toda la tierra.

En los primeros tiempos de la explotación de las minas, el espacio utilizable en Kimberley formaba un tablero regular de lotes separados entre sí. Unas 500 cavidades daban á la mina el aspecto de un hormiguero inmenso. Como los mineros no respetaban los caminos que separaban los lotes para buscar los diamantes, en vez de tales caminos se construyeron puentes, pero éstos se iban desmoronando, y se acordó escombrar todo el interior de la cavidad, que se iba ahondando cada día en forma de cráter. Para limpiarla de tierra, se levantó en todo el contorno de la sima (más de 600 metros) un andamiaje de varios

cuerpos, que comunicaba con cada lote minero por medio de una correa sin fin, de cuero ó alambre. Unos cabrestantes movidos por hombres primero, y después por el vapor, subían por el aire á los obreros y las mercancías. Desde el fondo del abismo hasta los tableros del apartado no ha habido trabajo humano más extraño que el de esta inmensa hondonada, envuelta por una red de alambres resplandecientes, sobre la cual se balanceaban los fardos, y donde resonaban sin cesar gritos de hombres y chirridos de máquinas.

No tardó en cambiar la apariencia de la mina. Varios derrumbamientos cubrieron más ó menos el fondo de los pozos: la mina solía llenarse de agua de lluvia, y los gastos de conservación se equilibraban con las ganancias. Hubo que modificar de nuevo la manera de explotarla, abriendo pozos á través de las rocas desmoronadas, para llegar á la tierra azul por debajo de los hacinamientos que la cubrían, y prolongar las galerías subterráneas por el interior de la masa diamantífera.

Se ha calculado que desde el día del descubrimiento hasta el presente (incluyendo en la evaluación el contrabando) exportó la colonia más de diez toneladas de diamantes, que representan 50 millones de quilates y cuyo valor fué de 1.750 millones de pesetas. El importe total de lo exportado hasta ahora debe de pasar de tres mil millones.

Para evitar los robos de piedras preciosas se acudió á medidas muy rigurosas, y muchas veces se llenaron las cárceles de Kimberley. Hubo huelgas como en las minas de Europa, y la represión fué muy violenta.

Comparadas con la extracción de diamantes, son poco importantes las demás industrias mineras del Cabo. Hay hulla pobre y poco explotada en Stoombergen; lignitos en el distrito de Oudtshoorn y en el cabo Flat, cerca de yacimientos de azufre; canteras de granito y calizas, y además deben citarse las minas del desierto de los pequeños namakua, algunas de las cuales atraen á los mineros de Cornuailles, arrojados de la madre patria por el empobrecimiento de los yacimientos ingleses. Estas minas de cobre producen una exportación anual que varía entre 5.500.000 y 7.500.000 pesetas. La de Vokiep, que es la principal, se halla unida al litoral del Atlántico por los 145 kilómetros del ferrocarril de Port-Nolloth. Hay otros yacimientos de cobre en varios sitios, principalmente en el Ponto Land; se encuentran galerías argentíferas en muchos parajes, mineral de hierro y de manganeso, y mercurio en la tierra de los grikoa

occidentales. La sal, excelente para las salazones, se emplea en algunas pesquerías para el consumo y para la exportación á la Gran Bretaña. Se la saca de las bahías levantadas del litoral y de las depresiones del Karrú y la cuenca del Orange, así como de grandes depósitos de sal gema. La mina de Nitenhage da 4.000 toneladas al año.

Otra riqueza de la Colonia del Cabo es la de las fuentes sulfurosas, ferruginosas, etc. Hay muchas muy concurridas, cuyas virtudes medicinales y altitud son provechosas para los enfermos.

La industria también ha ido prosperando en la Colonia, que posee destilerías, cervecerías, fábricas de harinas y de curtidos, peleterías y jabonerías, talleres para fabricación de muebles de madera del país y de carros boers, aserraderos, fábricas de tabacos, fundiciones de hierro, talleres de ferrocarril, lavaderos de lana y fábricas de galletas, dulces y conservas.

El comercio exportador consiste sobre todo en productos del terreno. Muchos de éstos, que dependen de la moda, como las plumas de avestruz, ó del año seco ó lluvioso, como la lana, varían según las épocas, pero progresan invariablemente.

Casi todo el comercio de exportación y de importación está en manos de los ingleses.

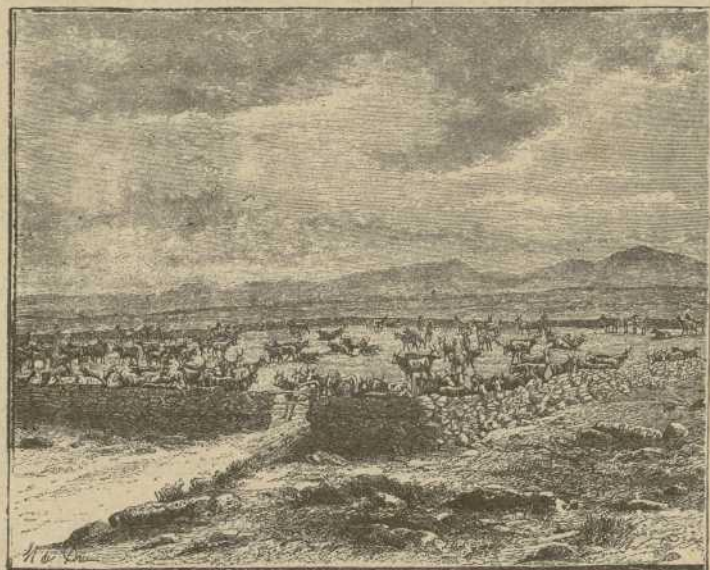
Las principales exportaciones consisten en oro, diamantes, lana, pelo de cabra, pieles, plumas de avestruz y mineral de cobre y las importaciones en objetos elaborados de todas clases, trajes, mercería, guarniciones, calzado, quincallería y máquinas.

Los buques ingleses son los que sirven casi exclusivamente para el transporte de las mercancías y aunque la apertura del istmo de Suez haya hecho que no esté el Cabo en el camino de la Europa occidental á las Indias, los puertos de la Colonia ven pasar de cerca ó de lejos más buques que cuando el Mar Rojo estaba separado del de Alejandría.

En la colonia del Cabo, ya no sirven los carros boers más que para el transporte de las mercancías por los campos apartados del centro. Una red de carreteras surca el territorio en todos sentidos, escalando las montañas con osadas curvas. Estas obras notables como por ejemplo los caminos de Montagne-pass y de Southey-pass en la región Sudoccidental de la Colonia y del Catberg entre el Orange y Graham's-Town, son gloria de los ingenieros del Cabo, y los colonos los enseñan con orgullo á los extranjeros. El ferrocarril se ha extendido mucho. Una

red de vías férreas se acrecienta rápidamente cada año. Estas vías parten de Cape-Town, de Port-Elisabeth, de Port-Alfred y de East-Londón, y penetran en el interior, muy adentro, salvando las murallas sucesivas de los montes á muchos centenares y millares de metros de altura para llegar al río y atravesarlo en dirección al Zambeze.

El primer ferrocarril, de 93 kilómetros, entre el Cabo y Wellington, se empezó á construir en 1859. Hoy pasa de 4.000



Un corral de ganado en El Cabo. (Dibujo de Drée.)

el total de kilómetros en explotación, que pertenecen al gobierno, así como las líneas telegráficas.

La población de la Colonia del Cabo es bastante culta á pesar de que la instrucción primaria no es obligatoria. Aunque las escuelas dependen sobre todo de los municipios y se atiende á ellas en parte con cotizaciones voluntarias, contribuye el gobierno al desarrollo de los establecimientos de enseñanza por medio de becas para los alumnos indigentes, y provisión de libros, mapas, instrumentos, y honorarios para los profesores.

Las escuelas primarias se dividen en tres grupos, según el origen de los alumnos. Las preocupaciones de raza que prevalecen en la iglesia, distribuyen á los fieles en distintos edificios,

según el color de la piel. El mismo sistema se aplica á la enseñanza, y los legisladores han cuidado de que los hijos de malayos y hotentotes no se sienten junto á los blancos, ni tomen parte en sus juegos. Las escuelas públicas para europeos, establecidas en ciudades y pueblos están dirigidas por comisiones locales; las de los niños mestizos en las ciudades y distritos industriales, funcionan bajo la vigilancia de comunidades religiosas, y por último, de las escuelas de los aborígenes, cuidan los misioneros que las fundaron. Generalmente son escuelas de oficios, donde se enseña la carpintería, ebanistería, carretería, encuadernación y tipografía. Muchos maestros son indígenas.

En la ciudad del Cabo hay una universidad fundada en 1873, de la cual dependen siete colegios de letras y ciencias matemáticas, físicas y naturales. La universidad no enseña; se dedica únicamente á examinar á los estudiantes y á graduar. La proporción de escolares es en la colonia muy inferior á la de otras naciones civilizadas.

La instrucción primaria se da en holandés y en inglés, según el predominio de cada idioma en los distintos lugares. La superior se da exclusivamente en inglés, y éste se va imponiendo como lengua comercial y administrativa.

La desigualdad de ambos idiomas se manifiesta asimismo en la literatura y en la prensa. Cuanto aparece de importante se publica en inglés, y de cien periódicos y revistas sólo 22 son holandeses.

Durante toda la primera mitad del siglo XIX, la colonia del Cabo no era más que una dependencia de la corona inglesa. Los gobernadores ejercían el poder en nombre del soberano, en los primeros años por sí solos, y más adelante con el concurso de un Consejo Ejecutivo y un Cuerpo Legislativo, nombrados directamente por el gobierno inglés. El Parlamento colonial se creó en 1853, pero el nombramiento de gobernador y de su teniente-gobernador sigue correspondiendo á la corona, que conserva el derecho de veto, aunque no suele usarlo.

En virtud de la Constitución, copiada en gran parte de la británica, el Parlamento se compone de dos Cámaras: la baja ó asamblea (*house of assembly*) y la alta ó Consejo Legislativo. Noventa y cinco miembros forman la primera y 23 la segunda.

El gobernador nombra los ministros escogidos entre los representantes, y éstos pueden pronunciar sus discursos en inglés ú holandés, según quieran.

El gobierno inglés nombra también á los *field cornets* ó ma-

gistrados rurales y á los jueces de paz, así como á los magistrados de tribunales superiores. En circunstancias graves puede resolver el soberano de la Gran Bretaña con su Consejo privado. El Tribunal Supremo reside, como es natural, en Cape-Town, ó sea el Cabo, y está compuesto de nueve jueces.

Al frente de las circunscripciones judiciales hay un comisario civil que es también casi siempre magistrado residente.

El Gobierno inglés es asimismo director de las fuerzas militares de la Colonia. Antes de la guerra con los boers, no había en la Colonia más que 1.003 militares entre oficiales y soldados del regimiento de Fusileros Montados del Cabo (*Cape mounted riflemen*).

Como defensa marítima, cuenta el Cabo, según los casos, con una parte más ó menos considerable de la escuadra de trece buques de guerra, encargada de la protección del Cabo y del Africa occidental inglesa (*Cape and West-Africa Station*).

El Gobierno inglés y el local han prescindido de todo poder sobre la iglesia, que antes dependió del Estado.

Los derechos reales, de aduana, de timbre, etc., llenan más de la mitad del presupuesto, y el resto procede de los productos de ferrocarriles, correos, telégrafos, etc., y de la venta de tierras y yacimientos mineros.

II

Ciudades y puntos notables.

Cape-Town, es la metrópoli de la Colonia, con unos 60.000 habitantes (100.000 con las afueras).

Los holandeses la llamaron Kaap, y es la más antigua de las ciudades fundadas por europeos al Sur del Benguela. Vista desde el mar, tiene cierto aspecto de grandeza, gracias al soberbio anfiteatro de montañas que la rodea, y sobre todo á la masa imponente del Monte de la Mesa. Al Oeste de la ciudad se apoya en unos peñascos (llamado Patas de León), el muelle que guarda el fondeadero de los buques. La ciudad, dividida en cuadrados regulares por muchas calles, se eleva en pendiente suave hacia las estribaciones de la montaña, y siembra de casitas las primeras colinas. Al Este, en medio de una vasta pradera que fué el pantano donde edificaron su primera fortaleza los primitivos colonos, aparecen las construcciones bajas del «Castillo», propiedad del Gobierno y símbolo de la dominación inglesa. Más

allá, en el contorno de la bahía, se prolonga un arrabal hasta la desembocadura del sinuoso río Saltriver. Hermosos jardines y parques rodean la ciudad y penetran en las cañadas de las montañas.

Puede decirse que no había puerto en el Cabo hasta que se construyó uno interior de cuatro hectáreas ó poco más, con profundidad de 6,10 metros á 7,32 en marea baja. Otro puerto exterior, más reciente, está resguardado por un muelle de 525 metros de largo y ofrece á los buques un fondo de 8,23 metros en la marea más baja. Un rompeolas de 1.110 metros resguarda del viento el fondeadero de los grandes vapores á la entrada de la bahía. Cape-Town es la playa más comercial de la Colonia, sobre todo en exportación, gracias á la enorme salida de oro y diamantes y á la cantidad de lana que se embarca para Europa.

Convertida en ciudad inglesa, conserva pocos edificios de la época holandesa. Ya no se ve en la calle principal un canal con árboles como las avenidas de Amsterdam, pero el aspecto, la lengua y los apellidos recuerdan todavía el origen neerlandés de la mitad de los europeos. Mézclase con los blancos gentes de todos colores, negros descendientes de esclavos, hotentotes, cafres y malayos que presentan todos los matices entre el negro, el rojo ladrillo y el amarillo de los *bastards* cenicientos y de los inmigrantes mestizos de Santa Elena, de bronceada tez. Algunos de los malayos, hijos de los servidores que trajeron los holandeses de las islas de la Sonda, llevan el turbante y flotantes vestiduras. Son peregrinos de la Meca que miran con menosprecio á la muchedumbre de infieles, negros y blancos.

Centro de irradiación para la civilización de Europa en el Africa austral, posee el Cabo un Museo muy rico en ejemplares mineralógicos, y de la flora y fauna africanas; una biblioteca de más de 50.000 volúmenes, que no solo encierra todas las obras referentes á la Colonia, sino también libros raros y manuscritos, y un jardín botánico de unas seis hectáreas, donde están representadas la flora indígena y millones de plantas extranjeras.

Por su posición junto á la punta del continente africano, es una de las estaciones más importantes para los estudios geodésicos. Ya erigieron en 1635 astrónomos franceses un puesto para la observación de las estrellas. En 1751 hizo en él La Caille sus memorables investigaciones para medir un grado del meridiano y la determinación del paralaje lunar. Cuando la

segunda expedición de Cook, reanudaron estos estudios los astrónomos ingleses. Moclear y Herschell hicieron en el observatorio del Cabo el catálogo de las estrellas del cielo antártico, y ahora se prosigue la triangulación del litoral en las mesetas del Karrú, y allende el Orange, en los países de la Bechua-na hasta el Zambeze. El observatorio actual está en Mocobray, á cinco kilómetros al Este de la ciudad.

Completan á ésta muchos pueblos con quintas de recreo, dispersos por los valles de alrededor. Los negociantes y funcionarios ricos viven en el campo y van á despachar á la ciudad. En verano casi toda la población blanca, seguida de proveedores y sirvientes, va á los baños de mar y á las residencias umbrosas. Los ferrocarriles de las afueras tienen un tráfico semejante al de las grandes ciudades europeas. Al Norte de la ciudad, el pueblo de Lea-Point extiende sus quintas en una playa conmovida por las olas del Atlántico. Al Este, un círculo de pueblecillos rodea el Pico del Diablo y prolonga la ciudad, durante unos 30 kilómetros, hasta los baños de mar de Kalkbay, uno de los más lindos grupos de habitaciones, en el gracioso valle que reúne las dos bahías, dominado al Norte por soberbia montaña. Winberg, medio se oculta entre el verdor de pinos y encinas. Cerca de él, y al Sur, da su nombre el castillo de Constancia al vino más famoso de Africa. Más al Sur, se distingue el golfo de False Bay, de 60.000 hectáreas y de formas muy regulares. Uno de sus ancones occidentales, Simon's Bay, refleja en sus aguas la ciudad de Simon's; Town, estación naval de almacenes y arsenales fortificados que el gobierno inglés ha conservado en las costas de este territorio colonial. Ocupa esta ciudad uno de los sitios más hermosos del Africa austral, en el promontorio en forma de hoz que sustenta en su extremo el faro del Cabo.

Algunas poblaciones próximas al Cabo están dispersas en las cañadas, sobre la vertiente atlántica de los montes que limitan al Este la bahía. Stellenbosch, reunida con Cape-Town por una vía férrea, es la ciudad más antigua después de la capital y una de las más holandesas. Muchas escuelas hay en este Atenas del Africa austral. En los alrededores, y especialmente en el anfiteatro de montañas del Fransche Hoek, fué donde se estableció la mayor parte de los emigrados hugonotes llegados á fines del siglo xvii. Poarl, pueblo de 12 kilómetros de longitud, en el camino de los montes Drakeusteen, es también de los primeros tiempos de la colonización, y los jardines, naranja-

les y bosques que lo rodean, lo convierten en hermoso lugar de recreo. La comarca donde está enclavado es el distrito vitícola más considerable de la región del Cabo. Más al Norte está el pueblo de Wellington, pasado el cual describe una gran curva el ferrocarril que penetra en el interior, y gana, por una depresión de las montañas, la vertiente meridional. Poarl y Wellington se encuentran en la cuenca alta del río Great-Berg, que después de haber recibido los afluentes del distrito fértil del Tulbagh y de los Veinticuatro Ríos, desemboca en el Atlántico, en la bahía de Santa Elena. Al Sur del promontorio que limita el hemicíclo regular de este golfo, casi siempre proceloso, se abre la bahía, ó más bien lago de Saldanha, al cual dió su nombre un almirante portugués. Allí cerca fué herido Vasco de Gama en 1497 por los hotentotes, y asesinado con sus compañeros Francisco de Almeida en 1508. La entrada es fácil, las aguas profundas, y hay buenos fondeaderos resguardados por muelles naturales de granito. Apenas se utiliza esta obra tan admirable, que fué punto de reunión de los buques de guerra holandeses y centro de comunicaciones postales entre las Provincias unidas y las Indias orientales. No hay ahora en sus orillas más que algunas granjas y establecimientos de pesca. Malmesbury está á más de 50 kilómetros al Sudeste tierra adentro, en medio de vastos campos de trigo. La atracción ejercida por Cape-Town ha dejado sin comercio á la bahía de Saldanha.

Al Norte del valle del Great-Berg, las campiñas, de una extensión casi completamente árida, están poco pobladas. Las capitales de distrito como Piquetberg, Clauwillian (horno y también granero del Cabo) y Calvinia, son poblaciones pequeñas á las cuales van á abastecerse los pastores de las cercanías. Calvinia, situada á 100 metros de altura, en elevado valle montañoso, entre el Roggelveld y los Hantam, está enlazada por una carretera con los regiones civilizadas del Cabo, pero más al Norte se extienden las soledades del Bushmen-Land. El distrito de los pequeños namakua, que ocupa el extremo Noroeste del territorio de la Colonia, entre el Atlántico y el trayecto inferior del Orange, habría sido abandonado también á los pobladores aborígenes si la región montañoso no fuese muy rica en yacimientos de cobre. Cerca de la cima principal, Vogel Klip ó «Roca de las aves» (1.324 metros), una compañía inglesa, que posee un territorio de 54.000 hectáreas, explota, desde 1863, las minas inagotables del Vokiep, pueblo situado á 960 metros sobre el nivel del

mar. Port-Nolloth, bahía del Atlántico, á la cual lleva una vía férrea el mineral de Vokiep, era frecuentada antes por los balleneros americanos.

Las montañas de Vokiep dominan al Oeste la llanura de los bushmanos, que se alarga, infinita en apariencia, al encuentro del Karrú, hasta más allá del río Hartebeert, tributario de la izquierda del Orange. Este río, seco casi siempre, crece y se desborda en época de lluvias. Entonces es un Nilo de légamo vivificador, en el cual se siembra trigo después de la crecida, y este trigo crece tan de prisa, á dos metros de altura, que se recogen dos y tres cosechas. La producción equivale á 50 ó 70 veces la simiente. Por eso hay varias aldeas boers en este país, tan pronto fertilísimo como desolado.

Al Oriente del Cabo y de False-Bay, la parte de territorio que avanza al Sur de las montañas hacia el cabo de las Agujas, punta meridional del continente, es una región de pastos donde no hay más que dos pueblos insignificantes, Breededorp y Caledon. Este podrá prosperar algún día por sus manantiales carbonatado-ferruginosos y termales. Perola cuenca del Bocede, cuyos afluentes superiores nacen al Norte de las montañas costeras, está más poblada gracias á la mayor abundancia de las lluvias que la riegan. Worcester, capital del valle alto, está situado en la vía principal de comunicación, ferrocarril que hade reunir el Cabo con el Zambeze, y allí empieza la cuesta para la subida á la meseta. Penetrando en un valle lateral recorrido por el río Hex ó de las Brujas, y cuyos desfiladeros se supone que sirvieron para vaciar el lago, bajo el cual estaba el Karrú, se eleva la vía por una serie de curvas hasta la arista de las terrazas que dominan á una altura de 600 metros las campiñas de Worcester. El punto más elevado de la línea, á 124 kilómetros al Noroeste de Worcester, está á 1.094 metros de altura. Una abundante fuente de agua termal brota cerca de dicha ciudad. Los colonos la ponderan como una maravilla de la Naturaleza. Y efectivamente es muy curiosa, y su nombre holandés de Ostrandolés ó «Lago de Fuego» indica que es muy caliente (52° 8'). Más abajo de Worcester recorre el río Breede las campiñas de Robertson, pueblo cerca del cual están las fuentes minerales de Montagos, á las cuales empiezan á acudir bañistas. Más abajo, junto al mismo río, se encuentra Swellendam, una de las ciudades antiguas de la colonia, fundada á mediados del siglo XVIII. Hay encinares en torno de la ciudad, hasta los *kloofs* ó barrancos que penetran en el corazón de la montaña. El pueblo de Port Bean-

fort, situado á la orilla izquierda del río, recibe algunas embarcaciones pequeñas.

La vasta cuenca del Gaurits, que sucede al Este á la del Breede, encierra varias poblaciones secundarias de la Colonia. Beanfort West, capital comercial del Gran Karrú y principal estación del ferrocarril entre el Cabo y el río Orange, está á 893 metros de altura. Recoge las aguas que bajan de la vertiente meridional del Nieuweveld, con una presa de menos de 250 metros de longitud, cinco de grueso y tres de alto. Dique tan débil no resistiría á una enorme masa de agua. Aunque la balsa es mediana y el suelo carece de pendientes, bastan sus aguas para transformar una parte de la comarca, pues riegan jardines, alimentan palmeras y eucaliptos y varios bosques. De Beanfort West á Prince Albert, pueblo al pie septentrional de los Zwartte-Bergen, se extiende el territorio más seco del Gran Karrú, con una lluvia sahariense que no pasa de diez centímetros al año.

Al Sur de esta alta muralla de las Montañas Negras, están Ladysmith y Oudtshoorn. Esta última es famosa por su tabaco, que crece en las mejores tierras de la Colonia, fecundas á pesar de cien años de cultivo no interrumpido, gracias al soberano poder del riego. Aunque la lluvia que cae al año no llegue más que á 235 milímetros en la región de Oudtshoorn, se ha transformado el valle en un jardín muy productivo, donde las aguas detenidas por 18 arrecifes á lo largo del río Grobelaars dan vida á 1.600 hectáreas. Al Norte de Oudtshoorn, en un alto valle lateral, se abren las grutas de Congo, galerías con estalactitas que aún no se han explorado completamente, penetrándose en ellas hasta unos dos kilómetros.

No hay ciudades ni pueblos grandes en el trayecto inferior del Gaurits. En mediodelos ricos pastos de Grasveld, está Riversdale, á unos 50 kilómetros al Oeste del río, en una cañada cuyas aguas van directamente al mar. Aliwal Sonth, puerto marítimo de la región, está edificado en la orilla occidental del Mossel-Bay, en los oasis de la península rocosa del cabo de San Blas, que lo resguarda de los vientos del Sur. En la zona ribereña hay varios pueblos al pie de las montañas donde están los lugares más hermosos del Africa austral. Descansa entre el verdor la graciosa George; Melville se refleja en las ondas auríferas del Kuysua; Humansdorp está rodeada de un anfiteatro de montes llenos de árboles. En los valles interiores de las montañas costeras, son capitales de distrito, Uniondale Willow-

more. Más al Norte. en la zona árida del Karrú, pero en la vertiente del Océano del Sur, los dos centros administrativos son Aberdeen y Murruysburg.

La cuenca del río Lunduy, aunque es de las menos vastas de la colonia, se halla muy cultivada y posee gran fertilidad, gracias á estar situada en una zona relativamente húmeda, y á las vías de comunicación que la atraviesan, por una parte, hacia el río Orange, y por otra hacia Cafrería. Graaf-Reniet, ciudad holandesa de más de un siglo de existencia, extiende el tablero de sus construcciones bajas á la orilla del río naciente que se divide en canales, entre sus avenidas y jardines. El contraste de este valle con las áridas mesetas del Oeste, le ha valido el nombre de «Joya del Desierto». Según sus nombres lo indican, Jousenville y Mitenhage, que se suceden al Sur en el camino de Port-Elisabeth, han sido fundadas por los holandeses, pero Mitenhage empezó á tomar el aspecto de ciudad inglesa, cuando en 1820 comenzaron á llegar á ella colonos británicos. Actualmente es una residencia muy apreciada por los comerciantes retirados de los negocios, y los días de fiesta la visitan muchísimos paseantes que descansan en sus arboledas, á orillas de las corrientes de agua. También es ciudad industrial, con numerosas fabricas esparcidas por las cañadas próximas, donde obreros negros, casi todos cafres, lavan á máquina la lana procedente de los pastos orientales de la Colonia.

Port-Elisabeth, situado á 32 kilómetros al Sudeste de Mitenhage, en la orilla occidental de la bahía de Algoa, fué fundada en 1820. Es la ciudad inglesa por excelencia de la Colonia del Cabo, y á cada paso hace ostentación de su «lealismo». Cubriendo con sus casas una larga colina de suave pendiente, extiende su calle principal por un espacio de cuatro kilómetros, paralelamente á la rada. Los arrabales de esta ciudad, de 25 á 30.000 habitantes, se van extendiendo como mancha de aceite á lo largo de los caminos del interior. Fuera de la ciudad alta, en una meseta pelada, se agrupan las tiendas de campaña habitadas por los cafres, inmigrantes temporales que van á ganarse la vida en las obras del puerto. Antes carecía de agua Port-Elisabeth y había pocos jardines en torno de sus quintas; pero gracias á un acueducto de unos 50 kilómetros que le lleva las aguas de un manantial, un hermoso verdor embellece la meseta. El jardín botánico es espléndido y parques umbrosos contrastan por el esplendor de su follaje con los míseros prados de hierba escasa que rodean la ciudad.

El comercio de Port-Elisabeth, que ha padecido mucho á consecuencia de exageradas especulaciones, consiste, sobre todo, en exportación de lanas y plumas de avestruz. La rada de Algoa-Bay está protegida cerca de la ciudad por el cabo que conserva el nombre portugués de Recife. Durante los meses del verano austral, desde Octubre hasta Abril, cuando soplan los vientos del Sur y del Nordeste con violencia sobre las playas y los marineros tienen que velar con gran cuidado por la seguridad de sus naves, únicamente las embarcaciones de pocas toneladas pueden resguardarse detrás de un rompeolas de 300 metros de longitud. Dispersos por la bahía hay algunos arrecifes é islas. Santa Cruz, á cuyo alrededor se arremolinan las aves, fué visitada por Bartolomé Díaz, cuando verificó su memorable viaje de descubrimiento del Sur de Africa. En esta tierra, que fué la primera pisada por un pie europeo á orillas del Océano austral, levantó el marino portugués el pilar de San Gregorio para indicar su toma de posesión. Dos fuentes que brotan en este islote han dado origen á su otro nombre de Fountim-Rock.

A pesar de las desventajas de su rada, recibe Port-Elisabeth muchos vapores, y está unida con Inglaterra por un servicio marítimo que no pasa por el Cabo.

Port-Elisabeth se comunica con el interior por los ferrocarriles de Graat-Reniet, otro más importante que se bifurca luego, yendo una rama á atravesar el Orange y otra hacia Graham's Town y Cafrería. Graham's Town, menos grande y comercial que Port-Elisabeth, tiene mayor categoría. Es la capital del Este, residencia de las principales autoridades administrativas, judiciales y religiosas de los distritos orientales. En 1878, cuando los federales trataban de consolidar el poderío de la metrópoli uniendo las provincias inglesas y las repúblicas holandesas en un solo Estado, se indicó á Graham's Town como capital política de las colonias confederadas. Esta ciudad ambiciosa no tiene la ventaja de estar situada á la orilla del mar. Su corriente es un arroyo de poca importancia. Está á 527 metros de altura, en un circo rodeado de cerros pelados, pero se han plantado árboles en todas las avenidas de la ciudad. Es limpia, está bien construída y es de las más saludables de la Colonia (muy sana toda ella), gracias á lo moderado de los calores estivales y á las buenas temperaturas de invierno. Muchos enfermos van á prolongar allí su vida. Fundada en 1812, pueblecillo hasta 1820, y ciudad en cuanto empezó la inmigración inglesa en el Cabo Oriental, fué durante mucho tiempo la gran estación militar

contra los cafres, y sirvió de refugio varias veces á los colonos de la frontera. Ahora que nadie la amenaza ya, están ocupados sus cuarteles por el servicio administrativo, y los cafres de los alrededores se han trocado en labradores pacíficos y obreros industriuosos. La población blanca de Graham's Town y de su distrito es principalmente inglesa. La cría de carneros fué su mejor industria en otros tiempos; pero la hierba de la región no es conveniente para aquellos rebaños, por lo cual se la reserva en muchos lugares para alimentar á los avestruces, cuya cría (así como la preparación de sus plumas) da muchas ganancias en estos parajes.

Graham's Town depende de Port-Elisabeth por su comercio exterior, pero ha querido poseer un abra propia. En el punto más próximo de la costa, en la desembocadura del riachuelo Kowie, se han efectuado grandes obras para la barra y los depósitos. Los buques, cuyo calado pasa de dos metros y medio, pueden entrar en el río y descargar sus mercancías en los muelles de Port-Alfred, nuevo puerto unido por ferrocarril á Graham's Town y en cuya línea está el pueblo agrícola de Bathurst. Esta fué la primera colonia fundada en el Africa austral por los ingleses en 1820. Estaba destinada en un principio á ser capital de la provincia oriental, pero luego se prefirió á Graham's Town.

La cuenca del Great Fish River, río que serpentea al Este de la colinas de Graham's Town, empieza en la arista de las altas montañas del Norte, cerca del Orange, y se divide en varias circunscripciones electorales. Middelburg, situado en un alto afluente del río, se encuentra en la cuesta por la cual el ferrocarril de Port-Elisabeth escala la montaña para salvarla en la garganta de Bosworth á 1.580 metros, altura que es superior á la de las vías férreas de los Alpes. Después baja esta vía á las llanuras ribereñas del Orange. Cradok, en la misma orilla del Great Fish River, como Tarkastad, edificada junto á uno de sus tributarios, es uno de los mercados de la colonia para la expedición de lanas. Está á 865 metros de altura y se pondera lo excelente de su clima. En los alrededores hay algunas familias cuaggas, protegidas ahora por reglamentos contra los cazadores. Lomerset y Bedford son también centros agrícolas, y Fort-Beandford ha conservado algo del aspecto militar de cuando era un puesto avanzado en país cafre, y rechazaba los asaltos de los indígenas. El distrito que se extiende al Norte, en la vertiente meridional del Vands-Berg, se llama actualmen-

te Strekenstrous. Fué la colonia de Kat-River, reservada exclusivamente á los hotentotes hasta la guerra de 1851, pero son las tierras tan fértiles y las riega tan bien el Kat-River, que los blancos invocaron los pretextos ordinarios para apoderarse de ellas. Lovedah, centro de misiones y escuelas, y Alice, se siguen en el valle del Keiskamma. En el litoral, Fort-Peddie, antiguo puerto de guerra, se ha convertido en el pueblo principal de la zona neutra, limitada antes á un lado por el Great Fish River y al otro por el Keiskamma.

Al Este, los países disputados más recientemente tienen también sus colonias de blancos. La capital de este territorio conquistado es King William's Town, llamada generalmente King. Es un gran depósito comercial, y el principal mediador del tráfico entre la colonia inglesa y los cafres. Casi todas las granjas que están á orillas del Búffalo-River pertenecen á alemanes, descendientes de los soldados de la legión anglo-germánica, licenciada después de la guerra de Crimea. Los pueblecillos de la comarca se llaman Berlin, Potsdam, Frankfort, etcétera.

También King ha querido tener su puerto, y está unida por un ferrocarril con la escala de East-London, una de las más peligrosas de la costa meridional. El puerto suele estar inaccesible muchos días seguidos. Se han realizado grandes obras, escolleras, muelles y rompeolas para hacer más honda la entrada, pero sin buen resultado. El río Búffalo, que en este sitio desemboca al mar, se llevaba algunas veces la barra en sus crecidas súbitas, y los barcos de seis metros de calado podían entrar en el puerto. Ahora la barra está fija y tiene una profundidad de dos metros y medio. Todos saben en el Africa austral que East-London es uno de los puertos preferidos por los armadores que quieren perder sus barcos y también sus tripulaciones para cobrar el importe del seguro.

Está unida King con el valle del Orange por medio de un audaz ferrocarril que escala las montañas, pasa por Stutterheim, Cathcart y Queenstown, en la comarca húmeda, perteneciente antes á los cafres tambuki; da luego vuelta á la masa piramidal del Hang-Klip y salva la cresta del Stormberg á la considerable altura de 1.702 metros. Al bajar atraviesa los yacimientos hulleros de Molteno, que proporcionan carbón á la red ferroviaria de la Colonia, y llegando después á la llanura pasa por Burghers y se une con el río Orange en la estación de Aliwal-North. Al Este, la región comprendida entre la co-

riente del Orange, el Zolle River y la cresta de las montañas de Kuatlamba, es también territorio de la Colonia del Cabo. Los dos pueblos principales de este país alpestre son Herschel, construido en la ribera izquierda del Orange, y Barkly, situado en una cañada de las montañas, junto al río Kraal, que desemboca en el Orange, poco más arriba de Aliwal-North.

Al Oeste, la zona del territorio colonial perteneciente á la cuenca del Orange, se ensancha gradualmente; pero en estas altas llanuras, habitadas antes por millares de grandes mamíferos y hoy dedicadas á la ganadería, hay pocos pueblos y ciudades. Colesberg, á 1.230 metros de altura, al pie del Towerkerk, con un clima muy seco, atrae y cura á los tísicos, y en sus alrededores abundan las fuentes sulfurosas. Une el territorio del Cabo y el del Orange un puente colocado á 30 kilómetros al Nordeste de la ciudad. Al Noroeste hay otros dos puentes, entre el territorio de la Colonia y el anexionado de Grikualand-west: uno es el del ferrocarril que desde el Cabo va al país de los diamantes; el otro, en Hopetown, tiene 480 metros de longitud. A más de 1.000 kilómetros del Atlántico, es Hopetown la última ciudad ribereña del Orange, á menos que no se dé ese nombre á Prieska, capital de una región cuyos boers ayudaron á sus hermanos del Transvaal y del Orange en la última guerra, que costó la independencia á ambas repúblicas.

Más abajo, únicamente se encuentran granjas aisladas, algún kraal de hotentotes, estaciones de misioneros, la colonia germánica de Stolzenfels y campamentos de bushmanos. Tierra adentro, en la base de las montañas, hay algunos pueblos de mercado para los pastores de las cercanías, como Hanwoer, Richmond, Victoria West, Frasesburg, Cawaron, y la antigua Schietfontein de los misioneros, en los montes Karree, á más de 1.000 metros sobre el nivel del mar.

La capital del Grikualand occidental, llamada Kimberley, es una ciudad de unas 30.000 almas, gran estación del ferrocarril que adelanta hacia el Zambeze. Va ganando poco á poco, como plaza comercial, lo que perdió por la baja del precio de los diamantes. Gracias al agua del Vaal, traída con gran coste á la meseta, antes árida, se han llenado de árboles las calles y plazas de Kimberley, transformando en jardines montones de escombros. Edificada hace poco, ya no es la ciudad africana, una *trá town* ó población de zinc, construida con forros de cajones; ya está provista de alumbrado eléctrico. En las afueras de Kimberley, Beaconsfield, al lado de la mina de diamantes de

Du-Toit's-Pau, es superior á muchas ciudades europeas por el número y pujanza de sus máquinas, la riqueza de sus almacenes y el lujo de sus edificios.

Pniel, junto al Vaal, en el sitio donde se lavaron los primeros diamantes en los aluviones del río, ha dejado de ser un foco de atracción por haberse empobrecido los yacimientos; y el gobierno, por la escasez de demanda, ha podido aumentar las dimensiones de los *claims* ó lotes de registro. Dos ó tres centenares de mineros, negros y blancos, trabajan aisladamente, sin que los esclavice aún el monopolio de una gran Compañía. El pueblo de Barkly, antiguo Klig-Drift, que está enfrente á Pniel, al otro lado del Vaal, es un mercado muy animado para todos los *diggers* ó cavadores que explotan las tierras ribereñas de la corriente en un espacio de más de cien kilómetros. Klipdam, al Norte de Barkly, posee ricos fondos diamantíferos en los antiguos aluviones del río. También está allí la mina de Leicester, que es muy vasta y se supone que dará más que la de Kimberley, cuyas piedras no son tan hermosas.

Al Oeste del Vaal, el lugar más poblado lleva el nombre de la provincia. Se llama Grikua-Town y fué fundada por los grikuas en 1802, cuando el éxodo de estos meztizos holandeses. Antes capital del territorio, lo es ahora de uno de los cuatro distritos.

Es la región meridional de la inmensa comarca habitada por la nación de los bechuana, región anexionada definitivamente á la Colonia, entre los batlapi y los barolang, hay ciudades de negros que no carecen de importancia. Algunas han tenido fama como lugares de mercado en el camino del Orange al Zambeze, y las residencias de los jefes son en general centros populosos, cuyos habitantes se unían antes para defenderse mejor de las agresiones de los enemigos.

En 1801, Tinter y Somerville, calculaban en 15.000 individuos el vecindario de Latakú, población fundada á orillas de las fuentes del Takun por los batlapi y los barolang confederados. Después de la separación de ambas tribus, Kurumán, la nueva capital de los batlapi, se convirtió rápidamente en una verdadera ciudad de unas 900 casas, con 5.000 habitantes. Las residencias reales que sucedieron á Kurumán: Tarmgs, á la orilla derecha del Katong; Mamusa, edificada á unos cien kilómetros más arriba en la orilla izquierda; Likatong, que agrupa también sus cabañas á orillas del mismo río, cerca de su confluencia con el Vaal, en la provincia actual de Grikualand-West, son también

ó fueron centros populosos, porque en esta comarca las moradas cambian de sitio con facilidad y cada nuevo rey hace alarde de dar su nombre á una residencia. Estacas de madera de acacia, con arcilla y hierbas para la techumbre son materiales suficientes.

Kurumán, el pueblo principal del país tlapi, se agrupa alrededor de una misión religiosa, en medio de jardines y arboledas, en la base oriental de una colina de asperón, desde la cual se contempla una vasta extensión de la meseta sembrada de bosques. Los misioneros han llegado á ser poseedores de grandes fincas de labor, que no arriendan más que á indígenas monógamos. Riega estos jardines el río Kurumán, que nace muy cerca al Sudeste de una fuente caudalosa, boca de caverna. Al pie de una peña de poca altura mana el agua con tanta abundancia, que una barca podía navegar por la corriente. Al lado del antro principal, galerías adornadas con estalactitas, permiten penetrar bastante, sobre piedras resbaladizas, en la gruta. Cuéntase que vive en ella una serpiente sagrada, protectora de la caverna, y si se la diese muerte se secaría el manantial. A principios del siglo xix eran tan osados los leones de la comarca, que muchos bechuana tenían que dormir en las ramas de los árboles grandes, apuntaladas con estacas. El misionero Moffat habla de un árbol que, cerca de Latakú, sostenía 17 albergues de esta clase.

Al Norte del país de los batlapi, en el Stella-Land, junto á un torrente de la cuenca del Vaal, es Vrijburg la capital del Bechuana-Land anexionado. Su nombre holandés, que significa «Ciudad libre», se lo dieron los boers transvalenses al fundarla en 1842. Estación del ferrocarril del Cabo al Zambeze, es un pueblo modesto, con clima muy saludable y agua suficiente, ya que no sobrante.

Al septentrión del Stella-Land se entra en la comarca de los barolang, antiguos aliados de los batlapi, divididos ahora en varias tribus independientes. Habitan en la parte septentrional del territorio, la comarca comprendida entre los cauces casi siempre secos del Molopo y los afluentes del Kurumán, pero sus pueblos principales se encuentran cerca de las fuentes del Molopo, donde los barrancos dan agua bastante para regar sus campos. Uno de aquellos, Mafeking, es estación de la gran línea intercolonial y residencia de un comisario inglés. Se calculan en 18.000 los barolang, sin contar á los que tienen mezcla de elementos extranjeros. Entre sus posesiones y las de

los batlapi, se han refugiado los restos de una tribu de hotentotes korana, unos 5.000 individuos, con bechuana de diversos pueblos. Algunos bastuards, empujados hacia el Norte por la irrupción inglesa en Grikualand, se han establecido también en el territorio chuana para formar pequeñas comunidades republicanas.

Franqueando el Gran Kei se pasa á la Cafrería recién anexionada. Todavía no hay verdaderas ciudades en esta región, infecunda desde hace veinte ó diez años, según los parajes. Los inmigrantes y tratantes ingleses toman precauciones para aventurarse en esta comarca, y hasta les está prohibido residir en ciertos distritos. Magistrados residentes junto á los jefes representan al poder soberano de la Colonia y velan para que sus compatriotas no se apoderen de las tierras reservadas á los cafres.

Los primeros de éstos, que se encuentran en el Trans Kei, son los *finjo*. Los *finjo* ó *amafingo*, que significa «los errantes», vivían antes más al Norte, en el valle del Tugela, y fueron expulsados de él por Tehaka, conquistador zulú. No son cafres más que de nombre. Después de su fuga, cayeron en poder de los amakosa, que los convirtieron en verdaderos esclavos. De aquí un odio mortal entre ambas naciones y ocasión favorable para una intervención de los colonos ingleses. Aprovechando la oferta de tierras que les hacían sus vecinos de la Colonia, emigraron los *finjo* en masa para establecerse en las villas de la Great Fish River. Al menos en este lugar eran propietarios del suelo que cultivaban, mediante un impuesto de 12 pesetas y media por choza. Además se aliaban con los ingleses contra sus antiguos amos, y gracias á este auxilio fueron vencidos los amakosa, que cedieron al Este del Kéi grandes territorios.

Tanto en la antigua Cafrería, á orillas de la Great Fish River, como en la parte confiscada posteriormente á la nación cafre, se calculan esos *finjo* en 100.000, muy mezclados con sangre inglesa y vestidos como los blancos. Dirigen á la europea arados europeos, envían sus hijos á escuelas que sostienen con cuotas voluntarias, redactan periódicos, traducen canciones europeas, y casi todos se llaman cristianos, constituyendo la casta de los proletarios en las regiones orientales de la Colonia Sudafricana. Las dos poblaciones principales de este país, al Este del Kéi, son Namagua y Butterwooth, situadas junto á afluentes de aquel río.

Los amakosa, que fueron dueños de los *finjo* y luego tu-

vieron que abandonar á la fuerza las tierras occidentales del Trans-Kei y los valles situados más allá hasta Great Fish River, son los cafres que más han padecido el odio de los blancos. Colocados muy cerca de los ingleses, fueron siempre los primeros en atacar y en ser diezmados, y por ellos se empezó la obra de exterminio. Por eso, orgullosos de su gloria pasada, se consideran los cafres más nobles, y las tribus vecinas reconocen su categoría superior. No difieren gran cosa de los otros pueblos más que en la agrupación y tradiciones políticas. El dialecto que hablan apenas se distingue de los empleados hasta la bahía Delagoa, y su nombre no tiene valor étnico, pues la mayor parte de las tribus cafres han sido designadas con el de algún príncipe famoso en la historia de su nación. Jefes ilustres fueron también los que dieron nombre á las principales divisiones de los kosa: los galeka y los gaika. Estos últimos casi han desaparecido como grupo distinto. Deportados en 1851 al Oeste del río Kéi, á un territorio invadido tiempo atrás por los ingleses, se han dispersado por las aiquerías y los arrabales de las ciudades, como obreros, labradores y criados, y se confunden poco á poco con los demás habitantes. Los galeka ocupan un territorio que les pertenece en propiedad, casi la mitad del comprendido entre los ríos Kéi y Barbee. En 1875 formaban una población compacta de unos 70.000 individuos. La nación de los amakosa viene á componerse en total de más de 100.000 cafres.

La mayor parte de los galeka ha conservado sus antiguas costumbres. El novio compra á la novia por cierto número de cabezas de ganado, y varía en proporción á su riqueza la cantidad de sus esposas. Contra la práctica chuana, los jóvenes ordenan las vacas en Cafrería, y ninguna mujer puede penetrar en el recinto sagrado donde se guarda el ganado, pues lo profanaría con su presencia. A los niños que nacen enclenques se los mata; á los bien formados se les hacen picaduras en diversas partes del cuerpo, y se les introduce debajo de la piel un amuleto protector, frotándolos luego con tierra roja, lo mismo que á las madres. Los jefes, grandes personajes superiores á las leyes que rigen á los demás hombres, pueden confiscar los bienes de sus súbditos, y sus hijos pueden robar y saquear á la gente de la tribu, pues equivale á una honra ser víctima de los caprichos del amo y sus herederos. Antes no se enterraba más que á los jefes, y los cadáveres de los súbditos eran arrojados á los matorrales. Cuando el muerto era un gran jefe, las ceremonias fúnebres duraban semanas enteras. Velaban los amigos

alrededor de la tumba para defenderle contra los espíritus del aire y las inclemencias del tiempo: á veces duraba un año la vela del sepulcro, y los guardianes eran sagrados para sus compatriotas. Se llevaban vacas al recinto de la tumba y se las consideraba como genios protectores que no podían ser vendidos ni comidos. El fúnebre recinto era también lugar de refugio, santuario en cuyo límite se detenían la venganza y la justicia.

Podría creerse que carecía totalmente de espíritu público un pueblo como ese, capaz de un respeto tan bajo y supersticioso hacia la persona de su jefe, pero no es así; porque los amakosa saben en caso necesario defender sus derechos consuetudinarios contra los señores; en cualquier circunstancia demuestran una gran solidaridad familiar; el que tiene que pagar una multa en cabezas de ganado y no las tiene, puede contar con sus parientes para pagar la deuda.

El país habitado por los tembis (Tembuland), se extiende en semicírculo al Norte y al Este del territorio de los fingo y de los galeka. Empieza en las montañas de Kualtilamba, y abarcando varios valles altos tributarios del Kéi, se prolonga al Sudeste por una parte de la zona ribereña limitada por los ríos Bashee y Umtata. Llamados generalmente tambuki, los tembu ó abatembus, son lo menos cien mil. Aunque las vicisitudes de las guerras los han obligado muchas veces á mudar de residencia con sus rebaños, no los han molestado mucho los cambios producidos por la invasión gradual de los blancos, y reconocen sin gran dificultad el poder de los magistrados británicos. Atraviesan su territorio caminos y líneas telegráficas, se explota la hulla de sus montañas y se ha fundado Umtata, que es una verdadera ciudad, en la orilla occidental del río del mismo nombre, más arriba de unas soberbias cascadas. Los bouvana, que son unos 15 ó 20.000, y viven en la región marítima comprendida entre el Bashee y el Umtata, se han sustraído algo más á la atracción comercial de los ingleses, y son poco conocidos sus dominios.

El territorio de los pondo (Pondo-Land), ocupa más de la mitad del litoral de la Cafrería, entre los ríos Umtata y Umtafuna, frontera del Natal. Gracias á la distancia que los separa del Cabo, estos indígenas han podido permanecer á gusto en sus ricos valles. Son unos 200.000 y van pasando paulatinamente del estado de independencia al del vasallaje.

Sus tribus (ama-kongwe, ama-kongwela, ama-kobala,

ama-kwera, ama-nyati, etc.), tienen cada cual su jefe y no están unidas por ningún vínculo federal, pero admiten la soberanía de la Gran Bretaña, representada no há mucho por la viuda de un misionero, á la cual pedían consejo en los asuntos difíciles. Varios pueblos, destinados á convertirse en ciudades inglesas, están sembrados en la superficie de la comarca, y también está establecido en ese territorio (desembocadura del Saint-John), el puerto destinado á ser en lo porvenir el mercado de todo el litoral entre East-London y Durban. Palmerton es una estación de misioneros que se transforma en pueblo y llegará á ser ciudad.

La región de Cafrería, separada del país de los basuto al Oeste, por la arista de las Draken-Bergen y que, sin ninguna relación territorial con el mar, está limitada á un lado por el Pondo-Land, se llama oficialmente East-Grikualand, ó tierra de los grikuas del Este. No es apropiado el nombre, pues los grikuas están en minoría, y esta minoría es muy pequeña. Apenas hay algunos miles de ellos entre las 152.618 personas comprendidas por el censo, en un territorio de 19.668 kilómetros cuadrados. Los demás son cafres de diversas naciones.

Vivían estos grikuas del Este con los demás grikuas ó bastardos en las mesetas que el Orange recorre, pero después de largas emigraciones en diversos sentidos, se separaron del resto de la nación, y á las órdenes de un jefe, que tenía el nombre holandés de Adam-Kok, fueron á establecerse, el año 1862, en la vertiente occidental de los Draken-Bergen. El territorio llamado, durante bastante tiempo, *No man's-Land* ó «País de nadie», y que hoy podría llamarse país de todo el mundo, por la muchedumbre de inmigrantes de todas las tribus, acabó por ser dominio de ellos, bajo la soberanía de la Gran Bretaña.

El camino del Cabo á Natal atraviesa esta comarca, siguiendo la frontera del Pondo-Land y pasa por la capital Kokstad, situada á más de 1.500 metros de altura junto á un afluente del Saint-John. Matatiel, que es otro pueblo grande, está en el distrito montañoso del Oeste. Numerosas familias de basutos, aglomeradas en su país, han salvado la cordillera para llevar sus rebaños á los valles altos de la vertiente oriental.

Antes de que invadieran los boers las comarcas situadas al Norte del Orange, los bechuana del Este y los del Oeste vivían juntos, vagando por los pastos limítrofes. Pero los colonos de raza blanca, subiendo por las orillas del Orange y el Caledón y ganando al Norte la cumbre de paso, se apoderaron poco á

poco de los pastos y del ganado y fueron echando á los antiguos habitantes del terreno. Según atravesaban el Vaal los bechuana del Oeste, las tribus orientales de la misma raza, comprendidas colectivamente con el nombre de basuto ó «gente de cinturón», iban siendo empujadas gradualmente hacia los valles altos de los maluti ó drakenbergen. Después de haber constituido los boers su república de Orange, cuyo territorio perteneció primitivamente á los basuto, habrían acabado por arrancar á los indígenas sus últimas guaridas de las montañas, pero los ingleses intervinieron á su vez, primero, para «asegurar la independencia de los basuto», y luego, para quitársela en beneficio propio. Estalló la guerra entre protectores y protegidos y habiendo exigido aquéllos el desarme de los montañeses, rechazaron éstos más de una vez valientemente á las tropas inglesas y el conflicto costó más de cien millones de pesetas á la Metrópoli. El país de los basuto, bien limitado al Sudeste, al Este y al Nordeste por el río Caledón, está anexionado al territorio colonial desde 1871 y administrado directamente por un funcionario que nombra el gobierno inglés.

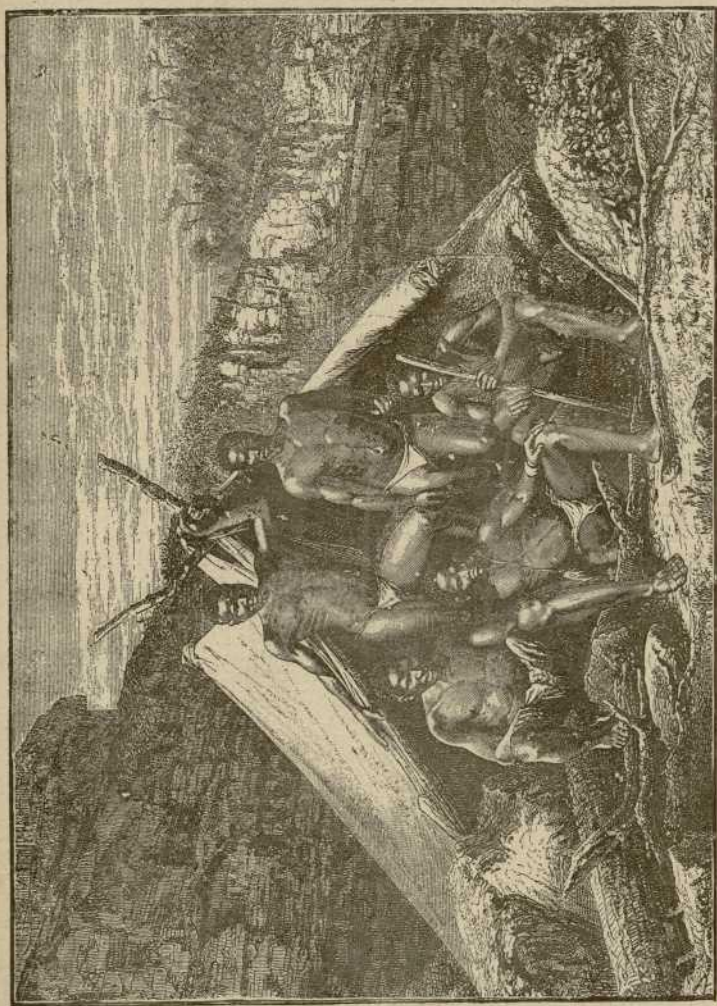
Su superficie se calcula en 31.490 kilómetros cuadrados y su población en 263.000 habitantes.

Los basuto son los bechuana mejor estudiados hasta ahora, porque los misioneros protestantes y católicos, establecidos entre ellos desde 1833, nos han dado muchas noticias del espíritu y costumbres de esta nación interesante.

Encadenados entre la Colonia del Cabo, el Natal y el Transvaal, los basuto han tenido que adaptarse al medio nuevo, y lo han hecho con notable inteligencia. Así como en otras comarcas el contacto de los blancos con otras razas da por resultado el empobrecimiento, la decadencia y la muerte de los indígenas, los basuto han atravesado con fortuna la crisis de asimilación, y ganando en conocimientos y en industria, han acrecentado mucho en número en un país, casi desierto hace setenta años, pero muy poblado entonces de animales. Búfalos, hipopótamos, elefantes, monos y antílopes han huido después á las montañas.

La civilización de los basuto no es solamente exterior, ni consiste en sustituir el *kaross* de piel por trajes de lana y algodón importados de Inglaterra, ni en construir casitas de ladrillo ó piedra en vez de chozas de ramaje. Gracias á las escuelas, cuyo sostenimiento es el principal gasto de la nación, disfrutaban ya de una instrucción media superior á la de muchas po-

blaciones europeas, y en los exámenes sacan mejores notas los basuto que los alumnos de raza blanca. Millares de ellos hablan holandés é inglés, leen libros y periódicos bechuana, y aunque



Basutos. (Dibujo de Drée.)

casi todos los cristianos (la sexta parte próximamente de la nación) sean discípulos de los misioneros, no se limitan á repetir servilmente lo que han oído pues hay muchos que reflexionan, discuten las ideas y siguen su criterio personal. Sus diversas tribus han cesado de batallar entre sí. Son pastores privados de

sus ganados, no están ya reducidos al canibalismo, que antes era muy general, y estos negros miran con el mismo horror que los blancos las cavernas de antropófagos, abandonadas ya. Un sentimiento de cohesión nacional ha sustituido á los rencores entre pueblo y pueblo, y gracias á este espíritu de solidaridad, sostenido por el valor en los combates, han podido los basuto conservar en gran parte aunque momentáneamente sin duda, alguna autonomía política frente á sus soberanos ingleses.

Antes los casamientos de los basuto se verificaban siempre entre parientes, lo cual parecia abominable á los cafres de la costa, todos exógamos y resueltos á no casarse con mujeres que, aunque fuesen de familia extranjera, llevaran el mismo apellido que ellos. Más ricos que hace medio siglo, cuando las fieras diezmaban sus rebaños, consideran la cría de ganados, especialmente el caballar, como la ocupación más digna de un hombre. Durante su juventud, los hijos de los jefes hacen vida pastoril, y hasta los reyes dejan su corte para ir á vigilar los rebaños ó guiarlos á nuevos pastos. En los pueblos al lado de la *Khotla* ó residencia del rey, el espacio central está reservado siempre al ganado. Pero por cuidar de esta industria nacional, origen primario de la prosperidad del país, no abandonan los basuto el cultivo bien entendido de los campos y han entrado ya miles de arados en sus valles.

No quedan en la comarca terrenos baldíos alrededor de los pueblos y aldeas. No se limitan, como antes, á sembrar el sorgo, cereal predilecto. Cultivan ya todos los granos, todos los frutos de procedencia europea, cuya exportación contribuye cada año á las necesidades de la Colonia del Cabo. Rodean hoy huertas á todos los pueblos, gran regalo para los aficionados á la verdura, porque el país carece casi en absoluto de árboles, hasta el punto de que, por falta de leña, se usan para la calefacción bonigas de vaca. La fertilidad del país, bien regado siempre, lo convierte en uno de los graneros del Africa austral, estando muy dividida la propiedad. En los años buenos, el valor de los productos vendidos por los basuto en la Colonia del Cabo y en la región diamantífera ha pasado de cinco millones de francos.

Envían á las regiones próximas á jóvenes emigrantes que acaban por volver á su patria con un capitalito modesto. Generalmente les es fácil encontrar trabajo por su perseverancia y probidad reconocidas; pero cuando no les dan el jornal con

venido, se llevan el ganado de sus deudores, lo que les ocasionó muchas contiendas con el Estado de Orange, al cual iban la mayoría de los emigrantes antes que muchos de ellos se dirigieran á las minas de oro del Transvaal, á las de diamantes del Griqualand y á los varios ferrocarriles en construcción en el África austral, etc. Son, pues, trabajadores en su país y en el ajeno, cualidad más adquirida que innata, porque, según decía el misionero Christel, «no son muy laboriosos, y la frase *trabajar como un negro* no se les puede aplicar en justicia».

Si los basuto cultivan con esmero el trigo, el maíz y el sorgho, si tienen más de 80.000 caballos y 320.000 bueyes, no se dedican á más industrias que á los oficios domésticos menudos y explotan poco sus minas numerosas de platino, cobre, hierro y hulla. Algunas carreteras buenas penetran en el interior de los valles. El cultivo se va extendiendo por las pendientes de las montañas y poco á poco se constituye un presupuesto provincial para conservación de vías y fundación de escuelas.

Los jefes basuto no son más que subordinados de los magistrados europeos. Sus sentencias pueden ser revisadas por el tribunal inglés, que juzga definitivamente, y todos los años se reúne un *pitso*, *kabary* ó asamblea, que discute asuntos de interés general de las tribus. Las leyes matrimoniales se han reformado y los polígamos no pueden consignar el pago en ganados más que para la compra de la primera mujer: la ley no conoce los matrimonios sucesivos. El impuesto se ha fijado en 10 chelines por cabaña. El uso de bebidas espirituosas está prohibido oficialmente. Como decía un jefe bantú: «Temo más á la bebida de los blancos que á todas las lanzas de los matabele.» Pero hay un contrabando activo entre el país de los basuto y la colonia de Orange. Antes del régimen actual, estaba prohibido á los grandes jefes beber cerveza, porque, como jueces, debían conservar siempre la inteligencia clara.

La fuerza de policía en la comarca es de 253 hombres, 28 de ellos europeos.

El comercio varía considerablemente, según la cosecha anual. Las importaciones y las exportaciones bajan mucho cuando hay sequía, porque los basuto no saben aún aprovechar lo bastante las corrientes de agua para el riego de los campos, ni recoger en receptáculos la de las tormentas. La colonia del Cabo subvenciona con 450.000 pesetas al Basutoland, pero cobra los ingresos de Aduanas de este país.

La capital (residencia del comisario inglés) es Masens, la

Occidente del protectorado, frente á la colonia de Orange, cerca de la orilla izquierda del Caledón, en el distrito del Thaba-Bossigo ó «Monte de la Noche». Thaba-Bossigo está á más de 1.500 metros de altura, al pie de una roca tubular que domina al Este el valle de un afluente del Caledón. Desde lo alto de tal roca, el famoso rey Mochech desafi6 las agresiones de los zulú, arrojándoles peñascos encima. Luego supo captarse la amistad de los fugitivos, enviándoles rebaños y ofreciéndoles su afecto. Thaba-Bossigo posee, como ciudad histórica, tumbas de antiguos jefes basuto, y como ciudad intelectual, una escuela superior, una especie de facultad para jóvenes de ambos sexos, fundada por los misioneros protestantes franceses, cuya estación principal es Thaba-Bossigo.

La mayor parte de las demás aldeas han sido residencias de jefes y fueron ó son estaciones de misioneros franceses; como Morija, la primera establecida por los misioneros en 1833; Leri-bé, Cana, Bereé, Bethesda, Hermon, etc. A siete ú ocho kilómetros de Morija es Matsieng uno de los mayores pueblos y la residencia del gran jefe. En Kébaleng hay una escuela industrial instituida por los misioneros.

Es muy dudoso que esta interesante nación, sujeta entre europeos por todas partes, pueda conservar mucho tiempo su originalidad bantú. Maravilloso sería que resistiera mucho tiempo á la invasión de la meseta del Orange y del Natal por las ideas, industrias y avideces de los blancos. Ya ha envejecido su idioma, que cada vez se ve más lleno de palabras inglesas y holandesas.

En el territorio de más de 80 millones de hectáreas que Alemania ha arrebatado tan repentinamente al Cabo y á Inglaterra, conservan los ingleses los 1.114 kilómetros cuadrados de la bahía de Walfish, al Norte del trópico de Capricornio.

Esta bahía, ancha y hermosa, es la mejor puerta de entrada para el Africa alemana del Sudoeste, y está casi en medio de su línea de riberas atlánticas entre el río Cunene al Norte, y el Orange al Sur. Allí desemboca el río Kluisséb ó Guiseb, que baja de las montañas de Dama-Ra y atraviesa antes de llegar al litoral el desierto de Namib, eternamente sediento. Realmente no se le puede llamar río, pues transcurren diez y doce años sin que se encuentre una sola gota de agua en su cauce de piedras y arena.

Los buques grandes entran muy fácilmente en esa bahía de la Ballena (que eso significa su nombre inglés), protegida al

Sur y al Este por el continente, y al Oeste por una escollera arenosa. Entran los barcos por un canal de siete metros de profundidad y tienen de siete á ocho de fondo, á poca distancia de la costa. Allí están perfectamente resguardados, excepto en las épocas, muy raras, en que soplan vientos del Norte ó Noroeste.

La bahía, que tomó su nombre de los cetáceos que fueron muy numerosos en estos parajes, es visitada todavía por ellos, y nada ha perdido de su riqueza en peces. El flujo trae grandes cantidades de ellos, que penetran tierra adentro y suelen quedar aprisionados en las charcas cuando baja la marea. Antes había gran comercio de marfil y plumas de avestruz en este puerto, y los comerciantes del Cabo van á buscar en él ganado para la alimentación de la ciudad. Por esto se aseguró el gobierno colonial la posesión de ese punto importante en la costa de los damara y los namakua, y al apoderarse del territorio, ha tenido Alemania que respetar ese pedazo.

Temiendo Inglaterra que el tráfico de los recién llegados diera la vuelta á la bahía para dirigirse á otro punto del litoral, ha hecho puerto franco la bahía de Walfish. Todos los productos son expedidos libremente, y con igual franquicia se dirigen desde allí al interior las mercancías del Cabo y de Europa.

Del último censo, resultó que había allí 768 habitantes, de los cuales eran hotentotes 660, cafres 77 y blancos 61. La ciudad se ha desarrollado lentamente desde entonces, porque abunda poquísimamente el agua dulce. Llueve por término medio cinco ó seis veces al año, y casi siempre en breves chaparrones. El territorio, desprovisto casi de todo, es una duna muy alta, trastornada por los vientos del Oeste.

Los alemanes han creado muy cerca su puerto de Swakopmund, unido por ferrocarril á Windhock, capital de su colonia, y es de suponer que el porvenir de Walfish-Bay no será más brillante que su presente y su pasado.



NATAL Ó NATALIA

I

Extensión, población, administración y gobierno.

El Cabo debe su nombre á Bartolomé Díaz, y Natal ha recibido el suyo de otro navegante portugués aún más ilustre: Vasco de Gama, que distinguió un promontorio verde de esta comarca el día de Navidad (Natal en portugués) del año 1497.

Más de tres siglos transcurrieron sin que se utilizara de una manera permanente este punto del camino oceánico entre Europa y las Indias. Marineros portugueses se abastecieron en él muchas veces, y luego los holandeses, al heredar de los lusitanos la soberanía de los mares, trataron de establecerse en Natal más de una vez, pero tales tentativas fracasaron. Hasta 1824 no fundaron los ingleses del Cabo el primer centro europeo en Durbán.

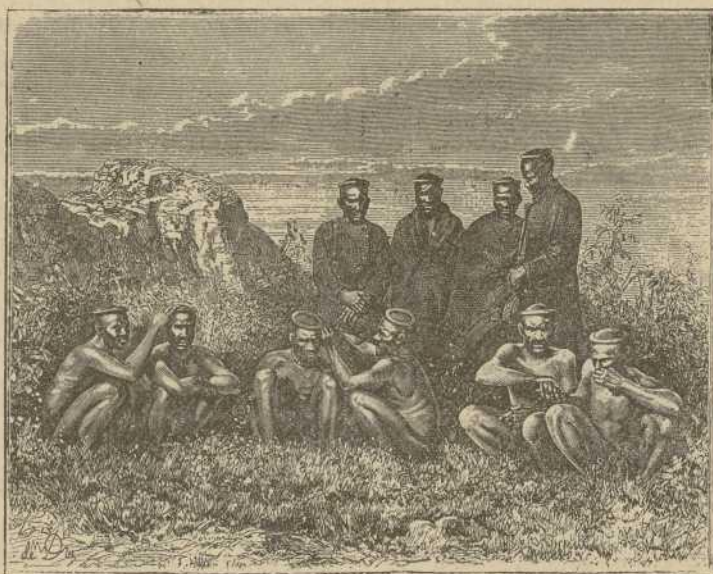
Asolado en dicho año el país por el terrible conquistador Chaka, gran jefe de los zulús, estaba casi completamente desierto. Desde el mar hasta las montañas era profunda la soledad y se fué animando muy lentamente; primero, por la llegada de algunas familias holandesas emigrantes; luego, por la irrupción de los grupos del gran *trek* boer, desde 1837. Pero, como ya dijimos al hablar de aquella emigración, los neerlandeses sembraron allí para no recoger, y después de guerras y matanzas, cuando habían adquirido definitivamente el país á costa de mucha sangre, tanto suya como cafre, los ingleses les arrebataron, *manu militari*, los hermosos valles del Natal como ellos se los habían quitado á los indígenas.

Cuando los ingleses fueron los amos, pronto se apoderaron del país su idioma y su civilización, aunque su raza dominó muy poco. El Natal fué foco de atracción para cafres y zulús más bien que para blancos.

Los indígenas no han dejado de afluir á Natal, que les ofrecía, después de guerras de exterminio, extensas tierras vacantes para sus rebaños. De 3.000 que eran en 1824, cuando la pri-

mera llegada de los ingleses, ha ido creciendo su número hasta exceder de 188.000 en 1898. Probablemente serán inferiores á la realidad estos guarismos, porque no se basan en un censo estricto de los cafres de Natal, sino por cálculos aproximados. No existe todavía registro civil en las tribus para llevar la estadística de nacimientos y defunciones. No se registran más que los casamientos, y la contribución se cobra según el número de cabañas.

También conviene observar que no es ahora Natal lo que



Cafres zulú. (Dibujo de Drée.)

era en 1848. Aunque es país pequeño, se ha acrecentado con la anexión de parte de la Cafrería, llamada independiente antes, y su extensión, que era de 48.560 kilómetros cuadrados, abarca ahora 100.890.

Los 800.000 cafres dependen de gran número de tribus, pero el movimiento de inmigración ha seguido al de la conquista, en dirección de Norte á Sur, y la mayor parte de los negros que se han convertido en súbditos del gobierno británico, son de tipo é idioma zulú. Se agrupan todavía en clanes, pero sin lazo alguno político, y la administración ha cuidado de fraccionarlos en una multitud de pueblos distintos. A fines del siglo xix no ha-

bía menos de 173 jefes en Natal, y la mitad había sido nombrada directamente por el gobierno, sin título alguno hereditario. Los jefes dependen inmediatamente de administradores ingleses, que toleran la observancia de costumbres indígenas «con tal que no causen injusticias manifiestas ni repugnen á los principios establecidos y á la equidad natural».

El segundo lugar en número lo ocupan los procedentes de la India inglesa, que son más de 61.000. Los europeos apenas excedían de 54.000, según los últimos datos publicados (1898).

A mediados del siglo XIX no había en Natal más que los pocos holandeses que permanecían en la región alta del país, alrededor de Pieter-Maritzburg y de Newcastle, y escasísimo número de ingleses, cuya mayor parte procedía del Cabo. Después de 1850, la inmigración europea tomó cierta importancia, pero nunca adquirió grandes vuelos. Primeramente llegó un grupo de colonos ingleses, principalmente del condado de York; luego aldeanos alemanes que se instalaron en tierras concedidas cerca de Durban, y muchos noruegos y criollos de Mauricio y la Reunión acrecentaron también la población blanca.

Pero á pesar de las ventajas del clima de la comarca (excepto para personas nerviosas ó de temperamento apoplético), la inmigración anual espontánea nunca ha pasado de algunos centenares de individuos y hasta ha habido un movimiento contrario que ha llevado á muchos natalienses á Australia y Nueva Zelanda.

Este abandono relativo de una comarca tan hermosa, reconoce como causa principal el régimen de la gran propiedad. Exceptuando á los boers de la montaña, los colonos blancos no trabajan por sí mismos las tierras, no hacen más que vigilarlas y cobrar la renta. Si las cultivasen con sus brazos ó se dedicarían á trabajo manual, los despreciarían los demás blancos y los cafres. Además, los europeos no se encuentran á gusto entre tanto indígena.

En cambio, como esta separación de razas asustaba á los propietarios ingleses, se fundaron compañías para llevar á la colonia artesanos, obreros y criados europeos, á los cuales otorgó pasaje gratis, mediante contratos más ó menos duraderos.

Siendo más numerosos los hombres que las mujeres, se casan éstas fácilmente, y en Natal hay pocas solteronas. La población blanca va creciendo con regularidad, gracias al exceso de

nacimientos que es considerable, pues resulta doble ó triple que las defunciones.

Como los europeos no se dignan tocar el arado ni el azadón, utilizan el trabajo de indios, procedentes por lo general de Calcuta y Madras. Trataron al principio de emplear en ello á los cafres, y en muchos sitios tienen que reclutar el personal entre los indígenas, pero en general se crean odios entre amos y dependientes de esta raza, y en cuanto acaba su compromiso de uno á dos años, se apresuran los cafres á volver á su tribu, y á veces hacen que los llamen sus jefes antes de que expire el tiempo de servicio. Trabajan de mala gana para el amo. La mayor parte tienen su choza y su campo de maíz y algún ganado, y cuando el europeo les propone que trabajen por salario, responden con altanería que también ellos pueden ofrecérselo al blanco.

Por eso se ha decidido la casta de los plantadores europeos á buscar trabajadores de carácter menos independiente: y ha llamado á hotentotes y á individuos de tribus septentrionales; pero el obrero que más les conviene es el dócil indio. El gobierno colonial adelanta los fondos necesarios para el contrato de los asiáticos, y repartidos éstos entre las plantaciones, según el orden de petición, están obligados á trabajar diez años con el amo que se les designa. Reciben como salario un ajuar muy humilde, los víveres estrictamente necesarios y 15 pesetas al mes. Los que llegan hasta el fin del contrato pueden elegir entre volver á su patria con viaje pagado ó colocarse como obreros, según las condiciones ordinarias del mercado. La mayoría se queda en el país y se casan con alguna compatriota, pues los contratistas de *coolies* tienen también la obligación de llevar mujeres en una proporción de 40 por cada 100 hombres. Algunos se hacen jardineros ó pequeños propietarios cerca de las ciudades: otros ponen tiendas de mercería ó comestibles, y gracias á su gran sobriedad hacen competencia á los comerciantes europeos, que se quejan mucho de la importación de tan peligrosos rivales.

Los cafres, que son los más numerosos, se dedican á la ganadería, al cultivo en pequeño, á la caza y á la pesca. Los indios son jornaleros al servicio de los grandes propietarios ó ponen tiendas. Los blancos detentan y vigilan las fincas grandes, y disponen de la industria, el comercio al por mayor, la banca y los negocios, dedicándose también á las profesiones liberales y á ciertos oficios. Los holandeses se ocupan

con especialidad en la cría de ganado; los alemanes son dependientes de comercio y labradores; los noruegos, pescadores; los insulares de Santa Elena, cocheros. Hay también malayos procedentes del Cabo, chinos, criollos franceses de Mauricio y Borbón, negociantes en la ciudad, propietarios en el campo, etcétera. Entre todos ellos reina la lengua inglesa, idioma común, usado para hablar con los indígenas, empleado en la escuela, en los tribunales, en la vida política y social. Los boers, sin embargo, no dejan su lengua holandesa.

Aún quedan en el Natal vastos espacios sin ocupar, y sin dueño, de los cuales puede disponer el Gobierno para cultivarlos, ó para pasto de los ganados. En la antigua Natalia (excepto el país zulú, anexionado muy recientemente para que se sepa qué tierras habrá disponibles cuando estén ocupadas las de los cafres), en un espacio de 4.855.000 hectáreas, donde hay bastante terreno peñascoso é infecundo, se ha apartado una extensión de 900.000 hectáreas para los indígenas. Se han vendido por el Gobierno 2.800.000 á los colonos europeos; se han cedido unas 600.000, mediante pagos á plazos, y quedan unas 400.000 á disposición de los compradores,

Pronto estará, pues, completamente ocupado el Natal, lo que no quiere decir que esté cultivado totalmente ni mucho menos. Los blancos en 1898, no labraban más que 53.000 hectáreas, ó sea la 54.^a parte de sus posesiones, pero van prosperando, aunque exista una lamentable desproporción entre lo hecho y lo que se puede hacer. Mucha culpa de ello corresponde á lo vasto de las posesiones. Los lotes de venta y de arriendo han variado de magnitud, según las oscilaciones de la política colonial. Los primeros colonos holandeses se apropiaron 2.400 hectáreas cada uno, de modo que con dos mil propietarios habría bastado para acaparar toda la comarca. Desde entonces han ido disminuyendo los lotes, aunque abundan los que abarcan centenares y hasta un millar de hectáreas, pero cerca de las ciudades se va dividiendo paulatinamente la propiedad.

Tampoco los indígenas han cultivado todas sus tierras. No han roturado más que 164.000 hectáreas de las 900.000 que les corresponden, y los indios no cultivan arriba de 10.000.

El cultivo principal es el del maíz, cereal que sobra para alimentar á los cafres, indios y animales domésticos, y se exporta en cantidades notables,

El trigo, la avena, los demás cereales, las legumbres y otras verduras se cultivan también en este país favorecido

por las lluvias, así como los demás cereales europeos, y en cada ciudad y pueblo abundan las huertas, que han sustituido á los antiguos bosques, casi completamente destruidos por el hacha y el incendio.

Gracias á su clima tropical, produce también plantas que no existen en la Europa templada. Tuvo importantes cafetales, pero desde 1872 hubo que abandonar esta industria, por haber sufrido enfermedad los arbustos. Luego ha vuelto á emprenderse, aunque ha sido sustituido en parte por el cultivo del té. También produce Natal el cáñamo, el *phormium tenax* y otras plantas textiles.

El mayor cultivo industrial ha sido y es el de la caña de azúcar, introducida desde 1851.

En este país de pastos excelentes, la ganadería fué la única industria en los primeros tiempos de la ocupación holandesa. Algo ha disminuido su importancia desde 1855, época en que una epizootia mató el 94 por 100 de los rebaños atacados; pero la práctica de la inoculación y una higiene mejor han reconstituido los rebaños, y según los últimos datos disponían los natalienses de 736.567 bueyes, 807.391 carneros, 308.300 cabras y 50.456 caballos. No están comprendidos en este cálculo los ganados de Zululandia, y á veces se cuentan por millones las reses bovinas en los pastos natalienses, porque los pastores en las mesetas del Orange y el Transvaal trashuman, según las estaciones. En verano pacen los rebaños en los altos valles occidentales, y en invierno bajan las pendientes hacia los llanos templados del Natal. Los ganaderos han introducido la cabra de Angora en sus rebaños, pero no han hecho gran caso del avestruz doméstico y el fracaso relativo de sus vecinos del Cabo no debe de animarlos mucho.

Posee Natal algunos yacimientos de cobre, oro, grafito, pero poco reproductivos para que se piense en explotarlos. Sus riquezas minerales son el hierro y el carbón, en la parte septentrional de la colonia, principalmente en las dos vertientes de la cordillera de Biggarsberg, cerca de la ciudad que lleva el nombre de Newcastle, como si fuera á rivalizar algún día con la ciudad hullera de la Gran Bretaña. El espacio explotable pasa de 3.500 kilómetros cuadrados, y algunas capas tienen más de tres metros de espesor.

Sin contar más que los estratos horizontales, conocidos en excavaciones poco profundas y únicamente en la vertiente británica de las Draken-Bergen, ha visto el ingeniero Nooth que la

masa de combustible de buena calidad que puede extraerse del suelo, excede de dos mil millones de toneladas. Sin embargo, los escasos herreros de la comarca eran, hasta hace poco, los únicos que lo usaban; pero desde que el ferrocarril ha penetrado en aquellas regiones, se le utiliza también para las locomotoras. La explotación de las hulleras ha de acrecentarse, según aumenten la red ferroviaria y los establecimientos industriales, refinerías, fraguas, etc.

La red ferroviaria del Natal está en poder del Estado y le produce muy buenas ganancias. La principal línea es la intercolonial que desde Durbán ó Port-Natal sube á Pieter-Maritzburg, corta el Tugela, pasa por Ladysmith y Newcastle, y después de penosas subidas franquea las Draken-Bergen, en la garganta de Laing's-Neck, y se desenvuelve más apaciblemente por las llanuras altas del Transvaal hasta Johannesburg y Pretoria. Enlazan con esta línea la que, empezando en Ladysmith, sube también la cordillera del Dragón, y desde la cima baja á la meseta de la colonia de Orange, en dirección á Bethlchem y Kronstad, y la que, siguiendo muy de cerca la costa, une á Durbán con el Tugela, cerca de su desembocadura.

La construcción de los ferrocarriles natalienses se hace con toda la economía posible. Las pendientes más rápidas pasan de tres centímetros por metro, las curvas más bruscas no tienen ni cien metros de radio, y todas las obras están hechas para vía sencilla y estrecha. El ferrocarril escala sucesivamente todas las cordilleras transversales de la vertiente. Cerca del pueblo de Westown, pasa á 1.570 metros de altura y salva la cresta de los Draken-Bergen á 1.676 para entrar en la colonia de Orange.

Las carreteras que completan la red de vías de comunicación de Natal también han sido trazadas muy osadamente por encima de las gargantas y en las laderas de las montañas, hasta el reborde de la meseta del Orange. Casi todo el comercio exterior de la comarca se hace por Port-Natal.

No puede decirse todavía que es Natalia un país cultivado. Aparte de la extracción de la hulla, de los oficios usuales, de las industrias domésticas y de fábricas pequeñas, se limita al cultivo casi infinitesimal del terreno. Su tráfico consiste en el cambio de productos de la tierra nataliense por objetos fabricados en diversas comarcas, sobre todo en la Gran Bretaña.

La importación consiste principalmente en hierro, máquinas y quincallería, mercería, cueros y arneses, trajes, granos, harinas, vinos y bebidas espirituosas; la exportación, en lanas,

carbón de piedra, pelo de cabra angora, oro en barras, azúcar, etc.

No es Natalia una colonia autónoma, que se gobierna á sí misma con ministerio propio y cuidadosa de su propia defensa. Es una «colonia de la Corona», que depende todavía del gobierno británico.

La razón de que se encuentre todavía en tal estado es la dificultad, ó, mejor dicho, la imposibilidad de que pueda atender á su propia defensa. Carecen los colonos de fuerza, pues no se puede combatir uno contra diez y ocho ni aun siendo blanco y estando en país de cafres. Están rodeados de pueblos cuya hostilidad podría renacer de pronto: al Sudoeste los pondo; al Oeste los basuto; al Noroeste los zulús, y dentro del país tal vez tendrían que luchar con una insurrección de negros. Para librarse de tantos peligros tienen que contar con el auxilio de la madre patria.

El gobernador del Natal, cuyo asentimiento es indispensable para los proyectos de ley, es nombrado por la Corona, así como el Consejo ejecutivo, compuesto del *Chief-Justice*, el comandante de las tropas, el secretario colonial, el tesorero, etc.

El Consejo legislativo, especie de Senado, se compone de 12 individuos (uno de ellos por el país zulú), y la Asamblea legislativa comprende 39, uno de los cuales representa asimismo el Zululand. Todos los habitantes, sean cuales fueren su color, su origen ó su religión, tienen derecho oficial al sufragio; pero gracias á ciertos artificios legales, siempre resulta que no votan más que los blancos.

El gobierno designa los jueces del Tribunal Supremo, los magistrados residentes y los *field cornets* que vigilan los diferentes distritos. También nombra el gobierno los administradores, profesores y empleados.

Para defender la colonina en el exterior, y más aún en el interior, donde son mayores los peligros, acampa un ejército inglés, que no excede de 1.000 hombres, en Pietermaritzburgo, Estconst y Greyton. Hay también una policía montada de más de 2.000 individuos, de los cuales 659 son blancos. Además, tiene la colonia un regimiento de 1.500 natalienses voluntarios, y en todos los pueblos han fundado los europeos sociedades de tiro, á las cuales el gobierno auxilia con premios. La venta de armas y municiones de guerra á los indígenas está prohibida. También lo está la venta de aguardiente, pero esta ley se infringe á todas horas, especialmente por los mercaderes indios.

Durban y Pietermaritzburgo tienen su escuela superior cada una, y las poblaciones de alguna importancia están provistas de escuelas primarias, sostenidas por fondos coloniales. Además, hay muchas escuelas particulares, generalmente á cargo de los misioneros, que cobran subvenciones del gobierno, en dinero ó en terrenos.

II

Poblaciones importantes.

En el Natal meridional, cerca de su límite con la Colonia del Cabo, entre los ríos Umtavana y Umkiukulu, hay pocos habitantes todavía y escasean los blancos entre los pondo y los zulús. Masbrug, colonia agrícola fundada por los noruegos, está á nueve kilómetros de la desembocadura del Umzonkulu, estuario donde se abre el puentecillo de Shepstone. Otros supuestos «puertos», que los marineros evitan, se suceden al Norte, en el trayecto rectilíneo de la costa, como Puerto Harding, en la desembocadura del Umzumbi y Puerto Scott en la del Um-pambynioni.

La única parte de la costa nataliense, escotada de modo que ofrezca amplio fondeadero á los buques, es la que reconoció Vasco de Gama en 1497, ó sea Port Natal. En este sitio una cadena de rocas, de unos 80 metros de altura media, paralela á la costa primitiva y unida luego al continente por la elevación de las tierras, termina en su extremo septentrional con un acantilado rápido, que protege á una bahía ancha, residuo del antiguo estrecho, contra los vientos y el oleaje. A la entrada de esta bahía, el movimiento de las olas ha acabado por formar una aguja de arena unida con la playa septentrional y que se dirige al Sudeste, al encuentro del acantilado, dejando á los barcos un paso angosto. Antes la profundidad del agua variaba, en baja mar, entre dos metros y medio y cinco y medio, y no se atrevían á pasar la barra los barcos de más de tres metros de calado. Un rompeolas, cimentado en la aguja de arena, ha acrecentado la fuerza de erosión del reflujo y ha rebajado el fondo unos 60 centímetros.

La ciudad edificada en las riberas de Port-Natal fué fundada en 1846, en un bosque frecuentado por los elefantes. Los boers la llamaron Pompoen-Kraal, y hoy lleva el nombre de

Durban en honor de d'Urban, que fué gobernador del Cabo. En realidad se compone de dos ciudades [diferentes, unidas por una vía férrea; el barrio marítimo (Port-Natal) con sus almacenes y depósitos, y el barrio burgués (Durban), en la colina, con sus anchas calles con árboles y magníficos jardines de vegetación tropical. La mayor parte de los comerciantes ricos reside al Oeste, en la colina de Berea, llena de árboles, sembrada de casas de campo, desde las cuales se contempla el hermoso espectáculo de la bahía, sus islotes y sus riberas. Los primeros *trekn* holandeses establecieron su campamento en el vecino pueblo de Congella.

Durban tiene unos 40.000 habitantes (con las afueras), y es ciudad cosmopolita, compuesta de ingleses, alemanes, holandeses, criollos, franceses, indios, árabes, chinos, zulús, etc. Los indios son los encargados de abastecer la plaza de pescados, frutas y legumbres.

Durban es la primera ciudad del Natal, y su principal y casi único mercado, gracias á la bondad relativa de su situación, á sus ferrocarriles, á los campos de caña de azúcar y á sus condiciones de lugar, favorable para las transacciones de las colonias de Transvaal y Orange con los países trasatlánticos.

Junto al ferrocarril de Durban al Tugela y al Cululand, están Verulam, población azucarera fundada por los wesleyanos, y Stanger, que edificaron los noruegos. En el camino de Durban á Pietermaritzburg no hay más población importante que Pinetown, centro de la gente alemana de la Natalia. Una misión próxima se llama Neu Dentschland (Nueva Alemania), y muy cerca han fundado los trapenses austriacos el establecimiento agrícola de Marianbrill.

Pietermaritzburg, ó con más brevedad Maritzburg, capital de Natal, está muy agradablemente situada á 625 metros de altura, en una llanura regada por un afluente meridional del Mur-Geni, y rodeada de colinas de gracioso perfil. Es una de las ciudades más limpias y lindas de Africa. La vegetación de sus bosquecillos es más bien la de la Europa templada que la de las regiones tropicales.

Menos poblada que Durban, pues solo cuenta con 25.500 habitantes, tiene la ventaja de ser mucho más europea, con menor proporción de gente sin civilizar, y cada vez va tomando más el carácter de una ciudad de rentistas y retirados, con ensanche de quintas. Su carácter de ciudad blanca en país de negros, se va afirmando cada vez más. Como capital de la Natalia,

encierra una muchedumbre de empleados y personajes oficiales. Es también la principal guarnición de la colonia. Acampado en el centro del país, junto al palacio del gobernador, el pequeño ejército puede dirigirse inmediatamente á todos los puntos amenazados. Cerca está la colonia agrícola de Wilgefontein, que se enriquece rápidamente cultivando frutas tempranas. Al Norte, al otro lado de la cordillera de Levastkos, corre el Mur-Geni, famoso por sus magníficas cascadas. Una de éstas, cerca de Howick, se derrumba desde lo alto de una pared basáltica, en una sola masa espumosa, cuya altura se calcula diversamente en 85 á 98 metros. Más abajo se divide el río en varios brazos, y nuevas cascadas, separadas entre sí por peñascos y bosquecillos, forman larga fila en el muro de un acantilado.

Al Norte de Maritzburg se encuentra Sidgetown, también en la cuenca del Um-Geni. Greyton la holandesa está junto al alto Um-Voti; pero todas las demás poblaciones pertenecen á la vertiente del Tugela, que es la principal corriente del Natal. Ertcourt y Weenen se suceden en la orilla izquierda del río bushman. Colenso fué fundada en el mismo río, y Ladysmith se edificó junto á su afluente, el Klip River. Newcastle, muy al Norte de la Colonia, á 1.254 metros de altura, está junto á un pequeño afluente del Buffalo River, mayor tributario del Tugela.

Al Norte de Newcastle, en la misma punta que hunde el territorio del Natal entre las colonias de Transvaal y Orange, se eleva la colina escarpada de Majuba, cuyas tierras, altas crestas ó cúpulas de montañas, apenas se distinguen por encima de las largas ondulaciones de la meseta. Los pueblos se resguardan del viento tras las depresiones del terreno, abundante en hierba.

III

Zululand.

Aunque forma parte integrante del Natal desde el 30 de Diciembre de 1897, no ha perdido todavía el país de los zulús su fisonomía especial. Si los blancos, que no abundan mucho en la comarca, la abandonaran, no dejarían muchas huellas de su paso y la comarca, ahora sometida, será todavía, durante algún tiempo, una Cafrería casi independiente.

El país zulú se divide en dos regiones distintas: la litoral y la montañosa.

La región litoral es llana. Muy estrecha al Sur, gana en anchura según se va acercando, al Norte, á las fronteras del país portugués de Gaza. El clima es cálido y húmedo, poco favorable á los blancos, que enferman de calenturas en verano, ó sea desde Octubre hasta Abril, cuando llueve bastante en la comarca. La acacia y muchas plantas espinosas son los árboles más comunes; el hombre abunda poco, pero los animales silvestres son muy numerosos todavía.

La región montañosa empieza viniendo del mar de las Indias, por una fragosidad que continúa al Sur la cordillera de Lebombo, serie de alturas porfidicas que separa el país de Gaza y el Transvaal. Detrás de esta fragosidad se elevan grupos de montañas que no parecen distribuirse en cordilleras regulares, sino que se alzan al ocaso, y entre las cuales se notan, como en toda el Africa austral, cierto número de montes de escarpas rectas ó perpendiculares, fortalezas naturales que aprovecharon los zulús en sus guerras civiles ó nacionales. Los ríos costeros y sus tributarios, torrentes con saltos continuos, dividen estas masas. Excepto en la parte baja de los valles, el país es sano, y lo es tanto más, cuanto más se eleva, para ajustarse á la alta meseta transvaalense. La hierba es excelente y muy apropiado para el pasto invernal de los rebaños. Es, en resumen, una comarca hermosa, perfectamente adaptada á la colonización blanca, que no tardaría en apoderarse de ella en todo ó en parte.

La historia del país zulú es exactamente igual á la de las demás regiones del Africa austral: guerra civil continua entre régulos y capitanes indígenas; llegada casi simultánea de boers é ingleses; rebelión de los pastores negros contra los pastores holandeses; intervención inglesa y confiscación del país en beneficio de la Gran Bretaña.

Repetidas veces hicieron blancos y cafres tratados de paz y de «amistad eterna»; pero semejantes convenios no evitaban un permanente estado de hostilidad entre negros y blancos, ya en guerra abierta, ya con incursiones temporales á mano armada, generalmente seguidas de robo de ganados ó terrenos. Poco á poco iba disminuyendo el territorio de los zulús. Bajando los boers de sus mesetas se apoderaban de pastos y más pastos, y se iba constituyendo una nueva República holandesa, destinada á ser una provincia marítima del Transvaal. Para impedir á los holandeses que extendieran su dominio político hasta el mar,

emancipándose así del estado de dependencia comercial en que se encontraban respecto á los ingleses del Cabo y del Natal, el gobierno británico se apresuró á echar mano al territorio zulú del litoral. Desde la desembocadura del Tugela hasta el río Maputa, que desagua en la bahía de Lorenzo Marques, toda la zona costera pertenece ya á la Gran Bretaña, y el país de los tres pueblos cafres (zulús, touga y suazi), ha perdido su vida nacional. Los suazi dependen ahora de la colonia del Transvaal; los zulús y los tougas, del Natal.

En 1879 fué cuando los zulús se atrevieron á medir sus fuerzas con las inglesas. A pesar de su inferioridad en disciplina y armamento, vencieron á los ingleses en algunos encuentros, especialmente en Viandhlana, lugar situado cerca de la orilla izquierda del Búfalo-River, al Este de su confluencia con el Blood-River ó «Río de Sangre».

Allí se encuentra el vado Roske's Drift, disputado frecuentemente como uno de los sitios más estratégicos de la comarca. Los ingleses, al apoderarse de él, habían ganado los terraplenes orientales del valle cuando fué sorprendida su vanguardia, que tuvo que batirse precipitadamente en retirada. Algunos de los suyos quedaron entre las malezas, atravesados por azagayas, entre ellos el heredero de Napoleón. Pero los primeros fracasos de la vanguardia fueron vengados pronto, y el ejército zulú sucumbió á orillas del río Um Folois, precisamente en el paraje donde, según la tradición, había nacido, en época inmemorial, el Zulú, fundador de la tribu. Enseñoreados los ingleses del país, lo dividieron en 13 *jeferías* protegidas, y procedieron á un arreglo nuevo cuando los varios Estados pequeños se estenuaron á fuerza de guerras civiles.

Los zulús son mucho menos numerosos en el país donde eran antes independientes que en la colonia del Natal, donde se hallan sometidos á estrecha vigilancia, pero pueden ganarse la vida trabajando. Se calcula que hay de cien mil á ciento cincuenta mil en el país que limita al Sur el Tugela; verdad es que han ensangrentado el territorio y asolado provincias enteras varias guerras de sucesión, seguidas de invasiones extranjeras.

Los zulús no tienen tipo distinto del de los demás cafres de la vertiente oriental de Africa. Este pueblo, al cual hizo poderoso la guerra á principios del siglo XIX, cuando las conquistas de Chaka, se compone en realidad de todas las tribus que sucesivamente han sido devoradas. Los pueblos tragados por el

«Gran León» no eran exterminados completamente; por lo general se perdonaba á las mujeres y á los niños, que pertenecían enseguida á la nación conquistadora y á los jóvenes se les alistaba en el ejército.



Tipos cafres. (Dibujo de Siroux.)

Chaka había prohibido el matrimonio á sus guerreros. Únicamente podían casarse los veteranos y con más de una mujer: con tantas como enemigos habían matado. Para sustraer á sus soldados á cualquier sentimiento afectuoso que pudiera enternecerlos en su obra feroz de destrucción, había ordenado matar á los recién nacidos, y predicando con el ejemplo, no ce-

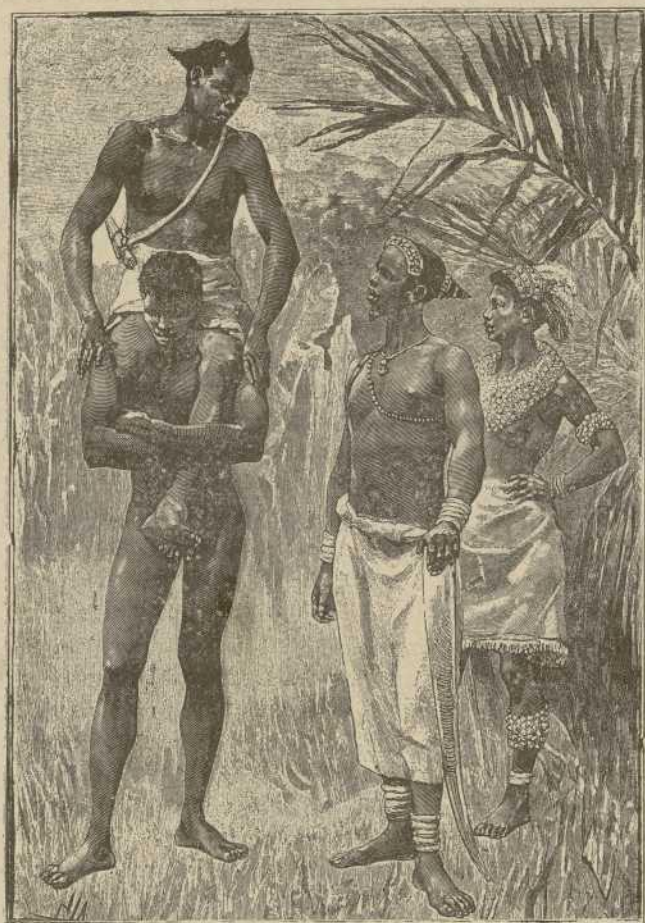
lebró esponsales con arreglo á las antiguas costumbres y mandó matar á todos sus hijos según iban naciendo. Como rey consideraba que cada hijo que le naciera era un enemigo futuro, y prefería destruirlo anticipadamente.

Los zulús, formidables por su manera de combatir, habían abandonado el dardo arrojadizo que se tira desde lejos, y usaban la jabalina corta, con la cual se hiere de cerca al enemigo. Los grupos de soldados no se precipitaban desordenadamente á la pelea. Colocados en forma de «frente de buey» envolvían lentamente á sus adversarios, atacándolos primero con un ala y luego con otra, y arrojándolos poco á poco hacia el cuerpo central, que acababa la matanza. Después de la victoria, lo más importante era capturar el ganado, que los pastores habían alejado del campo de batalla ejercitando á sus bueyes para que se retiraran rápida y ordenadamente.

La organización puramente militar de la nación, tenía fatalmente que originar su ruina. Fundado para la guerra, por la guerra se derrumbó el imperio; nacido en pocos años, pereció en poquísimo tiempo. En 1810 apenas eran los zulús 10.000, y según el misionero Erandjeau, constituían una tribu insignificante de mercaderes de tabaco, sometida á otra tribu, la de los umtetana. Diez años después, contaban ya con 100.000 guerreros, y desde 1820 sus devastaciones se reflejaron en toda el Africa austral hasta el Zambeze y los confines del Africa ecuatorial, en las dos orillas de los lagos Nyasa y Tanganyka. Todo esto fué obra de un hombre solo, ó de dos, pues Chaka prosiguió la comenzada por Diughisnayo, jefe de tribu, que había habitado en la Colonia del Cabo y había regresado con dos caballos, animales que no conocían entonces los zulús, y con ideas más desconocidas todavía sobre la estrategia, la disciplina y los ejércitos permanentes. Chaka fué muerto, el año 1820 por su hermano Dingaan, después de haber hecho perecer á más de un millón de indígenas en diez años. Pero Dingaan tuvo la desgracia de tropezar con los boers, de los cuales mató al principio algunos centenares, y no habiendo podido forzar las trincheras de sus carros y viéndose imposibilitado los zulús de exterminar á los blancos, armaron guerras sangrientas unos contra otros. Por último, Cetiwayo, sobrino de Chaka y de Dingaan, cruel y batallador como ellos, emprendió la lucha contra los ingleses y fué vencido. La terrible derrota de Kamkula Kop cortó la cabeza de la hidra zulú.

Muy orgulloso está este pueblo de semejante pasado de con-

quistas, batallas y exterminio, pasado funesto que ha ocasionado su pérdida y le ha arrebatado la aptitud de continuar la lucha por la existencia valiéndose del trabajo. Formados por elementos muy varios, no tenían los zulús más carácter distinti-



Negros bechuaras. (Dibujo de Puxic.)

vo, entre los cafres, que su costumbres guerreras, fruto de la educación que recibían. Hijos de hombres escogidos, son en general guapos, altos, diestros y robustos, hábiles en todos los ejercicios y de digno continente. Su gracia natural es tanta, que cualquier traje les cae bien.

Se envanecen de sus condiciones físicas y tratan de realzarlas arreglando elegantemente sus togas, adornándose brazos, piernas y pecho con anillos y perlas, y la cabeza con penachos.

Los hombres casados acostumbran á hacerse una especie de corona, engomándose la cabellera y mezclándola con arcilla ú ocre. Benévulos y risueños, parece que no conservan rencor á á sus vencedores los blancos, pero cuando son víctimas de alguna injusticia personal, jamás la perdonan.

Antes eran sus principales *fetiches* la azagaya y el escudo de guerra. Los viajeros de la generación anterior describen con cierto espanto las danzas y procesiones militares en que los guerreros, adornados con cuernos y colas de buey, desfilaban cantando por delante del rey.

La obligación de vivir ahora en paz profunda, ante la amenaza de otros *fetiches* más poderosos, como los fusiles y cañones de los blancos, ha de mortificar, indudablemente, sus supersticiones, y aunque rebeldes en mayoría para los discursos de los misioneros, pronto dejarán de creer que las almas de sus ascendientes están en las serpientes familiares que habitan en sus moradas.

Lo mismo los del Natal propiamente dicho, que los de allende el Tugela, se van convirtiendo de guerreros en agricultores, y empiezan á dedicarse á los oficios de la industria común, que hace poco no conocían. Además, sus hermanos sabían ya de tiempo atrás forjar un hierro más resistente que el metal importado de Inglaterra, y sus joyeros fundían el cobre vendido por los portugueses de Lourenzo Marques.

Al Norte del país zulú está el de los tongas, ó mejor dicho, amatongas, que prolonga la Natalia hasta las fronteras del Africa portuguesa. Son unos 30 ó 40 000 en 5.000 kilómetros cuadrados, y viven en una comarca de vegetación pobre y suelo arenoso.

El clima es insalubre á la orilla de las lagunas del litoral. Tienen una importancia considerable en la colonia portuguesa, donde, con diversos nombres y dialectos, y mezclados con otros pueblos, forman el núcleo de la población de las costas y algo de la interior hasta el Zambeze.

Al Oeste de los amatongas, los amasuazis corresponden casi todos al Transvaal.

Actualmente es escasísima la población europea en el territorio zulú, y además les está prohibido provisionalmente á los blancos comprar tierras en él.

Los únicos colonos del Zululand son misioneros protestantes, algunos ganaderos, buscadores de oro, dos ó tres comerciantes junto á la costa y algunas familias boers alrededor de Melmoth.

No hay más construcciones europeas que fortines en puntos estratégicos, y pocas capillas y escuelas, que serán origen de pueblos y ciudades.

El centro natural de la comarca es la región donde se encuentran los dos Um-Folois. Allí estaba antes la capital del reino zulú, Mnoduengo, á la cual sucedió Ulnudi, ciudad de más de un millón de chozas colocadas en forma de anillo fortificado alrededor de una playa de varios kilómetros de circunferencia donde se guardaban los rebaños. Ulnudi fué destruida también y no queda de ella más que un kraal insignificante.

Las demás aglomeraciones urbanas e tan construidas como rediles.

La capital actual, residencia del comisario inglés, llamada Eshowe, es un pueblecillo colocado tierra adentro.

Hay también algunos fortines dispersos, Fort-Cradock, Fort-Chelmsford, etc. Ninguno tiene pretensiones «extratégicas», ni resistiría diez minutos á un bombardeo á la europea. No se han edificado más que para resistir alguna agresión imprevista de los cafres y no á un ataque bien pensado de un cuerpo de ejército con cañones. Port-Duruford, al Este de Eshowe, no tiene de puerto más que el nombre. Es lisa y llanamente una rada abierta. Lo mismo ocurre con los demás supuestos puertos de esta costa donde no hay ningún refugio seguro para buques grandes.

COLONIA INGLESA DE ORANGE

(ORANGE RIVER COLONY)

I

Extensión y población.—Los boers del Orange.

Agricultura, industria y comercio.

Antes de que quedara sometido al dominio británico como consecuencia de la última guerra anglo-boer, se llamaba este territorio *Orange Urij Stuit* ó Estado libre de Orange, y la limitaban territorios ingleses en los dos tercios de su contorno:

al Oeste confina con el Griqualand-West; al Sur con la Colonia del Cabo; al Este con el país de los basutos y el Natal.

Cuando aún no se habían descubierto los yacimientos de diamantes, el terreno de forma oval correspondiente al Estado libre estaba bien limitado por todas partes con fronteras naturales. La alta cordillera de los Drankenbergen lo separa del Natal entre las fuentes del Vaal y las de Caledón. Esta corriente de agua y unas estribaciones montañosas forman la frontera del país de los basutos; al Sur, el Orange, que dió su nombre al Estado, señala el límite con las sinuosidades del Ucho. Pero antes de su anexión definitiva á Inglaterra, ya había ésta confiscado el espacio peninsular entre el Orange y el Vaal, donde estaban las minas diamantíferas.

En conjunto, el país es una meseta de pastos poco frágosa, de altura media, entre 1.300 y 1.400 metros, con pendientes insensibles de Noroeste á Suroeste, sin más tierras fértiles que en las regiones orientales próximas á las montañas. La superficie se calcula en 131.070 kilómetros cuadrados con una población de unas 250.000 almas.

Debe su origen, como país de blancos, á la gran emigración boer anterior á 1840.

Apenas se estableció el Estado libre, cuando se lo apropió Inglaterra; pero al hacerse cargo del nuevo dominio, los ingleses tuvieron que proseguir la guerra contra los basutos y otros indígenas y el presupuesto anual de la metrópoli se vió gravado con gastos tan considerables que se lamentó la anexión. El gobierno británico acabó por proponer á los boers la devolución de su autonomía política mediante la promesa formal de no tolerar la esclavitud. Aceptaron la condición los holandeses y se reconstituyó el Estado libre en 1854. Desde aquella época fué prosperando hasta la reciente derrota de los boers de ambas repúblicas y la desaparición de éstas en beneficio de la Gran Bretaña.

Los boers del Orange son considerados como inferiores en civilización á los holandeses del Cabo, y menos rudos y primitivos que los del Transvaal.

Los boers de origen habitan casi todos en el campo, mientras los ingleses y asimilados viven en ciudades y pueblos, en los cruces de caminos, donde hay mercados, allí donde pueda prosperar ó sostenerse el comercio.

Las granjas donde viven los boers nada tienen de bonitas, ni de alegre la meseta. Los viajeros deploran unánimemente su

monotonía gris, negra ó abrasada, excepto en Septiembre y en Octubre, cuando las primeras lluvias han revestido de verdor la llanura y las montañas. No hay allí primavera fecunda ni otoño abundante en frutos. Días y noches de verano, terriblemente cálidas, suceden casi sin transición á un invierno seco y bastante frio; pero el cielo está siempre despejado y el aire admi-



Un lavadero de diamantes en el Vaal. (Dibujo de Drée.)

blemente puro. Arriba están la magia y la hermosura; abajo la uniformidad y la tristeza, en torno á las granjas, que son casas bajas, junto á las aguas de un arroyo (cuando le hay, que son pocas veces), ó de un manantial permanente (que todavía escasean más) ó de un charco que se seca fácilmente.

La profusión de vida animal que, con la extraordinaria y hasta constante hermosura del cielo, era antes el mayor encanto del país de Orange, ha desaparecido casi del todo. A mediados del siglo XIX se mataban de 75 á 80 leones al año en el distrito de Bloemfontein; en 1860, y en una sola cacería, mordieron el polvo 2.000 animales alrededor de una alquería próxima á la capital del Estado.

El aldeano, el pastor que vive en esas granjas, cuyo pavi-

mento es de tierra amasada y endurecida con sangre de buey y hormigas termes machacadas, cubierta cada semana con boñiga de vaca diluída en agua, es un calvinista tan devoto como sus antepasados franceses de la derogación del edicto de Nantes. Los que le han tratado están contextes en deplorar su fanatismo (exento de intolerancia práctica) y su mezquindad de espíritu. Lo único que suele leer es alguna Biblia vieja de 1637, libros de salmos, el calendario, las actas del Sínodo de Dordrecht y algún tratado religioso en holandés, como *La trompeta de la eternidad*, *El rayo fulminado contra el impío*, *El bálsamo milagroso de Belén*, etc., tratados que se publicaron á fines de los siglos XVII ó XVIII, porque los teólogos recientes son más dados á la novedad, y, por lo tanto, antipáticos al boer del Orange, que es el calvinista más tenaz y puritano. No le interesa el nuevo Testamento, sino el antiguo, y, sobre todo, los cinco libros de Moisés. Este, Abraham, Isaac y Jacob son los modelos que trata de imitar. La historia de los patriarcas le agrada, porque la vida de Abraham era semejante á la suya. Los rebaños, la existencia nómada, la sequía, el desierto, cuanto le rodea está pintado á lo vivo en la Biblia.

Imbuidos así por los libros de la antigua Alianza, errantes como los judíos en busca de una tierra de promisión, han creído los boers de buena fe que los indígenas han sido creados y echados al mundo para servirles á ellos; les han parecido otros tantos «cananeos, amorreos y jebuceos», predestinados á la esclavitud y á la muerte. Excepto una sola tribu de basolongs, que por aborrecimiento á los basutos se había aliado con los holandeses, éstos han exterminado ó expulsado á todas las demás, hotentotes ó bantús, que vivían en aquel territorio. Han destruído toda la organización política de los indígenas, sin admitirlos más que como servilores, sin ningún lazo común de solidaridad nacional. Los negros son más numerosos que los blancos dentro de los límites del Estado, pero casi todos son inmigrantes mezquinamente asalariados. Los boers que quedan en el Estado compensan los defectos enumerados con todas las virtudes de su raza, amor á la familia, patriotismo y energía, tenacidad y fecundidad.

Los boers se han dedicado más, durante su dominio en el Estado de Orange, al pastoreo que á la labranza. Así lo exige el clima seco que no deja prosperar á la mies por falta de riego artificial. Donde éste la vivifica da el terreno ópinas cosechas, en una tierra roja naturalmente fecunda; pero hay pocos de es-

tos lugares privilegiados. Se siembra el maíz y la avena, se plantan patatas, se produce el melón, la calabaza y varias legumbres y se cogen higos, melocotones, granadas y naranjas, éstas cuando el frío invernal no hiela la flor.

De 10 millones de hectáreas se labran 101.400; las demás se utilizan para pastos de 250.000 caballos, 276.000 bueyes de labor y 619.000 de tiro, 6.620.000 carneros, 858.000 cabras y 1.461 avestruces.

La agricultura ha adquirido más importancia en los distritos orientales regados por las aguas del Caledois y de sus afluentes. En el interior y en el occidente, donde escasea el agua, los propietarios cuidan de recogerla en depósitos, sin que se pierda ni una gota, y los jardines y bosquecillos sombrean y alegran las casas de labor. Los agricultores del país de Orange y del de los basutos fueron los que dieron de comer á los buscadores de diamantes cuando la fiebre minera atraía á millares de inmigrantes á las tierras infecundas de los grikuas. Proveedora agrícola del Cabo y del Natal, la colonia de Orange exporta también el producto de más lujo, y que le sería difícil consumir: el diamante, aunque no produce tantos como el Griqualand occidental. El subsuelo es bastante rico, y parece que posee oro y sobre todo hulla en abundancia, pero no se pueden explotar bien tales tesoros hasta que la red ferroviaria se extienda lo suficiente.

La más importante de las existentes es la que atraviesa el país en toda su longitud, desde el puente de Nowal sobre el Orange, entre el territorio de esta Colonia y la del Cabo, hasta el puente que salva el Vaal Viljoensdorf. Este ferrocarril pasa por Bloemfontein y Kronstad y enlaza con líneas que van á Fauresmith, Betulia, etc. También merece mención la línea de Bethlehem á la garganta de Vankeenen, que perfora las Drakenhergen, á 1.650 metros de altura, y llega hasta Durban por Ladysmith.

El régimen político del Orange es hoy el aplicado generalmente por la Gran Bretaña á sus colonias; en tiempo de la dominación holandesa gobernaba al país una Cámara única, llamada Volks-raad, compuesta de 60 individuos, y el Estado carecía de ejército permanente. De diez y seis á sesenta años, todos los ciudadanos útiles estaban obligados á defender la patria con las armas en la mano. Nadie habrá olvidado la resistencia física y el valor que demostraron estas milicias en la última guerra anglo-boer.

II

Ciudades y pueblos.

La única ciudad que merece tal nombre es Bloemfontein, capital del Estado (cuyo nombre significa Fuente de las flores), con unos 12.000 habitantes. Está situada á 1.370 metros de altura, en una llanura pelada, á la orilla de un tributario de la izquierda del Modder, afluente del Vaal. El Modder apenas puede llamarse arroyo en tiempos caniculares, pero después de las grandes lluvias es un Misisipí que arrastra procesiones de árboles entre orillas de cieno negro y resbaladizo. Desde una colinita que domina al Este á la capital, tiene ésta muy buen aspecto con sus calles regulares, flanqueadas de casas blancas y negras. Cerca de la residencia de los blancos están las casas más modestas del pueblo de Wray-Hook, donde tienen que pasar la noche todos los indígenas de Bloemfontein. La ciudad disfruta de un clima muy saludable, que se recomienda á los tísicos. Desde muchos lugares del Cabo, y desde Europa, acuden enfermos á curarse.

Al Oriente de Bloemfontein se encontraba no ha mucho un pequeño territorio indígena independiente; el país de los ba-ro-longs. 15.000 vivían pacíficamente en aquel territorio, y unos 7.000 se agrupaban en el recinto de una sola ciudad, llamada Thabanchú ó Cerro Negro, por la colina cuya cima y vertiente ocupa. En 1834, acabaron los boers con la autonomía de la pequeña República indígena, é irritados muchos ba-ro'ongs por la mala fe de los blancos, abandonaron su tierra para pedir auxilio á sus vecinos orientales, los basutos, antes enemigos.

Las varias capitales de provincia no son más que poblaciones muy modestas. Ladybrand tiene cierta importancia como centro de la provincia más fértil de la Colonia, en las orillas del Caledán. Wepener es una población comercial, también junto al Caledán. Smithfield y Rouxville son modestos depósitos agrícolas. Béthulie está cerca del Orange, algo más abajo de su confluencia con el Caledán. Philipópolis está poco lejos del río y corresponde activamente con Colesberg. Fauresmith está á unos 60 kilómetros del Orange en una de esas mesetas donde oprime el alma la contemplación del paisaje africano, por las eternas

cimas abrasadas y peladas, de color de chocolate. Su única importancia proviene de los yacimientos de diamantes de Jagersfontein, al Sudeste de los cuales se encuentra Broomplaats.

Hacia el centro de la colonia, Winburgo es un depósito agrícola en el camino terrestre de Bloemfontein á Kroustad. En la región oriental, centraliza Bethlehem los productos de una región relativamente rica, y Harrismith es una de las puertas de la colonia para entrar en Natalia por el alfoz de Van Recuen y el ferrocarril de Durban.

COLONIA DEL TRANSVAAL

I

El país y sus habitantes.—Agricultura, Industria y Comercio.

No ha habido boers tan perseguidos por la animosidad de los ingleses como los desdichados del Transvaal.

Los primeros que aparecieron en el país iban mandados por Rosenbery y Luis Truchart, pero el Transvaal procede, como el Estado de Orange, del *Gran Treck* de 1857, cuando los emigrantes que acababan de andar errantes por la meseta del Orange, franquearon el Vaal, caminando hacia el Norte, y en una llanura alta tropezaron con unos bantús belicosos, los famosos matabeles. Los primeros encuentros ensangrentaron los alrededores de un sitio que luego fué Potscheptroom, capital primitiva del nuevo Estado, junto á un afluente del Vaal. Así como la ciudad nataliense de Pietermavitsburg reunió los nombres de dos jefes del éxodo, ésta englobó tres, de los cuales sólo el del medio estaba completo: Potgieter, Scherf y Stockens-troom.

Contra semejantes adversarios tan resueltos y numerosos (los boers eran pocos), la lucha fué muy dura, y tuvo varias alternativas, pero los trekkers, con mejores armas y disciplina, y dirigidos por valientes capitanes, llevaron la mejor parte desde el primer año, pues en 1837 vencieron al terrible potentado cafre Musselekatzi, en la batalla de Mosiga.

Después, con tiempo y paciencia, acrecentados constantemente por familias que pasaban de una meseta á otra, atravesando el Vaal, llegaron á constituir una republiquilila de aven-

tureros errantes, que vivían en sus carromatos, en tiendas de campaña ó en chozas de ramaje, siempre fusil en mano. Siguiendo á los rebaños, extendían en todas direcciones el dominio de su nueva patria, excepto por la parte del Sur, de la cual venían y donde se iban extendiendo también sus hermanos del Vrij Staat. De etapa en etapa, aquellos conquistadores rústicos no dejaban de adelantar.

Estaban entonces demasiado lejos de Inglaterra para que ésta les buscara camorra, porque antes de tragarse el Transvaal, le convenía apoderarse del Estado de Orange, lo que ocurrió en 1848, después de la batalla de Bromplaats, perdida por los burghers de Orange.

La anexión del Estado Libre por los ingleses, determinó un nuevo éxodo. Muchas familias del Orange atravesaron el río, reforzando el Transvaal, cuyo presidente era entonces Pretorius, boer enérgico, cuya cabeza había pregonado el gobierno británico en 50.000 pesetas. A los cuatro años reconocía Inglaterra la independencia del Transvaal por el convenio de Sandriver.

En realidad había entonces cuatro repúblicas en el Transvaal: la llamada Hollandsche, «Afrikaamche Republik», con la capital en Putschestown, y otras tres, cuyas capitales eran Lijdenburg, Zutpansberg y Utruht.

Una asamblea general de los boers transvaalenses, reunida en 1856, votó el Gondwet ó ley fundamental, pacto de unión al cual se adhirieron luego las otras tres repúblicas.

La guerra continuaba entre boers é indígenas, acompañada á veces de matanzas atroces y exterminios en masa. Cada avance de los blancos hacia el Norte costaba bastante sangre. El acuerdo no era fácil: por un lado, los cafres eran belicosos; por otro, los boers nunca han guardado consideración alguna con los que miraban como á seres inferiores. Creyéndose pueblo elegido por Dios, se dan á sí mismos, en el lenguaje corriente, el nombre de *menschen* (hombres), y llaman á los de color *scheprets* (criaturas).

Los pretextos de intervención para arbitraje no faltaban, con esto, á los vecinos ingleses del Transvaal, sobre todo después del descubrimiento de minas de oro en el territorio de la República, pero no se contentaron con ofrecer su intervención amistosa. En 1877 se presentó de repente sir Teófilo Shepstone, comisario británico, seguido de treinta hombres armados, en Pretoria, capital del Estado, y por su autoridad priva-

da proclamó la anexión del Transvaal al territorio colonial de la Gran Bretaña.

Aceptaron pasivamente los boers este golpe de fuerza, pues se hallaban entonces rendidos de su guerra con los zulús, en plena anarquía, en malísimo estado financiero. No podían pagar con regularidad las contribuciones corrientes y el interés de una deuda contraída en Holanda para contribuir al estable-



Un camino del Transvaal. (Dibujo de Drée.)

cimiento del ferrocarril de Pretoria á Lourenço Marques, hasta el punto de que numerosas familias de burghers, hasta del Transvaal, habían emprendido una nueva emigración hacia el Noroeste, y sembraban de cadáveres el desierto de Kalahari. Después de indecibles angustias llegaron á la Mpingtonia, que hoy forma parte del Africa alemana del Sudoeste, y á la provincia de Mossamedes, en la colonia portuguesa de Angola.

Los boers, pues, empezaron por estarse quietos; no ignoraban que la gente de las ciudades, los tenderos ingleses y alemanes habían deseado la anexión, y veían claramente detrás del comisario y sus 30 hombres el poderío inglés con sus recursos inagotables. Pero no aceptaron sin protesta la dominación extranjera y el descontento creció cuando se les quiso prohibir

hasta el uso de su idioma en los tribunales y escuelas. Dos veces distintas enviaron diputados á Londres para solicitar la conservación de los usos locales, la autonomía administrativa, el derecho de emplear oficialmente el idioma holandés. Se recibió mal á los diputados, lo que ofendió á los boers, tanto más, cuanto que el célebre ministro y orador Gladstone, que se negaba á revocar la anexión, la había atacado, considerándola injusta, cuando estuvo en la oposición. Preparáronse al combate con pocas esperanzas de triunfo, pero deseando que la lucha les asegurara siquiera el respeto del vencedor. Con sorpresa general (y hasta de ellos mismos) derrotaron á los ingleses en los cinco encuentros de Bron-Kerssprint, de Lwastkopjes, de Zaing's Nek, de Schminshoogte y de Majuba.

Quizá hubiera convertido la guerra el Africa austral en un campo de batalla entre ingleses y holandeses, pero Gladstone se arrepintió de su negativa. El gobernador del Cabo recibió un despacho que tiene pocos precedentes en la historia; «Hemos obrado mal con los boers. Hágase la paz».

A pesar de la superioridad de sus fuerzas, los ingleses se vieron obligados á retirarse sin haber tomado el desquite de sus desastres. El 3 de Agosto de 1881 reconoció un tratado de paz la autonomía completa del Transvaal, bajo la soberanía de S. M. la reina de Inglaterra, soberanía que confería á la Gran Bretaña el derecho de instalar en el Transvaal un residente inglés, y el tránsito de tropas en caso de guerra ó de amenazas de guerra entre la potencia soberana y cualquier Estado extranjero ó tribu indígena del Africa austral. Correspondía también á la Gran Bretaña la dirección de los negocios extranjeros de la República Sud-africana, incluso la conclusión de tratados y la dirección de relaciones diplomáticas con potencias extranjeras, en las cuales habían de mediar los agentes diplomáticos ó consulares ingleses.

Esta soberanía era muy irritante para los transvaalenses que anhelaban la independencia completa, y trataron de obtenerla. Firmóse en Londres otro tratado entre el gobierno inglés y el célebre presidente Kruger el año 1884. En este tratado ó convenio no se hablaba una palabra de soberanía británica, pero se declaraba que la República Sud-africana estaba obligada á someter á la aprobación de la Gran Bretaña cualquier tratado hecho con potencias extranjeras menos el Estado de Orange.

Aquel convenio que suprimía la soberanía de la reina de

Inglaterra, sin declararlo taxativamente y contenía otras cláusulas peligrosas para el libre ejercicio de la independencia transvaalense, era como un semillero de litigios entre ambas naciones. Y el inglés, como heredero de los normandos, no es enemigo del pleito, y además, por la fuerza de que dispone, suele ser juez y parte.

Así como la República de Orange vió desmembrado por primera vez su territorio á consecuencia de haberse descubierto en él minas de diamantes, fué el Transvaal víctima de sus minas, las más ricas de la tierra. Cuando quedó bien demostrado que las rocas de Witwatersvand contenían millones en metal de oro; cuando la minera Joannesburgo, vecina de Pretoria, llegó á ser diez veces más poblada é infinitamente más animada, más viva y más opulenta que la capital del Estado; cuando se pudo creer que la mayoría blanca iba á pasar de los boers á los ingleses reforzados por los cosmopolitas, invocó Inglaterra consideraciones electorales, parlamentarias, constitucionales, que son la esencia de su organización y de su comprensión filosófica de las cosas y las interpretó farisaicamente. Exigió para aquellos *nitlanders* ó extranjeros, según la palabra holandesa, el otorgamiento de derechos políticos, de tal modo, que el gobierno de la república tuviera que recaer inmediatamente ó en poco tiempo, en manos de la mayoría inglesa. El Transvaal se resistió, como era lógico, en nombre de sus derechos anteriores y de la salvación de su nacionalidad.

Entre tanto, una tentativa á mano armada había perjudicado y confundido á sus iniciadores, tentativa en la cual parece que se concertaron el gobierno inglés, el gobernador del Cabo y el gran hombre de negocios, logrero de haciendas y territorios, apellidado Napoleón del Cabo, Napoleón del Africa del Sur; Cecilio Rhodes. Súpose á fines de 1895 que un tal doctor James-tón, acompañado por 700 partidarios, se dirigía á Joannesburgo para sublevar á los *nitlanders* en nombre de sus derechos menospreciados. Los boers, dispuestos siempre á defender los suyos, cercaron el pequeño ejército filibustero, lo derrotaron cerca de Krugersdorp el 1.º de Enero de 1896 y le dieron el golpe de gracia en Vlakkfontein.

Esta calaverada, ridícula por sus resultados inmediatos ha sido terrible por sus últimas consecuencias. Temiendo los boers del Transvaal á los ingleses, se aliaron con sus hermanos del Orange: prevínose lo mejor que pudo el presidente Krüger

mientras la Gran Bretaña se proveía de argumentos jurídicos para ganar la adhesión de la opinión universal, discutió tenazmente sobre la soberanía británica, sobre los derechos de los *nitlanders*, sobre las conveniencias de las compañías auríferas, con tono cada vez más agresivo, hasta que, después de haber logrado de los boers casi todas las satisfacciones que exigía, se mostró tan provocativa, tan desmesuradamente arrogante, que toda transacción llegó á ser imposible. Al *ultimatum* británico del 12 de Septiembre de 1897 sucedía el *ultimatum* transvaalense del 11 de Octubre, y estalló la guerra entre los boers confederados, por un lado, y las fuerzas todas del inmenso imperio inglés, por otro. Harto sabido es que la guerra terminó con la desaparición de ambos Estados boers y la anexión de sus territorios á la Gran Bretaña.

Limita el Transvaal con la Colonia de Orange al Sur; al Norte y al Noroeste, por la parte de los matables, señala sus fronteras la corriente del Limpopo, y una parte de su raya oriental está indicada por la cumbre de los montes púrpúreos de Lebombo, colinas de 200 á 300 metros de elevación, cuya vertiente marítima pertenece á Portugal. Al Sudeste está separado del Natal por el trayecto superior de Búfalo River.

En los intervalos del contorno, que no señalan ríos ó montañas, se ha extendido el territorio del Transvaal á expensas de las comarcas vecinas. Al Oeste ha invadido el país de los bechuanos, en la cuenca del Kheng, afluente directo del Vaal.

El Transvaal ocupa 308.560 kilómetros cuadrados. La línea más larga que puede trazarse en su territorio, de Noroeste á Sudoeste, desde la frontera común del Mozambique portugués de Rodhesia y del Transvaal hasta la de este país, el Grikualand occidental y la colonia de Orange, viene á ser de unos 900 kilómetros. Desde la Rodhesia hasta el Natal hay unos 700; de Este á Oeste varía la anchura entre 460 y 600, y la circunferencia, medida á grandes líneas, omitiendo las sinuosidades secundarias, es de 2.700.

El Transvaal es mucho más montañoso y más variado en Oriente, donde se eleva hasta 2.660 metros (Monte Uands), la cordillera de prolongación de los Draken-Bergen, que al Occidente, al Centro y al Sur, donde prevalece la forma de llanura alta.

El país alto (Hooge-Veld) es continuación transvaalense de la monótona meseta de la colonia de Orange á alturas comprendidas generalmente entre 1.300 y 2.400 metros. Es, pues, región

verdaderamente elevada y con un clima donde la altitud combate la influencia de la latitud. A no ser por su extraordinaria elevación, la comarca sería francamente tórrida, mientras ahora no lo es más que en lo más riguroso de la estación seca y en mitad del día.

Al Norte del Witwatersrand y de la línea de alturas que va desde Johannesburgo hasta la prolongación septentrional de los Draken-Bergen, está el Bosch Veld (Matorrales), el país de Pretoria y del Limpopo Alto, Centro, Norte y Noroeste de la comarca. La altura es menor que en el Hooge-Veld, el cielo más clemente, la temperatura menos variable y el clima se va pareciendo al tropical, según se baja la pendiente de los tributarios de la derecha del Limpopo. El matorral es el pasto de los rebaños del Hooge-Veld en cuanto perjudican á la hierba de éste la sequedad ó el frío. El nombre general del Bosch-Veld procede de sus bosques de hayas, donde abundan las mimosas, los euforbios y las acacias. Más agradable que el Hooge-Veld, es también más lluvioso y abundante en manantiales, por lo cual hace poca falta el riego. Está menos poblado de blancos que el Hooge-Veld y posee mucho kraal bantú.

La región montañosa, alrededor de Lijdenburg, se llama Banken-Veld ó Gebroken-Veld. De sus alturas nacen el Olifant tributario mayor del Limpopo, y el N'komati, feudatario de la bahía Delagoa. El Banken-Veld, es la parte más hermosa del Transvaal; la más abundante en torrentes y selvas.

Como conjunto, es el Transvaal una meseta bastante monótona, cuya tierra suele ser roja, y escasa en arboledas. Los boers han talado millares de árboles y han plantado muy pocos; prefieren disponer de pastos para los rebaños.

Los boers del Transvaal se han desarrollado con gran rapidez, gracias á la salubridad general del clima, á la fecundidad de sus familias. Como los extranjeros han ido en grandes masas atraídos por la prodigiosa riqueza de las minas de oro, ha llegado á constituir una minoría muy respetable la población blanca, siendo unos 300.000 de los 1.094.156 habitantes del Transvaal, según cálculos realmente algo vagos que se han hecho hasta ahora.

Los boers del Transvaal, más alejados de los centros de civilización que sus hermanos del Estado de Orange, son también algo menos cultos, y sus actuales dominadores los ingleses (así como los holandeses del Cabo), los califican de bárbaros. Lo cierto es que á mediados del siglo XIX vestían muchos

de ellos con pieles como los cafres. Privados de todas las comodidades que disfrutaban los habitantes de las grandes poblaciones, no tenían tampoco sus necesidades: acampaban al aire libre semanas enteras, no tenían muebles en sus chozas, se contentaban con los alimentos más sencillos y no tenían más libros que la Biblia de familia que muchos de ellos no sabían leer siquiera.

Una de las causas del huraño aislamiento de los boers era la enorme superficie de las fincas que se habían repartido durante los primeros tiempos de la ocupación. El *plaats*, ó sea la extensión de terreno que se concedía á toda familia de colonos, era de 3.000 *morgen*, ó sean unas 2.400 hectáreas, y como no se deslindaban rigurosamente las propiedades, muchas de éstas ocupaban área más vasta que la superficie reglamentaria. El boer que no disponía de una de estas grandes fincas se creía perjudicado y se expatriaba, como lo había hecho su padre, para ir á fundar más lejos un reñecillo que le conviniera. Así se prolongaba, de etapa en etapa, hasta el Zambeze, el gran movimiento de emigración.

Del Transvaal salieron los *trekkers*, que del Limpopo al Ngami y del Ngami al Cunene, diezmados en el camino por el hambre y la sed, acabaron, después de un viaje de cinco años, por llegar al distrito de Huilla en la Angola portuguesa. La mayor parte de aquellos emigrantes pertenecían á la secta de los *doppers*, celosos calvinistas que conservan las costumbres y hasta los trajes de sus abuelos y que abominan de las ideas modernas introducidas en su país por periódicos y libros. Como gente práctica, desdeñan los boers cuanto no contribuye á la prosperidad material de su familia y desconocen la música, el arte y la literatura. A pesar de sus numerosos viajes, no han tomado casi ninguna parte en la exploración científica de la comarca. La educación de los hijos y el periodismo estaban casi por completo en manos de los ingleses antes de que se despertara el sentimiento nacional provocado por las pequeñas victorias de 1880 y 1881.

La vida solitaria con la familia y los esclavos ó servidores, en una posesión que traspasa el horizonte de los cerros cercanos, era la existencia normal del patriarca holandés antes de la prodigiosa invasión de los hambrientos de oro, que tan brusca y duramente trastornó el ideal de este pueblo de pastores. Hace unos veinte años que el boer no veía más hombres que algún raro transeunte, merodeadores cafres, ó al señor pro-

pietario en la línea de su plaats; solo cuatro veces al año solía ver mucha gente reunida. Los boers enjaezaban sus caballos, enganchaban los carromatos, y, hombres, mujeres y niños se dirigían á la capilla que servía de centro á una parroquia inmensa de 20 ó 30 leguas de diámetro.

Para aquellos buenos devotos era un gran día el de la *nachtmaal* ó comunión. Terminado el viaje, que solía ser molestísimo, los campesinos se agrupaban alrededor de la iglesia en el real de la feria. Sucediánselos servicios religiosos en el estrecho edificio, comulgaban los casados, se celebraban los matrimonios, se recibía á los jóvenes como miembros de la iglesia, se bautizaban los niños. Se hacían compras en las tiendas próximas, se saldaban las cuentas entre deudores y acreedores, luego se iba desocupando la plaza, se sosegaba el tumulto, y cada grupo familiar se alejaba para volver á su soledad, á su silencio en las grandes llanuras.

Pero aun cuando 50 ó 100.000 mineros no hubieran turbado brutalmente la paz de sus granjas y aldeas, la fuerza de las cosas les habría transformado en un pueblo distinto. Las tierras se van dividiendo; los boers, al aumentar su número, se acercan unos á otros. Se casan los jóvenes, tienen varios hijos y las fincas se reparten. Por otra parte, acuden los inmigrantes extranjeros y si en el momento no hallan tierras que comprar para establecerse como colonos, ocurre que, á la larga, cierto número de propiedades, enteras ó fraccionadas, cambian de dueño, y los compradores son, con mucha frecuencia, europeos ó afrikanders no holandeses. Apenas hay ejemplo, de que se establezcan boers en una población como artesanos ó tenderos. Los ingleses y los alemanes son los que se dedican á ganarse así la vida, y muchos de ellos, más enriquecidos que los propietarios holandeses de los alrededores, compran una parte de sus fincas.

Los blancos que menos agrada ver á los holandeses del Africa austral, son precisamente sus hermanos en raza y lenguaje, los neerlandeses de la madre patria. Una simpatía remota une á ambos pueblos; pero de cerca, el recuerdo de los orígenes comunes se convierte en cierta aversión. El boer es muy quisquilloso; no le gusta que al holandés civilizado le hagan sonreír las costumbres africanas y le conteste con afectación en el idioma de Amsterdam y La Haya, á lo que se le dice en la lengua más rústica de los campesinos del Uaal y del Limpopo.

Muchas veces se ha hablado de una inmigración de Holanda y Flandes hacia la Nueva Holanda de Africa. Esa infusión de sangre, ideas y prácticas de la metrópoli, debería haberse compuesto de albañiles, carpinteros, herreros y sastres, más bien que de verdaderos colonos. Los europeos de los Países Bajos se habrían desorientado extraordinariamente ante el clima diferente, las plantas nuevas, y los métodos imprevistos, aunque racionales, adaptados al clima. También habría habido que tener en cuenta las dificultades religiosas, puesto que los boers son protestantes fanáticos, y parte de los holandeses y todos los flamencos son católicos.

En las provincias del Oeste, del Norte y del Nordeste, están constituidos todavía los indígenas en tribus diversas. Los batlongs, los ba-tlapis, los ba-katlas, los ba-mapelas, los ba-clokoas, los ba-vendas y los ka-soetlas, pertenecen á la gran familia de los ba-sutos. Traavista de los Drakenbergen separa á estos indígenas de los ba-rokas, gentes de monte bajo y de llanura, cuyo origen debe de ser el mismo de los zulús y los ma-tabeles. Generalmente las tribus del Transvaal no se componen de *clanes* emparentados por el origen: son agregaciones de individuos de procedencias diversas, sometidos al mismo yugo por un jefe conquistador. Según los azares de la guerra, crecen ó menguan, se dispersan ó se agrupan de nuevo, modificando hasta lo infinito sus elementos étnicos. Además, ninguna de esas tribus ha tenido tiempo para afirmarse definitivamente en un territorio cualquiera. A los movimientos de emigración de los boers han correspondido movimientos de los indígenas en sentido inverso. Varían de residencia sin cesar, como las aguas arrastradas por un remolino y se van dislocando cada vez más.

Los más antiguos en el país deben de ser los ma-guambas ó «Gente del Diablo», á los cuales llaman así sus vecinos, porque sus constantes imprecaciones suelen contener invocaciones al demonio. Por su idioma se parecen más á los zulús que á los be-chuanas. Los primeros holandeses los llamaron *Knob-ninjen* (narices granujentas), porque con unos cortes que se daban, hacían salir una hilera de granos desde la frente hasta la punta de la nariz. Pero esa moda ya ha desaparecido. Los maguambas se parecen á los demás cafres en su fuerza corporal y hermosura de proporciones y se los tiene por buena gente, aficionada á la agricultura, al comercio y á viajar.

Lo excelente del terreno y del clima transvaalense podrá

convertir á este país en un paraíso agrícola, así como lo ha sido para cazadores y mineros. Ha decaído mucho como cazadero, porque se ha perseguido con encarnizamiento á los animales desde la época no muy remota en que el polvo, la ondulación de la hierba y un estrépito atronador indicaban el paso, la fuga de millares de cebras y hasta de 50.000 antílopes á un tiempo. El león, la pantera y el leopardo han huído á los lugares inhabitados y ya no se los suele encontrar cerca de poblaciones ni granjas ni aun en sitios apartados. También hay menos elefantes y rinocerontes que antes, pero en los ríos de la región semitropical del Limpopo inferior, de sus afluentes y subafluentes juguetea todavía los hipopótamos y flotan enormes cocodrilos.

Llegará día en que se saque partido (demasiado tal vez) de los bosques de las Drakenbergen, y más todavía de las selvas magníficas de la vertiente oriental, especialmente al Norte del Olifant que desagua en el Limpopo. Allí se yerguen la madera amarilla (*Podocarpus Humbergii*), cuyo tronco, que llega hasta treinta metros de altura, rodean infinitos bejucos: la madera de hierro (*Olea capensis*) y la madera hedionda (*Magara fatida*).

Más se utiliza la tierra del Transvaal para ganadería que para cultivo; pero no es tan buena para el ganado como la colonia de Orange, y los animales domésticos padecen dos plagas terribles.

La peste bovina, que hace estragos considerables en el África austral, se ha extendido mucho por el Transvaal y ha despoblado los establos.

En muchos distritos no puede entrar el hombre con bueyes, caballos ó carneros, porque la mosca *tsetse* (*Flonina mortitans*) reina en aquellas comarcas y prohíbe el paso á los animales domésticos, así como á nuestro fiel amigo el perro. En cambio no hace daño alguno á borricos, mulas, cebras, búfalos, antílopes, cabras ni elefantes. Los animales á quienes pica mueren á veces á las veinticuatro horas; pero generalmente perecen á los pocos días. El *tsetse* no tiene aspecto temible y parece una mosca común europea. Al llegar al sitio en que empieza la zona del *tsetse*, el viajero desengancha á los bueyes, baja del caballo y envía á los animales á las mesetas del Sur. En las regiones situadas cerca del límite, se agrupan los elefantes los cuales, para librarse de la persecución de los jinetes, saben que lo mejor es acudir á la protección de la mosca *tsetse* y se refugian en los campos ribereños del Limpopo, donde el

hombre no se atreve á llegar más que á pié ó en cabal'os cubiertos de una tela recia que no puede atravesar el aguijón del insecto. Créese que la mosca desaparecerá del país con la caza mayor, sobre todo, con el búfalo y ciertas especies de antílopes á los cuales acompaña siempre. Los viajeros citan ejemplos de distritos de donde se ha arrojado el temible insecto gracias á este medio.

Como el Transvaal se eleva de Oeste á Este, naturalmente, las regiones agrícolas están á Oriente. Las pastorales se extienden al Occidente y al Sur: al Oeste llegan hasta la raya con el Dechuanaland; al Sur limitan con la Colonia de Orange. En primavera parecen los pastos un campo de trigo de color de esmeralda; en invierno un campo de grano maduro ondulante, hasta que el fuego empieza su obra destructora y cubre toda la comarca con una alfombra negra, pues cuando la hierba se va secando la incendian los boers para que en la estación de las lluvias crezca con mayor vigor. Como en toda el Africa austral, los rebaños son de bueyes, cabras, carneros y caballos. Con bastante éxito se ha tratado de domesticar la encantadora cebrá y cruzarla con la raza caballar. Una diligencia, tirada por cuatro cebras, hacía el servicio entre Pretoria y el fuerte Tuli, en Rhodesia meridional.

Por favorable que sea para el cultivo una vasta extensión de las tierras transvaalenses, se calcula que únicamente se han consagrado 20.000 hectáreas á los cereales, plantas industriales, árboles frutales y jardines. En general, cuanto se cultiva en Europa da muy buen resultado en el Transvaal, desde el limón y la naranja hasta la manzana y la pera. La cosecha de granos, que antes era bastante para el consumo local, ya no lo es desde la irrupción de los mineros. En el distrito de Potochepstroom, el terreno es muy apto para el cultivo de cereales, tabaco, viñas y árboles frutales. En el de Pretoria se dan bien los cereales, las legumbres, el tabaco y forrajes. En Rustenburgo, hay producción de cereales, tabaco, café, caña de azúcar, bananas y naranjas. El de Lijdenburgo dá cereales y muy buen tabaco, y también son favorables á la producción agrícola los de Kasp, Marico, Middeburgo y Waterberg; pero todo se olvida por la *gloria mineral*.

El oro, que ha constituido la riqueza súbita del Transvaal y la ruina política de los boers, abunda mucho en las venas de cuerno blanco. El célebre explorador y geólogo Mauch descubrió el año 1867 el precioso metal á orillas del Tati, río que co-

re por el país de las *ma-kulakas* en Rhodesia y se une con el Limpopo más arriba de su curva grande hacia Sudeste. A los cuatro años descubrió Button otras minas de oro en el territorio transvaalense, cerca de Eentching, en las colonias devonianas de Makapana, situadas á unos 200 kilómetros al Nordeste de Pretoria. En 1873 se encontraron nuevas minas de oro en las montañas de Lijdenburgo, y en 1881 se empezó la explotación muy modestamente. En 1882 los primeros esfuerzos, coronados por éxito próspero, atrajeron á los aventureros hacia las colonias y mesetas del Kraap, región cortada por torrentes de la cuenca del N'komati, tributario de la bahía de Delagoa, precipitándose un tropel de mineros hacia el oro de Pioneer's Hill y de Heba, á pie, á caballo y en carro, desde el Cabo y desde el Natal. Barbeston y Eureka se convierten de pronto en ciudades animadas para despoblarse después, cuando la riqueza mayor del Witwatersrand llegó á noticia de los mineros, pueblo esencialmente errante, fascinado por las pepitas, cualquiera que sea el país en que se las encuentre, lo mismo en un infierno de calor que en el país polar.

El Witwatersrand, que es hoy el mayor criadero de oro de todo el mundo, no ocupa gran superficie. En un área de 600 kilómetros cuadrados no se explotan ni 1.00, y éstos con poco trabajo, siguiendo una línea casi continua donde el filón aurífero tiene cuatro ó cinco venas paralelas, poco distantes entre sí. En realidad, la extracción es poca cosa, y en ella se emplean casi exclusivamente indígenas que proceden de toda el Africa austral, principalmente de las colonias portuguesas. Lo que exige trabajo europeo es el majado y trituración, la maquinaria y las reacciones químicas. Las minas de oro del Witwatersrand son negociode especuladores é industriales más que de mineros.

Terrible vida es la de los cafres y otros negros y cobrizos que cavan el conglomerado del Witwatersrand. Encerrados en *compounds* ó cercados, de los cuales pocas veces se los vé salir, son registrados y hasta se les administran purgas, para que ni exterior ni interiormente puedan llevarse alguna pepita. La disciplina es severísima y se hace menor aprecio del hombre del *compound* que de una máquina, una caldera ó un tornillo, puesto que cuesta menos dinero. Pero los negros soportan alegremente su esclavitud; bien pagados (á su entender) y seguros de salir alguna vez del cercado con bastante dinero para comprar un fusil y una mujer ó dos que trabajen para ellos, cantan porque les pagan.

El subsuelo produce también diamantes y hulla y podrá dar plata, plomo, cobre, cobalto, estaño, etc.

Más adelante, la abundancia de combustible podrá facilitar los esfuerzos de la industria: pero ahora, y aparte de cuanto se relaciona con la extracción del oro, el Transvaal no es país industrial. Su principal producto es el aguardiente, y además tiene molinos, aserraderos, talleres de construcción, fábricas de tejas, hornos de cal, cervecerías, etc., lo que no es, en realidad, industria, sino la modesta actividad de oficios usuales que apenas dan de vivir á las familias.

Los transvaalenses manifestaron durante mucho tiempo gran aversión á poner su país en comunicacion fácil con la red de caminos del Cabo y del Natal, mientras anhelaban enlazarlo por vía férrea con Lourenço Marques. Mucho se les censuró por eso, tratándolos de atrasados, salvajes y enemigos del progreso. Bajo el aspecto comercial y social no tenían razón, pero estaban cargados de ella desde el punto de vista de la independencia que era lo más querido para ellos. Hoy está ya unido al Transvaal con el Sur y el Este, en relaciones rápidas era el Cabo y Port Elisabeth, Durban y la bahía Delagoa, y esas vías férreas son las que han facilitado la invasión en ambos Estados de la meseta.

De Johannesburgo arranca una línea que penetra en la Colonia de Orange, pasando por Bloemfontein, con ramales que llegan al Cabo, á Port-Elisabeth, á Port-Alfred y á East-London. Otra línea, prolongación septentrional de la anterior, se dirige á Pretoria, Nylstroom y Pietersburgo, para llegar hasta el Limpopo. Otra va al Sudoeste hacia Potscheptroom y los campos de oro de Klerksdorp, y la cuarta hacia el Sudeste, sirve á Heidelberg y Standeston, entra en el Natal y acaba en Durban. De Pretoria arranca el ferrocarril del Este que pasa por Middelburgo y acaba en Lourenço Marques.

Antes de su definitiva anexión á la Gran Bretaña, era la republica africana del Sur un Estado en el cual se habian reservado los blancos todos los derechos políticos, como en el estado libre de Orange. Los expropietarios de la comarca no disfrutaban más libertades que las que por favor ó tolerancia les otorgaban los blancos.

Había en el Transvaal dos Cámaras, de 27 miembros cada una. Carecía el país de ejército permanente, y cuando la patria lo exigía tomaban las armas todos los hombres útiles, diez y seis á sesenta años. Así se podían reunir 29.279 solda-

dos. La fuerza de aquella milicia ya se ha visto en la última guerra, que era bastante poderosa, porque casi todos los boers son jinetes, manejan muy bien los caballos y bueyes de tiro y son serenos, vigorosos, infatigables y excelentes tiradores.

II

Ciudades y pueblos.

A lo largo de la frontera con la Colonia de Orange, la zona meridional del territorio pertenece á la cuenca del Vaal, río cuya fuente más lejana brota cerca de la ciudad de Ermelo, en una meseta lacustre, y empieza por llamarse Krous Kapok ó Kapok Linnoso. Este país alto fué llamado, por sus primeros colonos. Nueva Escocia. El más vasto de sus lagos, llamado Chrissie, parece ser el resto del mar interior que cubrió antaño una parte de la comarca. Todavía se le da ese nombre al Vaal cuando pasa por delante de Standerton, próxima á unos yacimientos de hulla. Standerton y Heidelberg, situados á 1.490 metros de altura, no participan del clima semitropical de las mesetas del Norte, ni se cultiva en ellas el naranjo como en las demás partes del Transvaal.

Potscheptroom, a 150 kilómetros más al Oeste y á 1.190 metros de altura, junto al Mori ó Río Hermoso, afluente pequeño del Vaal, está ya en una región mucho menos fría donde se cultivan el maíz y el tabaco. Potscheptroom, que fué capital de la República, es una ciudad muy agradable. Sauces llorones, que parecen proceden de Santa Elena, dan sombra á las calles y todos los jardines están rodeados por setos vivos llenos de rosas. El río Mooi, que sale de una caverna caliza, aparece y reaparece varias veces en el fondo de las grutas, y las maravillas de Wonder Fontein (Fuente-Prodigio), recuerdan el asombroso espectáculo de las grutas del Kant.

La capital del Transvaal, llamada Pretoria en honor del campeón fugitivo, cuya cabeza fué pregonada por el gobierno inglés, está á 1.356 metros, en una llanura de suave pendiente rodeada por colinas, excepto al Norte, donde los montes de Magalies ó del Rinoceronte Negro están atravesados por una brecha por la cual pasa un afluente alto del Limpopo. Riegan las calles de Pretoria varios arroyuelos, que recorren los jardines y vierten el sobrante de sus aguas en el estrecho canal del río. Cons-

truída con arreglo á un vasto plano de calles que se cruzan en ángulos rectos. Pretoria permaneció bastante tiempo en ese período de transición entre campo y ciudad. Presentaba el aspecto de un jardín grande, en el cuál se elevaban algunas casas bajas, á lo largo de calles muy anchas llenas de rosales y sombreadas por eucaliptos y sauces llorones. Desde que se ha convertido en lugar de paso para los mineros que se dirigen al Norte, hacia los campos auríferos, tiene aspecto de ciudad animada. Las casas se agrupan en el barrio central, los mercados atraen muchedumbres considerables y tiene 10.000 habitantes sin contar los hombres de color. Algunos residuos de bosques quedan todavía en las montañas vecinas. Así como Potschep-troom tiene su Wonder Fontein, posee Pretoria su Wruder Broom; árbol enorme, del cuál no queda más que la corteza y con una sala tan amplia en su interior que en ella se reunían, según dicen, los boers para tratar de sus asuntos.

Johannesburgo tiene 100.000 habitantes: es una ciudad nueva, que nació en 1886. Está á 1.710 metros de altura, junto á un tributario del Vaal, entre cerros del Wilwatersrand. A pesar de su florecimiento rápido, no puede contar Johannesburgo con un porvenir digno de su presente. Nacida de las minas de oro en una región sin belleza, sin encantos, sin fecundidad, con un cielo muy claro y clima sano, pero variable por la altura, con vientos desagradables, violentísimos á veces, irá perdiendo vida según se vacíen los filones, que no pueden durar más de cuarenta años. Es ciudad con amplios paseos, grandes edificios, inmensas fondas, almacenes lujosos, tranvías, teléfonos, alumbrado eléctrico, y al mismo tiempo, como en toda *ciudad-seta*, con casas bajas, barracones de tablas ó de latón y cabañas de negros, formadas de una mezcla de piedras, hierro, zinc y madera. En resumen, un revoltijo de miseria y lujo, de salvajismo y civilización refinada.

Al Oeste de Pretoria están Rustenburg (1.055 habitantes) y Leerust, en la provincia de Murico, «Jardín del Transwaal», junto á afluentes del Limpopo, como también lo está Nylstron, llamada así (rio del Nilo) porque su fundador, un boer, creyó haber encontrado en aquel lugar los manantiales del Nilo. El arroyo, que va á parar al Limpopo, más arriba de la gran catarata, conserva ese nombre de Nilo, que recuerda las altas ambiciones de los boers *voortrekkers*, ó avanzadas de los emigrantes, que creían caminar hacia Palestina.

Al Este está el pueblo de Eersteling, junto á yacimientos

de oro y de hierro. Acaba ahora el ferrocarril de Pretoria al Limpopo, en la ciudad moderna de Pietersburgo, á orillas del Zand, ó Río de Arena, subafuente del río mencionado. El país baja rápidamente y va siendo menos favorable á los blancos, que padecen fiebres intermitentes.

Pocos boers se encuentran, por esta causa, á partir de Pietersburgo, y apenas se los ve, como no sea de paso ó de cacería, más allá de Zoutpansberg (Monte de lagos salados), fundado en 1884, cerca de unas salinas explotadas. En raras ocasiones llegan allí los comerciantes y misioneros, y en cuanto se entra, aproximándose al río, en los dominios del *tsetse*, ya no se ve un europeo. Las orillas del Limpopo están casi por explorar. Temiendo á la horrible mosca, cuyo verdadero clima no es este en realidad, pues la temperatura se va haciendo tropical, la población blanca no gusta de bajar de la meseta, que recortan, formando promontorios alargados, los tributarios y subtributarios de la derecha del Limpopo. Hacia las fuentes de uno de ellos, á una distancia media entre Pietersburgo y el río, la estación de Valdesia, fundada (como su nombre lo indica) por misioneros valdenses, se encuentra en la comarca llamada por los boers Las Cavernas (Spelonke), aunque no haya en ella más grutas que en otras partes. Hay oro en estas rocas, y en los valles, algo tórridos, un admirable lujo de vegetación, en cuanto empiezan las lluvias de Septiembre. Excepto los buscadores de oro y el personal blanco de algunas misiones, los habitantes son unos 10.000 maguambas.

Leysdorp junto al Silats, tributario de la izquierda del Olifant, está separado de este río por masas de cuarzo gigantescas y numerosas ondulaciones, á las cuales han dado los indígenas el nombre muy significativo de Makwarrrrrra. Y el gesto con que lo acompañan, es todavía, más expresivo que la palabra. La región de alrededor se llama Bokaha, y los ingleses le han dado el nombre de Murchison Range, procedente de los montes Murchison, que no se elevan más de 300 metros sobre una meseta de 600. También lo llaman *Silats golafields* (Campos de oro del Silats), por las minas de oro que allí se han descubierto, y las que piensan encontrar. Allí descubrió Manch los primeros filones auríferos hallados en el Africa Austral. Se fundan grandes esperanzas en estos *placers*, en cuanto se termine el ferrocarril de Leydsdorp, enlazado con el de Lourenzo Marques, por el lado de la frontera de la colonia portuguesa. Es el Bokaha, poco apto para la colonización blanca

por su poca altura, su clima sofocante, y el *tsetse* que frecuenta sus valles bajos. Suelen vivir en Bokaha los ma-guambas, aficionados á la labor y á la ganadería.

El Este de Pretoria, en el ferrocarril de la bahía Delagoa, la ciudad de Middelburgo, junto á un afluente de la derecha del Olifant superior, está en pleno país boer. Lo mismo le ocurre á Lijdenburgo á 125 kilómetros al Nordeste, del occidente del Monte Manch, en una pintoresca reunión de montañas, á 1.715 metros sobre el nivel del mar. A la derecha, ó sea al Mediodía de la línea de Lourenzo Marques, los campos auríferos de Kaap, empezaron por gozar exuberante vida, amortiguada luego por el éxito extraordinario del Witwatersrand.

Al Sur de Barborton, en la cuenca de dos ríos que acaban en la bahía Delagoa, el N'Komati y el Maputa, no se ven más que poblaciones de poca importancia.

El Suági-Land comprende 25.000 kilómetros cuadrados arrancados á los bantús, especialmente á los cafres y más especialmente todavía á los zulús. Encierra unos 50.000 cobrizos, al lado de unos 1.200 blancos, boers que aumentaban en número cada año al bajar en invierno con sus rebaños los transvaalenses de la meseta. En su terreno hay oro, hulla explotada ya, otros minerales, y fuentes termales en el valle de Usutos. Estas ventajas podrán ser tan funestas á los indígenas como los diamantes y el oro lo han sido para los boers.

Los suagis, ó ama-suagis, llevan como signo distintivo un corte en el cartilago de la oreja. La capital del territorio se llama Bremers-dorp, y está situada junto al antiguo Kraal del rey Embelekueni. Se halla junto á un afluente de la izquierda del Maputa y es insignificante.

Al Mediodía del Suági-Land, se entra en lo que fué la Nienme-Republik, cuya efímera existencia se fundió con la del Transvaal. La fundaron en 1884, 118 boers del Transvaal y el Orange, mandados por Zakas-Meyer. Se dividió el país en 800 granjas de 3.000 á 5.000 hectáreas, de las cuales correspondieron á los ingleses 250, alrededor de Melmoth, cuando se hizo transvaalense la Nueva República. Pero aquellos colonos, enclavados ahora en el Zululand británico, siguen siendo tan boers como antes. Al Este de los Drakenbergen, este rincón es un pedacito arrancado de el Natal, un país de terrazas inclinadas hacia el Océano de las Indias que está cerca, un bosque, unos pastos por donde saltan los torrentes que corren hacia la playa de Durkan y la bahía de Santa Lucía por el Um-Folosi y el en-

cantador Tugela. Las tres principales poblaciones son: Wakkerstroom, Utrecht y Veijheid.

PROTECTORADO DEL BECHUANALAND

I

El país y los hombres.

El Be-Chuana-Land, según la ortografía oficial inglesa, ó, dicho á la española, la Bechualandia, forma parte del imperio colonial inglés desde 1885. Los anchos y largos ríos secos Nopolo y Nosod que forman entre ambos un tributario muy intermitente del Orange, lo separan al Sur de otra comarca de bechuanas, anexionada á la Colonia del Cabo. Al Oeste y al Norte tiene el Africa alemana del Sudoeste, aproximándose luego á la orilla derecha del Zambeze hasta tocarla en un punto nada más, donde se encuentran el Sudoeste alemán, la Rhodesia y el Bechuan-Land. Al Este tiene por fronteras la Rhodesia y el Transvaal. Dentro de estos límites abarca 551.570 kilómetros cuadrados, con 100.000 habitantes, ó sea una persona por 2.400 á 3.000 hectáreas. Es casi un desierto, y nunca pasará de ser un semidesierto, pues el país vale bien poco, por la carencia de lluvias. Pocas colonias tiene la Gran Bretaña tan desheredadas como ésta.

No es todo, sin embargo, igualmente malo; hay que distinguir entre el Este, el Sur y el Norte.

El Este, á lo largo de la frontera del Transvaal, por encima de la orilla izquierda del Limpopo, debe á sus alturas, que suelen ser superiores á 1.000 metros, y hasta 1.200, y á la mayor cantidad de lluvias, cierta fertilidad, buenos pastos, bosquecillos, casi bosques. El núcleo de la población se condensa allí, y es natural, que se haya escogido esta parte como paso del ferrocarril del Cabo á Bulmoayo y al Zambeze. El Sur se llama Kalahan, y aunque este país de la sequía no es tan vasto, ni tan sahariano como se pensó en otro tiempo, sus arenales rojizos, sus piedras, sus lagunas, casi siempre secas, blancas con florecencias de sal, nunca será un país fértil y agradable.

¿Qué se puede esperar de una extensión que no es más que espacio, y por la cual se puede cabalgar ocho días sin encontrar una gota de agua? No puede tener porvenir mejor que las *hamadas* del Sahara, ó las soledades más yermas de la Australia occidental ó central.

El río Zuaga empieza con el nombre de Okawaugo ó Ku Bango, en Angola, donde se le tomó al principio por un afluente del Cunene, río tributario del Atlántico, pero el Cunene se dirige al Sudoeste y el Ku Bango al Sudeste. Acrecentado por el Kuito y después de haber pasado por secos cauces de torrentes procedentes de la Deutsch-Sudwert-Africa, entra en el Protectorado de Bechuanalandia por encima de las cascadas de Popa con el nombre de Tanchí, Tioyhé ó Touké, extraviándose en vastos pantanos. El antiguo lago que llenaba esta región del Africa, entre las alturas ribereñas del Limpopo y los montes del Africa alemana del Sudoeste, antes de vaciarse por la abertura de los alfores del Zambeze, no ha desaparecido del todo. Quedan estanques dispersos que aumentan, menguan ó cambian de sitio según la fuerza y dirección de las lluvias y el depósito de materias aluviales. La formación lacustre del terreno, lo mismo que su horizontalidad, demuestra la larga permanencia de las aguas en un vasto mar interior. Toda la llanura está como pavimentada por una especie de toba más ó menos blanda, según esté expuesta al aire ó cubierta de residuos, y socavando algo en ella salen á la superficie conchas fluviales, análogas á las del Zambeze. El cauce del Tanchí y el de los de los ríos que bajan del país de los Dama-Bis para ramificarse en la gran llanura, están flanqueados de depresiones, donde las aguas de lluvia se juntan en los lagos temporales. Además, las corrientes de agua se dividen en ramas, subdivididas también, en las cuales se extiende el sobrante de la masa líquida en tiempo de lluvias, para volver á la corriente mayor durante la sequía, movimiento alterno semejante al del Toulé-Sap en Cambodge ó del Níger cerca de Tombuctú.

Desaguaba el Tanchí, hace poco más de veinte años, en un lago llamado Ngami, que era un receptáculo de riberas variables. Ningún viajero daba de él igual trazado que otro. Lo descubrió Livingstone, el año 1849, y le pareció que tenía unos 100 kilómetros de Este á Oeste. De Sur á Norte era mucho menos ancho. Los indígenas decían que en tres días se daba la vuelta al lago; pero era difícil su circunnavegación, por ser el

agua muy poco profunda en muchos sitios. Según Livingstone, no sólo alimentaban el Ngami ríos visibles, sino también corrientes subterráneas, procedentes de las colinas del Sur. En algunos sitios, el suelo tenía bastante riego, para que los árboles presentaran un aspecto tan rico y brillante como el de las tierras aluviales del Zambeze bajo. En otros no se veían más que árboles espinosos, matorrales ó arenales.

Pero el Ngami no existe ya, porque ya no desagua en él el Tauchí. La corriente prolongadora del Kubango de los portugueses de Angola se dividía en varias ramas antes de llegar al lago, pero todas dejaron de alcanzarlo, menos una. En 1886 fué detenida ésta á unos treinta kilómetros aguas arriba del Ngami, por los bechuanas ribereños de los makobas, que la hicieron dirigirse por detrás de diques de bálago y cañas á una expansión que es el Makoba-Vley de los boers, estanque de los makobas, y desde entonces no pasa de allí el Tauchí.

Durante la mayor parte del año, el Ngami se derramaba al Este por la corriente del Zuga ó Botletli que, al salir del lago, era un verdadero río, mientras hoy se desprende con dificultad del pantano, y viene á ser una laguna que sólo en la estación lluviosa recuerda un río continuo que corra entre hierbas y cañas.

Según baja, se divide y subdivide, y pierde fuerza gradualmente. Ya no tiene más que 25 metros de anchura en un lecho, cuya amplitud de 500 metros, pueden llenar las grandes lluvias, cuando desagua en las lagunas saladas del Makara-Kara, cuyas aguas (cuando las tiene) varían de lugar según la dirección del viento.

Como el país es absolutamente llano desde el Ngami, hasta el Makara-Kara en un espacio de 400 kilómetros, el menor obstáculo, el menor cambio de presión, la menor alternativa de sequía ó de humedad, el crecimiento de cualquier grupo de juncos, basta para modificar el movimiento del agua que vaga por la llanura. Cruzan la comarca, lechos fluviales con agua ó secos, charcos y salinas, que cambian de sitio y de forma. Hasta el Zuga, único río de la meseta que lleva agua en todo tiempo, es de corriente muy trastornada; sale en Abril y Mayo de las lagunas del Ngami y muere en ellas durante los dos meses siguientes.

El Okawango comunica con el Zambeze temporalmente. La unión de las aguas en una misma cuenca fluvial se restablece momentáneamente, como en otro tiempo, cuando en un Africa

austral más húmeda, desaguaba el Okawango siempre en el Zambeze.

En el país del Zuga, dominan hermosos bosques, donde se yerguen á trechos los troncos de las palmeras y grandes baobabs. Algunos cerros, que tienen aspecto de montañas, aparecen como islotes y archipiélagos, en medio del antiguo mar africano. El contorno de la llanura, está compuesto en gran parte, por formaciones volcánicas. Los bechuanas, han dado el nombre exacto y pintoresco de *cacerolas* á las numerosas charcas ovales ó circulares que abundan tanto, en esas llanuras sin límites, y algunas de las cuales se beben las aguas del Zuga, por lo cual están llenas todo el año, mientras las otras, de 10 á 15 metros de hondo, no tienen agua más que cuando l'ueve.

Las comarcas del Ngami, el Zuga y el Makarakara, donde zumban millares de mosquitos, producen terribles calenturas. Algo más vale esa región que el Valakari, pues tiene un río caudaloso, aunque boer, y recibe alguna lluvia. Es probable que prosperen en ella centros agrícolas, sobre todo donde hay pantanos actualmente; pero nada se puede esperar si se van desecando las mesetas, en las cuales abunda girafas y avestruces.

Poquísimos europeos hay todavía en la Bechuanalandia; sólo se encuentran algunos en las escasas poblaciones indígenas, cerca de las residencias de los grandes jefes.

Los ba-rotses ó ba-hurutses viven cerca de las fuentes del Limpopo. Constituyen un pueblo degenerado de su antiguo esplendor, que fué grande entre los bechuanas. No hace mucho que iban á vivir entre ellos los hijos de los reyes para aprender la historia de su raza, estudiar sus costumbres, adquirir buenos modales y toda tribu cercana tenía que enviar al jefe de los ba-rotses las primicias de su cosecha. La parte de nación que vive en el Murico (Transvaal), merece encomio por sus prácticas agrícolas.

Los ba-katlas tienen un mono por *totem*, ó sea, por Dios, genio ó símbolo nacional. Su capital es ó era el pueblo de Yancochopa, cerca de un afluente del Limpopo. Los ba-nonketsis viven en torno de Kanya, ciudad de chozas redondas de arcilla roja con techos de bálagó. Los ba-kuenas están algo más al Norte. Las tres naciones han tenido que cambiar de residencia muchas veces, por sus guerras con los boers. La ciudad de Kolobeng donde fundó su misión Livingstone, está derruida, y lo mismo le ocurre á Liteyani. La capital actual es Molepolo-

le, al pie de colinas peñascosas. En esta comarca han fundado los ingleses la capital de la región meridional del Protectorado, que es Gaberones, estación del ferrocarril del Cabo al Zambeze.

La nación de los ba-mangnatos que ocupa la parte septentrional del Protectorado ó algo más allá, unas llanuras pantanosas que se extienden hacia el Zambeze, está ahora en período ascendente. Los ba-mangnatos que tienen por *totem* al antílope formaban antes un sólo grupo con los ba-kuenas y los ba-nanketsis, pero luego se separaron de ellos, y su tribu se ha dividido en dos, los bag-mangnatos propiamente dichos, y los ba-tranas que viven en llanuras al Norte del Ngami. La capital Chochong fué una de las ciudades más grandes del Africa austral, pero después menguó mucho y ahora es una ruina porque el rey ha elegido otra capital.

Esta es Palapyé, ciudad indígena de unas 2.500 almas, en la línea férrea de Zambeze, en un país fértil, abundante en agua. Además de ser capital del reino de los ba-mangnatos, lo es de la región septentrional del Protectorado, y en ella está prohibida la venta de licores fuertes bajo pena de 2.500 pesetas de multa.

Al Oeste y Nordeste del ferrocarril, que se dirige al Norte de Palapyé, no hay pueblos notables en las tribus de los ba-tletlis, de los ba-yeyes, de los banajoas, de los ba-chonas, de los ma-denasonas ni de los ma-sornas.

Toda esta región occidental del Protectorado está muy poco poblada, por su escasez de fuentes y ríos. Las pocas familias que hay en Kalahari han tomado el nombre general de ba-kalahain y también los llaman ba-balas ó pobres. Suelen dedicarse á la ganadería de cabras y cultivan tenazmente unas huertecillas que no producen más que melones y calabazas.

La tribu de los ba-chuapensg, que vive en las montañas, al Noroeste de Chochong, es famosa por su habilidad en labrar el hierro: recogen el mineral en los yacimientos de los alrededores y fabrican con él sus instrumentos usuales.

Al Oriente de Chochong, no lejos del Limpopo hay otra tribu, la de los ba-silikas que conserva su independencia gracias al aislamiento de su plaza fuerte, sobre una roca de difícil acceso, y más todavía gracias al círculo defensivo que el tsetsé establece alrededor de la ciudadela.

II

Gobierno y administración.

Un comisario residente representa al Gobierno protector de Inglaterra. Aconseja, ó lo que es lo mismo, hace obedecer á raja tabla, á los *reyes* de las Grandes tribus, cuyos territorios han sido deslindados escrupulosamente para evitar discusiones sobre fronteras.

Estos reyes cobran el impuesto de las chozas ó cabañas, impuesto que pagan los indígenas y que es uno de los principales recursos del Protectorado. Para mayor seguridad, el Gobierno no tardará mucho, probablemente, en cobrar el *hus tax* por medio de sus propios agentes.

Muchos años sufren estas comarcas la sequía, la falta de cosechas, el escorbuto, la *malaria*, muy común, hasta en los países altos, las epizootias, las langostas y las invasiones de hormigas procedentes de los hormigueros elevados y cónicos. Muy nociva fué especialmente la última peste bovina, que originaria del país de los matabels de la actual Rhodesia meridional, adelantó por el país con una velocidad de 40 kilómetros diarios, destruyendo hasta el 90 ó 95 por 100 del ganado. 800.000 animales perecieron. Tales desdichas son muy perjudiciales para el presupuesto de Bechuanalandia.

La policía está compuesta (excepto los oficiales) de *basutos*. Hay 127 agentes de á caballo y 60 de á pie.

El Be-Chuana-Land, protegido, forma parte de la Unión Aduanera del Africa del Sur.

El país es muy pobre, con bantús apacibles y muy pocos europeos, sin que sea fácil que lleguen éstos á abundar nunca.

RHODESIA MERIDIONAL

I

Historia de Rhodesia

Los territorios de tres imperios negros confinaban con la garganta por la cual se derrumba el Zambeze en cascada. Al Norte y al Noroeste se extendía el reino Ba-Rotsé; al Sur, el

de los ba-mangnatas; al Sudeste, el de los matabeles. Los ingleses lo han transformado todo. Los ba-rotsés dependen ahora de la Rhodesia septentrional; los ba-mangnatos, del Protectorado del Be-Chuana-Land, y los ma-tabeles, de la Rhodesia Meridional.

A los ma-tabeles ó ama-udelis, se los llama así por sus enormes broqueles. Su nombre significa exactamente: «gente que desaparece», se sobreentiende, detrás de sus escudos.

A pesar de su nombre colectivo, no eran los ma-tabeles más



Montes de Rhodesia (dibujo de Dreé).

que un pequeño ejército, cuyo núcleo lo formaban grupos zulú salidos del Natal en 1820. Acrecentado luego, atravesó la meseta, donde se fundaron después los Estados del Transvaal y Orange, y expulsado por los boers atravesó el Limpopo hacia el Norte.

Acostumbrados á la matanza, no podían casarse ni educar á sus hijos, siendo semejantes en esto á los zulús del feroz Tcha-ka. Nunca retrocedían, y se dejaban destruir muchas veces por enemigos más numerosos. Semejante ejército tenía que estar constantemente en campaña y no se abastecía más que por el pillaje, aunque el país era fértil. Su único sistema de reclutamiento era el de coger cautivos. La guerra era su única industria y asolaban sin cesar las tierras cercanas, matando á los hombres y apoderándose de mujeres, niños y rebaños.

Poco á poco fueron constituyéndose familias, caída en desuso

la ley que prohibía los matrimonios, y los guerreros comenzaron á hacerse labradores.

Los holandeses habrían acabado con el poder de los matabeles, como acabaron con otros reinos cafres; pero los ingleses, no menos codiciosos que los boers y mucho más fuertes, dieron fin en pocos años al vasto imperio del Zambeze.

El año 1888 lograron tres ingleses que el soberano de los matabeles les permitiera buscar y explotar minas. Otros ingleses consiguieron lo mismo, y todos ellos formaron una sociedad llamada Compañía Inglesa del Africa del Sur.

El iniciador y hombre de acción de esta empresa, cuyo capital era de 25 millones, fué un político poco escrupuloso, que se hizo célebre, llamado Cecilio Rhodes.

Envió la sociedad un cuerpo de tropa al territorio de Lobengula, jefe de los matabeles, y éste le permitió la entrada. La tropa, mandada por Jameson, llegó en Septiembre de 1890 al lugar donde está ahora Salisbury. Con la elevación de cuatro fuertes se creó el camino estratégico por el cual había de llegarse á esclavizar á los matabeles. Acrecentaron la tropa de Jameson (que constaba de 192 hombres), aventureros y buscadores de oro procedentes del Cabo, del Transvaal y del Orange. La rotura de unos alambres del telégrafo sirvió de pretexto á las primeras dificultades surgidas entre indígenas y europeos, y se promovió una guerra cuyo resultado no era difícil prever tratándose de una lucha de pobres contra ricos, de inermes contra armados, de *indunos* ó jefes cobrizos contra capitanes blancos, en la cual probaron su valor los combatientes de ambas razas. La guerra acabó en 1894, sin que la conquista de este gran país costase á los blancos más que 124 hombres. A la comarca se le dió el 3 de Mayo de 1895, el nombre oficial de Rhodesia, en honor del gran especulador.

Cuando los transvalenses derrotaron (como se ha dicho anteriormente) á Jameson, los matabeles y muchos machonas, á principios de 1896, empuñaron las armas, pero en Diciembre ya estaban vencidos definitivamente.

II

País, productos y habitantes.

La Rhodesia situada al sur del Zambeze no es toda la Rhodesia, ni mucho menos. Esta abarca 1.100.000 kilómetros, de los cuales corresponden 45.000 á la Rhodesia meridional.

Es una meseta de 1.000 á 1.600 metros sobre el nivel del mar, con una pendiente hacia el Limpopo, al Sur; otra hacia el Zambeza, al Norte, y otra al Este, hacia menores tributarios del Oceano Indico,. Las montañas más conocidas son las de Matoppo, entre el Limpopo y el Zambeze.

La meseta de los matabeles y machouas está compuesta de gnesias, granitos, asperones, cuarcitas y rocas esquistasas, constitución que crea regiones auríferas.

Los Matoppos se elevan hasta 1.700 metros de altura; el Wedza á 1.646; el Hampden á 1.524. El Ukris, el Sipumgambili y el Sibindi, cumbres de los montes Utobi, llegan á 1.200 metros. Los valles superiores del río Buri, que nace en esas montañas, llegarán á ser, probablemente, centros de colonización europea. El aire es muy saludable, y se dan muy bien el café y la caña dulce.

La cordillera del Lita-Zonga tiene cimas de 1.400 metros, y el monte Doe, 2.400. Al septentrión de la meseta hay un monte Moltke, otro monte Bismarck y otro monte Darwin.

Generalmente considerado, carece de agua el país, lo que es su mayor desventaja.

Los torrentes que desaguan al Norte en el Zambeze, llamados Ynay, Shangani, Sanyali, Umpuli, Hanyani y Mazoe, experimentan enormes crecidas, pero á fines de la estación seca están casi por completo faltos de agua. Los mismos caracteres ostentan los afluentes del Limpopo y el Sabi, que es el mayor río costero entre aquel y el Zambeze.

Desde Diciembre hasta Marzo, suele llover mucho y recio, y al diluvio sustituye la sequía, casi absoluta.

En resumen: el clima es bastante duro, pero saludable, aparte de las calenturas intermitentes, que sólo se padecen en las regiones más bajas de la alta llanura y en los valles hondos.

La flora de la Rhodesia meridional es una transición entre la de Zambezia y la del Cabo. Tiene menos exuberancia vegetal que las comarcas del Norte del Zambeze, porque el país es menos lluvioso y tiene menos sol, por estar más lejos del Ecuador. Los bosques no maravillan por su extensión, su majestad ó su esplendor; carecen de profundidad y de misterio, y dan poca sombra, porque los árboles no son muy copudos.

Los árboles principales son baobabs, palmeras, mimosas, acacias, árboles de caucho, *mahobohobos* (de madera muy dura y frutos cuyo sabor es análogo al del níspero), algodóneros, *mangwes*, *machabeles*, cerezos, naranjos é higueras.

También produce Rhodesia trigo, avena, maíz, patatas, calabazas, mangos, bananas, tabaco, cauchos, plantas oleaginosas y fibrosas.

La agricultura tendrá que luchar, de todos modos, contra muchos enemigos, como la sequía, las heladas nocturnas, la langosta, la peste bovina y el tsetse, aunque éste va desapareciendo de la región meridional.

Hay antílopes y elefantes, girafas y avestruces, cocodrilos y bueyes, vacas, carneros y caballos.

En el país de los ma-tabeles y ma-chonas abundan también las minas de oro, pero los explotadores tienen que luchar con la carestía de obreros, porque la población de la Rhodesia meridional es bastante escasa y el trabajo subterráneo repugna á los indígenas, lo mismo que la severa disciplina y el encierro en los *camponuds* ó cercados, para que no puedan robar oro y venderlo fuera.

Las máquinas que trituran el cuarzo necesitan leña ó hulla y la Rhodesia meridional es poco abundante en lo primero, pero no en lo segundo. Se ha encontrado carbón de piedra en varios sitios, y se trata de reunir estos distritos mineros con la capital, por medio de un ferrocarril.

Oficialmente se ha dividido la Rhodesia meridional en dos provincias autónomas: el Ma-Tabele-Land y el Ma-Chona-Land, cada una con su pueblo especial, sus tribus diversas, sometidas todas á los ma-tabeles, antes de que los ingleses les impusieran su dominio.

Además de los ma-tabeles, hay en el Ma-Tabele-Land otras tribus que, por diversas circunstancias, no fueron destruidas por éstos; como los ba-nyais, que viven junto al Shangani y el Sanbali, al pié de los montes Masungabus. Son hombres, en general, hermosos, altos y robustos, orgullosos del color relativamente claro de su piel. Son muy limpios, y se cuidan la cabellera, dividida en mechones, rodeados de una corteza de árbol teñida de rojo. Esta manera de peinarse les da cierto parecido con los antiguos egipcios.

También merecen especial mención los ba-nansas y los ba-nubeas, que viven á la orilla derecha del gran río. Al Sur de su residencia hay una comarca de arenales áridos de 80 kilómetros de anchura, privada en absoluto de agua, y llamada *Thirst Durst*, ó Camino de la Sed. Entre los ba-nyais y el Zambeze están las tribus de los ma-machonas y los a-butuas.

Los ma-kalallas y los ma-chonas, primitivos dueños de la

comarca donde reinaban hace poco los ma-tabeles, han sido exterminados en gran parte, y esclavizados los que quedaron. Los ma-kalallas han olvidado hasta su idioma, y no hablan más que una jerga zulú. Los ma-chonas son cafres, inferiores únicamente á sus perseverantes opresores los ma-tabeles. Intelectual y moralmente son gente apática y taciturna; cultivan los arrozales, fabrican muebles, tejen telas de algodón, cortan y bordan escudos de cuero, forjan y afilan azagayas y espadas. Los ama-zisis, entre los cuales abundan los curanderos, parecen de origen hotentote.

Al Norte del país de los ma-tabeles y ma-chonas, en una región muy montuosa, se encuentran numerosas aldeas, pertenecientes á los ma-korikoris, no menos industriosos que los ma-chonas, y habilísimos en labrar el cobre, que hilan y trenzan para adornos. Más al Norte están los intandés, en la región de la mosca tsetsé.

En la región meridional, hacia el Limpopo, hay otros banyaris, así como tribus de bo-kharakas, ama-dumas, ba-bloekuas, makuabas, etc.

El total de indígenas es de unos 300.000, y el de europeos unos 13.000.

Entre éstos abundan los propietarios, pero se nota y se notará, durante mucho tiempo, gran escasez de braceros. La Rhodesia meridional está destinada á ser país de grandes propietarios que utilicen el trabajo de indígenas y coolies, si es que los boers no se infiltran en la comarca, convirtiéndola en región pastoral, y con el tiempo en región agrícola.

Difícil es que colonicen la Rhodesia los *britishers* solos, por dos razones: porque, aunque no es realmente tórrida, no se adapta muy bien á la raza blanca, que no puede trabajar al sol más que en las grandes alturas, y porque los ingleses, á pesar de su fama de colonos incomparables, son poco dados al cultivo del campo. Prefieren las ciudades y los negocios, cuando es posible, con la ganancia rápida que no suele conseguir el rústico de callosas manos.

Los indígenas sirven con poco celo á sus amos, en el campo y en la mina. Los domina invencible pereza, y trabajan sólo lo preciso para no morir de hambre.

Por eso han recurrido los propietarios de Rhodesia al sistema de llevar *coolies* indios, gentes de Rhodesia septentrional, que no son tan perezosos como los meridionales, y fingos de las riberas del Oceano Indico.

III

Poblaciones, gobierno y administración

Casi no merecen el nombre de poblaciones más que las dos capitales de la comarca: Bulunayo, en Ma-Tabele-Land, y Salisbury, en Ma-Chona-Land. Bulunayo está situado en los Matoppo-Hills, cerca de la línea divisoria entre el Zambeze y el Limpopo. Antes de la intrusión de los ingleses tenía una casa á la europea, rodeada de cabañas en forma de colmenas, pero luego se ha convertido en ciudad europea, futura capital de un país vasto. Sus calles tienen 30 metros de anchura y se cortan en ángulo recto, con grandes casas de tejados colorados, tiendas de campaña y chozas. Posee Bancos, imprentas, periódicos, electricidad y un hipódromo.

Salisbury, capital del Ma-Chona-Land y de toda la Rhodesia, á 1.510 metros de altura, está junto al Hanyani, tributario del Zambeze. Tiene 2.000 ó 3.000 habitantes, y la une un ferrocarril con Beira, puerto de mar de la colonia portuguesa de Gaza.

Al Norte de Salisbury está Mazoe, en el centro de una región abundante en oro. Victoria, á 1.120 metros sobre el nivel del mar, junto á un torrente de la cuenca del Sabi, tiene cerca los yacimientos de oro de Cotoporei y Dickens.

El Ma-Tabele-Land está dividido en 16 distritos, y en 13 el Ma-Chona-Land. Cada distrito tiene un comisario para la administración de los indígenas.

La *British Louth Africa Company*, gobierna y administra la Rhodesia meridional, bajo la vigilancia de un residente que representa á la Gran Bretaña, nombrado por el ministerio de las Colonias.

Le auxilia un Consejo ejecutivo y otro legislativo, compuesto del administrador jefe de la Compañía, el del Ma-Tabele-Land, el residente, cinco individuos nombrados por la Compañía y cuatro elegidos por los súbditos británicos.

La policía la forman voluntarios procedentes de todas las comarcas del Africa austral, que componen un núcleo de 1.200 á 1.500 hombres.

Una línea férrea une á Bulunayo con el Cabo, y otra á Salisbury con el estuario portugués de Beira. Se está constru-

yendo otra entre Bulunayo y Salisbury, y pronto existirá una más, que vaya desde Bulunayo hasta las hulleras y yacimientos de oro del distrito de Wankies.

PAÍS DE GAZA

I

Comarca, capacidad y productos

Se acostumbra á llamar país de Gaza á la parte menos ancha que larga, de los dominios portugueses al Sur del Zambeze. Es la región meridional de Mozambique, comprendida entre el Zambeze, al Norte; la Rhodesia meridional y el Transvaal, al Oeste; la Natalia al Sur, y el Océano Indico al Este. Su superficie es de unos 350.000 kilómetros cuadrados, y su población de medio millón de hombres.

Apenas hay 50 kilómetros desde el fondo de la bahía Delagoa á la frontera transvaalense. La forma del litoral y la profundidad de las aguas, en las cuales desembocan ríos navegables para las embarcaciones chicas, dan un valor de primer orden á esta bahía, puerta marítima de la cuenca del Limpopo y de los Estados de la meseta del Africa austral.

El río N'komati, procedente del Transvaal, recorre 100 kilómetros de la tierra de Gaza. Entrando en la colonia portuguesa por un paraje de los montes Zebombo, pasa los inmensos pantanos, que reaviva á cada crecida, y que le acompañan en ambas riberas hasta la desembocadura en la bahía.

Más allá de la bahía de Lourenzo Marques, la costa sigue hacia el Nordeste, hasta un cabo con el cual tropieza la gran corriente del Mozambique, que sale del Oceano Indico, entre el continente y la isla de Madagascar. A ese promontorio se le llama Cabo de las Corrientes.

En las bahías poco hondas que separan al continente de una hilera de islas costeras, pescan los indígenas ostras con perlas. Hay muchos bancos de coral, que hacen peligrosa la navegación.

Pasado el Cabo de las Corrientes, la ribera se dirige hacia el Norte; luego viene otra escotadura de la costa, la bahía Inhambane, y después siguen los médanos, y, por fin, las tier ra

bajas del delta del Labi ó Lave. Este río, nacido al Sur de Salisbury, es muy sensible á los cambios de estación, como cualquier corriente formada entre granitos. Durante la época lluviosa, inunda una anchura de dos ó tres kilómetros, y su corriente es violentísima. Al llegar la sequía, el Labi se convierte en río de 30 metros de anchura y medio metro de profundidad. Su delta es, sin embargo, considerable. La curva marítima de éste se desarrolla en un espacio mayor de 100 kilómetros, y la superficie del territorio en que se ramifican los brazos fluviales, pasa de 2.000. Poco más allá se encuentra el estuario de Beira, donde desembocan el Busi y el Pungwe, llamados por los portugueses Busio y Pungue.

Desde la bahía de Beira hasta el Zambeze, el litoral es bajo, sin médanos, y alguna vegetación.

La región de Gaza, entre este litoral poco atractivo, que es casi un semidesierto, y las montañas del reborde de la meseta del Africa austral, toda esta porción sudoriental del antiguo imperio del Mono-motapa, apenas se conocía antes de la transformación producida en las llanuras altas del interior, por el descubrimiento de diamantes y de oro, y la irrupción de mineros.

La cordillera de Lebombo va derechamente de Sur á Norte y al llegar al Lipapula (así llaman cafres y portugueses al Uli-fant de los transvaalenses) se prolonga en el mismo sentido con el nombre de Montes Lougric, hasta el río Limpopo. Desde allí, hasta las playas del Oceano Indico, la comarca es seca y estéril, con anchos campos sobre granito, ríos secos y lagunas.

Al Norte del Labi, en la región superior del Busio y del Pungue, las montañas son más anchas y altas, y casi llegan á la ribera del mar. Por encima de la orilla derecha del Pungue, la sierra de Gongorosa levanta á más de 2.000 metros su monte Miranga, pico granítico. El Enkatete está á 1 850, y el Gogo-gó, á 1.800.

Al bajar de los montes de la grande meseta, el clima deja de ser favorable al buen crecimiento de las plantas y á la salud de los blancos. Los vientos que reinan en el país de Gaza no favorecen la lluvia en las llanuras de la región costera. Los cambios de temperatura son muy bruscos, los calores abrumadores, y en el espacio de algunas horas hay variaciones de temperatura de 30 ó 35 grados centígrados.

La montaña de Gaza es fértil, pero la llanura presenta poca vegetación. En los terrenos del Mediodía, provistos de árboles,

estos se hallan cubiertos de un musgo gris, que les da una apariencia fantástica. En algunos bosques de Gaza domina el *mo-pane*, árbol grande, de semilla olorosa, que da muy poca sombra á los viajeros porque sus hojas se levantan en forma de alas de mariposa en estado de reposo. La costa es una zona de arena estéril. En el interior, el terreno que está formado de arena rojiza, es más fecundo y da buenas cosechas en los sitios bien regados, que son escasos. Los páramos alternan con los matorrales.

Las tribus indígenas se han refugiado en lugares apartados para evitar frecuentes visitas de sus dominadores zulús, y son muy hábiles para descubrir los lugares donde se filtran algunas gotas de agua, conociendo todas las plantas cuyas hojas son acuosas.

El clima, en resumen, es tolerable, relativamente sano en lo interior y mucho menos en el litoral. Donde hay menos población, la fauna, libre del hombre que es su peor enemigo, es rica en especies é individuos. Abundan los elefantes, los hipopótamos, los cocodrilos, los antílopes, las cebras, los búfalos, las hienas, los leopardos y los leones. En muchos distritos reinan animales todavía más peligrosos, como las hormigas termes, que atacan la vegetación y hacen imposible el cultivo, y la mosca tsetsé.

En los lugares favorecidos por la humedad crecen el mango, el cocotero, la liana, de la cual se saca el caucho, plantas fibrosas, caoba y viña silvestre. Se presta también el terreno á producir legumbres, mijo, maíz, arroz y judías, y se presta asimismo al cultivo de la caña dulce, del cacao, del tabaco, del café, del sésamo de Oriente, etc.

La Compañía de Mozambique reside en Beira y se propone explotar lo mejor posible el terreno, crear plantaciones, colonizar los distritos inmediatamente colonizables, traficar en la importación y en la exportación y encontrar, si es posible, un buen criadero de oro.

La industria está en la infancia, y sólo la representan algunas destilerías de aguardiente de caña, alfarerías, hornos de yeso, fábricas de esteras y escudillas de madera. Se importan licores, vinos, tejidos de hilo, lana y algodón y se exportan pieles, cueros, cera, goma de copal, etc.

La tierra de Gaza, que durmió pesadamente durante los cuatro siglos de dominación portuguesa se despertó cuando los blancos, turbando la paz de las mesetas instalaron por fuerza,

en medio de los cafres, una comunidad europea activa, y en cuanto se enlazó aquel nuevo pueblo con el mar vecino por medio de dos líneas férreas, que van, de las estepas y praderas de la llanura alta, al Océano Indico.

La primera es la de Lourenzo Marques á Pretoria, que atraviesa oblicuamente el país de Gaza. La segunda, de Beira á Fontesvila y de Fontesvila á Salisbury, atraviesa mayor cantidad de territorio portugués.

III

Los habitantes.

Cuando Inglaterra dividió el imperio lusitano, desde Angola hasta Mozambique, prolongando su Colonia del Cabo, con el nombre de Rhodesia hasta la punta meridional del lago Tanganyka, acababa Portugal de recobrar sus antiguas tradiciones africanas. Ya había tenido desde el siglo xvi establecimientos en la ribera y había hecho expediciones al interior. Luego se había aminorado mucho su influencia, que se limitaba á las cercanías de Mhambane, Chilvane y Lopalo. El verdadero soberano en la comarca era el rey cafre de Gaza, que gobernaba varias tribus cuyo nombre comun era el de landius.

Hace algunos años constituían estas tropas regulares, mandadas por *indunas*, capitanes que proseguían las tradiciones tácticas de sus padres y abuelos victoriosos.

La conquista había tenido por consecuencia inmediata el empobrecimiento de la comarca y el retraso de la civilización. Las tribus, antes sedentarias, eran hordas de fugitivos, que abandonaban pueblos y cultivos cuando se acercaba el ejército del rey. Les estaba prohibido el trabajo en las minas y la caza de elefantes. El rey negro trataba entonces con ruda y poca cortesía á los europeos; pero ahora ya no pueden demostrar tanta arrogancia los reyezuelos indígenas, y el soberano se ha declarado humilde vasallo del gobierno de Lisboa.

Dase el nombre común de ma-changanas, á las tribus conquistadas ó asimiladas en Gaza, cuya mayor parte parece tener parentesco con los ba-sutos. Como éstos, son muy dados á la agricultura y ganadería, y enemigos de la disciplina militar.

Los tchobis, son los ba-sutos más meridionales de Gaza. Los

cercanos al Limpopo fueron esclavizados por los zulús, y los del Norte, han logrado conservar la independencia.

Al Nordeste de los tchobis, recorren los ma-kuakuas las llanuras que llegan hasta el Chengane, y ocultan sus cabañas entre matorrales. Los ma-guazas habitan al Oeste y al Nordeste de los ma-kuakuas, á orillas del Limpopo y sus afluentes. Son muy numerosos y poseen jardines bien cultivados. Los ma-lou-gües, más al Norte, viven en chozas de corteza, de forma rudimentaria y en el delta del Lave. Pertenece la comarca á la tribu de los bila-kulús, y la de los alengas, más numerosa, ocupa la región llana, que se extiende entre el valle del Limpopo y el del Lave, y viven del merodeo y de la caza. Al lado de los ma-kuakuas están los buinguelas, y al Mediodía del Labi inferior los mu-hazuis. Al Norte del Labi se encuentran, llevando vida miserable, los ma-udandas y los ma-udnas, y junto á las montañas de Munica, los kiteris, gua-teris ó abasteris. Entre esos indígenas, de pueblos diversos, andan grupos de ba-lem-pas, negros circuncidados que han sido comparados con los judíos, por las facciones y el género de vida.

Los europeos son poco numerosos, y se dice que no llegan á 10.000, siendo 500.000 los indígenas. La mayoría es portuguesa, aunque hay en Gaza representantes de todas las razas blancas. Tampoco faltan indios y árabes.

III

Ciudades y pueblos.

La capital de Gaza, la célebre Lourenzo Marques, fué fundada el 1867 en el sitio donde hubo un pueblo del mismo nombre (el de un antiguo negociante) del cual se habían apoderado los zulús en 1823. Las casas bajas de esta metrópoli, edificadas á lo largo de avenidas rectilíneas, tienen aspecto muy agradable, pero están cimentadas en un terreno bajo rodeado de pantanos que sirven de fosos para la defensa de la plaza. Algunas baterías la hacen inexpugnable para los cafres. Le posición de Lourenzo Marques, en medio de tierras de aluvión, la hace insalubre durante la estación cálida, y ahora se trata de desecar estos pantanos. Poco á poco se va formando una ciudad alta en terrenos más elevados.

Lourenzo Marques no está situada á la misma orilla de la ba-

hía Delagoa, pues ocupa la ribera septentrional de un estuario que se abre al Noroeste de aquella. El puerto no es accesible todavía á los buques grandes, pero tiene un abra admirable para las embarcaciones de tonelaje regular, en una extensión de 13 kilómetros de Este á Oeste.

Desde el punto de vista comercial, Lourenzo Marques es más puerto del Transvaal que del país de Gaza, pues Pretoria está á 624 kilómetros de la bahía Delagoa y á 1.696 del Cabo.

Al Sur de la bahía el territorio está poblado por ama-tongas que forman parte del mismo grupo que los ribereños de Santa Lucía y obedecen á los mismos jefes.

A Mandjoba Roual, situada á 130 kilómetros del mar, acuden traficantes en pieles, en canelas y en cera. No hay poblaciones importantes en el río Limpopo, ni en el litoral de su desembocadura, ni en el bosque, ni en el páramo, sembrado de kraales, donde viven los ma-guambas, y ma-luyos, grandes fumadores de cáñamo.

En la región costera del cabo Corrientes no han fundado los portugueses más que una ciudad, cuyo nombre cafre es Luthambane, capital de distrito, situada en la ribera oriental de una gran bahía, semejante á la de Lourenzo Marques, pero con menos ventajas. En la población, muy bien construída, á la sombra de grandes cocoteros, viven unos 2.500 habitantes, blancos, negros y cobrizos, cristianos, mahometanos, banizanos y parsis. Tiene su mezquita, y comercia en cera, caucho, copal, cocos y marfil.

Al Norte, vigilan el litoral, varios fortines portugueses: uno en la isla de Bazaruto, otro en la de Chilvani.

Beira está á 40 kilómetros al Norte de la rada de Sofala, en la orilla izquierda del estuario donde desembocan el Pungue y el Busir. Esta capital, de la compañía de Mozambique, se eleva en un suelo pantanoso que se está desecando con gran actividad. Tiene un buen puerto con muelles de hierro y cuya importancia crece sin cesar desde que una línea férrea de 61 kilómetros lo une con Fontesvila.

Los habitantes de Beira se apasionan por las minas de Manica, y esperan de ellas maravillosos resultados, aunque los informes de los geólogos no hayan sido muy favorables, y sea más lógico contar con la fecundidad de sus valles. No hay región del Africa austral mejor regada ni de mejor clima. Hay señales del *gran metal* en muchos parajes, pero todavía no se han encontrado yacimientos de piedras preciosas.

Un reyezuelo negro reside en Mularza, en la vertiente meridional del monte Doe, límite con la Rhodesia: Es vasallo de Portugal y está bajo la vigilancia de un «capitán mayor.» En el pueblo de Suandue, junto al río del mismo nombre, tributario del Lampeza inferior han fundado los portugueses la población de Grureira.

ÁFRICA ALEMANA DEL SUDOESTE

(DEUTSCH SUDWEST AFRIKA)

i

La comarca

La región del litoral africano que se extiende uniformemente á lo largo del Atlántico, desde el río Cunene (límite meridional de la provincia portuguesa de Angola) hasta el Orange, tiene unos 1.500 kilómetros de longitud á la orilla del agua. Llegó á ser territorio alemán en 1884, sin que tuviera que ser conquistado.

Ese es el país llamado oficialmente Deutsch Sudwest Afrika. Antes se llamaba Lüderitz Land (tierra de Lüderitz), en honor al negociante osado que la había adquirido mediante contratos con los jefes de las escasas tribus ribereñas y de los pueblos del interior. La posesión del litoral de la bahía de Angola Pequeña, que fué su compra inicial, le había costado 2.500 pesetas y 200 fusiles, con lo cual el jefe de la comarca se creyó el primero de los príncipes de la tierra.

Dificultades hubo por parte de la Gran Bretaña para reconocer la soberanía germánica sobre esta comarca, y los negociaciones fueron largas, llegando á ser amenazadores muchos de los despachos diplomáticos alemanes, hasta que al fin se declaró tierra alemana el «país de Lüderitz», excepto el territorio de Walfisle Bay y las islas y los islotes de guano, dispersos á lo largo de la costa. Luego logró Alemania, tratando con Portugal, que se le reconociera la posesión de las tierras que se extienden al Norte del Cabo Frío, hasta la desembocadura del Cunene.

La más vasta de las lagunas que quedan en la superficie del

suelo en vez de haberse filtrado hasta el subsuelo, es el lago de Etocha, de 25 kilómetros de largo por 15 de ancho.

El Kaoko se eleva gradualmente. En el Etendeka llega á 1.310 metros de altura, y del paralelo 21 al 23 constituye una verdadera montaña que yergue sus cúpulas de 200 metros y más. El Tinatoko, en el país de los damaras, llega á 2.300, y á Levante de la bahía de la Ballena, los montes Khomar y los montes Airas, son masas graníticas que yerguen (como dice Dove) lomos monstruosos, aristas cortantes.

Más al Sur, en la comarca habitada por los bastaarts de Be-hobotts, van bajando los peñascales á 1.500 metros en la masa aislada de Karas, al Sudeste de Kectinaushop se achatan y se encuentran á trechos llanuras altas bastante vastas, y luego, á contar desde el trópico de Capricornio en el país de los nama-kuas, baja considerablemente la cresta. Se entra allí en una región muy parecida al Kavris del Cabo, y sustituyen praderas á los matorrales.

Cierta parte del país es tan poco conocida en la región meridional, que, según asegura Dove, había 40.000 kilómetros cuadrados en 1894, absolutamente ignorados de los europeos, en el espacio comprendido entre la bahía de la Ballena y la desembocadura del Orange.

Pocas orillas de ese litoral de 1.800 kilómetros, están libres de médanos, algunos muy altos, y generalmente de una arena muy fina que el viento dispersa. Esas murallas arenosas, que tanto dificultan las comunicaciones entre la costa y el interior, tienen, según los parajes, 5, 10, 15, 20 y hasta 30 kilómetros de anchura, y cuesta gran trabajo atravesarlas, con vagones tirados por seis, ocho ó diez parejas de bueyes, que sudan y mughen, y á las cuales pocas veces se puede dar de beber, pues el agua escasea y es de un sabor salino desagradable.

Delante de esas dunas está la playa baja, donde espumea incesantemente una barra muy incómoda, en un mar pródigo de pesca, con focas y ballenas y numerosos islotes de guano, que se han llevado rápidamente los ingleses. A no ser por las brisas fortificantes, el rumor del Atlántico y la extraordinaria salubridad del aire, no habría país más desolado que esa ribera sin árboles, sin hierbas, sin fuentes, donde no se bebe más agua que la traída del Cabo en barcas, ó la del mar, desalada con aparatos de destilación.

Detrás del reborde de arenas empieza el país (ya estepa, ya desierto), llamado Namib ó Namieb. Se va elevando hasta el

pie de las masas montañosas interiores, que tienen algunos principios de vegetación, debidos á un mínimum de lluvias, mientras en el Namib puede decirse que nunca llueve.

Este Namib, no es una llanura; pero visto desde de lejos, ó desde arriba, parece un territorio bien sembrado, de colinas aisladas, la mayor parte en forma de cimborrios, y de 150 metros de elevación algunas.

Créese que el Namib es el fondo de un mar prehistórico. Su aspecto es el de una inmensa superficie de argamasa, cuyo color varía del oscuro, al rojizo, al amarillento y al blancuzco. En tiempo seco, es decir, durante casi todo el año, se anda por el Namib como por un empedrado; pero las lluvias diluyen la capa superficial de arcilla caliza que aglutina la arena, y entonces se anda con mucha dificultad, y las ruedas dejan profundos carriles que se conocen aunque pasen años. Algunas depresiones reciben las aguas fluviales, que se van evaporando y dejan eflorescencias salinas.

Las dunas que, como queda dicho, siguen la ribera del mar, sin claros entre el Orange y el Swakopenund y con claros entre éste y el Cunene, suelen tener una altura de 150 metros, y forman cordilleras numerosas, separadas por zanjas. Al Sur de la bahía de la Ballena hay que atravesar, sucesivamente, diez y seis crestas de arena.

Los médanos próximos al Atlántico deben de proceder de antiguos bancos de arena salientes, y los de tierra adentro se habrán formado, por desconchadura de la egnesia, á causa del calor solar.

Los vientos Nordeste y Sudoeste, que son los que soplan en la costa con más frecuencia, pocas veces traen lluvias, y todavía son menos húmedas las ráfagas del Nordeste que afluyen contra los vientos generales, de Mayo á Julio. Cinco ó seis lluvias al año caen, por término medio, en la bahía de la Ballena, y una sola en las costas de Angra Pequena. A esto se reduce la estación lluviosa. En cambio, los vientos marinos sueltan su carga de lluvias en las lomas del interior.

La humedad disminuye de Norte á Mediodía, y aumenta de Este á Oeste.

De todos los torrentes de la comarca, el más caudaloso es el Omasuru, que tiene agua durante más tiempo que los demás cauces fluviales. Entre la arena de su valle superior brota una fuente termal á 76°15 grados. El Swakop sale del centro de la alta montaña de las Dama-Ra y muere, después de recorrer 400

kilómetros, al Norte y cerca de Walfish Bay. El Guizek ó Klmisel desemboca, las pocas veces que lleva agua, en la bahía de Walfish; pero á veces se le han pasado doce años sin arrastrar una góta. El Orange, al Sur, y el Cunene, al Norte, son los únicos ríos verdaderos del Protectorado. El Orange ha atravesado otras comarcas tan secas, y ha perdido tanta agua por riegos, filtraciones y evaporaciones, que apenas lleva, en su curso por el Africa alemana del Sudoeste, de 10 á 30 metros cúbicos por segundo en el estiaje. En cambio, al llegar las grandes crecidas, lleva bastantes millares.

El Cunene, de Este á Oeste, como el Orange, recorre 265 kilómetros en la Colonia. Su longitud total es de 1.200 kilómetros, y su cuenca de 137.000 kilómetros cuadrados; pero mengua tanto (lo mismo que el Orange), por evaporación en vastos pantanos, que no llega al mar más que cuatro ó cinco meses, desde Diciembre hasta Abril.

Tiene cascadas notables, como la de Quengrais, al llegar al territorio alemán, y la de las Montañas Negras.

Los riachuelos y torrentes que no se suelen conocer mas que en las inundaciones, son, sin embargo, de inestimable valor, y darán vigor y vida á la Deutsche Sudwest Afrika. Encajonados entre altos peñones, en su carrera rápida hacia el mar, en una pendiente muy rápida, será fácil atajarlos en ciertos pasos estrechos, más arriba de los cuáles se podrán estancar reservas de agua, para cultivar la parte de aguas abajo. Así nacerán pueblos de aldeanos alemanes en una comarea eminentemente saludable, aparte de algunos accesos de calentura en ciertos lugares palustres del país de los wambos.

El clima es bueno para el hombre, pero semihostil para la planta, por lo cual el país no tiene gran aspecto de fertilidad. La región más desheredada es el Namib, con sus plantas de desierto, tan pequeñas y tan escasas que parece imposible recoger bastante leña para encender una pequeña hoguera y hacen creer al viajero que se encuentra en el desierto libico. Allí se cría la *Wehvitsehia mirabilis*, que es un tallo de unos cuatro metros de altura, que brota de un tronco sepultado en la arena.

A 50 ó 60 kilómetros de la costa, empiezan las yerbas y varios arbustos como enforbios, acacias, plantas espinosas, áloes, etcétera.

Al llegar á 1.300 ó 1.400 metros de altura se entra en la región de los verdaderos matorrales, con arbustos de 5 metros

de altura. El árbol más hermoso de toda la colonia es el árbol «del camello», fuerte como la encina, pero más duro. Cuando está seco, se resiste al hacha mejor templada.

Al Sur, en el país de los nama-kuas, la disminución progresiva de las lluvias según se va hacia el Orange, y la altura mucho menor del suelo, extienden mas ó menos los caracteres de desiertos del Namil á la mayor parte del país, compuesta de rocas, arcillas duras, y arenales movedizos. Poco valdrá siempre esa región; pero en cambio se presta más á la creación de estanques de reserva para el riego, y se puede contar en ella con campos de caña de azúcar, algodón y tabaco, porque al humedecerse la arcilla de los nama-kuas, toma grandes propiedades agrícolas.

Al Norte, en el Kaoko y en la tierra de los Ova-subos, está lo mejor de la Colonia. Por el interior se extienden vastos campos que se parecen á las regiones portuguesas de Hinlla y Hunpata. Tienen un clima muy semejante, aunque las lluvias son menos abundantes, pero hay bastante humedad para que crezcan los árboles y formen selvas. Encuéntrase en esa región gigantescos boabas, y palmeras desde el grado 20 de latitud. En ella podrán prosperar los labradores europeos, aunque sean sus necesidades mucho mayores que las de los negros indígenas.

II

Los habitantes.

Fácil es comprender que no puede abundar la población en semejante país. Mucha ciencia, mucho método y muchos esfuerzos se necesitarán para mejorar esa comarca, falta ahora de agua y de terreno cultivable y donde no ha mucho se podía temer normalmente la muerte por sed ó por hambre.

En el Namib y en más de un distrito del país de los nama-kuas se puede andar semanas enteras sin ver un grupo de cabañas, pero en la región septentrional, de montañas más altas, pendientes más tapizadas y arroyos más abundantes: la población es más densa: entre los ova-imbos. Cada valle, aunque sea pequeño, tiene su pueblo, ó sus chozas de pastores.

Desde el punto de vista de las razas, el territorio perteneciente á Alemania es un país de transición. Toda la parte meridional de la comarca pertenece á la raza de los klios khois

pero al Norte, las tribus dominantes formadas por bantús, se encuentran en contacto constante con los hotentotes. Hay también mestizos que representan á la raza europea, y boers, «pombeiros» portugueses, y comerciantes ambulantes ingleses y alemanes.

A las tribus bantús, que pueblan la orilla izquierda del Cunene, se las designa con el nombre de wa-imbos, que les han dado sus vecinos del Sudeste, los hereros. En general, son altos, robustos, industriosos é inteligentes.

Unas doce tribus viven junto á los *umarambas*, que van del Cunene al lago de Etocha. Están separadas entre sí por bosques desiertos, y suelen andar en guerras para arrebatarse mutuamente los ganados. La más poderosa de esas tribus parece que fué antropófaga, y hoy come carne de perro.

La tribu del Estado de Ondonga, que también es de wa-imbos, es la más meridional de éstos, y abunda en alfareros, caldereros, herreros y fabricantes de pipas. Los omblandús meridionales, cansados de las arbitrariedades de su último reyezuelo, han constituido un Estado republicano, de lo cual hay pocos ejemplos entre los negros.

Los hereros, llamados igualmente dama-ras de la llanura, son también bantús, y su número se calcula en unos 85.000. Constituyen una de las razas más hermosas de Africa. Más altos que los europeos del Norte, están bien formados. Tienen facciones muy regulares, y fisonomía franca y alegre, pero se irritan por cualquier nonada, y entonces su aspecto es feroz. Van vestidos con tiras de cuero y llevan anillos y collares de hierro, zinc y cobre. Los hereros no echan sal á los manjares, están circuncidados, y no emplean prácticas religiosas más que para asegurar la prosperidad de sus rebaños. Suponen que proceden de un árbol, al cual llaman el árbol-madre. Antes se dividían en tribus ó castas; pero esta división va desapareciendo. Los dominios de cada jefe herero están separados unos de otros por cercas de matorrales ó rocas. Bien saben los hereros, por el ejemplo de todas las colonias del Africa austral, que donde se establecen los blancos, ya no pueden considerarse amos los negros; pero, por muchas precauciones que tomen (como su negativa á vender terreno) no pueden librarse de su destino. No lograrán evitar que sus soberanos los alemanes den nueva constitución á la propiedad, despojándolos en beneficio de los extranjeros. Y el despojo será tanto más rápido, cuanto que el país, por la bondad de su clima, ya que no por su opulencia,

está llamado á una colonización sólida por el elemento blanco.

Los ova-zurutus ó dama-ras de las montañas, viven en la cima de las mesetas, principalmente en las fortalezas tubulares, aisladas por fragosidades. Llámense á sí mismos Han Damojó (verdaderos dama-ras) ó Han Khoín (verdaderos Khoín, ó sea hotentotes) pero es dudoso que pertenezcan á esta raza. Hay quien los considera, por el contrario, hermanos de los ovarubos, á los cuales se parecen en las facciones ó en el género de vida, aunque los hayan deprimido bastante la miseria y la esclavitud. Si la mayor parte habla en dialecto hotentote, puede atribuirse esta circunstancia á su aislamiento entre dominadores de raza khoín. No son, pues, ni bantús ni hotentotes; son enigmáticos desde que perdieron su lenguaje nacional, que se ignora como fué. Son bajos de estatura, flacos y negros; se parecen algo á los bushmanes, y en varios sitios se confunden con ellos. Viven de cultivar el terreno, que les da cosechas bien miserables. Algunas de sus agrupaciones se amontonan alrededor de las misiones, pero la mayor parte son siervas de los propietarios de ganados.

Se calculan que son 30 ó 40.000 individuos, pero tiene que existir divergencias entre los calculistas, porque muchas tribus de origen dudoso, se clasifican como pertenecientes á distintas razas. Los dama-ras de las montañas tienen gran sentido musical; cantan en coro con voz bien timbrada y perfecta afinación.

Los namakuas ocupan casi toda la parte meridional del territorio perteneciente á Alemania. Con el nombre de pequeños nama-kuas una de sus tribus está acantonada al Sur de Orange, y el país donde habita constituye uno de los distritos occidentales de la colonia del Cabo.

Aquéllos y éstos, diseminados por un territorio sin agua abundan poco. A mediados del siglo XIX, se los calculaba en unos 50.000, misero resto de centenares de millones de namas que debieron de vivir en el Africa austral. Son hotentotes, y antes se los consideraba como los representantes más finos de la raza. Los llamados *Nación Roja*, los geikus de la región montañosa, situados al Sudeste de la bahía de Walfish, son los hotentotes ó khoín por excelencia, y se alardean de haber sido los primeros conquistadores del país. Son unos 2.500. Los topuaars-ó más altos, cuya mayor parte se ha agrupado en el territorio Inglés de la bahía, son hoy los namas más degenerados. Otros, como los verlams, tienen mezcla mayor ó menor de elementos

distintos y algunas gotas de sangre europea, y han combatido encarnizadamente con los hereros.

Los nama-Kúas, todos guerreros y pastores, viven en chozas hemisféricas formadas con ramas y cortezas. No tienen más que las industrias rudimentarias apropiadas á su género de vida: cortan y preparan cueros, afinan y construyen armas, fabrican jarras de madera para echar en ellas la leche de las vacas y el agua de las fuentes.

Errantes, en busca de pastos, viven los nama-kuas, en *clanes* separados entre sí, con su jefe y consejo de doce ancianos cada uno. El poder del régulo está en razón directa de lo ilustre de su familia y de las victorias que ha ganado; pero desde que los europeos rodean su territorio, y los mercaderes recorren sus montañas para comprar rebaños, y estudian sus rocas los mineros alemanes en busca de metales, pierden rápidamente su autoridad los jefes cristianizados de nombre, y la base de su consideración no consiste ya en el número de guerreros, sino en la riqueza de sus ganados.

Hasta la raza, harto débil para defenderse contra los elementos de disgregación, parece que está condenada. Los pequeños nama-kuasya no hablan hotentote: los misioneros establecidos entre los grandes nama-kuas han dejado de aprender el nama, y desde 1882 se han interrumpido todas las publicaciones religiosas en este dialecto. Inútil era escribir libros en una lengua que nadie ha de entender mañana y que ya ha sido sustituida por el holandés. El nama, que fué el dialecto hotentote más puro sufrirá la suerte de otras hablas del mismo origen, de las cuales no queda más recuerdo que nombres de ríos y montañas, casi todos desnaturalizados. Los restos de las tribus namas que viven en las llanuras orientales se confunden con los despreciados buhsmanes.

Para usar las mismas expresiones de Dove, diremos que son el pueblo más interesante del Protectorado y uno de los restos de raza más interesantes del mundo. Conservan mucho mejor que sus hermanos los hotentotes del Cabo, costumbres, ideas y cualidades notables. Son amarillos terrosos á los cuales cree el sabio alemán de sangre algo malaya y le parecen una raza intelectualmente superior. El caso es que por una singular injusticia han pasado los hotentotes por ser una de las naciones más obtusas y degradadas del mundo.

Los indígenas del Protectorado, son unos 202.000 que pueden dividirse del modo siguiente. 100.000 damaras de la llanu-

ra, 53.000 wam-bos, 35.000 dama-ras de las montañas, 8.000 nama-vinas, 3.000 buhsmans y 3.000 bastardos.

III

Estado actual, porvenir y poblaciones de la colonia.

A principios de 1884, unas 15 familias de *trekkers* holandeses se establecieron en el país del Ondonga, junto á una fuente caudalosa próxima á la laguna de Etocha, y fundaron una república á la cual llamaron Upingtonia en honor de cierto ministro del Cabo. La muerte violenta de su jefe Jordán y algunas dificultades con los indígenas obligaron á este grupo de boers á colocarse bajo el protectorado de Alemania. Casi todos los boers viven al Sudeste de la Colonia, y como los alemanes son hasta ahora funcionarios, militares, propietarios, profesores y obreros, los boers representan el elemento agrícola ó pastoral de la Deutsch Sudwest Afrika.

El país no se presta á una colonización en masa, y de todos modos, antes hay que reconocerlo para buscar los sitios vitales, las fuentes, los valles y cañadas cultivables, trazar caminos, é imponerse á tribus fraccionadas, á pueblos diversos.

Así lo vienen haciendo los alemanes con lentitud, pero con paciente método. Está la colonia bien conquistada y enteramente pacificada, á lo menos en apariencia; pero para mayor seguridad, cada día se desarrollan más la ocupación militar y los organismos administrativos. El cuerpo de ocupación tiene su cuartel general en Cpoos Windhvek (llamada más brevemente Windhvek), capital del Protectorado, y hay destacamentos en otros varios lugares.

Se buscan activamente los puntos provistos de agua, cuya importancia es capital, pues donde no hay abrevaderos no puede haber ganadería. Trátase también de recoger en depósitos el agua de diversas corrientes; cuatro en el país de los hereros, dos en el de los namas, á los cuales han de seguir otros, por prestarse mucho el país á ello.

Lo difícil, á lo menos en la montaña de los hereros, no es crear esos depósitos, puesto que hay lluvias y angosturas, sino encontrar en los valles, casi siempre muy estrechos, hectáreas de tierra buena para regarlas.

Siempre se encontrarán bastantes abrevaderos para el ga-

nado. En los buenos pastos del país, muy elevado, abunda el agua corriente, y más al Oeste, entre la alta montaña y el Namib, donde faltan fuentes y arroyos, la cría no será intensiva, sino muy extensiva, hasta el punto de que en ciertos distritos se necesitarán 50.000 hectáreas para alimentar á 1.000 bueyes.

Acabará la región por alimentar animales domésticos, no innumerables, pero tampoco muy diseminados, puesto que ha mantenido á muchedumbre de fieras, que huyen ahora ante los pobladores europeos. El león, común todavía en el Oriente de la lonia, se encuentra por todas partes, y sigue en sus fugas y emigraciones á los animales de cuya carne se alimenta. Hay algunos grupos de elefantes y aparecen frecuentemente leopardos y guepardos, gatos-tigres, linceos y gatos monteses. Abundan las hienas manchadas y listadas, los chacales y ciertos monos. En el Norte y Nordeste hay girafas, cuaggas, grandes rebaños de antílopes de diversas especies, algunos rinocerontes, avestruces y cocodrilos. Muchas especies representan á las serpientes, lagartos y saltamontes, y tampoco faltan escorpiones.

Las bestias que existen ahora en las partes altas son animales domésticos importados de Europa; bueyes, caballos, carneros y cabras. El caballo, escaso aún, y sujeto á la terrible epidemia llamada «muerte de caballos», es de la raza del Cabo, no de mucha alzada ni muy hermosa, pero musculoso y resistentes. Tampoco abundan mulos y asnos, que serían muy útiles por no padecer la epidemia de los caballos. Ha fracasado un ensayo modesto de cría del camello, pero este animal parece creado para el Wamib y las estepas de la mayor parte de la comarca.

En el Norte y Nordeste del país, convendría el cultivo tropical; en los valles inferiores á los depósitos de agua, la jardinería; y en las montañas, el pasto y tal vez la viña.

Los poseedores y colonos del Africa Sudoccidental alemana, prefieren á todo eso las minas de oro, los diamantes, como en Johannesburgo y Kimberley. Los tesoros de Creso adquirido, en algunos meses ó días, ó en una hora, valen cien veces más. á su parecer, que lo que se llama *aurea mediocritas*. Desgraciadamente, se han encontrado yacimientos de cobre en el país de los namas, de plomo y de plata, pero nada de oro. Tal vez se encuentre, pero para determinar bien el subsuelo de la Colonia hay que esperar que los caminos la hayan hecho accesible por todas partes. Eso se está procurando, y se extiende la red de carreteras y caminos indispensable. No será menos útil el ferro-

carril de Windhoek á Tsoakhoabuumd, de 386 kilómetros, que pasa junto á yacimientos metálicos y canteras de mármol.

Alemania ha delegado ciertos poderes en Compañías, que la ayudarán á tomar posesión del terreno en minas y canteras, cultivos y ganadería, construcción de caminos y relaciones comerciales. Estas compañías alemanas é inglesas, son más numerosas que activas, á lo menos en cuanto atañe á la colonización de los países de los namas, damaras y doambos, y atienden más á su ganancia particular que al bien general.

El imperio alemán ha adoptado disposiciones para atraer colonos á la región, instituyendo fondos para préstamos de 3.000 á 4.000 marcos, reembolsables sin interés, á familias agrícolas que quieran establecerse en el Protectorado.

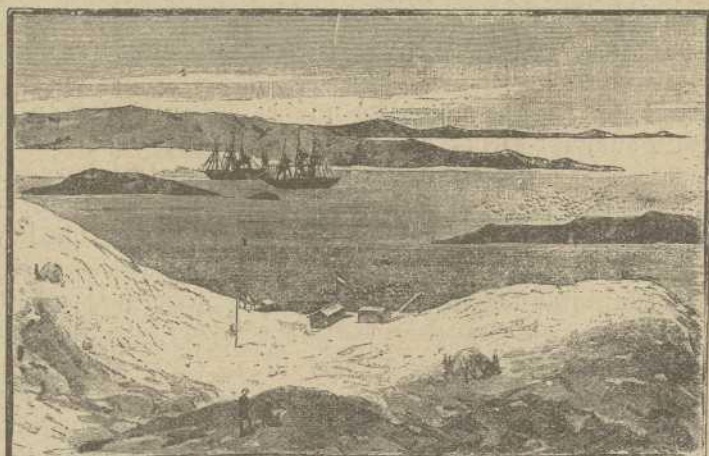
Puede decirse que no existe una verdadera ciudad en la Deutsch-Südivest-Afrika, ni un puerto, frecuentado al Norte, ni al Sur de Walfisch-Bay. Angra Fría, en el extremo septentrional del territorio, al Norte de la punta arenosa de Labo-Frío, no es más que una caleta, no resguardada del oleaje y los vientos ordinarios. A 200 kilómetros de distancia se abren los arrecifes coralinos de Ogden, formando un puerto hermoso y tranquilo; pero la costa vecina está desierta, y el abra vacía de embarcaciones.

Entre este puerto y la desembocadura del Omarom, al lado del cabo Croers, se han instalado unos 100 blancos en Kreuz-Iluk, y al Norte, cerca de Walfisch-Bay, están terminando los alemanes el puerto de Tsoakhoabmund, en comunicación con Hamburgo, por un servicio regular de navegación.

El puerto del distrito meridional, Angra-Pequeña, cuya adquisición por Lüderitz determinó á Alemonia á tomar posesión de la comarca, no es una escotadura pequeña, á pesar de su nombre, pues se prolonga á más de 8 kilómetros al Sur de la entrada, y puede servir de fondeadero á los buques grandes: pero le falta una buena aguada. Hasta ahora no ha justificado las esperanzas de sus poseedores como punto de comercio. No exporta más que ganado, pescados, goma y algunos minerales.

Las preciosas islas de guano, que se encuentran cerca del puerto Schabre, á 1.500 metros del litoral, al Noroeste de la entrada; Halifax, junto á la península, que limita el puerto al Oeste, y otras como la isla de los Pingüinos, la de las Focas, Larga, Posesión, Albatros, Pomona, Plumpudding, Bostbeef, etcétera, son explotadas por comerciantes ingleses.

Esas rocas peladas, sobre las cuales se lanzan á millares en Octubre y Noviembre, pingüinos, cormoranes y otras aves, tenían antes un revestimiento de varios metros de guano, y los especuladores se apresuraron á rascarlas hasta la roca, y á mediados del siglo xix estaban ya completamente limpias. Ahora se ha reglamentado la explotación. Mientras las aves empollan, se prohíbe el paso á las islas, y luego, brigadas de trabajadores recojen el abono; na habido año que la explotación de las islas ha producido 962.502 pesetas.



Puerto de Angra Pequeña. Dibujo de Roux.

También persiguen los pescadores en esos parajes á las vacas marinas que acuden en tropel á los islotes y arrecifes. En las playas de la isla Posesión, situada al Sur de Angra-Pequeñas encontró el navegante Morel cantidad tan prodigiosa de esqueletos de cetáceos, que los calculó en un millón.

A 100 kilómetros al Este, en Yubub, y á una altura considerable, se ha instalado un jardín de ensayo y aclimatación de los cultivos que se suponen posibles y provechosos en la tierra de Lüderitz.

Antes de establecerse el Protectorado, no habia en lo interior más que aldeas, campamentos temporales, estaciones de misioneros.

Citábanse principalmente, como verdaderas capitales, en el país de los Nama-Kuas á Warumbad y Yethanien. Esta

población considerada entonces como metrópoli de todos los nama-kuas, no contaba más que cuatro casas de ladrillo, la misión, la iglesia, el *Palacio* del jefe y el almacén de un comerciante. Al Sudeste del Protectorado, frente á la Colonia del Cabo y junto al territorio mencionado de los bechinomas, Holyengfels, colonia agrícola, riega sus tierras por medio de canales procedentes del Orange. Keetmanshoop, á 112 kilómetros en línea recta al Este de Bethanien, está á orillas de un arroyo que lleva agua una vez cada diez años, pero posee una fuente bastante buena.

Rehobots, en el país de los bastaards, á 1.400 metros de altura, tiene una fuente termal de 52 grados.

Frors Vindhoek, metrópoli de la Colonia, está á 1.660 metros sobre el nivel del mar y se extiende por la pendiente de una colina, de la cual brotan cinco ó seis manantiales á la temperatura de 78,2° y está rodeada de jardines.

Ohahaudja se encuentra á unos 60 kilómetros al Norte de la capital, junto á uno de los torrentes que constituyen el Tsoakhoab. Otjunbingne, en la confluencia del Tsoakhoab y el Osunyema, fué estación de misioneros y tiene más de 1.000 habitantes.

Omaruru está junto al río de su nombre, que lleva bastante agua, y en ella viven unos 1.000 hereros.

Otavi, en el país de los ova-imbos, está en vísperas de explotar sus minas de cobre y plomo.

Olukonda está próxima á la Colonia portuguesa de Angola, á 1.400 metros sobre el Océano. Sus alrededores son muy lluviosos y los más ricos del Protectorado, con un clima que, sólo por la altura, deja de ser tropical, por estar en el grado 18 de latitud meridional, á más de 600 kilómetros al Norte del trópico de Capricornio.



Rápido sobre el Zambeze (dibujo de Whymper).

LA COSTA ORIENTAL

I

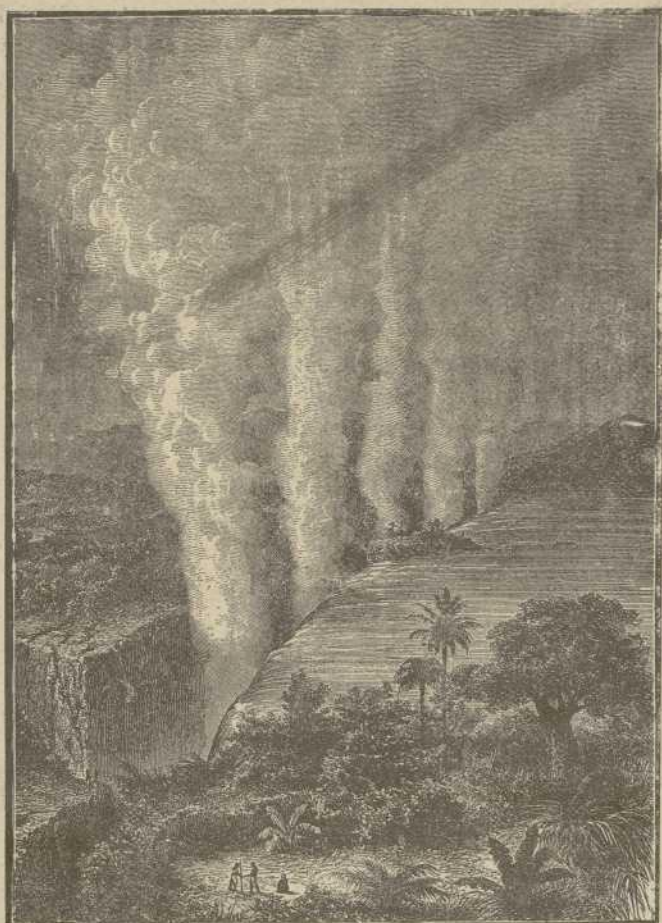
El Zambeze.—La Humareda Tonante.—El lago Nyassa.

El Zambeze, que es una corrupción del nombre indígena que significa «Río», recibe las aguas de una cuenca de 143 millones de hectáreas, lo que representa un territorio como Francia, España, Portugal é Italia, juntas. Por el volúmen de sus aguas, ocupa en Africa el tercer lugar, después del Congo y del Níger y antes que el Nilo.

Nacido de pequeños lagos en una meseta pantanosa á 1.215 metros de altura, se llama al nacer Liba. Con una anchura de 900 metros y de 1.500, al recibir el tributo del Liambei, salta y espumea entre barreras de basalto. A la cascada de Gouha, de 13 metros de altura, suceden otras dos cascadas, que tienen juntas 56 metros; después los grandes saltos de Kallé y de Bombué, y, por fin, las tres caídas de Mamboué, que son muy bajas, y el poderoso derrumbamiento de Katima Moviro.

Más abajo del Tchobé ó Couando, vasto tributario cuyas orillas están desoladas por la mosca llamada *tsetse*, de mortal picadura, unos rápidos anuncian la Humareda Tonante (Mo-

sicou-Tounia), que los ingleses, celosos de los nombres indígenas sonoros, han bautizado Victoria. Al llegar al borde de este abismo, el Zambeze tiene todavía 793 metros de altura sobre el nivel del mar



La Humareda Tonante (Dibujo de Bar).

Un salto prodigioso de 199 metros hace que la Humareda Tonante pueda despreciar al Niágara, que no cae más que de 49 metros. El río africano no se lanza como el de América, en un amplio cauce por una catarata en forma de herradura, pues se arroja en la estrecha grieta de una roca basáltica, constitu-

yendo una sábana de agua de 1.600 metros de larga y 130 de profundidad. Esta grieta bebe de golpe el Zambeze entero en toda su anchura, frente á una isla donde los cocoteros recuerdan que el cielo azul del Trópico luce sobre esta maravilla de la Naturaleza, como el cielo del Norte, lleno de copos de nieve, pesa oscuramente sobre las cataratas de la Escandinavia y el Canadá. Por encima de las ondas extranguladas entre los bordes del abismo, enormes columnas de vapor se remontan á 200 metros de altura, y señalan de lejos este milagro de las agüas, que rujen y truenan, coronadas de espumas blancas, entre las peñas negras.

Desde la Humareda Tonante hasta la confluencia con el Cafoué, todavía se rompe el Zambeze cuatro veces más en los rápidos de Kausalo y Nakabelé, la cascada de Kairiona y los remolinos de Kokulolé, después de los cuales sucede en las orillas el granito al basalto, y el gran río se contrae, hasta no tener más que 46 metros de anchura en el salto de Moroumbaoua, alto de nueve metros. Después, á 20 kilómetros más arriba de la factoría portuguesa de Teté, encuentra los rápidos de Kébrabasa, en un estrecho donde, en las grandes crecidas, llega á tener el Zambeze 24 metros de profundidad. Estos hervideros detienen á las embarcaciones durante la estación seca; pero en época de crecida pueden navegar libremente. En Teté el río tiene dos kilómetros y medio de anchura, pero después vuelve á estrecharse entre los montes de Lujata, hasta no tener más que 200 ó 300 metros.

Más allá de Senha, el Zambeze absorbe al Chivé, río de 420 kilómetros que se escapa del lago Nyassa

Este lago recuerda casi exactamente al Tanganyka, el cual tiene su punta Sur á unos 300 kilómetros del Nyassa. El Nyassa es un poco más corto, pero tiene la misma anchura, casi la misma superficie, igual orientación y el mismo marco de altas montañas. Solamente hay la diferencia, de que el Nyassa está á 480 metros sobre el nivel del mar, mientras el Tanganyka brilla á 750. Desde hace pocos años que se le observa, el lago Nyassa parece inclinado á secarse. Los montes inmediatos no están cortados á pico sobre el lago, sino separados de éste por una llanura de aluviones, que va cubriendo lentamente las aguas, formando una *massika*, un barrizal, en el que son muy numerosos los elefantes. Tal como es, con una anchura de 25 á 90 kilómetros se extiende sobre 550 kilómetros desde el Norte, donde la dominan las montañas de Livingstone, al

Sur, por donde se escapa el río Chivé, que un rosario de cascadas hace descender en su corto camino, algunos centenares de metros. Por esto los barcos no pueden subir hasta el Nyassa. La ribera derecha de este lago, la han arrebatado injustamente los ingleses á los portugueses, sin otro pretexto que el vivir en ella algunos misioneros protestantes, que predicán al Evangelio á los indígenas, con escasa fortuna.

Después de haberse bebido el Chivé, entra el Zambeze en su delta que tiene 800.000 hectareas. De las ramas en que se esparce al confundirse con el mar, la más grande es el Kouama ó Lonabo, navegable en todo tiempo y que termina en una fuerte barra. El Kouakoua, otro brazo, se disuelve en marismas, durante la estación seca, sin llegar directamente al mar. Estos brazos, los falsos brazos, y aun el río mismo, proporcionan agua fresca y abundante barro á los millares de cocodrilos que pululan en el delta. buscadores de toda clase de presas y aficionados entusiastas de la carne humana.

Se calcula el curso del Zambeze en 2.660 kilómetros, con todas sus sinuosidades, y en 1.760, á vuelo de pájaro, desde sus fuentes hasta la embocadura, que tiene enfrente, aunque á larga distancia, la costa occidental de la isla de Madagascar.

II

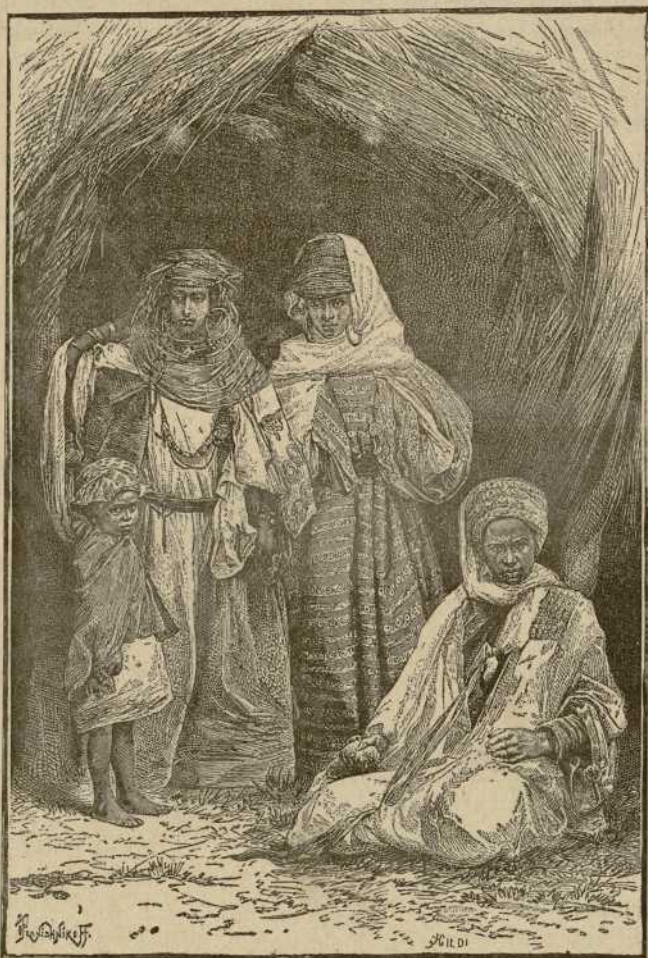
Mozambique. — Zanzibar. — Los Vonasonahilis.

Al Norte del Zambeze el litoral se extiende enfrente de Madagascar. Pertenece á Portugal hasta el cabo Delgado, que marca el delta del Rovouma, río cuyo curso inferior separa á los lusitanos que están al Sur de los alemanes, los cuales ocupan el Norte.

Esta orilla, que pertenece á los lusitanos, es el Mozambique. Se llama así, por el nombre de su principal población Mozambique de unas 70.000 almas, construída sobre un escollo volcánico vecino al mar.

El puerto de Mozambique era famoso en otros tiempos y tenía gran movimiento, pues era el punto más principal de la exportación de esclavos. A millares se embarcaban los negros en sus muelles para llevarlos á las plantaciones de América. Hoy, al desaparecer el infame comercio, Mozambique á muerto, pues no tiene ninguna importancia.

Toda la costa de Mozambique es muy malsana y el gobierno portugués la emplea como presidio, enviando á ella sus pe-



Musulmanes blancos de Zanzibar (Dibujo de Roux).

nados, de los cuales ninguno llega á viejo. Los 2.000 ó 3.000 blancos libres que existen en la colonia, son aparte de los empleados y soldados, árabes ó indios del dominio portugués asiático de Goa.

Al otro lado del río Rovouma empieza la larga costa de

Zanzibar con sus poblaciones en otro tiempo portuguesas, Quiloa (15.000 habitantes), Mombas (15.000) y Melinde (7.000), que fueron puertos de la trata de negros é iguales á Mozambique viven en decadencia desde que se suprimió el vergonzoso tráfico. Muy cerca de la costa está la isla de Zanzibar que ha dado su nombre á aquélla.

Esta costa de Zanzibar es larguísima, pues no acaba hasta el Ecuador, junto al río Djoub, que nace en las montañas de los salvajes gallas.

Zanzibar, la capital que tiene 80.000 habitantes, es el lugar de residencia del Sultán que gobierna esta larga costa, pero cuyo poder es aparente, pues vive sometido á los europeos.

La isla del mismo nombre, que tiene unas 151.100 hectáreas, está situada á unos 31 kilómetros del continente. Sobre la ciudad de Zanzibar, que fué en otros tiempos un gran mercado de esclavos, y sobre la isla donde el bosque tejido de lianas deja cada vez más espacio á los campos de cocoteros y datileros pesa un clima axfisante con una temperatura media de 27 grados y muy escasas lluvias. Los sultanes de Zanzibar son originarios de Mascata en Argeliay hasta hace poco tiempo ostentaban el título de Imán de Mascata.

Recientemente era Inglaterra (como en tantos lugares de Africa), la que monopolizaba en absoluto Zanzibar, vigilando desde allí los grandes lagos, el Congo, toda el Africa interior, conforme á su divisa. «¡Desde el Cabo hasta Alejandría!», programa proclamado en Londres y acogido con entusiasmo por todas las colonias británicas del «triángulo austral». Pero los alemanes, adelantándose á los ingleses, han acampado en la costa de Zanzibar, ocupando 6 grados del litoral de Sur á Norte, entre los portugueses de Mozambique y los ingleses que guardan la costa entre el río Onanga, donde termina el dominio germánico y el río Djoub, donde empieza la posesión italiana.

Este dominio alemán va, como ya hemos dicho, desde el mar de las Indias á los tres grandes lagos, Victoria, Tanganyka y Nyassa, con 3 millones de hombres y unos 96 millones de hectáreas, que son altas mesetas, frondosos valles y poderosos ríos, en los cuales la estación de las lluvias derraman innumerables torrentes. Esta región magnífica y de gran porvenir, sólo con gran disgusto y por la fuerza de las circunstancias, se la han cedido los ingleses á sus buenos amigos, primos y correligionarios, los alemanes.

Entre el cabo Delgado y el río Djoub, ó sea en lo que se llama «Africa Oriental Alemana», lo mismo que en el «Africa oriental inglesa», las poblaciones negras hablan idiomas, que son hijos del gran idioma bantú. Su sangre, en la que se ha mezclado en todo tiempo la de los árabes, parece emparentarlos igualmente con los cafres, los betelmanos y otros negroides ó bronceados del Africa del Sur y de la del Centro.

Todos estos pueblos están comprendidos bajo la denominación común de Vouasaouahilis ó Souahelis, nombre que procede de la palabra árabe *Sahel*, equivalente á litoral. Al lado de los dialectos indígenas, muchas gentes de esta raza híbrida hablan la lengua del Korán. Los árabes han tenido siempre gran influencia sobre los «hombres del litoral», como guerreros, mercaderes, cazadores de esclavos y propagandistas del «Dios único.» Hay un gran número de bayuanos ó negociantes musulmanes venidos de la India, en las poblaciones comerciales de este *Sahel* y en las islas de coral inmediatas á la costa.

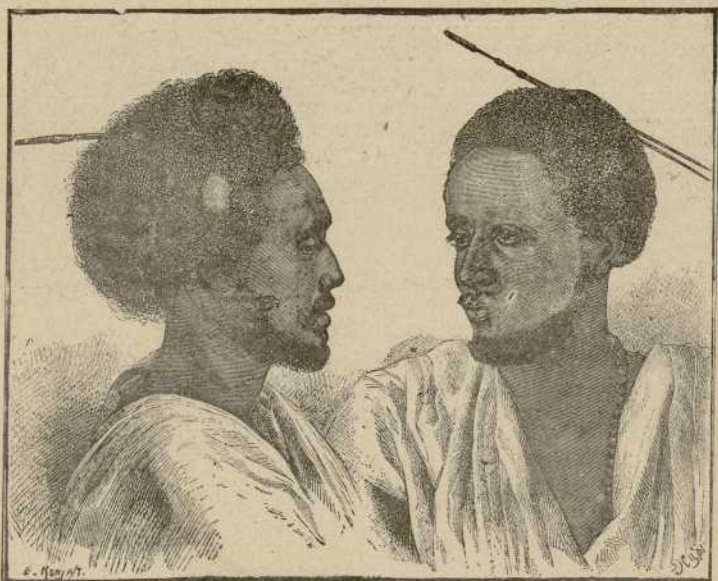
IV

Africa Oriental inglesa.—Los Somal ó Somalís.

Una vez pasado el Ecuador la naturaleza pierde su opulencia y la costa ofrece la aridez del desierto. El litoral se desarrolla á la vista seco y abrasado, al Nordeste, hasta el cabo Guardafuí, en otro tiempo cabo de los Aromas, y después al Oeste á partir de este promontorio, que separa el golfo de Aden del mar de las Indias. Estas dos líneas de litoral, la una bruscamente ó más que perpendicularmente replegada sobre la otra, encierran la península de los Somalís, la única protuberancia importante del macizo continente africano.

Es una península estéril, en la que los torrentes, casi siempre secos, no forman ningún río permanente que marche al encuentro del mar. Es preciso que estalle una tempestad inmensa y que caiga un diluvio, para que se formen verdaderos cursos de agua al pie de los volcanes apagados ó sólo dormidos, entre colinas aromáticas, pues la tierra de los somalís es más que otra cosa un país de perfumes, de esencias, de gomas olorosas. Pero estos diluvios son muy raros sobre los montes ardientes, que en un sitio son calcáreos, en otros volcánicos, y por todos lados de una triste desnudez.

Los somalis son, según los viajeros que los han estudiado detenidamente, vengativos, sombríos, astutos y feroces. Aman la guerra, y la hacen, sirviéndose del fusil, como en otro tiempo la hacían valiéndose del arco y la flecha, la honda, la maza, la lanza y el escudo. El pillaje es su mayor placer: pero en las pobres razzias de tribu á tribu, poco pueden robar, pues sus poblaciones son de cabañas de paja, sin otras riquezas



Tipos Somalis (Dibujo de Renjat).

que algunas pieles de camello. Su gran negocio es cuando algún barco naufraga en sus costas abruptas.

Sus rasgos fisonómicos y las diversas gradaciones del color de su piel, demuestran que tienen dos orígenes. La sangre árabe se mezcla en ellos á la de los negroides y los negros del país de altos relieves que se levanta á Occidente, por encima de los montes y los barrancos secos de la tierra somalí. Ellos mismos se titulan con orgullo hijos de los Gallas, con preferencia sobre los árabes, apesar de que han recibido de estos el Korán y su lengua. Pero ni la religión mahometana ni el idioma árabe han conquistado por entero á este pueblo poco manejable.

Inglaterra domina el país de Somal, tanto en la costa del

mar de las Indias, como en la ribera meridional del golfo de Aden, á partir del cabo Guardafuí. Italia se ha atribuido el pro-



Una aldea somali. (Dibujo de Riou).

tectorado de los somalís desde la desembocadura del Djoub, hasta el grado 8 al Norte, pero los indígenas hacen su vida de siempre sin preocuparse de este protectorado, ni reconocerlo siquiera.

ISLAS DE ÁFRICA

AZORES, MADERA Y CABO VERDE

I

Las Azores.—El mar de los Sargazos.

Realmente no hay razón para incluir el archipiélago portugués de las Azores en el continente «negro» de Africa, ya que está tan cerca de Europa y bajo una latitud todavía europea, aunque muy meridional, pero así es la costumbre, sin duda porque su nacionalidad lo une con Madera y las islas de Cabo Verde, las cuales surgen sobre un mar realmente africano.

Las Azores se yerguen sobre la inmensidad de las olas, en la misma línea que Extremadura, el Alemtejo y el Algarbe, á 1.000 kilómetros de Portugal, la madre patria, en la ruta oceánica entre Lisboa y Nueva York. Puede decirse se yerguen, porque estas islas son muy altas y escarpadas.

Las Azores son nueve, y además muchos islotes insignificantes. En conjunto representan unas 234.830 hectáreas, con 270.000 habitantes.

La menor, que es la que está más al Norte y se llama Corvo, no tiene más que 880 habitantes, que viven al pie de un pico de 777 metros.

La fértil isla de las Flores, vecina próxima de Corvo, pues sólo las separan 17.500 metros, contiene unos 12.000 habitantes en las sinuosidades de su costa, y en los valles que descenden de su monte central, el Morro Grande, de 942 metros de altura.

Más de 200 kilómetros separan á Corvo y Flores del nudo del archipiélago de las Azores, formado por las islas Graciosa, Terceira, Sao Jorge, O Fayal y Pico

La isla Graciosa que, efectivamente, es muy bonita, aunque carece de bosques, sólo se eleva á 397 metros sobre las olas y viven en ella 8.500 personas. En pequeñez, es la segunda de las Azores.

Terceira, que es la segunda en grandor, y se distingue por lo bella y fecunda, posee la capital de las nueve islas, la pequeña ciudad de Agra, cuya vida principal está en el puerto. El nombre de Caldera de Santa Bárbara, que lleva su principal monte (1.067 metros), basta para indicar que los 45.000 habitantes que tiene Terceira viven sobre un suelo volcánico.

Sao Jorge ó San Jorge, diez veces más larga que ancha, pues mide 54 kilómetros de un extremo á otro, tiene un volcán de 1.000 metros de altura, el llamado Pico de Esperanza (extraño nombre), que en 1808 arruinó la isla con una erupción. 18.500 personas viven en ella.

O Fayal posee bosques, pero muy poca agua, teniendo que subsistir de la de pozos y cisternas sus 25.000 habitantes, gran parte de los cuales viven en una población llamada Horta.

O Pico ó el Pico, emerge del mar á seis kilómetros de Fayal. Ninguna de las Azores se ve de tan lejos, pues su «pico», que le da el nombre, volcán que todavía humea, se remonta á 2.222 metros y durante cuatro meses del año está cubierto de nieve. 28.000 personas viven sobre este suelo, que es pobre, pero que produce un famoso vino.

Sao Miguel, que es la isla más grande y mas poblada, nutre á más de 120.000 personas, casi la mitad de la población de las Azores. Muy alejada del grupo central, hacia el Sudeste, es como un pequeño mundo aparte. Tiene su gran Pico, el Pico da Varra (1.089 metros), y su principal población se llama Ponta Delgada.

La isla de Santa María, la más meridional de las Azores, se eleva sobre el mar 570 metros, por un monte llamado Pico Alto, y mantiene 6.600 individuos.

Todo este archipiélago volcánico es fértil, por componerse su tierra de lavas pulverizadas, y goza un clima medio de 17 á 18 grados, semejante al del Portugal meridional, pero con mayor dulzura y constancia, y más cantidad de lluvia. Los valles, no están cerrados á la brisa del mar, elemento de frescura y principio de vida. En ellos, crece el naranjo, mezclando sus frutos de oro á otros productos de la tierra no menos apreciáveis.

Cuando los portugueses desembarcaron en las Azores, en 1432, no encontraron hombres ni animales, sólo grandes bosques, y tuvieron que traer de Europa los animales necesarios para la existencia humana. Tres islas pagaron este aumento de vida, con la destrucción lenta de sus bosques, y hoy no quedan

en las Azores más que pequeños cedros, pinos y abetos, y á trechos los arbustos propios del monte bajo en los países meridionales.

Procedentes de sangre portuguesa, con cierta mezcla de sangre flamenca, estos insulares, pueblo muy fecundo y aficionado á la emigración, se ha extendido prodigiosamente por América, objeto de sus ensueños de fortuna. Puede decirse que hoy existen más hijos de las Azores fuera de estas islas que en ellas. Por esto, la población de las nueve islas crece lentamente, y á veces, decae, á pesar de la gran cantidad de nacimientos. Los labriegos de las Azores fueron los primeros colonos del Brasil, ocupando territorios grandes como reinos; y desde hace siglos, sigue embarcándose gente de las islas en todos los buques que van al Brasil, las Antillas, la Guayana inglesa, las islas de Sandwich, los Estados Unidos, y hasta invaden una provincia de Portugal, el Algarbe. Correr el mar gusta mucho á estos hombres, nacidos todos en pueblos, desde los cuales se ve el Océano, si es que no han visto la luz en la misma orilla, recibiendo la caricia del viento salitroso, y escuchando como primer ruido de vida al abrir sus ojos, el choque de las olas. Muchos de ellos se van todos los años á los Estados Unidos para trabajar como braceros en la recolección, y una vez recogidas sus economías, vuelven á sus hogares hasta el año próximo, haciendo la travesía del Atlántico como un simple paseo.

La capital de las Azores, que no se llama Angra solamente, sino Angra do Heroísmo, en buen énfasis portugués, no tiene más que 12.000 habitantes, ó sea 6.000 menos que Ponta Delgada, la principal ciudad de la isla de San Miguel.

Al Sudoeste de este archipiélago, en dirección á las Antillas, una gran extensión de fucos ó hierbas marinas, llamadas racimos de los Trópicos, forman inmensas praderas sobre el mar. Estas hierbas ó sargazos, se sostienen sobre el Océano, merced á unas vesículas de aire, sin llegar á hundir sus raíces hasta el fondo. Los sargazos cubren con su tapiz verde y rojizo, una extensión marítima de más de 400 millones de hectáreas, ó sea cerca de ocho veces la península Ibérica, extensión que toma el nombre de Mar de los Sargazos.

Existen otras extensiones de sargazos igualmente inmensas en el Atlántico y el Pacífico.

II

Madera y sus dependencias.

De una extensión de 81.500 hectáreas con sus islas anejas Madera se yergue sobre las olas africanas, en un mar profundo, aproximadamente á la mitad del camino entre las Azores y la costa meridional de Marruecos.

Madera tiene tres islas dependientes de ella.

La mayor, Porto Santo está en torno de un monte volcánico, y sobre 5 000 hectáreas mantiene 1.750 habitantes. Esta isla fué la primera que descubrieron los portugueses al comenzar la odisea de sus descubrimientos africanos en 1418. Las islas de Dos Santos, que están inmediatas, son minúsculas y tres escollos forman las llamadas Islas Desiertas.

Madera, muy montuosa y abundante en desfiladeros con volcanes y aglomeraciones de lavas y basaltos, tiene 55 kilómetros de extensión. Su mayor cumbre el Pico Ruivo ó Pico Rojo, tiene una altura de 1.847 metros.

Las pendientes, completamente desnudas, rojizas ó negruzcas, se tuestan bajo la incandescencia de un sol africano. Cuando la descubrieron los portugueses, un bosque frondoso daba sombra á estos montes, creando, bajo su vèrdeosa penumbra, ríos que mantenían su caudal hasta en épocas de sequía. De este manto inmenso de arboleda, sacó la isla el nombre que le dieron los portugueses, Madera; pero apenas si quedan hoy bosques que lo justifiquen.

La isla no tiene como las Azores hermosos huertos de naranjos, perfumados como los jardines de Armida. {Sus célebres viñedos que producen el Madera, honor y principal riqueza de la isla, han sufrido mucho con la fíloxera y actualmente empiezan á reponerse de esta plaga. Sus terrenos de lava son muy fecundos y dan vida á todas las simientes, á todos los tallos que necesitan un clima ardoroso donde no caiga jamás la lluvia tropical.

Hace treinta ó cuarenta años que la población de Madera se ve aumentada por muchos tísicos de Europa, ingleses especialmente, que van á prolongar su vida en este clima dulce y siempre igual.

Los 135.000 habitantes de Madera son todos portugueses,

aunque algo mezclados con los negros, y se distinguen por su ferviente catolicismo sus maneras corteses, sus costumbres pacíficas, su lealtad en los tratos, y, sobre todo, por lo prolíficos. Emigran con igual facilidad que sus hermanos los de las Azores, embarcándose para el Brasil, la Guayana inglesa, las Antillas, las islas Sandwich y el cabo de Buena Esperanza. Su lugar predilecto de emigración es Demerara, en la Guayana, muchas veces mortal para ellos. Acostumbrados á vivir en un ambiente tibio, perfumado y saludable, van á bandadas á establecerse en un país de barrizales pestilentes, de enormes sapos, de fiebres, de arrugas precoces, y cortan la caña, fabrican el azúcar, se dedican á los más bajos oficios ó ponen una tiendecita, viviendo con paciencia y con sobriedad. Los más felices vuelven á la isla natal y son propietarios respetados, ostentando el título de «Demerartistas» que les dan sus conciudadanos.

La capital de Madera, residencia de sus autoridades, es O'Funchal (Campo de Hinojo,) ciudad de unas 21.000 almas.

III

Islas de Cabo Verde.

Aunque estas islas están en el Atlántico muy separadas de las Azores y Madera, tienen con éstas el lazo común de la nacionalidad portuguesa.

Su nombre proviene de un promontorio del Africa Occidental que está en poder de los franceses, llamado por los europeos Cabo Verde y que es la punta de Dakar. No es que estas islas sean vecinas al Cabo, pues están en las soledades del mar. la más cercana de todas á 600 kilómetros de la costa africana, pero ostentan el nombre de Cabo Verde por encontrarse frente á él, en los grados 15, 16 y 17 de latitud.

115.000 personas viven sobre las 385.000 hectáreas de este pequeño mundo lusitano, formado por doce islas tropicales de un suelo volcánico y fecundo. Estas esporadas tienen enemigos terribles, que son, la sequía, le insalubridad del clima y los temblores de tierra. En los años de lluvia son un verdadero paraíso, menos en los montes que están calvos de toda vegetación; pero en los años secos los caboverdenses tienen que huir de la patria miserable ó morir en ella de escasez. De 1831 á 1833 el hambre mató é hizo huir de las islas á 130.000 caboverdenses de 56.000 que componían entonces su población.

Los que la forman en la actualidad son una raza emigrante como la gente de las Azores y Madera, y van con preferencia al Brasil. Negros en su mayor parte ó mulatos, los blancos no pasan de ser unos pocos miles, más ó menos auténticos, y descendientes de españoles de Canarias más que de portugueses. Todos, blancos y negros son fervientes católicos, y hablan un portugués alterado por palabras y giros de las tribus oscuras de Africa.

La capital, Porto-Praya, está en una isla malsana llamada Sao Thiago (Santiago) ó isla do Cabo Verde.

Sao Thiago, apodada la «Isla mortífera», primera del archipiélago por su grandeza y población, tiene un pico de 1.500 metros. Sus 40.000 habitantes son de todos colores, desde el aceituado hasta el negro reluciente. A su derecha tiene la isla de Maio, y á su izquierda las de Fogo y Brava.

Maio ó Mayo no recuerda en nada al hermoso mes cuyo nombre lleva. Es seca, desnuda, calcinada y malsana. De ella no se extrae otro producto que sal en abundancia.

Fogo (el Fuego) encierra su más terrible enemigo, un volcán de 2.700 metros de altura. Esta isla es sana, pero casi nunca llueve en ella. El hambre de 1831-1833 la hizo bajar de 17.000 habitantes á 5.615.

La agradabilísima y saludable isla Brava, cuyo verdadero título es la Salvaje, merece el título que la dan de «Paraíso de Cabo Verde» á pesar de que es escasa en árboles. Sus habitantes, que cultivan bien la tierra, son casi todos blancos y proceden de emigrantes de Madera y de familias de Fogo, que en 1680 huyeron de una terrible erupción del volcán.

Sao Thiago, Maio, Fogo y Brava, forman el grupo Sur del archipiélago. Las islas del grupo Norte son, Sao Antao, Sao Vicente, Sao Nicolao, y Sal. La isla de Boa Vista se levanta entre los dos grupos.

Sao Antao, (San Antonio), segunda isla de todo el archipiélago en grandeza y número de habitantes, levanta un pico á 2.500 metros de altura. el llamado Pan de Azúcar, que se ve en el mar á más de 80 kilómetros.

La arenosa San Vicente posee el mejor puerto del archipiélago y es lugar de escala para los vapores trasatlánticos y gran depósito de carbón. Esta isla estuvo desierta, hasta los últimos años del siglo XVIII en que la poblaron algunas familias fugitivas de Fogo.

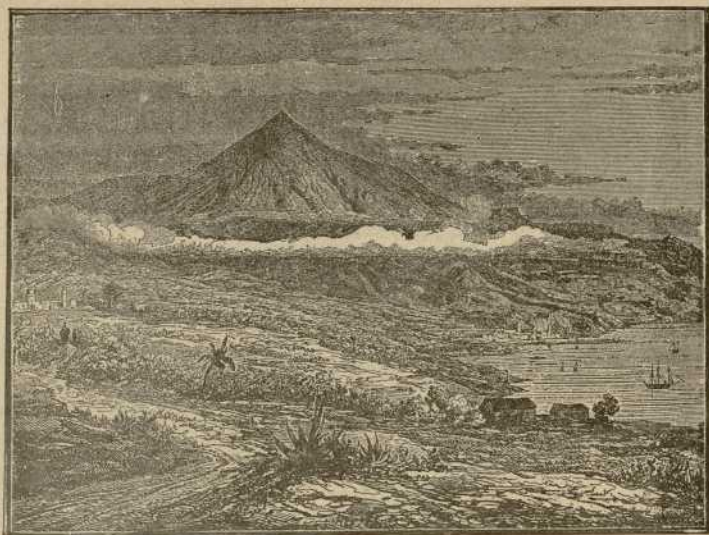
La de San Nicolás tiene un volcán apagado, el Gordo, de

1.350 metros, y la isla de Sal, como su nombre lo indica, es abundante en salinas.

Bella Vista se tiene por tan salubre como la Brava, pero desvanece las esperanzas que infunde su nombre, pues en ella, no se ve otra cosa que blancos arenales, campos de sal y colinas tostadas.

Dos islotes, Razo y Branco, y una pequeña isla, Santa Lucía, carecen de habitantes.





El pico de Tenerife. (Dibujo de (Daubigny).

ISLAS CANARIAS

I

El archipiélago.— El pico de Teyde.

El archipiélago de las Canarias, tierra española, está frente á las costas sud-occidentales de Marruecos, en los parajes donde el imperio berberisco confina con el Gran Desierto.

Son las islas Afortunadas que conocieron los antiguos, perdidas después de vista entre las tinieblas de la Edad Media y encontradas luego, según dicen, por los genoveses en 1295 y colonizadas por los españoles á partir de 1498.

Este archipiélago de 762.400 hectáreas, está compuesto de siete grandes islas pobladas y de cinco pequeñas, de las cuales sólo una tiene habitantes, y su población en conjunto, según el último censo español, asciende á 358.564 almas.

Fuerteventura: la antigua isla Makhorata, tiene cuatro veces menos anchura que extensión, siendo ésta de 100 kilómetros. Su mayor altura, es de 855 metros en la cumbre llamada

Orejas del Asno. Ninguna de las Canarias está tan cerca de la costa africana, como esta isla volcánica, escasa en lluvias y un tanto desierta, pues no viven más que 12.000 personas, sobre sus 172.000 hectáreas. Sus poblaciones son: Antigua (1.195 habitantes); Betancuría (1.986); Casillas del Angel (1.129); La Oliva (2.464); Pájara (1.182); Puerto de Cabras (4.038); Tetir (1.110) y Tuineje (2.205).

Lanzarote recibe el choque de las olas á 11 kilómetros solamente al Nordeste de Fuerteventura. Tiene un monte de 684 metros, el Famara, y grandes lavas que atestiguan erupciones volcánicas relativamente modernas. Comprendiendo los islotes que la rodean, puede calcularse su terreno, en 74.100 hectáreas. Sus municipios son: Arrecife, Femés, Haría, San Bartolomé, Teguiise, Tías, Tinajo y Yaiza con una población total de 17.502 habitantes. +

La Gran Canaria se yergue en el mar á 80 kilómetros al occidente de Fuerteventura. Tiene un pico de 1.951 metros, el Pico de los Pechos, centro de un grupo montañoso del que descienden en forma de abanico más de cien barrancos. Su extensión es de unas 13.600 hectáreas. En ella está la ciudad más poblada del archipiélago, Las Palmas, capital de toda esta provincia insular de España. Las Palmas posee la mejor bahía de las Canarias, islas mal cortadas sobre el mar y escasas en abrigos que tengan aguas profundas. La Gran Canaria, además de Las Palmas (44.517 habitantes), tiene las poblaciones de Agaña (2.835 habitantes); Aguimes (2.889 habitantes); Artenara (1.112 habitantes); Arucas (9.367 habitantes); Firgas (2.088 habitantes); Galdar (5.278 habitantes); Guía (5.247 habitantes); Ingenio (3.486 habitantes); Mogán (768 habitantes); Moya (4.674 habitantes); San Bartolomé de Tiraja (4.644 habitantes); San Lorenzo (4.346 habitantes); San Mateo (4.168 habitantes); San Nicolás (1.860 habitantes); Santa Brígida (4.917 habitantes); Santa Lucía (2.713 habitantes); Tejada (2.891 habitantes); Telde (8.978 habitantes); Teror (4.794 habitantes); Valsequillo (3.210 habitantes) y Valleseco (2.669 habitantes).

Tenerife, corrupción castellana del antiguo nombre de Chinerfé que llevaba la isla, está á unos 60 kilómetros al Noroeste de la Gran Canaria. Sus 194.600 hectáreas sirven de pedestal á uno de los montes más célebres de la tierra, el Pico de Teyde, que humea, aunque ya no ruge, pero que todavía es posible que ruja y tiemble alguna vez, pues todo es de temer de vecinos como este. Cubierta de retamas y de una vegetación verde

gris, ésta gigantesca pirámide contempla su archipiélago y su mar desde una altura de 3.715 metros, casi exactamente la que tiene el Mont-Blac por encima de Chamonix.

Es una isla hermosísima la de Tenerife. El gran Humboldt, decía con entusiasmo al volver de sus viajes: «Yo he visto en la zona tórrida regiones donde la naturaleza es más majestuosa y más opulenta por la diversidad de sus formas, pero después de haber visitado las orillas del Orinoco, las cordilleras del Perú y los magníficos valles de Méjico, de o declarar que no he encontrado nada tan hermoso como Tenerife, nada tan fascinador y armonioso por la acertada armonía del verdor y las rocas». Y más adelante dice: «Para alejar la melancolía y devolver la paz á un alma dolorosamente combatida, no conozco nada como Tenerife.»

Este último consejo de Humboldt, lo siguen actualmente los que por su posición social ó su fortuna pueden disponer libremente de su existencia y son muchos los extranjeros, especialmente ingleses, que en invierno residen en Tenerife, en el pintoresco y sorprendente valle de Orotava, uno de los lugares de reposo más bellos que se conocen en toda la tierra.

Tanto Tenerife como las demás Canarias merecen, realmente, el nombre de Afortunadas, que les dieron los antiguos. No se notan en ellas más inconvenientes que el que cae del cielo mucho sol y poca lluvia, y que de vez en cuando llegan del Oriente del Sahara, por encima del mar, nubes lívidas de langosta.

La capital de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife, es una hermosa ciudad, limpia y risueña, que tiene 38.419 habitantes. Las otras poblaciones de la isla, son Adeje (1.705 habitantes); Arafo (1.604); Arico (3.724); Arona (1.971); Buenavista (2.345); Candelaria (2.345); Fasnía (1.796); Garachico (2.929); Grana-dilla (3.376); Guancha (1.699); Guia (3.323); Guimar (5.120); Icod (6.706); La Laguna (13.074); Matanza (2.030); La Orotava (9.192); Puerto de la Cruz (5.562); Realejo Alto (4.077); Realejo Bajo (2.962); El Rosario (2.767); San Juan de la Rambla (2.024); San Miguel (1.785); Santa Ursula (2.113); Santiago (1.432); Sauzal (1.478); Silos (1.453); Tacoronte (4.204); Tegueste (1.859); La Victoria (2.787), y Vilaflor (1.191).

De Tenerife á Gomera sólo se atraviesan 27 kilómetros de mar en dirección al Oeste. La isla de Gomera, de 37.800 hectáreas de extensión, tiene por cima suprema la cumbre Garojo-na (1.340 metros.) Sus poblaciones son Agulo (1.522 habitantes);

Alajeró (1.195); Arure (1.559); Hermigua (2.868); San Sebastián (3.187) y Vallehermoso (5.027).

Al Noroeste del archipiélago, la isla de Palma (72.600 hectáreas), separada de Gomera por 56 kilómetros de mar, tiene un monte de 2.365 metros, el Pico de la Cruz y un cráter sin igual en toda la tierra volcánica de las Canarias, el llamado la Caldera, ancho de 5 á 6 kilómetros, y con paredes de 300 á 600 metros de altura que se continúan hasta 900 por la vertiente, casi recta, del monte de los Muchachos (2.100 metros.) Esta Caldera, para felicidad de la isla, hace tiempo que no hierve, pues desde 1677 ningún volcán ha vomitado lava sobre la isla de Palma.

Las poblaciones de Palma son; Santa Cruz de la Palma (7.024 habitantes); Barlovento (1.986); Breña Alta (1.816); Breña Baja (2.113); Fuencaliente (5.278); Garafía (2.718); Los Llanos (6.638); Mazo (4.081); Paso (4.038); Puntagorda (1.341); Puntallana (2.152); San Andrés y Sauces (3.409) y Tijarafe (2.552).

La isla de Hierro, situada en el ángulo Sudoeste de las Canarias á 62 kilómetros de Gomera tiene un monte de 1.520 metros. Goza una celebridad universal á causa de que miles y millones de mapas han hecho, y hacen aún, partir sus meridianos de esta humilde avanzada de las Canarias en el Océano. Su extensión, que es sólo de 27.800 hectáreas, la coloca en última fila entre las islas mayores del archipiélago canario. La isla de Hierro sólo tiene una población, Valverde, con 6.508 habitantes.

Entre las islas menores, ó más bien islotes, el único habitado es el de Alegranza, donde se halla la población de Tegui-se, con 3.786 habitantes. Los otros islotes, Lobos, anexo á Fuerteventura y Graciosa, Montaña Clara y las dos Roquetas anexas á Lanzarote carecen de grupos de población.

II

Los guanches.—Los canarios y su emigración.

Los habitantes de Canarias tienen todos en sus venas sangre española, especialmente andaluza, pero en muchos de ellos mezclada con sangre flamenca, normanda, y sobre todo, irlandesa, especialmente en La Orotava y otras poblaciones de Tenerife, adonde emigraron muchos católicos de Irlanda, por

las persecuciones religiosas. A esta mezcla hay que añadir un poco de sangre negra y muchísimo de sangre guanche, lo que ha hecho decir á más de uno que «*el Canario era un guanche bautizado.*»

Cuando los europeos llegaron por primera vez al archipiélago encontraron á los guanches, pueblo agrícola procedente tal vez del tronco de los bereberes marroquíes y junto á los cuales vivían algunas familias árabes. En pocos años fueron destruidos los guanches, según cuentan, por una extraña enfermedad, *la modorra*, spleen letárgico; pero á esto hay que añadir indudablemente como elemento destructor, el impetuoso y terrible celo por la conversión, mezcla de orgullo y crueldad más que de fe y amor fraternal que distinguía en aquellos siglos á los españoles, desde el rey, hasta el último guardador de cerdos de Extremadura. Obligar á un moro á hacer la señal de la cruz era obra de alta religiosidad: matarlo si se empeñaba en mantenerse fiel al Profeta era otro acto no menos meritorio.

Actualmente solo queda del pueblo guanche lo que dejó en las Canarias; monumentos bárbaros, *pedras escritas* y momias en las cavernas, pues lo mismo que los egipcios, estos indígenas embalsamaban á sus muertos. Todavía se encuentra en las Canarias alguno que otro negro, último descendiente de los esclavos que fueron importados al archipiélago en otros siglos para cultivar la caña de azúcar.

El número de isleños (pues éste es el nombre que se da corrientemente á los habitantes de las Canarias), aumenta con cierta lentitud en el archipiélago á causa de la continua emigración á las Antillas, Méjico y Venezuela, y á las Filipinas, antes que España perdiera estas islas oceánicas. Los canarios son magníficos colonos, laboriosos y fuertes allí donde se establecen, pues el sol de su país, igual al del Sahara, que apenas si modera un tanto la brisa del mar, los ha cocido y puesto á punto para vivirsin peligro en los países más cálidos del mundo. Existen en América muchos pueblos que llamamos latinos y más especialmente españoles y en realidad son de origen africano, pues están formados por estos isleños que si tienen sangre andaluza, también tienen una gran parte de sangre berebere.

En realidad, no existe en la tierra ninguna raza que se mantenga pura y definida, sin moverse y mezclarse. Todas las razas están en perpetua construcción, descansan sobre cimien-

tos formados al azar, y se replantean día por día, á la ventura, sin preocuparse de la belleza, de la gloria, ni de la duración de la humanidad.

Las dos ciudades importantes de las Canarias son Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas, hermosas poblaciones que viven en perpetua rivalidad, disputándose el rango de única capital y centro de vida del archipiélago.

Islas del golfo de Guinea y del Atlántico.

I

Fernando Pó.

Siguiéndose unas á otras del Nordeste al Sudoeste, no lejos del Ecuador, en el golfo de Guinea, están Fernando Pó, la isla del Príncipe. Sao Thomé y Annobom.

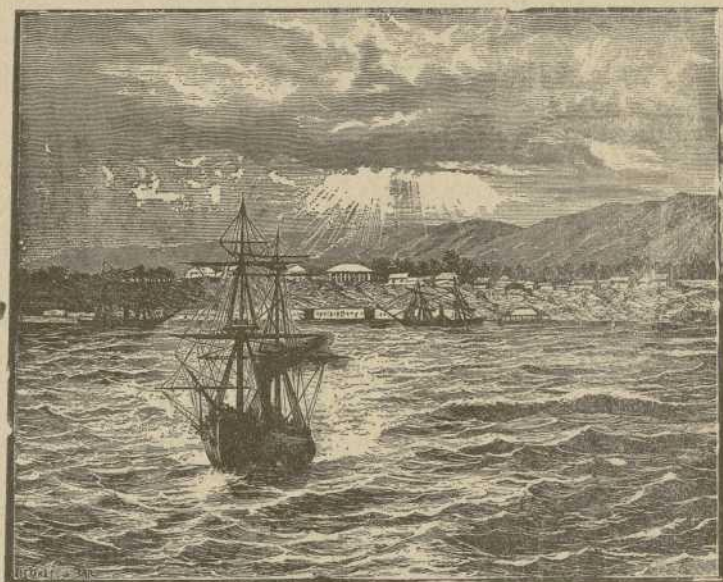
Fernando Pó, se llama así en la lengua de los españoles, que son sus dueños, pero su verdadero nombre es el del navegante portugués, que hizo su descubrimiento Fernao do Pó.

Muy abundante en bahías y fondeaderos, opulenta en arroz, y de suelo muy fecundo, la volcánica Fernando Pó no tiene más inconveniente que el de su clima tórrido, mortal para los europeos. Los militares españoles que la guarnecen, tienen que volver á la Península ó á Canarias, pasado cierto número de meses, y aun así, son muchos los que mueren. Cuando Fernando Pó era de los portugueses, jamás pudieron crear una colonia durable. España ha hecho más, explotando una parte del terreno con plantaciones de café, y especialmente de cacao, que en esta isla es de calidad superior; pero los colonos, tienen que luchar, á causa de la pereza del negro, con la falta del brazos, y han sido fatales todos los ensayos de aclimatación de labriegos españoles, pues han muerto exterminados por el sol. Los cultivos mejores de la isla son obra de cubanos, que durante el primer movimiento insurreccional de Cuba fueron deportados por el gobierno español á Fernando Pó.

Inglaterra desea ardientemente esta isla que domina admirablemente todo el golfo de Guinea, las bocas del Níger y la costa del Kameroun ó Camarones, propiedad hoy de Alemania, su rival.

Un alto pico domina la isla, el pico de Santa Isabel, de 3.627

metros de altura, negro hasta la cúspide, por sus frondosos bosques. Este pico, llamado también de Clarence, irguiéndose en el espacio sobre la inmensidad de las olas, sin montes avanzados que cubran su base y disminuyan su altura, es un titán que mira frente á frente á su rival continental, el pico de Camarones.



Fernando Pó. Bahía de Santa Isabel.

Los indígenas de Fernando Pó, llamados bubis, son unos hombres de estatura mediana, cobrizos más bien que negros, que escuchan los sermones de los misioneros, y hacen esfuerzos por comprender los misterios de la religión. Se calcula su número en 25.000, sobre las 200.000 hectáreas que tiene la isla. Los demás habitantes de Fernando Pó son soldados y marinos bajo las órdenes de un gobernador militar, que reside en Santa Isabel, única ciudad. Esta isla ha tenido varias veces un triste aumento de población blanca. Bajo el reinado de Isabel II, se enviaron á ella, como deportados, á algunos políticos de la península que llegaban á este clima como á un lugar de muerte. También fueron deportados á ella muchos cubanos que soportaron su temperatura mucho mejor.

II

Isla del Príncipe.

La Ilha do Principe, tierra portuguesa, como su verdadero nombre lo indica, sólo tiene 15.000 hectáreas, con una población de 3.000 hombres negros, mulatos y algunos blancos. Grandes bosques la libran del sol, y un sinnúmero de riachuelos corren sobre los basaltos y las lavas.

Un monte muy alto, el Pico del Papagayo, domina toda la isla.

III

Santo Tomás.

Sao Thomé, situada á 145 kilómetros de la isla del Príncipe y á 268 de la costa africana, toca casi la línea del Ecuador que pasa sobre Rolas, su islote anexo.

Portuguesa, como la isla del Principe, volcánica y con una cumbre de 2.000 metros, tiene montañas de espesa vegetación que envían al mar numerosos riachuelos. Este país de 92.000 hectáreas lanza en el Atlántico más de cien torrentes que saltan sobre las antiguas lavas. Viven en ella unos 1.200 blancos, con la vida en perpétuo peligro bajo su clima tropical, hasta que se atemperan, y al lado de ellos 17.000 negros y mulatos, hablando un portugués que sería ininteligible en Lisboa.

Santo Tomás fué más floreciente en otros tiempos. En el siglo xvi vivían en él muchísimos portugueses, plantadores de caña de azúcar; pero cuando comenzó á colonizarse el Brasil difundiéndose la fama de su fecundidad, todos pasaron el mar con sus manadas de esclavos y se hicieron brasileños. Lo mismo ocurrió en la del Principe.

La capital de la isla, llamada Santa Ana de Chaves, pero más comunmente Sao Thome, sirve de residencia al gobernador portugués de las dos islas. Santo Tomás y el Principe.

IV

Annobón.—Corisco y las dos Elobey.

Esta isla, por ser española, le dan sus actuales poseedores el título de Anobón, que nada significa. Su verdadero nombre es Annobón (Año Bueno), que le dieron sus descubridores portugueses. 190 kilómetros la separan de Santo Tomás.

Descubierta por los lusitanos el 1.º de Enero de 1471, se convirtió después en española, sin provecho alguno para España, que realmente no sabe qué hacer de esta pequeña isla de 1.700 hectáreas, con un cono de basalto y en la que solo hay un riachuelo.

Cuando la descubrieron los portugueses estaba completamente desierta. Después, en el siglo xvi, se llevaron á ella esclavos y así se creó una población muy mezclada, de individuos de tez oscura, casi salvaje, católica de fe, y hablando una lengua rara, que tiene más de portugués que de español, una jerga infantil de negros.

10000 Junto á la costa de Africa, en el estuario de Gabón y vecinas á la desembocadura del río Muni, hay otras islas españolas. Estas son: Corisco, llamada antes «Isla del rayo» por las tempestades que sufrieron en ella sus descubridores portugueses, y Elobey Grande y Elobey Chico.

Corisco tiene una superficie de 14 kilómetros cuadrados y no hay en ella más que indígenas dirigidos por algunos misioneros europeos. Elobey Grande, situada al Nordeste de Corisco, en el fondo de la bahía, sólo esta poblada por indígenas, y en Elobey Chico, isla de un kilómetro, situada enfrente de la desembocadura del Muni, es donde están los negociantes europeos, pues la profundidad de su costa, limpia de escollos, permite el embarque de las mercancías.

A pesar de que sobre estas islas ondea la bandera española, los comerciantes son holandeses y no hay otros representantes de España que los militares y frailes que también ocupan, frente á estas islas, en la ribera del continente, el nuevo dominio español de Río Muni, con sus dos factorías, improductivas hasta el presente, de Bata y cabo de San Juan.

V

Isla de la Ascensión.

Surgiendo de un mar donde se pescan las tortugas más colosales, pues algunas llegan á pesar 500 kilogramos, la Ascensión, es una isla inglesa muy alejada de toda tierra, pues está en las soledades del Atlántico, á una distancia igual entre Africa y América. Ascensión se halla á 1.560 kilómetros del cabo de las Palmas, en Guinea, y á 2.335 kilómetros del cabo de San Roque, en el Brasil.

Situada hacia el grado 8 de latitud Sur, levanta en el espa-

cio picos, conos, y cráteres extinguidos, á los cuales domina el Monte Verde, de 865 metros. A pesar del nombre de esta cumbre suprema, la verdura falta por completo en la Ascensión, isla rocosa, rojiza y negruzca, de suelo infecundo. Sobre sus 8.800 hectáreas, sólo viven escasamente unas 150 personas.

VI

Santa Elena.

5.300 personas, de las cuales la mitad son de raza negra, viven sobre esta isla de basalto, calva de vegetación, contemplando el mar inmenso al pie del Pico de Diana (875 metros), que domina el valle de Longwood, donde murió Napoleón.

Situada á 1.300 kilómetros de toda tierra, sus habitantes, indígenas ó soldados ingleses, son verdaderos prisioneros de las olas y aguardan con ansiedad la llegada de algún barco que les traiga noticias del mundo. Ahora, cada vez, son más escasos los buques en Santa Elena, desde que la apertura del istmo de Suez les permite ir hacia el Oriente de Asia ó de Africa sin pasar por el mar Occidental y doblar el cabo de Buena Esperanza.

Las corrientes frías que vienen del Polo Sur, dan á Santa Elena un clima menos cálido del que le corresponde por su latitud, y la temperatura media de esta isla, situada entre los trópicos, en el grado 16, se diferencia apenas de la de Lisboa, que está en el 39.

Descubierta Santa Elena por los portugueses, se apoderaron de ella los ingleses, los cuales han hecho de este peñón de 12.300 hectáreas, que surge de aguas muy profundas, un nuevo Gibraltar, erizado de baterías.

La prisión de Napoleón en esta pequeña isla apartada, la hizo célebre en el mundo, y contribuyó á que el gobierno inglés tomara toda clase de precauciones, convirtiéndola en una fortaleza. Al transcurrir el tiempo no ha perdido su carácter de cárcel aislada en las soledades del Atlántico. A raíz de la reciente guerra entre la Gran Bretaña y las repúblicas del Transvaal y Orange, miles de prisioneros boers fueron confinados en Santa Elena, donde muchos perecieron de miseria.

La capital de Santa Elena y única ciudad de la isla es Jamestown.

VII

Tristán de Acuña.

Esta es otra isla que descubrieron los portugueses y que hoy es propiedad de Inglaterra.

Situada en un mar muy profundo, pues tiene miles de metros, se eleva cerca del grado 40 de latitud Sur, en la soledad del Atlántico, más cerca del Cabo de Buena Esperanza, que de ninguna otra tierra.

Las nubes cortan en varias zonas su cumbre suprema, un volcán muerto que tiene 2.500 metros de altura.

Pocas personas respiran su aire perfectamente salubre. Sobre su superficie de 11.600 hectáreas apenas si viven unas 100 personas, de orígenes diversos y de lengua inglesa, que llevan en esta soledad una existencia casi igual á la de Robinsón.

MADAGASCAR Y SUS SATÉLITES

I

Madagascar.—Las dos naturalezas de este país.

En el Océano Indico, diversas islas inglesas, francesas ó independientes, gravitan como satélites ínfimos en torno de la enorme Madagascar, que desde hace algunos años es colonia de Francia.

Dos islas, en todo el mundo, son únicamente más grandes que Madagascar y las dos están en la Megalonesia: Nueva-Guinea y Borneo.

Madagascar es la tercera isla del mundo por su extensión. El canal de Mozambique, de una anchura de 3.540 kilómetros, la separa de Africa: 59 millones de hectáreas forman su territorio que equivale al de Francia, Bélgica y Holanda reunidas. Madagascar es por sus montañas como un puesto avanzado de la poderosa acrópolis del continente negro.

Su longitud es de 1.600 kilómetros, ó sea una distancia como de París al Sahara, y su anchura varía entre 300 y 450 metros. Excepto su extremo Sur, que se sale del trópico, todo el resto de la isla pertenece á la región intertropical.

Visto desde lo alto puede afirmarse que su país tiene dos naturalezas. Al Oeste y al Sur, á partir del grado 23, llanuras

inferiores á 150 metros, landas y estepas; al Este, al Norte y al Centro, montes y mesetas de una altura de 1.000 á 1.500 metros. La montaña cubre tres quintas partes del país y la llanura dos quintas partes.

También puede dividirse la isla como la dividen sus ríos, en



Un Viajero europeo en Madagascar. (Dibujo de Sataal).

dos vertientes; la del Oeste, raramente visitada por los vientos húmedos, más seca, menos ondulada, menos fecunda á pesar de sus valles más anchos, sus llanuras más extensas y sus ríos más amplios; y la del Este más rápida y estrecha, extraordinariamente mojada por las lluvias del Océano Indico. En esta vertiente de la isla viven en frondosos bosques los animales que valieron á Madagascar su antiguo nombre de Nosidambo «Tierra de los jabalíes», nombre que ha abandonado para ser llamada Madagascar aun entre los indígenas malgaches, como la llamamos los europeos.

II

Montes y ríos.—Lagunas y pantanos.—Haro y Tazo.

El principal macizo de la isla, formado de volcanes frios, ha sido llamado desde hace siglos Cordillera de los Hovas por

el pueblo belicoso que habita sus vertientes y que en diversas épocas á intentado apoderarse de todo Madagascar.

Entre estas cumbres muy pocas son las que pasan de una altura de 2.000 metros. La más alta se alza cerca de Tananarive, capital de la isla. Es el pico que según la frase del país «las nubes no pueden nunca escalar». En la lengua malgache, de extraña sonoridad, se le llama el Tsiafairona y tiene 2.632 metros sobre un pedestal de 1.200 metros. El Tsiafairona cede, sin embargo, en majestad á uno de sus humildes satélites, el Amber, que no tiene más que 1.800 metros, pero que separado de la masa montañosa al Noroeste, se ve desde el mar en gallardo aislamiento.

Ninguna de estas cimas, remontándose en un cielo tropical, llega á cubrirse de nieve todo el año, pero de ellas descende mucha agua á causa de las lluvias que equivalen á diluvios, é impetuosos torrentes corren hacia la costa por cauces profundos, dando enormes saltos. La cascada de Matitanana, por ejemplo, cae desde una altura de 180 metros. En el momento de llegar al mar casi todos los ríos se bifurcan al encontrarse con cordones arenosos, especialmente en la ribera oriental de la isla. No encontrando salida franca, las aguas refluyen formando pântanos que se pueblan de cocodrilos. El litoral se parece en esto al de Guinea y cada río cerrado en su embocadura, se extiende en grandes lagunas, algunas de las cuales se las bebe la tierra. Sólo con algunos pequeños cortes se podría hacer paralelamente á la costa y cerca de ella, un canal navegable de agua dulce de más de 400 kilómetros de extensión.

Este cinturón de lagunas ha sido uno de los grandes medios de defensa de Madagascar y el que la ha asegurado su independencia durante siglos. Estas charcas inmensas envenenan el aire y sus fiebres han expulsado de la isla á todos los conquistadores. Durante dos siglos intentaron en vano los franceses apoderarse de Madagascar, teniendo que retirarse. Hace pocos años, al conquistar definitivamente Francia esta enorme isla, logró su propósito á costa de gradísimas pérdidas. Ninguna de sus guerras coloniales le ha costado tantas vidas. Más de 20.000 soldados franceses perecieron en el camino desde la costa á Tananarive. El número de bajas en los combates con los Hovas, fué casi insignificante. La fiebre exterminó regimientos enteros.

Detrás de las lagunas empiezan los bosques. En una extensión de 3.700 kilómetros, las selvas forman un cinturón en tor-

no de Madagascar y bajo sus espesuras salvajes, se incuban y concentran los miasmas mortales. El sitio más insalubre de esta región peligrosa son los bosques que rodean la bahía de Antongil. Más allá de las selvas viene la región de las altas colinas y los montes, país sin depósitos de aguas pútridas, descubierto, oxigenado, con vientos libres, con fresco y hasta frío, según la altitud.

El más grande de los lagos de Madagascar, el Alaotra, brilla en la vertiente oriental, en la cuenca de un río que se vierte en el mar, casi enfrente de la isla de Santa María. El más largo de los ríos es el Betriboka que recibe como afluente al Ikopa. Los dos proceden de la meseta de Linevina, centro y baluarte de Madagascar, y desembocan en la bahía de Majounga ó Bombetok, que es espléndida como lo son otras en la parte septentrional de la isla. Las bahías de Mazamba, Varinda, Passandaba, Antongil y de Diego Suarez, pueden dar abrigo cómodamente á todos los barcos del mundo reunidos.

Siendo al mismo tiempo Madagascar llanura baja, llanura alta y montes, y estando bajo el Trópico, goza la preciosa fortuna de la variedad y superposición de climas. Su tierra se presta al cultivo de todas las plantas del globo; tiene su flora y su fauna propias, y más de un centenar de especies animales sólo se encuentran en su territorio. Aunque casi pegada al Africa, pues nada son 350 kilómetros de mar entre el gran continente y la gran isla, ésta mantiene animales completamente desconocidos en la tierra firme y que hacen creer que es el resto de un mundo desaparecido hace muchos siglos bajo el mar de las Indias. El teuree, animal erizado de dardos, el ayeaye que busca por la noche los insectos en las cortezas de los árboles y el makis, mono extraño de lengua cola con lanas abundantes, sólo habitan este país malgache. Además estaba el epiornis, pájaro gigante, desaparecido desde hace algún tiempo. En cambio los grandes animales del continente africano, tanto los soberbios como los repugnantes, el león, el leopardo, la girafa, el hipopótamo, el rinoceronte y el elefante, jamás han abordado á la isla. Sólo el cocodrilo, abundante en las lagunas, recuerda á la vecina Africa. No existen tampoco serpientes venenosas, y sólo abundan las arañas velludas,

En Madagascar crece la salubridad conforme se asciende en el interior, de colina en colina.

Un rey de los Hovas, al ver que los franceses intentaban en otros tiempos apoderarse de la isla, dijo con arrogancia:—

«Desafío á los blancos á que vengan. Yo cuento con dos generales invencibles; Taro y Haro».

Taro, en el lenguaje del país, es la fiebre; y Haro, la selva. Pero si la muerte se engendra en las lagunas día y noche, en los meses cálidos y los meses tibios, y si la costa oriental es un cementerio de europeos, las mesetas de Imerina son sanas y de la misma temperatura que el Mediodía de Francia. Este territorio es el que mantiene ahora la vida de los conquistadores franceses.

El pueblo de los Hovas, amo de la isla antes de la conquista francesa, tuvo que descender á las llanuras bajas al hacerse dueño de todo Madagascar. Debilitados y diezmados por el veneno de las lagunas, tenían que remontar los torrentes, y la frescura de los montes les devolvía el valor para combatir y la fuerza para vencer á los malgaches. Cuando las fiebres del litoral debilitaban á las guarniciones de la llanura, los soldados volvían á las mesetas saludables, buscando el aire regenerador de las alturas, cerca de las claras aguas de las fuentes.

Un régimen de vida semejante, siguen ahora las guarniciones francesas.

III

Los Malgaches.—Los ovas.—La meseta de Imerina.

Veinte naciones diferentes viven en Madagascar, usando todas la misma lengua, de origen malayo, con palabras sonoras, amplias y armoniosas. No por esto son los pueblos de origen malayo, pues tienen diversos cruzamientos con africanos diversos, árabes, gentes de la India y hasta chinos.

Se calcula la población de Madagascar, en unos 5 millones.

Los Sakalaves viven al Oeste y ven desde su costa la isla, también francesa, de Nossi-Bé. Según los que los conocen, son gentes perezosas y aturcidas y prefieren el pastoreo al cultivo de la tierra. Procedentes de cruzamientos de indios del Malabar y negros de Africa, se consideran de otra raza que los Hovas, que son de pura sangre malaya. Abominan de éstos y les apodan «perros.» Los Betsimisarakas que ocupan la vertiente sobre el mar de las Indias contemplan desde su costa la isla francesa de Santa María. Estos, al contrario de los sakalavas aman el cultivo de los campos. Los Betanimenes, parientes de los Hovas, se han puesto siempre del lado de los extranjeros en todos los intentos de conquista de Madagascar, pues ocupan la ribera, en la que desembarcaron los franceses.

Los Hovas, cuyo verdadero nombre es el de Antaimerininas ó «gentes de la Imerina», viven en el centro de la isla, sobre la gran meseta cuyo nombre llevan.

La Imerina ó Emirna, habitada por más de un millón de hombres, es un país de granitos desnudos, arcillas rojas, landas y rudas breñas, con arrozales en todas las llanuras y valles, allí donde se puede aprovechar una corriente de agua: y gracias á la altitud de los montes, el agua abunda por todas partes. Es una tierra algo severa y muchas veces dura, desierta y desolada en algunos parajes, pero aun así nutre á un pueblo numeroso que su clima regenera.

Los Hovas, que indudablemente son el último pueblo que llegó á la isla, pertenecen á la raza, ó mejor dicho al encuentro de razas que llamamos malaya. Más pequeños y más débiles, en apariencia, que los otros malgaches, pero más fecundos, inteligentes, tenaces y astutos, habían ya conquistado á casi todos los insulares antes de la ocupación francesa, saqueando y arruinando casi todo Madagascar. La intervención francesa primeramente, en 1885, y después la guerra y la conquista, han dado fin á las empresas de los Hovas, sometidos á Francia como los demás insulares.

De esta conquista, la víctima más simpática es la ex-reina Ranavaloa, que pasó su juventud en el trono de Madagascar, teniendo que sufrir las intrigas de sus cortesanos Hovas y las exigencias de Francia, y hoy, destronada, vive en el destierro, lejos de su país natal, en la ciudad de Argel, como pensionista de la República. Todo el sistema, casi feudal de la monarquía de Madagascar, sus diez y seis cortes, etc., todo ha desaparecido, y hoy la isla es una gran colonia sometida á cierto régimen militar, como ocurre en los territorios de conquista reciente, y empieza á designársela con el título de «Francia Oriental.» El general Gallieni, uno de los conquistadores de la isla, es el que más se ha ocupado en su colonización y saneamiento.

La antigua capital de los Hovas, Tananarive, tiene unos 100.000 habitantes; pero no encierra ningún edificio notable, componiéndose en su mayor parte de casas con techos de paja. Está á 1.460 metros sobre el nivel del mar, en la vasta llanura de Betzimitatra, que fué lago, después laguna y ahora un inmenso arrozal.

IV

Santa María de Madagascar y Nossi-Bé.

Dos islas del litoral de Madagascar, las dos muy pequeñas, Santa María de Madagascar y Nossi-Bé, son colonias francesas; esta última desde hace sesenta y seis años y la primera desde siglos. Santa María está frente á la costa oriental de Madagascar, separada de ésta por las aguas del estrecho de Tintingue. Es una triste colonia sin colonos, pues sólo la habitan unos 90 ó 100 blancos, debilitados por la fiebre, en medio de 7.000 negros, que fueron arrojados de Madagascar por los Hovas. Su territorio es de 17.500 hectáreas, llanuras bajas, lagunas, bosques, colinas de unos 60 metros de altura, y en torno de la isla un cinturón de bancos de coral. El grado 17 corta esta isla, que tiene 50 kilómetros de largo, y 5 solamente de ancho.

Nossi-Bé, que en idioma sakalave significa «Isla grande», es francesa desde 1840, pero de nombre más que de hecho, pues en sus 29.300 hectáreas, no hay más que unos 250 franceses, y éstos, criollos en su mayoría, procedentes de las islas cercanas de Mauricio ó de Borbón. Los otros pobladores son 9.300 negros del continente, ó gentes de la India y de las islas Comores.

Esta isla, grande, se eleva bajo el grado 13, muy cerca de Madagascar, en la entrada de la soberbia bahía de Pasandava, que posee ésta en su costa occidental. Nossi-Bé tiene pequeños montes de 500 á 600 metros de altura, volcanes apagados y en sus cráteres, pequeños lagos en los que nadan los cocodrilos.

Á pesar de estas alturas, la isla es una incubadora de fiebres, por las lagunas pestíferas de sus riberas y por lo tropical de su clima, tempestuoso y lluvioso. Su capital, Hellville, recibe más de tres metros de agua por año. El calor normal es tan grande, que los indígenas hablan de frío cuando, muy de tarde en tarde, el termómetro marca 18 sobre cero.

Los bosques de Nossi-Bé han desaparecido casi por completo.

V

Isla Mayotte.

A 200 kilómetros al Oeste de Nossi-Bé, posee Francia, desde el año 1843, la isla de Mayotte, costa cortada, que tiene cierta semejanza, por su configuración, con la Martinica.

Mayotte, situada en el canal de Mozambique, entre los gra-

dos 12 y 13, tiene sobre sus 35.000 hectáreas una población de 9.200 habitantes, de los cuales sólo unos 200 son blancos de Europa, ó criollos venidos de las islas de Mauricio y Borbón. Estos hacen trabajar á los negros los campos de caña de azúcar, que crecen al pié de las colinas rojas. Tales negros, ó más bien cobrizos, son producto de innumerables cruzamientos entre africanos, malayos, árabes, gentes de las Comores, de Madagascar y de Zanzívar, y hasta de la India, y se encuentran á su gusto en un clima caluroso y asfixiante, que no pueden resistir los europeos. La selva, por efecto de este calor y de las lluvias abundantes, es espesísima, y los torrentes forman grandes encharcamientos en el litoral, donde pupulan los cocodrilos.

Mayotte tiene una cumbre de 660 metros, y al pie de ella está la aldea de Dzaondri, que sirve de capital á la isla.

VI

Archipiélago de Comores.

Mayotte es una avanzada sudoriental de las Comores, archipiélago que está igualmente distante de Madagascar y de la costa de Africa; pero no tiene ni una fauna ni una flora iguales á las de la gran isla malgache y á las del continente negro.

Las tres islas Comores, que son posesiones francesas, se llaman Angaria, Nzouani y Mohila. Su población consiste en negros de diversa intensidad de color y en malayos cruzados de árabe que, al convertirse en musulmanes, hablan el árabe con no mucha pureza.

Angoria, á la que los franceses llaman Gran Comore, está á 310 kilómetros del cabo Delgado.

En sus 110.000 hectáreas viven 32.000 personas, y esto la coloca en primer rango, pues juntas las tres Comores y Mayotte, no tienen más que 206.700 hectáreas, con 60 000 habitantes. La Gran Comore es volcánica, con un pico de 2.598 metros y un suelo poroso, que se bebe toda el agua del cielo. Por esto carece de torrentes y fuentes, y sus habitantes no tienen más agua que la recogida en las cisternas.

En la hermosa isla Nzouani, llamada Aujonan por los franceses, que tiene 37.300 hectáreas, con 12.000 habitantes, los bosques forman tropicales espesuras en torno del Tinguidyon, volcán muerto de 1.573 metros de altura.

Mohila, que es un volcán apagado, como las otras dos islas,

no tiene más que 580 metros de altura. Viven en ella unos 6.000 negros, sobre 23.100 hectáreas.

VII

Isla Borbón

Oficialmente se la llama isla de la Reunión, pues la República Francesa ha borrado el nombre que la dió por la antigua monarquía, pero hay que reconocer que esta nueva designación no tiene ningún significado natural ni histórico,

Surge sobre las olas á 600 kilómetros de la costa oriental de Madagascar, y es el centro de la colonización francesa que por fin ha conquistado la gran isla de Madagascar. 150 kilómetros la separan únicamente de su isla «gemela,» la isla Mauricio y los habitantes de las dos hablan la misma lengua, aunque pertenecen á diversa nacionalidad. Una y otra eran designadas antes bajo la denominación común, ya caída en desuso, de islas Mascarenhas, por el nombre de su descubridor portugués Mascarenhas.

Situada en el grado 21, la isla de Borbón es una alta roca en medio de un mar inenso, conmovido muchas veces por ciclones; un gran bloque tallado verticalmente, sin bahías, sin puertos, teniendo apenas 197.000 hectáreas, con 207.000 metros de costa. Pero esta isla pequeña tiene grandes bellezas naturales; un volcán muerto de 3.069 metros de altura, el Pitón de las Nieves, otro volcán que humea todavía, el Pitón del Horno, torrentes que caen espumeando entre lavas y basaltos, cascadas que esparcen finísima lluvia, bosques tropicales, fuentes de agua saludable, un clima muy dulce y una raza de criollos fuertes, ágiles, entusiastas, prolíficos, efusivos, que viven acariciados por las brisas del mar, bajo frondosas y perfumadas arboledas.

Estos criollos, que son todos franceses, tienen á su lado una pequeña población de mulatos y muchos negros de raza pura ó mezclada. A esto hay que añadir muchos inmigrantes de Asia y Africa, que llegan para trabajar en el cultivo de las plantaciones de café y azúcar. El negro, desde que se suprimió la esclavitud, y ya no teme al látigo, trabaja menos, ó no trabaja, entregándose á las delicias de la pereza y mostrando sus dientes blancos, con su eterna sonrisa de niño grande. Los inmigrantes colís de la India, chinos, malgaches y africanos, son unos 44.000, en la masa de población de 171.000 borboneses que

tiene la isla. Los criollos son unos 25.000, y todo el resto negros.

El clima es cálido, pero al mismo tiempo saludable, fluctuando entre 12 y 36 grados, con una temperatura media de 24. Esto hace que los blancos acudan en gran número y se multipliquen en este clima, favorable para ellos. Desgraciadamente, muchos de los europeos llevan con ellos enfermedades contagiosas, que han causado en diferentes ocasiones grandes daños á la población de la isla.

Una villa de 22.000 habitantes, Saint-Denis, situada al borde del mar, es la capital de esta isla hermosa, en la que el autor de *Pablo y Virginia* hizo desarrollarse las tiernas escenas de su novela.

VIII

Isla Mauricio.

Se llamaba antes «Isla de Francia», cuando pertenecía á los franceses; pero Inglaterra se apoderó de ella por el derecho del más fuerte sobre el mar, y hoy se la designa con su primitivo nombre holandés.

Muy hermosa y fértil, no tiene sin embargo, las costas imponentes de la isla Borbón, ni su tamaño, pues no llega á poseer 192.000 hectáreas, y de su suelo volcánico, no se eleva ningún pico que llegue á mil metros. El Pitón del Río Negro, que es su cumbre, suprema sólo tiene 960.

En cambio vive en ella un verdadero hormiguero humano, pues mantiene 372.000 hombres ó sea 195 por kilómetro cuadrado, proporción en que le igualan muy contadas naciones de Europa.

Los habitantes de Mauricio son criollos, franceses de origen y franceses de lengua, y junto á ellos viven algunos ingleses, muchos mulatos, y un gran número de negros y de inmigrantes chinos y africanos que reemplazan á los antiguos esclavos en las plantaciones.

Roturando los montes y reemplazando los esplendores de la selva virgen por vulgares campos de caña de azúcar, la isla Mauricio ha perdido muchos bienes estimables, el clima igual, la lluvia suficiente y la salubridad. Sus ríos, convertidos en torrentes excesivos, a llan más y riegan menos: su aire, que

ya no purifica el árbol, transporta la fiebre; su sol quema, en vez de calentar solamente, y la podredumbre y las epidemias terribles, se incuban en la fauna de sus poblaciones, donde se amontonan los «enganchados», que trabajan los campos. Sana en otros tiempos como la isla Borbón, hoy es una de las islas más insalubres. Ante esta degradación de su patria y la invasión cada vez más creciente de los «malabares», los criollos de Mauricio, emigran, especialmente á Portt-Natal, ó á las diversas colonias anglo-holandesas del Cabo, á las Seychelles, á Saigón, á Nueva Caledonia y recientemente á Madagascar, que recibe todos los años un gran contingente de mauriseños.

Los blancos son 20.000, en la isla de Mauricio, junto á unos 130.000 mulatos y negros, y unos 200.000 «enganchados» procedentes de la India.

Port-Luis, la capital, que tiene 65.000 habitantes, ocupa el borde de uno de los puertos naturales, que tanto abundan en la isla de Mauricio. Por esto se apoderó de ella Inglaterra con preferencia á la Borbón, que sólo tiene un puerto. La ciudad está en decadencia lo mismo que toda la isla.

IX

Diego Rodríguez.—Almirantas.—Seychelles.

La isla Mauricio tiene tres dependencias anejos: la isla de Diego Rodríguez, situada como aquélla, cerca del grado 20, y las islas Almirantes y las Seychelles, colocadas más al Norte, hacia el grado 5.

Diego Rodríguez (del nombre de su descubridor, español), es un islote de granito que mide 11.000 hectáreas y tiene unos 1.900 habitantes. La separan 600 kilómetros de la isla Mauricio y pertenece á los ingleses.

Las Almirantas son pequeñas islas graníticas, islotes, rocas, bancos de arena y escollos de coral. Estas dos agrupaciones de esporadas, antes francesas y hoy inglesas están más cerca de Madagascar que de la isla Mauricio. La más grande de todas estas islas, Mabé, está á 1.200 kilómetros de Madagascar y á 1.800 de Mauricio.

Las doce Almirantas, más cerca aún de la gran isla malgache que de las Sychelles, son aglomeraciones de bancos de coral casi desiertas. Su primitivo nombre portugués *Ilhas do Almirante*, conserva el recuerdo del almirante que las descubrió,

el intrépido Vasco de Gam. A penas si 100 hombres viven ne sus 8.500 hectáreas.

Entre las islas Sychelles, domina la Mahé, que tiene un volcán de 1.920 metros. La de Praslin, más pequeña que la de Mahé, es más grande que la isla Curiosa donde existe un hospital de leprosos.

Sobre estas tres islas mayores y sobre otras más pequeñas que suman en total una extensión de 26.400 hectáreas, unos 16.000 hombres se «sienten vivir» sin hacer gran cosa, rodeados de una naturaleza buena y pródiga, en un hermoso clima sin tempestades. Los criollos, los negros, los mulatos y los enganchados de la India, hablan aquí el mismo francés meloso de los criollos de Borbón y Mauricio.

La capitalidad del archipiélago de las Sychelles pertenece á la isla de Mahé y está en la ciudad de Port-Victoria, situada junto á una hermosa bahía al pie del Monte Roje, que tiene 450 metros de altura.

X

Isla Socotora.

Socotra ó Socotora, es tan asiática como africana. Esta isla de 358.000 hectáreas, cierra de lejos la entrada del golfo de Aden ó sea del mar Rojo, á 250 kilómetros del cabo Guardafuí y á menos de 400 de la costa de Hadramaont (Arabia meridional).

Montes de granito que llegan á 1.650 metros, valles y colinas de calcárea y una ribera bordeada de bancos de coral, constituyen Socotora, que indudablemente formó parte en otros tiempos del continente africano y que el mar demoledor ha separado de las sierras y mesetas que terminan en la punta de Guardafuí.

Socotora es estéril, con la naturaleza seca y las plantas aromáticas de los climas serenos.

Viven en ella, apesar de su esterilidad, unas 12.000 pesonas. árabes ó mestizos de árabe y africano, buenos musulmanes que habian el idioma del «libro». Su única población importante, es Tamarida, que tiene más de campamento que de ciudad.

FIN DEL AFRICA

ÍNDICE

Páginas.

Africa.

I.—Nombre.—Situación.—Extensión.....	5
II.—Estructura maciza.—Gran altitud.....	7
III.—Berbería ó Africa Menor.....	8
IV.—Sahara.....	10
V.—Egipto.—Sudán.....	11
VI.—Gran meseta.....	12
VII.—Negros y mulatos.—La trata de negros.....	14
VIII.—Razas.....	17
IX.—Influencia de Africa en la civilización.....	20

Egipto.

I.—Antiguo y moderno Egipto.....	23
II.—Egipto propiamente dicho.—El Nilo, sus lagos, su delta y sus crecidas.....	24
III.—Clima.....	34
IV.—Los egipcios.—Mezclas infinitas árabes.—Coptos.—Extranjeros.....	35
V.—Ciudades antiguas y modernas.—Ruinas.....	37
VI.—El canal de Suez.—Port-Said.—Ismailia, etc.....	62
VII.—Situación política de Egipto.....	69

Países dependientes del Nilo.

NUBIA.

I.—El país.....	72
II.—Los habitantes.....	74
III.—Poblaciones de Nubia.....	81

SUDÁN EGIPCIO Ú ORIENTAL.

I.—El país.....	83
II.—Poblaciones del Sudán.....	86

KORDOFÁN.

I.—El país.....	89
II.—Las poblaciones.....	90

DARFUR.

I.—El país.....	96
II.—Poblaciones del Darfur.....	99

REGIÓN DE LOS GRANDES LAGOS.

I.—El país	100
II.—Costumbres de las tribus.—Reino de Uganda.....	102
III.—Poblaciones de Uganda.....	114
IV.—Reinos de Kavirondo y de Uñoro.....	116

PAÍS DE LOS RÍOS.

I.—El país.—La trata de esclavos.	120
II.—Costumbres de las tribus.....	122

Abisinia ó Etiopía.

I.—Montes y volcanes extinguidos.....	135
II.—Lago Tana.—Abai ó Nilo Azul.—Takazzé—Atbara.	137
III.—Kollas, Boina, Dégas, Simen, Samhar.....	139
IV.—Los abisinios, sus lenguas, su cristianismo.....	140
V.—Agricultura.—Industria.—Arte.—Religión.—Orga- nización.—Política.....	144
VI.—Poblaciones	148
VII.—País de los Gallas	149
VIII.—Abok, Assab, Massoua.—Posesiones europeas.....	152

Tripolitania.

I.—«Tarabulus-el-Gharb» ó Tripolitania.....	155
II.—Barka ó Cirenaica	156
III.—Tripoli	158
IV.—Fezzán, Tibesti ó Tou	162
V.—Ghadamés, Aoudjila, Coufra	164

Berbería.

I.—El Mogreb ú Occidente.—País uno é indivisible....	165
II.—Bereberes y árabes.....	167
III.—España, Portugal y Francia en Africa.—La revancha de Quebec.....	168

Túnez ó Tunicia.

I.—El país	172
II.—Extensión y población.....	174
III.—Habitantes de la Tunicia y costumbres.....	178
IV.—Ciudades y villas	183
V.—Gobierno de Túnez.....	194

Argelia.

I.—Argel y Europa.....	196
------------------------	-----

II.—Montes y ríos.....	197
III.—El país y sus habitantes.....	200
IV.—Ciudades de la Argelia.....	203

Marruecos.

I.—Aislamiento del país.—El gran Atlas.—Cordilleras laterales.—Ríos.....	223
II.—Clima, flora y fauna.....	231
III.—Pueblos de Marruecos.....	232
IV.—Organización y gobierno.....	237
V.—Ciudades y tribus de Marruecos.—Posesiones españolas.....	242

Sahara.

I.—El Sahara, su inmensidad, sus oasis, su simoun.....	266
II.—El Sahara no será siempre Sahara.....	267
III.—El gran desierto.—Exploraciones.—Clima.—Caravanas.....	268
IV.—El Tibesti y sus gentes.....	274
V.—Oasis de Kanar.....	277
VI.—País de los tuareg.....	279
VII.—El Tuat.....	284
VIII.—El Air.....	286
IX.—Sahara occidental.—Costas.—Posesiones españolas..	288

EL NIGER Y EL TCHAD Ó EL SUDÁN CENTRAL.

I.—El Niger.....	293
II.—El Tchad.....	297
III.—Blancos y negros.....	299
IV.—Razas, poblaciones y costumbres del Niger.....	303
V.—Niger francés y Niger inglés.....	308
VI.—Adamaoua.—Baghirmi.—Ouadai.....	310

SUDÁN MARÍTIMO.

Sus divisiones.....	313
---------------------	-----

Senegambia.

I.—El río Senegal.....	314
II.—El río Gambia.....	316
III.—Blancos y negros.....	317
IV.—Senegal francés.....	318
V.—Senegambia inglesa.....	320
VI.—Senegambia portuguesa.....	320

Sierra Leona.

- I.—La «República Negra»..... 321
 II.—Poblaciones de Sierra Leona..... 322

Liberia.

- I.—Los Krous..... 323
 II.—Poblaciones..... 325

Guinea.

- I.—Extenso litoral, sol abrasador, clima deprimente.... 327
 II.—Trata de negros.—Los negros guineanos.—Los minas. 330
 III.—Guinea francesa..... 331
 IV.—Guinea española..... 332
 V.—Costa de Oro.—Los achantis..... 334
 VI.—Togo..... 335
 VII.—Francia dahomeyana..... 335
 VIII.—Lagos..... 337
 IX.—Kaméroun..... 338

PAIS DEL CONGO.

- I.—El gran río Congo.—Sus lagos y cascadas..... 339
 II.—Estado libre del Congo..... 343

CONGO FRANCÉS.

- I.—Gabonia..... 346
 II.—Pueblos y tribus..... 349

ANGOLA Ó CONGO PORTUGUÉS.

- I.—Cabinda..... 350
 II.—Angola.—Litoral y Sertao..... 351

El Africa Austral.

- I.—Aspecto y naturaleza..... 355
 II.—Montañas del Oeste y el Sur de la Cafrería y del Natal..... 356
 III.—Los ríos..... 360
 IV.—Clima, flora y fauna..... 364
 V.—Los habitantes..... 371
 VI.—Extensión de la colonia inglesa en Cafrería, Grikua-land y Bechualand..... 385

COLONIA DEL CABO.

- I.—Población, natalidad, inmigración, agricultura, minería, industria y administración..... 389
 II.—Ciudades y puntos notables..... 399

NATAL Ó NATALIA.

- I.—Extensión, población, administración y gobierno... 422
- II.—Poblaciones importantes..... 430

COLONIA INGLESA DE ORANGE.

- I.—Extensión y población.—Los boers del Orange.—
Agricultura, Industria y Comercio..... 439
- II.—Ciudades y pueblos..... 444

COLONIA DEL TRANSVAAL.

- I.—El país y sus habitantes.—Agricultura, Industria y
Comercio..... 445
- II.—Ciudades y pueblos..... 459

PROTECTORADO DEL BECHUANALAD.

- I.—El país y los hombres..... 463
- II.—Gobierno y administración..... 468

RHODESIA MERIDIONAL.

- I.—Historia de Rhodesia..... 468
- II.—País, productos y habitantes..... 470
- III.—Poblaciones, gobierno y administración..... 474

PAÍS DE GAZA.

- I.—Comarca, capacidad y productos..... 475
- II.—Los habitantes..... 478
- III.—Ciudades y pueblos..... 479

ÁFRICA ALMANA DEL SUDOESTE.

- I.—La comarca..... 481
- II.—Los habitantes..... 485
- III.—Estado actual, porvenir y poblaciones de la colonia.. 489

La Costa Oriental.

- I.—El Zambeze. — La Humareda Tonante. — El lago
Nyassa..... 494
- II.—Mozambique.—Zanzibar.—Los Vonazonahilis..... 497
- IV.—Africa Oriental inglesa.—Los Somal ó Somalis..... 500

Islas de Africa.

AZORES, MADERA Y CABO VERDE.

- I.—Las Azores.—El mar de los Sargazos..... 503
- II.—Madera y sus dependencias..... 506
- III.—Islas de Cabo Verde..... 507

Islas Canarias.

- I.—El archipiélago.—El pico de Teide..... 510
 II.—Los guanches.—Los canarios y su emigración..... 513

Islas del Golfo de Guinea y del Atlántico.

- I.—Fernando Pó..... 515
 II.—Isla del Principe..... 517
 III.—Santo Tomás..... 517
 IV.—Annobón.—Corisco y las dos Elboy..... 517
 V.—Isla de la Ascensión..... 518
 VI.—Santa Elena..... 519
 VII.—Tristán de Acuña..... 520

MADAGASCAR Y SUS SATÉLITES.

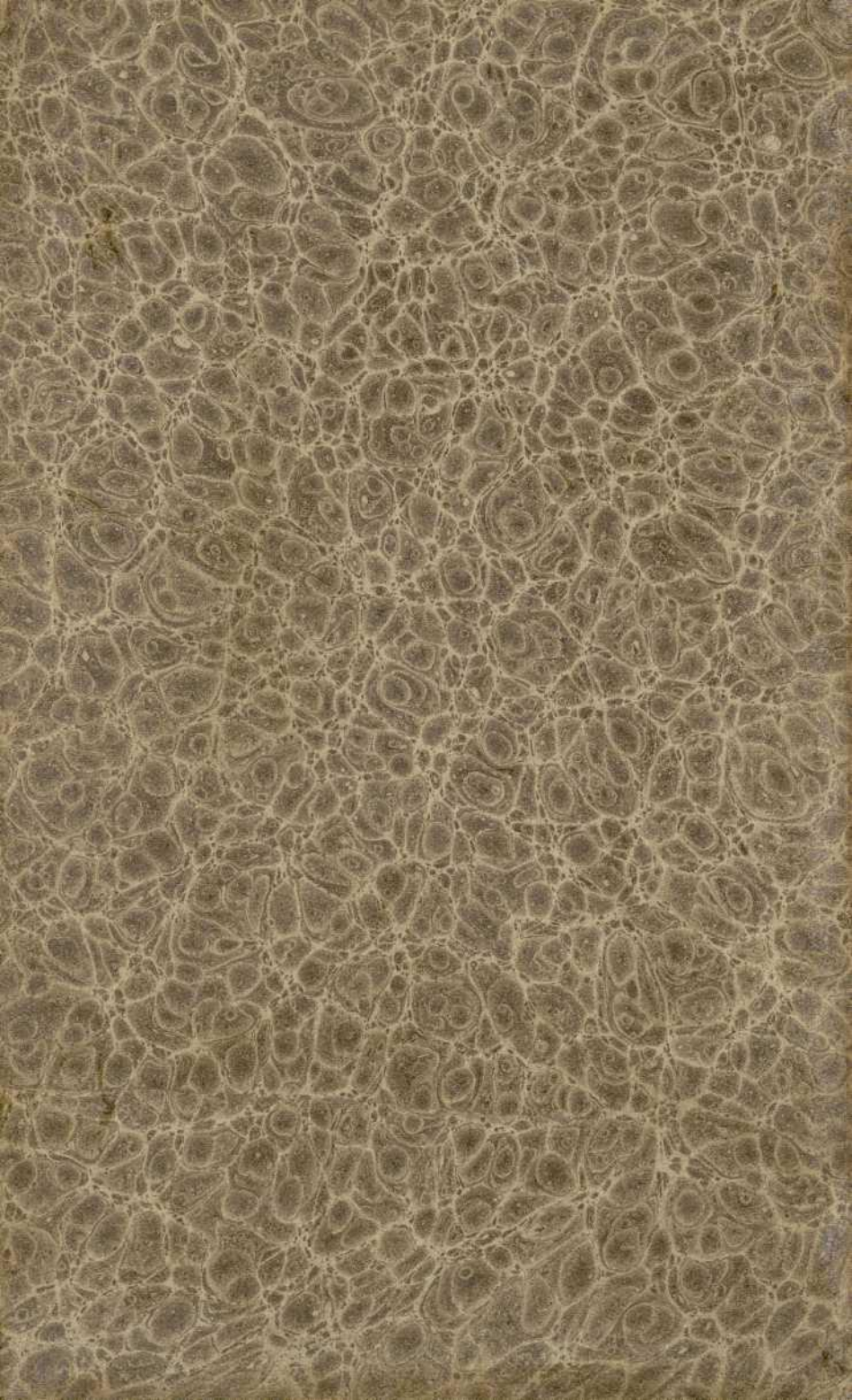
- I.—Madagascar.—Las dos naturalezas de este país..... 520
 II.—Montes y ríos.—Lagunas y pantanos.—Haro y Tazo. 521
 III.—Los Malgaches.—Los Hovas—La meseta de Imerina. 524
 IV.—Santa María de Madagascar y Nossi-Bé..... 526
 V.—Isla Mayotte..... 526
 VI.—Archipiélago de Comores..... 527
 VII.—Isla Borbón..... 528
 VIII.—Isla Mauricio..... 529
 IX.—Diego Rodríguez.—Almirantas.—Seychelles..... 530
 X.—Isla Socotora..... 531



163

511









RECLUS.

GEOGRAFIA
UNIVERSAL.



3



C

610